

NEVERNESS

David Zindell



Lectulandia

Al borde del helado mar, al pie de las montañas del planeta invernal de Nevada, se alza la ciudad de Neverness. Desde allí, la Orden de los Pilotos manipula las leyes de la física y surca la galaxia en sus navesluz en busca de nuevos conocimientos. Y desde allí inicia su periplo Mallory Ringess en persecución del secreto de los míticos ieldra, un acervo de conocimiento que puede revelar, a través de las Antiguas Eddas, el secreto de la inmortalidad.

Lectulandia

David Zindell

Neverness

ePub r1.0
serpyke 24.08.14

Título original: *Neverness*

David Zindell, 1988

Traducción: Rafael Marín Trechera

Editor digital: serpyke

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Para Melody.

CAPÍTULO 1

Los aspirantes mueren

En la Vieja Tierra, los antiguos se preguntaron por el origen de la vida, y crearon muchos mitos para explicar el misterio de misterios. Estaba Mumu, la madre diosa que se tragó una gran serpiente que se multiplicó en su interior y cuyos nueve mil millones de hijos se abrieron paso hasta la luz del día a través de su vientre y así se convirtieron en los animales de la tierra y los peces del mar. Había un dios padre, Yahvé, que creó los cielos y la Tierra en seis días y que dio vida a los pájaros y los animales los días cinco y seis. Había una diosa de la fertilidad y un dios del azar llamado Mutación Aleatoria. Y etcétera. Y etcétera. La verdad es que la vida a lo largo de toda la galaxia fue germinada en todas partes por una raza conocida como los ieldra. Naturalmente, el origen de los ieldra es desconocido y tal vez incognoscible; el misterio definitivo permanece.

—De *Réquiem por el Homo Sapiens*, de Horthy Hosthoh, Guardián del Tiempo y Lord Horólogo de la Orden de los Matemáticos Místicos y Otros Buscadores de la Llama Inefable.

Hay una esperanza infinita, pero no para el Hombre.

—Franz Kafka, Fabulista del Siglo del Holocausto.

Mucho antes de que supiéramos que el precio de la sabiduría y la inmortalidad que buscábamos estaría más allá de lo que podrían pagar nuestros medios, cuando el hombre —lo que quedaba del hombre— era aún como un niño jugando con guijarros y conchas a la orilla del mar, en la época de la búsqueda del misterio conocido como las Antiguas Eddas, oí la llamada de las estrellas y me preparé para marchar de la ciudad de mi nacimiento y muerte.

La llamo Neverness. Los fundadores de nuestra Orden, así me lo contó una vez el Guardián del Tiempo, tras haber descubierto una zona vecina del espacio donde los senderos se retorcían a través del multipliegue y se aunaban como un duro nudo de cuerda, decidieron construir nuestra ciudad en un planeta cercano llamado Nevada. Como aquellos nudos de espacio se creían raros o no existentes en aquella época — los cantores los llaman ahora densospacio—, nuestro primer Guardián del Tiempo declaró que podíamos caer a través de la galaxia hasta que el universo se colapsara hacia dentro en sí mismo y nunca encontrara un densospacio más denso. Nadie sabe cuántos miles de millones de estrellas convergen alrededor de nuestra fría estrella amarilla. Probablemente su número es infinito. Los antiguos cantores, creyendo que sus teoremas demostraban la imposibilidad de un densospacio infinito, predijeron que

nuestros pilotos nunca encontrarían el nexo topológico que buscaban. Así, cuando nuestro primer Lord Piloto salió del multipliegue en una pequeña y fría isla montañosa que daría refugio a nuestra ciudad amada y condenada, la llamó Neverness, burlándose de las negativas de los académicos. Por supuesto, incluso hoy en día los cantores la llaman la Ciudad Irreal, pero pocos le prestan mucha atención. Yo, Mallory Ringess, cuyo deber es fijar aquí la historia de la edad dorada y la gran crisis de nuestra Orden, seguiré la tradición de los pilotos que existieron antes que yo. Neverness..., así la conocí de niño, cuando entré en el noviciado hace tan poco tiempo; Neverness la llamo ahora; Neverness permanecerá para siempre.

El día decimocuarto del falso invierno del año 2929 desde la fundación de Neverness, Leopold Soli, mi tío y Lord Piloto de nuestra Orden, regresó a nuestra ciudad después de un viaje que duró veinticinco años..., cuatro más de los que yo contaba. Muchos pilotos, mi madre y tía Justine entre ellos, le habían dado por muerto, perdido en los negros velos del multipliegue o quizás incinerado por las estrellas explosionantes del Vild. Pero él, el famoso Lord Piloto, los engañó a todos. Fue la comidilla de la ciudad durante ocho días. A medida que el falso invierno se recrudecía y las nieves livianas se espesaban, oí susurrar en todas partes, tanto en los cafés y bares del Sector Extremo como en las torres de la Academia, que habría una búsqueda. ¡Una búsqueda! Para los pilotos aspirantes que éramos entonces —en unos cuantos días tomaríamos nuestros votos de pilotos—, fue una época excitante, un momento de agitación y anticipación extrema. Dentro de nosotros se agitaba la profunda convicción ensoñadora y el miedo de que pudiéramos ser llamados a hacer cosas imposibles, y pronto. Lo que sigue, pues, es una crónica de lo imposible, una historia de sueños, temores y dolor.

En el crepúsculo de la noche anterior a nuestra convocación, mi gordo y perezoso amigo Bardo y yo trazamos un plan por el cual nosotros —yo— podríamos enfrentarnos al Lord Piloto antes de la larga y aburrida ceremonia del día siguiente. Era el nonagésimo cuarto día del falso invierno. Fuera de nuestras habitaciones en el dormitorio, acababa de caer una leve nevada que cubrió los edificios del colegio de pilotos con un velo de frío polvo blanco. A través de nuestras ventanas heladas vi las torres de Resa y los otros colegios brillar a la luz de la puesta de sol.

—¿Por qué siempre quieres hacer lo que se supone que no puedes hacer? —me preguntó Bardo mientras me miraba quejumbrosamente con sus grandes ojos castaños. A menudo me parecía que todo su complicado carácter y su astuta inteligencia se concentraban en su gran frente abultada y en sus hermosos y profundos ojos. Sin embargo, aparte esto, era un hombre feo. Tenía una barba negra y áspera y una nariz roja y bulbosa. Su túnica de seda brillante le caía sobre el pecho montañoso, vientre y piernas, cubriendo el inmenso sillón tapizado en el que estaba sentado junto a la ventana. En cada uno de sus diez gruesos dedos llevaba un anillo

con una joya de color diferente. Había nacido príncipe de Mundo Verano; los anillos y el sillón eran artículos de gran valor que había importado de las posesiones de su familia, un recordatorio de las riquezas y la gloria que podrían haber sido tuyas si no hubiera renunciado (o tratado de renunciar) a los placeres terrenales por la belleza y el terror del multipliegue. Mientras retorció su largo bigote entre el pulgar y el índice, sus anillos chasquearon.

—¿Por qué quieres lo que no puedes tener? —me preguntó—. Por Dios, ¿dónde está tu juicio?

—Quiero conocer a mi tío, ¿qué tiene eso de malo? —dije, mientras me ponía mi kamelaika negra.

—¿Por qué tienes que responder a una pregunta con otra pregunta?

—¿Y por qué no iba a poder hacerlo?

Suspiró y puso los ojos en blanco.

—Le verás mañana. ¿No te parece lo bastante pronto? Tomaremos nuestros votos, y luego el Lord Piloto nos dará nuestros anillos..., espero. Seremos pilotos, Mallory, y entonces podremos hacer lo que se nos antoje. Esta noche deberíamos fumar toalache o encontrar un par de putas hermosas, un par para cada uno, quiero decir, y pasar la noche jodiéndolas hasta quedarnos secos.

Bardo, a su modo, era más salvaje y desobediente que yo. Lo que *deberíamos* hacer la noche anterior a nuestros votos era practicar zazen, halnín y fuga, algunas de las disciplinas mentales necesarias para entrar —y sobrevivir— al multipliegue.

—El último setentadía, mi madre invitó a Soli y Justine a cenar —dije—. No tuvo la decencia de contestar a la invitación. Creo que no quiere conocerme.

—¿Y piensas contestar a su rudeza con más rudeza? Si quiere pasar el rato bebiendo con sus amigos, bueno, todo el mundo sabe que a Lord Soli le encanta beber, y por qué. Déjale en paz, Pequeño Amigo.

Busqué mis patines y me los calcé. Estaban fríos y rígidos por haber estado junto a la corriente de la ventana demasiado tiempo.

—¿Vas a venir conmigo? —pregunté.

—¿Que si voy a ir contigo? ¿Que si voy a ir contigo? ¡Vaya pregunta!

Eructó y palmeó su tonante panza mientras miraba a través de la ventana. Me pareció ver confusión e indecisión en sus ojos oscuros y líquidos.

—¡Si Bardo no va contigo, irás solo, no me digas que no, maldita sea! —Como muchos de los príncipes de Mundo Verano, tenía el presuntuoso hábito de hablar ocasionalmente de sí mismo en tercera persona—. ¿Y entonces qué? Si algo te pasa, la culpa será de Bardo.

Me apreté los cordones de los patines.

—Quiero entablar amistad con mi tío, si puedo, y quiero ver qué aspecto tiene.

—¿A quién le importa el aspecto que tenga?

—A mí. Ya lo sabes.

—No puedes ser hijo suyo, te lo he dicho un centenar de veces. Nacistes cuatro años después de que se marchara de Neverness.

Se decía que yo me parecía lo bastante al Lord Piloto como para ser confundido con su hermano..., o con su hijo. Toda mi vida había soportado la calumnia. Mi madre, así decían los rumores, se había enamorado hacía mucho tiempo del gran Soli. Cuando él la dejó a cambio de mi tía Justine —ésta es la mentira que cuentan—, ella buscó en los callejones del Sector Extremo un hombre, cualquier hombre, que se le pareciera lo suficiente para ser padre de su hijo. Para que fuera mi padre. Mallory el Bastardo, así susurraban a mi espalda los novicios de Borja, y algunos de ellos, los pocos más osados, incluso en mi cara. Al menos hasta que el Guardián del Tiempo me enseñó las antiguas artes de la lucha libre y el boxeo.

—Y, si te pareces, ¿qué? Eres su sobrino.

—Su sobrino por matrimonio.

Yo no quería parecerme al famoso y arrogante Lord Piloto. Odiaba que la firma de sus cromosomas apareciera escrita sobre los míos. Ya era bastante malo ser su sobrino. Mi gran temor, como muy bien sabía Bardo, era que Soli hubiera vuelto en secreto a Neverness y hubiera utilizado a mi madre para sus propios propósitos egoístas o..., no me gustaba pensar en otras posibilidades.

—¿No sientes curiosidad? —pregunté—. El Lord Piloto regresa del viaje más largo en los tres mil años de nuestra Orden, ¿y ni siquiera tienes curiosidad por saber qué ha descubierto?

—No, no me aflige la curiosidad, gracias a Dios.

—Se dice que el Guardián del Tiempo promulgará una misión de búsqueda en la convocación. ¿Ni siquiera quieres saberlo?

—Si hay una búsqueda, probablemente todos moriremos.

—Los aspirantes mueren —dije yo.

Los aspirantes mueren..., era un dicho que teníamos, una advertencia tallada en el arco de mármol sobre la entrada a Resa con la intención de aterrorizar a los jóvenes aspirantes para que dejaran la Orden antes de que el multipliegue los llamara; un dicho que es verdad.

—Morir entre las estrellas es la muerte más gloriosa —citó al Tycho.

—¡Tonterías! —gritó Bardo, mientras daba un golpe al brazo de la silla. Eructó—. Hace doce años que te conozco, y sigues diciendo tonterías.

—No se puede vivir eternamente.

—Puedo intentarlo.

—Sería un infierno —dije—. Día tras día pensando los mismos pensamientos, las mismas estrellas sombrías. Las mismas caras de amigos haciendo lo mismo y hablando sobre lo mismo, la implacable apatía, atrapada en nuestros mismos

cerebros, esta eternidad negativa de nuestras vidas confusas y dolorosas.

Él sacudió la cabeza de un lado a otro tan violentamente que gotas de sudor volaron de su frente.

—Una mujer diferente cada noche —replicó—. O tres mujeres muy distintas cada noche. Un muchacho o una cortesana alienígena, si las cosas se ponen demasiado aburridas. Treinta mil planetas en los Mundos Civilizados, y sólo he visto cincuenta de ellos. Ah, y he oído las conversaciones sobre nuestro Lord Piloto y su búsqueda. ¡El secreto de la vida! ¿Quieres conocer el secreto de la vida? Bardo te lo dirá: no es la cantidad de tiempo que tenemos, a pesar de lo que acabo de decir. No es la cantidad, y tampoco es la calidad. Es la variedad.

Como de costumbre, le dejé farfullar hasta que cayó en la trampa.

—La variedad de los bares del Sector Extremo es casi infinita. ¿Vas a venir conmigo?

—¡Maldito seas, Mallory! ¡Claro que voy!

Me puse los guantes y coloqué las cuchillas en mis patines. Me encaminé hacia la gran puerta de caoba de nuestra habitación. Las largas cuchillas dejaron marcados sus dientes en la alfombra alienígena de Fravashi. Bardo bufó mientras se ponía en pie y me seguía, y suavizó las muescas con los talones de sus pies calzados con zapatillas negras.

—No respetas el arte —dijo mientras se ponía los patines. Se abrochó en torno al cuello la negra capucha de piel de shagshay con una cadena de oro y abrió la puerta—. ¡Bárbaro! —dijo, y salimos patinando a la calle.

Corrimos entre las Torres Matutinas de Resa, balanceando los brazos y haciendo que nuestros patines chasquearan metálicamente contra el liso hielo rojo. Me agradó el frío viento en la cara. En un momento dejamos atrás las torres de basalto y granito del colegio de los altos profesionales, Upplyssa, y atravesamos los pilares de mármol de la puerta occidental de la Academia. Allí estaba.

Resplandece, mi ciudad resplandece. Se dice que es la más hermosa de todas las ciudades de los Mundos Civilizados, más hermosa aún que Parpallaix o las ciudades catedralicias de Vesper. Al oeste, introduciéndose en el mar verde como una manga de la ciudad, ancha y repleta de joyas, los frágiles amasijos de obsidiana y las hospederías del Sector Extremo brillaban como espejos de cristal negro. Justo enfrente, mientras patinábamos, vi la espumosa cúpula del Firme y la blancura de las olas rompiendo en los arrecifes de Playa Norte, y, por encima de la ciudad entera, veteadas de púrpura y brillando por efecto de la nieve y el hielo, Waaskel y Attakel se alzaban como vastas pirámides contra el cielo. Bajo el semicírculo de volcanes extintos (Urkel, debería mencionarlo, es el pico más meridional, y, aunque menos magnífico que los otros, tiene una simetría cónica que algunos encuentran agradable), las torres y chapiteles de la Academia dispersaban la deslumbrante luz del falso

invierno de forma que toda la Ciudad Vieja resplandecía. Las calles, como todo el mundo sabe, son de hielo coloreado. A lo largo de la ciudad, el resplandor blanco es roto por fragmentos de naranja, verde y azul. «Extrañas son las calles de la Ciudad del Dolor», suele decir el Guardián del Tiempo, pero, aunque ciertamente son extrañas y pintorescas, lo son con un propósito. Las calles (las resbaladeras y deslizaderas) no tienen nombre. Así ha sido desde que nuestro primer Guardián del Tiempo anunció que los jóvenes novicios deberían preparar sus cerebros para los caminos del multipliegue memorizando los caminos de nuestra ciudad. Como comprendió que nuestra ciudad crecería y cambiaría, diseñó un plan por el cual los pilotos de regreso que hubieran estado ausentes demasiado tiempo aún podrían superar el hielo y no perder el camino. Se supone que el plan es simple. Hay dos calles principales: el Paseo, de color azul, que se abre paso serpenteando desde la Playa Oeste por la larga manga de la península donde ésta se une a las montañas de Attakel y Urkel, y el Camino, que va recto desde los Campos Huecos al Firme. Todas las deslizaderas naranja intersecan el Camino. Toda resbaladera verde interseca el Paseo. Las escurrideras, de color púrpura, se unen a las deslizaderas, y las escurrideras rojas menores desembocan en las resbaladeras. No debería confundir las cosas diciendo que hay dos calles amarillas que atraviesan el Sector de los Pilotos, pero las hay. Nadie sabe cómo están allí. Un chiste, sin duda, de nuestro primer Guardián del Tiempo.

Giramos hacia el Camino en una intersección naranja y blanca a eso de un kilómetro al oeste de la Academia. La calle estaba abarrotada de harijanos y corredores gusano y otros extremos. Saludamos al pasar a los escatólogos, céticos, akáshicos, horólogos, los profesionales y académicos de nuestra Orden. (No encontramos ningún otro piloto. Aunque nosotros, los pilotos —algunos negarán esto—, somos el alma misma de nuestra Orden, nos superan en número los scrytas, holistas, historiadores, rememoradores y ecólogos, por los programadores, neológicos y cantores. Nuestra Orden está dividida en ciento dieciocho disciplinas; hay demasiadas disciplinas, parece que hay más cada año). Había excitación en el aire, así como el aroma extraño de un par de Amigas del Hombre, que mantenían el tronco levantado mientras hablaban, esparciendo sus apestosas moléculas discursivas. Junto a nosotros patinaba un alaloi vestido a lo caro, o más bien un hombre cuya carne había sido esculpida en el cuerpo denso, poderoso y velludo de un alaloi. Esta especie de retorno artificial a la forma primitiva había estado de moda en la ciudad durante años, desde que el famoso Goshevan de Mundo Verano se cansó de su carne humana y se fue a vivir con los alaloi en sus cavernas de las islas al oeste de Neverness. El falso alaloi, que llevaba demasiado terciopelo púrpura y oro, empujó a un delgado y amable harijano para apartarlo de su camino y gritó;

—¡Cuidado, estúpido extremo! —El asombrado harijano tropezó, trazó un signo

de paz en su brillante frente y se sumergió en la multitud como un perro apaleado.

Bardo me miró y sacudió tristemente la cabeza. Siempre sentía una extraña empatía hacia los harijanos y los otros peregrinos sin hogar que vienen a nuestra ciudad buscando la iluminación (y, con demasiada frecuencia, riquezas de naturaleza más mundana). Sonrió mientras se deslizaba hacia el bárbaro alaloi. Metió su pierna gruesa como un tronco entre las piernas cubiertas de púrpura del hombre, que nada sospechaba. Hubo un resonar de acero contra acero, y acero rechinando contra el hielo, y de repente el hombre cayó al suelo con un golpe y un chasquido.

—¡Discúlpeme! —gritó Bardo. Luego se echó a reír, extendió la mano, me cogió por el brazo y me ayudó a pasar entre el puñado de patinadores que se empujaban mutuamente buscando una posición en su prisa por llegar a sus cafés o quioscos favoritos para la cena. Miré hacia atrás, pero no pude ver al hombre a quien Bardo había derribado.

—En Mundo Verano —me dijo entre jadeos— marcamos a la escoria como ésa con acero al rojo.

Llegamos al Sector Extremo y entramos en la Calle de los Diez Mil Bares. He dicho que las calles de Neverness no tienen nombre, pero eso no es enteramente cierto. No tienen nombres *oficiales*, nombres que estén inscritos en los edificios o en las señales de tráfico. Especialmente en el Sector Extremo, hay muchas calles sin nombre que han sido bautizadas según la empresa dominante en sus convulsiones de hielo coloreado. Así, hay una Calle de Cortadores y Empalmadores, y una Calle de Putas Comunes, así como una Calle de Cortesanas Expertas. La Calle de los Diez Mil Bares es más un distrito que una calle; es un laberinto de escurrideras rojas menores lleno de bares minúsculos dispuestos al gusto único de sus patronos. Un bar servirá toalache, mientras que otro puede especializarse en cilka, la glándula pineal del pájaro thallow que induce visiones en pequeñas cantidades y es letal en grandes. Hay bares frecuentados sólo por las extrañas Amigas del Hombre, y hay bares abiertos para todos los que escriban haiku (pero sólo haiku de Simoom) o toquen el shakuhachi. Casi al final del distrito, hay un bar donde los escatólogos discuten cuánto tiempo pasará antes de que el Vild en explosión destruya el último de los Mundos Civilizados y, al lado, un bar para los tychistas que creen que el azar absoluto es el fundamento del universo, y que probablemente algunos mundos sobrevivirán. No sé si hay diez mil bares o alguno más. Bardo bromeaba a menudo diciendo que si uno podía imaginar la existencia de un bar, éste debería de existir allí. En alguna parte tiene que haber un bar, proclamaba, donde los fravashi analizan la angustiada poesía de los Siglos Enjambre, y otro bar donde se critiquen sus críticas. En alguna parte (¿y por qué no?) tiene que haber un bar para aquellos que desean hablar sobre lo que ocurre en todos los otros bares.

Nos detuvimos delante del bar de los maestros pilotos, negro y sin ventanas, o,

debería decir, el bar de los maestros pilotos recién llegados del multipliegue. El sol se había puesto, y el viento gemía mientras empujaba fantasmales copos de nieve por la resbaladera ensombrecida. A la tenue luz de las farolas (cuando por un momento el viento apartaba de repente la mortaja de nieve que caía), el hielo de la calle era rojo sangre.

—Qué sitio más feo —dijo Bardo, y su voz resonó en las paredes de piedra que nos rodeaban—. Tengo una proposición que hacerte. Ya que me siento generoso, te compraré una cortesana experta para pasar la noche. Nunca has podido permitirte una, ¿no? Por Dios, es algo que no puedes imaginarte...

—No —dije, y sacudí la cabeza.

Abrí la pesada puerta de piedra, que estaba hecha de obsidiana y era tan lisa que casi la sentí grasienta al contacto. Por un momento pensé que la pequeña habitación estaba vacía. Entonces vi a dos hombres de pie en el fondo del estrecho bar, y oí al más bajo decir:

—Cierre la puerta, por favor. Hace frío.

Entramos en el bar, a la luz fluctuante de la chimenea de mármol tras nosotros.

—Mallory y Bardo —dijo el hombre—. ¿Qué estáis haciendo aquí?

Mis ojos se ajustaron a la tenue luz anaranjada, y vi al maestro piloto Lionel Killirand. Me dirigió una rápida mirada con sus duros ojillos y contrajo sus rubias cejas, intrigado.

—Soli —le dijo al hombre que tenía al lado—, permíteme presentarte a tu sobrino.

El hombre alto se volvió hacia la luz, y miré a mi tío, Leopold Soli, Lord Piloto de nuestra Orden. Fue como si me mirara a mí mismo.

Él me contempló con sus ojos azules, profundos y preocupados. No me gustó lo que vi en aquellos ojos; recordé las historias que mi tía Justine me había contado, que Soli era un hombre famoso por sus terribles e impredecibles arrebatos de furia. Como la mía, su nariz era larga y ancha, su boca amplia y firme. Desde su largo cuello a los patines, gruesas lanas negras cubrían su delgado cuerpo. Parecía intensamente curioso, y me escrutó con la misma intensidad con que yo lo escrutaba a él. Le miré el pelo; él miró el mío. Su pelo era largo y lo llevaba recogido atrás con una cadena de plata, como era la costumbre de su planeta natal, Simoom. Era único, negro, rizado y vetado de rojo, una marca genética de algún antepasado Soli que había jugado con los cromosomas familiares. Mi pelo, gracias a Dios, era negro puro. Le miré; él me miró. Me pregunté por enésima vez por mis cromosomas.

—El hijo de Moira. —Pronunció el nombre de mi madre como quien dice una maldición—. No deberías estar aquí, ¿no?

—Quería conocerte —respondí—. Mi madre me ha hablado de ti toda la vida.

—Tu madre me odia.

Se produjo un largo silencio. Bardo lo rompió.

—¿Dónde está el camarero?

El camarero, un novicio con tonsura que llevaba la gorrita de lana blanca de Borja en su calva cabeza, abrió la puerta del almacén tras la barra.

—Éste es el bar de los maestros pilotos —dijo—. Los aspirantes beben en el bar de los aspirantes, que está cinco bares más abajo, hacia la Calle de los Músicos.

—Los novicios no le dicen a los aspirantes lo que tienen que hacer —replicó Bardo—. Yo tomaré una pipa de toalache y mi amigo bebe café..., café de Mundo Verano si lo tienes; de Farfara si no.

El novicio encogió sus huesudos hombros.

—Los *maestros pilotos* no fuman toalache en este bar.

—Tomaré un vaso de toalache líquido, entonces.

—No servimos toalache ni café.

—Entonces tomaré un amorgénico. Algo fuerte para poner las hormonas en marcha. Tenemos toda la noche por delante.

Soli cogió un vaso con un líquido del color del humo y dio un sorbo. Tras nosotros, un tronco de la chimenea saltó y cayó entre otros dos, esparciendo ascuas brillantes y cenizas por el suelo enlosado.

—Bebemos licor o cerveza —dijo.

—Bárbaro —repuso Bardo, y añadió—: Entonces tomaré cerveza.

Miré a mi alto tío.

—¿Qué licor estás bebiendo? —pregunté.

—Se llama skotch.

—Yo tomaré skotch —le dije al novicio, que llenó dos vasos (uno largo con cerveza espumosa y otro más pequeño con skotch ambarino), y los colocó ante nosotros en la barra de madera.

Bardo dio un trago a su cerveza. Yo di un sorbo al skotch y tosí.

—¿A qué sabe? —me preguntó. Le tendí mi vaso y lo observé mientras se lo llevaba a los gruesos y rojos labios. También él tosió ante el fuego del ardiente líquido y anunció—: ¡Sabe a meados de gaviota!

Soli le sonrió a Lionel.

—¿Qué edad tienes? —me preguntó.

—Veintiuno, Lord Piloto. Mañana, cuándo hagamos nuestros votos, seré el piloto más joven que ha tenido nuestra Orden, si puedo decirlo sin que parezca que estoy fanfarroneando.

—Bueno, estás fanfarroneando —dijo Lionel.

Hablamos durante un rato sobre los orígenes de seres tan inmensos e inconmensurables como el Dios de Silicio y la Entidad de Estado Sólido y otras cosas de las que charlan los pilotos. Soli nos contó su viaje al núcleo; habló de densos

amasijos de estrellas nuevas calientes y de un gran mundo anillo que algún dios o lo que fuera había congregado alrededor de Betti Luz. Lionel argumentó que los grandes y a menudo locos cerebros matriz (no le gustaba emplear la palabra «dioses») que surcaban la galaxia debían estar organizados según principios diferentes a nuestras minúsculas mentes, puesto que, ¿cómo si no podían los lóbulos separados de sus cerebros (algunos del tamaño de lunas) intercomunicar con otros a través de años luz en el espacio? Era una vieja discusión. Una de las muchas amargas discusiones que dividían a los pilotos y profesionales de nuestra Orden. Lionel, y muchos escatólogos, programadores y mecánicos, creían que los cerebros matriz habían dominado casi instantáneamente el flujo de información taquiónica. Sostenía que deberíamos buscar contacto con esos seres, aunque tal contacto fuera peligroso y pudiera algún día forzar a la Orden a cambiar en modos repugnantes para los pilotos más viejos y chapados a la antigua como Soli.

—¿Quién puede entender a un cerebro que abarca un millar de años luz cúbicos en el espacio? —preguntó Soli—. ¿Y quién entiende de taquiones? Tal vez los cerebros matriz piensan despacio, muy despacio.

Para él, el origen y tecnología de los dioses eran de poco interés.

En esto era tan molesto como el Guardián del Tiempo e, igual que el Guardián del Tiempo, pensaba que había algunas cosas que no estábamos destinados a conocer. Recitó una larga lista de pilotos, el Tycho entre ellos, que se habían perdido intentando penetrar el misterio de la Entidad de Estado Sólido.

—Se pasaron de la raya —nos dijo—. Deberían haber sido conscientes de sus límites.

Yo sonreí, porque aquella afirmación procedía de los labios de un hombre que había llegado más lejos que ningún otro, un piloto famoso cuyo descubrimiento provocaría la gran crisis de nuestra Orden.

Hablar con los maestros pilotos como pilotos, como si hiciera mucho tiempo que habíamos tomado nuestros votos y demostrado nuestra maestría en el multipliegue, era una droga que se subía a la cabeza. Bebí mi skotch e hice acopio de valor.

—Me he enterado de que habrá una misión de búsqueda. ¿La habrá realmente?

Soli me miró. Era un hombre hosco, pensé, con una expresión triste y distante en sus ojos azul mar, una expresión que indicaba brumas heladas y noches sin dormir y arrebatos de locura. Aunque su cara era joven y sin arrugas, tan joven como la mía, recientemente había sido tan vieja y arrugada como puede ser una cara. Una de las peculiaridades del multipliegue es que un piloto envejece a veces unos tres años por cada año en Neverness. Imaginé, por un instante, que tenía los poderes de un cético y que podía ver al Soli viejo y arrugado a través de la tensa piel olivácea de su nuevo cuerpo, del mismo modo que uno imagina una flor de fuego tiñéndose de un negro brillante, o la calavera de la muerte bajo la carne sonrosada de un bebé recién nacido.

Un horólogo veterano, cuyo deber era determinar el regreso de los pilotos según unas complicadas fórmulas que sopesaban las distorsiones temporales einsteinianas contra las impredecibles deformaciones del multipliegue, me había dicho que Soli había envejecido ciento tres años en este último viaje, y que habría muerto de no ser por la habilidad del Lord Cético. Esto convertía a mi tío, que había regresado tres veces a su juventud, en el piloto más viejo de nuestra Orden.

—Háblanos de tu descubrimiento —dije. Había oído el descabellado rumor de que había alcanzado el núcleo galáctico, el único piloto que lo había hecho desde el Tycho, que había regresado medio loco.

Él tomó un sorbo de skotch, sin dejar de observarme a través del fondo transparente de su vaso. La leña húmeda siseaba y gruñía, y desde la calle llegaba el zumbido y el tartajeo de un zamboni mientras se deslizaba por la resbaladera, fundiendo y alisando el hielo para los patines del día siguiente.

—Sí, la impaciencia de la juventud —dijo—. Vienes aquí, saltándote el respeto hacia las necesidades de un piloto de intimidad y la compañía de sus amigos. En eso te pareces mucho a tu madre. Bueno, ya que te has tomado tantas molestias y soportado las vilezas del skotch, se te contará lo que me pasó, si realmente quieres saberlo.

Me irritó que Soli no pudiera decir simplemente: «Te contaré lo que me paso». Como muchos otros originarios de Simoom, un planeta demasiado místico, normalmente respetaba el tabú contra usar el pronombre «Yo».

—Cuéntanos —dijo Bardo.

—Cuéntanos —dije yo, y escuché con esa extraña mezcla de adoración y temor que los aspirantes sienten hacia los viejos pilotos.

—Sucedió así —comenzó Soli—. Había pasado mucho tiempo desde que salí de Neverness. Estábamos sumergidos en temposueño, y nos abríamos camino hacia el núcleo. Las estrellas eran densas. Brillaban como las luces del Sector Extremo de noche, sí, un gran abanico ardiente de estrellas desapareciendo en la negrura del eje del abanico, en la singularidad. Estaba la luz blanca del temposueño (los jóvenes pilotos pensáis que la instantaneidad y el tiempo detenido es todo lo que hay en el temposueño, y tenéis mucho que aprender), hubo una súbita claridad, y voces. Mi nave me dijo que recibía una señal, que interceptaba unos mil millones de rayos láser que *surgían* de la singularidad.

Colocó de golpe el vaso vacío sobre la barra, y su voz se elevó una octava.

—¡Sí, eso es lo que dijo! ¡De la singularidad! Imposible, pero cierto. Mil millones de líneas de luz infrarroja escapando de las negras fauces de la gravedad. —Se volvió hacia el novicio—. Sírvenme más skotch, por favor.

—¿Y entonces?

—Las voces; la nave-ordenador recibió medio billón de bits por segundo y

tradujo la información de los rayos láser a voces. Ellas, las voces, decían ser..., llamémoslos los ieldra. ¿Estás familiarizado con ese término?

—No, Lord Piloto.

—Es el nombre que los escatólogos han dado a los alienígenas que fecundaron la galaxia con su ADN.

—La raza mítica.

—La raza mítica hasta ahora —dijo él—. Han..., muchos se niegan a creerlo..., han proyectado su yo colectivo, su consciencia, en la singularidad.

—¿Dentro del agujero negro? —preguntó Bardo mientras se atusaba el bigote.

Miré con atención a Soli, para ver si se estaba burlando de nosotros. No le creía. Miré sus manos tensas y vi que, descuidadamente, no llevaba guantes. Estaba claro que era un hombre arrogante que no sentía miedo al contagio o a que sus enemigos pudieran hacer uso de su plasma. Sus nudillos se habían vuelto blancos en torno a la curva de su vaso nuevamente lleno. El diamante negro de su anillo de piloto cortaba la piel de su meñique.

—El mensaje —dijo—. La luz blanca del temposueño se endureció y cristalizó. Hubo quietud y claridad, y entonces el mensaje. «Hay esperanza para el hombre», dijeron. «Recordad, el secreto de la inmortalidad del hombre se encuentra en vuestro pasado y en vuestro futuro»..., eso es lo que dijeron. Debemos investigar este misterio. Si buscamos, encontraremos el secreto de la vida y nos salvaremos. Eso me dijeron los ieldra.

Creo que sabía que no le creeríamos. Asentí estúpidamente, mientras Bardo contemplaba la barra como si los nudos de la madera le resultaran de gran interés. Metió el dedo en la espuma de su cerveza, se la llevó a los labios e hizo un áspero ruido de succión.

—Jóvenes idiotas —dijo Soli. Y entonces nos contó la predicción. Los ieldra, comprendiendo el cinismo y las dudas de la naturaleza humana, habían proporcionado una garantía de que su comunicación sería bien recibida, una predicción como parte de la secuencia de las supernovas en el Vild.

—¿Cómo pueden saber lo que ocurrirá según el azar? —pregunté yo.

—¿Estallan aleatoriamente las estrellas del Vild? —intervino Lionel.

—Ah, naturalmente que sí —dijo Bardo.

En realidad, nadie sabía mucho sobre el Vild. ¿Era una región discreta y continua de la galaxia que se expandía hacia el exterior, esféricamente, en todas direcciones? ¿O era un compuesto de muchas regiones, bolsas aleatorias de fuego ardiendo y uniéndose, conectándose de formas que nuestros astrónomos no habían determinado? Nadie lo sabía. Y nadie sabía cuánto tiempo pasaría antes de que la pequeña estrella de Nevada estallara, junto con todas las demás, poniendo fin a esas especulaciones escatológicas.

—¿Cómo sabemos lo que sabemos? —preguntó Soli, y dio un sorbo al skotch—. ¿Cómo se sabe que la memoria de mi cerebro es real, que no fue ninguna alucinación, como algunos ineptos sugirieron? Sí, dudáis de mi historia, y no hay nada para demostrarlo, aunque tú seas el sobrino de Justine, pero esto es lo que me dijo el Lord Akáshico: Dijo que el registro de grabaciones estaba claro. Había un contacto directo entre la nave-ordenador y mi nervio auditivo. ¿Tal vez crees que mi nave estaba alucinando?

—No, Lord Piloto. —Empecé a creerle. Conocía bien el poder y la habilidad de los akáshicos. Medio año antes, en un amargo y frío día de invierno, tras haber completado mi primer viaje solo al multipliegue, me presenté ante los akáshicos. Recuerdo haber estado sentado en la cámara oscura del Lord Akáshico mientras el gran yelmo del ordenador desprogramador descendía sobre mi cabeza; estaba sentado y sudaba y esperaba que mis recuerdos y mapas del multipliegue se revelaran verdaderos. Aunque no había causa para sentir temor, lo tenía. (Hace mucho tiempo, en la época del Tycho, había razones para tener miedo. Los antiguos y torpes yelmos, según tengo entendido, extrusionaban filamentos proteínicos a través del cuero cabelludo y el cráneo, hasta llegar al cerebro. Bárbaro. El yelmo moderno, o eso es lo que proclaman los akáshicos, modela la interconexión de las sinapsis neuronales holográficamente, «leyendo» así las funciones de memoria e identidad del cerebro. Se supone que es bastante seguro).

Bardo, como era su costumbre cuando estaba nervioso o sentía miedo, se pedorreó con fuerza.

—Entonces, ¿crees que habrá una misión de búsqueda para este..., este, hum, *secreto* de los ieldra, Lord Piloto? —preguntó.

—Los escatólogos han llamado al secreto las Antiguas Eddas —dijo Soli, mientras se apartaba ligeramente de él—. Y sí, habrá una misión de búsqueda. Mañana, en vuestra convocación, el Guardián del Tiempo hará sus convocatorias y promulgará la búsqueda.

Le creí. El Lord Piloto, mi tío, decía que habría una búsqueda, y de repente sentí que el corazón se me subía a la garganta como si el puño del destino llamara a mi puerta. Planes descabellados y sueños se medio formaron en mi mente.

—Si pudiéramos demostrar la Hipótesis del Continuo —dije rápidamente—, la búsqueda se cubriría de gloria, y encontraríamos tus Antiguas Eddas.

—No las llares *mis* Antiguas Eddas —dijo él.

Debería de admitir que no comprendía al Lord Piloto. En un instante proclamaba que había cosas que el hombre no podía conocer, y al siguiente parecía orgulloso y ansioso de ir a descubrir el mayor de los secretos. Y todavía, un instante después, aparecía amargado y resentido de su propio descubrimiento. Ciertamente, era un hombre complicado, el segundo hombre más complicado que jamás he conocido.

—Lo que Mallory quiere decir —intervino Bardo— es que admira..., como hacemos todos, como hacemos todos..., el trabajo que has hecho con el Gran Teorema.

Eso no era en absoluto lo que yo quería decir.

Soli me miró intensamente.

—Sí —dijo—, el sueño de demostrar la Hipótesis del Continuo.

La Hipótesis del Continuo (o, coloquialmente, el Gran Teorema): un resultado sin demostrar del Teorema del Punto-Fijo de Lavi, que declara que, entre cualquier par de conjuntos Lavi discretos de puntos-fuente, existe un plano de uno a uno. Más simplemente, que es posible trazar un rumbo desde una estrella a cualquier otra en caída libre. Éste es el problema mayor del multipliegue, de nuestra Orden. Hacía mucho tiempo, cuando Soli era un piloto no mucho mayor que yo, casi había demostrado la Hipótesis. Pero se distrajo con una discusión con Justine y se le olvidó (eso decía) su elegante demostración del teorema. El recuerdo de aquello lo atormentaba. Y por eso bebía su venenoso *whisky* skotch, para olvidar. (Los poderes de la mente de un piloto, me recuerda Bardo, alcanzan su clímax a temprana edad. Es una cuestión de células cerebrales que mueren, dice, y el rejuvenecimiento que los pilotos experimentamos es imperfecto en este aspecto. Nos hacemos lentamente más estúpidos a medida que envejecemos, y por eso, ¿por qué no beber skotch, o fumar toalache y acostarse con putas?).

—La Hipótesis del Continuo —me dijo Soli mientras giraba su vaso vacío sobre la barra—, puede ser muy bien indemostrable.

—Comprendo que estés amargado.

—Como lo estarías tú si buscaras lo inconseguible.

—Perdóname, Lord Piloto, pero ¿cómo sabemos lo que es conseguible y lo que no?

—Nos hacemos más sabios a medida que envejecemos —dijo él.

Di una patada a la baranda de metal al pie de la barra con la puntera de mi bota. El metal resonó sombríamente.

—Puedo ser joven, y no quiero parecer...

—Estás fanfarroneando —dijo Lionel rápidamente.

—... pero creo que la Hipótesis es demostrable, y pretendo hacerlo.

—¿Por amor a la sabiduría o por la gloria? —me preguntó Soli—. He oído decir que te gustaría llegar a ser Lord Piloto algún día.

—Todo aspirante sueña con ser Lord Piloto.

—Los sueños del niño se convierten a menudo en las pesadillas del hombre.

Pateé el reposapiés, accidentalmente.

—No soy un niño, Lord Piloto. Tomo mis votos mañana; uno de mis votos es descubrir la sabiduría. ¿Lo has olvidado?

—¿Que si he olvidado? ¿Yo? —preguntó, rompiendo su tabú y dando un respingo al pronunciar el pronombre prohibido—. Escucha, *niño*, yo no he olvidado nada.

La palabra «nada» pareció colgar en el aire junto con el hueco resonar del apoyapiés mientras Soli me miraba a mí y yo le miraba a él. Entonces llegaron unas risas demasiado fuertes desde el exterior, y la puerta se abrió súbitamente. Tres hombres altos y fornidos, cada uno de ellos con el pelo rubio claro y bigotes caídos, cada uno vestido con livianas pieles oscuras cubiertas de nieve, se quitaron las cuchillas de los patines y entraron en el bar. Se acercaron a Lionel y Soli y se estrecharon las manos. El más grueso de los tres, un maestro piloto que había aterrorizado a Bardo durante nuestros años de noviciado en Borja, pidió tres jarras de kvass.

—Hace un frío de muerte ahí fuera —dijo.

Bardo se inclinó hacia mí y susurró:

—Creo que es hora de irnos.

Negué con la cabeza.

Los maestros pilotos (se llamaban Neith, Seth y Tomoth) eran hermanos. Nos daban la espalda, y no parecían haber reparado en nosotros.

—Te pagaré seis noches de cortesanas expertas —murmuró Bardo.

El novicio colocó tres jarras de humeante cerveza negra en la barra. Tomoth retrocedió unos pasos para acercarse al fuego y se sacudió de las pieles la nieve que se derretía. Como otros viejos pilotos que se habían quedado ciegos por la edad, llevaba ojos mecánicos y enjogados. Acababa de regresar del borde del Vild.

—Tus ieldra tenían razón, amigo mío —le dijo a Soli—. La Binaria Gallivare y Cerise Luz han estallado. No queda nada más que sucio polvo y luz.

—Polvo y luz —dijo su hermano Neith, y se quemó la boca con el ardiente kvass y maldijo.

—Polvo y luz —repitió Seth—. Sodervarld y sus veinte millones de habitantes quedaron atrapados en una tormenta de polvo y luz radiactivos. Tratamos de rescatarlos, pero llegamos demasiado tarde.

Sodervarld orbita Enola Luz, que es —fue— la estrella más cercana a la Binaria Gallivare. Seth nos contó que la supernova había barrido la superficie de Sodervarld, matando a toda clase de vida excepto los gusanos de tierra. El pequeño bar de los maestros pilotos pareció de pronto sofocantemente diminuto. Los tres hermanos, recordé, habían nacido en Sodervarld.

—Por nuestra madre —dijo Seth, mientras hacía entrecochar su jarra con las de Soli, Lionel y sus hermanos.

—Por nuestro padre —dijo Tomoth.

—*Freyd* —repuso Neith, que inclinó tan levemente la cabeza que no estuve seguro de si había asentido o si su imagen había oscilado a la luz de la chimenea—.

Por Yuleth y Elath.

—Es hora de irnos —le dije a Bardo.

Nos dispusimos a marcharnos, pero Neith cayó sollozando contra Tomoth, que se volvió hacia nosotros mientras abrazaba a su hermano. Sus ojos enojados brillaron en la penumbra cuando nos vio.

—¿Qué es esto? —exclamó.

—¿Por qué hay aspirantes en nuestro bar? —quiso saber Seth.

Neith se apartó el amarillo pelo de sus húmedos ojos.

—Dios mío —dijo—, son el Bastardo y su grueso amigo..., ¿cómo se llama? ¿Burpo? ¿Lardo?

—*Bardo* —corrigió Bardo.

—Estaban a punto de marcharse —dijo Soli.

De pronto, no me apeteció hacerlo. Tenía la boca seca, y noté presión tras los ojos.

—No le llames «Bardo» —dijo Neith—. Cuando le enseñamos en Borja, todo el mundo le llamaba Meoncete Lal, porque solía mearse en la cama todas las noches.

Era cierto. El nombre real de Bardo era Pesheval Lal. Cuando llegó a Neverness, era un muchacho aterrorizado y huesudo que echaba de menos su hogar y a quien encantaba recitar poemas románticos, y que se meaba en la cama todas las noches. La mitad de los novicios y maestros le llamó «Bardo» y la otra mitad «Meoncete». Pero, después de que empezara a levantar pesas por encima de su cabeza y se acostumbrara a pasar las noches con mujeres alquiladas de forma que mojaba su cama con los líquidos de la lujuria en vez de la orina, pocos se atrevieron a llamarle otra cosa que «Bardo».

—Bien —dijo Tomoth, mientras llamaba con una palmada al novicio tras la barra—. Meoncete y el Bastardo brindarán con nosotros antes de marcharse.

El novicio llenó nuestras jarras y vasos. Bardo me miró; me pregunté si podía ver la sangre latiendo en mi garganta o las lágrimas quemando en mis ojos.

—*Freyd* —dijo Tomoth—. Por los muertos de Sodervarld.

Temí estar a punto de gritar de rabia y vergüenza, y así, mirando directamente a los feos ojos metálicos de Tomoth, alcé mi vaso y traté de tragar el fuerte skotch de un solo golpe. Fue un error. Jadeé, tosí y escupí a la vez, manchando la cara y el bigote amarillo de Tomoth con pequeños glóbulos de líquido ámbar. Él debió pensar que me estaba burlando de él y deshonorando la memoria de su familia porque se abalanzó hacia mí sin vacilar, dirigiéndose a mis ojos con una mano y a mi garganta con la otra. Algo ardió entre mis cejas al arañarme. De repente aparecieron puños y sangre y codos mientras Tomoth y sus hermanos se lanzaban sobre mí en avalancha. Todo era frío y duro; el frío suelo de losa contra mi espalda, y un duro hueso chasqueó contra mis dientes; las uñas de alguien me rasgaron el párpado. A ciegas,

golpeé la cara de Tomoth. Durante un momento pensé que Bardo debía haber escapado cobardemente por la puerta. Entonces gritó como si acabara de recordar que era Bardo, no Meoncete, y se produjo el sonido de carne sobre carne, y quedé libre. Hallé mis pies y golpeé la cabeza de Tomoth, un gancho sañudo y rápido que el Guardián del Tiempo me había enseñado. Mis nudillos se rompieron y el dolor me quemó por todo el brazo hasta el hombro. Tomoth se llevó las manos a la cabeza y cayó sobre una rodilla.

Soli estaba tras él.

—Hijo de Moira —dijo, mientras se inclinaba y cogía el cuello de la piel de Tomoth para impedirle caer del todo. Entonces cometí un error, el segundo peor error de mi vida, según creo. Lancé de nuevo un golpe contra Tomoth, pero alcancé a Soli en cambio, aplastando su larga y orgullosa nariz como si fuera una fruta madura. Incluso hoy día puedo ver la expresión de asombro, y la sensación de traición (y dolor) de su cara. Entonces se volvió loco. Rechinó los dientes y expulsó sangre por la nariz. Me atacó con tal furia que me agarró la cabeza por detrás y trató de romperme el cuello. Si Bardo no hubiera estado entre nosotros y hubiera apartado las manos de Soli de la base de mi cráneo, me habría matado.

—Tranquilo, Lord Piloto —dijo Bardo. Masajeó mi nuca con su gran manaza regordeta y me empujó hacia la puerta. Todos estaban en pie, jadeando, mirándose mutuamente, sin saber qué hacer a continuación.

Entonces se produjeron disculpas y explicaciones. Lionel, que se había mantenido apartado de la refriega, le dijo a Tomoth y sus hermanos que yo nunca había bebido scotch antes y que no había pretendido insultarles. Después, el novicio volvió a llenar las jarras y vasos, y yo pronuncié un réquiem por los muertos de Sodervarld. Bardo brindó por Tomoth, y Tomoth brindó por el descubrimiento de Soli. Y mientras tanto, nuestro Lord Piloto me contemplaba mientras la sangre manaba de su nariz rota y le cubría los labios y la barbilla.

—Tu madre me odia, así que no es de extrañar que tú me odies también.

—Lo siento, Lord Piloto. Juro que fue un accidente. Toma, usa esto para secarte la nariz.

Le ofrecí mi pañuelo, pero él fingió no ver mi mano extendida. Me encogí de hombros y utilicé el pañuelo para secarme la sangre del ojo.

—Por la búsqueda de las Antiguas Eddas —dije mientras alzaba mi vaso—. Beberás por eso, ¿no, Lord Piloto?

—¿Qué esperanza tiene un *aspirante* de encontrar las Eddas?

—Mañana seré piloto —dije—. Tengo la misma oportunidad que cualquier otro piloto.

—Sí, oportunidad. ¿Qué oportunidad tiene un joven piloto alocado de descubrir el secreto de la vida? ¿Dónde mirarás? En algún lugar seguro, sin duda, donde no tengas

oportunidad de encontrar nada en absoluto.

—Tal vez buscaré donde los pilotos expertos, amargados y presumidos tienen miedo de buscar.

La habitación se quedó tan silenciosa que oí el salpicar de mi propia sangre contra el suelo.

—¿Y dónde será eso? —preguntó él—. ¿Bajo los pliegues de la túnica de tu madre?

Quise volver a golpearle. Tomoth y sus hermanos se rieron mientras se palmeaban mutuamente en la espalda, y quise partirle a mi tío su arrogante y sangrante cara. Siempre he sentido el caliente pus de la furia demasiado aguda y rápidamente. Me pregunté si le había golpeado por accidente o no; tal vez fue mi destino golpearle (o un deseo secreto). Me quedé allí temblando, mirándole mientras me preguntaba sobre el destino y la probabilidad. El calor de la chimenea se volvió de pronto opresivo. La cabeza me daba vueltas por la sangre y el skotch, y sentía el ojo como lava fundida y la lengua como almíbar mientras cometía el peor error de mi vida.

—No, Lord Piloto —estallé—. Viajaré más allá de la nebulosa Eta Carina. Tengo la intención de penetrar y cartografiar la Entidad de Estado Sólido.

—No bromees.

—No estoy bromeando. No me gustan vuestros chistes; no bromeo.

—*Estás bromeando* —dijo, mientras daba un paso hacia mí—. Es sólo la estúpida baladronada de un tonto piloto aspirante, ¿verdad?

A través de la neblina de mi ojo bueno vi que todos, incluso el joven camarero, me estaban mirando.

—Naturalmente que fue una broma —resonó la voz de Bardo mientras se pedorreaba de nuevo—. Dile que fue una broma, Pequeño Amigo, y vámonos.

Miré los ojos fieros e intensos de Soli.

—Te juro que no estoy bromeando —dije.

Me agarró el brazo con sus largos dedos.

—¿Lo juras?

—Sí, Lord Piloto.

—¿Lo juras, formalmente?

Me zafé de él.

—Sí, Lord Piloto.

—Júralo, entonces. Di: «Yo, Mallory Ringess, por los cánones y votos de la Orden, en cumplimiento de la llamada del Guardián del Tiempo a una misión de búsqueda, juro al Lord Piloto que cartografiaré los caminos de la Entidad de Estado Sólido». ¡Júramelo!

Pronuncié el juramento formal con voz temblorosa, mientras Bardo me miraba horrorizado. Soli pidió que llenaran nuestros vasos.

—Por la búsqueda de las Antiguas Eddas. ¡Sí, mi joven piloto alocado, beberemos por eso!

No recuerdo claramente qué sucedió a continuación. Creo que nos reímos mucho y bebimos más skotch y cerveza, y que hablamos del misterio, de la alegría y de la agonía de la vida. Recuerdo, tenuemente, que Tomoth y Bardo echaron un pulso y trataron de obligar al otro a colocar el brazo sobre la brillante superficie de la barra. Es cierto, ahora lo sé, que el licor arrasa y devora la memoria. Bardo y yo descubrimos aquella noche otros bares que servían skotch y cerveza (y poderosos amorgénicos); también encontramos la Calle de las Cortesanas Experimentadas, y hermosas jacarandinas que sirvieron a nuestra lujuria y placer. Al menos pienso que lo hicieron. Como fue mi primera vez con mujeres experimentadas, sabía muy poco de lujuria y placer, y recuerdo aún menos. Mis recuerdos son de perfumes densos y piel oscura y ardiente, la urgente presión a ciegas de un cuerpo contra otro; mis recuerdos son pantanosos y vagos, estropeados por la culpa y el temor de que me había ganado un enemigo en el Lord Piloto de nuestra Orden y que había pronunciado un juramento que seguramente me conduciría a la muerte.

—Los aspirantes mueren —dijo Soli cuando dejamos el bar de los maestros pilotos. Mientras me tambaleaba por la deslizadera, recuerdo haber rezado para que estuviera equivocado.

CAPÍTULO 2

Votos de piloto

Extrañas, ¡ay!, son las Calles de la Ciudad del Dolor...

—Rainer Maria Rilke, *Scryta del Siglo del Holocausto*.

Recibimos nuestros anillos de piloto a última hora de la tarde del día siguiente. En el centro de Resa, rodeados por los dormitorios de piedra, apartamentos y otros edificios de la facultad, el inmenso Salón de los Antiguos Pilotos estaba abarrotado con los hombres y mujeres de nuestra Orden. Desde el gran portal en forma de arco al estrado donde se arrodillaban los aspirantes, las túnicas de brillantes colores de los académicos y altos profesionales ondulaban como un mar de seda irisada. Como los maestros de las diversas profesiones tendían a unirse a sus iguales, el mar irisado formaba zonas: cerca de los distantes pilares en el extremo norte del Salón se encontraban los céticos de túnica naranja y, junto a ellos, un grupo de akáshicos cubiertos de la cabeza a los pies de seda amarilla. Había grupitos de scrytas ataviados de blanco deslumbrante, y mecánicos vestidos de verde unos junto a otros, discutiendo sin duda sobre la definitiva (y paradójica) composición y naturaleza del continuo espaciotemporal, o algún otro misterio. Justo debajo del estrado se hallaba la ola negra de los pilotos y maestros pilotos. Vi a Lionel, Tomoth y sus hermanos, a Stephen Caraghar y a otros que conocía. Justo delante se hallaban mi madre y Justine, mirándonos (me pareció) orgullosamente.

El Guardián del Tiempo, resplandeciente y firme en su túnica roja ondulante, hizo que los treinta repitiéramos los votos de piloto. Era buena cosa que estuviéramos arrodillados juntos. La masa cálida y tranquilizante de Bardo presionándome a la derecha, y mi amigo Quirin a la izquierda, me impedían caer hacia la superficie de mármol pulido del estrado. Aunque esa mañana había ido a un tallador que había arreglado el rasguño de mi párpado y me había hecho tomar un purgante que limpió mi cuerpo del venenoso skotch, me sentía enfermo. Notaba la cabeza caliente y pesada; me parecía tener el cerebro hinchado de sangre y que me estallaría dentro del cráneo de un momento a otro. Mi espíritu ardía también. Mi vida estaba arruinada. Estaba enfermo de miedo y terror. Pensé en el Tycho y en Erendira Ede y en Ricardo Lavi, y en otros famosos pilotos que habían muerto tratando de desentrañar el misterio de la Entidad de Estado Sólido.

Inmerso como estaba en mi miseria, me perdí la mayor parte de las advertencias del Guardián del Tiempo sobre los peligros del multipliegue. Recuerdo claramente una cosa que dijo: que de los doscientos once aspirantes que habían entrado en Resa con nosotros, sólo quedábamos nosotros treinta. *Los aspirantes mueren*, me dije, y de

repente la voz brusca y profunda del Guardián del Tiempo vibró a través de la bruma de mis dispersos pensamientos.

—Los pilotos mueren también —dijo—, pero no tan frecuentemente o con tanta facilidad, y mueren para un propósito mayor. Es para este propósito por lo que estamos congregados aquí hoy, para consagrar...

Continuó así durante varios minutos. Entonces nos exhortó al celibato y la pobreza, nuestros votos menos importantes (debería mencionar que el significado de celibato se toma en su sentido más restringido. Si no fuera así, Bardo nunca podría haber sido piloto. Aunque se exalta la pasión física entre un hombre y una mujer, la regla de nuestra Orden es que los pilotos no se casen. Es una buena regla, creo, una regla no carente de motivos. Cuando un piloto regresa del multipliegue varios años más viejo o más joven que su amante, como había hecho Soli recientemente, la edad diferencial —lo llamamos tempocruel—, puede destruirle).

—Del mismo modo que habéis aprendido y aprenderéis, así debéis enseñar —dijo el Guardián del Tiempo, e hicimos nuestro tercer voto. Bardo debió de notar que mi voz vacilaba, porque extendió la mano y me apretó la rodilla, como para contagiarme parte de su gran fuerza. El cuarto voto me pareció que era el más importante de todos.

—Debéis conteneros —nos dijo el Guardián del Tiempo. Sabía que era verdad. La simbiosis entre un piloto y su nave es tan profunda y poderosa como letalmente adictiva. ¿Cuántos pilotos, me pregunté, se habían perdido en el multipliegue porque confiaban demasiado a menudo en el poder y alegría de sus cerebros extensionales? Demasiados. Repetí mecánicamente el voto de obediencia, con poco espíritu o entusiasmo. El Guardián del Tiempo hizo una pausa, y pensé por un instante que iba a mirarme, a reprenderme o hacerme repetir de nuevo el quinto voto. Entonces, con voz cargada de dramatismo, con poderosa cadencia, dijo:

—El último voto es el voto más sagrado, el voto sin el cual todos vuestros otros votos serían tan vacíos como una copa llena de aire.

Y así, el nonagésimo quinto día del falso invierno del año 2929 desde la fundación de Neverness, hicimos el voto supremo de buscar la sabiduría y la verdad, aunque nuestra búsqueda nos llevara a la muerte y a la ruina de todo lo que amábamos y apreciábamos.

El Guardián del Tiempo pidió los anillos. Leopold Soli emergió de una antesala adyacente al estrado. Un novicio de aspecto asustado le siguió, llevando una vara de terciopelo donde estaban colocados los treinta anillos, uno encima del otro. Inclizamos la cabeza y extendimos la mano derecha. Soli avanzó por la fila de viajeros, sacando los anillos de diamante de la vara y colocándolos en cada uno de nuestros meñiques.

—Con este anillo, eres Piloto —le dijo a Alark Mandara y a Chantal Astoreth. Y al brillante Jonathan Ede y al Sonderval—. Con este anillo, eres Piloto —y continuó

por la fila de aspirantes arrodillados. Tenía la nariz tan hinchada que sus palabras sonaban con un tono nasal, como si estuviera resfriado. Llegó hasta Bardo, cuyos dedos estaban desnudos de las joyas que normalmente llevaba y aparecían en cambio cubiertos de anillos de muerta carne blanca. Sacó el anillo más grande de la vara (aunque se suponía que yo debía de tener la cabeza inclinada, no pude resistir mirar cómo Soli colocaba el brillante anillo negro en el enorme dedo de Bardo). Entonces me tocó el turno. Soli se inclinó sobre mí, y dijo:

—Con este anillo, eres... *Piloto*.

Pronunció la palabra «piloto» como si fuera algo forzado, como si fuera ácido a su lengua. Me colocó el anillo en el meñique con tanta fuerza que el diamante me arrancó una capa de piel y me arañó el tendón del nudillo. Ocho veces más oí: «Con este anillo, eres *Piloto*», y luego el Guardián del Tiempo entonó la letanía por el *Piloto Perdido*, y pronunció un réquiem, y terminamos.

Los treinta *pilotos* abandonamos el estrado para mostrar nuestros nuevos anillos a nuestros amigos y maestros. Unos pocos de los nuevos pilotos más ricos tenían familiares que habían pagado el caro pasaje hasta Neverness a bordo de una nave comercial, pero Bardo no era uno de ellos (su padre lo consideraba un traidor por haber abandonado las posesiones familiares a cambio de la pobreza de nuestra Orden). Nos mezclamos con nuestros compañeros, y el mar de seda coloreada nos engulló. Se produjeron exclamaciones de felicidad y risas y las botas golpearon el suelo de losas. Una amiga de mi madre, la escatóloga Kolenya Mor, se apretó indecentemente contra mí, apoyando su húmeda mejilla en la mía. Me abrazó mientras tronaba:

—Mírale, Moira.

—Le estoy mirando —dijo mi madre. Era una mujer alta y fuerte (y hermosa), aunque debo admitir que estaba un poquitín gorda debido a su amor por los bombones de chocolate. Llevaba la túnica gris lisa de los maestros cantores, los más puros de los matemáticos puros. Sus rápidos ojos grises parecieron mirar a todas partes mientras ladeaba la cabeza, intrigada, y me preguntaba—: Te han retocado el párpado. Hace poco, ¿no?

Ignorando mi anillo, continuó:

—Es bien sabido lo que dijiste, el juramento que hiciste. A Soli. Es la comidilla de la ciudad. «El hijo de Moira ha jurado penetrar la Entidad de Estado Sólido»; no he oído otra cosa hoy. Mi guapo, brillante e intrépido hijo.

Empezó a llorar. Me quedé aturdido y no pude mirarla. Era la primera vez que la veía llorar.

—Es un anillo bonito —dijo mi tía Justine cuando se me acercó, e inclinó la cabeza. Alzó su propio anillo de piloto para que yo lo mirara—. Y bien merecido, no importa lo que diga Soli.

Como mi madre, Justine era alta, con el pelo negro ligeramente vetado de gris, recogido en un moño; como a mi madre, le encantaban los bombones. Pero, mientras mi madre pasaba frecuentemente los días pensando y explorando las posibilidades de sus ambiciosas ensoñaciones, a Justine le gustaba relacionarse y patinar y ejecutar saltos difíciles en el Anillo de Fuego, o en el Anillo del Norte, o en cualquiera de las otras pistas de hielo cubiertas de la ciudad. Así, había conservado la esbeltez de su primera juventud, a expensas de su mente naturalmente rápida, me parecía a mí. A menudo me preguntaba por qué había querido a Soli por marido, y más aún, por qué el Guardián del Tiempo había concedido a aquellos dos pilotos famosos una dispensa especial para casarse.

Burgos Harsha, con sus tupidas cejas, su papada y los largos pelos negros brotando de su nariz de cerdo, se nos acercó.

—Enhorabuena, Mallory —dijo—. Siempre he esperado que hicieras algo extraordinario; todos lo esperábamos, ¿sabes? Pero nunca soñé que le romperías la nariz al Lord Piloto nada más conocerlo, y que jurarías matarte en esa nebulosa conocida coloquialmente (y, debo añadir, bastante vulgarmente), como la Entidad de Estado Sólido. —El maestro historiador se frotó las manos vigorosamente y se volvió hacia mi madre—. Bien, Moira, he examinado los cánones y la historia oral del Tycho, así como las costumbres, y está claro (puedo equivocarme, por supuesto, pero ¿cuándo has visto que me equivoque?), está claro que el juramento de Mallory fue una simple promesa al Lord Piloto, no un juramento vinculante a la Orden. Y, ciertamente, no es un juramento solemne. En el momento en que juró matarse (y es un punto sutil, pero claro), no había tomado sus votos, así que no era *legalmente* un piloto, de modo que no le estaba *permitido* hacer un juramento vinculante.

—No comprendo —dije yo. A mi espalda oía cantos, el roce de la seda contra la seda y el caótico rumor de un millar de voces—. Juré lo que juré. ¿Qué diferencia puede tener a quién se lo jurara?

—La *diferencia*, Mallory, es que Soli puede liberarte de tu juramento si así lo quiere.

Sentí una erupción de adrenalina en mi garganta, y el corazón aleteó en mi pecho como un pájaro nervioso. Pensé en todas las formas en que morían los pilotos: morían fenestrando, con el cerebro arruinado por la simbiosis demasiado constante con sus naves, y morían de vejez, perdidos en árboles de decisión; las supernovas reducían su carne a plasma, y el temposueño, demasiado temposueño, los dejaba contemplando eternamente las ardientes estrellas; los mataban los alienígenas, y los asesinaban los seres humanos, y eran aplastados por enjambres de meteoros, y calcinados por las penumbras de las gigantes azules, y se helaban en la nada del espacio profundo. Supe entonces que, a pesar de mis alocadas palabras de que la muerte entre las estrellas era gloriosa, no pretendía la gloria, y desesperadamente no quería morir.

Burgos nos dejó, y mi madre se volvió hacia Justine.

—Hablarás con Soli, ¿verdad? Sé que me odia. Pero ¿por qué tiene que odiar a Mallory?

Di un taconazo contra el suelo. Justine se pasó el índice por una ceja.

—Soli es muy difícil —dijo—. Este último viaje casi le mató, por dentro igual que por fuera. Oh, hablaré con él, por supuesto, hablaré hasta que se me caigan los labios, como hago siempre, pero me temo que sólo me mirará con sus ojos ceñudos y dirá cosas como: «Si la vida tiene sentido, ¿cómo podemos saber si nuestro destino es encontrarlo?», o: «Un piloto muere mejor cuando muere joven, antes de que el tempocruel mate lo que ama». No puedo hablar con él cuando está así, desde luego, y pienso que es posible que crea que esté siendo noble, dejando jurar a Mallory que morirá heroicamente, o quizá realmente crea que Mallory tendrá éxito y sólo quiere sentirse orgulloso de él..., no puedo decir *qué* piensa cuando está tan inmerso en sí mismo, pero hablaré con él, Moira, naturalmente que hablaré.

Yo tenía pocas esperanzas de que Justine pudiera hablar con él. Hacía mucho tiempo, cuando el Guardián del Tiempo les permitió casarse, les había advertido: «El tempocruel, no podréis conquistar el tempocruel», y había tenido razón. Se cree comúnmente que es el envejecimiento diferencial lo que mata el amor, pero no creo que eso sea enteramente verdad. Es la edad y el egoísmo lo que mata el amor. Nos introducimos más y más en nuestro auténtico yo a cada segundo que vivimos. Si existe el destino, es algo así: el yo exterior buscando y despertando al auténtico yo, no importan el dolor y el terror (y siempre hay dolor y terror), no importa lo grande que sea el precio. Soli, fiel a su deseo más interno, había regresado del núcleo dominado por su necesidad de comprender el significado de la muerte y el secreto de la vida, mientras que Justine había pasado esos mismos largos años en Neverness viviendo la vida y disfrutando de las cosas de la vida: buenas comidas y el olor del mar al anochecer (y, a decir de algunos, las caricias de su amante), así como su interminable búsqueda de la perfección en sus saltos y en sus filigranas sobre el hielo.

—No quiero que Justine hable con él —dije.

Mi madre ladeó la cabeza y me acarició la mejilla con la mano, como hacía cuando yo era niño y tenía fiebre.

—No seas tonto —me dijo.

Un grupo de mis compañeros pilotos, guiados por el inmensamente alto y delgado Sonderval, se dispersó como una nube negra a través de los profesionales que nos circundaban y me rodearon. Li Tosh, Helena Charbo, y Richardess..., pensaba que eran los mejores pilotos jamás salidos de Resa. Mi vieja amiga, Delora wi Towt, tiraba de sus trenzas doradas mientras saludaba a mi madre. El Sonderval, que procedía de una familia ejemplar de Solsken, estiró sus dos metros y medio de altura y dijo:

—Quería decírtelo, Mallory. Toda la escuela está orgullosa de ti. Por enfrentarte al Lord Piloto..., discúlpame, Justine, no pretendía insultar..., y estamos orgullosos de lo que has jurado hacer. Hace falta valor, todos lo sabemos. Te deseamos lo mejor en tu viaje.

Sonreí, porque el Sonderval y yo siempre habíamos sido fieros rivales en Resa. Junto con Delora y Li Tosh (y Bardo cuando quería), era el más listo de mis compañeros pilotos. El Sonderval era un hombre astuto, y noté algo más que un poco de reproche en su cumplido. No creo que creyera que yo fuera valiente por jurar hacer lo imposible; más bien sabía que finalmente mi ira me la había jugado. Parecía muy satisfecho consigo mismo, posiblemente porque pensaba que yo nunca volvería. Pero, claro, los ejemplares de Solsken siempre necesitan estar contentos consigo mismos, y por eso alcanzan esas ridículas alturas.

El Sonderval y los demás se excusaron y se perdieron en la multitud.

—Mallory fue siempre popular —dijo mi madre—. Con los otros aspirantes, aunque no con sus maestros.

Tosí mientras contemplaba los triángulos blancos del suelo. Los cánticos parecieron hacerse más fuertes. Reconocí la melodía de uno de los heroicos (y románticos) madrigales de Takeko. Me sentí instantáneamente lleno de desesperación y falso valor. Confuso como estaba, vacilando entre la bravata y la cobarde esperanza de que Soli disolviera mi juramento, alcé la voz y dije:

—Madre, juré lo que juré; no importa lo que Justine le diga a Soli.

—No seas loco —dijo ella—. No permitiré que te mates.

—Pero me deshonrarás.

—Mejor el deshonor, sea lo que sea, que la muerte.

—No, mejor la muerte que el deshonor —dije yo, pero no creía mis propias palabras. En el fondo de mi corazón, estaba más que dispuesto a aceptar el deshonor antes que la muerte.

Mi madre murmuró algo para sí (un hábito suyo), algo que parecía:

—Lo mejor sería que Soli muriera. Entonces tampoco sufrirías. Ni muerte ni deshonor.

—¿Qué has dicho? —pregunté.

—No he dicho nada.

Miró por encima de mi hombro y frunció el ceño. Me volví, para ver a Soli, alto y sombrío con su ajustada túnica negra, abriéndose paso por entre el mar de gente. Llevaba a una hermosa scryta ciega del brazo. Me sentí golpeado de inmediato por el contraste entre el negro y el blanco: El pelo negro de la scryta flotaba como una cortina de satén sobre la espalda de su túnica blanca, y sus cejas eran densas y negras contra su blanca frente. Se movía despacio y con sumo cuidado, como una fría estatua de blanco arrastrada a una repentina (y desagradable) vida. Apenas advertí sus

bien formados pechos y los grandes pezones oscuros que tan claramente se marcaban bajo la fina seda; fue su rostro lo que atrajo mi mirada, la larga nariz aguileña y los labios rojos y carnosos y, sobre todo, los oscuros agujeros suavemente cicatrizados donde antes habían estado sus ojos.

—¡Katharine! —exclamó súbitamente Justine cuando se acercaron—. ¡Mi querida hija! —Rodeó con sus brazos a la scryta—. ¡Ha pasado tanto tiempo!

Permanecieron abrazadas durante un rato; luego, Justine se secó los húmedos ojos con el dorso de sus guantes y se volvió hacia mí.

—Mallory, déjame que te presente a tu prima, Dama Katharine Ringess Soli.

La saludé, y ella volvió la cabeza en mi dirección.

—Mallory —dijo—. Por fin. Ha pasado tanto tiempo.

Ha habido momentos en mi vida en los que el tiempo se ha parado, en los que sentí como si viviera algún hecho recordado tenuemente (aunque vital) una y otra vez. A veces el sonido de los thallows chirriando en invierno o el olor de las algas mojadas me llevan instantáneamente a aquella clara noche hace tanto tiempo en que me encontraba solo en la desierta y ventosa playa del Starnbergersee y me entregué al sueño de dominar las estrellas; a veces es un color, quizás el súbito naranja de una deslizadera o el vívido verde de una resbaladera, el que me transporta a otro tiempo y lugar; a veces no es nada, al menos nada más particular que el tono de los rayos del sol en una tarde de invierno y el rumor del helado viento marino. Esos momentos son misteriosos y maravillosos, pero también están llenos de extraño significado y temor. Los scrytas, naturalmente, enseñan la unidad del ahora y el entonces y los tiempos por venir. Para ellos, creo, los sueños futuros y el autorrecuerdo son dos partes de un único misterio. Ellos, esos extraños, santos y autocegados hombres y mujeres de nuestra Orden, creen que, si queremos tener visiones de nuestro futuro, debemos mirar en nuestro pasado. Así, cuando Katharine me sonrió, y los tranquilos y dulces tonos de su voz vibraron en mi interior, supe que había llegado a ese momento en que mi pasado y mi futuro eran como una sola cosa.

Aunque sabía que nunca la había visto antes, sentí como si la conociera de toda la vida. Me enamoré instantáneamente de ella, no, por supuesto, como se ama a otro ser humano, sino como un vagabundo debe amar un océano nuevo o un hermoso pico nevado que vislumbra por primera vez. Me quedé prácticamente anonadado por su tranquilidad y su belleza, así que dije la primera estupidez que se me pasó por la cabeza.

—Bienvenida a Neverness.

—Sí, bienvenida —le dijo Soli a su hija—. Bienvenida a la Ciudad de la Luz. —Había algo más que un poco de sarcasmo y amargura en su voz.

—Recuerdo muy bien la ciudad, padre. —Y así debía ser, puesto que era, como yo, una hija de la ciudad. Pero, cuando era una niña y Soli partió a su viaje al núcleo,

Justine la había llevado para ser educada con su abuela en Lechoix. No había visto a su padre (y pensé que nunca volvería a verle) durante veinticinco años. Todo ese tiempo había permanecido en Lechoix, en compañía de mujeres que despreciaban a los hombres. Aunque tenía motivos para estar amargada, no lo estaba. Era Soli quien estaba amargado. Estaba furioso consigo mismo por haber abandonado a su esposa e hija, y estaba amargado porque Justine había permitido e incluso animado a su hija a convertirse en una scryta. Odiaba a los scrytas.

—Gracias por hacer el viaje —le dijo Soli.

—Me enteré de que habías regresado, padre.

—Sí, eso es cierto.

Se produjo un incómodo silencio, y mi extraña familia permaneció muda en medio de un millar de personas hablando. Soli miraba a Justine, y ella a él, mientras mi madre miraba furtivamente a Katharine. Me di cuenta de que no le gustaba, probablemente porque resultaba obvio que a mí sí. Katharine volvió a sonreírme.

—Felicidades, Mallory, por tu... Ir a explorar la Entidad, es un valiente... Todos estamos muy orgullosos.

Me irrité un poco por su hábito de scryta de no completar sus frases, como si la persona a la que hablaba pudiera «ver» lo que quedaba sin decir y pudiera avanzar en la cresta de sus atropellados pensamientos.

—Sí, felicidades —dijo Soli—, pero el anillo de piloto parece un poco pequeño para tu dedo. Esperemos que tus votos de piloto no sean demasiado grandes para tu espíritu.

Mi madre ladeó la cabeza mientras apuntaba al pecho de Soli.

—¿Qué espíritu queda en el Lord Piloto? —dijo—. Un espíritu cansado y amargado. No le hables a mi hijo de espíritu.

—¿Hablamos de vida, entonces? Sí, hablemos de vida: Esperemos que Mallory viva lo suficiente para disfrutar la vida de un nuevo piloto. Si tuviéramos un vaso de scotch a mano, brindaríamos por las vidas gloriosas, aunque demasiado breves, de los jóvenes pilotos alocados.

—El Lord Piloto está demasiado orgulloso de su larga vida —dijo mi madre rápidamente.

Justine agarró a Soli por el brazo mientras dirigía sus carnosos labios a su oído y empezaba a susurrarle algo. Él se separó de ella y se volvió hacia mí.

—Probablemente estabas borracho cuando hiciste tu juramento. Y tu Lord Piloto estaba borracho con toda seguridad. Por tanto, mi encantadora esposa me informa de que sólo tenemos que anunciar que todo el asunto fue una broma y ambos acabaremos con esta tontería.

Sentí el sudor caliente correr a chorros por mis costados bajo la seda de la túnica.

—¿Lo harías, Lord Piloto? —pregunté.

—¿Quién sabe? ¿Quién conoce su destino? —Se volvió a Katharine y le preguntó —: ¿Has visto su futuro? ¿Qué sucederá con Mallory? ¿Hay que apartarle de su destino? «Morir entre las estrellas es la muerte más gloriosa»..., eso es lo que dijo el Tycho antes de desaparecer en la Entidad de Estado Sólido. Tal vez Mallory tenga éxito donde nuestro mejor piloto fracasó. ¿Hay que apartarlo de la fama y la gloria? Cuéntame, mi encantadora scryta.

Todos miramos a Katharine mientras ella escuchaba tranquilamente a Soli. Debió sentir las miradas porque se metió la mano en el bolsillo de su túnica, «el bolsillo de lo secreto», donde los scrytas guardaban su tubo de aceite ennegrecedor. Cuando retiró la mano, su dedo estaba cubierto con una crema tan negra que no reflejaba ninguna luz; era como si no tuviera dedo, como si se hubiera creado un agujero negro en miniatura en el espacio que ocupaba su dedo. Según la costumbre de los scrytas, untó de aceite las cuencas de sus ojos, cubriendo las cicatrices con negrura ocultadora. Miré las cuencas por encima de sus altos pómulos; era como mirar su alma a través de dos túneles oscuros y misteriosos donde deberían haber existido ventanas. La miré sólo por un momento antes de verme obligado a apartar los ojos.

Estuve a punto de decirle a mi sarcástico y arrogante tío que haría lo que había jurado, no importaba lo que decidiera, cuando Katharine dejó escapar una clara risa infantil y dijo:

—El destino de Mallory es su destino, y nada puede cambiar... Excepto, padre, que tú lo hayas cambiado y siempre tendrá... —y aquí volvió a reírse, y continuó—. Pero al final elegimos nuestros futuros, ¿ves?

Soli no veía, ni lo hacía yo ni ningún otro. ¿Quién podía comprender los dichos paradójicos e irritantes de los scrytas?

En ese momento Bardo se acercó y me dio una palmada en la espalda. Se inclinó ante Justine y sonrió antes de retirar rápidamente la mirada. Bardo (siempre había intentado mantenerlo en secreto, pero no podía) deseaba a mi tía. No creo que ella sintiera lo mismo hacia él, ni aprobaba del todo su ardiente sexualidad, aunque en verdad eran muy parecidos a su modo: a los dos les encantaba el placer físico, y se preocupaban poco por el pasado y nada por el futuro. Después de que le presentaran a Katharine, se inclinó ante Soli.

—Lord Piloto —dijo—, ¿ha pedido Mallory disculpas por su bárbara conducta de anoche? ¿No? Bien, yo me disculparé por él, porque es demasiado orgulloso para disculparse, y sólo yo sé lo mucho que lo lamenta.

—El orgullo mata —dijo Soli.

—El orgullo mata —repitió Bardo, y acarició su negro bigote con su pulgar—. ¡Claro que sí! Pero ¿de dónde saca Mallory su orgullo? He sido su compañero de habitación durante doce años, y lo sé. «Soli está cartografiando los núcleos estelares», solía decir. «Soli casi demostró el Gran Teorema». Soli esto y Soli aquello... ¿Sabes

lo que responde cuando le digo que está loco por perder el tiempo practicando sus golpes de velocidad? Dice: «Cuando Soli se convirtió en piloto, ganó la carrera de los pilotos, y lo mismo haré yo».

Se refería, naturalmente, a la carrera entre los nuevos pilotos y los más mayores, que tenía lugar cada año después de la convocatoria. Para muchos, es el momento supremo del Festival del Tycho.

Tuve la seguridad de que mi cara estaba roja. Apenas pude mirar a mi tío cuando dijo:

—Entonces la carrera de mañana será un desafío. Nadie me ha vencido desde hace... —sus ojos se nublaron súbitamente, y su voz tembló levemente cuando continuó—, desde hace mucho tiempo.

Pasamos un rato debatiendo la aerodinámica de la carrera. Yo sostenía que una postura agachada era más eficaz, pero Soli señaló que, en una carrera larga (como lo sería la de mañana), una postura así quemaba rápidamente los músculos del muslo, y que había que practicar la contención.

Nuestra conversación se interrumpió cuando los horólogos de rojas túnicas marcharon hacia el estrado y ocuparon sus asientos junto al Guardián del Tiempo, cinco a cada lado.

—¡Silencio, es la hora! —cantaron al unísono, y se produjo un súbito silencio en el Salón. Entonces el Guardián del Tiempo avanzó y anunció su convocatoria y promulgó la búsqueda de las Antiguas Eddas.

—El secreto de la inmortalidad del Hombre se encuentra en nuestro pasado y nuestro futuro —nos dijo. Sentí el hombro de Katharine rozar el mío, y experimenté sorpresa (y excitación) al notar que sus largos dedos apretaban mi mano rápidamente y en secreto. Escuché al Guardián del Tiempo repetir el mensaje que Soli había traído del núcleo; escuché durante un momento y quedé embelesado con sueños de descubrir grandes cosas. Entonces miré los ojos ceñudos de Soli, y dejó de importarme hacer grandes cosas. A mi simple modo ahora sólo me preocupaba una cosa: derrotar a Soli en la carrera de los pilotos.

—Debemos investigar el misterio —continuó el Guardián del Tiempo—. Si investigamos, descubriremos el secreto de la vida y nos salvaremos.

En ese momento no me importaban los secretos ni la salvación. Lo que quería, simplemente, era derrotar a un hombre orgulloso y arrogante.

* * *

Había decidido regresar a mi habitación y dormir hasta que el sol estuviera bien alto sobre las pendientes de Urkel, pero no había contado con la excitación que despertaría la convocatoria del Guardián del Tiempo. Las salas de nuestros

dormitorios (y, en realidad, toda Resa) resonaban con los gritos de felicidad de pilotos, aspirantes y maestros. Contra mis deseos, nuestras habitaciones se convirtieron en un nexo para las celebraciones de la noche. Chantal Astoreth y Delora wi Towt llegaron con tres de sus amigos neológicos de Lara Sig. Bardo distribuyó pipas de toalache, y empezó la francachela. Fue una noche salvaje y mágica; una noche de planes trémulamente anunciados para alcanzar la Vieja Tierra o cartografiar la nebulosa del Tycho, para cumplir nuestro voto de búsqueda de la sabiduría como convenía a nuestros talentos y sueños individuales. Pronto, nuestras dos habitaciones adjuntas se llenaron de humo azul y se cubrieron de pared a pared con pilotos excitados y otros varios profesionales que se habían enterado de la fiesta. Li Tosh, que era un hombre amable con brillantes y rápidos ojos almendrados, anunció su plan de alcanzar el mundo natal de los traicioneros alienígenas, los darghinni.

—Se dice que han estudiado la historia de los cerebros nebulares —nos contó—. Tal vez cuando regrese tendré también el valor suficiente para penetrar en la Entidad.

Hideki Smith esculpiría su cuerpo con la extraña y cruel forma de los fayoli; viajaría a uno de sus planetas y trataría de hacerse pasar por uno de ellos, con la esperanza de aprender sus secretos. Para no quedarse atrás, el pelirrojo Quirin propuso viajar a Agathange, donde les preguntaría a los hombres-delfines (que habían roto hacía tiempo la ley de los Mundos Civilizados y habían manipulado su ADN de forma que ahora eran más que hombres), les preguntaría a los agathanianos el secreto de la vida humana. He de admitir que había muchos escépticos como Bardo que no creían que los ieldra poseyeran ningún gran secreto. Pero incluso los pilotos más escépticos (Richardess y el Sonderval se me vienen inmediatamente a la memoria) estaban ansiosos por internarse en el multipliegue. Para ellos, la misión de búsqueda era una excusa maravillosa para alcanzar fama y gloria.

Alrededor de medianoche, mi prima Katharine apareció en la puerta abierta de nuestra antesala. No quiso decir cómo había encontrado el camino a ciegas por las dificultosas calles de la Academia. Se sentó a mi lado en el suelo, con las piernas cruzadas. Flirteó conmigo a su modo secreto, propio de los scrytas. Me intrigaba que una mujer mayor y más sabia me prestara tanta atención, y creo que debió darse cuenta de que yo la encontraba atractiva. Me dije que también ella estaba un poco enamorada de mí, aunque sabía que los scrytas a menudo actúan no para satisfacer sus pasiones sino para cumplir alguna visión sutil y privada. En muchos lugares bárbaros, naturalmente, donde el arte de genotipar es primitivo, el matrimonio (y el apareamiento) entre primos está prohibido. Nunca se sabe qué clase de monstruo producirá la mezcla de plasma germinal. Pero Neverness no era uno de esos lugares. El que estuviéramos emparentados tan de cerca sólo parecía levemente incestuoso y muy excitante.

Hablamos sobre lo que ella le había dicho antes a Soli sobre el destino, el mío en

particular. Se rio de mí mientras se quitaba lentamente el guante de cuero negro de su mano derecha. Recorrió lentamente las líneas de mi palma desnuda y predijo que el lapso de mis años de vida sería «incontable para el hombre». Pensé que tenía un extraño sentido del humor. Cuando le pregunté si sus palabras significaban que mi vida sería muy larga o absurdamente corta, ella se volvió hacia mí con esa sonrisa hermosa y misteriosa de los scrytas y dijo:

—Un momento es infinito para un fotino, mientras que, para un dios, nuestro universo no ha vivido más que un momento. Debes aprender a amar los momentos que tienes, Mallory.

(Hacia el final de las primeras horas de la mañana, me enseñó que los momentos de éxtasis sexual y amor se pueden hacer durar eternamente. En ese momento no supe si adjudicar ese milagro a la formación aniquiladora del tiempo de los scrytas, o si todas las mujeres tenían ese poder).

También fue una noche de penosas despedidas. En un momento determinado, Bardo, con los ojos llorosos cargados de toalache, me apartó de Katharine y me dijo:

—Eres el mejor amigo que he tenido jamás. El mejor amigo que *nadie* haya tenido jamás. Y ahora Bardo debe perderte por culpa de un estúpido juramento. ¡No es justo! ¿Por qué este universo frío y vacío que ha cargado sobre nosotros lo que tan risueñamente hemos llamado vida, por qué es tan bárbaramente injusto? Yo, Bardo, lo gritaré por toda la habitación, lo gritaré a la Nebulosa Roseta y a Eta Carina y a Regal Luz: ¡Es injusto! Injusto es, y por eso se nos dan cerebros, para urdir y planear, para dar vueltas y engañar. Para engañar a la muerte voy a decirte lo que te tengo que decir. No te gustará, mi valiente y noble amigo, pero aquí está: Tienes que dejar que Soli gane la carrera de mañana. Es igual que mi padre, orgulloso y vanidoso, y odia a todo aquél que le venza. Soy un buen juez de personas, y lo sé. Déjale que gane la carrera y te dejará no cumplir tu juramento. ¡Por favor, Mallory, por el amor que nos une, déjale ganar esa estúpida carrera!

A la mañana siguiente, me puse mi kamelaika y me reuní con mi madre para desayunar en una de las cafeterías que alinean el Paseo frente a los Jardines Jacinto.

—Vas a correr contra Soli hoy y no dormiste anoche, ¿no? Toma, bebe este café. Es de lo mejor de Farfara. ¿Te he enseñado estrategia desde que tenías cuatro años y no dormiste anoche?

—Bardo cree que debería dejar que Soli ganara la carrera.

—Es un gordo idiota. ¿No te lo he dicho durante doce años? Cree que es listo. Pues no lo es. Yo podría haberle enseñado a ser listo. Cuando tenía cuatro años.

Sirvió café de una delicada cafetera azul en una taza de mármol y la deslizó por la mesa. Sorbí el café, negro y caliente, totalmente desprevenido para lo que dijo a continuación.

—Podemos dejar la Orden —susurró, ladeando la cabeza mientras miraba

rápidamente a los dos maestros mecánicos sentados en la mesa de al lado—. En la nueva academia, la de Tria, ¿sabes a cuál me refiero? Necesitan pilotos buenos, como tú. ¿Por qué tiene nuestra Orden que tiranizar a los derrotados?

Me sorprendí tanto que me eché el café encima y me quemé la pierna. Los Pilotos Mercaderes de Tria (aquellos cosistas y tubistas poco éticos) habían intentado durante mucho tiempo romper el poder de nuestra Orden.

—¿Qué estás diciendo, Madre? ¿Que nos convirtamos en traidores?

—Traidores a la Orden, sí. Mejor que traiciones unos cuantos votos tomados a la ligera que traicionar la vida que te di.

—Siempre tuviste la esperanza de que algún día me convirtiera en Lord Piloto.

—Podrías ser un príncipe mercader de Tria.

—No, madre, eso nunca.

—Te sorprenderá saber que a algunos pilotos les han ofrecido posesiones en Tria. Y a ciertos programadores y cantores también.

—Pero ninguno ha aceptado, ¿verdad?

—Todavía no —dijo ella, y empezó a tamborilear con los dedos sobre la mesa—. Pero hay más distensiones entre los profesionales de lo que crees. Algunos historiadores como Burgos Harsha creen que la Orden está estancada. Y los pilotos. La regla contra el matrimonio es casi tan odiada como odioso es el matrimonio. —Hizo una pausa para reírse con su pequeño chiste, y luego continuó—: Hay más desorden en la Orden de lo que imaginarías. —Volvió a reírse, como si supiera algo que yo no conocía, y se arrellanó en su silla, esperando.

—Preferiría morir que ir a Tria.

—Entonces huyamos a Lechoix. Tu abuela nos recibirá con los brazos abiertos, aunque seas un toro.

—No lo creo.

Mi abuela, Dama Oriana Ringess, a quien yo nunca había visto, había educado a Justine y a mi madre (y a Katharine) adecuadamente. «Adecuadamente», en el Matriarcado Lechoix, significa una pronta introducción a los misterios femeninos y varias reglas de lenguaje. Así, se desprecia a los hombres y se les denomina «toros», o «garañones», o a veces «mulos». El deseo entre un hombre y una mujer se llama «el calor enfermo», y el matrimonio, el matrimonio heterosexual, «el infierno viviente». Las Grandes Damas, de las cuales mi abuela es una de las más grandes, reniegan de la creencia de que los hombres son mejores pilotos que las mujeres y mantienen la mayor y mejor de las escuelas de élite de la Orden. Y así, cuando mi madre y Justine llegaron a Borja hacía mucho tiempo, sintieron la sorpresa (y, en el caso de mi madre, el odio) de ver que bestias tan jóvenes como Lionel y Soli pudieran ser mejores matemáticos que ellas.

—Dama Oriana no haría nada que avergonzara al Matriarcado, ¿no? —dije.

—Escúchame. ¡Escucha! ¡No dejaré que Soli mate a mi hijo! —Dijo la palabra «hijo» con tal desesperación que me sentí obligado a mirarla incluso cuando se echó a llorar. Nerviosa, se arrancó el pelo del moño de cuero y usó las brillantes hebras para secarse la cara—. Escucha, escucha. El brillante Soli regresa del multipliegue. Brillante como siempre, pero no tanto. Yo le vencía. Al ajedrez. Tres de cada cuatro partidas, hasta que dejó de jugar conmigo.

—¿Qué quieres decir?

—Te he pedido el pan —dijo, mientras alzaba la mano y hacía un gesto al doméstico. La máquina rodó hasta la mesa y colocó ante mí una cesta de pan negro caliente y crujiente—. Cómete el pan y bébete el café.

—¿No vas a comer?

Normalmente ella tomaba pan en el desayuno; como sus hermanas en Lechoix, no comía alimentos de origen animal, ni siquiera las comidas cultivadas que gustaban a casi todo el mundo en nuestra ciudad.

Extendí la mano hacia una de las pequeñas barras oblongas. La mordí; estaba deliciosa. Mientras mordía el duro pan, ella cogió un bombón de chocolate del cuenco azul que tenía delante y se lo metió en la boca.

—¿Y si tengo éxito, madre? —pregunté. Ella se metió otros tres bombones en la boca y me miró.

Su respuesta fue apenas comprensible, una burbuja de palabras forzada a través de una boca llena de chocolate pegajoso y derretido.

—A veces creo que Soli tiene razón. Mi hijo está loco.

—Siempre has dicho que tenías fe en mí.

—Fe sí; fe ciega, no.

—¿Por qué es imposible? La Entidad es una nebulosa como cualquier otra: gases calientes, polvo interestelar, unos pocos millones e estrellas. Tal vez sea simple casualidad que el Tycho y los otros se perdieran.

—¡Herejía! —dijo ella, mientras cogía un bombón con sus largas uñas—. ¿No te lo he enseñado ya? No permitiré que digas esa palabra. No es *casualidad*. Mató al Tycho. Ella.

—¿Ella?

—La Entidad. Es una telaraña de un millón de bioordenadores del tamaño de lunas. Manipula la materia. Y Ella pliega la energía. Y Ella retuerce el espacio a su gusto. Se sabe que el multipliegue en su interior es extraño, ladinamente complejo.

—¿Por qué la llamas «Ella»?

Mi madre sonrió.

—¿Debería llamar «él» a la inteligencia más grande, a la vida más sagrada en nuestro universo?

—¿Qué hay entonces del Dios de Silicio?

—Una confusión. De algunos de los viejos escatólogos que dividen las esencias en masculino y femenino. Debería llamarse la «Diosa de Silicio». El universo alumbra vida; la esencia del universo es femenina.

—¿Y qué hay de los hombres?

—Son depósitos de esperma. ¿Has estudiado los lenguajes muertos de la Vieja Tierra como te pedí que hicieras? ¿No? Bien, hubo una expresión latina: *instrumenta vocalia*. Los hombres son herramientas con voces. Magníficas herramientas. Y a veces sus voces son sublimes. Pero, sin las mujeres, no son nada.

—¿Y las mujeres sin los hombres?

—El Matriarcado Lechoix fue fundado hace cinco mil años. No hay patriarcas.

A veces pienso que mi madre debería haber sido historiadora o rememoradora. Siempre parecía saber demasiado de gente antigua, de lenguajes y costumbres, o al menos lo suficiente como para salirse con la suya en las discusiones.

—Soy un hombre, madre. ¿Por qué escogiste tener un hijo?

—Eres un niño estúpido.

Di un largo sorbo al café y me pregunté en voz alta:

—¿Cómo le resultará a un hombre hablar con una diosa?

—Más estupidez —dijo ella—. He tomado una decisión. Nos iremos a Lechoix.

—No, madre. No seré el único hombre entre ocho millones de mujeres que valoran la astucia sobre la fe.

Ella depositó de un golpe la taza sobre la mesa.

—Entonces ve a correr contra Soli. Y agradece que la madre de tu madre me haya enseñado astucia.

La miré mientras ella me miraba. Nos miramos durante largo rato. Igual que un maestro cético, intenté leer la verdad en los destellos de luz reflejados en sus brillantes iris y por la expresión de su ancha boca. Pero la única verdad que me llegó fue una antigua verdad: No podía leer su cara más de lo que podía desentrañar el futuro.

Bebí las últimas gotas de café y toqué la frente de mi madre. Y entonces me fui a correr contra Soli.

* * *

Se supone que la carrera de los Mil Pilotos no es un asunto serio (y tampoco toman nunca parte mil pilotos en las festividades). Esencialmente, es la farsa de una pugna entre los viejos pilotos y los nuevos, un rito de paso simbólico. Los pilotos veteranos (normalmente hay un centenar o cosa así), se congregan delante del Salón de los Antiguos Pilotos y, según su costumbre, beben jarras de kvass humeante u otros licores mientras se dan palmadas en los hombros para animarse unos a otros a la

vez que gritan y abuchean al grupo más pequeño de nuevos pilotos. Esa tarde había grupos de académicos envueltos en brillantes pieles, altos profesionales y novicios abarrotando el hielo de las instalaciones de Resa. Había campanas repicando al viento y viajeros silbando a los corredores-gusano mientras alzaban sus manos enguantadas para hacer sus apuestas ilegales. Desde las escalinatas del Salón se oían las clarinas y shakuhachis. Las notas agudas me parecieron una plegaria angustiada llena de desesperación y malos presagios, un contrapunto a la alegría que nos rodeaba. Bardo debió sentir también que la música era inapropiada, porque se me acercó mientras yo comprobaba los filos de mis patines con el pulgar.

—Detesto la música mística —dijo—. Me hace sentir pena por el universo, y despierta otros sentimientos que preferiría que no despertara. Prefiero cuernos y tambores. Por cierto, Pequeño Amigo, ¿puedo ofrecerte un pellizco de hierbafuego para que te cante la sangre?

Rechacé sus cristales rojos, como debió saber que haría. El director de la carrera (vi para mi sorpresa que se trataba de Burgos Harsha, que se tambaleaba sobre sus patines porque sin duda había estado bebiendo kvass desde los preparativos de la mañana) llamó a los dos grupos a nuestros puestos de salida. Nos congregamos en la línea roja, donde las deslizaderas menores desembocaban en el hielo blanco del borde de las instalaciones.

—Tenía algo importante que decir, pero se me ha olvidado —chilló—. ¿Y cuándo me habéis visto olvidar algo? ¿Qué estaba diciendo? ¿Importa? Bien, entonces, no perdáis el camino, pilotos, y que regreséis pronto.

Extendió la mano hacia la banderola blanca que un novicio le tendía, y consiguió enmarañarse el codo en el tejido de algodón. El novicio le introdujo la varilla de madera entre los dedos, y él hizo ondear la banderola de un lado a otro delante de la cara. La carrera comenzó.

Mencionaré sólo unos pocos detalles de lo que sucedió en las calles de mi Ciudad aquel día, porque, debido a la peculiar naturaleza y reglas de la carrera, es todo lo que un solo piloto puede hacer. Las reglas son simples: Un piloto puede escoger cualquier camino a través de los cuatro sectores de la ciudad mientras pase en secuencia a través de uno de los diversos puntos de comprobación como el Anillo de Rollo en el Sector Extremo, o el Hofgarten entre el Zoo y el Sector de los Pilotos. La teoría es que vencerá el piloto más astuto y listo, el piloto que haya memorizado mejor las calles y atajos de nuestra ciudad. En la práctica, sin embargo, la velocidad es al menos tan importante como el cerebro.

Bardo dio un grito y se abalanzó abriéndose paso por entre un grupo de maestros pilotos que le bloqueaba el camino (debo añadir que los empujones están permitidos, siempre que el piloto dé primero un grito de advertencia). El rubio Tomoth, que patinaba furiosamente erguido, casi se cayó cuando el codo de Bardo le alcanzó en el

hombro. Entonces Bardo gritó:

—¡El primero entre iguales! —y desapareció en la curva de la resbaladera.

Lo alcanzamos en los Claustros Vientre Rosa, el conjunto de edificios chatos en la zona occidental de Resa que alberga los tanques en los que habíamos flotado durante una considerable porción de nuestros años como aspirantes. Patinaba irregularmente cuando le dejamos atrás. Se había quitado la capucha de la kamelaika de su empapada cabeza.

—El primero... entre iguales —dijo mientras resoplaba en busca de aire—. Al menos... durante... medio kilómetro.

Nos dispersamos en la puerta occidental de la Academia, Quince pilotos giraron hacia las deslizaderas meridionales que conducían al Camino, mientras ocho maestros pilotos y seis pilotos (Soli y yo mismo entre ellos) escogían una resbaladera inferior a través de la brillante Ciudad Vieja para evitar el denso tráfico de la arteria. Y así continuamos. El cielo era de un azul profundo, el aire denso y frío. Delante de mí, los patines de Soli cortaban suavemente el hielo, y los gritos y risas de los espectadores alineados en la estrecha calle eran como una música acelerada. Me agaché y giré mientras me apoyaba el brazo derecho contra la espalda, y de repente me encontré solo.

Vi a los otros pilotos solamente unas pocas veces durante el resto de la carrera. No quería hacer una falsa analogía entre las calles de Neverness y los caminos del multipliegue, aunque no podía dejar de pensar en las similitudes: pasar de repente de las frías y ensombrecidas deslizaderas rojas menores a una resbaladera y luego al Camino brillantemente iluminado era como fenestrar, caer del multipliegue a la brillante luz que rodeaba una estrella. Igual que el piloto alejado de nuestra ciudad se encuentra en un árbol de decisión donde debe escoger el sendero correcto o perecer, así los corredores teníamos que enfrentar nuestros recuerdos de las calles bifurcadas contra la realidad de los nudos enmarañados de las resbaladeras y deslizaderas, o perder. Y, si se puede decir que el temposueño es lo más importante y placentero que le ocurre a la mente de un piloto, entonces lo que sentíamos era el éxtasis del frío viento y la visión intensamente enfocada, al menos durante los siete primeros kilómetros o así. Por eso, cuando entré en el punto de comprobación del Anillo de Invierno en el Sector Extremo, y vi a Soli y Lionel a diez metros por delante de mí, tuve la fuerza suficiente y el entusiasmo para gritar:

—¡Siete kilómetros solo en las calles de la ciudad y aquí nos encontramos, como si estuviéramos clavados en los cinco puntos fijos de una estrella!

Cuando Soli se volvió para responderme, los rasgos de su cara se contrajeron en una máscara de fiera concentración. Respiraba profundamente.

—¡Ten cuidado con las estrellas que estallan! —dijo, y entonces desapareció por una de las resbaladeras menores que conectaban con la peligrosa Calle de los

Contrabandistas.

No le alcancé hasta casi el final de la carrera. Di la vuelta a la protuberante Espuma de Plata del Zoo, donde algunas Amigas del Hombre y fravashi y dos razas de alienígenas que nunca había visto antes contemplaban el curioso espectáculo que les habíamos proporcionado. En el Anillo Norte, el oficial de la carrera gritó:

—Soli primero seguido por Killirand a cien metros, seguido por Ringess a ciento cincuenta metros, seguido...

Y en el gran círculo ante el Hofgarten, donde el Paseo interseca al Camino, oí:

—Soli primero seguido por Ringess a cincuenta metros, seguido por Killirand a trescientos...

En el último punto de comprobación, que estaba en el Sector de los Pilotos, vi a mi tío apenas a veinte metros por delante. Sabía que no volvería a verle hasta que cruzara primero en la línea de meta en las Instalaciones y Burgos Harsha me proclamara vencedor.

Me equivoqué.

Patinaba hacia el oeste por el Paseo, rodeando astutamente (o eso creía) el borde norte de la Ciudad Vieja para así cortar por una pequeña resbaladera que sabía conducía directamente a la puerta norte de la Academia. El hielo azul estaba repleto de novicios y otras personas que de algún modo habían supuesto que unos pocos corredores podrían elegir esta ruta poco probable. Mientras me felicitaba a mí mismo y veía ya a Burgos colocándome al cuello la medalla de la victoria, divisé una franja negra a través de la turba de patinadores delante de mí. La muchedumbre se agitó, y allí apareció Soli, patinando tranquilamente hacia la franja roja que separaba el carril de los patinadores del de los trineos. Pensé en gritar un desafío cuando oí una risa a mi espalda. Volví la cabeza y vi a dos hombres de negra barba (corredores-gusano, supuse, por el extravagante corte de sus pieles), dándose codazos, palmadas y empujándose alternativamente uno al otro y entrelazando sus brazos. Eran demasiado viejos, naturalmente, y la calle estaba demasiado abarrotada para jugar al tira y empuja. Debí de haberme dado cuenta de inmediato. En cambio, seguí avanzando porque estaba decidido a no dar a Soli ninguna advertencia cuando le dejara atrás. De pronto, el más grande de los corredores-gusano chocó contra la espalda de Soli y le empujó a través de la línea de advertencia del carril de trineos. Se oyó el súbito estrépito de un gran trineo mientras él caía hacia adelante con los brazos extendidos. Ejecutó un baile desesperado para evitar la dura nariz puntiaguda del trineo, y de repente cayó al suelo. El trineo pasó sobre él en una décima de segundo (aunque pareció un año). Crucé la línea de advertencia y le llevé de vuelta al carril de patinadores. Él se zafó de mí con una fuerza sorprendente para alguien que había estado tan cerca de ser empalado.

—Asesino —me dijo. Gruñó y trató de levantarse.

Le dije que fue un corredor-gusano quien le había empujado.

—Si no has sido tú, entonces han sido sicarios de tu madre. Me odia porque cree que tendrás que cumplir tu juramento. Y por otros motivos.

Miré al círculo de personas que nos rodeaba. No pude ver por ninguna parte a los dos corredores-gusano.

—Pero se equivoca. Moira se equivoca.

Se agarró el costado y tosió. Le manaba sangre por la larga nariz y la boca abierta. Llamó a una novicia cercana que se acercó, nerviosa.

—¿Tu nombre? —preguntó.

—Sophie Dean, de La Nave, Lord Piloto —respondió la hermosa muchacha.

—Entonces, tu Lord Piloto en presencia del testigo Sophie Dean libera a Mallory Ringess de su juramento de penetrar en la Entidad da Estado Sólido.

Volvió a toser, manchando la chaqueta blanca de Sophie de gotitas rojas.

—Creo que debes tener las costillas rotas —dije—. La carrera se ha terminado para ti, Lord Piloto.

Él me agarró el brazo y me atrajo hacia sí.

—¿De veras? —preguntó. Entonces tosió mientras me empujaba y empezó a patinar hacia la Academia.

Me quedé allí un momento, contemplando las gotas de sangre que abrían diminutos agujeros en el hielo azul. No quise creer que mi madre hubiera enviado asesinos para acabar con Soli. No pude comprender por qué me había liberado de mi juramento.

—¿Te encuentras bien, Piloto? —preguntó Sophie:

No me encontraba bien. Aunque me habían salvado la vida, me sentí enfermo del estómago, completamente revuelto. Tosí de repente y vomité una andanada de pan negro, café y bilis.

—¿Piloto?

Sophie parpadeó para proteger sus ojos celestes del repentino viento que cortó a través de mis ropas, y en mi mente supe con completa certeza que mantendría mi juramento a Soli y mis votos a la Orden, no importaba cuál fuera el coste. Cada uno de nosotros, advertí, debe enfrentarse tarde o temprano a la muerte y la ruina. Simplemente, era mi destino tener que enfrentarme a ella antes que la mayoría.

—Piloto, ¿llamo a un trineo?

—No, acabaré la carrera.

—Le estás dejando ganar.

Era cierto. Contemplé a Soli, que giraba en el Paseo hacia la calle amarilla que conducía a mi atajo secreto hacia la puerta occidental.

—No te preocupes, muchacha —dije, mientras me ponía en marcha—. Está herido y dolorido, y escupe sangre. Le alcanzaré antes de que llegue a medio camino

de Borja.

Volví a equivocarme. Aunque patiné a toda la velocidad que pude, no le alcancé cuando pasamos las espirales de Borja, ni cuando circundamos la Torre del Guardián del Tiempo, ni nunca.

El viento resonaba en mis oídos como una tormenta de invierno cuando entramos en las Instalaciones de Resa. La multitud aplaudía, y Burgos Harsha agitó la bandera verde de la victoria, y Leopold Soli, apenas consciente y perdiendo tanta sangre por los pulmones heridos que un tallador tuvo que inyectarle más tarde plasma en las venas, me ganó por tres metros. Igual podrían haber sido tres años luz.

CAPÍTULO 3

La torre del Guardián del Tiempo

El objetivo de mi teoría es establecer de una vez por todas la certitud de los métodos matemáticos... El estado actual de las cosas, donde nos topamos con paradojas, es intolerable. ¡Sólo pensar que las definiciones y métodos deductivos que todo el mundo aprende, enseña y emplea en matemáticas conducen a absurdos! Si el pensamiento matemático es defectuoso, ¿dónde encontraremos la verdad y la certidumbre?

—David Hilbert, Cantor del Siglo de la Máquina, en «Sobre el infinito».

Los días que siguieron a la carrera de los pilotos y el intento de asesinato a Leopold Soli pasaron rápidamente. El clima claro, seco y soleado dio paso a las nieves de invierno que caían continuamente sobre las deslizaderas y mantenían ocupados a los encargados de limpieza. Los presuntos asesinos de Soli nunca fueron capturados. Aunque hizo uso completo de los recursos de la Orden, y el Guardián del Tiempo envió sus espías para que escucharan en las puertas y se asomaran a las ventanas (o lo que sea que hacen los espías), nuestro Lord Piloto apenas pudo hacer otra cosa que enfurecerse y exigir que mi madre fuera conducida ante los akáshicos.

—¡Desnudad su cerebro, descubrid sus planes y mentiras! —tronó en el cónclave de los pilotos. Una medida de su vasta reputación fue que los pilotos, muchos de los cuales se habían hecho hombres y tomado sus votos durante su largo viaje, estuvieron de acuerdo en juzgar a mi madre.

Al cuarto día, ella se presentó ante Nikolos el Anciano. Con sus ordenadores, él trazó imágenes de su cerebro tan vívidas como un fresco fravashi. Pero el pequeño y regordete Lord Akáshico declaró que no pudo encontrar en ella ningún recuerdo sobre un plan para asesinar a Soli.

Esa noche, en su casita de ladrillo en el Sector de los Pilotos, ella me dijo:

—¡Soli va demasiado lejos! Nikolos proclama mi inocencia. ¿Y qué dice Soli? Dice: «Es bien sabido que las matriarcas de Lechoix toman drogas que destruyen los recuerdos específicos». ¡Destruir! ¡Como si yo quisiera destruir parte de mi cerebro!

Yo sabía lo mucho que mi madre valoraba los cien mil millones de neuronas que componían su cerebro. No creía que ella, como hacían a menudo los miembros de la secta afásica, hubiera tomado un afagénico para destruir su memoria; ni podía confiar en que fuera inocente, no después de lo que me había dicho el día de la carrera. (Aun suponiendo que *hubiera* usado efectivamente esa droga, no podía preguntarle si lo había hecho. La naturaleza de las lesiones microcerebrales inducidas era tal que no tendría ningún recuerdo de su crimen, ni de haber disuelto el recuerdo de su crimen).

Estaba furioso, y mi voz tembló cuando pregunté:

—¿Cómo engañaste al Lord Akáshico?

—¿Mi hijo duda de mí? —dijo ella, mientras se golpeaba con los ladrillos desnudos de la pared de su dormitorio—. ¡Cuánto odio a Soli! El Lord Piloto regresa. Para quitarme lo que más amo. Y por eso fui al Guardián del Tiempo. Y mentí, sí, admito que mentí. Le supliqué que le pidiera a Soli que te liberara de tu juramento.

—¿Y el Guardián del Tiempo te escuchó?

—El Guardián del Tiempo cree que es astuto. Pero le dije que nos iríamos a Tria, para convertirnos en pilotos mercaderes, si no hablaba con Soli. El Guardián del Tiempo piensa que no tiene miedo, pero teme un escándalo de esa magnitud.

—¿Le dijiste eso? Debe pensar que soy el peor tipo de cobarde.

—¿A quién le importa lo que piense? Al menos te he salvado. De una muerte estúpida.

—Me has salvado de nada —dije, mientras me dirigía hacia la puerta—. No vuelvas a mentir por mi causa, madre.

Le dije que había decidido mantener mi juramento, y ella empezó a llorar.

—¡Cómo odio a Soli! —dijo, mientras yo abría la puerta de la calle—. Le enseñaré lo que es el odio.

Pasé los días siguientes haciendo los preparativos finales para mi viaje. Consulté a escatólogos y otros profesionales, esperando obtener algún resquicio de información como la naturaleza y el sentido del ser imposible conocido como la Entidad de Estado Sólido. Burgos Harsha me dijo que Rollo Gallivare había descubierto al primero de los cerebros matriz, y que creía que eran alienígenas de otra galaxia.

—Se recuerda en los apócrifos del primer Guardián del Tiempo que el Dios de Silicio apareció en la nebulosa Eta Carina a finales de los Siglos Enjambre. Y en las crónicas de Tisander el Prudente encontramos una afirmación similar. Pero ¿cuándo han sido precisas las fuentes, te pregunto? En la historia del Tycho, Reina Ede sostiene que los cerebros evolucionaron de la semilla de los ieldra, igual que el Homo Sapiens. ¿A qué hago caso? No sé qué creer.

Kolenya Mor pensaba que los ieldra, antes de fundir su consciencia con el espaciotiempo extrañamente torturado de la singularidad nuclear, debían haberse parecido mucho a la Entidad de Estado Sólido.

—En cuanto al sentido de la Entidad, bueno, es el sentido de toda vida, despertar a sí misma.

Hablamos durante largo rato, y le conté qué muchos de los pilotos más jóvenes negaban que la vida *tuviera* sentido. Ella me miró con sus ojitos horrorizados.

—¡Herejía! —exclamó—. ¡Esa antigua herejía!

Yo no fui el único, naturalmente, llamado a la misión de búsqueda. Nuestra Orden

entera parecía arder con el sueño de encontrar las Antiguas Eddas de Soli. ¿Cuál *era* realmente el secreto de la inmortalidad del hombre?

—Averigua por qué las putas estrellas están estallando, y descubrirás tu secreto —dijo Bardo. Naturalmente, era un pragmático cuya mente no se volcaba a menudo hacia problemas esotéricos. Otros creían que el secreto de la explosión del Vild sería sólo la primera parte de las Antiguas Eddas (aunque una parte vital). ¿Dónde deberíamos buscar este secreto? ¿Por qué no lo habíamos descubierto hacía mucho tiempo? Fantasistas, reparadores y pilotos..., muchos de nosotros sentíamos que, a pesar de los tres milenios que nuestra Orden había pasado acumulando conocimiento, podíamos haber pasado por alto algo importante, tal vez vital. Los historiadores pedían permiso al Guardián del Tiempo para marcharse de Neverness y saquear la biblioteca de Ksandaria en busca de pistas para el misterio. Los neológicos y semánticos se encerraban en sus frías torres mientras se disponían a crear y descubrir nuevos lenguajes, perdidos en la certeza de que el secreto de las Antiguas Eddas (y todo tipo de sabiduría) se encontraría en las palabras. Los fabulistas tejían sus ficciones, que sostenían eran tan reales como cualquier realidad, y declararon que las Antiguas Eddas son lo que queramos creer. Y, ¿quién podía decir que estuvieran equivocados? ¡Y los pilotos! Mis valientes compañeros pilotos: Richardess y el Sonderval se dirigieron al multipliegue, en busca de planetas perdidos y nuevas y extrañas razas alienígenas. Tomoth y un centenar de otros maestros pilotos intentarían cartografiar el Vild. El mismo Soli intentaría penetrar el velo interior del Vild, mientras Lionel diseñaba otro plan más para encontrar la Vieja Tierra. Incluso el cobarde Bardo haría un viaje, aunque no propusiera nada más arriesgado que su propia expedición privada a Ksandaria. Y, aunque unos pocos cínicos profesionales como mi madre no tenían intención alguna de arriesgar la vida en tal sueño, era una época excitante, y más aún, una época gloriosa que nunca volveríamos a ver.

El día anterior a mi marcha, un día de fieras tormentas y picoteante polvo de hielo, el Guardián del Tiempo me llamó a su torre. Mientras patinaba entre los oscuros edificios grises que separaban Resa de la gran torre, temblaba bajo mi kamelaika demasiado fina. Deseé haberme untado la cara de grasa o llevado una máscara que me protegiera del viento helado. Pensaba que sería un insulto aparecer ante el Guardián del Tiempo con la cara salpicada de parches blancos y la piel mordida por el hielo. Me agradó entrar en la cálida torre, incluso esperar impacientemente en la antesala bajo la cima de la torre mientras golpeaba las botas contra la alfombra roja y aguardaba a que el maestro horólogo anunciara mi llegada.

—Te está esperando —dijo el horólogo con una voz casi sin aliento por haber subido y bajado las escaleras hasta los aposentos del Guardián del Tiempo—. Ten cuidado, está de mal humor hoy. —Y entonces se me adelantó por las serpenteantes escaleras hacia el santuario circular de la torre donde el Guardián del Tiempo me

esperaba.

—Vaya, Mallory, el anillo de piloto te sienta bien en la mano, ¿eh? —me dijo.

El Guardián del Tiempo era un hombre de cara agria con una melena de denso pelo blanco que emergía de su tensa piel. La mayor parte del tiempo parecía muy viejo, aunque nadie sabía qué edad tenía. Cuando fruncía el ceño, cosa que hacía a menudo, los músculos de sus mandíbulas sobresalían como nudos de madera. Su cuello era grueso y en él asomaban los tendones, así como en el resto de su cuerpo tenso y de grandes huesos. Me quedé inmóvil en la sala espaciosa y bien iluminada, y él me miró como hacía siempre cuando venía a verle. Sus ojos eran negros e insondables como pedazos de obsidiana apenas enfriada colocados en su cráneo a martillazos; sus ojos eran cálidos, inquietos, furiosos y doloridos.

—¿Qué costaría matarte? —me preguntó.

Los músculos de sus brazos desnudos se tensaron y relajaron, se tensaron y relajaron. Una vez, cuando yo era un novicio y él me enseñó las llaves y presas asesinas y otras habilidades de la lucha, tuve ocasión de ver el cuerpo poderoso bajo la larga túnica roja que llevaba siempre. Su torso y piernas estaban cosidos de cicatrices; una fina cadena de cicatrices blancas y duras más intrincadas y enroscadas sobre sí mismas que las deslizaderas del Sector Extremo comenzaban en su cuello, se retorcían a través de su cuerpo denso, blanco y velludo, y corrían por su vientre y sus musculosas piernas hasta sus pies; Cuando le pregunté por las cicatrices, me contestó: «Cuesta mucho matarme».

Me hizo un gesto para que me sentara en una silla de madera tallada encarada hacia la ventana sur. La torre, un monolito de mármol blanco importado de Urradeth a un coste extraordinario, dominaba toda la Academia. Al oeste se alzaban los arcos de granito y basalto de las facultades profesionales, Upplyssa y Lara Sig; al norte, los muchos capiteles de Borja, y mirando al sur, hacia Urkel, vi mi amada Resa. (Debería mencionar que las ventanas de la torre están hechas de silicio fundido y óxidos de calcio y sodio, una sustancia que el Guardián del Tiempo llama cristal. Es una sustancia brillante que tiende a romperse cuando las tormentas de invierno cruzan rugiendo el Starnbergersee. Sin embargo, el Guardián del Tiempo, que es aficionado a las antiguallas, dice que el cristal permite entrar una luz más nítida que el clary que se emplea en todos los edificios de los Mundos Civilizados).

—¿Oyes el tictac, Mallory, mi joven, alocado, *joven* piloto? El tiempo... hace tictac, corre, se retuerce, se dilata, encoge y mata, y un día para todos nosotros, no importa lo que hagamos, se detiene. Se detiene, ¿me oyes?

Acercó una silla idéntica a la mía y apoyó su pie calzado con una zapatilla roja en el asiento. Al Guardián del Tiempo (temeroso quizás de que, si cesaba sus interminables movimientos, su reloj interno podría pararse), no le gustaba sentarse.

—Eres el piloto más joven de la historia. Veintiún años..., nada en la vida de una

estrella, pero es todo el tiempo que has vivido. Y el reloj late; el reloj dobla; el reloj marca; ¿lo oyes sonar?

Lo oía. A todo nuestro alrededor, en la torre circular del Guardián del Tiempo, los relojes sonaban. Entremezclados con los paneles curvos de cristal en torno a la circunferencia de la sala, desde el suelo alfombrado hasta el techo de yeso blanco, había estantes de madera que albergaban los relojes. Relojes de todos los diseños imaginables. Había arcaicos relojes de pesas y relojes de muelle en cajas de plástico; había biorrelojes impulsados por los músculos del corazón de varios organismos; había relojes cuánticos y relojes llenos de arenas de cobalto y bermellón; vi tres relojes de agua, que medían el tiempo desde que los errantes amasijos supergalácticos habían brotado de la singularidad primordial. Por lo que pude determinar, no había dos relojes que dieran la misma hora. En lo alto del estante superior estaba el Sello de nuestra Orden. Era un pequeño reloj atómico de cristal y acero que había sido puesto en marcha en la Vieja Tierra el día en que se fundó la Orden. (El reloj más grande, por supuesto, era —es— la torre en sí. Muy por debajo, fijas en el círculo de hielo que la rodea, veinte hileras de granito brotan hacia fuera y marcan el paso de la sombra del sol. Este gigantesco reloj de sol, aunque sea inadecuado, es teóricamente el único reloj de la ciudad por el que los ciudadanos podemos dirigir nuestras actividades. El Guardián del Tiempo aborreció la tiranía del tiempo, y por eso ordenó prohibir hace mucho tiempo todos los relojes. Esta prohibición fue una bendición para los corredores-gusano, que hicieron una fortuna contrabandeando en Yarkona relojes de bolsillo y otros géneros).

Un reloj dio la hora, y el Guardián del Tiempo se cruzó de brazos.

—Me he enterado de que Soli ha disuelto tu juramento.

—Es cierto, Guardián del Tiempo. Y deseo pedir disculpas por mi madre. No tenía ningún derecho para acudir a ti y pedirte que hablaras con Soli en mi defensa.

Empujó la silla con el pie mientras tensaba los músculos de sus antebrazos.

—Entonces, ¿crees que yo le ordené a Soli que te liberase de tu juramento?

—¿No lo hiciste?

—No.

—Mi madre parece pensar...

—Tu madre (perdóname, Piloto), tu madre piensa mal a menudo. Te conozco desde que naciste. ¿Crees que soy tan estúpido como para creer que desertarías de la Orden para convertirte en un piloto mercader? ¡Ja!

—Entonces, ¿no hablaste con Soli?

—¿Dudas de mí?

—Perdóname, Guardián del Tiempo. —Estaba confuso. ¿Por qué si no me habría liberado Soli de mi juramento, a menos que fuera para avergonzarme ante todos mis amigos y maestros de la Academia?

Confié mis dudas al Guardián del Tiempo; respondió:

—Soli ha vivido tres largas vidas; no trates de comprenderlo.

—Parece que hay muchas cosas que no comprendo.

—Estás modesto hoy.

—¿Por qué me mandaste llamar?

—¡No me interrogues, maldición! Ya he tenido demasiada paciencia, incluso contigo.

Permanecí en silencio en la silla, contemplando el hermoso capitel principal de Borja, el que el Tycho había construido hacía mil años. El Guardián del Tiempo me rodeó y se colocó a mi lado para así poder verme la cara mientras yo miraba hacia el frente. Era la postura tradicional de amabilidad entre maestro y novicio que me habían enseñado cuando entré en la Academia. El Guardián del Tiempo podía buscar en mi rostro la verdad o la mentira (o cualquier otra emoción), mientras conservaba la santidad de sus propios pensamientos y emociones.

—Todo el mundo sabe que pretendes mantener tu juramento —dijo.

—Sí, Lord Horólogo.

—Parece que Soli te ha engañado.

—Sí, Lord Horólogo.

—Y tu madre te ha fallado.

—Quizá, Lord Horólogo.

—Entonces, ¿aún pretendes penetrar la Entidad?

—Partiré mañana, Lord Horólogo.

—¿Tu nave está preparada?

—Sí, Lord Horólogo.

—«Morir entre las estrellas es la muerte más gloriosa», ¿no es eso?

—Sí, Lord Horólogo.

A mi lado se produjo un destello, y el Guardián del Tiempo me abofeteó.

—¡Tonterías! —rugió—. ¡No escucharé más tonterías de tu parte!

Se acercó a la ventana y golpeó la hoja de cristal con los nudillos.

—Las ciudades como Neverness son hermosas —dijo—. Y el océano al atardecer, o las cataratas de fuego de invierno..., esas cosas son gloriosas. La muerte es muerte; la muerte es horror. No hay gloria cuando el tiempo se acaba y el tictac se detiene, ¿me oyes? Sólo hay negrura y el infierno de la nada eterna. No tengas mucha prisa en morir, ¿me oyes, Mallory?

—Sí, Lord Horólogo.

—¡Bien!

Cruzó la habitación y abrió un mueblecito donde había una jarra con un fluido rojo, brillante y pulsante. (Yo siempre había supuesto que aquel mueble de aspecto diabólico era un reloj de algún tipo, pero nunca había tenido el valor de preguntar

exactamente de qué clase). Del oscuro interior del mueblecito —la madera era de un raro ébano, tan negro que reflejaba poca luz—, sacó un objeto que parecía una vieja cajita forrada de cuero. Pronto vi que no lo era; cuando abrió la «caja», es decir, cuando le dio la vuelta a una sección de las piezas endurecidas del cuero marrón y agrietado, aparecieron muchas, muchas hojas de lo que parecía ser papel, sujeto inteligentemente por la sección media. Se acercó más a mí; olí a moho y al polvo del papel viejo de siglos. Mientras sus dedos pasaban las páginas amarillentas, dejaba escapar ocasionalmente un suspiro o exclamaba: «¡Aquí está, en antiguo inglés, nada menos!». O: «Ah, esa música, nadie la hace ahora, es un arte muerto. ¡Mira esto, Mallory!». Miré las hojas de papel que cubrían línea tras línea con curiosos caracteres negros, todos los cuales me parecían extraños. Supe que estaba contemplando uno de esos arcaicos artefactos en que las palabras están representadas simbólicamente (y redundantemente) por ideoplastias físicas. El anciano había llamado «letras» a las ideoplastias, pero yo no podía recordar cómo se llamaba el artefacto cubierto de letras.

—¡Es un *libro*! —dijo el Guardián del Tiempo—. Un tesoro..., éstos son los mejores poemas jamás ideados por las mentes de los seres humanos. Escucha esto... —y tradujo del lenguaje muerto que llamaba *franche* mientras recitaba un poema titulado «El reloj». No me gustó mucho; era un poema lleno de imágenes oscuras y temblequeantes, desesperanza y temor.

—¿Cómo es que puedes interpretar estos símbolos en palabras? —le pregunté.

—El arte se llama «leer». Lo aprendí hace mucho tiempo.

Me confundí por un momento, porque yo siempre había usado la palabra «leer» en un contexto más amplio y diferente. Uno «lee» las pautas del tiempo en las nubes o «lee» los hábitos y programas de una persona según los manierismos de su cara. Entonces recordé que ciertas profesiones practicaban el arte de la lectura, como hacían los ciudadanos de muchos de los mundos más atrasados. Incluso vi una vez libros en un museo de Solsken. Supuse que se podían leer las palabras igual que decirlas. ¡Pero qué ineficaz parecía! Sentí pena por los antiguos que no sabían codificar información en ideoplastias y manejar directamente los varios sentidos y centros cognitivos del cerebro. Como diría Bardo, ¡qué bárbaro!

—Quiero que aprendas el arte de la lectura para que así puedas leer este libro —dijo el Guardián del Tiempo, cerrando el puño.

—¿Leer el libro?

—Sí —dijo, mientras cerraba la cubierta y me lo tendía—. Ya has oído lo que he dicho.

—Pero, Guardián del Tiempo, no comprendo por qué. Leer con los ojos es tan... *burdo*.

—Aprenderás a leer, y aprenderás las lenguas muertas de este libro.

—¿Por qué?

—Para que puedas oír estos poemas en tu corazón.

—¿Por qué?

—¡Interrógame de nuevo, maldito seas, y te prohibiré que viajes durante siete años! ¡Entonces aprenderás paciencia!

—Perdóname, Guardián del Tiempo.

—Lee el libro, y puede que vivas —dijo. Extendió la mano y me palmeó la nuca—. Tu vida es todo lo que tienes; guárdala como un tesoro.

El Guardián del Tiempo era el hombre más complicado que había conocido jamás. Era un hombre cuya cualidad comprendía un millar de piezas afiladas de amor y odio, capricho y voluntad; era un hombre que batallaba consigo mismo. Me quedé allí, sosteniendo torpemente el viejo libro polvoriento que me había puesto en las manos, y me hundí en las negras lagunas de aquellos ojos insondables, y vi el infierno. El Guardián del Tiempo recorrió la habitación como un viejo lobo blanco que ha sido capturado en la trampa de acero de un corredor-gusano. Estaba receloso de algo, tal vez de haberme dado el libro. Mientras caminaba, se frotó los músculos de su pierna derecha y cojeó un poco. Parecía a la vez sañudo y amable, solitario, y amargado por su soledad. Pensé que me encontraba ante un hombre que no había conocido un solo día (o una sola noche) de paz, un hombre muy viejo que había sido herido en el amor y cortado en guerras y quemado por sueños que se le habían convertido en cenizas entre las manos. Poseía una tremenda vitalidad, y su celo y su amor a la vida lo habían llevado finalmente a la paradoja esencial de la existencia humana: Amaba tanto el aire que respiraba y el latido de su corazón que había dejado que su odio natural por la muerte arruinara su vida. Se preocupaba demasiado por la muerte. Se decía que una vez mató a otro ser humano con sus propias manos para salvar su vida. Había rumores de que usaba nepente para aliviar el pánico del paso del tiempo y para olvidar, por unos instantes, los dolores de su pasado y el furioso rugir de la existencia pura. Miré las arrugas de su ceñuda cara, y pensé que los rumores podían ser ciertos.

—No comprendo cómo un libro de poemas puede salvarme la vida —dije. Y empecé a reírme.

Él se detuvo junto a la ventana y me sonrió sin humor. Tenía enlazadas a la espalda las grandes y venosas manos.

—Te diré algo sobre la Entidad que no conoce nadie. Siente afición por muchas cosas humanas y, de todas esas cosas, lo que más le gusta es la poesía antigua.

Guardé silencio en mi silla. No me atreví a preguntarle por qué pensaba que a la Entidad de Estado Sólido le gustaba la poesía.

—Si aprendes esos poemas, tal vez la Entidad se sienta menos propensa a matarte como a una mosca.

Le di las gracias, porque no sabía qué otra cosa hacer. Decidí que le llevaría la corriente a aquel anciano un poco loco. Acepté el libro. Incluso pasé las páginas, con cuidado, fingiendo interesarme en las interminables líneas de negras letras. Casi a la mitad del libro, que contenía mil trescientas cuarenta y nueve frágiles páginas, vi una palabra que reconocí. La palabra me recordó que el Guardián del Tiempo no era un hombre del que reírse o burlarse. Una vez, cuando era un joven novicio, los horólogos capturaron a un demócrata con un láser que marcaba a fuego *palabras escritas* en el mármol blanco de la torre. El Guardián del Tiempo (recuerdo los músculos de su cuello rebullendo como espirales bajo su tensa piel) ordenó que arrojaran al pobre hombre desde lo alto de la torre en castigo por el doble crimen de destruir belleza y contagiar a otros de sus ideas. Bárbaro. Según los cánones de nuestra orden, naturalmente, replicar es el único crimen castigable con la muerte. (Cuando los replicadores son capturados robando el ADN de otro son decapitados, una de las pocas costumbres antiguas que son a la vez eficaces y piadosas). Pensamos que el destierro de nuestra hermosa ciudad es castigo suficiente para todos los otros crímenes, pero por alguna razón, cuando el Guardián del Tiempo vio la pintada, LIBERTAD, grabada en el arco de la entrada de la torre, se llenó de furia y descubrió una cláusula excepcional en el canon nonagésimo primero que le permitía, o eso dijo, ordenar que «El castigo irá en consonancia con el crimen». Hasta hoy, la pintada permanece en la entrada, como recuerdo no sólo de que la libertad es un concepto muerto, sino de que nuestras vidas son determinadas por fuerzas a veces caprichosas más allá de nuestro control.

Hablamos durante un rato de las fuerzas que controlan el universo, y de la misión de búsqueda. Cuando expresé mi excitación ante la posibilidad de descubrir las Antiguas Eddas, el Guardián del Tiempo, siempre un hombre de contradicciones, se pasó los dedos por su nevado pelo y dijo:

—No estoy tan seguro de querer que el hombre se salve. He visto hombres suficientes..., tal vez es hora de que el tictac se detenga y el reloj se agote. Dejemos que el Vild estalle, cada maldita estrella desde Vesper hasta Nwarth. ¡Salvación! La vida es un infierno, ¿no?, y no hay salvación excepto la muerte, no importa lo que digan las Amigas del Hombre.

Esperé que se quedara sin aliento mientras despoticaba sobre el efecto persuasivo (y perverso) que los misioneros alienígenas y sus religiones tenían sobre la raza humana; esperé largo rato.

Hacía tiempo que el cielo se había ensombrecido cuando se golpeó el muslo con el canto del puño y gruñó:

—¡Mierda de ieldra! De modo que se han hecho dioses y se han asentado en el núcleo, ¿eh? Deberían dejarnos en paz, ¿no? El hombre es el hombre, y los dioses son los dioses, y cada uno tiene su propio destino. Pero tú has hecho ese estúpido

juramento tuyo, así que ve a buscarlos a ellos o a sus Eddas o a cualquier otra cosa que creas poder encontrar.

Entonces suspiró.

—Pero ve con cuidado —añadió.

Es extraño lo a menudo que los sucesos más pequeños, las decisiones más triviales, pueden cambiar completamente nuestras vidas. Tras despedirme del Guardián del Tiempo, alcancé el hielo bajo la Torre y eché otro vistazo al libro que me había dado. ¡Poemas! ¡Un simple libro de torpes poemas antiguos! Me quedé largo rato preguntándome si no debería arrojar el libro a la chimenea de nuestro dormitorio; reflexioné sobre el sentido de la suerte y el destino. Entonces el viento helado y húmedo del Firme empezó a soplar, transmitiendo a mis huesos el escalofrío de la muerte..., no supe entonces la muerte de quién. El viento cubrió el hielo de duros copos de nieve que me picotearon la cara y cubrieron las ventanas de la torre. El suave sonido del hielo golpeando el cristal casi se perdió con el tintineo de las campanas que colgaban de las cornisas de las ventanas de la Torre. Tras encogerme de hombros, me puse la capucha de mi kamelaika. El Guardián del Tiempo quería que yo leyera el libro. Muy bien, lo leería.

Sentí las manos entumecidas mientras lo guardaba en la mochila que llevaba en la espalda. Corrí por la deslizadera. Bardo y mis otros amigos me estarían esperando para cenar, y yo tenía hambre y frío.

* * *

Pasé la mayor parte de mi última noche en la ciudad llevando a cabo diversas despedidas. Había una cena en mi honor en uno de los restaurantes más pequeños y elegantes del Hofgarten. Siguiendo la costumbre de los scrytas, Katharine rehusó desearme suerte porque, como dijo, «mi destino estaba escrito en mi historia», fuera lo que fuera lo que aquello significaba. Bardo, por supuesto, lloró y maldijo y rezongó alternativamente. Se había aficionado a la cerveza caliente, y bebió enormes cantidades del líquido amarillo y espumoso para tranquilizar su miedo al incierto futuro. Hizo brindis y discursos a nuestros amigos, recitando versos sentimentales que había compuesto. Se puso a cantar, hasta que Chantal Astoreth, el irónico amante de la música, señaló que su voz estaba pastosa por la bebida y no tenía su hermosa cualidad de costumbre. Finalmente, se derrumbó en su silla, estupefacto, tomó mi mano en la suya y anunció: «Éste es el día más triste de mi maldita vida». Y entonces se quedó dormido.

Mi madre dijo algo similar, y apenas consiguió no echarse a llorar (aunque la esquina de su boca se retorció incontrolablemente como hacía cuando estaba llena de fuertes emociones). Me miró con sus ojos nerviosos, alzando las cejas oscuras y dijo:

—Soli te retira tu juramento porque tu madre acude llorando al Guardián del Tiempo. Y, ¿cómo me lo pagas? Me rompes el corazón.

No le dije lo que me había dicho anteriormente el Guardián del Tiempo en la torre. No quería saber lo fácilmente que él había visto a través de sus mentiras. Se arrebujo en su piel parda, que era gris brillante en los parches allá donde los finos pelos lanudos se habían gastado. Se rio de forma baja y preocupante, como si se contara un chiste privado. Pensé que entonces se marcharía sin decir otra palabra. Pero se volvió hacia mí, me besó en la frente y susurró:

—Vuelve. A tu madre que sangra por ti, que te quiere.

Dejé el restaurante antes del amanecer (no dormí esa noche), y patiné por el Camino desierto en dirección a los Campos Huecos. Allí, al pie del Urkel, incluso en la parte más fría de la mañana, sus hectáreas de pistas y senderos estaban abarrotadas de trineos, rompevientos y otros vehículos. El hielo de las deslizaderas tronaba y se sacudía, y el aire estaba lleno de rastros rojos de cohetes y estruendos sónicos. Muy por encima, las brumosas líneas de las estelas se perdían rosáceas contra el cielo azul de la mañana. Era muy hermoso. Aunque había venido aquí a cumplir con mi deber a esta hora del día, se me ocurrió que siempre había dado por garantizada tanta belleza.

Bajo los Campos, la Caverna del Millar de Navesluz se abría a través de un kilómetro de roca fundida. Aunque no había mil naves (y no las había habido desde la época del Tycho), había muchas más de las que el ojo podía abarcar de una mirada. Cerca de la mitad de la octava fila de naves, me puse a charlar con un programador vestido de verde oliva junto a mi nave, la *Clavellina Inmanente*. Mientras debatíamos un aumento menor de las lógicas paradójicas y heurísticas de la nave, alguien me llamó por mi nombre. Contemplé el pasillo donde la fila de flexibles cascos diamantinos desaparecía en las profundidades. Vi una sombra larga delineada por la débil luz del líquen luminiscente que cubría las paredes de la Caverna.

—Mallory —resonó la voz en el oscuro techo curvado—. Es hora de decir adiós, ¿no?

El pasillo resonó con el golpe de botas pesadas contra el reverberante acero, y entonces lo vi con claridad, alto y severo en sus ropas negras. Era Soli.

El programador, el Maestro Rafael, un hombre tímido y apacible con la piel tan negra y suave como el basalto, le saludó y rápidamente puso una excusa para dejarnos a solas.

—Es hermosa —dijo Soli, escrutando las líneas de mi nave, la nariz estrecha y las alas plegadas hacia delante—. Hay que admitirlo. Por fuera es flexible, equilibrada y hermosa. Pero el alma de una naveluz está *dentro*, ¿no? El Lord Programador me dijo que has jugado con la lógica de Hilbert hasta un grado inusitado. ¿Por qué, Piloto?

Durante un rato hablamos de las cosas que de las que hablan los pilotos. Debatimos las paradojas y discutimos mi elección de las ideoplastias del Maestro

Jafar.

—Fue un gran notacionista —dijo él—, pero su representación de la función omega de Justerini es redundante, ¿no?

Sugirió ciertas sustituciones de símbolos que parecían tener gran sentido, y no pude apartar el tono de sorpresa de mi voz cuando le pregunté:

—¿Por qué me estás ayudando, Lord Piloto?

—Es mi deber ayudar a los nuevos pilotos.

—Creía que querías que fracasara.

—¿Cómo puedes saber lo que quiero? —Se frotó las sienes mientras observaba la cabina abierta de mi nave. Parecía agitado e inquieto.

—Pero me engañaste para que hiciera el juramento.

—¿De veras?

—Y luego me liberaste. ¿Por qué?

Extendió la mano y tocó el casco de mi nave, casi como se acaricia a una mujer. No respondió a mi pregunta. En cambio, apretó los labios y quiso saber:

—Entonces, ¿viajarás realmente a la Entidad?

—Sí, Lord Piloto. He dicho que lo haría.

—¿Lo harás libremente, por tu propia voluntad?

—Sí, Lord Piloto.

—¿Es posible? ¿Crees que puedes plegarte a tu propia voluntad, que eres libre? ¡Cuánta arrogancia!

Yo no tenía ni idea de adónde quería llegar, así que recité la evasiva habitual.

—Los holistas enseñan que la dicotomía aparente entre la libre voluntad y la acción forzada es una dicotomía falsa.

—¡Los holistas y sus enseñanzas inútiles! —dijo, tirándose de la barbilla—. ¿Quién escucha a los holistas? La cuestión es ésta: ¿Te impelerá tu voluntad a la muerte, o la culpa se achacará a tu Lord Piloto?

Por supuesto que yo le echaba la culpa; se la echaba tan furiosamente que sentí la bilis revolverse en mi estómago y extenderse caliente por mis venas. Quise decirle lo mucho que lo responsabilizaba, pero en cambio contemplé su oscuro reflejo en el casco de mi nave. Miré su mano enguantada de negro, apoyada contra ella. No dije nada.

Él retiró la mano, se frotó la nariz y dijo:

—Cuando te llegue el momento, cuando estés cerca de él y tengas que elegir entre echarme la culpa o no, por favor recuerda que tú mismo te engañaste para fracasar.

Sentía los músculos calientes y tensos, y sin pensarlo golpeé el casco de la nave donde se reflejaba su cara en la brillante negrura. Casi me rompí los nudillos.

—Yo... no... fracasaré. —Dejé escapar las palabras lentamente, para evitar gritar de dolor. Apenas podía soportar mirarle, con su larga nariz y su brillante pelo negro

lleno de vetas rojas.

Él inclinó rápidamente la cabeza.

—Todos los hombres fracasan al final, ¿no? Bueno. Adiós, Piloto, te deseo suerte.
—Volvió bruscamente la cabeza y se perdió en las profundidades de la Caverna.

No hay mucho más que desee contar de aquella desafortunada mañana. El Maestro Rafael regresó acompañado por el cuadro habitual de profesionales, aspirantes y novicios que asistían a la partida de un piloto. Había un cético vestido de naranja que apoyó sus pulgares en mis sienes y examinó mi cara en busca de enfermedad. Había reparadores aspirantes que me alzaron a la oscura cabina, y un relojero que selló el reloj de la nave. Y otros. Después de lo que parecieron días (las distorsiones trabajaban ya en mi sentido temporal), me «uní a mi nave», como dicen los pilotos veteranos; entré en interfase con las profundas neurológicas que son el alma de una navesluz. Mi cerebro era ahora dos cerebros, o, más bien, un solo cerebro de sangre y neuronas que había sido extendido y fundido con el cerebro de mi nave. La realidad, la realidad inferior de visiones, sonidos y otras impresiones sensoriales, dio paso a la realidad mucho mayor del multipliegue. Me zambullí en el frío océano de la matemática pura, en el reino del orden y el significado que subrayaba el caos del espacio cotidiano, y la Caverna del Millar de Navesluz desapareció.

Hubo, naturalmente, un breve instante de impaciencia mientras mi nave era alzada a la pista de superficie, el aburrimiento de atravesar la atmósfera y caer en el densospacio sobre nuestro planeta helado. Tracé un rumbo, y una ventana del multipliegue se abrió ante mí. Entonces nuestra estrella, el pequeño sol amarillo, desapareció, y aparecieron un número infinito de luces, belleza y terror, y dejé Neverness y mi juventud muy atrás.

CAPÍTULO 4

La tormenta numérica

En el principio, naturalmente, estaba Dios. Y de Dios surgieron los antiguos ieldra, seres de luz pura que eran como Dios, excepto que hubo un tiempo antes de su existencia, y vendría un tiempo en el que ya no existirían. Y de los antiguos ieldra surgieron los ieldra, que eran como la antigua raza pero tenían sustancia y carne. Los ieldra germinaron la galaxia, y quizá muchas galaxias más, con su ADN. En la Vieja Tierra, de esta semilla divina evolucionaron las algas y las bacterias primitivas, el plancton, el moho, los gusanos, los peces, y así hasta que el hombre-mono bajó de los árboles del continente madre. Y el hombre-mono dio nacimiento a los hombres de las cavernas, que eran igual que los hombres, pero no tenían el poder para acabar con su propia existencia.

Y de los hombres de las cavernas surgió por fin el Hombre, y el Hombre, que era a la vez listo y estúpido, se llevó a la cama cuatro esposas: La Bomba; el Ordenador; la Probeta; y la Mujer.

—De *Réquiem por el Homo Sapiens*, de Horthy Hosthoh.

Es imposible describir lo indescriptible. Las palabras, por serlo, son inadecuadas para representar aquello para lo que no hay palabras. Tras haber dicho esto, intentaré dar una explicación de lo que sucedió a continuación, mi viaje a los caminos sin nombre del multipliegue.

Me abrí paso a lo largo del resplandeciente brazo de la galaxia espiral de Sagitario. Progresé hacia fuera con buen estilo a través de la lente de la Vía Láctea, aunque por supuesto hubo ocasiones en las que tuve que volver atrás en mi camino para kleinear hacia las estrellas infernalmente densas y brillantes del núcleo central. Sabía que esta parte de mi viaje sería fácil. Seguí caminos descubiertos mucho tiempo antes por el Tycho y Jemmu Flowtow. Caer de una gigante roja como Gloriana Luz a una de las calientes azules del Morbio Menor es fácil cuando el trazado de los respectivos puntos-fuente en las inmediaciones de las dos estrellas se ha hecho hace tiempo (y se ha demostrado que está conectado de forma simple). Es tan fácil que los cantores le han dado un nombre especial a estas vías conocidas: las llaman las caídas estelares, para distinguirlas de la parte del multipliegue que no ha sido cartografiada aún y que es, muy a menudo, imposible de cartografiar. Así, para ser preciso, debería decir que comencé mi viaje a través de las caídas, fenestrando velozmente de ventana en ventana, de estrella en estrella en mi prisa por alcanzar la Entidad de Estado Sólido.

Pasé la mayor parte del tiempo flotando libremente dentro de la oscura cabina de

mi nave. Para algunos pilotos temerosos (como los fracasados que guían las naves profundas y las naves largas que siguen las rutas comerciales de las caídas), la cabina de la nave puede ser más una trampa que un refugio donde experimentar los estados mentales más profundos; para ellos, la cabina es un negro ataúd metálico. Para mí, la cabina de la *Clavellina Inmanente* era como un amable y cómodo yelmo que rodeara todo mi cuerpo en vez de sólo mi cabeza (realmente, en la época del Tycho, el ordenador de la nave encajaba en la cabeza del piloto e introducía filamentos proteínicos en el cerebro, al estilo de los antiguos yelmos). Mientras viajaba a través de las estrellas cercanas, las neurológicas tejidas en el negro casco de la cabina modelaban holográficamente mi cerebro y mis funciones corporales. Es más, la lógica rica en información insuflaba imágenes, impulsos y símbolos directamente a mi cerebro. Así, dejé atrás las estrellas de la Nashira Triple, y conecté con el ordenador de mi nave y «hablé» con él. Y él me habló a mí. Escuché el rugido silencioso de los motores devoradores del espaciotiempo abrir ventanas en el multipliegue, y contemplé el fuego de las nebulosas más distantes mientras demostraba mis teoremas..., a través del filtro del ordenador y sus neurológicas. Esta fusión de mi cerebro con mi nave era poderosa, aunque no perfecta. A veces, la información que fluía en los varios centros de mi cerebro se mezclaba y confundía: olía las estrellas de los Sarolta al nacer y escuchaba el sonido púrpura de las ecuaciones al ser resueltas y otros absurdos similares. Es para integrar esta charla cruzada de los sentidos de la mente que los holistas desarrollaron la disciplina de hahnín; de las disciplinas mentales de un piloto tendré mucho que decir más tarde.

Entré en la Nebulosa Trífida, donde las jóvenes estrellas calientes latían con longitudes de onda de luz azul. En los momentos en que mi nave salía al espacio real alrededor de una estrella, parecía que todo el interior de la nebulosa brillaba con nubes rojas de gas hidrógeno. Como necesitaba pasar por la cercana Nebulosa Laguna, crucé velozmente la Trífida, fenestrando de ventana en ventana tan rápidamente que tuve que apresurar mi cerebro con muchos momentos de tempolento. Para mí, con mi metabolismo y mi mente acelerados por el contacto eléctrico del ordenador, ya que podía pensar mucho más rápido, el tiempo, paradójicamente, parecía retardarse. En mi mente, el tiempo se dilataba y estiraba como una plancha de goma, y los segundos se convertían en horas, y las horas parecían años. Este retardo del tiempo era necesario, pues de otro modo el fluctuante flujo de estrellas me habría dejado demasiado poco tiempo para establecer mis isomorfismos y trazados, para demostrar mis teoremas. O habría caído en la fotosfera de una gigante azul, o en un árbol infinito, o muerto de alguna otra forma.

Por fin, entré en la Laguna. Quedé deslumbrado por las intensas luces, algunas de las cuales estaban entre los objetos más brillantes de la galaxia. Alrededor de un conjunto de estrellas llamado Blástula Luz, preparé mi largo paso a la Nebulosa

Roseta en el Brazo de Orión. Penetré la Blástula y atajé al densospacio en su centro casi hueco. El densospacio se llama la Densidad del Tycho, y aunque no es tan denso como el que se encuentra en las inmediaciones de Neverness, hay muchos puntos-fuente conectados con puntos-salida dentro de la Nebulosa Roseta.

Encontré uno de esos puntos-fuente, y los teoremas de topología probabilística se construyeron ante mi ojo interno, y tracé una ruta. El multipliegue se abrió. La estrella que orbitaba, una fea gigante roja a la que llamé Sangrienta Bal, desapareció. Floté en la cabina de mi nave, preguntándome cuánto tiempo caería en el camino de Laguna a la Roseta; me pregunté (y no por última vez) por la peculiar naturaleza de esa cosa que llamamos tiempo.

En el multipliegue no hay espacio, y por tanto no hay tiempo. Es decir, no hay *tiempo exterior*. Para mí, dentro de mi naveluz, sólo había temponave o temposueño, o a veces temporrápido, pero nunca el tiempo real del universo exterior. Como mi paso a la Roseta probablemente sería largo y sin nada digno de mención, a menudo apaciguaba mi cerebro con temporrápido. Lo hacía para alejar el aburrimiento. Mis mentaciones se redujeron a un ritmo glacial, y el tiempo pasó más rápidamente. Los años se convirtieron en horas mientras largos segmentos de tediosa nada se encogieron al momento que tardaba mi corazón en latir una sola vez.

Después de un rato, me cansé del temporrápido. Pensé que también podría drogar mi mente con sueño, o con drogas. Transcurrí la mayor parte del paso en el estado alerta más o menos normal del temponave examinando el libro que el Guardián del Tiempo me había dado. Aprendí a leer. Fue doloroso. La antigua forma de representar los sonidos del habla por letras individuales era un medio ineficaz de codificar información. Bárbaro. Aprendí los garabatos cursivos conocidos como alfabeto, y aprendí a juntarlos linealmente (¡linealmente!) para formar palabras. Ya que el libro contenía poemas escritos en varios idiomas de la Vieja Tierra, tuve que aprender también esos idiomas. Ésta, por supuesto, fue la más fácil de mis tareas, ya que podía insuflar y superescribir el lenguaje y los centros de memoria de mi cerebro directamente del almacén de misterios del ordenador. (Aunque pocos de estos poemas estaban escritos en antiguo inglés, aprendí esa antiquísima lengua porque mi madre llevaba mucho tiempo instándome a hacerlo).

Cuando aprendí a detectar las filas de letras impresas hacia el lado (y a veces hacia abajo) de las viejas y fibrosas páginas de papel amarillento, aprendí tan bien que ya no necesité buscar las letras individuales en el oído interno de mi cerebro, sino que pude percibir las unidades de significado palabra por palabra, y descubrí para mi sorpresa que aquella cosa llamada lectura era algo placentero. Había placer en coger el cuero agrietado de la cubierta, placer también en el rápido estímulo de mis ojos ante los símbolos negros que representaban palabras tal como se habían hablado antiguamente. ¡Qué simple era leer, después de todo! ¡Qué extraño le habría parecido

a otro piloto si me hubiera podido ver leyendo! Allí, en la cabina iluminada de mi nave, flotaba y sujetaba ante mí el libro del Guardián del Tiempo mientras no hacía más que mover los ojos de izquierda a derecha, de izquierda a derecha, por las páginas rígidas por el tiempo.

Pero eran los poemas en sí lo que me proporcionaba mayor placer. Fue maravilloso descubrir que los antiguos, con toda su enorme ignorancia de la inmensidad del espaciotiempo y la interminable profusión de vida que llena nuestro universo, sabían tanto del gran secreto de la vida (o tan poco) como sabemos nosotros ahora. Aunque sus percepciones eran simples y osadas, me parecía que a menudo percibían con mayor profundidad esa parte de la realidad directamente comprensible por un mero hombre. Sus poemas eran como duros diamantes sacados bruscamente de alguna piedra primaria; sus poemas estaban llenos de música resonante, sensual, bárbara; sus poemas hacían hervir la sangre y enfocar los ojos en panoramas de intocables y frías y distantes estrellas norteñas. Había poemas cortos e inteligentes diseñados para capturar uno de los breves y tristes (pero hermosos) momentos de la vida, como se podría capturar y conservar una mariposa en un glaciar. Había poemas que duraban páginas enteras y relataban el ansia de muerte y sangre del hombre y aquellos momentos puros y atemporales de heroísmo donde uno siente que la vida interior debe ser reunida con la vida mayor que no se posee.

Mi poema favorito era uno que el Guardián del Tiempo me había leído el día anterior a mi partida. Lo recordé paseando por la Torre con los puños cerrados y recitando:

*¡Tigre! ¡Tigre! que ardiente brillas
en los bosques de la noche,
¿qué inmortal mano, qué ojo
osaría trazar tu temible simetría?*

Leí los poemas una y otra vez; al poco tiempo, pude repetir algunos sin tener que mirar al libro. Dije los poemas en voz alta hasta que resonaron en mi interior, y pude oírlos en mi corazón.

Y así salí a la Nebulosa Roseta, que se extiende en la periferia de la región de estrellas explosionantes en expansión conocido como el Vild. Contemplé el brillante infierno de dura luz y estrellas arruinadas y polvo, y me oí decir:

*Estrellas, las he visto caer,
pero cuando desaparecen y mueren
ninguna estrella se pierde
en el cielo cuajado de estrellas.*

(Cuando digo que «contemplé» el Vild quiero decir, naturalmente, que mi nave iluminó mi cerebro con los modelos del Vild que ella había elaborado. La Roseta estaba tan lejana del Vild en espacio real —en años luz—, que la luz de la explosión de la mayoría de las estrellas aún no había alcanzado la Roseta).

En contraste con la fealdad del moribundo Vild, la Roseta era hermosa. Era un gigantesco vientre creador de estrellas cuyos soles recién nacidos destellaban y latían con energías tan violentas que las ondas de choque y presiones de luz habían barrido todo su interior, dejando la nebulosa hueca como la cáscara de un huevo repujado de rubíes y diamantes. Fue alrededor de la famosa Shiva Luz, la más brillante de aquella espléndida y rosácea esfera de luces, cuando di comienzo a los primeros trazados que me conducirían a Eta Carina y la Entidad de Estado Sólido.

Continué mi viaje a través de la ruta más antigua de los enjambres humanos. Salí cerca de estrellas cuyos planetas rebosaban de seres humanos (y seres que eran más y menos que humanos). Roca de Rollo, Wakanda y Vesper: dejé atrás estos viejos planetas con toda la rapidez que pude. Y Nwarth y Ocher, Farfara y Fostora, donde se decía que los hombres habían aprendido hacía mucho el arte de introducir su esencia en sus ordenadores. (También se decía que las mujeres de Fostora, desdeñando la transferencia de mente humana a una «máquina», se habían marchado en naves largas hasta que llegaron al planeta que llamaron Lechoix, donde fundaron los matriarcados más antiguos. El historiador Burgos Harsha, sin embargo, da una explicación diferente de su origen. Sostiene que Lechoix fue colonizado por una nave profunda renegada llena de muchachas núbiles destinadas a las cúpulas solares de la Puerta del Cielo. ¿Quién lo sabe realmente?).

Después de largo tiempo, entré en esa porción de las caídas poco tocadas por la segunda o la tercera oleada del Enjambre. Aquí había planetas tan viejos (Puerto Libre, Nueva Tierra y Kaarta entre otros), que habían sido habitados mucho antes de que el hombre llegara a formular las leyes de la civilización. Aquí había hombres y mujeres que habían alterado su ADN, jugado con sus cromosomas y cambiado su carne en muchas horribles formas para encajar en sus nuevos hábitats, del mismo modo que un gusano perforador encaja en el agujero que horada en un cráneo vivo.

Darrein Luz era una estrella amarilla, más allá de la cual se encontraban otras para las que no existía ninguna ruta. Era mi tarea, como piloto, descubrir nuevos trazados, establecer los isomorfismos y demostrar mis teoremas. Eso, o morir. Y, aunque como piloto aspirante había hecho tales trazados del multipliegue cerca de nuestro pequeño sol, nunca había hecho tantos ni viajado tan lejos.

Al principio fue fácil. Vací con zazen mi mente de todo excepto de pensamientos matemáticos. Estuve alerta y abierto a las ondulaciones y súbitas deformaciones del multipliegue. Varios espacios se plegaron y replegaron a mi alrededor. Tuve miedo mientras entraba en una torsión espacial, pero encontré un pequeño teorema que me

permitió sacar sentido a los túneles retorcidos que amenazaban con devorarme. «El matemático fiel debe usar su voluntad para conseguir perspectiva de la pauta», eso dicen los cantores. Mi voluntad fue fuerte al principio y, con cada trazado exitoso que hice, se hizo aún más fuerte. Sesenta y ocho estrellas tras Darrein Luz: estaba tan henchido de orgullo que me zambullí en lo que pensé sería un densospacio bastante simple.

Nada de eso. Los puntos-fuente estaban tan apretujados como los piojos en la cabeza de un harijano, pero no pude encontrar ningún trazado a los puntos-salida en la nebulosa que se encontraba ante mí, la nebulosa llamada la Entidad de Estado Sólido. Me pregunté por qué. Parecía poco probable que no hubiera ningún trazado. Como no podía continuar, salí al espacio real sobre un planeta anillado. Me sentía solo y perdido, y por eso llamé a aquella débil estrella amarilla cerca del densospacio «Perdido Luz». Juré que dominaría el densospacio aunque tardara cuarenta días de temporreal.

No sé cuánto tiempo pasé rozando las ventanas del densospacio. Ciertamente, mucho más que cuarenta días. Era un densospacio realmente extraño, lleno de demasiados puntos-cero y espacios embebidos. A menudo tuve problemas para fijar puntos; a menudo atravesaba el túnel de una ventana oscura sólo para encontrar las ventanas fijas en un anillo cerrado. Las reglas habituales de interfenestración no parecían sostenerse. Debí de haber trazado sesenta y cuatro mil puntos-fuente, y no pude demostrar que ninguno de ellos estuviera simplemente conectado con cualquier otra de las estrellas de la Entidad. Una vez me reí tanto que las mandíbulas casi se me desencajaron; entonces, con desesperación, me mordí el labio hasta que saboreé la caliente sal de la sangre. La propia existencia de este densospacio imposible se burlaba de mi fe en la autenticidad del Gran Teorema. Casi me convencí de que no podía encontrarse *ningún* trazado desde Perdido Luz a la Entidad. Estaba a punto de rendirme cuando tropecé con un hermoso y discreto conjunto de puntos-fuente, todos los cuales se conectaban con una única estrella blanca en el envoltorio exterior de la Entidad. Sólo tenía que hacer el trazado, abrir una ventana, y sería el primer piloto en quinientos años en desafiar los espacios arremolinados e inconstantes de una nebulosa viviente.

Hice el trazado y salí en torno a una estrella. De modo, pensé, que *éste* es el grupo de estrellas que ha aterrorizado a los pilotos de mi Orden; bien, no es tan temible después de todo. Me dije que no había motivos para temer nada. Entonces contemplé las brillantes nubes de oxígeno y no estuve tan seguro. Toda la nebulosa parecía oscura y extraña. Había menos estrellas de lo que había pensado, tal vez sólo cien mil. El polvo interestelar era demasiado denso y esparcía y oscurecía la luz incluso de las estrellas más cercanas. Granos de grafito y silicato y hielo, y partículas de hierro también, enrojecían y polarizaban la tenue luz estelar. Algunas de las partículas de

polvo eran tan gigantescas que no parecían ser polvo, sino fragmentos de planetas que habían sido pulverizados y dispersos. ¿Por qué, me pregunté, necesitaría la Entidad destruir planetas? ¿Para reunir la masa —el alimento— para sus fabulosos cerebros del tamaño de lunas? ¿O quizá no era *Ella* quien había despojado de planetas casi a cada estrella que encontré, sino otro fenómeno natural, aunque mortífero?

Los mecánicos dicen que la inteligencia puede retorcer y modelar el tejido del espaciotiempo. Ahora sé que es cierto. Mientras partía y fenestraba hacia el corazón de la Entidad, el multipliegue dentro de la nebulosa cambió de modos sutiles. Demasiado a menudo, me encontré *kleineando* en mis caminos. Una vez, como un gusano que se muerde la cola, pensé que había quedado atrapado en un bucle infinito; me preocupaba poder morir de vejez o volverme loco entre los caminos incomprensibles que se retorcían y abultaban y volvían adelante y atrás, dentro y fuera, en las ondulaciones de esta porción desconocida del multipliegue. Otra vez perdí el sentido de un teorema que estaba demostrando. Normalmente una distracción menor e insignificante no habría importado, pero estaba en medio de un espacio salvajemente segmentado como nunca había visto ninguno. Empecé a salir de mi secuencia de fenestración normal. Tuve la extrañísima sensación de que la Entidad misma perturbaba los espacios ante mí, midiendo mis habilidades matemáticas, probándome como piloto y como hombre.

De pronto el espacio segmentado chasqueó como una rama, y salí al espacio real. Casi me hundí en el pozo de gravedad de una estrella de neutrones. Había *negrura* a mí alrededor. Había inusitados glóbulos negros de materia de un kilómetro de diámetro flotando en la *negrura* del espacio. Estos cuerpos negros (había millones) debían ser los artefactos de la Entidad. Yo sólo podía suponer qué eran. Su *negrura* era tal que no reflejaban nada de la lechosa luz estelar o ninguna otra radiación, así que tuve que deducir su presencia por sus campos gravitatorios. Éstos eran aplastantemente poderosos, aunque no tan poderosos como la estrella de neutrones que orbitaban. No pude decir por qué no eran sorbidos por el pozo de gravedad de la estrella.

¿Eran esos cuerpos negros piezas de materia artificial que de algún modo regulaban el flujo de información dentro de la Entidad? ¿Eran máquinas taquíónicas o algún otro motor innatural para producir partículas que viajaran más rápidas que la luz? ¿O eran tal vez crecimientos cancerígenos, algún tipo de salvaje materia inestable, residuo de los experimentos de la Entidad para formar el universo según sus caprichos? No lo sabía. Me pregunté si los escatólogos no estarían equivocados después de todo; tal vez el cerebro de la Entidad estaba compuesto de cuerpos negros mucho más pequeños que lunas. ¿Podría ser que estuviera mirando la fuente de la inteligencia de una diosa?

No tuve tiempo de explorar este fascinante descubrimiento porque el intenso campo magnético de la estrella (era un billón de veces Superior al de Nevada) estaba arruinando mi nave. Los neutrones densamente apiñados de la estrella, probablemente los restos del núcleo de una antigua supernova, giraban rápidamente, y habían conservado el campo magnético de la estrella original. Tuve que elaborar un trazado instantáneo, pero al menos conseguí escapar y no ser aplastado y hecho pedazos como una concha marina. Caí al azar en el multipliegue, y tuve suerte de no caer en un árbol de decisión infinito.

Hubo otros peligros y escapes que no mencionaré. Y maravillas también. Descubrí el primero de los lóbulos cerebrales de la Entidad en una región de la nebulosa donde el multipliegue subyacente era rico en túneles y puntos-fuente que se entrelazaban y conectaban con todas las otras partes. Había una estrella emitiendo luz en estallidos intensos y medidos cada nueve décimas de segundo. Era un pequeño púlsar que me recordó el faro en la cima del Monte Attakel y que advertía a los rompevientos para que se apartaran de sus rocas oscuras y congeladas. Pero era mucho, mucho más brillante. En sincronía con los latidos de mi corazón, pulsaba con la energía de un millar de soles. Con cada latido, iluminaba la luna plateada que la orbitaba a mil quinientos millones de kilómetros. La vi a través de los telescopios de mi nave, que eran mis ojos y oídos. Contemplé el legendario cerebro-luna de la Entidad de Estado Sólido mientras absorbía energía y giraba sobre su eje y pensaba sus insondables, infinitos pensamientos, o lo que quiera que una diosa haga para completar su existencia.

Por supuesto, lo que la Entidad hacía con toda esta energía era un misterio. Vi que Ella usaba la energía más rápido de lo que un hibakusha hambriento podía tragar un cuenco de leche. Y, ya que hablo en mi ignorancia, debo añadir que no sabía realmente si el cerebro de la Entidad estaba en estado sólido o si estaba compuesto de algún extraño tipo de materia artificial (pensé en los cuerpos negros que había visto cerca de la estrella de neutrones, y me pregunté), Ciertamente, el cerebro de Ella no era estado sólido en el sentido en que estaba compuesto de cristales de silicio o germanio o algunos otros semiconductores. Hace mucho tiempo, durante el mandato de Tisander el Prudente, los escatólogos encontraron un único cerebro matriz cerca de las estrellas de la Binaria Aud. Cuando diseccionaron el cerebro-luna (realmente sólo tenía el tamaño de un asteroide), descubrieron miles de millones de capas de cristales orgánicos ultradelgados, un vasto entramado de proteínas interconectadas muy parecidas a las neurológicas que los reparadores hacen crecer dentro de las navesluz, pero infinitamente más complejas. Tan complejas que los programas nunca llegaron a decodificar ni uno solo de los programas del cerebro matriz, ni siquiera los simples programas de supervivencia que debían estar soldados en los circuitos proteínicos. Siguieron tan ignorantes del propósito del cerebro matriz (y de la causa de la muerte)

como lo estaba yo del cerebro viviente que orbitaba el púlsar.

Encontré un trazado de punto a punto y caí a un millón de kilómetros de la luna. Aunque hice todos los análisis y pruebas que pude, descubrí poco sobre su composición. No dudé de que se trataba de un cerebro y no de una luna natural. Nunca había visto una luna natural tan desprovista de rasgos y cráteres. Su superficie era tan lisa y satinada como la piel de una furcia jacarandina. Y, como he dicho, el multipliegue cercano estaba distorsionado en formas explicables solamente por la presencia de una gran inteligencia. Pero ¿cuál era la *naturaleza* de esta inteligencia? Por muy desesperadamente que quisiera saberlo, no podía considerar seriamente posarme en la superficie de la luna para tomar una muestra de su núcleo para análisis. Habría sido un acto rudo y bárbaro y fútil, como excavar en el cerebro rosado de un autista en un intento de registrar su mundo interior de fantasía. Y habría sido inconmensurablemente peligroso. Sabía que había tenido suerte de sobrevivir a los peligros del multipliegue. Si era lo bastante estúpido de perturbar a la Entidad, como Ella perturbaba el multipliegue con su mera presencia, no tendría suerte mucho tiempo.

Debí de haber vuelto a casa inmediatamente. Había completado mi juramento de penetrar en la Entidad, y había cartografiado al menos una parte de Ella. Probablemente no debería de haber intentado entablar comunicación. ¿Qué es el hombre para hablar con una diosa? Pensé que era una tontería bombardear a la luna con información escrita en rayos láser, bañar su superficie plateada con ondas de radio que llevaran mi voz inquisitiva y el código de saludo del bioordenador. Pero lo hice de todas formas. Una vez en la vida, un hombre debe arriesgarse a todo para experimentar algo más grande que él mismo.

No obstante, la Entidad no pareció ser consciente de mi existencia. Debió de sentir y oír mis rayos láser como si se trataran del «ping» de un solo fotón golpeando la mano encallecida de un hombre. Mis ondas de radio eran como gotas de agua en el océano de las ondas de radio emitidas por el púlsar. Yo no era nada para Ella, pensé; y, ¿por qué debía de desesperarme por no ser nada? ¿Era yo consciente de un simple virus abriéndose camino a través de los capilares de mi cerebro? Ah, me dije, pero un virus casi no tiene consciencia, mientras que yo, como *hombre*, era consciente de mi propia consciencia. ¿No debería una diosa, de algún modo, darse cuenta de esa consciencia? ¿No debería ser consciente de *mí*?

Por supuesto, era presuntuoso por mi parte pensar de esta forma, pero nunca he sido un hombre humilde. Es uno de mis peores defectos. Pero, presuntuoso como era, sin embargo, supe que no había nada que pudiera hacer para llamar la atención de esta fantástica, brillante, extraña inteligencia. Yo estaba *despavorido* ante Ella, no hay otra palabra. Medí con láseres el diámetro de su cerebro-luna, y descubrí que medía mil quinientos kilómetros de polo a polo. Si pudiera reproducir mi cerebro un trillón

de veces, pensé, y luego mil millones de veces más, y pegar la masa rosada y pegajosa resultante, aún no sería tan grande como el suyo. Advertí que la menor de sus neurológicas era un millón de veces más rápida que mis torpes neuronas, y que dentro de la nebulosa, alrededor de las brillantes estrellas a cientos de años luz de distancia, flotaban probablemente millones de lóbulos cerebrales del tamaño de lunas, cada uno pulsando con intensa inteligencia, cada uno interconectado de formas desconocidas con los demás a través de las ondulantes mareas del espacio.

Como era curioso y estaba convencido de mi propia inmortalidad, como todos los hombres jóvenes, me dispuse a cartografiar más completamente la Entidad. Salí en torno a gigantes rojas y descubrí muchos más cerebros-luna. Más de cien lunas orbitaban algunas de las estrellas. Allí el multipliegue era retorcido y sinuosamente complejo. Me topé con peligrosos árboles de decisión y espacios segmentados aún más salvajes que el que había encontrado antes. Fue durante este largo viaje hacia el cerebro de la Entidad que me sentí por primera vez confiado con mis habilidades de piloto, cuando me *convertí* realmente en piloto. A veces me sentí demasiado confiado, incluso arrojado. ¿Había otro piloto, me pregunté, que hubiera tenido que aprender tanto tan rápidamente? ¿Podrían Tomoth o Lionel (o cualquier otro piloto veterano) haber atravesado los espacios toroidales tan elegantemente como lo hacía yo?

Desearía tener espacio aquí para catalogar todas las maravillas de esa nebulosa única, pues fascinarían a muchos, no sólo a los astrónomos de nuestra Orden. El más maravilloso de mis descubrimientos, aparte de la maravilla de la nebulosa en sí, fue el planeta que descubrí orbitando una estrella roja llamada Kamilusa, bautizada no por mí, sino por la gente que vivía en ese planeta. ¡Gente! ¿Cómo habían llegado hasta aquí? ¿Habían salido del multipliegue como yo? ¿Eran quizá descendientes del Tycho y Erendira Ede o los otros pilotos perdidos en la Entidad? Me sorprendía que pudiera vivir *gente* dentro del cerebro de una diosa. De algún modo, no parecía apropiado. Pensé en ellos como parásitos que vivían de la luz de su sangriento sol, o como gusanos perforadores que de algún modo se habían abierto camino hasta el cerebro de un ser incomprensiblemente grande.

Después de saludarles por radio, aterricé en una de las amplias playas occidentales de la isla continente llamada Sendai. Cuando abrí la cabina de mi nave, sentí mucho calor. El sol era un disco rojo y caliente sobre mí, y pájaros parecidos a gaviotas de la nieve se deslizaban por las corrientes del viento húmedo que apestaba a algas y vegetación. Todo, incluso el aire mismo, era demasiado verde.

Para la gente desnuda que se alineaba en las dunas de la playa debí de parecer muy extraño mientras permanecía de pie en la arena húmeda, sudando con mis botas negras y la kamelaika. Me había crecido la barba durante los largos días de mi viaje, y tenía el cuerpo un poco embotado por la falta de ejercicio. Cuando me incliné para

saludarles, los músculos de mi espalda temblaron por el esfuerzo. Naturalmente, pedí hablar con el señor del planeta. Pero aquella gente no tenía señor, ni amo, sensei, matriarca, rey, protector o nadie que dirigiera sus actividades cotidianas. Eran anarquistas. Descubrí que probablemente eran descendientes de hibakushas que habían escapado hacía siglos de las opresivas jerarquías de los Mundos Japoneses. Sin embargo, sólo parecían tener nociones mínimas de su paso a través de la Entidad. Ninguno pudo decirme cómo pudieron pilotar sus naves profundas y atravesar las ventanas del multipliegue, porque nadie lo recordaba. Y a nadie le importaba. Habían perdido la más noble de las artes, y la mayoría de las otras artes también. Los pocos cientos de miles de habitantes del planeta eran bárbaros que pasaban sus largos días comiendo, nadando, copulando y tostando sus cuerpos bajo el rojo horno del sol. La sociedad de Kamilusa era una de esas utopías rancias donde los robots hacían el trabajo del hombre y construían más robots para hacer más trabajo. Y, peor aún, habían programado sus ordenadores para dirigir a sus robots, y, todavía peor, habían dejado que sus ordenadores lo pensaran todo por ellos. Pasé cinco días de cien horas allí, y no encontré a un hombre o una mujer a quien le importara de dónde procedía la vida o a dónde se dirigía (aunque muchos de los niños poseían una curiosidad natural que perdían pronto). Curiosamente, ninguno de ellos (excepto los ordenadores, tal vez) parecía darse cuenta de que Kamilusa estaba dentro del cerebro de una diosa. Incluyo la siguiente conversación porque es representativa de otras que tuve durante aquellos días y noches calurosos y sofocantes.

Una tarde, en el porche de una de las villas construidas en las dunas de la playa, me senté en un sillón frente a una anciana llamada Takara. Yo había aprendido un dialecto del nuevo japonés occidental sólo para hablar con ella. Se trataba de una mujer pequeña y encogida con manojos de pelo brotándole en parches de su redonda cabeza. Como todos los demás, iba tan desnuda como un animal. Cuando le pregunté por qué ninguno quería saber nada de maravillas tales como la construcción de mi nave, me dijo:

—Nuestros ordenadores podrían diseñar una naveluz, si ése fuera nuestro deseo.

—¿Pero podrían entrenar pilotos?

—Hai, supongo. —Dio un sorbo a un líquido celeste que uno de sus robots domésticos le había traído—. Pero ¿para qué querríamos entrenar pilotos?

—Para caer entre las estrellas. Hay glorias que sólo los pilotos...

—Oh, no lo creo —interrumpió ella—. Una estrella es muy parecida a cualquier otra, ¿no? Las estrellas nos dan su calor, ¿no es suficiente? Y además, como tú mismo admites, tu viaje de estrella en estrella es demasiado peligroso.

—No se puede vivir eternamente.

—Hai, pero se puede vivir mucho tiempo —dijo ella—. Yo misma he vivido... — y aquí habló con uno de los ordenadores construidos en el porche de piedra caliza. El

ordenador le contestó, y ella dijo—: He vivido quinientos de tus años de Neverness. He sido una mujer joven, oh, quizás... —y volvió a hablar con el ordenador—. He sido joven diez veces; es maravilloso ser joven. Tal vez seré joven diez veces más. Pero no si hago cosas peligrosas. Nadar es bastante peligroso, y ya no lo hago, aunque los robots mantienen a los tiburones a raya. Hai, siempre podría darme un calambre, ya sabes. Es bien sabido cómo se acumula el peligro con los años. Hay una palabra para eso, oh..., ¿cómo era? —Cuando el ordenador suministró la palabra, dijo—: Si hay una *probabilidad* segura de que moriré en un año cualquiera, entonces la *probabilidad* se hace más grande a cada año. Se *multiplica*, creo. El menor riesgo se vuelve más peligroso a medida que pasa el tiempo. Con tiempo, si existe el menor riesgo de muerte, entonces la muerte se producirá. Y por eso no dejo mi villa. Oh, me encantaba nadar, pero mi decimocuarto marido murió cuando un pájaro dejó caer una concha de caracol marino sobre su cabeza. Ashira (era un hombre hermoso), solía afeitarse la cabeza. Era calvo como una roca. El pájaro debió pensar que su cabeza *era* una roca. El caracol le rompió el cráneo, y murió.

Como si siempre estuviera alerta a extraños accidentes, miró al cielo estrellado en busca de pájaros. Señaló los láseres robot que se alineaban en los altos muros del porche, apuntando al cielo oscuro.

—Ya no le temo a los pájaros —dijo.

Lo que había dicho, naturalmente, era verdad. La vida es peligrosa. Debido a las leyes de la antiprobabilidad, los pilotos (como todos los demás en nuestra Orden) casi nunca vivían tanto como Soli. Lo que explica por qué los pilotos más jóvenes le llamaban «Soli el Afortunado».

—Es un universo peligroso —dije—. Y misterioso. Pero hay bellezas..., admite que eres una estudiante de la belleza.

—¿A qué te refieres por *belleza*? —quiso saber ella mientras colocaba las manos entre sus pechos, que eran marrones y marchitos como viejas bolsas de cuero. Olisqueó el aire en mi dirección y arrugó su naricilla. Estaba claro que no le gustaba el olor de mi kamelaika manchada de sudor. Era molesto que me mirara como si yo fuera el bárbaro, y no ella.

Señalé a la luna que brillaba sobre nosotros. Le dije que en realidad era un bioordenador, el cerebro y sustancia de una diosa.

—Brilla como la plata, y es hermosa —dije—. Pero comparte su brillante inteligencia con un millón de otras lunas, y sólo imaginar las posibilidades... Eso es diferente, un tipo superior de belleza.

Elle me miró como un lógico mira a un autista baboso.

—No creo que la luna sea un ordenador. ¿Por qué me mientes? Los ordenadores no son hermosos, no lo creo.

—Yo no te mentaría —dije.

—¿Y qué quieres decir con eso de que es una *diosa*?

Cuando le hablé de inteligencias superiores y las clasificaciones de los escatólogos, ella se rio de mí.

—Oh, *Dios* existe, supongo..., O existía, no puedo recordarlo. ¡Pero pensar que la luna *piensa*, eso sí que es una locura!

De repente me miró con sus ojos viejísimos y se sacudió como una tienda al viento. Debí pensar que, si yo estaba loco, podría hacer algo arriesgado, y por tanto suponía una amenaza a su longevidad. Cuando volvió a mirarme, advertí que los robots me apuntaban con sus láseres. Habló con su ordenador.

—La luna está compuesta de... de *elementos*: carbono, hidrógeno, oxígeno y nitrógeno —dijo.

—Los elementos de las proteínas. Las neurológicas de los ordenadores están compuestas a menudo de proteínas.

—Oh, ¿a quién le importa de qué están hechas las cosas? Lo que importa es la paz y la armonía. Creo que eres peligroso para nuestra armonía.

—Me marcharé, si es eso lo que quieres.

La verdad es que no veía la hora de marcharme de aquel caluroso y sofocante planeta.

—Hai, debes marcharte. Cuanto más te quedes, más peligroso te volverás. Por favor, ¿te marcharás mañana? Y, por favor, no vuelvas a hablar con los niños. Se asustarían si pensaran que la luna está viva.

Abandoné a aquella gente a sus placeres y sus decadentes armonías. En mitad de la larga noche, me marché y volví a caer en el multipliegue. Otra vez fenestré hacia el centro del cerebro de la Entidad. Estaba más decidido que nunca a buscar el nexo de su inteligencia, si tal nexo existía realmente. Cuanto más caía, más cerebros-luna descubría. Cerca de una gigante azul caliente, debía haber diez mil lunas arracimadas como las células de un embrión. Tuve la sensación de que era testigo de algo que no debía ver, como si hubiera descubierto a mi madre desnuda en su baño matutino. ¿Se estaban reproduciendo de algún modo las lunas?, me pregunté. No pude decirlo. No podía ver el centro del conjunto porque el espacio allí era tan negro como un agujero negro. Aunque sabía que sería arriesgado seguir cayendo, estaba entusiasmado ante las *posibilidades* de nueva vida divina, así que hice un trazado de punto a punto hacia el centro de las lunas reunidas.

Inmediatamente supe que había cometido un error. Mi nave no salió en el centro de las lunas. En cambio, me encontré en un árbol de decisión como una jungla. Un centenar de caminos diferentes se abrieron ante mí, dividiéndose en mil más. Enfermé de miedo porque sólo tenía instantes para decidir cuál era la rama correcta, o me perdería.

Contacté mentalmente con mi nave, y el tempolento me asaltó. Mi cerebro hervía

de pensamientos, como los copos de nieve se revuelven con el frío viento. Mientras mis mentaciones se aceleraban, el tiempo pareció refrenarse. Tuve un largo y extendido instante en el que demostrar un teorema trazador particularmente difícil. Tenía que demostrarlo rápidamente, tan rápidamente como podía pensar. El ordenador modeló mis pensamientos y empezó a insuflar mi corteza visual con ideoplastias que convoqué de memoria. Aquellos símbolos cristalinos brillaron ante mí en mi ojo interno; se formaron y se unieron y se ensamblaron para la demostración de mi teorema. Cada ideoplastia individual era encantadora y única. La representación de los cinco puntos del teorema, por ejemplo, era como un collar de rubí. Mientras construía mi prueba, el collar se rodeó de las fibras diamantinas del primer dilema trazador de Lavi.

Los intrincados signos esmeralda de la declaración de invariabilidad, las runas como cuñas de las conectivas secuenciales y todos los demás caracteres formaron un despliegue tridimensional ordenado por la lógica y la inspiración. Cuanto más rápido pensaba, más rápido aparecían las ideoplastias, como surgidas de la nada, y encontraban su lugar en el despliegue de la prueba. Esta manipulación mental de símbolo en prueba tiene un nombre especial: la llamamos *tormenta numérica*, porque el arrebató de pensamiento matemático puro es abrumador, como una tempestad en la primavera de medio invierno.

Con la tormenta numérica llevándome hacia el momento de la prueba, entré en temposueño. Había una indescriptible percepción de *orden*; había belleza y terror mientras el multipliegue se abría ante mí. La tormenta numérica se intensificó, cegándome casi con la luz blanca del temposueño. Me pregunté, como me había preguntado siempre, por la naturaleza del temposueño y ese maravilloso espacio mental que llamamos el multipliegue. ¿Era el multipliegue realmente la realidad profunda, la realidad que ordenaba la forma y textura del universo exterior? Algunos cantores así lo creen (mi madre no es uno de ellos), y es su fe que, cuando las matemáticas estén perfectamente realizadas, el universo será comprendido perfectamente. Pero ellos son matemáticos puros, y nosotros los pilotos no. En el multipliegue no hay perfección. Hay mucho que no comprendemos.

Estaba sumergido en temposueño cuando advertí que no comprendía el tipo de árbol de decisión que se esparcía a mi alrededor. Estaba cerca de mi demostración: sólo necesitaba probar que el conjunto Lavi estaba imbuido en un espacio invariante. Pero no pude demostrarlo, y no supe por qué. Debería haber sido algo simple. Cuando el árbol se dividió y se abrió en un millón y luego en un billón de ramas diferentes, empecé a sudar. El temposueño se intensificó en ese terrible estado sin nombre en el que pienso como «tempesadilla». De repente, demostré que el conjunto Lavi no podía ser imbuido en un espacio invariante. Mi corazón latía como el de un niño dominado por el pánico. Con el pánico llegó la desesperación, y mi

demostración empezó a desmoronarse, a romperse como cristalitas de hielo bajo una bota de cuero. Supe que no habría demostración. No habría ningún trazado a un punto-salida en el espacio real. No saldría alrededor de ninguna estrella, cercana o distante. No estaba solamente perdido en un complejo árbol de decisión, sino que había tropezado (o había sido impulsado) a un árbol infinito. Incluso en los peores árboles de decisión existe la probabilidad de que un piloto encuentre la rama correcta entre los millones y millones de ramas. Pero, en un árbol infinito, no hay rama correcta, no hay rama ninguna que conduzca a una salida a la cálida luz solar del espacio real. El árbol se extiende hacia fuera, una rama desemboca en otra, y en diez millones de otras más, y así sucesivamente, dividiéndose y redividiéndose hasta el infinito. No hay escape de un árbol infinito. Mis neuronas se desasociarían gradualmente, sinapsis tras sinapsis, dejándome para jugar con los dedos de mis pies como un niño juega con las cuentas de un ábaco. Estaría loco, cegado por la tormenta numérica, congelado eternamente en temposueño, babeando eternamente en el infinito. O, si me desconectaba del ordenador de mi nave y dejaba que mi mente se apaciguara, no habría nada, nada más que un ataúd negro que me llevaría al infierno del multipliegue.

Sabía que me había mentido completamente. No estaba dispuesto a arriesgarlo todo por experimentar a una diosa; no estaba en absoluto dispuesto a enfrentarme a la muerte. Recordé que había elegido libremente mi destino. Sólo podía echarme la culpa a mí mismo y a mi estúpido orgullo. Mi último pensamiento, mientras un grito se formaba en mis labios y empezaba a oír voces en mi interior, fue: ¿Por qué nace el hombre al autoengaño y a las mentiras?

CAPÍTULO 5

La Entidad de Estado Sólido

Si el cerebro fuera tan simple que pudiéramos comprenderlo, seríamos tan simples que no podríamos hacerlo.

—Lyall Watson, Escatólogo del Siglo del Holocausto.

En alguna parte está registrado que el primer hombre, Gilgamesh, oyó una voz en su interior y pensó que era la voz de Dios. Yo oía voces reverberando en mi oído interno, y pensé que mi miedo al árbol infinito me había vuelto loco.

¿Por qué?

Cuando un hombre oye voces que no nacen de sus labios sino de su propia soledad y sus ansias, es un signo de locura. A menos, por supuesto, que sea la voz de su nave estimulando sus nervios auditivos, inyectando sonidos directamente a su cerebro.

¿Por qué nace?

Pero una nave-ordenador tiene poca voluntad propia; no puede elegir qué palabras o qué tono de voz emplear para hablar con un piloto. Es posible que reciba señales de otra nave-ordenador y traduzca esas señales a voces, pero no está programada para generar sus propias señales.

¿Por qué nace el hombre?

Sabía que mi nave-ordenador no podía estar recibiendo señales de otra naveluz porque la propagación de señales a través del multipliegue es imposible. Era posible, me dije, que alguna de las neurológicas de la nave se hubiera debilitado y muerto. En ese caso, mi nave estaba loca, y mientras yo permaneciera en interfase con ella, también yo lo estaba.

¿Por qué nace el hombre al autoengaño y las mentiras?

Si ya no me gustaba la forma en que mi nave se hacía eco de mis pensamientos más profundos, me aterrorizó cuando empezó a hablar con voces, en un revoltijo de las lenguas muertas de la Vieja Tierra.

Yo comprendía algunas de esas lenguas por mi aprendizaje de la lectura; otros eran tan extraños para mí como el lenguaje odorífero de las Amigas del Hombre es a los seres humanos.

Shalom, Instrumentum Vocale, la ilaha, il ALLAH tat tvam asi, n'est-ce pas, kodo-mo-ga, wakiramasu? Hai, and thereto hadde he ríden, no man ferre, poi s'ascose nel foco che gli affina que llamamos las estrellas de la Entidad de Estado Sólido und so wir betreten, feuer-trunken... Ahnest du den Schopfer? Soy yo, Mallory Ringess.

De modo, pensé, que esto es la locura, saludarme a mí mismo como a una herramienta con voz, para hablar de entrar en la Entidad «borracho de fuego», fuera lo que fuera lo que aquello significaba. Reconocí la frase, *Ahnest du den Schopfer*. Era un verso de un poema escrito en antiguo alemán que significaba algo así como «¿Sientes a tu creador?». Yo «sentía» que mi nave y yo mismo nos habíamos vuelto completamente locos, o bien estaba recibiendo realmente una señal a través del multipliegue combado de la Eternidad. Y entonces oí;

*Si has nacido para extrañas visiones,
cosas invisibles para ver,
cabalga diez mil días y noches,
hasta que la edad te nieve el pelo de blanco.*

Así que a la Entidad le gustaba la poesía antigua. Pensé que si se estaba enviando alguna señal a través del multipliegue, debía proceder de Ella. Las voces empezaron a modular y a resonar en una sola voz. En cierto modo, era una voz femenina, a la vez seductora y solitaria, beatífica y triste. Era una voz que no estaba segura de si iba a ser comprendida o no. Oír aquella voz encantadora resonar con las lenguas muertas de la Vieja Tierra me hizo suponer que era Ella que intentaba descubrir mi lengua materna. Pero desconfié de esta idea en el momento mismo en que entró en mi mente. Tal vez yo deseaba demasiado ardientemente hablar con ella; tal vez sólo estaba hablando conmigo mismo.

No, Mallory, estás hablando conmigo.

»Pero no estoy hablando para nada. Estoy pensando.

No te adules haciéndote creer que lo ocurre en tu mente es pensamiento puro.

»¿Cómo puedes entonces leer mis pensamientos..., mi mente?

*Estás dentro de mí y yo estoy dentro de ti. Ying-yang, lingam-yoni, dentro-fuera.
Soy una entidad, pero no soy sólida. No siempre.*

»¿Qué eres?

Soy el frenesí; soy el rayo; soy tu fuego purificador.

»No comprendo.

Eres un hombre. En verdad, una corriente muy sucia es el hombre. ¿Qué has hecho para purificarte?

De modo, pensé, que había ansiado experimentar a un ser superior, y ella me hablaba en acertijos. Aparté rápidamente mi mente del multipliegue y el árbol infinito. Comprobé las neurológicas de la nave. Pero estaban sanas y salvas, y no pude encontrar en ninguna parte la fuente de la señal de la Entidad.

*No hay señal, tal como tú piensas en la señal. Sólo hay percepción y contacto:
busco en el campo eléctrico de las logias de tu nave y jugueteo con los electrones*

para cambiar el holograma. Y así tu ordenador presenta mis pensamientos e inyecta mi voz en tu cerebro. Podría tocar tu cerebro directamente, pero eso te asustaría.

Sí, sí, lo habría hecho. Yo estaba ya bastante asustado. No quería que nada extraño «jugueteara» con los electrones de mi cerebro, me llenara de sus imágenes y sonidos, me hiciera ver y oír y tocar y oler cosas que no existían, cambiara mi propia percepción de la realidad. Con este pensamiento vino otro mucho más preocupante: ¿Y si la Entidad estaba ya jugueteando con los electrones de mi cerebro? Tal vez Ella sólo quería que yo *pensara* que la voz que oía procedía del ordenador. No supe qué pensar. ¿Estaba yo pensando mis propios pensamientos? ¿O estaba la Entidad jugando conmigo, haciéndome dudar de que estaba pensando mis propios pensamientos? ¿O, peor aún, que todo esto era una pesadilla de locura? Tal vez mi nave se había desintegrado; tal vez estaba experimentando un momento final antes de la muerte, y la Entidad (por cualquier razón) había alcanzado mi cerebro para crear una ilusión de existencia sana. Tal vez yo estaba muerto o sólo soñando; tal vez yo, fuera lo que fuera «yo», era enteramente la creación del sueño de la Entidad. Todo el mundo, por supuesto, tiene estos pensamientos y temores, pero muy pocos tienen una diosa que se los dice. Cuando pensé que Ella estaba dentro de mi mente, me sentí aturdido con una sensación de pérdida de mi propia entidad. Mi estómago se revolvió con la enfermiza sensación de que yo no tenía libre voluntad. Fue un momento horrible. Pensé que el universo era un lugar tremendamente incierto donde sólo podía estar seguro de una sola cosa: que, en el reino de mi mente, no quería otros pensamientos aparte de los míos para alterar mi pensamiento.

Como estaba lleno de duda y temor, la Entidad me explicó cómo manipulaba la materia a través de las capas del multipliegue. Pero sólo comprendí la parte más pequeña de la física, las ideas más simples. Ella había creado una nueva matemática para describir la comba y la textura del espaciotiempo. Su teoría de interconexión estaba más allá de mi habilidad, como lo sería una demostración de los diferentes órdenes de infinitos para un gusano. Naturalmente, los mecánicos habían explorado mucho antes las paradojas de la mecánica cuántica. Por ejemplo, habían descubierto que ambos fotones en una pareja de fotones están conectados en formas fundamentales no importa lo lejanas que estén en su separación las dos partículas en temporreal. Si dos fotones escapan de una fuente de luz hacia los extremos opuestos del universo, cada uno «conocerá» algunos de los atributos de su gemelo, como el espín o la polarización, no importa lo apartados que estén. Y lo sabrán instantáneamente, como si cada uno «recordara» al momento que debería ser polarizado horizontalmente, no arriba y abajo. A partir de este descubrimiento, los mecánicos teorizaron que es posible transmitir información más rápida que la luz, aunque para su desgracia nunca lo han conseguido. Pero sus cerebros eran pequeños, mientras que el de la Entidad era inconmensurable. Parecía que Ella había encontrado

un medio no sólo de comunicarse, sino de tocar y manipular instantáneamente partículas a lo largo de las extensiones del espacio. Yo seguía sin comprender cómo lo hacía.

»No comprendo tu definición de un espacio de correspondencia; ¿es isomórfico a lo que llamamos espacio Lavi? No puedo verlo..., ¡si tuviera más tiempo!

Al principio del tiempo todas las partículas del universo estaban apiñadas en un solo punto; todas las partículas eran como una, en la singularidad.

»Y no recuerdo la derivación de tu ecuación de campo. Debe ser...

La memoria lo es todo. Todas las partículas recuerdan el instante en que la singularidad estalló y nació el universo. En cierto modo, el universo no es más que memoria.

»¿Las correspondencias son superluminales, entonces? ¿El esquema de correspondencia se reduce? He intentado demostrarlo un centenar de veces, pero...

Todo lo que hay en el universo está sacado de un solo tejido superluminal. Tat tyam asi, that thou art.

»No comprendo.

No estás aquí para comprender.

»¿Por qué crees entonces que he cruzado media galaxia?

Estás aquí para arrodillarte.

»¿Qué?

Estás aquí para arrodillarte..., son palabras de un antiguo poema. ¿Lo conoces?

»No, por supuesto que no.

Ahhh, es una lástima. Entonces tal vez estás aquí para morir además de arrodillarte.

»Moriré en el árbol infinito; no hay trazado de salida de un árbol infinito.

Otros han venido antes que tú; otros se han perdido en el árbol.

»¿Otros?

De repente, la voz de la diosa se hizo tan aguda y dulce como la de una niña pequeña. Las siguientes palabras se internaron en mi cerebro como el sonido de una flauta:

*¡Todos se marchan a un mundo de luz!,
y yo me quedo solo, añorando;
su mismo recuerdo es dulce y brillante,
y mis tristes pensamientos se aclaran.*

Tienes que morir. En tu interior, lo sabes. No tengas miedo.

»Bien, los pilotos mueren..., o eso dicen. No tengo miedo.

Temo que tengas miedo. Es lo que pasó con los otros.

»¿Qué otros?

Ocho pilotos de tu Orden han intentado penetrar mis cerebros: Wicent li Towt, Erendira Ede y Alexandravondila; Ishi Mokky, Ricardo Lavi, Jemmu Flowtow y Atara de Darkmoon. Y John Penhallegon, al que llamáis el Tycho.

»¿Los mataste, entonces?

¿Qué sabes tú de matar? Del mismo modo que una ostra, para protegerse, encapsula a un irritante grano de arena con capa tras capa de perla, así he confinado a todos esos pilotos menos a uno a las ramas de un árbol de decisión.

»¿Qué es una ostra?

La Entidad alcanzó el espacio de pensamiento de mi ordenador y colocó allí una imagen forjada en luz y contacto y olor. Por medio de esta telepatía prohibida (prohibida para nosotros los pilotos), experimenté su concepción de la ostra. En mi mente vi una criatura blanda y bulbosa que se protegía con una concha que podía abrir o cerrar a voluntad. Mis dedos se cerraron casi contra *mi* voluntad, y en mi mano sentí crujir la arena contra una dura concha húmeda. Mis mandíbulas se movieron por su cuenta, accionaron mis dientes contra una carne tierna que de pronto se rompió, llenando mi boca de fluidos vivos y sal y el sabor del mar. Olí el denso perfume de proteínas desnudas y oí un sonido de succión mientras tragaba la gotita de carne, cruda y viva.

Eso es ostra.

»No está bien matar a animales por su carne.

Y tú, mi inocente hombre, eres una hermosa perla en el collar del tiempo. ¿Comprendes las distorsiones temporales? Los otros pilotos están vivos, como una perla está vida de lustre y belleza, aunque no viven. Han muerto, aunque permanecen sin morir.

»Otra vez hablas en acertijos.

El universo es un acertijo.

»Estás jugando conmigo.

Me gusta jugar.

Ante el ojo de mi mente apareció un cubo brillante y transparente. El cubo estaba segmentado en otros ocho cubos insertos, y cada uno fluctuaba con imágenes confusas. Miré el interior de los cubos, y las imágenes empezaron a tomar forma y a endurecerse. En cada cubo, excepto el de zona inferior a la derecha, una cabeza sin cuerpo flotaba dentro de su prisión, como un piloto flota dentro de la cabina de su nave. Cada cara estaba marcada con el rictus del terror y la locura. Cada cara me miraba con la boca abierta (miraba a través de mí) como si yo fuera aire. Las reconocí entonces. Los historiadores me habían enseñado bien. Eran las caras de Wicent li Towt, Ishi Mokky y los otros que habían venido antes que yo.

¿Qué es la muerte, Mallory? Los pilotos están perdidos cada uno en ramas

divididas del árbol de decisión. Están tan perdidos y olvidados como los poemas de los Aeschylus. Pero algún día los recordaré.

Me pregunté cómo había encapsulado a los pilotos (y a mí mismo) en el árbol de decisión. Naturalmente, hay formas de abrir al azar una ventana en el multipliegue, enviar a un piloto sin preparación a un árbol infinito. Pero Ella no había empleado ninguna de estas formas. Había hecho algo más, algo maravilloso. ¿Cómo era posible? ¿Había modelado realmente su consciencia la forma del multipliegue, retorcido las mismas fibras de la realidad profunda, como un niño aúna trozos de barro?

No lo sabía. No podía saberlo. Había visto menos de una millonésima parte de Ella, y Ella probablemente sólo necesitaba la más mínima porción de esa parte para hablar conmigo de mente a mente. Yo era como un grano de arena intentando comprender un océano a partir de unas pocas olas y corrientes; yo era como una flor intentando deducir el viaje espacial a partir del débil resplandor de las estrellas sobre mis delicados pétalos. Hasta hoy mismo he buscado palabras que describan mi impresión del *poder* de la Entidad, pero no hay palabras. Aprendí (si ésa es la palabra adecuada para el conocimiento que se obtiene en un súbito destello de luz interior) que se me concedía comprender que Ella manipulaba ciencias enteras y sistemas de pensamiento del mismo modo que yo podía encadenar palabras para construir una oración. Pero las «oraciones» de ella eran tan enormes y profundas como el lenguaje del propio universo. Ella había alcanzado verdades y caminos de conocimiento muy por encima incluso de la metafilosofía de los extraños fravashi. Ella, una diosa, jugaba con conceptos que podían rehacer el universo, conceptos impensables por la mente del Hombre. Mientras la mayor parte de mi raza vivía confundida y empantanada en la oscuridad, Ella había resuelto problemas y encontrado nuevas direcciones de pensamiento que nunca habíamos imaginado siquiera, y, peor aún, Ella lo había hecho con tanta facilidad como yo podía multiplicar dos por uno.

Los mecánicos se quejan a menudo de su más antigua paradoja, que es la siguiente: Los hilos que forman el tejido del universo son tan infinitésimos que cualquier intento de estudiarlos cambiará sus propiedades. El mismo acto de la observación perturba aquello que es observado. En la Vieja Tierra se decía que había un rey que manipulaba los átomos a su alrededor, de forma que todo lo que tocaba se convertía en oro. El rey de la leyenda no podía comer ni beber porque su comida y su vino no sabían más que a oro. Los mecánicos son como ese rey: todo lo que «tocan» se convierte en feos amasijos de materia, en electrones, quarks o neutrinos-zeta. No pueden percibir la realidad profunda excepto a través del contacto de sus ecuaciones doradas. La Entidad había trascendido de un modo insondable esta prisión de materia. Ver la realidad directamente, como realmente era..., esto, pensé, debe ser el privilegio de un intelecto divino.

¿Ves a los pilotos, Mallory Ringess?

Vi locura y caos. Contemplé el cubo que contenía a los pilotos no-muertos. La cara negra y ruda de Jemmu Flowtow soltaba baba por sus estrechos labios.

»Atrapaste a los pilotos; luego también podrías liberarlos. Y a mí.

Pero si son libres. O serán libres cuando el universo se haya rehecho. Lo que ha sido será.

»Eso es cháchara de scryta.

El tiempo distorsiona: Cuando el universo se haya expandido hacia fuera de forma que las dos estrellas más cercanas estén tan distantes como la Nube Grus de galaxias lo está ahora de la Canes Venatici, dentro de miles de millones de tus años, los pilotos estarán tal como los ves ahora, petrificados en la nada eterna. ¿No es más fácil detener el tiempo que volver a ponerlo en marcha? ¿Matar que crear? Pero la creación es atemporal; la creación lo es todo.

»Los pilotos... en el árbol donde los infinitos conducen a la locura, ¿has visto sus rostros locos y petrificados?

No se puede hacer nada contra la locura. Es el precio que algunos deben pagar.

»¡Me parece que voy a volverme loco ahora mismo en las ramas de este árbol que se dividen en dos y dos hacia la locura, y si dices que no se puede escapar del infinito, deja de jugar con mi mente!

Mallory, mi hombre salvaje, jugaremos juntos y te enseñaré todo lo que hay que saber sobre la instantaneidad, y tal vez también de la locura. ¿Te unirás a los otros pilotos? Ten cuidado, el cubo vacío es para ti.

Advertí entonces lo que debería haber visto inmediatamente: que ocho pilotos se habían perdido dentro de la Entidad, pero sólo siete cabezas fantasmales flotaban en el interior de los cubos. En ninguno de ellos vi la enorme cabeza como de morsa del Tycho.

»¿Qué pasó con el Tycho?

Yo soy el Tycho; el Tycho es yo, parte de mí.

»No comprendo.

El Tycho existe en un espacio de memoria.

Dentro de mi mente regresó la voz de la niña pequeña, pero ya no era tan dulce ni seguía siendo la voz de una niña pequeña. Había tonos oscuros y sofocantes coloreando el inocente tono, y escuché:

*Pero ¡oh!, ¡ese profundo abismo romántico
que baja hacia la verde colina a través de una cédrica guarida!
¡Un lugar salvaje! ¡Tan sagrado y encantado
como si bajo una evanescente luna fuera visitado
por una mujer que gimiera por su demonio amante!*

Era un salvaje bajo sus ropas de seda, un hombre encantador, un amante demonio. Cuando vi la salvaje inteligencia que tenía, le separé el cerebro del cuerpo y lo copié, sinapsis por sinapsis, en un pequeño pliegue de mis cerebros inferiores. Contempla a John Penhallegon.

De repente, dentro de la cabina de mi nave, apareció una imagen del Tycho. Estaba tan cerca de mí que podría haber tocado su nariz hinchada y roja con sólo alargar la mano como se extiende para coger una manzana de las nieves. Era (había sido) un hombre de cara ancha, con incisivos amarillos demasiado largos para sus labios hinchados. Tenía una masa de brillante pelo negro que descendía en mechones hasta la mitad de su espalda; sus carrillos colgaban de sus brillantes mejillas hasta la mitad de su pecho.

—¿Hasta dónde has caído, Piloto? —me preguntó con voz espesa por la edad, repitiendo el saludo tradicional de los pilotos que se encuentran en lugares lejanos. Su voz resonó como una campana en la cabina de mi nave. Al parecer, la Entidad podía generar hologramas y ondas de sonido tan fácilmente como jugueteaba con los electrones—. Shalom —dijo. Con sus dedos rojos y sudorosos hizo el signo secreto que sólo un piloto de nuestra Orden reconocería.

—No puedes ser el Tycho —dije en voz alta. El sonido de mi propia voz me sorprendió—. El Tycho está muerto.

—Soy John Penhallegon —dijo la imagen—. Estoy tan vivo como tú. Más vivo, en realidad, porque no se me puede matar tan fácilmente.

—Eres la voz de la Entidad —dije yo, mientras me secaba el sudor de la frente.

—Soy ambos.

—Eso es imposible.

—No estés tan seguro de lo que es posible y lo que no. La certeza puede matar, como muy bien sé.

Me froté la nariz y dije:

—Entonces la Entidad ha absorbido los recuerdos y pautas de pensamiento del Tycho..., eso puedo creerlo. Pero el Tycho no puede estar vivo, no puede tener voluntad propia..., ¿puede? ¿Puedes? ¿Si eres una parte de toda la... Entidad?

El Tycho (o la imagen del Tycho, como me recordé) se rio tan fuerte que la saliva borboteó en sus labios.

—No, mi Piloto, soy como tú, como todos los hombres. A veces tengo voluntad propia, y a veces no.

—Entonces no eres como yo —dije, demasiado rápidamente—. Yo tengo libertad de elección, todo el mundo la tiene.

—No. ¿Fue por libertad de elección que le rompiste la nariz al Lord Piloto?

Me asustó y me llenó de furia que la Entidad pudiera arrancar este recuerdo de mi mente, así que repliqué, irritado:

—Soli me engañó. Perdí los nervios.

El Tycho se limpió la saliva de los labios y se frotó las manos. Oí el roce de piel contra piel.

—Muy bien. *Soli* te engañó. Entonces, *Soli* controlaba, no tú.

—Estás retorciendo mis palabras. Me irritó tanto que quise golpearle.

—Muy bien. Él te irritó.

—Podría haberme controlado.

—¿De veras? —preguntó él.

Yo estaba furioso, y exclamé:

—Por supuesto que sí. Pero estaba tan irritado que no me importó pegarle.

—Debe gustarte el irritarte.

—No, lo odio. Siempre lo he odiado. Pero así es como soy.

—Debe gustarte como eres.

Cerré los ojos y sacudí la cabeza.

—No, no comprendes. He intentado..., lo *intento*, pero cuando me irrita es..., bueno, es parte de mí, ¿ves? La gente no es perfecta.

—Ni tampoco tiene voluntad propia —dijo él.

Sentía las mejillas calientes y la lengua seca. Parecía que también el Tycho intentaba engañarme para que perdiera los estribos. Mientras respiraba rítmicamente, buscando el control, miré las ondas de luz en fase que componían la imagen del Tycho. Su túnica parecía humo brillante en el aire negro.

—¿Y una diosa? —pregunté—. ¿Tiene voluntad propia?

El Tycho volvió a reírse.

—¿Tiene un perro naturaleza búdica? Eres rápido, mi Piloto, pero no estás aquí para poner a prueba a la diosa. Eres tú quien tiene que ser probado.

—Probado..., ¿cómo?

—Probado para posibilidades.

Como pronto descubrí, la Entidad me había estado probando desde que crucé por primera vez el umbral de su inmenso cerebro. Los espacios toroidales y los feos espacios segmentados que casi me habían derrotado eran cosa suya, igual que el árbol infinito que me aprisionaba. Ella había puesto a prueba mis habilidades matemáticas, y (esto es lo que me dijo el Tycho) había probado mi valor. Y la menor de mis pruebas había sido mi habilidad para escuchar su voz de diosa y no perderme lleno de terror. Yo no tenía ni idea de por qué Ella quería ponerme a prueba, a menos que se tratara de otro de sus juegos. Y por qué usaba al Tycho cuando podía mirar en mi cerebro y ver todo lo que había que ver. No acababa yo de pensar esto cuando la voz de la diosa resonó en mi cabeza como un trueno:

Hace miles de años, nuestros escatólogos cartografiaron la molécula de ADN hasta el último átomo de carbono. Pero siguieron buscando las reglas por las que el

ADN se desdobra y codifica para producir nuevas formas de vida. Aún están aprendiendo la gramática del ADN. Y lo mismo sucede con el cerebro sin desplegar. Imagina a un bebé que ha aprendido el alfabeto pero no tiene idea de lo que significan las palabras o las reglas para unirlos. Comprender el cerebro a partir de sus millones de sinapsis sería intentar apreciar un poema a partir de los sesgos arbitrarios de las letras individuales. Tú eres ese poema. Hay infinitas posibilidades. Tú, mi Mallory, siempre serás un misterio para mí.

»No me gusta ser puesto a prueba.

La vida es una prueba.

»Si tengo éxito, ¿me liberarás del árbol?

Como un mono, eres libre en este momento para escapar de tu árbol.

»¿Libre? No sé cómo.

Lástima. Si tienes éxito, eres libre para formularme tres preguntas, cualquier pregunta. Es un juego muy, muy antiguo.

»¿Y si fracaso?

Entonces la luz se apaga. Oh, ¿dónde va la luz cuando se apaga?

Apreté los puños hasta que las uñas se clavaron en mis palmas. No quería ser puesto a prueba.

—Bien, mi Piloto, ¿empezamos? —Era el Tycho, hablando mientras se rascaba los carrillos.

—No sé.

No registraré aquí en detalle las muchas pruebas que el Tycho (la Entidad) me puso. Algunas de ellas, como el Test del Conocimiento, como la llamó, eran largas, meticulosas y aburridas. La naturaleza de las otras pruebas, como el Test del Caos, apenas la comprendí. Hubo un Test de la Razón y un Test de la Paradoja, seguidos, creo, por un Test de la Realidad, donde tuve que hacer una pregunta sobre cada suposición, hábito y creencia mientras el Tycho me bombardeaba con ideas extrañas que nunca había pensado antes. Esta prueba casi me volvió loco. Nunca comprendí la necesidad de ser examinado, ni siquiera cuando el Tycho me explicó:

—Algún día, mi furioso Piloto, puede que tengas gran poder, quizá como Lord Piloto, y necesitarás ver cosas a través de ojos múltiplex.

—Me gustan mis ojos.

—Nunca se sabe —dijo él—. Nunca se sabe...

De repente, dentro de mi cabeza resonaron las enseñanzas del famoso cantor Alexandar de Simoom, Alexandar Diego Soli, el padre muerto de Leopold Soli. Me sumergí en cuerpo, alma y mente en el sistema de creencias de los extraños Amigos de Dios. Vi el universo a través de los extraños ojos grises de Alexandar. Era un universo frío donde nada era seguro excepto la creación de matemáticas. No existían realmente otras formas de creación. Sí, estaba el hombre, pero ¿qué era el hombre,

después de todo? ¿Era el hombre creación de los ieldra, que habían sido creados a su vez por los antiguos ieldra? Y, si era así, ¿quién los había creado a ellos? ¿Los antiquísimos ieldra?

Y así aprendí esta extraña teología de Alexandar Diego Soli: Se sabía que el primer Lord Cantor, el gran Georg Cantor, con una ingeniosa ordenación, había demostrado que el infinito de los números (lo que él llamaba alef cero) está imbuido en el infinito aún mayor de los números reales. Y había demostrado que ese infinito está imbuido dentro del infinito superior del alef dos, y así sucesivamente, toda una jerarquía de infinitos, un infinito de infinitos. Los cantores de Simoom creían que lo mismo que sucedía con los números sucedía con las jerarquías de los dioses. Ciertamente, como Alexandar le había enseñado a su hijo Leopold, si existía un dios, ¿quién o qué lo había creado a él (o a ella)? Si hay un dios superior, llamado dios², debe de haber un dios³, y un dios⁴, y así sucesivamente. Hay un alef millón y un alef centillón, pero no hay final, no hay infinito superior, y por tanto no hay Dios. No, no podía haber un Dios verdadero, y por lo tanto no podía haber creación verdadera. La lógica era tan cruda y despiadada como el propio Alexandar de Simoom: si no hay creación verdadera, entonces no hay realidad verdadera. Si nada es real, entonces el hombre no es real; el hombre, en algún sentido fundamental, no existe. La realidad es todo un sueño y, peor aún, es menos que un sueño, porque incluso un sueño debe tener un soñador que lo sueñe. Declarar lo contrario es una tontería. Y declarar la existencia de la propia esencia es por lo tanto un pecado, el peor de los pecados; por lo tanto es mejor cortarse la propia lengua que pronunciar la palabra «yo».

Mientras esta realidad me atenazaba, fui transportado en el espacio y el tiempo. Temblé y abrí los ojos a las nieblas montañosas arremolinadas sobre la casa de piedra de Alexandar en Simoom. Me encontraba en una habitación pequeña, desnuda e inmaculada, de paredes grises, y contemplé a un muchachito arrodillado ante mí. Yo era Alexandar de Simoom, y el niño era Soli.

—¿Ves? —me preguntó el Tycho. Y colocó en mi mente el recuerdo de Alexandar de la austera y amarga educación de su hijo:

—¿Comprendes, Leopold? Nunca debes volver a decir esa palabra.

—¿Qué palabra, padre?

—No juegues, ¿comprendes?

—Sí, padre, pero, por favor, no vuelvas a abofetearme.

—¿Y quién crees que eres para ser digno de castigo?

—Nadie, padre..., nada.

—Eso es cierto, y ya que es cierto, no hay razón para que se te hable, ¿no?

—El silencio es terrible, padre, peor que ser castigado. Por favor, ¿cómo puedes enseñarme en silencio?

—¿Y por qué habría que enseñarte nada?

—Porque la matemática es la única realidad verdadera, pero..., pero ¿cómo puede ser? Si realmente no somos nada, no podemos crear matemáticas, ¿verdad?

—Te lo han dicho, ¿no? Las matemáticas no se crean; no es una cosa como un árbol o un rayo de luz; tampoco es una creación de la mente. Las matemáticas son. Es todo lo que hay. Puedes pensar en Dios como el universo eterno y atemporal de las matemáticas.

—Pero ¿cómo puede...?, si es..., yo no lo comprendo...

—¿Qué has dicho?

—¡Yo no lo comprendo!

—Y sigues blasfemando. No se te volverá a hablar.

—Yo, yo, yo, yo, yo... ¿Padre? Por favor.

No comprendí cómo la Entidad había adquirido los recuerdos de Alexandar de Simoom. (¿O tal vez eran recuerdos de Soli?). Ni supe cómo sabía tanto de las realidades aún más extrañas de los autistas y los afásicos de cerebro mutilado. Por extrañas que fueran estas realidades, sin embargo (y era muy extraño entrar en los paisajes mentales internos y autopintados de un autista), eran realidades humanas. El pensamiento humano es realmente siempre igual. Los pensamientos pueden diferir de persona en persona y de grupo en grupo, pero la *forma* en que pensamos está limitada por las profundas estructuras de nuestros cerebros demasiado humanos. Esto es a la vez una maldición y una bendición. Todos estamos atrapados dentro de los ataúdes de hueso de nuestros mismos cerebros, aprisionados en formas de pensamiento evolucionadas a lo largo de un millón de años. Pero es una prisión cómoda de paredes blancas y familiares, cuyo aire, aunque rancio, podemos respirar. Si pudiéramos escapar de nuestra prisión sólo por un instante, nuestra nueva forma de ver, de *saber*, nos dejaría atónitos. Había glorias y belleza extrema y —como pronto iba a aprender—, locura.

—Muy bien —me dijo el Tycho—, comprendes a Alexandar de Simoom y a Iamme, el solipsista. Y, ahora, las realidades alienígenas.

El Tycho (o más bien las ondas de luz en fase que eran el Tycho) empezó a difuminarse. La rojez de su redonda nariz empezó a convertirse en violeta mientras la nariz en sí se ensanchaba para convertirse en un hocico hirsuto. Como un trozo de barro, el morro se estiró en un largo tronco flexible. Su frente abultaba como una fruta de sangre hinchada de gases pútridos, y su barbilla y carrillos se endurecieron en un órgano en forma de caja alineado con docenas de ranuras estrechas y rosáceas. De repente, su túnica se desvaneció como humo. Su cuerpo desnudo empezó a cambiar. Bolas de músculos redondeados y pelaje marrón y escarlata reemplazaron la carne gris y ajada del Tycho. Sus voluminosos testículos y miembro se agitaron como algas y se encogieron, desvaneciéndose dentro del pliegue rojo de carne entre las gruesas piernas. Esperé mientras contemplaba a la cosa alienígena nacida dentro de la cabina

de mi nave. Pronto la reconocí por lo que era: una imagen de un miembro de esa amable (aunque astuta) raza conocida como Amigas del Hombre.

La alienígena alzó el tronco, y las hendiduras sonrosadas de su órgano del habla vibraron y temblaron, liberando un apestoso flujo de moléculas. Olí a ésteres y cetonas y flores, el hedor de carne podrida mezclada con la dulzura de la dalia de las nieves. En cierto modo, con el tronco entretejido con la hélice azul de una cortesana experta, me recordó a la amiga de Soli (y algunos decían que amante), Jasmine Orange.

Contempla a Jasmine Orange.

Contemplé a Jasmine Orange a través de sus propios ojos: Me convertí en Jasmine Orange. Fui a la vez Jasmine Orange y Mallory Ringess, contemplando a un alienígena a través de ojos humanos y, a través de mi tronco, oliendo la esencia de un ser humano. De repente, mi consciencia abandonó mi cuerpo humano, y los colores desaparecieron. Vi cómo los tonos marrones y escarlatas de mi pelaje se convertían en grises claros y oscuros. Observé la cabina de mi nave y vi a un joven piloto humano, con barba, que me miraba; me vi a mí mismo. Presté atención al sonido de la voz de la Entidad, pero no había sonido dentro o fuera, porque era tan sordo como el hielo. No sabía realmente lo que era el sonido. Sólo sabía oler, el mundo maravilloso y mutable de las moléculas olorosas flotando libremente. Hubo jazmín y el olor de naranjas aplastadas mientras pronunciaba mi hermoso nombre. Ricé mi tronco, sorbiendo la fragancia de ajo y vino-hielo mientras saludaba al humano, Mallory Ringess, y él me saludaba a mí. ¡Qué raro, qué extraño, qué desesperanzadamente estúpido pareció su modo de representar simples unidades de significado con una discreta progresión de *sonidos* lineales, fuera lo que fueran los sonidos! ¡Qué limitado era unir *sonidos*, como cuentas en un hilo! ¿Cómo podían pensar los seres humanos cuando tenían que progresar de sonido en sonido y pensar un pensamiento cada vez, como un insecto arrastrándose por las cuentas de un collar? ¡Qué *lento*!

Como quería hablar con el piloto Ringess, alcé mi tronco y liberé una nube de olores punzantes que eran a una oración humana lo que se supone debe ser una sinfonía a una ronda infantil. Pero él no tenía nariz y comprendió muy poco. Sí, Ringess, le dije, los símbolos-olor no son fijos como, por ejemplo, son fijos los sonidos de la palabra «púrpura»; no siempre significan lo mismo. ¿No es el significado tan mutable como los olores del mar? ¿Puedes sentir la configuración de las diminutas pirámides de menta y vainilla y almizcle en esta nube de olores? Y los significados..., ¿sabes que los olores de jazmín y aceite y naranja podrían significar: «Soy Jasmine Orange, la Amante del Hombre», o: «El mar está tranquilo esta noche», dependiendo de la disposición y la proximidad de las unidades pirámide a las otras moléculas de olor? ¿Puedes comprender el significado como un todo? ¿Y la

lógica de la estructura? ¿Comprendes las complejidades del lenguaje, mi Ringess?

Las ideas brotaban hacia fuera como flores árticas al sol creciendo dentro de otras ideas que se cruzaban y conectaban por cadenas olorosas de asociación, y eslabón a eslabón los olores de carne asada y pelaje mojado fluían hacia fuera y hacia los lados y hacia abajo, y se mezclaban en campos cuajados del dulce perfume de extrañas nuevas estructuras lógicas y nuevas verdades que debes inhalar como fría menta para abrumar y anular las ideas amargas y rectas de lógica, causalidad y tiempo. El tiempo no es una línea; los hechos de tu vida son como una jungla de olores eternamente preservada en una botella. Un olisqueo y sentirás instantáneamente la jungla entera en vez de las fragancias de las flores individuales. ¿Comprendes las sutilezas? ¿Te atreves a abrir la botella? No, no tienes nariz, y no comprendes.

Él comprende todo lo que la estructura de su cerebro le permita comprender.

Comprendí que un hombre que habitara demasiado en el interior de un cerebro alienígena se volvería loco. Cerré los ojos y sacudí la cabeza mientras me tapaba la nariz contra los olores mareantes que inundaban la cabina de mi nave. ¡Mis ojos, mi nariz! Cuando los abrí, volví a ser humano. La imagen alienígena había desaparecido, aunque los olores de vainilla y ajeno permanecían. Estaba solo dentro de mi cuerpo humano, sudoroso y peludo, dentro de mi viejo cerebro que tan bien creía conocer.

»Su lógica, las estructuras de verdad..., son tan distintas; no lo sabía.

La estructura profunda de su cerebro es diferente. Pero, en un nivel aún más profundo, la lógica es la misma.

»No puedo comprender esta lógica.

Pocos de tu Orden han comprendido a las Amigas del Hombre.

Como todos los demás, yo siempre había recelado de esas prostitutas exóticas y alienígenas. Había supuesto que seducían a los hombres con sus poderosos olores afrodisíacos para poder hacer proselitismo cuando estuvieran drogados con sexo, para persuadirlos astutamente hacia la verdad de su misteriosa religión alienígena. Ahora veía («ver» no es la palabra adecuada), *percibía* que su propósito era mucho más profundo que cambiar meramente las creencias de la humanidad; deseaban cambiar a la humanidad misma.

Pero es muy difícil cambiar la mente de un hombre. Tenéis un pequeño sentido de vosotros mismos.

»Como dice Bardo, un hombre debe saber quién es.

¿Y qué es un Bardo?

Mientras yo bufaba y trataba de liberar mi mente y mi nariz de molestos olores, pensé en Bardo y en cómo siempre había tenido un claro y presuntuoso sentido de quién era: un hombre decidido a experimentar placer como ningún otro hombre hubiera conocido jamás.

Tu Bardo se define de forma demasiado estrecha. Incluso él podría tener

posibilidades.

Durante las pruebas que siguieron, por implicación y deducción, aprendí mucho sobre el sentido del Yo de la Entidad. Cada cerebro-luna, parecía, era a la vez una isla de consciencia y parte del todo superior. Y cada luna podía subdividirse y compartamentalizarse en caso necesario en unidades cada vez más pequeñas, trillones de unidades de inteligencia reuniéndose y cambiando como nubes de arena. Supuse que sólo una ínfima parte de sus lunas menores estaba ocupada poniéndome a prueba. Y, sin embargo, se me permitió comprender, paradójicamente, que toda Ella estaba de algún modo dentro de mi cerebro, como yo estaba dentro del suyo. Cuando bromeé sobre las extrañas topologías implicadas en esta paradoja, sus pensamientos ahogaron los míos:

Eres como el Tycho, pero tú eres juguetero, mientras que él es salvaje.

»¿Sí? A veces no sé quién soy.

Eres lo que eres. Eres un hombre abierto a posibilidades.

»Otros decían que pensaba que eran posibles demasiadas cosas. Un hombre sabio conoce sus límites, eso decían.

Otros no han sobrevivido al Test de Realidades.

Me sentí complacido de no tener que soportar más realidades alienígenas y más que un poco satisfecho conmigo mismo, un placer que no duró más que el tiempo que tardé en inspirar una bocanada de aire.

Habrà una última prueba.

»¿Qué prueba?

Llámalo el Test del Destino.

El aire fluctuó ante mí, y apareció una imagen de una mujer alta vestida con una túnica blanca. Su liso pelo negro brillaba, y olía a dalia de las nieves. Cuando se volvió hacia mí, no pude apartar los ojos de su rostro. Era un rostro que conocía bien, la nariz aguileña y los altos pómulos y, sobre todo, los oscuros huecos suavemente cicatrizados allá donde deberían haber estado sus ojos; era el rostro de mi hermosa Katharine.

Me enfureció que la Entidad sacara este recuerdo privado de mi mente. Cuando Katharine me sonrió e inclinó levemente la cabeza, esperé que la Entidad no oyera las palabras de un antiguo poema que se formaron silenciosamente en mis labios:

*Oh pàlida belleza, me encantan tus cejas fruncidas
de donde parecen fluir las tinieblas;
tus ojos, aun tan negros, me inspiran pensamientos
que no son precisamente fúnebres.*

Con voz profunda y misteriosa, una voz que era una extraña mezcla del

compasivo porte de Katharine y las palabras calculadas de la Entidad, la imagen tensó los labios y dijo:

—Hay otro camino, mi Mallory, distinto a la muerte. Me alegra que te guste la poesía.

—¿Cuál es el Test del Destino? —pregunté en voz alta.

Mientras contemplaba las cavernas bajo sus negras cejas, destellos de color iluminaron las oscuridades gemelas. Al principio pensé que era simplemente una aberración de las ondas de luz en fase de la imagen. Entonces, el azul ondulante se fijó y quedó quieto, llenando sus cuencas vacías como el agua llena una copa. Ella parpadeó sus ojos recién nacidos, que eran grandes y profundos y brillaban como joyas licuadas. Me miró con aquellos hermosos ojos negroazulados y dijo:

—Por ti renuncio a la visión mayor hacia... ¿Ves tu destino? Ahora que vuelvo a tener ojos soy ciega, y no puedo ver realmente lo que... ¡Tu cara, eres espléndido! ¡Te salvaría si pudiera! Si... El Test del Destino; el Test del Antojo o Capricho. Recitaré palabras de antiguos poemas. Si puedes completar los fragmentos inconclusos, entonces la luz se enciende.

—¡Pero eso es absurdo! ¿Debe entonces depender mi vida de saber un poema estúpido?

Mordí los bordes del bigote que me había crecido por encima del labio durante mi largo viaje. Me enfurecía que mi destino (mi vida, mi muerte) se decidiera con una prueba tan arbitraria. Entonces recordé que se rumoreaba que los guerreros poetas, la secta de asesinos que infestan algunos de los Mundos Civilizados, preguntaban a sus víctimas los versos de un poema antes de matarlas. Me pregunté por qué practicaba la diosa la costumbre de los guerreros poetas. ¿O tal vez Ella había originado la costumbre, eones atrás, y los guerreros poetas la adoraban a Ella y todas sus prácticas? ¿Cómo podía saberlo?

—Y el Tycho —dije. Rechiné los dientes—. No supo ningún poema, ¿verdad?

Katharine sonrió con la sonrisa misteriosa de los scrytas y sacudió la cabeza.

—Oh, no, supo todos los poemas menos el último, naturalmente. Escogió su destino, ¿ves?

Yo no veía. Me frotaba los ojos reseco y calientes, tratando de comprender, cuando ella dijo con voz triste:

*Tantos hombres, tan hermosos
y todos yacieron muertos:*

Me miró como si esperase que completara inmediatamente la estrofa. No pude. Sentí el pecho súbitamente tenso, la respiración entrecortada e irregular. Como un campo nevado, mi mente estaba vacía.

*Tantos hombres, tan hermosos
y todos yacieron muertos:*

Me sentía enfermo y vacío porque sabía que había «leído» esas palabras antes. Eran de un antiguo poema situado hacia el último tercio del libro del Guardián del Tiempo. Cerré los ojos y vi, en la página novecientos diez, el título del poema. Se llamaba «La rima del antiguo piloto». Era un poema de vida, muerte y redención. Traté de arrancar de mi memoria las largas secuencias de letras negras, superponerlas contra el blanco campo nevado de mi mente, igual que el poeta las había escrito sobre las blancas hojas de papel. Fracasé. Aunque en Borja, junto con los otros novicios, había recibido entrenamiento en el arte de los rememoradores (y varios otros), no era un rememorador. Lamenté, y no por primera vez, no poseer esa perfecta «memoria de imágenes» con la que cualquier imagen contemplada por el ojo viviente puede ser recordada a voluntad y presentada ante el ojo de la mente, para ser vista y estudiada con detalles vívidos y multicolores.

La piel de Katharine adquirió la textura del mármol de Urradeth cuando dijo:

—Repetiré los versos una vez más. Debes responder o...

Se llevó la mano a la garganta y, con una voz tan clara como la campana vespertina de Resa, recitó:

*Tantos hombres, tan hermosos
y todos yacieron muertos:*

Recordé entonces que el Guardián del Tiempo me había dicho que debería leer su libro hasta que pudiera oír los poemas en mi corazón. Cerré el ojo de mi mente a la confusión de letras negras retorcidas que me esforzaba en ver. Los rememoradores enseñan que hay muchos caminos a la memoria. Todo está registrado, dicen; nada se olvida. Escuché la música y la cadencia del fragmento del poema de Katharine. Las palabras sonaron inmediatamente claras en mi interior, y repetí lo que mi corazón había oído:

*Tantos hombres, tan hermosos
y todos yacieron muertos;
y un millar de cosas viscosas
continuaron viviendo; y también yo.*

La imagen de Katharine sonrió como si estuviera complacida. Tuve que recordarme que no era realmente Katharine, sino sólo la recreación que de ella había hecho la Entidad. O, más bien, era mi imperfecto *recuerdo* sacado de mi mente.

Advertí que sólo conocía una centésima parte de la Katharine real. Conocía sus manos largas y duras y las profundidades entre sus piernas, y que ella tenía la necesidad ardiente y sumergida de belleza y placer (para ella, creo, eran la misma cosa); conocía el sonido de su voz de dulcemele cuando cantaba sus tristes canciones, pero no pude mirar en su alma. Como todos los scrytas, había aprendido a cubrir sus pasiones y miedos de una capa húmeda de calma exterior. Yo no sabía lo que había más allá y, aunque lo supiera, ¿quién era yo para pensar qué podía contener el alma de una mujer en su interior? No podía y, por tanto, la imagen de Katharine creada por mi recuerdo estaba sutilmente equivocada. Mientras la Katharine real era provocativa, su imagen era juguetona; mientras Katharine amaba los poemas y visiones del futuro por su propio placer, su imagen la usaba por otras causas. En el corazón de la imagen había una entidad vasta pero no del todo omnisciente que jugaba con la carne y personalidad de un ser humano; en el corazón de Katharine estaba..., bueno, Katharine.

Yo seguía furioso, tan furioso que dije:

—No quiero seguir jugando a los acertijos.

Katharine sonrió de nuevo.

—Oh, pero hay dos poemas más —dijo.

—Debes de saber qué poemas sé y cuáles no.

—No —dijo ella—. No puedo ver..., no sé.

—Debes de saberlo —repetí.

—¿No puedo elegir saber lo que quiero saber y lo que no? Me gusta el suspense, mi Mallory.

—Está preordenado, ¿verdad?

—Todo está preordenado. Lo que ha sido, será.

—Cháchara de scrytas.

—Soy una scryta, lo sabes.

—Eres una diosa, y ya has decidido el resultado de este juego.

—Nada está decidido; al final, escogemos nuestros futuros.

—¡Cómo odio la cháchara de los scrytas y sus paradojas aparentemente profundas! —exclamé, cerrando el puño.

—Sin embargo, te solazas en tus paradojas matemáticas.

—Eso es diferente.

Ella extendió la mano sobre sus luminosos ojos durante un largo instante, como si su propia luz interior la quemara.

—Continuemos —dijo entonces—. Este sencillo poema fue escrito por un antiguo scryta que no podía saber que el Vild estallaría.

Estrellas, las he visto caer,

pero cuando desaparecen y mueren...

Y yo respondí:

*ninguna estrella se pierde
en el cielo cuajado de estrellas.*

—Pero las estrellas se pierden, ¿verdad? —añadí—. El Vild crece, y nadie sabe por qué.

—Algo debe hacerse para impedir que el Vild estalle —dijo ella—. ¡Qué poco poético sería si todas las estrellas murieran!

Me aparté el pelo de los ojos y formulé la pregunta que ocupaba a algunas de las mejores mentes de nuestra Orden.

—¿Por qué estalla el Vild?

La imagen de Katharine sonrió.

—Si conoces los versos del siguiente poema puedes preguntarme por qué, o cualquier otra cosa que quieras... ¡Oh, el poema! ¡Es tan hermoso! —Unió las manos como una niña pequeña complacida por hacer a su amigo un regalo de cumpleaños. Y palabras que yo conocía muy bien llenaron el aire:

*¡Tigre! ¡Tigre! que ardiente brillas
en los bosques de la noche.*

¡Estaba libre! La Entidad de Estado Sólido, a través de los labios de un simple holograma, había pronunciado los dos primeros versos de mi poema favorito, y estaba libre. Sólo tenía que seguir los versos siguientes, y sería libre para preguntarle cómo podía escapar un piloto de un árbol infinito. (Nunca dudé que Ella mantendría su promesa de responder a mis preguntas; no puedo decir por qué). Me reí mientras perlas de sudor se formaban en mi frente. Recité:

*¡Tigre! ¡Tigre! que ardiente brillas
en los bosques de la noche,
¿qué inmortal mano, qué ojo
podría trazar tu temible simetría?*

—Es importante hacer rimar «simetría» con «ojo»^[1] —dije. Me reí porque me sentía feliz como nunca me había sentido antes. (Es extraño cómo la liberación de la amenaza inmediata de muerte puede producir tal euforia. Tengo este consejo que

ofrecer a los viejos académicos de nuestra Orden, tan aburridos con sus rutinas diarias: Arriesgad vuestra vida durante una sola noche, y cada momento del día siguiente vibrará con la dulce música de la vida).

La imagen de Katharine me observaba. Había algo infinitamente atractivo en ella, algo casi imposible de describir. Pensé que esta Katharine estaba en paz consigo misma y su universo de una manera que la Katharine real no podría estarlo nunca.

Y entonces cerró los ojos y dijo:

—No, está mal. Te di los versos de la última estrofa del poema, no de la primera.

Es posible que mi corazón dejara de latir durante unos instantes.

—Pero la primera estrofa es idéntica a la última —dijo, lleno de pánico.

—No, no lo es. Los tres primeros versos de cada estrofa son idénticos. El cuarto verso difiere en una palabra.

—En ese caso, entonces, ¿cómo puedo saber qué estrofa estabas recitando? Ya que, si los tres primeros versos son idénticos, también lo son los dos primeros.

—Éste no es el Test del Conocimiento —dijo ella—. Es el Test del Capricho, como he dicho. Sin embargo, es mi capricho —y aquí sonrió—, que tengas otra oportunidad.

Y, mientras sus ojos radiaban de ardiente cobalto a brillante índigo, repitió:

*¡Tigre! ¡Tigre! que ardiente brillas
en los bosques de la noche.*

Estaba perdido. Claramente (muy claramente, tan claramente como si *poseyera* la memoria de imágenes), recordé cada letra y palabra de aquel extraño poema. Lo había recitado correctamente; la primera y la última estrofa *eran* idénticas. Y oí de nuevo:

*¡Tigre! ¡Tigre! que ardiente brillas
en los bosques de la noche,
qué inmortal mano, qué ojo...*

—¿Cuál es el último verso, Mallory? El que el poeta escribió, no el impreso en tu libro.

Me pregunté si los antiguos académicos, al transcribir el poema de libro a libro (o de libro a ordenador), habrían cometido un error.

Tal vez ese error había tenido lugar durante los últimos días del Siglo del Holocausto. Parecía probable que alguna antigua historiadora, en su prisa por preservar tal tesoro antes de que sus huesos se pudrieran, hubiera alterado descuidadamente una palabra simple (aunque vital). O tal vez el error había sido

cometido durante la confusión de los Siglos Enjambre; quizás algún revisionista, por cualquier razón, había puesto trabas a esa palabra y la había cambiado.

Sin embargo, el error había sido cometido. Yo necesitaba desesperadamente descubrir (o recordar) cuál había sido la palabra original. Probé el truco de escuchar las palabras en mi corazón, pero no había nada. Apliqué otras técnicas rememoradoras..., todo en vano. Sería mucho mejor si trataba de adivinar qué palabra había sido cambiada y escoger otra palabra al azar, cualquier palabra, para reemplazarla. Al menos habría una probabilidad, una diminuta probabilidad, de escoger la palabra adecuada.

Katharine, con los ojos cerrados, se lamió los labios y luego preguntó:

—¿Cuál es el último verso, mi Mallory? Dímelo ahora, o deberé preparar un pliegue en mi cerebro donde copiar el tuyo.

Fue el Guardián del Tiempo quien me salvó del capricho de la Entidad. En mi frustración y desesperación, mientras rechinaba los dientes, le recordé, tal vez para hacerle responsable por haberme dado un libro lleno de errores. Le recordé recitando el poema. Por fin, oí las palabras en mi corazón. ¿Había recitado el Guardián del Tiempo el poema verdadero? Y, si lo había hecho, ¿cómo conocía la versión más antigua? Había algo muy sospechoso, incluso misterioso, en el Guardián del Tiempo. ¿Cómo es que recitaba el mismo poema que la diosa? ¿Se había internado siendo joven en el corazón de la Entidad y había tenido que responder al mismo poema? El poema, que había salido de su boca como un gruñido, era realmente distinto al del libro, y difería en una palabra.

Uní las manos, inspiré profundamente y dije:

*¡Tigre! ¡Tigre! que ardiente brillas
en los bosques de la noche,
¿qué inmortal mano, qué ojo
osaría trazar tu temible simetría?*

—*Osaría trazar* —repetí—. Ésa es la palabra alterada, ¿verdad? *Osaría trazar*. La imagen de Katharine permaneció en silencio mientras abría los ojos.

—¿Verdad?

Y entonces sonrió y susurró:

*Esta noche en el libre marjal
el reflujo de las estrellas está quieto:
Hogar del marino es la mar,
del cazador la colina.*

—Adiós, mi Mallory. ¿Quién osaría trazar tu temible simetría? Yo no.

En cuanto dijo esto, su holograma desapareció de la cabina de mi nave, y me quedé solo. ¿Oh, dónde, oh, dónde, me pregunté, dónde va la luz cuando se apaga?

Estás casi en casa, mi marino, mi cazador de conocimiento.

»El poema... ¿Lo recordé correctamente, entonces?

Puedes hacerme tres preguntas.

Había aprobado sus tests y estaba libre. ¡Libre! Esta vez estuve seguro. En mi mente bailaron un centenar de preguntas, como el aguijonear de una *troupe* de cortesanas jacarandinas parcamente vestidas: ¿Es el universo abierto o cerrado? ¿Cuál era el origen de la singularidad primitiva? ¿Puede cualquier número natural ser expresado por la suma de dos números primos? ¿Había tratado mi madre de matar realmente a Soli? ¿Qué edad tenía en realidad el Guardián del Tiempo? ¿Por qué estallaba el Vild? ¿*Dónde va la luz cuando...*?

La luz se apaga.

»Ésa no era mi pregunta. Sólo estaba pensando..., preguntándome cómo...

Haz tus preguntas.

Parecía que debería de tener mucho cuidado al hacer mis preguntas, o la Entidad podría jugar conmigo. Pensé durante mucho rato antes de formular una pregunta cuya respuesta podría ser una pista a muchos otros misterios. Me lamí los resecos dientes y formulé en voz alta la pregunta que me había estado molestando desde que era un niño:

—¿Por qué hay un universo? ¿Por qué hay *algo* en vez de nada?

También a mí me gustaría saberlo.

Me enfureció que no contestara a mi pregunta, así que sin pensarlo exploté:

—¿Por qué estalla el Vild?

¿Estás seguro de que esto es lo que quieres saber realmente? ¿Qué beneficio te haría descubrir el «porqué», si no sabes impedir que el Vild siga estallando? Tal vez deberías replantear tu pregunta.

»Muy bien; ¿cómo puedo yo, cualquiera, impedir que el Vild estalle?

Actualmente no puedes. El secreto de curar al Vild es parte del secreto superior. Debes descubrir este secreto superior por ti mismo.

¡Más acertijos! ¡Más juegos! ¿Respondería a alguna de mis preguntas simplemente, sin proporcionar acertijos? No lo creía. Como una reina-mercader de Tria guardando sus joyas, Ella parecía decidida a guardar su preciosa sabiduría. Medio en broma, medio desesperado, dije:

—El mensaje de los ieldra..., también ellos hablan en acertijos. Dijeron que el secreto de la inmortalidad del hombre se encuentra en el pasado y en el futuro. ¿Qué querían decir? ¿Dónde puede encontrarse realmente el secreto?

No esperaba una respuesta, al menos no una respuesta inteligible, así que me

quedé de piedra cuando la voz divina resonó en mi interior.

El secreto está escrito en el más antiguo ADN de la especie humana.

»El más antiguo ADN de... ¿Qué es eso, entonces? ¿Y cómo puede el secreto ser decodificado? ¿Y por qué debería...?

Ya has hecho tus tres preguntas.

»¡Pero has contestado con acertijos!

Entonces debes resolver tus acertijos.

»¿Resolverlos? ¿Con qué fin? Moriré con mis soluciones. No hay escape a un árbol infinito, ¿verdad? ¿Cómo puedo escapar?

Deberías haber pensado en eso al formularme tu última pregunta.

»¡Maldita seas tú y tus juegos!

No hay escape a un árbol infinito. Pero ¿estás seguro de que el árbol no es finito?

¡Por supuesto que estaba seguro! ¿No era experto un piloto en los teoremas trazadores de Gallivare? ¿No había demostrado que el conjunto Lavi no podía ser imbuido en un espacio invariante? ¿No distinguía un árbol infinito de uno finito?

¿Has examinado tu tesis?

No había examinado mi tesis. No me gustaba pensar que pudiera haber un fallo en ella. Pero tampoco quería morir, así que entré en contacto con mi nave-ordenador. Entré en el pensamientoespacio del multipliegue. Al instante se produjo una andanada de ideoplastias cristalinas en mi mente, y empecé a construir los símbolos para presentar la tesis. Mientras la tormenta numérica giraba, hice un modelo matemático del multipliegue. El multipliegue se abrió ante mí. Sumido en temposueño, reconstruí mi tesis. Era cierto, el conjunto Lavi no podía ser imbuido en un espacio invariante. Entonces, como surgido de ninguna parte, se me ocurrió un pensamiento: ¿Era el conjunto Lavi el conjunto correcto para modelar las ramas del árbol? ¿Y si el árbol podía ser modelado por un conjunto Lavi *simple*? ¿Podía el conjunto Lavi ser imbuido en un espacio invariante?

Temblé de anticipación mientras construía mi nueva tesis. ¡Sí, el Lavi simple podía ser imbuido! Demostré que podía serlo. Me sequé el sudor de la frente e hice un trazado de probabilidad. Al instante, los billones de ramas del árbol se convirtieron en una. Así que era finito, después de todo. ¡Estaba salvado! Hice otro trazado al punto-salida cerca de una gigante azul. Salí a espaciorreal, al enjambre de los diez mil cerebros-luna de la Entidad de Estado Sólido.

Me gustas, mi Mallory. Pero volveremos a vernos cuando me gustes más. Hasta entonces, cae lejos, Piloto, y adiós.

Hasta hoy mismo me he preguntado por la naturaleza del árbol original que me aprisionaba. ¿Era realmente un árbol finito? ¿O había cambiado la Entidad, algo imposible, un árbol infinito por uno finito? Si es así, pensé, entonces era realmente

una diosa digna de adoración. O al menos era digna de miedo y terror. Después de asomarme a la cálida luz azul del sol, me sentí tan lleno de esas emociones que hice el primero de los muchos trazados de regreso a Neverness. Aunque ardía con extrañas sensaciones y preguntas sin contestar, no tenía intención de volver a verla jamás. No quería volver a ser puesto a prueba o ver que mi vida dependía de la suerte y los caprichos de una diosa. No quería volver a oír la voz divina violando mi mente. Quería, simplemente, regresar a casa, beber skotch con Bardo en los bares del Sector Extremo, decirles a los escatólogos y a Leopold Soli, y a toda la ciudad, que el secreto de la vida estaba escrito dentro del más antiguo ADN del hombre.

CAPÍTULO 6

La imagen del Hombre

Para nosotros, la humanidad era un objetivo distante hacia el que se dirigían todos los hombres, cuya imagen nadie conocía, cuyas leyes no estaban escritas en ninguna parte.

—Emil Sinclair, Escatólogo del Siglo del Holocausto.

Mi vuelta a casa fue tan gloriosa como había esperado, empañada solamente por la ausencia de Leopold Soli de la Ciudad. Se hallaba cartografiando el velo exterior del Vild, así que no pudo apreciar mi triunfo. No estuvo presente en las Cavernas de las Navesluz con los otros pilotos, cétricos, reparadores y horólogos cuando salí de la cabina de mi nave. ¡Cómo deseé que los hubiera visto alineados en el oscuro pasillo de acero junto a las filas de naves, contemplado sus caras asombradas y escuchado sus susurros furiosos y excitados cuando anuncié que había hablado con una diosa! ¿Habría aplaudido e inclinado la cabeza ante mí como hicieron los más escépticos y engreídos de los maestros pilotos? ¿Me habría honrado con un apretón de manos como hicieron Stephen Caraghar, Tomoth y sus otros amigos?

Fue una lástima que no estuviera allí cuando Bardo surgió de entre la fila de pilotos y corrió hacia mí con tanto entusiasmo que todo el pasillo se sacudió y resonó como una campana. Fue todo un momento. Bardo me echó encima sus enormes brazos y gritó:

—¡Mallory! ¡Por Dios, sabía que no podías haber muerto! —Su voz llenó las Cavernas como una bomba al estallar, y de repente se volvió para dirigirse a los pilotos—. ¿Cuántas veces lo he dicho en los últimos días? ¡Mallory es el mejor piloto desde Rollo Gallivare! ¡Mejor que Rollo Gallivare, por Dios que sí! —Miró directamente a Tomoth, que observaba sus aspavientos con ojos deformes y mecánicos—. ¿Decíais que se había perdido en temposueño? Yo decía: está surcando los velos del multipliegue, y regresará cuando esté preparado. Decíais que se había perdido en un bucle infinito, atrapado por esa zorra diosa llamada la Entidad de Estado Sólido. Yo decía: está kleineando de vuelta a casa, abriendo túneles con elegancia y fortaleza, regresando a sus amigos con un descubrimiento que lo convertirá en maestro piloto. Decidme: ¿tenía yo razón? Maestro Mallory..., ¡cómo me gusta como suena! ¡Por Dios, Pequeño Amigo, por Dios!

Me dio un abrazo que casi me rompió las costillas y, mientras palmeaba mi espalda, no dejaba de repetir:

—¡Por Dios, Pequeño Amigo, por Dios!

Los pilotos y profesionales me rodearon, me estrecharon la mano y me hicieron

preguntas. Justine, vestida elegantemente de lana y con una nueva piel negra, me tocó la frente y se inclinó.

—¡Mírale! —le dijo a mi madre, que lloraba abiertamente (a mí también me apetecía llorar)—. ¡Si Soli estuviera aquí!

Mi madre se abrió paso entre la multitud, y nos tocamos la frente.

—Estoy tan cansada —me sorprendió—. De esta amabilidad formal. —Entonces me besó en los labios y me abrazó—. Estás demasiado delgado —dijo, mientras se secaba los ojos con el dorso de los guantes. Arqueó las tupidas cejas y arrugó la nariz, olisqueando—. Tan delgado como un harijano. Y apestas. Ven a verme. Cuando te hayas afeitado y lavado y los akáshicos hayan terminado contigo. Soy tan feliz.

—Todos somos felices —dijo Lionel mientras se inclinaba levemente. Luego sacudió bruscamente la cabeza, apartándose el pelo rubio de los ojos—. Y supongo que estamos fascinados con esas palabras de tu diosa. El secreto de la vida escrito en el ADN más antiguo del hombre..., ¿qué supones que quería decir con eso? ¿Qué es, después de todo, el ADN más antiguo?

Mientras los akáshicos llevaban mi sucio, barbudo y extenuado cuerpo a su cámara para desprogramarme, tuve una repentina noción de lo que podría ser aquel antiguo ADN. Germinó como una semilla en mi interior; la noción se convirtió en idea, y la idea empezó a crecer hasta ser el más descabellado de los planes. Si Soli hubiera estado allí, podría haber revelado mi plan sólo para ver la mueca en su fría cara. Pero estaba intentando penetrar los contorsionados espacios del Vild, y probablemente pensaba que yo había muerto hacía tiempo, si es que pensaba en mí.

Yo no estaba muerto, sin embargo. Estaba maravillosa, alegremente vivo. A pesar de que el multipliegue había extenuado mi pobre cuerpo, a pesar de la separación de mi nave y el regreso al tiempo normal, estaba lleno de confianza y éxito, tan arrogante como puede estarlo un hombre. Me sentía invencible, como si flotara en un frío viento. Los cétricos llaman a esta sensación el punto de testosterona, porque cuando un hombre tiene éxito en sus empresas, su cuerpo se inunda de esta poderosa hormona. Advierten contra los efectos de la testosterona. Dicen que vuelve a los hombres demasiado agresivos, y los hombres agresivos se aferran al éxito y generan más testosterona cuanto más éxito consiguen. Es un ciclo desagradable. Dicen que la testosterona puede envenenar el cerebro de un hombre y nublar su juicio. Creo que es cierto. Debería haber prestado más atención a los cétricos y sus enseñanzas. Si no hubiera estado tan pagado de mí mismo, si no hubiera estado tan henchido de sangre y orgullo, probablemente habría descartado inmediatamente mi descabellado plan para descubrir el ADN más antiguo de la raza humana. Pero apenas podía esperar a ganarme a Bardo y el resto de la Orden para mi plan, a bañarme en una gloria aún mayor.

Durante los días siguientes tuve poco tiempo para pensar en mi plan, porque los

akáshicos y otros profesionales me mantuvieron ocupado. Nikolos el Anciano, el Lord Akáshico, examinó en detalle todos mis recuerdos desde el instante en que salí de Neverness. Copió los resultados en sus ordenadores. Vinieron mecánicos que me interrogaron sobre los cuerpos negros y otros fenómenos que había encontrado dentro de la Entidad. Se impresionaron bastante (se anonadaron sería más adecuado) cuando supieron que Ella tenía el poder de cambiar la forma del multipliegue a su antojo. Unos pocos de los mecánicos más viejos no creyeron mi historia, ni siquiera cuando los céticos y akáshicos declararon que mis recuerdos no eran ilusorios, sino el resultado de hechos que realmente habían sucedido. Los mecánicos, por supuesto, conocían desde hacía siglos que cualquier modelo de realidad debe incluir la consciencia como una forma fundamental. Pero Martha Rutherford y Minima Jons, entre otras, rehusaron creer que la Entidad pudiera crear y destruir un árbol infinito a voluntad. Se enzarzaron en una sañuda discusión con Kolenya Mor y un par de escatólogos más que parecían más interesados en la gente que vivía en la Entidad que en lo esotérico de la física. El furor y los pequeños antagonismos que mis descubrimientos provocaron entre los profesionales me divertieron. Me agradaba que los programadores, neológicos, historiadores, incluso los holistas, tuvieran tanto que hablar durante mucho tiempo.

Sentí curiosidad cuando el maestro horólogo, con la ayuda de un joven programador de aspecto furtivo, leyeron la memoria de la nave-ordenador y abrieron el reloj sellado de la nave. Aunque está prohibido decir inmediatamente a un piloto regresado cuánto tiempo interno ha pasado, esto siempre se ignora. Supe que había envejecido, intiempo, cinco años y cuarenta y tres días (y ocho horas, diez minutos, treinta y dos segundos).

—¿Qué día es hoy? —pregunté. Y el horólogo me dijo que era el vigésimo octavo día de la primavera de medio invierno del año 2930. En Neverness había pasado poco más de medio año. Yo tenía cinco años más, entonces, mientras Katharine sólo había envejecido la quinta parte. El tempocruel, pensé, no puedes conquistar el tempocruel. Esperé que el avance diferencial de Katharine y mis relojes internos no fueran tan crueles para nosotros como lo habían sido para Justine y Soli.

Más tarde, ese mismo día (el día después de mi regreso), fui convocado a la Torre del Guardián del Tiempo. Éste, que no parecía haber envejecido en absoluto, me hizo sentarme en la silla adornada cerca de las ventanas de cristal. Caminó por la brillante habitación, hundiendo sus zapatillas rojas en la piel blanca de sus alfombras, sin dejar de mirarme mientras yo escuchaba el tictac de sus relojes.

—Estás muy delgado —dijo—. Mis horólogos me dicen que hubo demasiado tempolento, demasiado maldito tempolento. ¿Cuántas veces te he advertido contra el tempolento?

—Hubo muchos malos momentos. Tuve que pensar como la luz, como dices. Si

no hubiera usado el tempolento, ahora estaría muerto.

—Las aceleraciones han consumido tu cuerpo.

—Pasaré el resto de la estación patinando, entonces. Y comiendo. Mi cuerpo se recuperará.

—Estoy pensando en tu mente, no en tu cuerpo —dijo él. Cerró el puño y se masajeó los nudillos—. De modo que tu mente, tu cerebro, tiene cinco años más.

—Las células siempre pueden rejuvenecer.

—¿Eso crees?

No quise discutir con él los efectos de las distorsiones temporales del multipliegue, así que me rebullí en mi dura silla y dije:

—Bueno, se está bien en casa.

Él se frotó el arrugado cuello.

—Estoy orgulloso de ti, Mallory —dijo—. Ahora eres famoso, ¿eh? Te has labrado una carrera. Se habla de nombrarte maestro piloto, ¿lo sabías?

En verdad, mis compañeros pilotos como Bardo y el Sonderval apenas habían hablado de otra cosa desde mi regreso. Incluso Lionel, que había despreciado una vez mis impulsivas fanfarronadas, confiaba en que mi elevación al Colegio de Maestros era casi segura.

—Un gran descubrimiento —dijo el Guardián del Tiempo. Se pasó los dedos por su denso pelo blanco—. Estoy muy satisfecho.

La verdad es que no creo que estuviera satisfecho en absoluto. Oh, tal vez se alegraba de volver a verme, de alborotarme el pelo como hacía cuando yo era un niño, pero no creo que estuviera satisfecho con mi súbita fama y popularidad. Era un hombre celoso, un hombre que no permitía ningún desafío a su prominencia sobre los hombres y mujeres de nuestra Orden.

—Sin tu libro de poemas, ahora estaría peor que muerto —le dije, y le conté todo lo que me había sucedido en mi viaje. No pareció impresionarse en absoluto por los poderes de la Entidad.

—Ah, los poemas. ¿Los aprendiste bien?

—Sí, Guardián del Tiempo.

—Ahhh. —Sonrió, y apoyó sobre mi hombro su mano llena de cicatrices. Su cara era intensa, difícil de leer. Parecía a la vez amable y agraviado, como si no pudiera decidir si haberme dado el libro de poemas había sido algo correcto.

Se plantó ante mí y contemplé mi reflejo en sus ojos negros. Hice la pregunta que me quemaba en la mente:

—¿Cómo pudiste saber que la Entidad me pediría que recitase los poemas? Y los poemas que Ella me preguntó... ¡Dos de ellos me los habías recitado tú!

Hizo una mueca.

—Bueno, no podía saberlo. Lo supuse.

—Pero debías de saber que la Entidad plantea acertijos con poesía antigua. ¿Cómo pudiste saberlo?

Me apretó el hombro con fuerza; sus dedos eran como raíces de madera.

—¡No me interrogues, maldición! ¿Has olvidado tus modales?

—No soy el único que tiene preguntas. Los akáshicos y los demás, todos se preguntarán cómo lo sabías.

—Deja que se pregunten.

Una vez, cuando yo tenía doce años, el Guardián del Tiempo me enseñó que el conocimiento secreto es poder. Era un hombre que guardaba secretos. Durante las horas de nuestra charla, se movía por la habitación sin darme la oportunidad de hacerle preguntas sobre su pasado ni sobre nada más. Pedía café y lo bebía de pie, mientras descargaba su peso de un pie a otro. Se acercaba con frecuencia a la ventana y contemplaba los edificios de la Academia, mientras sacudía la cabeza y apretaba las mandíbulas. Tal vez ansiaba compartir conmigo (o con cualquiera) sus secretos..., no lo sé. Parecía un animal fuerte y vital confinado en una trampa. Realmente, había algunos que decían que nunca salía de su torre porque temía el mundo de veloces trineos, hielo rápido y hombres asesinos. Pero yo no lo creía. Había oído otros rumores: un horólogo borracho sostenía que el Guardián del Tiempo tenía un doble para atender los asuntos de la Orden mientras salía a las calles de noche, cazando por las deslizaderas, como un lobo solitario, a quien fuera tan loco como para conjurar contra él; algunos decían que tenía su propia naveluz oculta dentro de las Cavernas. ¿Había duplicado mis descubrimientos toda una vida antes y conservaba el secreto para sí? Pensé que era posible. Era un hombre intrépido, demasiado lleno de vida para no necesitar el viento fresco en la cara, los cristales destellantes de la tormenta numérica, la fría belleza total de las estrellas a medianoche. Él, amante de la vida, me había dicho una vez que los momentos de la vida de un hombre eran demasiado preciosos para malgastarlos durmiendo. Así, practicaba su disciplina del nodormir y caminaba mientras sus músculos se tensaban y relajaban, se tensaban y relajaban; caminaba durante las brillantes horas del día y caminaba toda la noche, sostenido por su sangre cargada de adrenalina y cafeína y por su necesidad de ver, oír y ser.

Sentí un extraño escalofrío de piedad hacia él (y hacia mí mismo por tener que soportar sus pequeñas inquisiciones), y dije:

—Pareces preocupado.

Fue un error. El Guardián del Tiempo odiaba la piedad, y más aún odiaba a quienes se apiadaban, especialmente cuando se apiadaban de él.

—¡Preocupado! ¿Qué sabes tú de preocupación? ¡Después de que hayas escuchado a los mecánicos pidiéndome que envíe una expedición a la nebulosa de la Entidad, entonces podrás hablarme de preocupación, maldita sea!

—¿Qué quieres decir?

—¡Quiero decir que Martha Rutherford y su facción quieren que organice una expedición mayor! ¡Pretende que envíe una nave profunda a la Entidad! ¡Como si pudiera permitirme perder una nave profunda y un millar de profesionales! Creen que, porque tú tuviste suerte, ellos la tendrán también. Y los escatólogos están exigiendo ya que, si se organiza una expedición, son *ellos* los que deberían liderarla.

—Lamento que mi descubrimiento te haya causado tantos problemas —dije, apretando los brazos de la silla. La verdad era que no lo lamentaba en absoluto. Estaba deleitado de que mi descubrimiento (junto con el de Soli) hubiera provocado que los profesionales de nuestra Orden, generalmente inactivos, se pusieran en movimiento.

—¿Descubrimiento? —gruñó él—. ¿Qué descubrimiento? —Se acercó a la ventana y agitó en silencio el puño hacia las grises nubes de tormenta que se acumulaban sobre la Ciudad desde el sur. Recordé que no le gustaba el frío, y que odiaba la nieve.

—La Entidad... Ella dijo que el secreto de la vida...

—¡El secreto de la vida! ¿Crees las mentiras de ese engañoso cerebro matriz? ¡Paparruchas! No hay ningún secreto que encontrar en el «ADN más antiguo del hombre», sea lo que sea lo que signifique eso. No hay ningún secreto, ¿comprendes? El secreto de la vida es la vida: sigue y sigue, y eso es todo lo que hay.

Como para recalcar su pesimismo, la campana hueca y grave de uno de sus relojes tañó justo entonces.

—Es Año Nuevo en Urradeth —dijo él—. Matarán a todos los bebés de médula enferma nacidos este año pasado, y beberán, y copularán todo el día y toda la noche hasta que los vientres de todas las mujeres se vuelvan a llenar. Sigue y sigue, una y otra vez.

Le dije que creía que la Entidad había dicho la verdad.

Se rio con brusquedad, y la arrugada piel en torno a sus ojos se agrietó como placas de hielo roto.

—¡Pamemas! —dijo amargamente, una palabra que supuse era uno de sus arcaísmos—. La verdad de un dios, las mentiras de un dios..., ¿cuál es la diferencia?

Le dije que tenía un plan para descubrir el ADN más antiguo del hombre.

Volvió a reírse; se rio tanto que sus labios dejaron al descubierto sus largos dientes blancos y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Vaya, un plan. Incluso cuando eras un niño, siempre tenías planes. ¿Recuerdas cuando te enseñé el tempolento? Cuando te dije que hay que ser paciente y esperar que las primeras oleadas de *adagio* tomen la mente, me dijiste que tiene que haber una forma de refrenar el tiempo saltando la secuencia normal de actitudes. ¡Incluso trazaste un plan para entrar en tempolento sin la ayuda de tu nave-ordenador! ¿Y por qué? Tenías un problema con la paciencia. Y lo sigues teniendo. ¿No puedes esperar a

ver si los unidores e imprimáturs (o los escatólogos, historiadores o cétricos) pueden descubrir este ADN más antiguo? ¿No es suficiente que te nombren probablemente maestro piloto?

Me froté la nariz.

—Si te formulo una petición para que montes una pequeña expedición para mí, ¿la aprobarás?

—¿Una petición? ¿Por qué tan formal? ¿Por qué no me lo pides sin más?

—Porque —dije lentamente—, tendré que romper alguna de las alianzas.

—Ah.

Se produjo un largo silencio, en el que permaneció tan quieto como una escultura de hielo.

—¿Bien, Guardián del Tiempo?

—¿Qué alianza quieres romper?

—La octava alianza.

—Ah —repitió él, mientras miraba por la ventana en dirección al oeste. La octava alianza era el acuerdo hecho tres mil años antes entre los fundadores de Neverness y los primitivos alaloi que vivían en sus cuevas a novecientos kilómetros al oeste de la Ciudad.

—Son neandertales —dije yo—. Cavernícolas. Su cultura, sus cuerpos..., tan viejos.

—¿Me estás haciendo una petición para viajar a los alaloi y recoger tejidos de sus cuerpos vivos?

—El ADN más antiguo del hombre —dije yo—. ¿No es irónico que pudiera encontrarlo tan cerca de casa?

Cuando le conté la naturaleza exacta de mi plan, se inclinó sobre mí y me agarró las muñecas, apoyando su peso en los brazos de la silla. Su enorme cabeza estaba demasiado cerca de la mía; olí a café y sangre en su aliento.

—Es un plan tremendamente peligroso, para ti y también para los alaloi.

—No tan peligroso —dije, demasiado confiado—. Tomaré precauciones. Tendré cuidado.

—¡Peligroso, digo!, tremendamente peligroso.

—¿Aprobarás mi petición?

Me miró dolorosamente, como si estuviera tomando la decisión más difícil de su vida. No me gustó la expresión de su cara.

—¿Guardián del Tiempo?

—Consideraré tu plan —dijo fríamente—. Te informaré de mi decisión.

Dejé de mirarle y volví la cabeza hacia un lado. No era propio de él ser tan indeciso. Supuse que estaba dividido entre romper la alianza y cumplir su llamada a la misión de búsqueda; me equivoqué. Sin embargo, pasarían años antes de que

descubriera el secreto de su indecisión.

Me despidió bruscamente. Cuando me levanté, descubrí que el borde de la silla me había cortado la circulación; tenía las piernas picajosas y entumecidas. Mientras me frotaba los músculos para devolverlos a la vida, él permaneció junto a la ventana, hablando solo. Pareció no advertir que yo todavía estaba presente.

—Sigue y sigue —dijo en voz baja—. Sigue y sigue y sigue.

Salí de su cámara sintiéndome igual que siempre: exhausto, exaltado y confuso.

* * *

Los días (y noches) que siguieron fueron los más felices de mi vida. Pasé las mañanas en las anchas deslizaderas observando a los habitantes del Sector Extremo combatir las densas nieves del medio invierno. Era un placer volver a respirar el aire fresco, el olor de las agujas de pino y el pan horneado y otros aromas extraños, patinar por las calles familiares de la Ciudad. Pasaba largas tardes de café y conversación con mis amigos en las cafeterías que alinean el hielo blanco del Camino. Durante las primeras tardes, Bardo y yo nos sentábamos en una mesita junto a la ventana y observábamos pasar los enjambres de humanidad mientras intercambiábamos historias de nuestros respectivos viajes. Yo sorbía mi café a la canela y pedía noticias de Delora wi Towt y Quirin y Li Tosh y nuestros demás amigos pilotos. Bardo me dijo que la mayoría estaba esparcidos por la galaxia como un puñado de diamantes lanzados al mar nocturno. Sólo Li Tosh y el Sonderval y unos pocos más habían regresado de sus viajes.

—¿No te has enterado? —me preguntó, y pidió un plato de galletas—. Li Tosh ha descubierto el mundo natal de los darghinni. En otra época habría sido un descubrimiento notable, un gran descubrimiento, incluso. Ah, pero tuvo la mala suerte de hacer sus votos al mismo tiempo que Mallory Ringess. —Mojó la galleta en su café—. Ah, y Bardo tuvo también la misma mala suerte.

—¿Qué quieres decir?

Mientras mordisqueaba sus galletas, me contó la historia de su viaje: Después de fenestrar hasta el borde de la Nebulosa Roseta, había intentado sobornar a los enciclopedistas de Ksandaria para que le permitieran entrar en su sagrado santuario. Como es sabido que los enciclopedistas son muy celosos de sus vastos y preciosos pozos de conocimiento, y como odiaban y temían el poder de la Orden, Bardo se disfrazó de príncipe de Mundo Verano, lo que no resultó muy difícil.

—Cien maunds de estrellazules de Yarkona tuve que pagar a esos repugnantes tubistas para entrar en su santuario —dijo—. E incluso a ese precio desorbitado (me perdonarás, amigo mío, si admito que, a pesar de nuestro voto de pobreza, había atesorado una parte, sólo una parte pequeña, de mi herencia), ah, ¿dónde estaba? Sí,

los enciclopedistas. A pesar de que me sacaron una fortuna, no me permitieron entrar en su santuario, pensando que un bufón ignorante como yo se contentaría con llenar mi cabeza con uno de sus pozos menores de esoterismo. Bien, tardé mis buenos veinte días antes de darme cuenta de que la información que estaba sonsacando era tan vacía como un charco seco, pero no soy estúpido, ¿no? No, no soy estúpido, así que le dije al astuto maestro enciclopedista que contrataría a un guerrero poeta para que le envenenara si no me abría las puertas del santuario interno. Me creyó, el idiota, y así empapé mi cerebro en el pozo prohibido donde conservan las antiguas historias y los más antiguos comentarios sobre la Vieja Tierra. Y...

Aquí se detuvo para sorber su café y mordisquear unas cuantas galletas más.

—... Y estoy cansado de contar esta historia porque nuestros akáshicos y bibliotecarios me han secado el cerebro, pero como eres mi mejor amigo, bueno, deberías saber que encontré un secreto en el pozo prohibido que conducía directamente a las entrañas del pasado, o eso pensé. En la Vieja Tierra, justo antes del Enjambre, creo, había una curiosa orden religiosa llamada los arkeólogos, Practicaban un extraño ritual conocido como «Las Excavaciones». ¿Te cuento más? Bien, los sacerdotes y sacerdotisas de esta orden empleaban ejércitos de esclavos-acólitos para remover concienzudamente capas de arena en busca de fragmentos de barro y otras reliquias del pasado. Los arkeólogos (y es información de primera mano sacada del pozo prohibido) eran, y cito: «los seguidores de Henrilsheman que creían en la veneración a los antepasados. Creían que podía entablarse una comunión con el mundo espiritual coleccionando objetos que sus antepasados habían tocado y, en algunos casos, coleccionando los cadáveres de los antepasados mismos». Ah, ¿quieres más café? ¿No? Bien, los arkeólogos, como todas las órdenes, supongo, se dividieron en muchas facciones y sectas diferentes. Una secta (creo que se llamaban aigiptólogos) seguía las enseñanzas de un tal Flinders Petr y el Champollion. Otra secta excavaba cadáveres preservados con betún. Luego reducían los cadáveres a polvo. Y consumían como sacramento este polvo, ¿puedes creerlo?, creyendo que al hacerlo la esencia de sus antepasados reforzaría la suya propia. Cuando una generación pasara a otra generación, una y otra vez, como diría el Guardián del Tiempo, bien, pensaban que finalmente el hombre quedaría purificado y sería inmortal. ¿Te aburro? Espero que no, porque tengo que contarte lo de esa secta cuyos altos sacerdotes se llamaban a sí mismos konservadores. Justo antes de la tercera etapa del Holocausto, los konservadores y sus sicarios, los fechadores, klasificadores y los acólitos inferiores, cargaron una nave museo con viejas piedras y huesos y los cadáveres conservados de sus antepasados que llamaban mumiyahs. Fue su nave (la llamaban la *Vishnu*), la que aterrizó en uno de los mundos darghinni. Naturalmente, los konservadores eran demasiado ignorantes para reconocer a alienígenas inteligentes cuando los vieron. Es triste decirlo, pero empezaron a excavar en el polvo

de esa antigua civilización. No podían saber que los darghinni tienen horror a su propio pasado..., y más les habría valido. Y así, amigo mío, es como empezó realmente la primera de las guerras Hombre-Darghinni.

Bebimos nuestro café y hablamos sobre esta dolorosa guerra, la única guerra que ha habido entre la humanidad y una raza alienígena. Cuando le felicité por haber hecho tan buen descubrimiento, él golpeó la mesa con su gruesa mano y dijo:

—¡No he terminado mi historia! Espero que no te hayas aburrido, porque estaba a punto de contarte el clímax de mi pequeña aventura. Bien, después de mi éxito con los enciclopedistas (sí, sí, admito que tuve éxito), me sentí lleno de alegría. «El secreto de la inmortalidad del hombre se encuentra en nuestro pasado y en nuestro futuro»..., eso es lo que decía el mensaje de los ieldra, ¿no? Bueno, no soy un scryta, así que, ¿qué puedo decir del futuro? Pero el pasado, ah, bien, pensé que había descubierto un lazo vital con el pasado. Y, tal como están las cosas, lo he hecho. Mis mumiyahs pueden contener algún ADN muy antiguo, ¿qué te parece? Bien, pues el clímax: estaba tan lleno de alegría que me apresuré a regresar a Neverness. Debes visualizarlo: habría sido famoso. Los novicios se habrían pisado unos a otros por el privilegio de tocar mis túnicas. Las cortesanas expertas me habrían pagado *a mí* por el placer de descubrir qué clase de hombre vive bajo esas túnicas. ¡Qué sabrosa habría sido la vida! ¡Pero Bardo se volvió descuidado! En mi prisa por atravesar las ventanas, me descuidé.

No registraré aquí todas las palabras de mi amigo. En resumen, mientras fenestraba a través del peligroso finospacio Danladi, cometió un error que haría sonrojar a los más jóvenes oficiales viajeros. En su trazado del grupo de decisión hacia sí mismo, olvidó demostrar que la función era de una-a-una, así que cayó en un bucle.

Cualquier otro piloto habría buscado laboriosamente una secuencia de trazados para salir del bucle. Pero Bardo era perezoso y no quería pasar un centenar de días o más de intiempo buscando tal trazado. Perezoso pero brillante, tuvo una idea de cómo podría escapar instantáneamente del bucle, y jugó con ella. Después de unas simples siete horas de intiempo, saboreó el dulce fruto de su genio. Demostró que existe siempre un trazado de puntos presentes a puntos pasados, que un piloto podía regresar siempre a cualquier punto a lo largo de su camino inmediato. Es más, se trataba de una tesis constructiva; es decir, no sólo demostró que tal trazado existía, sino que podía ser construido. Así, hizo un trazado con la estrella más allá de la de Ksandaria. Salió en las caídas, a los espacios familiares que había atravesado recientemente. Y luego regresó a Neverness.

—Ahora soy reverenciado —se rio—. Es irónico: Yo, en mi estupidez, tropecé con un bucle pero demostré el más grande de los teoremas menores sin demostrar. El Teorema Boomerang de Bardo..., así es como los viajeros han llamado a mi pequeño

teorema trazador. Incluso se habla de convertirme en maestro, ¿lo sabías? ¡Bardo, maestro piloto! Sí, ahora me reverencian, Kolenya y otras con sus labios lujuriosos y sus muslos hermosos y gruesos. Mi semilla fluye como magma, amigo mío. ¡Soy famoso! Ah, pero no tan famoso como tú, ¿eh?

Charlamos toda la tarde, hasta que la luz murió en el cielo gris y la cafetería se llenó de gente hambrienta. Pedimos una gran comida de carnes cultivadas y los varios platos exóticos que tanto gustaban a Bardo.

—¡No tienes carne sobre tus flacos huesos! —me dijo, clavándome un dedo en las costillas. Volvió a alabarme por mi descubrimiento, y entonces le conté mi nuevo plan.

—¿Quieres hacer eso? —dijo, secándose la salsa de la carne de sus labios—. ¿Viajar hasta los alaloi y robar su ADN? Eso es replicar, ¿no? —Al advertir que había pronunciado aquella horrible palabra demasiado fuerte, miró a su alrededor y bajó la voz, en tono conspirador. Se inclinó sobre la mesa—. No podemos replicar el ADN de los alaloi, ¿no?

—No es replicar realmente —dije—. No vamos a usar su ADN para crear venenos o clonarlos o...

—Replicar es replicar —interrumpió—. ¿Y qué hay de las alianzas? ¡El Guardián del Tiempo nunca lo permitirá, gracias a Dios!

—Podría.

Le conté mi petición, y él se volvió hosco y peleón.

—Por Dios, no podemos coger un rompevientos y aterrizar en una de sus islas y pedirles que llenen una probeta de semen, ¿no?

—Tengo un plan diferente.

—Oh, no, creo que no quiero oírlo. —Comió unas cuantas galletas más, se humedeció los labios y se pederreó.

—Iremos disfrazados a los alaloi. No será muy difícil aprender sus costumbres y quitarles unas cuantas células de piel de la palma de la mano.

—Oh, no. Oh, lástima de Bardo, y lástima de ti si insistes en este loco plan. ¿Y cómo crees que podríamos disfrazarnos? Oh, no, por favor, no me lo digas, creo que ya he tenido suficientes planes.

—Hay una forma. ¿Recuerdas la historia de Goshevan? Haremos lo mismo que él. Iremos a un tallador y haremos que esculpa nuestros cuerpos. Los alaloi pensarán que somos sus primos.

Volvió a pederrearse y eructó.

—¡Es una locura! Por favor, Mallory, mírame y admite que estás loco. Por Dios, no podemos convertirnos en alaloi, ¿no? ¿Y por qué crees que el ADN de los alaloi es más antiguo que ningún otro? ¿No deberíamos concentrar nuestros esfuerzos en la posibilidad principal? Ya que he descubierto mumiyahs anteriores en tres mil años al

Enjambre, ¿por qué no montamos una expedición, tú, yo y Li Tosh, a los darghinni? Después de todo, sabemos que en uno de sus mundos están los restos de una nave museo.

Tosí y me froté la nariz. No quería señalar que, hasta el momento, no teníamos ni idea de dónde buscar el naufragio de la nave museo.

—El ADN de los alaloi tiene probablemente cincuenta mil años.

—¿Es cierto eso? ¡No sabemos nada de los alaloi, excepto que son tan estúpidos que ni siquiera tienen lenguaje!

Sonreí, porque se estaba comportando de manera deliberadamente fatua. Le dije todo lo que se sabía de los alaloi, esos soñadores que habían imbuido su humanidad en carne neandertal. Según los historiadores, los antepasados de los alaloi habían odiado el vicio y la putrefacción de la civilización, cualquier civilización. Por tanto, huyeron de la Vieja Tierra en naves largas. Como querían vivir lo que pensaban era una vida natural, mutaron hacia atrás algunos de sus cromosomas para criar mejor niños fuertes y primitivos que vivieran en los mundos primitivos que esperaban encontrar. En una de sus grandes naves transportaban el cuerpo congelado de un niño neandertal recuperado de los hielos de Tsibera, que era el continente situado más al norte de la Vieja Tierra. Habían obtenido capas de ADN congelado; con el ADN replicado del niño ejecutaron sus rituales y llenaron sus células germen de antiguos cromosomas. Generaciones más tarde, generaciones de experimento y crianza, los cavernícolas —por usar el término antiguo y vulgar— desembarcaron en Nevada. Destruyeron sus naves, se abrocharon las pieles encapuchadas y se fueron a vivir a los bosques helados de las Diez Mil Islas.

—Eso es interesante —dijo Bardo—, pero me molesta una cosa. Bueno, me molesta todo lo que has dicho, naturalmente, pero hay una cosa que me molesta más que nada en todo este esquema de buscar el más antiguo ADN del hombre.

Pidió más café y se lo bebió. Miró al otro lado de la cafetería a una hermosa historiadora aprendiz, y empezó a flirtear con los ojos.

—Cuéntamelo, entonces —animé.

Apartó los ojos, reluciente, me miró y dijo:

—¿Qué quería decir la diosa con eso de que el secreto de la vida está escrito en el ADN más antiguo de la especie humana? Debemos reflexionar con cuidado sobre esto. ¿Qué quería decir con «antiguo»?

—¿A qué te refieres?

Resopló y soltó un exabrupto.

—Maldición, ¿por qué siempre tienes que responder a mis preguntas con preguntas? *Antiguo...*, ¿qué es antiguo? ¿Tiene una raza de hombres un ADN más antiguo que otra? ¿Cómo puede un ser humano tener un ADN más antiguo que otro?

—Estás partiendo las palabras como un semántico —dije.

—No, no lo creo. —Se quitó el guante y se acarició la grasienta nariz—. ¡El ADN de mi piel es muy antiguo, por Dios! Partes del genoma han estado evolucionando durante cuatro mil millones de años. Eso sí que es *antiguo*, creo, y si quieres que parta las palabras, lo haré. ¿Qué hay de los átomos que componen mi ADN? Aún más antiguos, creo, porque se hicieron en el corazón de las estrellas hacia diez mil millones de años.

Se rascó la nariz y extendió el dedo. Bajo la larga uña había un rastro de grasa y células amarillentas muertas.

—Aquí tienes tu secreto de la vida —dijo. Parecía muy complacido de sí mismo, y continuó flirteando con la historiadora.

Aparté su mano.

—Admito que las palabras de la Entidad son una especie de acertijo. Tendremos que resolver el acertijo, entonces.

—Ah, pero a mí nunca me han gustado los acertijos.

Le miré a los ojos.

—Como has dicho, el genoma ha estado evolucionando durante miles de años. Y, por tanto, el ADN de cualquiera de nuestros antepasados es más antiguo que el nuestro. Así es como defino la antigüedad, entonces. Tendremos que empezar por alguna parte. Los alaloi han introducido en sus cuerpos el ADN de un cuerpo muerto hace cincuenta mil años. Podemos esperar que este ADN, y el mensaje del ADN, no haya mutado o degradado.

—Pero los alaloi no son nuestros antepasados.

—No, pero los neandertales de la Vieja Tierra sí lo fueron.

—¡No, por Dios, ni siquiera eran miembros de la especie humana! Eran brutos de espaldas encorvadas y mandíbula salida, tan estúpidos como pingüinos.

—Te equivocas. Tenían el cerebro *más grande* que el hombre moderno.

—Más grande que tu cerebro, tal vez —dijo él. Se palpó su prominente frente—. Pero más grande que el de Bardo no, no puedo creer eso.

—Evolucionamos a partir de ellos.

—Ésa sí que es una idea repugnante. Pero no te creo. ¿Conoce Bardo su historia? Sí, creo que sí. Pero ¿por qué deben discutir los pilotos de historia? —Alzó la cabeza, se acarició la barba y miró a la historiadora—. ¿Por qué no dejamos que una historiadora resuelva una discusión histórica?

Dicho y hecho. Se excusó, eructó, se levantó, se quitó de la barba migajas de galleta y se abrió paso entre las mesas repletas. Se acercó a la historiadora y le dijo algo. Ella rio y se cogió de su mano mientras él la guiaba hacia nuestra mesa.

—Permíteme presentarte a Estrella Domingo de Darkmoon. —Estrella era una aspirante de aspecto alegre y un poco rellenita, el tipo de mujeres que le gustaban a Bardo. Éste me presentó y luego dijo—: Estrella ha accedido a resolver nuestra

discusión. —Acercó una silla para que ella pudiera sentarse—. ¿Fueron realmente los neandertales nuestros antepasados?

La verdad es que no creo que Bardo tuviera ninguna esperanza de que su argumento venciera. Poco después, resultó obvio que había invitado a nuestra mesa a esta muchacha hermosa e impresionable de Darkmoon no para escuchar una lección de historia, sino para seducirla. Después de que ella explicara pacientemente que había teorías diferentes sobre la evolución del hombre y le dijera que sí, que era muy probable que los neandertales *fueran* nuestros antepasados, Bardo exclamó:

—¡Ah, entonces mi amigo tiene razón una vez más! Pero debes admitir que es una lástima que el hombre tuviera aspecto de cavernícola. Son muy feos, ¿no estás de acuerdo?

Estrella no estuvo de acuerdo. Tímidamente observó que a muchas mujeres les gustan los hombres grandes, musculosos y velludos. Ésa era una de las razones por las que se había puesto de moda hacía años que algunos profesionales esculpieran sus cuerpos en la forma de los alaloi.

—Hmmm —dijo Bardo mientras se retorció el bigote—, eso es interesante.

Estrella continuó diciendo que la diferencia entre los neandertales y el hombre moderno no era tan grande como pensaba la mayoría de la gente.

—Si miras con atención —señaló—, puedes ver genes neandertales en las caras de cierta gente en cualquier calle de cualquier ciudad de cualquier planeta de los Mundos Civilizados. —(Como he dicho, era una joven bonita e inteligente, aunque tenía el irritante hábito de encadenar demasiadas proposiciones subordinadas cuando hablaba)—. Incluso tú, Maestro Bardo, con tus pobladas cejas sobre tus profundos ojos rodeados por tan hermosa barba..., ¿lo has pensado alguna vez?

—Oh, no, la verdad es que no. Pero sería interesante discutir este asunto con mayor detalle, ¿no crees? Podríamos escrutar varias partes de mi anatomía y determinar cuáles son las más primitivas.

Después de que Bardo y ella hicieran planes «para discutir el asunto con mayor detalle», Estrella regresó a su mesa y susurró algo al oído de su amiga.

—¡Qué muchacha tan encantadora! —dijo Bardo—. ¿No es maravillosa la forma en que estos aspirantes se pliegan a los pilotos establecidos? Ah, tal vez los neandertales fueran nuestros antepasados..., o tal vez no. Pero sigue sin haber ninguna razón para esculpir nuestros cuerpos y vivir entre cavernícolas. Tengo un plan mejor. Podríamos sobornar a un corredor-gusano para que capturara a un alaloi. Cazan shagshay, ¿no? Bueno, pues que cacen a un alaloi y lo traigan a la ciudad.

Tomé un sorbo de café y me froté el puente de la nariz.

—Sabes que no podemos hacer eso —dije.

—Por supuesto, todo lo que el corredor-gusano necesitaría realmente es un poco de sangre. Podría dejar inconsciente a un cavernícola, sangrarle un poco, y regresar

con una muestra.

Retuve el café en mi boca. Se había vuelto frío y ácido.

—Siempre me has acusado de ser demasiado inocente, pero admitiré que ya había pensado en hacer lo que sugieres.

—¿Y bien?

Pedí más café.

—La sangre de un solo hombre no sería suficiente. Los genes neandertales están distribuidos entre las familias alaloi. Tenemos que asegurarnos de conseguir una buena muestra estadística.

Eructó y puso los ojos en blanco.

—Ah, siempre tienes *razones*, Pequeño Amigo. Pero creo que el motivo real por el que quieres emprender esta loca expedición es que te *gusta* la idea de esculpir tu cuerpo y vivir entre salvajes. Qué idea tan romántica. Pero claro, siempre has sido un romántico.

—Si el Guardián del Tiempo accede a mi petición, iré con los alaloi. ¿Vendrás conmigo?

—¿Que si iré contigo? ¿Iré contigo? ¡Vaya pregunta! —Cogió un trocito de pan y eructó—. ¡Si no voy contigo, dirán que Bardo tiene miedo, por Dios! Bien, es una lástima. No me importa. ¡Amigo mío, te seguiría a través de la galaxia, pero esto, ir entre salvajes y replicar su plasma, bueno..., es una locura!

No pude persuadir a Bardo de mi plan. Estaba tan lleno de optimismo, sin embargo, tan feliz de haber vuelto a casa, que no me importó. Como piloto regresado tenía derecho a tomar una casa en el Sector de los Pilotos. Escogí un pequeño chalet de techo inclinado calentado por agua corriente que procedía del géiser al pie del Attakel. Me llevé al chalet mi libro de poemas, mis pieles y kamelaikas y mis tres pares de patines, mi tablero y piezas de ajedrez, la mandolina que nunca había aprendido a tocar, y las otras pocas posesiones que había acumulado durante mis años en Resa (como novicios de Borja, naturalmente, no se nos permitía ninguna posesión aparte de nuestras ropas). Consideré pedir una cama y tal vez unas cuantas mesas y sillas de madera, indulgencias tubistas menores muy populares en su momento. Pero no me gustaba dormir en camas, y me pareció que las mesas y las sillas eran sólo apropiadas para los cafés o los bares, donde muchos podían hacer uso de su conveniencia. También tenía otra razón para no querer que mi casa estuviera llena de cosas: Katharine había empezado a pasar las noches conmigo. No quería que ella, en su mundo de noche eterna, tropezara con una silla mal colocada y se fracturara su hermoso rostro.

Mantuvimos en secreto nuestros encuentros nocturnos a mi madre y mi tía, y a todos los demás, incluido Bardo. Naturalmente, yo ansiaba contárselo; quería decirle lo feliz que me hacía Katharine con sus manos, su lengua y sus ondulantes caderas,

con sus apasionadas (aunque anticipadas) palabras susurradas al oído, con sus gemidos. Pero Bardo no podía guardar un secreto, como no podía contener sus ventosidades después de consumir demasiado pan y cerveza. Poco después de nuestra conversación en el café, pareció que la mitad de la Orden (todos menos mi cobarde amigo) quería acompañarme en lo que sería llamado el gran viaje.

Incluso Katharine, que había visto suficiente del futuro como para no estar excitada, lo estaba. Mucho después de medianoche de la decimoquinta noche, después de una noche de lento e intenso copular (ella parecía siempre dispuesta a devorar el tiempo lentamente, sensualmente, como una serpiente devora su presa), me sorprendió con su excitación. Yacía desnuda delante de la chimenea de piedra, y destellos de naranja y rojo jugaban con su piel blanca y sudorosa. Olía a perfume, a humo de madera y a sexo. Con los brazos tras la cabeza, sus grandes senos quedaban extendidos como discos perfectos contra su pecho. Ciega como era, no tenía vergüenza por su cuerpo, ni apreciación alguna de su belleza. Me complacé contemplando el oscuro y denso triángulo de vello bajo su redondeado vientre, las largas piernas cruzadas y los pies profundamente arqueados. Ella contemplaba las estrellas, escrutando. Es decir, habría contemplado las estrellas si hubiera tenido ojos, si la claraboya entre las vigas del techo no hubiera estado cubierta de nieve. ¿Quién sabe lo que veía mientras se asomaba a los oscuros túneles del futuro? Y, si de repente pudiera volver a ver, me pregunté, ¿podría el chispear de las lechosas estrellas del medio invierno complacerla tanto como sus propias visiones interiores?

—¡Oh, Mallory! —dijo—. ¡Qué cosa he...! *Debo* ir contigo a tus alaloi, ¿ves?

Sonreí, pero ella no pudo ver mi sonrisa. Estaba sentado a su lado, con las piernas cruzadas y una piel echada sobre los hombros. Le aparté el largo pelo negro de las cuencas de los ojos.

—Si Bardo tuviera tu entusiasmo... —dije.

—No seas demasiado duro con Bardo. Al final, también irá.

—¿También irá? ¿Adónde? —No estaba seguro de qué me molestaba más: que vislumbrara el futuro, o su insistencia en que la llevara con los alaloi—. ¿Qué has visto?

—Bardo, en la caverna con su gran..., ¡es tan *gracioso*!

—No puedes venir conmigo —dije—. Lo siento.

—¡Pero *debo* ir! Iré porque tengo..., Oh, ¿Mallory?

Naturalmente, era imposible que me acompañara. Se lo dije.

—Los alaloi dejan a sus ciegos y lisiados en la nieve cuando hay tormenta. Los matan. —La verdad es que no sabía si aquello era cierto.

Ella se volvió hacia mí y sonrió.

—No mientes demasiado bien.

—No, ¿verdad? Pero no comprendo por qué quieres venir conmigo.

—Es difícil de explicar.

—Cuéntamelo.

—Lo siento, Mallory, pero no puedo decírtelo.

—¿A causa de tus votos?

—Naturalmente, pero..., pero más porque no existen las palabras para describir el futuro.

—Creía que los scrytas habíais inventado un vocabulario especial.

—Ojalá pudiera encontrar las palabras para contarte lo que he visto.

—Inténtalo —dije.

—Quiero tener ojos de nuevo para poder ver las caras de vuestros..., es allí, en el hielo en el invierno profundo, donde encontraréis vuestro... Oh, ¿cómo puedo llamar a esta cosa que veo, a esta *imagen*, la imagen del hombre? Romperé mis votos, y me haré crecer ojos para ver de nuevo una temporada, antes de..., antes de *ver*.

Me froté en silencio el puente de la nariz mientras permanecía sentado, sudando, delante del chisporroteante fuego. ¡Hacerse crecer ojos! Era algo sorprendente en un scryta.

—Bueno —suspiró ella—. Ya ves, lo he dicho muy mal.

—¿Por qué no puedes decir qué hechos ocurrirán y cuáles no?

—Dulce Mallory, suponte que hubiera visto el único hecho que realmente importa. Si te dijera que vas a morir en un momento dado, todos los momentos de tu vida serían una agonía porque..., verás, siempre habitarías en el momento de..., robaría de felicidad cualquier otro momento de tu vida. Si *supieras*.

La besé en la boca.

—Hay otra posibilidad —dije—. Si supiera que tenía por delante cien años antes de morir, nunca temería nada en toda mi vida. Disfrutaría cada instante de ella.

—Por supuesto, eso es cierto.

—Pero es una paradoja.

Se rio un rato antes de admitirlo.

—Los scrytas somos famosos por nuestras paradojas, ¿no?

—¿Veis *el* futuro? ¿O veis futuros posibles? Es algo que siempre he querido saber.

Realmente, la mayoría de los pilotos (y todos los demás miembros de nuestra Orden), sentíamos curiosidad por conocer los secretos de los scrytas.

—Y si veis el futuro, ¿por qué no lo cambiáis si queréis? —dije.

Ella volvió a reírse. En ocasiones, como cuando estaba relajada delante del fuego, tenía una risa hermosa.

—Oh, acabas de formular la primera paradoja, ¿lo sabías? Ver el futuro de..., si entonces actuamos para cambiarlo, y lo cambiamos..., si se puede cambiar, entonces no hemos visto realmente el futuro, ¿no?

—¿Y os negaríais a actuar, entonces, simplemente para preservar esta visión de lo que habéis visto?

Ella me cogió la mano y me acarició la palma.

—No comprendes.

—En cierto sentido fundamental, nunca he creído realmente que los scrytas pudierais ver algo más que posibilidades.

Ella pasó su uña por mi línea de la vida.

—Por supuesto..., *posibilidades*.

Como me sentía frustrado, me eché a reír.

—Creo que es más fácil comprender a un mecánico que a un scryta. Al menos sus creencias son cuantificables.

—Algunos mecánicos creen que cada hecho cuántico que ocurre en el universo cambia la... Han cuantificado las posibilidades. Con cada hecho, un futuro diferente. El espaciotiempo se divide y se redivide, como las ramas de uno de tus árboles infinitos. Un infinito de futuros, los futuros paralelos los llaman, ¿no ves? Pero los mecánicos se equivocan. La nada es..., hay una unidad de inmanencia..., oh, Mallory, sólo puede haber un futuro.

—¿Es imposible cambiar el futuro, entonces?

—Tenemos un dicho —me dijo—. No cambiamos el futuro; lo *escogemos*.

—Cháchara de scrytas.

Ella extendió la mano hacia mí. Pasó los dedos por el vello de mi pecho y cerró súbitamente el puño contra mi corazón, atrayéndome hacia sí mientras decía:

—Acudiré a un tallador llamado... Él me hará crecer ojos. Quiero ver tu cara cuando..., *una vez*, sólo una vez, ¿está bien?

—¿Harías eso realmente? —me pregunté en voz alta—. ¿Romper tus votos? ¿Por qué?

—Porque amo... —dijo—. Te amo, ¿ves?

Durante los días siguientes apenas pude pensar en otra cosa que en esta extraña conversación. Como piloto de regreso, se me pidió que enseñara, así que accedí a instruir a dos novicios en las artes del halnín. Debo admitir que no ejecuté mis deberes de tutor con la atención debida. Una mañana temprano, en la clase de mi chalet, mientras supuestamente enseñaba simples demostraciones geométricas a los pequeños Rafi y Geord, me encontré pensando en mi viaje a la Entidad, recordando cómo la imagen de Katharine se dejaba crecer ojos y me miraba. Me pregunté: ¿Sabía Ella lo que me diría un día Katharine? Reflexionaba sobre las implicaciones de esto mientras demostraba a los novicios cómo es imposible rotar un papel, el trazado bidimensional de una mano derecha enguantada para que encuentre y encaje en el trazado de una mano izquierda enguantada, si el movimiento se restringía a las rotaciones en un plano. No me di cuenta de que estaban aburridos. Recogí uno de los

guantes del suelo de madera, lo agité y lo coloqué encima del otro.

—Pero si alzamos el plano así y lo rotamos a través del espacio, es bastante fácil encajar los dos trazados —dije—. Del mismo modo...

Y entonces el impaciente y nervioso Rafi me interrumpió:

—Del mismo modo, es imposible rotar un guante izquierdo tridimensional en un guante de la mano derecha. Pero si rotamos el guante a través de un cuarto espacio, es simple superponer los dos guantes. Sabemos eso, Piloto. ¿Hemos acabado ya? Prometiste hablarnos de tu viaje a los alaloi, ¿recuerdas? ¿Vas a conducir trineos con perros y comer carne viva?

Mis distracciones, vi para mi desazón, habían afectado al parecer incluso a los novicios. Me sentí un poco molesto con Rafi, que era demasiado rápido para su propio bien.

—Cierto, los guantes pueden superponerse, pero ¿puedes *visualizar* la rotación a través del cuarto espacio? ¿No? Eso pensaba.

Dos días más tarde los llevé a un tallador que modificó sus pulmones, y luego a los Claustros Vientre Rosa. Los puse en la cámara de actitud hexagonal, que ocupaba la mayor parte del tanque de losas rosadas. Allí flotaron y respiraron el agua superoxigenada mientras ejecutaban los ejercicios diarios. Con el sentido de izquierda y derecha, arriba y abajo disuelto en el agua oscura, cálida y salada, visualizaron el cuarto espacio; rotaron la imagen de sus propios cuerpos alrededor del plano imaginario que cortaba a través de sus narices, ombligos y espinas dorsales. Intentaban rotarse en sus propias imágenes reflejadas. Aunque era un ejercicio simple, similar a dar la vuelta a las líneas del diagrama de un cubo hasta que «salta», debería de haberles prestado más atención. Pero una vez más dejé vagar mi mente. Me preguntaba si Katharine podría encontrar un tallador que le hiciera ojos nuevos cuando miré a los novicios a través del agua oscura. Advertí que Rafi tenía los brazos en torno a los tobillos, y sus ojos estaban cerrados mientras respiraba agua. ¿Cuánto tiempo le había dejado así? Si lo dejaba demasiado tiempo en actitud fetal, crearía dependencia hacia la falta de visión y la cerrazón. Me recordé que iba a ser piloto, no scryta, así que lo saqué del tanque.

—El ejercicio era... demasiado fácil —dijo Rafi. Permaneció de pie, desnudo, goteando agua. Debido a sus pulmones alterados, tenía problemas para respirar—. En cuanto se ve una transformación, las otras son sencillas.

—Eso es cierto con las transformaciones geométricas —dije—. Pero las transformaciones topológicas son más difíciles. Recuerdo cuando Lionel Killirand me hizo invertir el tubo de mi cuerpo, de dentro a fuera. Eso sí que fue un ejercicio horrible. Ya que has encontrado el ejercicio de hoy tan fácil, tal vez te gustaría jugar con las transformaciones topológicas, ¿no?

Sonrió arrogantemente.

—Preferiría una transformación *real*, como tú, Piloto. ¿Vas a hacer que te esculpan de verdad? ¿Es una alteración tan severa como alterar los pulmones? ¿Llevarías a un novicio contigo, con los alaloi? ¿Podría ir?

—No, sólo eres un niño. Bien, ¿practicamos ahora los movimientos a través del quinto espacio? No creo que puedas visualizar tan fácilmente el quinto espacio.

La excitación que mi propuesta de viaje provocaba en toda la Orden no era del todo sorprendente. El hombre es el hombre, e incluso el hombre civilizado (especialmente los hombres y mujeres civilizados) ansía a veces la sencillez. En cada uno de nosotros existe el ansia de lo primitivo, un deseo atávico de experimentar la vida en sus formas más crudas; existe la necesidad de ser puesto a prueba, de demostrar nuestro valor como animales naturales (y feroces) en un mundo natural. Algunos decían que los alaloi llevaban una vida más auténtica, más puramente humana de lo que podría ningún hombre moderno. También la historia de Goshevan y su hijo de médula enferma, Shanidar, había prendido la imaginación de una generación entera. Regresar a la naturaleza como hombres fuertes, poderosos, naturales..., ¿qué podía ser más romántico que eso? No pasaba un solo día sin que algún semántico me ofreciera consejo sobre las complejidades del lenguaje alaloi o sin que un fabulista me recitara el épico viaje condenado de Goshevan para vivir entre los cavernícolas; ninguna noche terminaba sin que un piloto u otro se drogara con toalache y me suplicara que le dejara acompañarme con los alaloi.

A finales de aquella brillante y feliz estación de romance, nieves profundas y planes, fui elevado a la categoría de maestro. Curiosamente, aunque era con diferencia el piloto más joven que se convertía en maestro, ya no me enorgullecía de mi relativa juventud. Tras haber envejecido cinco años intiendo durante mi viaje, me sentía súbitamente sin edad, o más bien viejo..., tan viejo como las heladas cornisas del Salón de los Antiguos Pilotos, donde los maestros pilotos me recibieron en su colegio. Recuerdo haber estado esperando su decisión en el otro extremo del Salón, cerca del estrado donde Bardo y yo recibimos nuestros anillos. Golpeaba el frío suelo con mi bota, escuchando los sonidos desvanecerse en la cúpula sobre mi cabeza. Examiné las grandes puertas negras de la sala del cónclave, que estaban hechas de madera y talladas con los rostros de Rollo Gallivare y Tisander el Prudente, el Tycho y Yoshi, los trescientos ochenta y cinco de nuestros Lores Pilotos desde la fundación de nuestra Orden. Cerca del centro de la puerta izquierda encontré el duro perfil de Soli, con la nariz larga y ancha, la dura barbilla y el pelo peinado hacia atrás y sujeto por su cadena de plata. Me pregunté si mi propio perfil sería tallado en la vieja madera gastada, y, si era así, me pregunté si alguien podría distinguirlo del de Soli. Entonces las puertas se abrieron, y el anciano Salmalin, que era el piloto más viejo junto con Soli, se acarició la barba blanca y me invitó a entrar en la sala circular de cónclaves, y ya dejé de sentirme viejo. Me senté en un taburete en el centro de una

gran mesa en forma de anillo. En torno a la mesa estaban sentados Tomoth, Pilar Gaprindashavilli, el amargo Stephen Caraghar, así como Lionel, Justine y los otros maestros pilotos. Cuando Salmalin se levantó para darme la bienvenida al colegio de maestros, todos los pilotos se levantaron y se quitaron el guante de la mano derecha. Siguiendo la más simple y conmovedora de todas las ceremonias de nuestra Orden, recorrí la mesa estrechando manos.

—Si Soli hubiera estado aquí para ver esto —me dijo Justine cuando tomé en la mía su mano larga y elegante—, estoy segura de que se habría sentido tan orgulloso como yo.

No le recordé que, si Soli hubiera estado presente, probablemente habría vetado mi ascenso.

Después de que ella y Lionel (y los demás) me felicitaran, mi madre se reunió conmigo ante la sala de cónclaves. Recorrimos juntos el Salón casi desierto.

—Ahora eres un maestro —dijo—. El Guardián del Tiempo tendrá que prestar más atención a tu petición. Y, si la aprueba, esculpíremos nuestros cuerpos. E iremos con los alaloi, donde habrá fama y gloria. No importa lo que encontremos o no.

Pensé que era gracioso que incluso mi madre se hubiera contagiado de la excitación general. Me mordí el labio.

—No puedes hablar en serio de venir conmigo, madre.

—¿No? Soy tu madre. Juntos formamos una familia. Los alaloi nos considerarán una familia..., ¿qué podría ser más natural?

—Bueno, pues no puedes venir.

—He oído que para los alaloi la familia lo es todo.

—El Guardián del Tiempo probablemente denegará mi petición.

Ella ladeó la cabeza y se rio, casi para sí.

—¿Puede denegarte el Guardián del Tiempo esta oportunidad? Pienso que no. Ya veremos, ya veremos.

Más tarde tuvimos una celebración, con vino y comida. Bardo estaba tan feliz por mí que casi lloró.

—¡Por Dios! —dijo—. ¡Celebrémoslo! ¡La Ciudad nunca volverá a ser la misma!

Sus palabras, junto con los instintos de mi madre, resultaron ser curiosamente proféticas. (A veces pensaba que mi madre era una scryta secreta). Dos días después de mi ascenso, el día ochenta y cinco, un frío día de nieve aplastada y profunda ironía, Leopold Soli regresó del Vild. Lleno de furia y deseos de venganza (esto me lo contó Bardo), fue a ver al Guardián del Tiempo para exigir que denegara mi petición. Pero el Guardián del Tiempo le engañó. Me concedió el permiso, pero con una condición: Yo podría montar una expedición a los alaloi siempre que llevara conmigo a mi familia, a mi madre y a Justine y Katharine. Y a Soli también. Soli, que era mi tío, debía venir, o no habría expedición ninguna. Y, ya que Soli era Lord Piloto, Soli

debería liderar la expedición..., ésta fue la amarga e irónica condición del Guardián del Tiempo. Cuando me enteré de la noticia, no pude creerla. Ni sospeché que Bardo tenía razón, que, como resultado de nuestra expedición, la Ciudad no volvería a ser nunca la misma.

CAPÍTULO 7

La Escultura de Rainer

Fui un experimento por parte de la Naturaleza, una apuesta a lo desconocido, tal vez para un nuevo propósito, tal vez para nada, y mi única tarea era permitir que este juego de profundidades primitivas siguiera su curso, sentir su voluntad dentro de mí y hacerlo completamente mío. ¡Eso o nada!

—Emil Sinclair, Escatólogo del Siglo del Holocausto.

Pasé los siguientes días enfurruñado en casa. Me da vergüenza admitirlo, pero la verdad es la verdad: me enfadé como un niño después de conocer la condición del Guardián del Tiempo. Le dije a Katharine que se marchara; le dije que estaba furioso con ella por no haberme advertido que el Guardián del Tiempo me humillaría de aquella forma. (Era una mentira. ¿Cómo podía enfurecerme con una scryta tan hermosa que había jurado mantener sus visiones en secreto?). Leí mi libro de poemas o corté leña o coloqué mis piezas de ajedrez en el tablero, repitiendo las jugadas de los grandes maestros, mientras maldecía a Soli por arruinar mi expedición. No tenía la menor duda de que Soli había persuadido al Guardián del Tiempo para permitirle robarme el liderazgo.

Poco después de su regreso, mi tío vino a visitarme para discutir los planes de la expedición y para regocijarse en el mal ajeno, o eso pensé. Le recibí en el salón delante de la chimenea fría y apagada. Él advirtió inmediatamente el insulto menor del fuego sin encender, pero no pudo apreciar el insulto mayor, que le había invitado a sentarse sobre las mismas pieles en las que me había acostado con su hija. Saboreé desvergonzadamente el conocimiento de este insulto. Como Bardo me recordaba con frecuencia, tenía una vena cruel que dominaba mi corazón.

Me sorprendí de lo mucho que había envejecido Soli. Se sentó con las piernas cruzadas sobre las pieles, tocándose las nuevas arrugas de su frente, tirándose de la carne suelta bajo su larga barbilla. Parecía tener veinte años más. Yo había oído decir que casi había penetrado el velo interior del Vild. Pero el precio que había pagado por intentar esos espacios impenetrables era tiempo, tempocruel. Su voz era más vieja, más profunda, cortada con nuevas inflexiones.

—Deberías ser felicitado por tu viaje —dijo—. El Colegio hizo bien en nombrarte maestro.

Tuve que admitir que podía ser amable cuando quería, aunque obviamente estuviera mintiendo. Quise decirle que no malgastara saliva con mentiras. Pero recordé mis modales.

—Háblame del Vild —dije.

—Sí, el Vild. Hay poco que contar, ¿no? Las estrellas arden, luego mueren. El Vild crece. Y la proporción con la que crece también. ¿Qué quieres saber? ¿Que es imposible cartografiar esos espacios? ¿Que un piloto debe emplear el tiempo casi continuamente en el Vild? Mírame, entonces, y verás que así es.

Hablamos de nuestros respectivos viajes; pensé que estaba amargado de que yo hubiera tenido éxito mientras que él había fracasado. Y entonces me sorprendió al felicitarme de nuevo por los trazados que había hecho a través de la Entidad.

—Fue un pilotaje elegante —dijo. Sin embargo, se abstuvo de mencionar mi descubrimiento.

Pedí café para él, pero rehusó.

—El café acelera el cerebro —dijo—, y ya he tenido suficiente de eso, ¿no?

—¿Prefieres entonces un poco de skotch?

—No, gracias, Piloto. No hay ninguna alegría en beber skotch delante de una chimenea apagada.

—Puedo encender el fuego, si quieres.

—Por favor.

Amontoné algunos troncos verdes en la parrilla y encendí el fuego, y entonces él se refirió al propósito de su visita.

—Parece que habrá una expedición a tus alaloi después de todo.

—¿Y tú vas a dirigirla?

—Sí.

Apreté los dientes.

—Comprendo —dije—. Quieres la gloria.

—¿De verdad? No, no comprendes. El Guardián del Tiempo ordena que yo la lidere.

—¿Por qué?

—¿Quién sabe cuáles son sus razones?

¡Mentiroso, pensé, mentiroso!

—Hablaré con el Guardián del Tiempo —dije.

—¿Le interrogarás?

—Fue mi descubrimiento. Los alaloi... son mi plan. Es mi expedición.

Inclinó la cabeza.

—Sí, está claro —dijo—. Quieres la gloria.

—No, quiero el conocimiento.

—Eso te dices a ti mismo. —Sorbió el vaso de skotch que le había tendido.

—Si vienes, la expedición se debilitará —dije, mirando su larga nariz, la nariz que yo había roto—. Hay sangre entre nosotros.

Se frotó el puente de la nariz.

—No, estás equivocado. No hay sangre entre nosotros.

Engullí una cuarta parte de mi vaso de skotch. Mis ojos ardían por efecto del humo de pino que escapaba a la habitación.

—Si el Guardián del Tiempo no rescinde su condición, me retiraré de la expedición. No iré contigo.

Soli sonrió.

—Sí, tu orgullo está herido. Pero no tienes elección.

—¿Qué quieres decir?

—Ésta es la razón de mi visita; tienes que enterarte: el Guardián del Tiempo te ordena que vengas conmigo.

—¿Ordena? —medio grité—. ¡Hace diez días, ni siquiera iba a permitir una expedición!

—Al parecer, el Guardián del Tiempo ha cambiado de opinión. No me preguntes por qué. —Sorbió su skotch y continuó—: Seremos seis. Ha ordenado que vengan también Justine, Bardo y tu madre.

—Eso hace solamente cinco.

—El sexto será Katharine —dijo, con voz innaturalmente tranquila—. El Guardián del Tiempo le ha ordenado a mi hija que se haga crecer ojos nuevos y venga con nosotros.

Pensé que Soli debía de haber acudido al Guardián del Tiempo para pedirle que su esposa e hija fueran con él. ¡Qué satisfecho debía de sentirse de que Katharine renunciara a sus votos de scryta y se dejara crecer ojos, él que tanto despreciaba a los scrytas! Sin embargo, no pude comprender por qué mi madre y Bardo habían sido incluidos en el grueso de la expedición, a menos que fuera para aplacarme e impedirme hacer ninguna locura, como romper mi voto de obediencia y marcharme solo a los alaloi.

—Nos haremos pasar por parientes lejanos de la tribu devaki de los alaloi —dijo Soli a modo de explicación—. El Guardián del Tiempo cree que tendremos más posibilidades si simulamos ser una familia amplia. Y, como algunos de nosotros estamos emparentados, el engaño será mucho más fácil.

Sí, pensé, Soli era realmente un hombre engañoso.

—Déjame adivinar —dije—; haremos creer que Bardo es tu hijo, mi primo.

—No, ése no es el plan —respondió. Su cara se volvió súbitamente agria, como si hubiera tragado orín de gaviota, no skotch. Pareció muy desgraciado—. Te harás pasar por hijo mío.

—¿Qué? ¡Eso es imposible!

—Por hijo mío —repitió en voz baja—, ya que te pareces mucho a mí. Katharine será tu hermana.

—¡Es una locura! ¡No funcionará! —Me di cuenta de que me había puesto bruscamente en pie, los puños apretados contra las sienes, temblando—. Tú y yo...

pelearíamos, ¿y qué pensarían los alaloi? Todo el plan... ¡Katharine mi hermana, qué locura! ¡Echaré abajo las puertas de la torre del Guardián del Tiempo si hace falta, pero no le permitiré que ordene este plan descabellado!

—Debes recordar una vez más que no tienes otra opción. Lo siento.

Ciertamente, no tenía opción ninguna. Me sentí furioso. Era un piloto que había tomado sus votos, me recordé mientras recorría el salón después de que Soli se marchara. Más tarde, solicité una audiencia con el Guardián del Tiempo, pero él no quiso verme. En una desnuda antesala, esperé toda la tarde mientras jugaba mentalmente al ajedrez para calmarme, para impedirme irrumpir en sus aposentos. Finalmente, envió a un horólogo aspirante para que me informara de que estaba reunido con un príncipe mercader de Tria y no podría ver a nadie durante todo un diezdías.

No le creí. El Guardián del Tiempo estaba probando mi obediencia, pensé, y humillándome porque estaba celoso de mi descubrimiento. Bardo también compartía esta opinión. Nos reunimos alrededor de medianoche en el bar de los maestros pilotos, Bardo estaba borracho y, algo raro en él, bastante aplacado. Tenía la cabeza ladeada, y no paraba de beber cerveza.

—Es una lástima —dijo—. Una auténtica lástima. Por casualidad no le pedirías al Guardián del Tiempo que... —eructó— me ordenara ir en esta loca expedición, ¿verdad? Oh, por supuesto que no, estúpido de mí por sospecharlo siquiera. ¿Dónde está mi maldita fe en los amigos? Oh, lástima, ¿dónde está mi fe en nada? Siempre estás diciendo que el éxito llama al éxito, pero no lo creo. ¡Tú y tu maldito punto de testosterona! Vuelves famoso, lleno de orgullo y semilla, dispuesto para cualquier cosa, pero ésa no es la realidad, oh, no. ¿Puedo hablar en metáforas? Lo haré, lo haré: Somos como talos, tú y yo: cuanto más alto nos remontemos, más grande será la caída cuando el viento se nos ponga en contra. Tengo un mal presentimiento sobre esta expedición, Pequeño Amigo.

Bardo, naturalmente, tenía malos presentimientos sobre todo aquello que pusiera su vida en peligro. Era pesimista por naturaleza, siempre esperaba que ocurriera una calamidad, y cuanto mayor era su felicidad, mayor era también su miedo a que se la quitaran de un momento a otro. Pensando en tranquilizar a mi amigo (y a mí mismo), bebí más skotch, le pasé los brazos por encima y le dije:

—Todo saldrá bien.

—No, no, Pequeño Amigo. Creo que moriré en el hielo, sí, estoy seguro.

—No sabía que fueras un scryta.

—Bueno, no hace falta ninguna visión especial para ver que estoy condenado. — Se sacó un espejito del bolsillo y lo tendió ante su cara. Con dedos de borracho, se secó la cerveza del bigote mientras hablaba consigo mismo—. Ah, Bardo, amigo mío, ¿qué ha sucedido, qué ha sido de ti? ¡Oh, lástima, lástima!

A pesar de los presagios de Bardo y mi orgullo herido, a pesar de la antipatía mutua que nos profesábamos Soli y yo, a pesar de todo, el plan inicial de la expedición salió bien. Cada uno de nosotros, excepto Bardo, se encargó de una tarea diferente. Lionel, que estaba molesto por no haber sido incluido en la expedición, nos ayudó sin embargo a aprender a manejar los trineos. Soli preparó sus inventarios de lanzas, pieles, asperones, sierras de hielo y esferas krydda, todos los cientos de herramientas que necesitaríamos para hacernos pasar por alaloi (y, si era necesario, para sobrevivir). Justine y mi madre consultaron los registros e historias akáshicas, aprendiendo todo lo posible de la cultura de la tribu devaki. Mi misión (y Soli fue inteligente al asignarme esta tarea crucial y delicada, un soborno a mi orgullo) fue contratar y supervisar al tallador que esculpiría nuestros cuerpos para darles la forma de los neandertales.

Al décimo día del falso invierno llegué a un acuerdo con un tal Mehtar Hajime, cuyo taller era el más grande y mejor de la Calle de los Talladores (que es en sí una de las calles más rectas y anchas del Sector Extremo). La fachada del taller estaba adornada con placas de rara obsidiana azul esculpida con formas extrañas, algunas humanas (aunque pocas lo eran), y otras con tan poco parecido a los humanos como éstos con los monos. Había grotescos hombres barbudos cuyas partes habían sido ensanchadas y estiradas hasta que sus miembros les colgaban como péndulos casi hasta las rodillas, y había otros altos y delgados como modelos. No parecía haber ninguna pauta o lógica en la colocación de las figuras: un conjunto enzarzado en dobles ritos sexuales en una orgía estaba colocado junto a una madona sin pechos que llevaba la cinta de una sacerdotisa Vesper en torno a su alargada cabeza. ¡Extraño, qué extraño y bárbaro! Vi que la más grande de las figuras estaba fundida en la piedra sobre el dintel. Anunciaba el tipo de escultura por la que Mehtar era famoso: un hombre alaloi, con su gruesa mandíbula apretada, sosteniendo una lanza y con el brazo doblado mientras apuntaba al ojo de un mamut enfurecido que le atacaba. Reconocí la escultura de Goshevan, que había matado heroicamente a un mamut con un solo golpe de su lanza. Mehtar se enorgullecía obviamente de que hubiera sido un tallador muy parecido a él quien había convertido a Goshevan en un alaloi.

Llamé a la puerta, y un doméstico la abrió y me condujo a través de los pasillos de piedra hasta el cálido y repugnantemente afelpado salón de té, donde me senté ante la única mesa existente. El doméstico me sirvió un buen café que no pude identificar del todo. Tamborileé los dedos contra la superficie de la mesa mientras examinaba los lujosos tapetes de las paredes, los muchos objetos caros sobre los muebles pulidos. Me molestó que aquel venal tallador, fuera quien fuese, no estuviera allí para recibirme.

—Muchos pagan bien por ser más de lo que eran al nacer —oí que decía alguien. Alcé la cabeza y vi a un hombre, que debía ser Mehtar, de pie ante la puerta que

conducía a su sala de operaciones. Parecía tan cavernícola como cualquier alaloi. Era grueso y obviamente poderoso, con grandes manojos de músculos bajo su piel velluda. Su entrecejo sobresalía tanto de su frente que apenas pude ver sus rápidos ojos marrones. Parecía muy familiar; yo estaba casi seguro de que lo había visto antes, aunque no pude recordar dónde. Se golpeó el pecho con la palma de la mano y dijo—: ¿Ves este magnífico cuerpo? Lo mismo que he hecho por mí, puedo hacerlo por ti.

Sorbí mi café (era café de Solsken, supuse, más valorado por su rareza que por su sabor).

—¿Cómo sabes que no he venido para acortar mi nariz? —pregunté.

—Eres el maestro piloto Mallory Ringess —contestó él—. Y sé por qué has venido. —Se sentó frente a mí, frotándose su gruesa mandíbula. Me miró como si apreciara una obra de arte—. Mira al tondo fravashi —dijo bruscamente, y señaló a la pared tras de mí.

Me volví a mirar el tondo. La pintura alienígena, un cultivo de bacterias jaspeadas y programadas aprisionadas entre dos placas de clary, mutó y cambió de forma mientras yo lo observaba. Los hermosos colores flotantes describían la gesta de Goshevan de Mundo Verano y el nacimiento de su hijo, Shanidar; era impresionante. Por supuesto, la posesión privada de tal tecnología era ilegal, pero no dije nada.

—Un famoso castrato que había perdido la voz (estoy seguro de que conoces su nombre) me dio esta pintura a cambio de su restauración. ¡Y lo restauré! Le tallé la laringe hasta que cantó como una campana y, para demostrar mi buena voluntad, le introduje testículos nuevos en sus bolsas vacías, gratis. ¡Para que pudiera ser un hombre de nuevo mientras cantaba con la voz de un chiquillo! No, no soy un hombre venal, no importa lo que digan mis enemigos.

Le expliqué lo que necesitaba, e hinchó la nariz y dijo:

—El precio serán seis mil discos de la ciudad, mil por cada cuerpo que esculpa y...

—¡Estás bromeando! ¿Seis mil discos?

—Toma un poco de café —dijo él, sirviendo el oloroso líquido en mi taza—. El precio es alto porque soy quien soy. Pregúntale a cualquier tallador o unidor de la calle y te dirán que soy el mejor. ¿Sabías que fui aprendiz de Rainer? ¿El tallador que esculpió a Goshevan?

Estaba mintiendo, naturalmente. Yo había consultado los archivos de la Ciudad antes de escoger tallador. Mehtar, aunque parecía decentemente viejo, era realmente bastante joven, demasiado joven para haber sido aprendiz de Rainer. Había llegado a Neverness siendo niño tras haber asistido a la muerte de su planeta, Alesar, en una de esas odiosas guerras de religión que de vez en cuando destruyen a sociedades aisladas. Su familia había pertenecido a una secta escindida de espiritualistas (no

recuerdo la naturaleza exacta o la substancia de su creencia), y los había visto morir la muertemédula mientras vomitaba sangre y juraba que nunca volvería creer en ideales que no pudiera ver, sentir o poseer. Había llegado a Neverness decidido a enriquecerse mientras se vengaba en cualquier carne que se cruzara en su camino. Así, en poco tiempo se convirtió en el mejor tallador de la Ciudad, y también en el más extraño.

—¡Seis mil discos! —repetí—. Nadie necesita acceso a tanta información. Es indecente.

—No comprarás mis servicios insultándome, Piloto.

—Te pagaremos mil discos.

—No es suficiente.

—Dos mil.

Sacudió la cabeza y chasqueó la lengua.

—Con eso comprarás los servicios de Alvarez o Paulivik, cualquiera de los talladores menores. Tal vez deberías acudir a ellos.

—Tres mil, entonces.

—No me gustan las cantidades que contienen el número «tres». Es una superstición mía.

—Cuatro mil —dije, advirtiendo que debería haber persuadido a Bardo para que me acompañara. Yo apenas había pagado dinero por nada en mi vida, mientras que él tenía plena experiencia del valor de la tierra o de regatear con las prostitutas el precio de sus cuerpos.

—Puedo esculpir a cuatro de vosotros por ese precio.

—Cinco mil discos. Cinco mil.

—No, no, no, no, Piloto.

Golpeé la mesa con tanta fuerza que mi taza se agitó y el café se derramó.

—Deberías pensar que tendrías que esculpirnos gratis —murmuré—. ¿No significa nada la búsqueda para ti?

—No, Piloto.

—Bien, cinco mil es todo lo que puedo pagar. —Estaba seguro de que, si hubiera traído a Bardo conmigo, nunca habría accedido a pagar los seis mil discos que Mehtar había pedido originalmente.

—Si eso es todo lo que tienes, es todo lo que tienes —dijo—. Pero nunca sabrás lo bueno que es llevar un cuerpo alaloi, lo bueno que es ser fuerte. —Tras decir eso, cogió la taza vacía y la aplastó con la mano. La taza se hizo añicos, y uno de ellos se le clavó en la palma. Alzó la mano para que yo pudiera verle sacar lentamente el blanco fragmento ensangrentado de la carne herida. Al principio, de la herida manó sangre en borbotones rítmicos.

—Evidentemente, he cortado la arteria —dijo. Cerró los ojos, y los músculos de

su mano alzada empezaron a temblar. Los borbotones rojos se redujeron a un flujo firme, luego a un hilillo. Cuando volvió a abrir los ojos, había dejado completamente de sangrar—. Puedo darte poder sobre tu cuerpo esculpido, además de fuerza. Hay hormonas para que tus testículos rebosen de simiente, o un neurotransmisor borrador que disuelva tu necesidad de dormir. Y, más práctico aún: con unos pocos empalmes se pueden programar varios tejidos para que creen glicopéptidos que impida que la carne se te congele durante la expedición. Yo, Mehtar Constancio Hajime, puedo hacer esto. Mi precio serán seis mil cien discos de la ciudad.

—¿Seis mil... *cien*?

Señaló los trozos de la taza esparcidos por toda la mesa.

—Debo incluir mis gastos de publicidad. Hacen estas tazas en Fostora, y has de saber que era preciosa.

Golpeé la mesa con el borde del puño, y sentí los trozos de porcelana clavarse en el fino cuero de mi guante.

—Eres un repugnante tubista avaro —dije.

Me miró rápidamente, y las aletas de su nariz se agitaron.

—Me llamas tubista. Sí, es cierto. Me sirvo a mí mismo, ¿y por qué no? Solía servir a Dios, pero me traicionó. —Señaló el tondo y la cajita de joyas darghinni sin precio que había al lado—. Ahora colecciono cosas. Las cosas no traicionan.

—Demasiadas cosas. Eres un cosista y un tubista.

—¿Y por qué no? Ciertas cosas poseen un lustre y una belleza que no se estropean con la edad. Nos despertamos por la mañana para saludar nuestras cosas, un lugar para cada cosa hermosamente hecha y cada una en su sitio especial. Compramos cosas, quizás una silla tallada de fina madera granulada o un hermoso nido darghinni, y podemos estar seguros de que poseerlas aumentará nuestro valor.

—No lo creo.

Sonrió.

—Sin embargó, es cierto. Cuando poseemos muchas cosas, podemos cambiarlas para conseguir más cosas, cada una más hermosa, más preciosa, acumulando valor real contra el día del desastre en el que las cosas tendrán que ser cambiadas para conservar la cosa más preciosa de todas: nuestras preciosas vidas.

—Nadie vive eternamente —dije. Miré los fragmentos plateados del nido brillando en su caja. Pensé en los cientos de ninfas de Darghinni que debieron morir cuando robaron su nido—. Tal vez te valoras demasiado.

—Bueno, Piloto, esta carne que llevo es todo lo que soy. ¿Qué debería valorar más? Seis mil cien discos de la ciudad..., una buena suma, pero nunca hay suficiente para asegurar la santidad de la carne del hombre. Nunca, nunca hay suficiente.

Al final, pagué la suma que pedía. Ya era bastante malo tener que tratar con *dinero*; era aún peor discutir por él. Al día siguiente, cuando le conté a Bardo los

detalles de nuestro acuerdo, se quedó estupefacto.

—¡Por Dios, te han saqueado! Debería de haber ido contigo. ¿Qué dijo el Guardián del Tiempo? Es un miserable viejo lobo y..., ahhh, no lo sabe, ¿no?

—No lo sabrá a menos que el maestro tesorero se lo diga.

—Bien, bien. ¿Confías realmente en que ese Mehtar Hajime nos esculpa?

¿Confiaba en el tallador? ¿Cómo se puede confiar en un hombre que contrabandeaba con pieles robadas de shagshay arrancadas del cuerpo de un animal cuando aún estaba vivo?

—Confío en su avaricia —dijo—. Hará lo que le paguemos que haga con la esperanza de que nuestros amigos acudan a él para que los esculpa.

Cuatro días más tarde fui el primero en colocarme bajo los láseres de Mehtar. Me sorprendí al descubrir que la diferencia entre un alaloi y un humano completo era en realidad muy pequeña. Desgraciadamente, esas pequeñas diferencias tenían que ser añadidas o borradas de cada parte de mi cuerpo. Me rehizo de dentro a fuera, sin dejar ninguna parte sin tocar. Trabajó primero con los huesos, ensanchando y enderezando ciento ochenta de los huesos de mi cuerpo. Fue durante este período, que duró un par de diezdías, cuando sentí más dolor de todo el procedimiento. Mientras silbaba para sí mismo y ocasionalmente me contaba algún chiste malo, Mehtar abría capas de piel y músculo y cortaba entre las placas y espículas del interior del hueso mientras yo apretaba las mandíbulas y sudaba. Acorazó las paredes con nuevo hueso y reforzó los húmeros y tendones.

—El dolor óseo es profundo —dijo; las aletas de su nariz se hinchaban y deshinchaban mientras taladraba todo mi fémur—. Profundo y caliente, pero no dura mucho. Hubo algunas ocasiones en que mis bloqueadores del dolor fallaron y Mehtar tuvo que dejarme inconsciente. Tuve la sospecha de que usó esos momentos para introducir bacterias ilegales programadas en mi cuerpo. Nunca pude probar que las bacterias se abrían paso hasta los lugares de mis huesos que Mehtar no podía alcanzar con sus taladros. Allí, algunas bacterias desmontaron e ingirieron mi hueso natural, mientras otras creaban y tejían una telaraña de colágenos y cristales minerales, capa tras capa de nuevo hueso, con una fuerza de tensión más grande que el acero. Una vez, cuando dejé entrever lo mucho que temía esta tecnología, Mehtar se echó a reír.

—Deberías pensar en las bacterias como herramientas, máquinas diminutas, robots infinitesimos programados para hacer una tarea bioquímica determinada —me dijo—. ¿Se rebelan las máquinas? ¿Puede un ordenador encargarse de su propio programa? No, no, no, Piloto, no hay peligro en estas herramientas, pero por supuesto, claro, yo nunca las emplearía, porque hacerlo supondría violar los cánones de tu Ciudad, por arcaicos que sean.

Me frotó la piel pegada del brazo (había estado trabajando con el húmero ese día).

—A nadie le gusta ser colonizado por bacterias —dijo—. En especial por

bacterias inteligentes.

—Oh, noble Piloto, aunque yo fuera uno de esos talladores que ignoran vuestras tontas leyes, programaría las bacterias para que murieran después de que completaran su tarea, naturalmente. ¡Tienes mi promesa!

De algún modo, sus promesas no me tranquilizaron.

—¿Y qué hay entonces de Chimene y el grupo Abril? —dije.

—Esos nombres no significan nada para mí.

Le dije que Chimene era uno de esos planetas donde una colonia de bacterias habían mutado y escapado, consumiendo toda la vida de la biosfera, para acabar desmontando y rehaciendo toda la superficie del planeta en una masa de bacterias marrón púrpura y altamente inteligentes..., todo en cuestión de días.

—Y los escatólogos piensan que sólo tardaron unos pocos años en infestar todo el grupo Abril —dije—. Diez mil estrellas rebosando con tus inofensivas bacterias.

De todos los dioses de la galaxia, los escatólogos temían más que ninguno a la inteligencia colonial de Abril.

—¡Historia antigua! —rechazó Mehtar—. Tal descuido no sucedería hoy. ¿Quién lo permitiría? Te aseguro una vez más que no tienes nada que temer.

Mientras yo sanaba, se dedicó a los demás. Soli fue el segundo en sentir el dolor medular, seguido por Justine, Katharine y mi madre. Bardo, que deseaba ver los resultados de tantas esculturas como pudiera, fue el último.

—He oído cosas terribles sobre esos talladores —me confesó un día, en la sala de operaciones—. ¿No soy ya lo bastante grueso como para dejar mis huesos en paz? ¿No? Por Dios, desearía que no tocara la columna..., hay tantos nervios delicados allí. ¿Y si estornuda en el momento inoportuno? Una pequeña desviación del láser, y Bardo nunca volverá a montar a otra mujer. He oído decir que pasa. ¿Puedes imaginarlo? ¿La poderosa verga de Bardo vuelta flácida como un fideo soba a causa de un estornudo?

Para ayudarle a relajarse y bloquear sus nervios, masajee los pesados músculos en forma de abanico de su espalda. Traté de tranquilizarle, señalando que mucha gente se sometía a esculpidos mucho más intensos sólo por gusto o por seguir la moda. No le conté mis sospechas sobre las bacterias de Mehtar.

—Bueno, ésta puede que sea una alteración menor —admitió, después de que habláramos de algunos pilotos que habían hallado útil hacerse pasar por alguna que otra especie alienígena—. Pero hay otra cosa. ¿No te recuerda ese tallador al burdo alaloi que empujé el día que le rompiste la nariz a Soli? ¿Te acuerdas?

De repente, recordé. De repente, supe dónde había visto a Mehtar antes.

—Estoy seguro de que no es el mismo hombre —dije, para tranquilizar a Bardo. Era mentira, pero ¿qué podía hacer?

—Ah, pero ¿y si te equivocas? Supón que me recuerda. Supón que me

desmiembra, que se venga, ¿sabes lo que quiero decir?

Sin embargo, parecía que Mehtar no le recordaba. O eso, o no era rencoroso. En todo caso, Mehtar hizo su mejor trabajo con él, probablemente porque había practicado antes con todos nosotros. Bardo, naturalmente, no se sintió satisfecho hasta que comprobó su virilidad con sus putas. Todo debió funcionar a la perfección, porque luego sostuvo que se había acostado con doce putas en una sola noche, cosa que era un récord, incluso para él.

El trabajo en mi cara comenzó poco después, a finales del falso invierno. Mehtar me construyó una mandíbula falsa llena de grandes dientes. El esmalte de los molares era grueso y estratificado; la mandíbula en sí era enorme y prominente para proporcionar más equilibrio a los endurecidos músculos. Podría romper nueces baldos o roer huesos sin problemas ni dolor. El trabajo era delicado, especialmente en torno a los ojos. Como toda mi cara, vista de perfil, proyectaba un ángulo grande desde mi cráneo, Mehtar necesitó esculpir grandes cavidades para proteger mis vulnerables ojos. Lo hizo despacio, cuidando mucho los nervios ópticos. Estuve ciego durante dos días. Temí no volver a ver, y me pregunté cómo se abría camino Katharine a través de la negra prisión que rodeaba su cabeza.

Cuando el tallador terminó su concienzudo proceso y pude volver a ver, me tendió un espejo de plata.

—Mira —dijo—. Estás magnífico, ¿a que sí? Observa la nariz, que ensanché mientras bloqueabas el dolor y estabas ciego. Advierte las anchas aletas. Agítalas para mí, por favor. Muy bien: abre, cierra, ahora cierra, vuelve a abrir. Una protección contra el frío —dijo orgullosamente, mientras abría y cerraba los agujeros de su propia nariz—. Este planeta es tan frío...

Miré el reflejo en el espejo; no fue exactamente como mirarme a mí mismo. Más bien fue como mirar una especie de mutación compuesta por dos tercios de Mallory Ringess y un tercio de bestia. Mi cara era fuerte y bien proporcionada, a la vez primitiva y tan expresiva como cualquier cara humana. Mis antepasados en la Tierra, pensé, debieron tener el aspecto que yo tenía ahora. No pude decidir si era guapo o feo. Me palpé la prominente frente; era como el saliente de un acantilado. No estaba acostumbrado a verme con barba, ni pude evitar recorrer con la lengua los viscosos contornos de mis nuevos dientes. Durante un momento me sentí desorientado y abatido. Experimenté una sensación de intensa despersonalización, como si no supiera quién era; peor aún, como si no existiera realmente. Entonces me miré los ojos y, aunque estaban incrustados profundamente en mi cráneo, vi que eran los mismos ojos azules que tan bien conocía.

Debo admitir que ningún otro sufrió esta misma sensación de pérdida de identidad. Mi madre y Justine, y por supuesto Soli, habían experimentado más de una vez el *shock* de que les hicieran cuerpos nuevos. Esto no quiere decir que se sintieran

satisfechos con la escultura de Mehtar. En concreto, Soli odió que, después de tantas drásticas alteraciones, siguiéramos pareciéndonos mutuamente (aunque, como de costumbre, guardó silencio). Justine odió todo su nuevo ser.

—¡Oh, no, miradme! —exclamó, cuando vio lo que Mehtar le había hecho—. ¡Se reirán de mí cuando patine en el Hofgarten, y en cuanto a eso, mirad cómo ha redistribuido mi peso, he perdido mi centro y estoy tan desgarbada!

Permaneció enfurruñada durante tres días. Cuando Soli le dijo que los alaloi la considerarían hermosa, le preguntó:

—¿Y tú crees que soy hermosa?

Y Soli, a quien le gustaba fingir que era un hombre veraz, no dijo nada.

Justo antes de la primera tormenta de la primavera del medio invierno, experimentamos cambios no tan severos. Mehtar punteó nuestra piel, extrayendo muchas de nuestras glándulas sudoríparas para que no empapáramos nuestras pieles y muriéramos congelados envueltos en una película de hielo. También estimuló los folículos capilares de cada uno, y todos, hombres y mujeres por igual, nos cubrimos de un bosque de pelo desde el cuello hasta los tobillos. (Por alguna razón que Mehtar no pudo explicar, densos cercos de pelo negro surgieron entre los dedos de los pies de Bardo y por el empeine de sus pies. Como dijo Mehtar, hay algunas derivaciones genéticas más allá del control de los mejores talladores). Durante esta época levantamos piedras y ejecutamos vigorosos ejercicios físicos para estimular el crecimiento muscular. Mehtar nos llevó a su sala de pesas y frotó nuestros músculos mientras nos sometía al método fravashi del espacio profundo para inducir localmente supergravidades por los músculos de nuestros brazos y piernas. Soli odió esto, igual que odiaba cada vez que Mehtar le tocaba.

—Si esto continúa —decía, flexionando la gran bola de músculo de su brazo—, seré tan grande como Bardo.

También había ejercicios de pensamiento. Uno a uno, visitamos a una imprimátur que nos hizo visualizar el movimiento coordinado de las fibras musculares individuales. Improntó nuestros caminos neurales con ciertas habilidades que necesitaríamos para hacernos pasar por alaloi. Así, por ejemplo, aprendimos a desconchar una hoja de pedernal sin tocar siquiera la piedra con la mano. Y, mientras que los hombres alaloi practican durante una década antes de poder alcanzar el blanco con sus lanzas, nosotros aprendimos este arte en un solo día.

Experimentamos cirugía menor que no he mencionado. Parece que los alaloi, con sus afiladas hojas de pedernal, mutilan el miembro de sus niños varones cuando llegan a la pubertad. El anciano de la tribu corta la piel que cubre el grueso del miembro, y hace pequeños cortes en la delicada piel a lo largo del tallo. En estos cortes frota cenizas y sal y polvos de colores, Las heridas supuran y cicatrizan, y el hombre (el niño que se ha convertido en hombre) queda con el miembro decorado de

arriba abajo con diminutos adornos multicolores. Naturalmente, Bardo se aterrorizó al enterarse de que Mehtar tendría que duplicar los efectos de este bárbaro ritual (yo le había ocultado el detalle hasta el último momento posible). Yo mismo me sentía un poco aprensivo, especialmente cuando Mehtar agarró mi miembro y bromeó con que, si lo estropeaba sin posibilidad de reparación, siempre podía transformarme fácilmente en una mujer, y nadie al que conociera se daría cuenta. Una vez más, todo salió bien, aunque durante días no pude soportar mirar cuando tenía que orinar.

Lo último que hizo Mehtar, o eso pensé en ese momento, fueron los nuevos ojos de Katharine. Los implantó en las cuencas vacías bajo su entrecejo oscuro y ampliado. Eran unos ojos hermosos, unos ojos que había visto antes en sueños; era los ojos de la imagen de Katharine de la Entidad, profundos y amorosos como joyas licuadas negroazuladas. Le tendí un espejo para que pudiera verlos, pero ella me apartó la mano.

—He mirado hacia dentro demasiado tiempo —dijo—. Ahora quiero mirar a las cosas.

Como un niño que mira por primera vez a través de un telescopio, se divertía examinando los objetos en la sala de operaciones de Mehtar: las losas blancas, los intrincados microscopios tubulares, los láseres, los pesarios y los demás instrumentos. Cuando la llevé al Hofgarten para ver a los patinadores, suspiró.

—¡Oh, qué bueno es volver a ver! —dijo—. Había olvidado lo coloreado que es el hielo, el tono azul.

Al día siguiente, en la intimidad de mi casa, ella probó mi cuerpo con las manos además de con los ojos. Con sus manos secas y calientes, agarró mi miembro y pasó los dedos sobre los tatuajes de colores del tallo. Creo que la excitaba, y me pregunté si los alaloi se decoraban el miembro para complacer a sus mujeres (aunque mis estudios sobre los alaloi indicaban que los hombres alaloi hacían pocas cosas para el placer de sus mujeres). Más tarde, mientras jadeábamos y apretábamos nuestros cuerpos ampliados con celo y abandono, en nuestro momento de éxtasis, ella abrió los ojos y me miró como si me viera por primera vez.

—Tu cara —dijo, después de que nos separáramos—. Era como la cara de un animal... Era tan *bestial*.

Me froté la barba y palpé mi enorme mandíbula, y le dije que, en efecto, ahora poseía la cara de una bestia.

—No, no comprendes —dijo ella—. He visto algo que no había advertido desde que era niña. Todos los hombres son bestias, si los miras bien.

Durante los días que siguieron estuvimos muy atareados. Por supuesto, no fue suficiente que esculpiéramos nuestros cuerpos para que parecieran alaloi. Teníamos que *convertirnos* en alaloi, lo cual significaba aprender su lenguaje e improntar millones de pequeñas piezas de conocimiento especializado. El método correcto de

abrir el vientre de un conejo de las nieves, de alinear la cabeza hacia el norte durante el sueño, las palabras y entonaciones para enterrar a los muertos..., todo debía ser aprendido antes de que pudiéramos hacernos pasar por cavernícolas. El lenguaje de los devaki, la tribu de alaloi a la que planeábamos unirnos, resultó ser más difícil de lo que había imaginado. No quiero decir que fuera difícil de aprender o articular. No lo era. Mi madre descubrió que los ordenadores de los akáshicos habían almacenado la mente del alaloi llamado Rainer y habían grabado sus pensamientos, hechos y recuerdos. Fue simple imbuir nuestros recuerdos con lo suyos, con las palabras y reglas gramaticales del lenguaje devaki. Fue simple hacer que nuestros labios articularan fácilmente las suaves vocales abiertas, escuchar las consonantes líquidas surgir sin problemas de nuestras lenguas experimentadas. Para estar seguros, tardamos un poco más de tiempo en dominar los tonos. Unas cuantas palabras devaki eran distinguibles de otras solamente por los tonos de sus vocales. Por ejemplo, *sura* podía significar o bien «púrpura» o «solitario», según que la primera vocal se pronunciara con tono ascendente o descendente. Pero, al final, todos menos Bardo descubrimos que esas pocas palabras eran fáciles de memorizar. Lo que no resultó tan simple fue la comprensión. La morfología, especialmente la de los verbos, era sutil y compleja. Los verbos no tenían inflexiones según nuestras nociones básicas de tiempos pasados, presente y futuros, porque los devaki no comprendían el tiempo como nosotros lo hacemos. (Como aprendería más tarde, los devaki negaban la existencia del pasado y el futuro). ¿Cómo derivaban los devaki sus verbos? Según el estado de consciencia del hablante. Así, un hombre lleno de miedo puede gritar: *Lo mora li Tuwa*, ¡maté al mamut!, mientras que un hombre sumido en temposueño (lo que los devaki llaman temposueño), dirá: *Lo morisha li Tuwa*, que significa algo así como: Yo, en el éxtasis del eterno momento-ahora, estoy unido por el espíritu del mamut que abrió su corazón a mi lanza. Hay ciento ocho inflexiones verbales, cada una correspondiente a una emoción diferente o a un estado mental. Lo que me preocupaba era que al menos siete de esos estados eran extraños para mí, y serían incomprensibles para cualquier hombre o mujer de nuestra Orden. ¿Cómo podríamos escoger las formas verbales correctas, cómo podríamos comprender a seres primitivos que dividían y comprendían la realidad de maneras muy distintas a las nuestras?

Mi madre y yo, y también Justine, pasamos mucho tiempo discutiendo el problema con los semánticos. Yannis el Viejo, que era más alto que ningún otro hombre que yo haya conocido, delgado y con el aspecto frágil de un cubo de hielo, sugirió que las Amigas del Hombre podrían ayudarnos a duplicar esos incomprensibles estados mentales.

—Tengo entendido que has conseguido una comprensión parcial del lenguaje odorífero de las alienígenas —me dijo, refiriéndose a mis experiencias dentro de la Entidad—. Para comprender el pensamiento alienígena, que *pienso* es la forma de

pensar devaki, ¿por qué no acercarse a alienígenas *de verdad*, de modo que su comprensión de los pensamientos que puedan, o no, ser considerados por ellos comprensibles a cualquiera que comprenda que aquello que *no puede* ser comprendido, no pueda ser comprendido solamente en el contexto de la incompreensión? —(Así es como hablan a menudo los maestros semánticos, esos miserables y pedantes buscadores del significado de las palabras. Y no bromeo). Al final, sus sugerencias no sirvieron de mucho. Cuando vino el invierno profundo y arreció, inundando la Ciudad en un mar de aire casi líquido, nos vimos obligados a interrumpir nuestra investigación de aquellos asuntos esotéricos. Eso fue todo lo que pudimos aprender del lenguaje y costumbres de los devaki. Al parecer, tendríamos que fingir algunas cosas.

Leopold Soli, sin embargo, no estaba contento con esta falsificación. A su modo, era un hombre cuidadoso y meticuloso, pese de los fantásticos riesgos que había corrido en sus viajes al multipliegue. A medida que se acercaba el momento de nuestra partida, se volvió cada vez más crítico hacia mis planes y preparativos. Discutimos sobre un centenar de cosas insignificantes, desde el número de trineos que llevaríamos hasta mi insistencia de que una radio sería suficiente para pedir ayuda a la Ciudad si nos encontrábamos en apuros o si necesitábamos que nos rescatasen. Discutimos también de cuestiones importantes. Fue nuestra discusión sobre una cuestión tremendamente importante la que casi echó a perder la expedición antes de que empezara.

Justo al lado del colegio de los altos profesionales, Upplyssa, hay un grupo de edificios conocido como las Cajas Cerebro. Los edificios de granito rosa (hay siete) son achaparrados y bajos, con placas de cristal triangular en el techo. En los días de nieve libre, el interior de los edificios brilla con una luz límpida y natural. Antes de que toda la empresa fuera trasladada a las fábricas al sur de Urkel, en la época de Ricardo Lavi, los reparadores y programadores crearon las neurológicas para sus ordenadores en esos siete edificios. Durante el verano anterior a nuestra expedición, los grandes espacios que los rodeaban se entregaron a los aspirantes, que esculpieron grandes bloques de hielo, y a otros que necesitaban (o querían) manipular cosas materiales. En los edificios tercero y cuarto, los fabulistas crearon sus poemas tonales tridimensionales, mientras que en el segundo edificio algunos historiadores reconstruyeron en miniatura las ciudades subterráneas de la Vieja Tierra. Soli había escogido el séptimo edificio vacío para almacenar el equipo de nuestra expedición. Junto a las paredes desnudas más cercanas a la puerta occidental de la Academia había almacenadas largas y pesadas lanzas para cazar mamuts, balas de sedosas pieles de shagshay blanco, tiras de cuero y tablillas de madera que podían curvarse para hacer largos esquís o ser utilizadas en el chasis de nuestros trineos. Había tiras de carne cruda y congelada envueltas en tela impermeable, y gafas para la nieve,

asperones, montones de pedernal, y cientos de otras cosas.

El día sexagésimo, por la mañana temprano, me encontraba solo en el frío edificio haciendo arneses para los equipos de perros. Como Soli no se fiaba de nuestra apresurada improntación, había sugerido que practicáramos trabajar con cuero o tallar pedernal y otras habilidades devaki. Junto a mí se encontraba acurrucado un hermoso perro llamado Liko. Me había hecho amigo de aquel inteligente animal, y a él le gustaba verme trabajar, mientras lamía y mordisqueaba el hueso que le había dado. Yo estaba hablando con Liko (y a veces pasaba los dedos por la piel gris que cubría su ancha cabeza), cuando él alzó las orejas y dejó escapar un gemido. Oí el rechinante detenerse de unos patines en la deslizadera exterior. Las puertas se abrieron chirriando y crujiendo contra la nieve congelada, y la figura sombría de Soli se recortó contra la suave luz que procedía de la calle. A pesar del amargo frío, sólo llevaba una kamelaika y una fina chaqueta de lana. Su cabeza esculpida estaba desnuda. Pese a todo el peso de los nuevos huesos insertados en su cara, se mantenía rígidamente erecto. Mientras cruzaba el edificio sus pasos fueron medidos, llenos de gracia (lo admito), pero también de un peligroso poder nuevo.

—Es temprano —dijo, cogiendo un cincel y un colmillo de mamut. Se frotó la barba, que era negra y espesa y cargada de hirsutos pelos rojos. Sus ojos estaban hinchados, como si no hubiera dormido bien; parecía exhausto y viejo. Estaba demasiado delgado, pues comía muy poco. Le silbó a Liko, y me observó mientras yo abría un agujero en el cuero—. Ésa no es forma de sujetar un punzón —dijo—. Ten cuidado, no te abras un agujero en la pierna.

Trabajamos en silencio durante un rato. Los únicos sonidos eran el rascar del pedernal contra la madera y el suave chasquido del punzón contra el cuero (y el chasquido de los dientes de Liko mientras mordisqueaba su hueso). De vez en cuando, Soli encogía el cuello y dejaba escapar una nube de vaho. Cuando le dije que era tonto por exponer la cabeza desnuda al viento, él me replicó:

—¿Es estúpido prepararse para el frío intenso de las Diez Mil Islas? ¿Endurecernos, prepararse para lo peor? Parece que tienes miedo a hacer planes.

—¿Qué quieres decir? —Apreté los dientes y abrí otro agujero en el frío cuero.

Examinó mi trabajo.

—Cuida de espaciar los agujeros por igual. No queremos que los devaki piensen que somos descuidados en el trabajo. —Sacudió la cabeza—. Planeas recoger muestras de tejidos..., realmente no tienes ningún plan, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir? —volví a preguntar.

Había planeado recoger las uñas recortadas de los devaki y manojos de pelo y otros fragmentos de tejido con la esperanza de descifrar con su plasma las Antiguas Eddas..., tan poco sospechosamente como fuera posible. Ésa era la regla del Guardián del Tiempo: los devaki no debían saber que rompíamos la alianza hecha

entre los fundadores de Neverness y las tribus de los alaloi; nunca debían saber quiénes éramos realmente.

—Tu plan es descuidado —dijo Soli—. Puede que no resulte tan fácil como piensas recoger trocitos de piel y todo lo demás.

—¿Tienes un plan mejor, entonces?

—Hay un plan mejor. Es de las mujeres, no mío. —Tembló violentamente y se frotó las manos. Sus dientes castañetearon mientras encajaba el largo hueso al chasis de madera que sostenía en su blanca mano.

—Háblame de ese plan.

Se frotó la nariz y me lo contó.

—Es simple: los devaki son sexualmente promiscuos. Como señaló Justine, a nuestras mujeres les resultaría sencillo recoger muestras de su semen.

—¡Pero eso sería adulterio! —grité—. Justine y tú..., y si piensas que mi madre copulará...

—Ni tu madre ni Justine recogerán el semen. Nadie podría pedirle a tu madre que hiciera lo imposible, y en cuanto a Justine, no parecería justo que una mujer casada hiciera eso, ¿no? No, como Justine me recordó, el semen debe ser recogido por una mujer soltera. Y, por eso, será Katharine quien lo haga.

—¡Katharine!

—Sí.

—¿Tu *hija*? ¿Convertirás a tu hija en una puta?

—Fue Katharine quien sugirió el plan.

—No te creo.

Me dirigió una aguda mirada, y me di cuenta de que había protestado con demasiada fuerza. Hasta ese momento, probablemente él no había sospechado la pasión que yo sentía por Katharine. Cerré las mandíbulas y cogí con fuerza el punzón. Su dureza me lastimó los dedos.

—¿Mi hija? —sonrió él, y quise meterle la afilada punta del punzón en la mancha negra del centro de su ojo. Nunca había tenido que contenerme tanto para tragarme la rabia y comportarme—. Sí, era mi hija, ¿no?

—No te comprendo.

Palpó el patín del trineo con el pulgar; lo contempló con los ojos desenfocados, como si examinara un trozo descartado de su vida en vez de una cosa material hecha de madera y hueso. ¡Cómo odié su introversión! Odiaba el hecho de que encontrara en cada persona, problema o cosa una excusa para examinar culpablemente las cicatrices y contornos de su alma.

—Antes —dijo lentamente—, cuando Katharine era una niña pequeña, podíamos comprendemos mutuamente sólo con mirarnos. Era más inteligente de lo que señalaba su edad, y era una niña muy hermosa. Pero cuando se convirtió en scryta y

no en piloto, según era mi voluntad, en una maldita scryta..., cuando tomó sus votos de scryta, me resultó imposible mirarla a los ojos porque se los había sacado. No, Katharine me dejó hace mucho tiempo.

Le dije que no podía creer que una mujer de la Ciudad (mi prima, en especial), pudiera acostarse por propia voluntad con los hombres devaki, aunque en realidad me resultaba muy fácil imaginarla extrayendo el líquido de la vida de los miembros de los brutales y animalescos cavernícolas.

—Tal vez esté cansada de los brazos de los hombres civilizados —dijo él. Pensé que estaba mirando mis manos engarfiadas, mis brazos temblorosos—. O tal vez sólo siente curiosidad..., siempre fue una niña curiosa.

Trabajé con fuerza con el punzón, sin mirar lo que hacía. Sentí un brusco y caliente dolor en el muslo; aullé y bajé la cabeza para ver la punta de hueso clavada en mis pieles. Un oscuro círculo de sangre cada vez más amplio se extendía a partir del agujero. Liko, que había estado ocupado ansiosamente con su hueso, se puso en pie gimiendo, olisqueando, sin dejar de mirarnos a Soli y a mí.

Soli sacudió la cabeza mientras me observaba rasgar el tejido para llegar a la herida.

—¿Necesitas ayuda, Piloto? —preguntó—. Qué descuidado —y se acercó a mí y me miró la pierna.

—¡Maldito seas! —grité. Me puse en pie y le agarré por los brazos mientras él me agarraba a mí. Calientes ríos de sangre corrían por mi pierna, y Liko ladraba porque no sabía qué hacer—. ¡Maldito seas!

Nos quedamos allí de pie durante un momento, forcejeando. Sentí el poder de su nuevo cuerpo correr por los músculos de sus antebrazos. Luché para liberar una mano y así poder hundir mis dedos en la zona blanda tras su oreja, arrancarle la mandíbula de la cara. Pero él me sujetaba con la misma fuerza con la que yo le sujetaba a él. Pude ver en sus ojos helados el conocimiento, la total certeza, de que con nuestros ligamentos endurecidos y nuestros nuevos tendones flexibles podíamos destruirnos mutuamente. Podíamos hacernos pedazos, rompernos los huesos, reducir a pulpa nuestros preciosos cerebros. Los hombres fuertes pueden matar a hombres fuertes..., supe esto súbitamente. De pronto estuve seguro de que él podía ver el conocimiento en mis ojos. Nos soltamos al mismo tiempo. Supe que nunca más podría tocarle enfurecido a menos que estuviera dispuesto a matarle.

Arranqué el punzón de mi muslo y lo tiré al montón de pieles de shagshay. Salté sobre la piel superior, dejando rojas marcas en el cuero blanco extendido. Traté de detener el flujo de mi sangre como había hecho Mehtar con su mano. La mente *puede* controlar el cuerpo, pensé; qué maravilloso es que el cerebro sea amo del músculo. Intentaba recordar esto, aplacar mis músculos enfurecidos, cuando Soli acarició la cabeza de Liko, me miró, asintió y dijo:

—Debe dolerte mucho.

No supe si se refería a mi pierna herida o a mi furia por las infidelidades planeadas de Katharine. Nunca dijo otra palabra al respecto (ni Katharine quiso responderme cuando le exigí saber si se había ofrecido voluntaria para recoger las muestras de semen). Diez días más tarde, antes del amanecer del primero de los días muertos del profundo invierno, Bardo y los miembros de mi desgraciada familia sacamos del edificio nuestros tres trineos cargados. Recorrimos las calles de la Academia hasta los Campos Huecos, donde nos esperaba un rompevientos para llevarnos a los territorios helados novecientos kilómetros al oeste.

CAPÍTULO 8

Kweitkel

Y así el Hombre vertió su simiente en el Tubo de Ensayo, y de los vientres artificiales surgieron muchas razas de hombres, y razas que ya no eran hombres. Los elidi desarrollaron alas y los agathanianos dieron a sus cuerpos forma de focas y nadaron bajo las aguas de su planeta; los hoshi aprendieron el difícil arte de respirar metano, mientras los alaloi redescubrieron artes antiguas y sin edad. En los Mundos Civilizados hubo muchos que buscaron mejorar su herencia racial de muchas formas pequeñas. Los ejemplares de Bodhi Luz, por ejemplo, desearon hijos de mayor estatura y así, centímetro a centímetro, generación tras generación, criaron seres humanos de tres metros de altura. El caos se produjo cuando los seres humanos de diferentes planetas descubrieron que eran incapaces de aparearse y tener hijos del modo natural. Así, el Hombre formuló la tercera y mayor de sus leyes, que sería llamada la Ley de los Mundos Civilizados: Un hombre puede hacer con su carne lo que le plazca, pero su ADN pertenece a su especie.

—De *Réquiem por el Homo Sapiens*, de Horthy Soto.

Las Mil Islas es un vasto archipiélago disperso a través de seis mil kilómetros de océano. Las islas se extienden en un amplio arco desde Landasalia, en el oeste, a Neverness en el sudeste. Aunque hay muchas más de mil islas, muchas, muchísimas más, la mayoría son pequeñas rocas volcánicas aplanadas por el viento y los hielos y la fuerza de la gravedad; son extensiones yermas de tundra y juncos y nieve arrastrada por el viento. (De hecho, el nombre «Las Mil Islas» es una mala traducción del término devaki *helahelasalia*, que significa «Las muchas, muchas islas». Los devaki, como todas las tribus de alaloi, no tienen otra expresión más que *hela* para las cantidades superiores a veinte). Las treinta y tres tribus de los alaloi tienen su hogar en las islas más grandes, las del grupo meridional, que se llaman las *Aligelstei* (o «Las Joyas Brillantes de Dios») y rebosan de vida. Allí, los alaloi cazan el shagshay y el mamut a través de los bosques siempre verdes; allí se protegen los ojos de los colores y la brillantez de los campos nevados; y, de noche, se acurrucan en sus chozas de hielo y en sus cuevas bebiendo su té de sangre y haciéndose preguntas a la luz de las estrellas.

La decimosexta isla se llama *Kweitkel*, y debe su nombre al gran pico que se eleva cuatro mil quinientos metros por encima del mar. Según mi madre, que había improntado los recuerdos más relevantes del alaloi Rainer, encontraríamos a los devaki reunidos en una caverna bajo la cara sur del *Kweitkel*. Todos los inviernos, cuando el mar se congela rápidamente, las familias dispersas de la tribu conducen sus

trineos tirados por perros a través del hielo. Proceden de islas cercanas como Waasalia y Jalkel y Alisalia, y de Sawelsalia y Aurunia, que no están tan cerca. Vienen para encontrar esposas para sus hijos y ejecutar sus ceremonias de iniciación a la masculinidad; vienen a contar historias y a hacerse regalos mutuamente, y porque la oscuridad del invierno profundo, cuando el aire es tan frío que te sorbe el alma por el aliento, es una época terrible para estar solo.

Nuestro plan era acercarnos a Kweitkel desde el sur, un único grupo familiar buscando nuestro hogar ancestral. La argucia sobre la que se basaba toda nuestra impostura residía aquí: Fingiríamos ser los descendientes de Senwe, un hombre valiente que había dejado a los devaki hacía cuatro generaciones para fundar una tribu propia. (Yo esperaba que el recuerdo de Rainer *fuera* limpio y cierto, que hubiera habido realmente un hombre llamado Senwe. ¿Se había internado realmente a través de los hielos del sur en busca de *Pelasalia*, las fabulosas Islas Benditas? Por supuesto, no hay ninguna isla al sur de Kweitkel, bendita o no. Senwe, si se había encaminado realmente hacia el sur, habría muerto sin duda hacía mucho cuando la capa de hielo se rompió bajo el duro sol del falso invierno; su familia y él probablemente habían sido arrastrados al mar frío e insondable). Amparados en la capa de oscuridad, nos posaríamos a quince kilómetros de la costa sur de Kweitkel. Allí, donde los vientos rugen incesantemente sobre miles de kilómetros de hielo, engancharíamos nuestros perros, nos abrocharíamos las pieles y efectuaríamos el corto viaje a nuestro nuevo hogar.

Salimos de la Ciudad en un rompevientos plateado, y recorrimos los novecientos kilómetros que separan Neverness de las primeras de las Islas Exteriores. Dos generaciones antes, Goshevan había recorrido este mismo camino, solo en el hielo a kilómetros debajo de nosotros. Nuestro viaje fue mucho más fácil y mucho más rápido que el suyo. En poco tiempo dejamos atrás las quince Islas Exteriores, un famoso terreno de caza para los corredores-gusano que se arriesgaban a morir bajo el fuego de los láseres en su ansia por contrabandear pieles reales y sin precio para los tubistas de la Ciudad. Debajo de nosotros, cubiertas por la negra tinta de la noche, había montañas boscosas y manadas de blancos shagshay. Debajo de nosotros (una vez más tuve que confiar en la memoria de Rainer) estaba el hogar ancestral de los Yelenalina y Reinalina, dos de las mayores familias de la tribu devaki.

Siguiendo nuestro plan, aterrizamos sobre el helado mar al sur de Kweitkel. Al menos, creo que aterrizamos allí. Tuvimos que confiar en las habilidades como navegante de un tal Markov Living, un piloto aspirante recién salido de Borja. (Es irónico que nosotros, los pilotos que tan fácilmente viajamos desde Urradeth a Gelid Luz, seamos tan notablemente ineptos para la tarea mucho más simple de pilotar un rompevientos). Desembarcamos casi en silencio nuestros tres trineos y los quince ruidosos perros. Trabajamos con rapidez para que Markov pudiera despegar antes de

que el sol saliera y dejara al descubierto nuestra superchería a cualquiera que pudiera vemos desde la distante costa.

Sentí la oscuridad y el frío mientras manejaba las correas de los arneses; la luz de las estrellas era demasiado débil para iluminar a mis perros. Pero podía oírlos gruñir y ladrarse mutuamente, mordiendo las heladas tiras de cuero que los sujetaban. El viento los cubría con oscuras capas flotantes de hielo, y empezaron a bufar, estornudar y tiritar. Bardo, a mi lado, acarició con la mano abierta la cabeza de su perro guía, Alisha. Con la capucha de su piel de shagshay pegada a la cabeza, parecía un gran oso blanco. Soltó una maldición y habló con Justine; no pude distinguir lo que dijo porque el viento aullaba y se llevaba sus palabras por el hielo. Soli, que parecía inmune al viento, unció sus perros al arnés y se inclinó para comprobar su carga. Las mujeres, siguiendo la costumbre alaloi, ayudaban en lo que podían. Pero Justine se descuidó. Apretó demasiado el arnés en torno al pecho de mi tercer perro, Tusa. El perro la mordió y casi le arrancó el guante de la mano. Al instante, mi madre cargó contra el perro y lo golpeó con un látigo de cuero. Le azotó en los cuartos traseros hasta que el animal se puso a gemir y se apretó contra la nieve.

—Ese Tusa es una bestia —dijo al silbante viento. Se volvió hacia mí—. ¿No te lo dije? ¿Que deberíamos haber usado hembras en vez de machos?

Soli la observó todo el rato, aunque estaba demasiado oscuro para poder ver la expresión de su rostro.

—Los machos son más fuertes —dijo simplemente, y le indicó a Markov que estábamos preparados para ponernos en marcha. Markov, que nunca abandonó el calor de la nave, le hizo una señal a Soli y puso en marcha los cohetes. Con un bramido, el rompevientos se abalanzó hacia delante y luego se lanzó hacia lo alto, hacia el oscuro cielo del este. Su fragor resonó sobre el hielo, luego murió.

No recuerdo haberme sentido más solo que aquella mañana en el mar. Yo, que había viajado muy lejos en el multipliegue, a miles de millones de kilómetros de cualquier otro ser humano, contemplé el rastro rojo de los cohetes del rompevientos perderse en el cielo. Estar solo dentro de una naveluz (o cualquier otra nave) no era estar realmente solo. Tenías la seguridad de la cabina, como un útero, el contacto familiar y tranquilizador de las neurológicas, la seguridad del diseño humano. Sobre el hielo sólo había viento amargo, y tanto frío que parecía líquido contra mis ojos y mi nariz; en el hielo había cosas que mataban, no importaba la ayuda de familiares o amigos. Por primera vez en mi vida estaría íntimamente cercano a las cosas de la vida. Mataría animales para comerlos, y me haría la ropa con su piel ensangrentada; haría casas de nieve compacta para evitar morir congelado. El viento cortaba a través de mi parka, y de repente supe, de una manera inmediata y tangible, lo delicada que era realmente mi piel, a pesar de su cobertura de pelo negro y piel blanca. La nieve en polvo me picoteaba la cara engrasada, y escuché el gemido del viento; escuché el

viento silbar al salir de mis pulmones helados y sentí pequeñas agujas de hielo romperse y reformarse dentro de mi nariz cada vez que inspiraba o espiraba. Me pregunté, y no sería la primera vez ni la última, si lo que encontraría en la isla de Kweitkel merecía el precio de los dientes doloridos y la piel congelada.

Poco después, Soli silbó a su perro guía, y comprendí que era hora de ponerse en marcha. Ya que iba a hacerme pasar por un alaloi, pensé que debería practicar sus rituales. Me volví hacia los cuatro puntos Cardinales y di gracias por la mañana. Al este había una luz roja y baja del color de la sangre allá donde el hielo se unía con el cielo. Manojos de rosa y gris gravitaban de la cúpula azul negruzca, iluminada por el sol más allá de la curva del mundo. Al sur, brumas grises y hielo interminable. El oeste estaba oscuro, y el contorno de Sawelsalia aún estaba perdido en los pliegues de la noche. Me incliné hacia el norte, donde Kweitkel se alzaba en la distancia como un enorme dios blanco. (La palabra «kel», que significa montaña, es también la palabra que emplean los devaki para referirse a dios). Sus faldas eran verdes y blanco oscuro, casi pizarrosas contra el cielo, pero los campos nevados de la cima destellaban anaranjados con la luz.

—*Kweitkel, nu la lurishia* —susurré, esperando que nadie me oyera saludar a la montaña—, *Shantih, shantih*.

Enfilamos nuestros trineos hacia el norte y silbamos cuatro notas breves seguidas por una larga nota aguda, la señal con la que los devaki acicatean a sus perros cuando no quieren usar el látigo. Los perros, con sus narices negras y las lenguas rosadas oscilando, saltaron en sus arneses y hundieron los pies en la nieve. Soli conducía el trineo guía, seguido por Bardo. La mayor parte del tiempo, las mujeres viajaban en las camas de los trineos. Sin embargo, al menos dos veces esa mañana mi madre insistió en tomar las riendas de mi trineo. Pero yo no podía dejarla. Las mujeres devaki, le dije para su molestia, no conducen trineos. Yo llevaba el último trineo, que era el más fácil de manejar por dos razones: primera, mi perro guía, Liko, era con mucho el más listo y fuerte de los perros; y segunda, sólo tenía que seguir la pista ya abierta por Soli y Bardo. La nieve en sí estaba dura y limpia; los patines de nuestros trineos brillaban suavemente en sus surcos paralelos. Los devaki llaman a esa nieve *safel*, nieve rápida, y en efecto lo era. A media mañana habíamos cubierto ya la mitad de la distancia hasta la isla, y habríamos avanzado más de lo que pensaba por el penoso estado de los perros.

Debo admitir que mía era la culpa de no dar de comer a los perros. Para empezar, esta crueldad era mi plan. De todas las cosas dolorosas que he hecho en mi vida (y ha habido muchas cosas, muchas), en cierto modo lo que más lamento es la tortura de estos animales inocentes. Era necesario, me dije a mí mismo y a los otros, que tuviéramos el *aspecto* de haber recorrido una gran distancia. Si hubiéramos cruzado realmente mil quinientos kilómetros de hielo, como íbamos a hacer creer, nuestros

perros estarían flacos y hambrientos por haber comido medias raciones durante demasiados días. Con este fin, y contra los deseos de Soli, había exigido que los perros comieran muy poco. Es más, yo mismo, antes de salir de la Ciudad, había frotado sus patas con hielo hasta que sangraron y se helaron. Mientras los animales gemían y me miraban con sus ojos confiados, yo los había mutilado y les había hecho pasar hambre. Lo hice para que los devaki pudieran aceptarnos como hermanos y consiguiéramos descubrir el secreto de la vida. (Sé que no puede perdonárseme por el hecho de que yo también pasara hambre. Los otros hicieron lo mismo. ¿Qué es el hombre sino ese ser que puede soportar cualquier barbaridad, miseria o dolor?).

También fue una lástima que Bardo y yo tuviéramos que fustigar a los perros. Durante el trayecto hasta la isla, Bardo usó su látigo salvajemente. Gritaba y maldecía y azotaba los cuartos traseros de su último perro. Curiosamente, Soli, suyos perros tenían la tarea de abrir la marcha, no usó su látigo. Había aprendido otro truco de Lionel, lo había aprendido mejor que el propio Lionel. Recuerdo cómo el claro silbido de Soli taladraba el aire de la mañana. Era un silbido hermoso, lleno de música; incluso hoy puedo oír ese penetrante silbido. En las notas agudas y limpias había una urgencia, y también una comprensión, como si Soli conociera la agonía de los vientres encogidos y las patas congeladas y sangrantes. Silbaba una y otra vez, y sus perros jadeaban y tiraban con fuerza. Pronto, esperé, si nos acompañaba la suerte, serían recompensados con un buen fuego y trozos sangrantes de carne recién cazada.

Así, nos aproximamos a la costa rocosa de la isla. El viento esparcía el rastro del avance de los trineos sobre la nieve. Tenía la cara tan aturdida por el frío que apenas podía hablar. Pero había poco que decir y mucho que escuchar: los ladridos de los perros y la tonante voz de Bardo; los chillidos de los talos mientras se lanzaban desde los acantilados sobre nosotros y batían las alas contra el viento; las partículas de hielo grabadas en los promontorios de roca que brotaban del mar; y, cuando el viento moría y las cosas vivas se callaban durante un instante, el súbito arrebató de silencio, vasto y profundo.

Aproximadamente a un kilómetro de la costa, vi que tendríamos problemas para llegar a tierra firme. La costa meridional de Kweitkel estaba surcada de altos acantilados, montañas de roca volcánica que sobresalían de las aguas costeras como grandes dedos negros comidos por la enfermedad de la sal y la nieve. El mar estaba congelado sobre las rocas, el hielo crujiente, plegado y denso se extendía sobre la playa en bandas irregulares de blanco y azul. Pensé que sería mejor que circundáramos la isla e introdujéramos nuestros trineos por la cuesta más suave de la costa occidental. Cuando nos detuvimos a mediodía para comer nuestra ración de nueces baldo y agua fría, Soli no estuvo de acuerdo.

—Si vamos a hacer creer que procedemos del lejano sur —dijo—, tienen que vernos llegar desde el sur.

—Pero la pendiente occidental será más rápida —dije yo, con voz pastosa por el frío.

—Siempre tienes prisa, ¿verdad?

—Tal vez los devaki nos han visto acercarnos. Han tenido toda la mañana para observarnos. —Miré a los acantilados del sur, y sentí en la garganta un presentimiento de desastre y perdición. Pero no era ningún scryta, así que todo lo que dije fue—: No me gustan esos acantilados.

Me pregunté qué aspecto habrían tenido nuestros tres trineos vistos desde el risco sobre la cueva devaki. No podía haber nada más diminuto e insignificante que los hombres y sus artefactos moviéndose contra el interminable desierto de hielo. Tres diminutas figuras recortadas contra una blancura infinita, arrastrándose más lentamente que un gusano de la nieve..., eso, imaginé, si es que alguien nos había visto.

Soli apretó los labios, que brillaban de grasa.

—El universo no gira alrededor de Mallory Ringess o de ninguno de nosotros. —Y, para reafirmarse, miró a Justine, que estaba sentada en la cama de su trineo—. ¿Por qué iban a estar observándonos los devaki?

Me froté la nariz; la grasa endurecida estaba fría y pegajosa.

—Si hacemos que los perros suban por ese acantilado, pensarán que somos estúpidos.

—No, no es eso. —Se llevó la mano a las cejas y forzó la vista mientras oteaba las secciones separadas de la playa. Señaló una abertura entre los acantilados donde la playa se alzaba para encontrarse con un bosque—. Allí —dijo, hablando la lengua de los devaki como si hubiera nacido con ella—. Conduciremos nuestros trineos por la lengua de hielo donde lame el borde del bosque.

—Será difícil.

—Sí, eso es cierto.

Esa tarde ejecutamos la tarea más difícil de nuestras vidas. Cerca de la isla, el mar estaba congelado en un entramado de bloques de hielo verde y azul, una jungla de cristales del tamaño de una casa, grietas y montículos y afiladas lanzas de hielo que enganchaban los arneses y casi empalaron a los perros. Hubo momentos en que los trineos se atoraron en las fisuras y pliegues de los riscos de hielo, o peor, colgaron del filo mientras los perros aullaban llenos de frustración y miedo. Al menos tres veces tuvimos que soltar a los perros y tirar mano a mano de las correas de cuero para aupar nuestra carga. Una vez tuvimos que descargar los trineos por completo. Bardo, naturalmente, odiaba cualquier tipo de esfuerzo que no ocurriera en la cama, y en cada oportunidad gritaba y maldecía el instante de su nacimiento. Cada uno de nosotros, a su modo, reaccionaba según su carácter: Justine cantaba una alegre tonada y se reía ante cada dificultad, sólo porque le encantaba estar allí en la nieve junto a su

marido; Katharine, distraída y apartada de su labor, estaba fascinada por el brillo del hielo y la textura de los distantes bosques, y no podía dejar de contemplar las cosas del mundo; Soli parecía saborear los problemas de todo tipo, quizá como una prueba de su inteligencia y su habilidad para soportar el dolor. Sólo mi madre (y he aquí una de las grandes sorpresas de mi vida) parecía a gusto con el trabajo pesado. Se movía entre las peligrosas placas de hielo con seguridad y agilidad; parecía disfrutar de la fuerza de su nuevo cuerpo alaloi. Este placer recién encontrado era evidente en la forma relajada en que tiraba de las correas de los trineos y se encaraba al viento, avanzando mientras clavaba las botas contra el hielo resbaladizo; era evidente en la expresión de su cara esculpida que, a pesar de lo ancho de su nariz y mandíbula, era muy hermosa.

A últimas horas de la tarde llegamos al borde del bosque. Yo tenía los músculos de los brazos hinchados y ardiendo. Me había lastimado la rodilla cuando Katharine perdió pie, resbaló, y todo el peso del trineo cayó sobre mí. Yo también había resbalado y me había torcido la articulación. Sabía que debía a Mehtar el hecho de que los ligamentos hubieran aguantado. Cojeé por la línea de nieve donde la playa daba paso al oscuro bosque, y me encontré (absurdamente) dando gracias al tallador tubista por no haberme quedado lisiado.

Bardo, que simulaba estar extenuado, se sentó en una roca sujetándose la cabeza con las manos.

—¡Por Dios, estoy cansado! —gimió—. ¿Veis mis manos? ¿Por qué no puedo cerrarlas? Esto es una locura. Ah..., pero hace frío, frío suficiente para congelar los meados antes de que toquen el suelo, como os demostraría si no estuviera demasiado cansado para ponerme en pie. Maldito sea Shiva Lal y maldita sea Drisana Lal por abrirse de piernas y ceder ante él y tenerme a mí. Malditos sean también Govinda Lal y Timur, y Hanif y...

Continuó maldiciendo a sus antepasados por infligirle el dolor de vivir; siguió durante un rato. Los príncipes de Mundo Verano, yo lo sabía bien, tenían una excelente memoria de su linaje. Maldijo a su tatarabuelo, y maldijo la irracionalidad del agua por permitirse congelarse en los carámbanos verdiblanco que colgaban de su bigote. En ese momento no sentí lástima de él, aunque sabía que antes de venir a Neverness nunca había visto la nieve o el hielo.

Mientras mi madre cogía uno de los perros y se dirigía al bosque con sus esquíes para explorar el terreno, Justine empezó a envolver con pieles las patas ensangrentadas de los otros perros. Con una mezcla de molestia y admiración, advertí que Katharine se inclinaba sobre un brillante arbusto y rodeaba con sus manos desnudas los pétalos de una flor de fuego.

—Está caliente —dijo—. Los colores, mirad cómo cambian: el rojo se transforma en carmín, el carmín en...

Soli se me acercó, e inmediatamente empezamos a discutir. Yo estaba ansioso por llegar a la cueva de los devaki, pero él sacudió la cabeza.

—Es tarde. El bosque no es un buen sitio para pasar la noche.

—Cuando anochezca estaremos ya en la cueva de los devaki —dije yo—. Sólo hay seis kilómetros de bosque por delante.

—Eso si la memoria de Rainer es cierta.

—¿No tienes fe? —le pregunté con mala intención.

—¡Fe! —dijo él, y se quitó la nieve de las botas.

—Nos quedan dos horas antes del crepúsculo.

—¿De veras, Piloto?

Me volví hacia el oeste, pero estábamos demasiado cerca de la base del acantilado para ver la posición del sol. Deseé haber traído un reloj con nosotros. Habría sido fácil. Recordé haber visto en la Torre del Guardián del Tiempo un reloj no mayor que la uña de mi meñique (la uña de mi meñique, claro, antes de que Mehtar tallara mis manos). El reloj era una lámina de alguna sustancia viva que brillaba y cambiaba de colores para marcar el paso de los segundos y las horas, igual que las flores de Katharine mutaban de magenta a púrpura encendido. Si hubiera escondido entre mis pieles una de aquellas láminas, podría haber predicho el momento en que el borde del mundo, al girar, anularía al sol.

—Podríamos haber hecho que el reparador adjuntara un reloj a la radio —dije, volviendo a abrir la vieja discusión—. Pero no quisiste quebrantar el edicto del Guardián del Tiempo.

La radio en sí estaba oculta en el falso fondo del trineo de Soli junto con las esferas de krydda que necesitaríamos para conservar las muestras de tejidos devaki conseguidas. Por supuesto, no era fácil llegar a la radio; sólo podríamos usarla para hacer señales al rompevientos cuando hubiéramos terminado este peligroso asunto de hacernos pasar por cavernícolas.

Parecía que Soli lamentaba no haber roto el edicto del Guardián del Tiempo contra los relojes. Pensé que debía resultar difícil ser el Lord Piloto. Contempló la base del acantilado, las capas de roca; era como si, a través de las antiguas marcas y sedimentos, contemplara el corazón del mundo.

—El Guardián del Tiempo tiene razón al odiar el tiempo, ¿no? ¿Por qué debe preocuparnos lo que es el tiempo? ¿Por qué necesitamos un reloj cuando tenemos a Mallory Ringess para asegurarnos de que tenemos dos horas antes de que muera la luz?

Cuando mi madre regresó para informar que el camino a través del bosque era despejado y no muy empinado, tomamos nuestra decisión.

—Hay mucha nieve —dijo—, pero la superficie es densa. Mirad a Ivar. Con sus duras patas... no rompió la superficie.

Tardamos un rato en enganchar los perros para nuestra etapa final a través del bosque, y entonces sucedió algo terrible. Yo debería haber estado preparado, porque Katharine soltó de repente las correas, se irguió, y miró al cielo como si contemplara una pintura. Pero yo estaba cansado, demasiado atareado con Liko para darme cuenta de que ella miraba el restablecimiento de una visión pasada. Estaba colocando el arnés en torno al tupido pecho de Liko cuando algo salió de detrás de una roca junto al borde del bosque. Una liebre de las nieves, con las orejas echadas hacia atrás, botó en un salvaje zigzag a través de la nieve. Liko soltó un tremendo ladrido y, antes de que pudiera sujetarle, corrió tras la liebre.

Es difícil decir lo que sucedió a continuación. Difícil no porque mi memoria esté opaca y perturbada, sino porque la narración duele. Liko corrió por la nieve, un destello casi blanco contra blanco persiguiendo a una pelota blanca. Bardo se levantó de su roca, miró hacia el cielo y gritó:

—¡Por Dios, mirad eso!

Otro destello brotó de lo alto del acantilado. La liebre saltaba cada vez más cerca del bosque, y yo alcé la cabeza para ver una gran forma azul extenderse contra el azul del cielo. Era un talo con los espolones preparados que se abalanzaba contra la liebre, contra Liko, contra uno u otro (no sabía cuál), pero rápido y certero, el espolón trasero apuntando como una lanza. Lo hundió en el cuello de Liko. Hubo un grito agudo y terrible. O tal vez fuera la mezcla de dos gritos: el grito victorioso del gran pájaro unido al aullido aterrado de Liko..., no lo sé. El perro cayó en la nieve, revolviéndose, agitando las mandíbulas. Yo corrí hacia él, preguntándome por qué no trataba de escapar del talo. Corrí hacia él, demasiado cegado por la deslumbrante nieve y el miedo como para advertir que el talo probablemente le había roto el cuello. Mientras corría hacia él, con la intención de agarrar al pájaro por las alas y romperle su cuello, el talo me miró con sus brillantes ojos y clavó sus espolones en el flanco de Liko. Volvió la cabeza, como sorprendido, y luego hundió su ganchudo pico en la boca cubierta de espuma del perro. Hubo otro grito terrible, y después silencio. El talo alzó la cabeza (y todo este tiempo, que casi no fue tiempo, yo corría), sosteniendo la lengua rosada de Liko en su pico. Agitó bruscamente la cabeza, tragó el bocado ensangrentado y me miró con sus ardientes ojos. Volvió a hundir la cabeza, como si tuviera un tiempo interminable para ejecutar su violación. Me oí gritar, y la punta del pico se clavó en el ojo de Liko, que había permanecido abierto todo el tiempo, lleno de terror. Golpeé el aire con los puños; el talo echó hacia atrás la cabeza y abrió su garganta; y entonces, mirándome de forma casi placentera, saltó al aire con un grito y un tronar de alas y se perdió en el cielo.

Me quedé de pie junto a Liko, abriendo y cerrando las manos, impotente.

Soli se me acercó, y Bardo, y los demás también. Soli miró a Liko, que gemía.

—¿No ves que se está muriendo? —me dijo.

Yo permanecí en silencio, contemplando las manchas rojas sobre la nieve.

—Tu perro, Piloto, es tu perro.

La mancha ensangrentada se congeló mientras yo miraba.

—Tendrás que matarlo —dijo Soli.

No, pensé. No puedo matar a Liko, mi perro guía, mi amigo.

—Hazlo ahora, Piloto. Rápido.

—No —dije—. No puedo.

—¡Maldito seas! —gritó Soli, que rara vez maldecía, y se inclinó rápidamente y descargó con fuerza el puño contra la cabeza de Liko. Oí romperse el cráneo, y Liko se quedó inmóvil, un pedazo de piel y carne muerta contra la nieve. Soli volvió a maldecir, e inclinó la cabeza y apretó la palma de su mano contra su sien mientras se marchaba.

—Liko está muerto —le dije a Bardo, que se me acercó.

—Pequeño Amigo —respondió, y pasó su pesado brazo por encima de mis hombros.

Traté de mirar a Liko, pero no pude.

—Estaba vivo, y ahora está muerto —susurré.

Bardo cayó de rodillas. Se quitó los guantes y palpó bajo la piel de Liko en busca de los latidos de su corazón.

—Lástima —murmuró, mientras agitaba la cabeza—. Lástima.

Quise abrazar a Liko, tocar su piel, acariciar su nariz helada. Pero no pude tocarle. Ya no estaba vivo; era una cosa de piel y sangre y huesos que se endurecían, y pronto, cuando el talo regresara o los lobos se encargaran de su carne, no sería más que una mancha en la nieve.

—Era tan bonito —dijo Justine. Y entonces, tan suavemente que sus palabras casi se perdieron en el viento, añadió—: *Liko mi alasharia la shantih.*

Era la plegaria devaki por los muertos.

Traté de repetirla, pero no pude conseguir que mis labios formaran las palabras. Nunca antes había visto morir a un animal. No creía que el espíritu de Liko fuera a descansar en paz al otro lado del día.

—No hay gloria cuando el tictac se detiene —me había dicho el Guardián del Tiempo—, sólo hay negrura y el infierno de la nada eterna.

Miré el cuerpo del perro, y vi la nada. El viento rugía en mis oídos y corría por su pelaje como olas sobre el mar del falso invierno, y recordé que había visto la muerte antes. Una vez, cuando era un niño y me encontraba en la playa ante el Hofgarten, había visto a una gaviota picotear el cadáver de una de sus hermanas. Recordé muy bien aquella primera visión de la muerte: las plumas rotas y aceitosas, sucias de espuma y arena, las brillantes joyas rojas de carne, capturaron mis ojos fascinados. Y más tarde, ese mismo día, el día que terminé con mis paseos en solitario por la playa,

vi el esqueleto de una ballena varada que el mar había empujado a tierra. Recuerdo los grandes dedos de hueso blanco curvándose hacia arriba en la arena húmeda, como para agarrar el aliento del viento. Sí, había visto la muerte antes, pero no el propio acto de morir. Las alas rotas de la gaviota, las costillas peladas de la ballena..., aquéllas eran *cosas* colocadas caprichosamente sobre la playa, recordatorios óseos de que había un horror y un misterio final que evitar a toda costa. Miré el hermoso cuerpo de Liko, el grueso cuello, el pecho profundo, y vi que era a la vez una cosa y algo más, era un único ser al que había visto pasar de la vida a la muerte. Era este paso lo que me aterrorizaba. Era morir lo que hacía que los dientes me dolieran y robaba la voluntad de mis músculos. Miré a Liko y sentí las lágrimas congelarse en mis ojos; miré a Liko y me desprecié a mí mismo porque advertí que estaba más allá de mi pena o mi dolor.

Debería haberle enterrado, pero la nieve era demasiado dura para cavar en ella. Playa abajo, Soli le silbó a sus perros, un aviso de que pronto el bosque estaría oscuro, de que no teníamos tiempo para entierros. Justine, aquella mujer hermosa e inocente que pensaba que nunca podría morir, dijo unas cuantas palabras de consuelo y fue a reunirse con él. Mi madre se acercó a Liko, se frotó las tupidas cejas y ladeó la cabeza.

—No era más que un perro —dijo—. ¿Qué hay que enterrar? Deberíamos volver a los trineos. Antes de que esté demasiado oscuro.

También ella me dejó allí. Vi cómo soltaba a Tusa del arnés y lo ponía a la cabeza del trineo, en el lugar de Liko.

—¡Bárbaros! —les gritó Bardo—. ¡Por Dios, mirad a este pobre perro! —Alzó la cabeza al cielo y dejó escapar una estentórea maldición. Maldijo al talo por matar a Liko, y maldijo a los dioses por dejarle morir; maldijo al padre y a la madre de Liko por haberlo tenido; maldijo a Soli y por último me maldijo a mí. Se acercó a la playa, maldiciendo, y levantó un peñasco de granito, y lo colocó sobre el cadáver de Liko. Yo alcé una roca, más pequeña, e hice lo mismo. De esta forma, trabajando como locos, construimos rápidamente un túmulo sobre el perro.

Cuando terminamos, Katharine se acercó con un puñado de flores de fuego que había cogido en el bosque. Las colocó sobre la tumba de Liko.

—Lo siento, Mallory —dijo.

—Viste al talo, ¿verdad? En un sueño... Sabías que esto sucedería.

—Vi... posibilidades. Lo sabía, pero no... No hay forma en que pueda hacértelo ver, ¿verdad?

Observé las flores titilar y perder su fuego rojo; sólo hicieron falta unos instantes para que el fuego muriera.

—Deberías haberme advertido de lo que viste. Podría haberle salvado.

—Lo siento.

—No lo creo.

—Lo siento por ti.

No queda mucho más que contar de nuestro largo día de viaje hasta la cueva de los devaki. Nuestro paso a través del bosque fue rápido y fácil, como yo esperaba. Recuerdo que la isla era hermosa. Los árboles verdes contra las suaves pendientes blancas, las colinas verdes y blancas allá donde tocaban el cielo azul... Curiosamente, esta perfección de colores viene instantáneamente a mi mente cada vez que recuerdo los trágicos hechos de nuestro viaje. (No me refiero a la muerte de Liko, sino a las tragedias que pronto tendrían lugar). Nuestros perros tiraban de nosotros por la tierra que se alzaba gradualmente. No hacía tanto frío como antes en el hielo, pero sí lo suficiente como para resquebrajar los árboles. Varias veces dejamos atrás los cadáveres rotos de árboles medio enterrados en la nieve. Aunque nunca vimos a ninguno estallar, el trueno de los árboles al morir reverberaba de colina en colina. Había serrín y largas lascas blancas en el aire; vi que Soli tenía razón, que el bosque no era un lugar donde pasar la noche.

Por fin, a medida que la luz se desvanecía y nuestras sombras se hacían casi tan largas como los árboles, rodeamos la curva de una pequeña colina. Ante nosotros se alzaba una colina mayor, y en la cara norte, como una boca negra, estaba la cueva de los devaki. Sobre nosotros, al norte, por encima de ambas colinas, sobre las ondulaciones menores del mundo, se erguía Kweitkel, vasto, blanco y sagrado..., o eso creen los devaki. Pero allí de pie, en la penumbra y el silencio, mientras contemplaba las profundidades de la cueva, no sentí nada sagrado; me sentí cansado, descreído, y muy, muy profano.

CAPÍTULO 9

Yuri el Sabio

Del Hombre y la Bomba nacieron los Hibakusha, los mundos de Gaiea, Terror, Muerte, y la Primera Ley de los Mundos Civilizados, que prohibía al Hombre hacer estallar el hidrógeno en luz. Y los Hibakusha huyeron y se acostaron con la Ley, y así nacieron los afásicos, los amigos de Dios, los desviados, autistas, mággidos y arhats de Newvania. Y Terror se casó con Muerte, y así nacieron el Vild y la gran Nada de más allá. Y Terror se casó también con Ley y alumbró a los pueblos ocultos, que valoraban la vida menos que el Orden, y así rindieron su Libre Voluntad al dios menor del Orden. De los Pueblos Ocultos, casi no sabemos nada.

—De *Réquiem por el Homo Sapiens*, de Horthy Hosthoh.

Nuestra aproximación a la cueva fue una confusión de perros ladrando y gritos y niños corriendo entre nuestros trineos. Apartaron con sus manitas las mantas del trineo para ver si habíamos traído lenguas de mamut o hígado de shagshay o cualquier otro de los bocados favoritos de los devaki. Abrieron las bolsas de cuero que contenían nueces baldo y sacudieron la cabeza, decepcionados de que la única comida que nos quedaba fuera tan magra y pobre. No parecieron sospechar que no éramos sus primos lejanos sino gente civilizada que venía a robar su plasma. Nos quedamos junto a nuestros trineos, esperando a que sus padres salieran de la boca de la cueva. Volví la cabeza hacia los fuegos de la entrada y dejé que el calor derritiera el hielo de mi barba. Había bebés llorando, el olor de carne asada y pieles mojadas y sangre podrida. Yo no estaba preparado para este olor, y me puso enfermo. El denso hedor rancio de orines viejos que inundaba las rocas, el olor a madera cortada y humo, el aceite de las pieles y el vómito de los niños que se mecían en las pieles de las curiosas mujeres devaki... Aunque la memoria de Rainer había demostrado ser adecuada, parecía que también era incompleta; yo no tenía en mi mente ningún recuerdo de estos terribles olores. (Creo que esto es un defecto del trabajo de los ordenadores de los akáshicos. La memoria de los olores se encuentra en las profundidades del cerebro límbico, a veces demasiado profunda para que los akáshicos la alcancen). La zona entre las hogueras estaba salpicada de huesos roídos y pedazos de pellejo y carne; tuve que mirar donde pisaba o de otro modo habría aplastado alguno de los numerosos montones de mierda de perro medio congelada que había sobre la nieve. Los hombres de los devaki (gruesos, rudos, vestidos igual que nosotros con pieles de shagshay) nos rodearon, tocando nuestras pieles, nuestros trineos, tocándose mutuamente mientras pronunciaban sus palabras de bienvenida, *ni luria la devaki, ni luria la*. Entonces Soli, que acariciaba la cabeza de uno de los

niños, dijo:

—Yo soy Soli, hijo de Mauli que fue hijo de Wilanu, el Matador de Ballenas, cuyo padre fue Rudolf, hijo de Senwe que dejó a los devaki hace muchos años para buscar las Islas Benditas. —Se volvió hacia mí y me pasó el brazo por los hombros—. Éste es mi hijo Mallory; somos el pueblo de Senwe, que fue hijo de Jamaliel el Fiero.

Odié el contacto de la mano de Soli sobre mi hombro; odié tener que hacerme pasar por hijo suyo. Odié el hedor de la cueva y las heridas abiertas en las toscas manos de los hombres, y odié la presión de los cuerpos apestosos a mi alrededor, pero tuve poco tiempo para saborear mi odio, porque el recital de nuestro falso linaje por parte de Soli había provocado gran excitación. Se produjeron risotadas, gritos y jadeos de asombro. Un hombretón con un solo ojo cojeó hacia adelante y colocó la mano en la nuca de Soli. Después, hizo lo mismo conmigo.

—Yo soy Yuri hijo de Nuri que fue el hijo de Lokni el Desgraciado.

Yuri, con su barba gris hirsuta y la piel arrugada, era de mediana edad y más alto que cualquiera de los cuarenta hombres de la Cueva, excepto Bardo. Tenía una gran nariz que asomaba por entre sus prominentes pómulos. Mientras nos hablaba, movía la cabeza adelante y atrás como un talo, y su único ojo escrutaba nuestros trineos y nuestros perros tensos y ansiosos. Parecía buscar algo que no pudo encontrar.

—El padre de Lokni fue Jyasi, hijo de Omar hijo de Payat, que fue el hermano mayor de Senwe y el hijo de Jamaliel —continuó. Rodeó a Soli con sus brazos y le aporreó la espalda con los puños—. Somos casi-hermanos —dijo, y su gran ojo marrón brilló a la luz de las hogueras—. *Niluria, ni luria, Soli wi Senwelina.*

Nos guió a la entrada de la cueva. A diez metros de las hogueras había dos chozas de nieve, pequeñas cúpulas hechas de bloques de hielo cuidadosamente cortados y encajados unos sobre otros. La pequeña cabaña más cercana a la parte trasera de la cueva tenía un agujero en la pared lo bastante grande como para poder asomar la cabeza. La otra, que estaba picoteada con las marcas de las gotas de agua, era aún más pequeña. Después de que Soli presentara a mi madre y a Bardo como su hermana por matrimonio y su sobrino (esto, también, era parte de nuestro engaño), Yuri los miró y les dijo que eran bienvenidos a compartir la choza más pequeña. Se acercó a Bardo y apretó su brazo y palpó los músculos de su pecho.

—Bardo es un nombre extraño —dijo—, y eres un hombre extraño, creo, extraño pero muy fuerte. —Miró a mi madre de arriba a abajo, como dudando de que fuera la madre de Bardo—. Deberías haberle llamado *Tuwa*, el mamut —le dijo. Indicó que Soli y yo, y Justine y Katharine, compartiríamos la choza más grande. Pensé que le había comprendido mal. No esperaba que nos introdujéramos en aquel espacio tan pequeño, ¿no? Miré a través del agujero de la pared, pero estaba demasiado oscuro para ver nada. Los olores a pescado podrido y orines me hicieron querer derribar la

cabaña de una patada.

—Podéis tender vuestras pieles de dormir y tapar el agujero, y estaréis calientes —dijo Yuri—. Ahora os enseñaré la cueva de Jamaliel hijo de Ian cuyo padre fue Malmo el Afortunado, hijo de... —Y, mientras se internaba en la cueva, recitó nuestra línea de antepasados hasta llegar al mítico Manwe, que era hijo de Devaki, madre del pueblo. (Según el mito, el dios Kweitkel metió la punta de su cono dentro de Devaki, donde entró en erupción, llenando así su vientre con Yelena y Reina y Manwe, y los otros hijos e hijas del mundo).

La cueva era un tubo de lava que se internaba setenta metros en las profundidades de la montaña. Había sido formada, sin duda, cuando alguna gigantesca burbuja de gas quedó atrapada en un bolsillo de lava fundida que fluía en una de las erupciones de Kweitkel (el Kweitkel real, quiero decir, no el dios). La lava se había enfriado y los gases habían abierto grietas en la roca endurecida. En algún momento del distante pasado, un terremoto había roto el extremo del tubo, abriendo la cueva al viento y la nieve y a la pequeña banda de alaloi que la habían convertido en su hogar. Frente a nuestras dos cabañas de nieve, pero situadas más profundas en la cueva casi cilíndrica, estaban las cabañas de una de las familias más pequeñas de la tribu, los Sharailina. A mitad de camino en el interior de la cueva (era difícil ver cuánto), un diente de lava enfriada colgaba del techo al suelo. La lava, quizá modelada a placer de los salvajes gases primarios, se había enfriado de forma irregular; si uno la miraba desde atrás, frente a los fuegos de la entrada, la masa de roca y sombras irregulares parecía el perfil de un anciano sonriendo.

—Es el Viejo de la Cueva —nos dijo Yuri—, y sonrío porque ha llegado el invierno profundo y todos sus hijos han regresado a él.

Continuamos avanzando, dejamos atrás las chozas de las familias Reinalina y Yelenalina, hasta que llegamos a las seis chozas de los Manwelina, tan profundas como pensé que podíamos llegar. Entonces oí llorar a un bebé, y Yuri señaló la oscuridad.

—Más adentro están las chozas de los nacimientos; oís llorar a mi nieta.

Nos sentamos en las sucias pieles tendidas entre las chozas de la familia Manwelina. Estrictamente hablando no éramos de los Manwelina puesto que nuestro supuesto antepasado, Senwe, había dejado la familia para formar la suya propia. Sin embargo, Yuri nos recibió como a familiares. Llamó a sus dos grandes hijos, Liam y Seif, para que se sentaran con nosotros mientras su esposa nos servía cuencos de sopa caliente. Se llamaba Anala, que significa «fuegovida», y era una mujer fornida y bien formada, cuyo pelo gris le colgaba hasta la cintura. Sonreía con demasiada facilidad y muy a menudo, y no me gustó la forma en que inmediatamente se hizo amiga de mi madre. Sentí recelos ante la forma en que se abrazaron mutuamente y se susurraron alternativamente al oído. Pensé que mi madre se había convertido en una mujer

devaki con demasiada rapidez.

—Mi esposa es feliz de conocer a su casi-hermana y, ¿quién puede reprochárselo? —dijo Yuri. Luego miró el brillo amarillo enfermizo de las piedras ardiendo en la hoguera como si *él* no se sintiera contento en absoluto. Estaba claro que no le gustaba mi madre—. Cuéntenos vuestro viaje —le dijo a Soli—. Háblanos de *Pelasalia*, las Islas Benditas.

Mientras Soli relataba las mentiras cuidadosamente preparadas, la falsa historia de nuestro «milagroso» viaje, el pueblo de los devaki se congregó a nuestro alrededor. Cuando no podían sentarse, se quedaban de pie con el cuello estirado y las orejas vueltas hacia Soli, esperando oír sus memorables palabras. Cuando terminó, se produjeron jadeos de sorpresa y gemidos de asombro.

—Fue un gran relato. Un relato triste pero grande —dijo Wicent, el hermano menor de Yuri—. Rezaremos a los espíritus de nuestras casi-madres y padres e hijos que murieron en el mar congelado.

Lo que Soli les dijo fue que Senwe *no* había encontrado las Islas Benditas, sino una tierra helada y yerma donde la vida era dura y sombría. Los antepasados de Soli, mintió, no habían prosperado ni se habían multiplicado. Cuando su padre, Mauli, murió, Soli dijo que había decidido devolver a los sobrevivientes de la familia a su hogar ancestral.

—Pero la esposa de Mallory, Helena, y mis tres nietos cogieron fiebre y murieron en el viaje. Y la esposa de Bardo murió al parir antes de que partiéramos.

Me froté la nariz, cohibido, porque era difícil escuchar una historia tan fraudulenta. Para mi sorpresa (y, supongo, satisfacción), los devaki parecieron creer hasta la última palabra.

—Rezaremos especialmente por los niños —dijo Yuri—. Cuando llegasteis sin niños temí preguntaros qué había pasado.

Con fingida amargura, Soli se frotó las sienes y dijo:

—Las Islas Benditas son un sueño. Al sur no hay nada más que rocas peladas y hielo; el hielo continúa eternamente. —Les dijo esto, como habíamos planeado, para que ninguno de los devaki se matara viajando hacia el sur en busca de un sueño.

—Deberíais haber ido más al sur en vez de regresar a Kweitkel —dijo Liam, cuyos ojos estaban llenos de valentía y sueños—. Más al sur, donde el hielo no es interminable sino que da paso a las Islas Benditas. El aire es tan caliente que la nieve cae del cielo como agua.

—Sólo hay hielo y muerte al sur —dijo Soli.

Liam miró a Katharine cuando ella se quitó la capucha de pieles.

—Tal vez sea bueno que hayáis venido al norte —dijo.

No me gustaba la belicosidad de su fuerte cara; no me gustaba la forma en que miraba a Katharine mientras ella se llevaba el cuenco de sopa a los labios y soplabla el

guiso caliente. Incluso para los niveles civilizados de belleza era un hombre demasiado apuesto, con la nariz recta y largas y bonitas pestañas. El color de su pelo y su larga barba era dorado, un color que nunca me ha gustado ver en un ser humano. Supongo que tenía una sonrisa encantadora (todo él mundo decía que así era), pero, cuando abrió la boca para sonreírle a Katharine, todo lo que pude pensar fue que sus dientes eran demasiado grandes y bonitos, sus labios demasiado rojos, demasiado carnosos, demasiado sensuales.

—Al sur —dije, por una vez de acuerdo con Soli—, sólo hay hielo y muerte. Sólo un loco buscaría la muerte en el hielo.

—Se dice que lo que es locura para un hombre débil es valentía para el fuerte.

—Cuando hayas cruzado mil quinientos kilómetros de hielo —dije— y tengas que matar a tu perro guía, podrás hablar de valentía.

Liam me miró rápidamente, como si advirtiera que podía conseguir más con halagos que con insultos.

—Naturalmente, todos los Senwelina fueron fuertes y valientes para cruzar el mar helado. Para sobrevivir a las tormentas, al frío del Aliento de la Serpiente. Mi casi-hermano Mallory es muy valiente, y mi casi-hermana es muy valiente y hermosa. Es bueno que hayáis regresado a casa para que una mujer tan hermosa no tenga que casarse con Bardo, su valiente primo.

Odié la forma en que Katharine le sonrió cuando dijo esto. Fue una sonrisa atrevida, una sonrisa íntima cargada de curiosidad. Odié tener que hacerme pasar por su hermano. Quise agarrar a Liam por el cuello, sacudirle, decirle que yo era el primo de Katharine, no Bardo. Quise decirle a él, a todos, que en cuanto regresáramos a la Ciudad, Katharine se casaría con su primo, su primo real. En cambio, apreté las mandíbulas y no dije nada.

Yuri se levantó y se dirigió a la entrada de la cueva. Cogió varias tiras de carne que colgaban del espetón sobre el fuego. Las trajo colgadas del brazo, sin que le importaran los jugos que fluían de las grietas en la carne quemada. Entregó uno de los trozos a Soli, mientras se quedaba con uno y tendía el restante a su hermano.

—Os vimos venir desde el sur —dijo Yuri—. Ha sido un año pobre; los shagshay y el vientre de seda han huido a las Islas Exteriores, y el Tuwa está demasiado enfermo y su número disminuye tanto que es mejor que no lo cacemos. —Se llevó la negra carne a la nariz y olisqueó—. Hemos tenido que cazar a Nunki, la foca. Pero su número también ha disminuido porque los peces no nadan como antes. Nunki no salta contra nuestras lanzas. Esta carne de foca es la última que tenemos. Liam debería haberla comido para desayunar, ¿y quién podría reprochárselo? Pero os vimos venir desde el sur, y supimos que si erais hombres, no espíritus como decía Wicent, tendríais hambre de carne.

Y, diciendo esto, echó la cabeza hacia atrás y abrió la boca. Se metió la tira de

carne y cortó una sección con sus fuertes dientes blancos. Para mi horror, vi que la carne estaba cruda bajo la costra negra. Yuri mordió y masticó rápidamente y tragó y mordió otra vez; tragaba y masticaba y la sangre de la carne casi viva resbalaba por sus rojos labios. Mientras masticaba, hizo un sonido de succión, como de humedad contra humedad. Masticaba con la boca llena, aplastando gustosamente la dura carne.

Soli le observó con cuidado y entonces hizo lo mismo que el viejo, devorando la carne como una bestia. Yuri comió unos pocos bocados más y pasó lo que quedaba a su hijo mayor, Liam. Soli, con el rostro impasible mientras sus mandíbulas trabajaban, me ofreció la repugnante tira de carne mutilada. Pero no pude tocarla. Yo, que tan ansiosamente había planeado esta búsqueda romántica del secreto de la vida..., me sentí enfermo y petrificado ante la pieza de vida que colgaba entre los dedos grasientos de Soli.

Liam me miró mientras rasgaba su carne. Yuri, también, había vuelto sus ojos hacia mí, preguntándose obviamente por qué no aceptaba la carne.

—Es carne buena y jugosa —dijo con un guiño, mientras se lamía el bigote—. Odio matar a Nunki, pero me gusta el sabor de su carne.

Soli me miraba, igual que Wicent y sus hijos, Wemilo y Haidar. Mi madre y Katharine y un centenar de curiosos hombres y mujeres devaki..., todos me miraban. Bardo, sentado junto a mí con las piernas cruzadas, me dio un codazo. Extendí la mano para coger la carne. Aún estaba caliente por el fuego, dura en la superficie, caliente y suave y blanda por dentro. La sostuve con cuidado, como temiendo que mis dedos nerviosos pudieran magullarla. Jugos grasientos manaron de la costra rota y corrieron por mis manos. Sentí los jugos calientes revolverse en mi boca, la súbita náusea dentro de la garganta. El olor a carne asada me hizo querer vomitar. Volví la cabeza, tragando saliva, y dije:

—Debería dar esta carne a mi primo, Bardo. Es más grande que yo y tiene más hambre que un oso al final de la primavera del medio invierno.

Miré a Bardo, que observaba la carne mientras se mordía el bigote. Bardo, pensé, a pesar de sus capas de cultura y gusto adquiridos, a pesar de la profunda repugnancia de un hombre civilizado por otra cosa que no fuera carne cultivada, a pesar de la plena *barbarie* de comer carne viva, si tenía hambre comería de todo.

Pero Yuri sacudió la cabeza hacia delante y hacia atrás.

—¿Rechaza un hijo la vida que su madre y su padre le dan? —dijo—. No, y por eso no debe rechazar la carne que su padre le ofrece ni la bebida que su madre hace. ¿Estás enfermo, Mallory? A veces el frío y el viento enferman tanto de hambre a un hombre que no puede comer. Entonces su hambre muere y su carne cae de sus huesos, y su fantasma hambriento está demasiado ansioso por ver el otro lado del día. Creo que eres un hombre hambriento que ha negado su hambre demasiado tiempo: esto podría verlo un ciego. ¿Ordeno a Anala que haga más té de sangre? ¿Para

despertar tu hambre?

Sostuve la tira de carne en las manos y me tragué mi vómito.

—No, comeré la carne —dije. Recordé súbitamente, gracias a los archivos de los akáshicos de la memoria de Rainer, la fórmula del té de sangre. Por grande que fuera mi disgusto a la hora de comer la carne, sentía más horror a beber el té, una increíble mezcla de sangre de foca, orina y la amarga raíz del árbol quebradizo. Eché la cabeza hacia atrás e hice oscilar la carne sobre mi boca. Le di un mordisco.

No diré que la carne sabía muy distinta a las carnes cultivadas que mi madre me había hecho comer de niño. No era así. Ciertamente, la carne era más grasienta, estaba llena de chamusquina y era mucho, mucho más rara de lo que cualquier carne debería ser. Pero seguía siendo carne.

—La carne es la carne —dijo Bardo, atiborrándose de carne después de que yo comiera mi parte. No, no era el sabor de la carne lo que me molestaba; era la idea de masticar carne que había saltado a las órdenes de un cerebro vivo, carne que había estado viva. Mastiqué y tragué las grasientas proteínas, poco distintas a las de las células musculares clonadas y descerebradas que son cultivadas en tanques. Comí mi porción, horrorizado y fascinado ante esta necesidad de la vida de alimentarse de otra vida. Los sabores a hierro y sal llenaron mi boca, y mi cuerpo helado y exhausto despertó a la vida. Di otro bocado a la carne, y luego otro y otro más. Sabía bien. Tenía tanta hambre que llené mi boca de gotas sangrientas; mastiqué tan rápido que me mordí los carrillos. Tragué mi propia sangre junto con la de la foca y comí hasta que sentí la urgencia de vomitar. Cuando no pude comer más, le tendí la carne a Bardo.

El resto de nuestra comida fue aún más repugnante. Y aún peor, las viejas comidas podridas que Anala y las mujeres trajeron ni siquiera sabían bien. Los hombres y mujeres devaki, y también los niños, rompían nueces entre sus dientes. Comían la carne de la nuez, que era amarilla y mohosa, cubierta de un vello blanco. La esposa de Wicent, Liluye, una mujer delgada y nerviosa con dientes amarillos y saltones, nos preparó una sopa de huevos podridos de talo. Los grandes huevos azules se habían incubado demasiado, pero los devaki los comieron de todas formas, apartando sólo los ojos de los embriones (lo hacían porque los talos eran ciegos al nacer, y no querían adquirir su ceguera). Hubo también otros alimentos, alimentos que yo no podía imaginar que un ser humano pudiera comer: tragaban trozos crudos de grasa de foca como mi madre lo haría con un bombón de chocolate; los intestinos crudos de talos y otros pájaros; huesos de mamut de un año que habían sido enterrados para que se ablandaran y pudrieran; y, por supuesto, los omnipresentes cuencos de apestoso té de sangre. (No quiero dar a entender que los devaki no tenían cuidado con las sustancias que tragaban. No era así. Curiosamente, no bebían agua que contuviera la menor partícula de suciedad. Y en cuanto a las comidas

mencionadas, las comían sólo porque tenían hambre. El hambre es la gran especia de la vida. Más tarde, ese mismo invierno, cuando estuvimos a punto de morir de hambre, vendrían horrores peores).

Después de terminar nuestra comida, Yuri se frotó la barriga y dijo una oración por las almas de los animales que habíamos comido.

—El invierno ha sido frío y duro —dijo—. Y el último invierno fue también duro, y el anterior. Y el invierno anterior, cuando Merilee murió, fue un mal año. Pero si hubierais venido hace cinco inviernos, habríais tenido un festín de mamut. —Bostezó y apretó el muslo de Anala. Ella se sentó a su lado y empezó a rebuscar con sus dedos entre su pelo—. Pero mañana Tuwa está enfermo de boca podrida y los devaki tienen hambre, y por eso cazamos la foca.

Anala apartó un insecto (creo que era un piojo) del pelo gris sobre su oreja. Lo aplastó entre sus sucias uñas y se lo tragó. Yuri hizo un gesto hacia Soli, Bardo y yo.

—¿Estás los hombres de los Senwelina, que son devakis como yo soy devaki, demasiado cansados para cazar la foca grasienta y gris con nosotros mañana?

Debí dejar responder a Soli, ya que se suponía que era el jefe de nuestra familia. Pero estaba lleno de carne de foca y de horror, y no podía soportar la idea de asesinar a un animal tan inteligente como la foca.

—Estamos cansados —repliqué—. Estamos cansados y nuestros perros necesitan descanso.

Soli me dirigió una fiera mirada mientras Liam frotaba sus manos grasientas sobre la cara de Seif, su hermano menor. (¿Era una protección contra el frío? ¿Una bendición bárbara? Escruté mi mente, pero no tenía ningún recuerdo de tal costumbre). Con una uña rota, Liam se sacó un filamento de carne de entre los dientes.

—No estabais demasiado cansados para comer la foca —señaló.

Se inclinó bruscamente sobre mí, y olí su denso hedor mientras pasaba sus manos callosas bajo mis pieles y comprobaba los músculos de mi cuello y mi espalda. ¡Cómo odiaba las costumbres devaki! Odié este contacto íntimo; odié el frío y grasiento toque de las manos de un hombre extraño, el horror de otra piel tocando la mía.

—Mallory es delgado pero fuerte —anunció—. Lo bastante fuerte para cazar la foca, creo. Pero está cansado; quizá debería descansar en sus pieles mientras sus casi-hermanos le traen gruesas costillas y muslos tiernos y otros delicados trozos de carne.

Me aparté de él. Qué fácil sería agarrarle por la garganta y aplastársela, pensé. Me retorcí y apreté las pieles en torno a mi cuello, y entonces dije algo que hizo que Bardo y Soli, y los demás de la Ciudad, me miraran con extrañeza.

—Estamos cansados —dije—, pero no demasiado cansados para cazar. En los hielos del sur no hay mamuts, así que cazamos la foca. He matado muchas focas;

mañana mataré una foca para Liam y le daré el hígado.

Mientras decía esto recordé mi fanfarronada de penetrar en la Entidad. Pero mientras que aquella fanfarronada había sido impulsiva y casi me había costado la vida, ante Liam había fanfarroneado con un propósito. Mataría una foca. De algún modo mataría un noble animal. Lo haría para avergonzar a Liam y hacerle guardar silencio y para ganar aprobación para mi «familia». Entonces, pensé, podríamos encontrar más rápidamente lo que estábamos buscando y marcharnos de este lugar sucio y bárbaro.

Permanecimos sentados en las pieles durante un rato contando historias (falsas historias) de la caza de focas en los mares del sur. La hermosa hija de Anala, Sanya, sirvió té de sangre, que los devaki sorbieron ruidosamente, haciendo chasquear los labios y las lenguas. Más tarde, me sorprendí al ver al bebé de Sanya mamar leche de sus pechos desnudos, cubiertos de venas azules. Todo parecía sorprenderme esa noche, en especial los desinhibidos gritos de placer que procedían de las cabañas cercanas de los Yelenalina. Escuché a una mujer jadear instrucciones íntimas a su marido (esperé que fuera su marido), y escuché la respiración entrecortada y el rumor de las pieles, los sonidos de las bestias humanas apareándose. Inmerso como estaba en aquellas nuevas sensaciones, apenas advertí que Yuri se me acercaba. Miré los débiles pétalos de fuego aletear sobre la pira ante mí, y me sorprendí cuando me dijo en voz baja:

—No deberías matar la foca. Nunki es tu *doffel*. Por eso tuviste problemas para comer la carne de foca... Debería de haberlo visto de inmediato.

Recordé que los devaki creen que el alma de cada hombre está reflejada en el alma de un animal particular, su *doffel*, su otro yo a quien no puede cazar.

Miré rápidamente a mi alrededor, pero nadie nos prestaba atención. Soli y Justine habían regresado a nuestra cabaña. Mi madre y Katharine estaban sentadas junto a Anala mientras Bardo entretenía (si ésa es la palabra adecuada) a los demás con una canción que componía sobre la marcha.

Me volví y dije lo primero que se me pasó por la cabeza.

—No, *Ayeye*, el talo, es mi *doffel*. Mi abuelo me lo dijo cuando me convertí en hombre.

Él me agarró de repente el brazo y me miró con su triste ojo.

—A veces es muy difícil determinar qué animal tiene nuestro otro-yo. Es difícil ver, y se cometen errores.

—Mi abuelo era un hombre muy sabio —mentí, pues no tenía ningún abuelo que conociera.

Justo entonces todos empezaron a reírse porque Bardo había pronunciado mal dos palabras de su canción, que habían cambiado por completo su significado. Había querido cantar:

*Soy un hombre solitario de los hielos del sur
en busca de una esposa elegante.*

Pero se había equivocado al pronunciar las vocales, y los versos quedaron así:

*Soy un hombre púrpura de los hielos del sur
en busca de un piojo elegante.*

No pareció darse cuenta de su error, ni siquiera cuando Anala cloqueó como un somorgujo de las nieves, se palmeó los muslos y empezó a examinar el pelo rubio de Liam para ver si podía encontrarle a Bardo algún «piojo elegante». Al parecer todos pensaron que su error fue intencionado, que tenía mucho ingenio en vez de ser sólo un tonto bufón.

Yuri sonrió y me agarró el brazo con más fuerza. Sus manos eran tan grandes como las de Bardo, pero más duras, reforzadas por años de trabajo y frío.

—A veces —dijo, y había una urgencia peculiar en su voz—, a veces los abuelos, que están muy cerca de sus nietos, no pueden ver el alma oculta tras sus ojos. Y tú tienes ojos difíciles, un ciego podría verlo. Son azules y fieros como la niebla del hielo, y miran muy lejos. ¿Puedes echar la culpa a tu abuelo, Mallory, por confundir tu alma con el alma furiosa del talo? Pero Ayeye no es tu doffel, sólo necesito un ojo para verlo. Nunki la foca, que ama el sabor de la sal del mar y la fría paz del océano..., ése es tu doffel.

Es imposible explicar, aquí las creencias de los alaloi. No hay espacio para registrar las ricas mitologías, el sistema de tótems diseñado para comunicar con los espíritus de los animales y con lo que ellos llaman el alma-mundo. (En todo caso, no estoy seguro de comprender realmente el concepto de comunicaciones telepáticas con árboles, talos y focas, incluso rocas. No comprendo —ni siquiera ahora, después de todo lo que ha sucedido—, cómo el alaloi crea el mundo momento a momento en el trance del eterno movimientoahora). Es un sistema complicado y antiguo, tan antiguo que los historiadores no tienen registros de sus comienzos. Burgos Harsha creía que los alaloi originales habían tomado trozos del misticismo sufí y otras filosofías antiguas que encajaran en su nuevo entorno. Pensaba que también habían adoptado el sistema de tótems y los sueños de las antiguas tribus strailia de la Vieja Tierra. Allí, en los desiertos de ese continente aislado, el hombre había tenido cincuenta mil años de soledad para desarrollar su sistema de símbolo y pensamiento, Era un sistema elaborado, lógicamente consistente, que dependía de extrañas jerarquías de pensamiento y mente. Había reglas por las que los hombres y mujeres vivían sus vidas. El método de un hombre para encender una hoguera, la dirección en que orina (hacia el sur, siempre hacia el sur), las veces que se le permite copular con su

esposa..., todos los aspectos de la vida están determinados por este refinado sistema. No importaba lo primitivo e ingenuo que me pareciera, representaba el esquema intelectual más largo y sin fisuras de la historia del hombre. Y ya que Yuri, el más viejo de su tribu, era un maestro de este sistema, debería haber aceptado que podía determinar qué animal no se me permitía cazar. Pero no lo acepté.

—Mañana cazaré a Nunki, como dije que haría.

Yuri sacudió la cabeza adelante y atrás. Emitió la larga nota aguda del silbido devaki cuando lloran por los muertos.

—Es triste —dijo—. No se sabe bien que, una vez cada mucho tiempo, nace un hombre que no acepta su otro-yo. Y, al no aceptarlo, es vulnerable, porque el otro-yo buscará destruirle en vez de ser abandonado para siempre. Para él no puede haber unión, ni unidad. Y por eso debe matar, está condenado a matar esta mitad de sí..., ¿comprendes? Si no lo hace, la mitad que queda, el yo-sin-muerte, nunca puede crecer para completarse. Es muy doloroso y duro, y debo preguntarte: ¿estás dispuesto a ser un asesino?

Charlamos durante largo rato, contemplando las paredes de la cueva. Los demás se habían acostado hacía rato, y allí estaba yo, escuchando las palabras de un viejo supersticioso. Yuri tenía una voz rica y resonante. Con la entonación de un maestro narrador (o chamán), me entretuvo con su voz, hablando y hablando durante toda la noche. Sus palabras contenían ecos de filosofías arcanas y misterios. Sus palabras eran demasiado simples para ser tomadas en serio, aunque me perturbaban incluso así. Me dijo que el miedo de este autoasesinato me enfermaría; profetizó que vendría un día, y pronto, en que mi valor huiría como una liebre de las nieves en el bosque, un día en que rechinaría los dientes y gritaría: ¡Todo es falso!

—¿Y cuál es el *gran* miedo? —me preguntó—. No es el temor al frío ni a los dientes del oso blanco. Hay miedos de carne, miedos que olvidamos al estar sentados junto al cálido fuego o al jugar con nuestras esposas. No es ni siquiera el miedo a la muerte, porque sabemos que, si la tribu reza por nuestros fantasmas, viviremos eternamente al otro lado del día. No, el gran miedo es el miedo al yo interior. Tememos convertirnos en este yo-sin-muerte. Descubrir lo desconocido es como saltar a la boca del volcán. Quema el alma. Si matas a tu doffel, conocerás este miedo. Y debes comprender que es un dolor sin medida ni final.

Finalmente, cojeé de regreso a nuestra choza, en un estado de agotamiento total. Había sido el día más largo de mi vida (excluyendo, naturalmente, los días en el multipliegue —no fueron realmente *días*— pasados en tempolento). Me arrastré a través del túnel de entrada y descubrí que alguien había colocado mis pieles de dormir en un lecho de nieve. Me metí en ellas. El dolor de mi rodilla y el otro dolor me hizo estar intranquilo. Las ascuas ardían y arrojaban una cálida luz amarilla sobre las figuras que dormían en sus camas de nieve. Katharine yacía junto a mí, su

respiración tan regular y suave como las olas del mar. Advertí para mi asombro que Soli abrazaba a Justine mientras dormía profundamente (no sé cuál fue el *shock* mayor: esta ternura por su parte o ver que él, el ceñudo Soli, era capaz de dormir). Yo estaba exhausto, pero también atrapado en aquel estado estimulado de la vela más allá del cansancio. Pensé en las palabras de Yuri. No podía dormir. Los dientes apretados de Soli, el goteo del agua cayendo del techo en sintonía con los fuertes latidos de mi corazón, el siseo del viento a través del agujero tapado de la pared..., estos sonidos me mantenían despierto. Las paredes de hielo eran un aislante demasiado bueno contra el frío. La habitación estaba demasiado caldeada y apestaba. El calor de los cuerpos dormidos se unía al hedor de la orina pútrida y mi propio sudor rancio y otros olores que no pude identificar. El hedor era tan horrible que apenas podía respirar. El aire me sofocaba como una vieja piel empapada de vómito. Sentí mareo y temor en la boca del estómago. Me levanté de las pieles, me vestí rápidamente y corrí de la choza a la boca de la cueva, donde vomité mi festín sobre la nieve. Pensé en mi promesa de asesinar a una foca al día siguiente, y vomité hasta que mi estómago se convirtió en un nudo seco. Mientras me tambaleaba ante la cueva, un perro gruñó y ladró, y luego otro y otro más. Me volví, medio agachado, hacia la cueva. Allí, a la luz anaranjada, contra las fluctuantes lenguas de fuego, los perros saltaban en sus correas. Tusa y Nura, Rufo y Sanuye, mis pobres perros hambrientos, luchaban entre sí, disputándose trozos medio digeridos de carne de foca del barro rosado que humeaba sobre la nieve. Tusa gruñó y mordió al amable Rufo, que aulló y se contentó con lamer uno de los charcos de vómito más pequeños. Entonces Tusa le arrancó la oreja a Nura, y Sanuye comió la nieve enrojecida con la sangre de Nura.

Separé a los perros. Hubo hocicos chasqueantes, ladridos y piel erizada. Uno de los perros me mordió. Los até más corto a sus estacas, y amontoné nieve sobre el revoltijo que había creado.

¡Qué cosa tan terrible era el hambre auténtica! ¡Cómo me había equivocado al no alimentar a los perros! Mi sangrante mano ardía mientras pensaba esto, y sentí dolor en el estómago vacío. ¿Era esto vida, entonces? ¿Era este vacío interior y el deseo de alimento el precio de vivir? No, pensé, es un precio demasiado terrible, y me pregunté por la vanidad que me había traído a los devaki en busca del significado de la vida. El secreto de la vida..., ¿podía estar realmente embebido en los cromosomas de esta gente apestosa y bebedora se sangre? ¿Pudieron sus antepasados capturar realmente dentro de su ADN el misterio de los ieldra?

Imaginé que tenía las habilidades de un unidor y un imprimáthur, que podía desenrollar las hélices del ADN de Yuri como un historiador, en su búsqueda de conocimiento, puede desenrollar un antiguo tapete. ¿Encontraría codificada, entre los azúcares y las bases, la información que los ieldra habían tejido hacía tanto tiempo?

¿Había algún mensaje enroscado dentro de los testículos de Wicent y Liam, algún secreto significativo, una forma adecuada de vivir para toda la humanidad? Y, si este mensaje existía, ¿por qué debía estar envuelto en misterio? Si los ieldra podían decirnos que buscáramos en nuestro pasado y nuestro futuro el secreto de la vida, ¿por qué no podían decirnos cuál era este secreto?

¿Por qué no podían los dioses, si eran dioses, hablar simplemente con nosotros?

Miré las estrellas, el brillante triángulo de Wakanda, Eanna y Farfara parpadeando por encima del horizonte oriental. Tras ellas, el corazón de la galaxia fluía con latidos láser de una forma que los mecánicos no podían explicar. Si abría los ojos todo lo que pudiera, ¿arderían con la luz de los dioses? Si volvía mi cara hacia el distante viento solar del corazón de las estrellas, ¿oiría a los dioses susurrarme al oído?

Presté atención, pero el único sonido era el murmullo del viento atravesando el bosque allá abajo. De la cara occidental de Kweitkel llegó el aullido de un lobo llamando al cielo. Me quedé allí un rato, escuchando y observando, observando y escuchando. Poco después regresé a la cueva. Mañana mataría una foca y tal vez comprendería, si no el secreto de la vida, sí al menos el significado de la muerte.

CAPÍTULO 10

El aklia

El hombre no puede soportar demasiado poca realidad.

—Dicho de los céticos.

A la mañana siguiente, temprano, me desperté con el coro de toses y esputos, los sonidos de los hombres y mujeres de la familia Reinalina en las cabañas repartidas por toda la cueva mientras expectoraban flemas y aclaraban sus irritadas gargantas. También mi garganta estaba irritada por el aire intensamente frío del viaje del día anterior. (¿Había pasado sólo un día, me pregunté, desde que el talo había matado a Liko? Parecía un año). Vestirse fue doloroso. Mi pierna estaba tan entumecida que apenas pude enderezarla. Aunque tenía mucha hambre, no pude comer las nueces que Justine me ofreció.

—Todas nuestras gargantas están irritadas —dijo, mientras tostaba nueces en el fuego del centro de la choza—. Sé que duele tragarlas, pero no saben mal si las masticas rápido, y necesitarás tus fuerzas si vas a matar realmente una foca, ¿no?

Katharine, que estaba de rodillas, vistiéndose, me miró como si supiera exactamente lo que yo iba a hacer. No dijo nada. Soli estaba sentado junto al fuego, quitando hielo de sus pieles. Me maravillé de lo recto y envarado que podía mantenerse incluso sentado, y esto a pesar del dolor de su espina dorsal recién esculpida. (Por alguna razón, Soli había tardado más tiempo en sanar que los demás. Mehtar tenía la hipótesis de que había un límite a la resistencia de las células rejuvenecidas, y que Soli, que había sido devuelto tres veces a la juventud, se acercaba ya a ese límite). Alzó la cabeza, y por un momento sus ojos recorrieron los objetos y rasgos de la choza: el bloque rectangular de hielo usado para taponar el túnel contra el viento, los ajados morillos del asador sobre las piedras de la hoguera, el largo y serrado cuchillo para la nieve, las raquetas, lanzas, cuencos, tornos y otras herramientas amontonadas contra las paredes curvas, las suaves pieles de dormir sobre el lecho de nieve, todavía cálidas, donde Justine y él habían yacido tan recientemente.

—Sí —dijo—, Mallory cazará la foca.

Le miré y bajé la voz.

—Pasamos medio año planeando la expedición, pero nos olvidamos de una cosa.

Contrajo sus negras cejas y se frotó la barba.

—¿Qué cosa?

—Café —dije, sintiendo el dolor en mi cabeza—. Me muero por saborear un poco de café.

—Tienes hambre —dijo él—. Por eso te duele la cabeza.

—No he dicho que me duela la cabeza.

—No tienes que decir nada. ¿Crees que eres el único al que le apetece un café?

Tosí y miré a Katharine peinarse el largo pelo negro.

—Tal vez este viaje fue una idea estúpida —dije.

—Come algunas nueces —ordenó Soli—. Come; no pienses en el café ni en tu estupidez. Ya tendrás tiempo suficiente para ambas cosas cuando regresemos a Neverness.

Cogí un puñado de nueces y me las metí en la boca. Sabían secas y amargas.

—Tendrás que masticarlas —dijo Justine. Le tendió a Soli un cuenco de nueces tostadas, que él tomó de la siguiente manera: colocó sus grandes manos sobre las suyas y la miró a los ojos mientras ella retiraba las manos lentamente, permitiéndole tomar despacio el peso del cuenco. Con este íntimo gesto, se tocaron con las pieles y se acariciaron con los ojos. Obviamente, a pesar de sus muy distintas motivaciones y sueños, a pesar de años de rencor y negligencia mutua, a pesar de la amargura del tempocruel, se amaban profundamente. Pensé que era un amor renovado por su sensación de aislamiento, por la claridad del hielo congelado y el cielo abierto. Y, ¿cómo no amar a la hermosa Justine, con su interminable optimismo, su celo y la felicidad por estar simplemente viva? Sí, podía ver por qué Soli la amaba, porque todos la amábamos; lo que no podía comprender era por qué ella le amaba a él.

Después de que tragáramos nuestro desayuno, Bardo y mi madre entraron en nuestra choza para beber unos pocos cuencos de té de hierbas. ¡Qué grupito tan extraño éramos, sentados codo con codo en un círculo, encorvados, sorbiendo de nuestros cuencos de hueso, fingiendo ser alaloi! ¡Qué milagro que hubiéramos engañado a los devaki haciéndoles creer que éramos casi-hermanos! En cierto modo, me alegraba de fingir ser hijo de Soli. Todo el mundo le había aceptado como mi padre, mientras que Liam había bromeado sobre la concepción de Bardo.

—No me gusta ese hombre —me dijo mi amigo, mientras se quitaba el sueño de sus grandes ojos castaños (pensé que era una lástima que Mehtar hubiera alterado tan poco la fealdad de su gran frente protuberante o su nariz bulbosa)—. ¿Oíste lo que dijo Liam? Dijo que no deberíamos dejar sola a tu madre mientras salimos de caza, o podría ser violada de nuevo por un oso y parir a otro Bardo. ¡Vaya chiste!

Me alegré de que los devaki no supieran que yo era hijo de mi madre y no de Justine. Si lo hubieran sabido, probablemente habrían bromeado con que Soli había violado a mi madre.

—Si conocieran a mi madre —le susurré a Bardo—, sentirían pena por cualquier oso, o cualquier persona, que intentara violarla.

Por lo que yo sabía, mi madre sólo se había acostado con un hombre una vez en su vida, la noche en que me concibió.

Soli terminó su té y anunció que ya era hora de irnos. Cogió sus lanzas.

—Yuri y su familia estarán esperando. —Frunció el ceño y miró a Katharine—. Dejemos a las mujeres hacer su... trabajo de mujeres.

Creo que Soli no se refería al coser pieles o amamantar a los bebés, el trabajo diario de las mujeres devaki. Claramente, sospechaba que Katharine y yo éramos amantes. Claramente, quería atormentarme con pensamientos donde aparecía ella acostándose con los hombres devaki. Pero no creo que Katharine tuviera mucha oportunidad de «hacer su trabajo» este día. La mayor parte de los hombres saldrían de caza, y no creo que tuviera mucha suerte recolectando el semen de los muchachitos jóvenes.

Mientras nos poníamos nuestras pieles, mi madre miró de mí a Soli y a Katharine, y luego de vuelta a mí. No me gustó la forma en que miró a Katharine. Pensé que era una mirada de envidia, probablemente porque Katharine era capaz de hacer un trabajo que ella no podía.

—Id a cazar vuestras focas —dijo mi madre—. Y, mientras estéis fuera, nosotras las *mujeres* prepararemos vuestras camas. Para que os acostéis al regresar.

Nos unimos a los otros hombres y niños de la familia Manwelina en la entrada de la cueva. Los diversos equipos de perros mordisqueaban su comida mientras los hombres colocaban los arneses y preparaban los patines de sus trineos. El trabajo era frío y doloroso a la luz rosada del amanecer. Bajo peñascos helados y abetos cubiertos de nieve, Yuri y Wicent, y Liam, Seif, Haidar, Jinje y los otros hombres de los Manwelina tenían los trineos puestos boca abajo contra el cielo todavía oscuro. Ya que el hielo no se adhería directamente al hueso, colocaban una pasta de barro vegetal y tierra pulverizada mezclada con agua y orina sobre los patines, reparando las grietas y hendiduras con una gruesa capa de barro helado. El aire de la mañana era tan frío que la pasta se congelaba inmediatamente al contacto, dificultando la labor de dar forma y suavizar. Era un trabajo frustrante. Esperé oír murmullos y maldiciones, pero los hombres devaki bromeaban y reían, mientras hundían los dedos en la bolsa de barro caliente que llevaban dentro de las pieles, junto a la carne. De forma rápida y precisa, colocaban pegotes de barro sobre el hueso. A tres metros de mí, Liam suavizaba diestramente una grieta con los dedos, y luego se los metía rápidamente en la boca para que no se le congelaran. El aire estaba lleno de vaho y saliva pastosa mientras los hombres se chupaban los dedos y reían y hablaban y escupían. Bardo tenía problemas con su trineo, igual que yo.

—¿No es romántico? —dijo, acercándose a mí—. El aire frío y claro, el grito solitario del coyote, paz, el dulce beso de la naturaleza, serenidad..., y el sabor del asqueroso barro. Gracias, Pequeño Amigo, por traerme a este lugar paradisíaco.

Contemplé a Liam escupir agua tibia. Extendió el líquido que se congelaba rápidamente sobre la capa de barro. En poco tiempo, los patines de su trineo brillaron

con capas de hielo. Miré alrededor. Los primos de Yuri, Arani y Bodhi, y sus hijos, Yukio, Jemmu y Jinje, terminaban también de aprestar sus trineos.

Bardo sacudió la cabeza ante Jaywe y Arwe, que eran también primos de Yuri.

—Llevan toda la vida haciendo este apestoso trabajo. ¿Cómo lo soportan? —dijo. Luego se inclinó y escupió agua sobre los patines de su trineo, haciendo lo mismo que veía hacer a los otros, ligando hielo al barro congelado—. Esto es lo que más odio —dijo, mientras cogía su pellejo con agua—. Odio tener que cargar esta bolsa de agua junto a mi vientre. ¿Qué es el hombre..., una máquina calentadora para impedir que el agua se congele? ¡La maldita bebida me amarga, por Dios!

Soli nos vio susurrando y se acercó a nosotros.

—Silencio —dijo—. *Silu wanya, manse ri damya* —añadió, que puede ser traducido como: los niños se quejan, los hombres se esfuerzan.

Cargamos los trineos y enganchamos a los perros, y Yuri congregó a su familia.

—Mallory ha prometido cazar una foca —dijo—, y por eso Mallory debe decirnos dónde espera Nunki.

Los hombres me miraron, y recordé que entre los alaloi las promesas de conseguir carne no se hacen a la ligera. Un cazador puede prometer una presa sólo cuando percibe que su animal está preparado para «saltar a su lanza». Para hacer esto debe entrar en el estado de *auvania*, o espera-abierta, una especie de estado de trance en el que siente y se concentra y puede ver a través del negro mar de la muerte el otro lado del día. Tales visiones no son cosa suya; son un regalo del espíritu viviente del animal a matar, de su ánima. Me encaré hacia el cono blanco de Kweitkel y dejé que mis ojos se enfocaran en el infinito. Traté de practicar esta visión, traté de *askeer*, como dicen los alaloi; lo intenté con demasiada fuerza. Ninguna visión vino a mí. Pero los hombres esperaban, así que fingí que el ánima de la foca había aparecido ante mí.

—*Lo askaratha li Nunki, mi anaslan, lo moratha wi nunkiyanima* —dije; mentí. Y señalé sabiamente hacia el oeste, porque las islas en esa dirección, Takel y Alisalia, parecían montañas doradas de nieve y sentí la urgencia de acercarme a ellas.

Yuri asintió y volvió los ojos hacia el este para saludar al amanecer,

—*Lura sawel* —dijo, y todos repetimos tras él: «*Lura sawel*», manteniendo todo el rato aquella curiosa postura con que los alaloi reverencian al sol: Como insectos que había visto una vez en el zoo, estábamos de pie con los brazos juntos y alzados al sol, los dedos cerrados y señalando hacia el terreno nevado. Con las cabezas inclinadas, de pie sobre una pierna, la otra doblada hacia atrás. Permanecimos esta ridícula postura durante largo rato porque el gran Manwe, en la décima mañana del mundo, había honrado así a su tío el sol. Luego Yuri subió a su trineo, silbó a los perros, y nos pusimos en marcha.

El día comenzó frío y tranquilo, con las montañas envueltas en un silencio casi total. Los únicos sonidos eran el deslizarse de los trineos y los somorgujos de la nieve

trinando mientras se deslizaban y daban vueltas, daban vueltas y se zambullían, buscando su comida. En los lejanos picos las ajadas ramas de los abetos se recortaban claramente, tanto que casi podía distinguir sus agujas. Atravesamos en línea recta la suave pendiente del bosque, hacia el mar. La tierra estaba llena de pliegues y salpicada de cañadas y acantilados de granito. Tuve cuidado con aquellos acantilados porque los talos hacían sus nidos allí, sobre los árboles verde oscuro. Sin embargo, ese día no había ningún talo, aunque las liebres de las nieves y las musarañas estaban muy ocupadas buscando moras. En una ocasión vi a un zorro ártico, y más de una vez vimos huellas de lobos en la nieve. Pero eran huellas viejas; la mayor parte de los lobos, según dijo Yuri, habían abandonado la isla para seguir las manadas de shagshay.

Cuando llegamos al mar tuvimos algunos problemas para cruzar los helados rompientes, aunque muchos menos de los que habíamos hallado el día anterior en la irregular costa meridional. A última hora de la mañana dejamos atrás la jungla helada, y corrimos velozmente sobre la nieve como algodón del Starnbergersee. Aproximadamente a siete kilómetros de la costa hice un ademán a Yuri y nos dispersamos. Digo «aproximadamente» porque el aire era denso como líquido sobre el hielo, y era una gran lente azul que distorsionaba las distancias y hacía parecer cercanas las cosas distantes. Cuatro trineos se deslizaron hacia el norte, en dirección de Alisalia, que ondulaba en el horizonte a varios kilómetros de blanco océano; nueve trineos (los de Yuri y Liam entre ellos) se encaminaron hacia Jalkel y Waasalia. Nos abrimos en abanico sobre un círculo de hielo de unos tres kilómetros de diámetro. Detuve mi trineo en un punto que me pareció conveniente. Suponía que todos los otros cazadores hicieron lo mismo. Solté a Nura, que había sido entrenado para seguir y olfatear las madrigueras de las focas, Al norte, a unos cincuenta metros, Bardo había soltado también a su perro rastreador, aunque no estaba claro quién guiaba a quién. El poderoso Samsa tiraba de Bardo a sacudidas por la nieve, de un lado a otro, introduciendo ocasionalmente su negra nariz en la nieve y levantando una nube de polvo blanco. Al sur se encontraba Soli, y al oeste, sobre el brillante hielo, Yuri y sus hijos habían encontrado al parecer sus agujeros y cortaban bloques de hielo para construir un muro contra el viento.

Los alaloi llaman *aklia* a la madriguera de la foca. Sujeté a Nura con la correa de cuero mientras el animal escarbaba en la nieve y olisqueaba, buscando su *aklia*. Parecía feliz de verse libre del trineo; dos veces alzó la pata y orinó sobre la nieve, sólo por diversión. Entonces detectó el olor, dejó escapar un ladrido excitado y tiró de la correa. Empezó a cavar en la nieve. Después de marcar el lugar con un bastón, retiré al decepcionado perro y lo até a una estaca sobre el hielo. Hice lo mismo con mis otros perros, Rufo, Sanuye y Tusa. Las focas son prácticamente ciegas, pero su sentido auditivo es extraordinariamente agudo, y no quería que los ladridos de los

perros alertaran a mi foca. Regresé al *aklia* llevando mi garabato y mi sierra y otros utensilios asesinos.

Las focas, siendo animales terrestres, no pueden respirar agua, como pueden hacer algunos mamíferos alterados que viven en los mares de Agathange y Balaniki y otros mundos acuáticos. Necesitan aire, y por eso cada una de ellas mantiene muchos agujeros en el hielo a lo largo del invierno. Una foca macho (y tal vez una hembra) recorre el agua arriba y abajo mientras la capa de hielo se forma a principios de invierno, rompiendo y volviendo a romper las finas capas heladas mientras el hielo se acumula alrededor del *aklia*. Visita sus muchos agujeros, subiendo y bajando, abriéndose paso hasta el aire, respira y vuelve a nadar hasta el siguiente agujero. Cuando el invierno llega a sus días más largos y fríos, las paredes de la madriguera tienen casi tres metros de grosor. Mientras la nieve cae y se congela, y se funde y vuelve a congelarse, se forma un puente de nieve sobre el agujero, oscureciéndolo a los ojos del cazador, pero no al sensible olfato de los perros. Bajo el puente de nieve, la foca sube a sentarse en las cornisas heladas a cada lado del agujero. Allí, bajo el arco de nieve comprimida, en la primavera de medio invierno, las hembras dan a luz a sus peludos cachorrillos. Allí las focas se acurrucan y juegan, a salvo del viento y el agua y los dientes de las ballenas asesinas..., pero no de los hombres.

Cogí mi curvado garabato y lo introduje en el puente de hielo, por un agujero que no podía ver. Rotándolo en círculo, palpé el tamaño del agujero y determiné su centro. Entonces alcé el rostro al viento del norte, que me picoteó incluso a través de las capas de grasa. Hacía frío, no tanto como el frío profundo, pero más que el frío azul. Mis ojos lagrimeaban, y sentía un poco entumecidos los dedos de los pies. Pensé que tal vez me aguardaba una larga espera, así que corté bloques de nieve y construí una pared en torno al borde norte del *aklia* para protegerme del viento. A continuación, introduje mi boya de madera por el centro del agujero hasta que tocó el agua. Cuando la foca subiera a respirar (recé para que fuera un macho, porque temía matar a una hembra preñada), desplazaría una gran cantidad de agua, y la boya subiría. Cuando se hundiera de nuevo, yo sabría que el agua había vuelto a caer a la superficie del océano y que la foca había subido.

—*Lo luratha lani Nunki* —recé, y extendí un pedazo de piel sedosa delante del agujero. Me coloqué sobre ella, esperando que su aislamiento impidiera que los pies se me congelaran como bloques de hielo. Lo último que hice fue colocar mi arpón sobre dos palos ahorquillados que clavé en la superficie de nieve. La cabeza desprendible del arpón, la aguda y barbada cabeza asesina, estaba hecha de hueso de ballena y tenía un ojal en la base. Unida al ojal había una larga cuerda de cuero trenzado. Me pasé el extremo de la cuerda por el brazo y observé la boya. Cuando se alzara cogería mi arpón, y cuando cayera (cuando la foca hubiera subido y la boya caído) clavaría el arpón en el centro del *aklia*. Haría aquella cosa monstruosa porque,

llevado por los celos y por mi orgullo, había prometido hacerlo así.

Y así esperé. No sé exactamente cuánto. ¿Qué es el tiempo sin un reloj para medirlo? ¿Cuánto tiempo permanecí en aquella difícil postura del cazador, los pies juntos, los glúteos apretados, mirando hacia abajo, siempre hacia abajo, contemplando la boya en el agujero de la foca? ¿Cuánto tiempo, *pela Nunki*? ¿Cuánto tiempo debe esperar un hombre hambriento hasta que se llena su vacío?

—Tres días —había dicho Yuri el día anterior—. Tres días no es mucho tiempo de espera, porque Nunki tiene muchos agujeros. En el último momento su ánimo puede estar demasiado asustada para hacer el gran viaje, y por eso hará el viaje más corto a otro agujero.

Observé y esperé, doblado como un anciano lisiado. Permanecí absolutamente inmóvil, mientras los músculos de mis piernas empezaban a endurecerse y a arder; esperé mucho tiempo.

Se dice que la paciencia es la virtud suprema del cazador. Muy bien, me dije, sería paciente. Escuché al viento barrer sobre el hielo; escuché las sacudidas y envites individuales que sacudían a ráfagas y luego morían antes de acumularse y sorprenderme con estallidos aún más fuertes y fríos. Ocasionalmente, el viento moría por completo y se producía el silencio. Estos largos instantes me llenaban de una incómoda e intranquila anticipación. No quería oír el murmullo de mi propio corazón, ni ansiaba oír el explosivo rumor de aire cuando la foca subiera a respirar, cuando viniera, si es que lo hacía. Había muchas cosas que no quería oír. Sabía que los grandes osos blancos cazaban focas y también seres humanos. Según Yuri, a *Totunye* le gustaba merodear los aklia, tumbarse a esperar antes de aplastar la cabeza del cazador con su zarpa asesina. Es imposible ver a los osos cuando caminan por entre las ventiscas heladas, y casi no hacen ningún ruido. Presté atención al rumor de la piel de oso contra el hielo, esperando. Al norte se produjo un gemido distante. Era el viento otra vez, y se convirtió en un largo aullido, restalló sobre el hielo y empezó a rugir. Esperé mucho tiempo. Tenía mucho frío. Sentí ganas de orinar. Por encima de mí, el brillo amarillento de los campos helados vibraba contra el azul del cielo. Los devaki llaman a este frío tiritar amarillo cromado el parpadeo de hielo, supongo que porque el brillo les hace parpadear. Parpadeé, mientras contemplaba la boya dispuesta en el aklia. Pensé en él dolor de mi vejiga, y en el dolor de los dientes del oso, y en otros dolores. Traté de concentrarme. Imaginé el ánimo de la foca susurrando en mis oídos, llamándome, pero sólo era el viento. El viento me cortaba la cara, y esperé, y parpadeé, y...

La boya se elevó.

Cogí el arpón, esperando que cayera. Cuando la boya desapareció en el aklia, alcé con las dos manos el arpón muy por encima de mi cabeza y lo hundí en la nieve. El arpón se deslizó fácilmente a través de la superficie, y entonces se produjo la

enfermiza resistencia de los dientes del arpón al clavarse en la foca. Un profundo alarido de angustia resonó bajo la nieve mientras la foca me llamaba.

—*¡Lo moras li Nunki!* —grité, y así la cuerda de cuero atada a la cabeza del arpón. Se produjo un violento tirón que casi me derribó. Hundí los talones en la nieve, me eché hacia atrás y me debatí contra la cuerda mientras la pasaba alrededor de mi espalda.

—*¡Mallory moras li Nunki!* —oí gritar a Bardo. Y entonces, resonando por el hielo de akliá en akliá, cada vez más débil, el grito—: *¡Mallory moras li Nunki!*

—Me eché hacia atrás, intentando sacar a la foca de su agujero. Sentí una puñalada de dolor en mi rodilla herida. Gané unos pocos pasos. Y, entonces, otra vez hacia adelante, mientras la foca me combatía, hacia atrás, y de repente, bajo el puente de nieve, la foca se debatió y me hizo caer. Me deslicé hacia el akliá, rascando la nieve con la cara y el pecho. Si no la soltaba, la foca me haría atravesar el puente de nieve que se desmoronaba y me haría caer al asesino mar. Agarré la cuerda con más fuerza. Traté de dar una voltereta y poner los pies hacia delante, para así hundirlos en la nieve. Pero me enredé las piernas en la cuerda mientras el puente de nieve empezaba a desmoronarse. Quedé enredado.

—*¡Suéltala!* —resonó una voz. Pero no pude soltarla. Entonces la cuerda se tensó tras de mí. Me volví para ver a Bardo, con los ojos saltones y las gruesas mejillas rojas resoplando, que se debatía contra la cuerda—. *¡Tira, maldición!* —gritó.

Encontré mis pies y tiré de la cuerda. Miré el akliá abierto. De debajo de los bloques de nieve que flotaban y se sacudían sobre el mar revuelto emergió una gran foca negra. En su costado, sobre la aleta, la base de la cabeza del arpón asomaba de un agujero sangrante en su piel. Tiré con tanta fuerza que pensé que el arpón se soltaría. Pero aguantó y, centímetro a centímetro, sacamos a la foca del akliá. Me quedé horrorizado, porque el viejo macho estaba todavía vivo. Dejó escapar una tos que pareció un suspiro exhausto, y la brillante sangre de sus arterias brotó de su boca y cayó a la nieve.

—*¡Morise!* —le dije a Bardo—. *¡Mátala!*

Pero Bardo sacudió la cabeza y señaló al norte, a Yuri y Liam, que corrían para ayudarnos. Era mi privilegio y mi deber matar a la foca, como cobardemente me recordó Bardo. Yo había prometido hacerlo, pero no pude.

—*Ti Morí-te* —dijo Bardo, y me tendió una maza de piedra—. Rápido, Pequeño Amigo, antes de que empiece a llorar.

Descargué en arco la porra contra la frente de la foca. Se produjo un chasquido de granito contra carne y un sople de aire, como si la foca expresara su gratitud por ser liberada de su agonía. Y, luego, silencio y tranquilidad. Miré los ojos oscuros y líquidos de la foca, pero la vida había desaparecido.

Yuri y Liam se detuvieron al borde del akliá. Jadeaban en busca de aire. Yuri

examinó la foca e inmediatamente rezó por su espíritu.

—*Pela Nunkiyanima* —dijo—, *mi alasharia la shantih devaki*. —Se volvió hacia mí—. ¡Mírala, Mallory! ¡Nunca he visto un macho así! ¡Es el abuelo de las focas, el bisabuelo de todas las focas! Es un milagro que tú y Bardo solos pudierais sacarla de su agujero.

Soli se nos acercó corriendo, igual que hicieron Wicent y el resto de la familia Manwelina. Rodearon a la foca y tocaron con sus botas su morro y su piel oscura. Liam tiró de su grueso labio inferior y dijo:

—Es una foca de cuatro hombres. Una vez, cuando yo era niño, mi padre y Wicent y Jaywe cazaron una foca de tres hombres, y ésa fue la foca más grande que he visto nunca. —Nos miró a Bardo y a mí con una mezcla de envidia y admiración—. ¿Cómo pueden dos hombres tirar de una foca de cuatro hombres?

Yuri volvió su ojo hacia su hijo.

—Bardo es tan fuerte como dos hombres, creo —explicó simplemente—, y Mallory mató a su doffel, y por eso no debes preguntarte por qué dos hombres pudieron sacar del mar una foca de cuatro hombres. —Pero durante largo rato miró el gran cadáver tendido sobre la nieve, como si fuera él quien se preguntaba cómo habíamos hecho una cosa así.

Yo había matado una foca.

Me metí un puñado de nieve en la boca. Me incliné y abrí la boca de la foca. Su olor era agrio y fuerte. Dejé escapar de mis labios un hilillo de agua fría hasta su boca, dándole de beber para que no sintiera sed en su viaje al otro lado.

Soli llamó mi atención y me hizo un leve movimiento de cabeza. Entre los alaloi, la costumbre más básica es que los cazadores que han capturado a un animal coman inmediatamente sus entrañas. Como yo había matado a la foca, era mi privilegio hacer la carnicería. Pero dudé tanto que casi pude sentir los ojos de Soli taladrándome. Entonces cogí mi cuchillo. Abrí el vientre de la foca, y corté el hígado. Fue un trabajo sangriento, horripilante. Como había prometido, le tendí a Liam el hígado púrpura y humeante. Él lo cortó a tiras, ceñudo, y lo distribuyó entre los otros cazadores.

—Mallory fue afortunado —dijo.

Comí un trozo de hígado. El sabor era intenso, fuerte y bueno. Apenas podía creer que había matado una foca.

—Mallory Matafocas nos ha traído suerte —dijo Yuri—. Bardo el Fuerte y Mallory Matafocas nos han traído suerte. Mañana, creo, habrá muchas focas.

Casi todo el mundo sonreía y parecía feliz. Hubo un hombre, sin embargo, el hijo del primo de Yuri, que no estaba tan feliz. Su nombre era Jinje, y era un hombre fuerte y feo con una pierna lisiada. Se había helado los pies esperando su foca inexistente. Yuri le ayudó a quitarse las botas, y luego le sostuvo mientras metía sus

pies feos, peludos, blancos y congelados en el cadáver de la foca para calentarlos. Luego Liam le cortó un trozo de hígado, que tragó como si fuera un perro.

Los hombres cayeron sobre la foca con sus cuchillos, sacando órganos y trozos de carne. Choclo, el hijo más joven de Wicent, abrió el estómago y lo encontró lleno de notocinos, percas del hielo y otros peces. Con su cara lampiña y sus manos pequeñas, era realmente más un muchacho que un hombre, pero era un experto con el cuchillo. En un instante descamó una perca del hielo, la abrió y encontró otro pez aún más pequeño en su estómago. Después de cortarle la cabeza y quitarle las escamas, se lo tragó entero. A mi alrededor, los demás hombres estaban atareados cortando y tragando. La nieve junto a la foca era resbaladiza por la grasa y la sangre esparcida. El hambre de aquellos hombres era algo terrible. Sus vientres crujían y tronaban mientras sus dientes rasgaban grandes trozos de carne. Era sorprendente la cantidad de carne que un solo hombre podía comer. Yo mismo me comí la mayor parte del corazón de la foca, porque es ahí donde los alaloi creen que habita el alma.

Los quince cazadores, con los vientres hinchados y las barbas sucias de sangre helada, debimos comer unos cuarenta kilos de carne. Devorar la carne fresca era un asunto serio, y comimos sin pausa o conversación. Los únicos sonidos eran el batir de nuestras mandíbulas y el chupar de los dedos, y los grasientos eructos de Bardo y Choclo compitiendo para ver quién podía soltar el más fuerte. Como bestias, comimos primero los trozos más apetecibles de carne, y luego nos dedicamos a los bocados menos deseables. Liam, quizás impaciente con el festín de las bestias, arrancó una costilla, que rompió con sus grandes dientes. Sorbió el tuétano como un niño mama leche. Comimos durante largo rato, y nos detuvimos sólo porque se acercaba el ocaso y sería letal ser sorprendidos al descubierto después de oscurecer.

Los hombres de los Manwelina regresaron a sus aklias para construir chozas de nieve para pasar la noche. Después de acercar a nuestros perros y trineos, dimos a los animales un festín de intestinos, grasa y pulmones. Luego Soli y yo nos construimos una choza cerca del aklia. Corté bloques de hielo, que Soli amontonaba unos sobre otros, llenando los resquicios con polvo de hielo. Bardo se llevó las manos a la barriga y eructó mientras nos contemplaba trabajar.

—Oh, mi pobre estómago —se quejó—. ¿Qué te he hecho? —Se dirigió a Soli—. Es egoísta por mi parte, lo sé, mirar mientras trabajáis, pero lo hacéis muy bien sin mí.

Verdaderamente, Soli lo estaba haciendo bien, recortando la choza y encajando el bloque clave tan expertamente como cualquier alaloi. Pronto la choza quedó terminada, y tendimos en su interior nuestras pieles de dormir. El viento del norte soplaba una cortina continua de nieve en polvo por el mar oscuro. En silencio, nos volvimos hacia el sur y ejecutamos nuestro «orinar antes de dormir». Bardo se acostó mientras Soli y yo atábamos a Tusa cerca del túnel de la cabaña. Esperábamos que

ladrara o aullara en caso de que algún oso olisqueara el cadáver de la foca y viniera a explorar.

Contemplamos durante un rato las estrellas parpadear brillantes en el cielo. Soli se cerró la capucha de su parka sobre la cabeza.

—Tuviste suerte al matar la foca..., una suerte extraordinaria.

Sí, había tenido suerte al matar un animal grande y noble.

—No siempre puedes contar con la suerte —dijo—. Un día, el peso de la antiprobabilidad caerá sobre ti. Te encontrarás debajo de un edificio en el momento equivocado, o tal vez una noche, en una deslizadera, te cruzarás con un pobre harijano sólo para descubrir que es un replicador llegado para robar tu plasma. O tal vez trates de penetrar el velo interior del Vild, y te perderás...

—No creo en la suerte —dije.

—Sí, qué olvidadizo soy. Mallory debe cumplir su *destino*.

—¿No crees que es extraño, más allá de la coincidencia, que la foca escogiera mi akliá?

—Sí —se burló él—, el alma de la foca buscó tu agujero para que tú pudieras cumplir tu destino. Bien, ¿cómo se siente uno siendo un asesino?

Me sequé el agua de la nariz.

—Se siente como algo... natural. —En realidad así era, aunque no le dije cómo temía ocupar mi lugar en el orden natural de las cosas.

—¿De veras?

Me coloqué las manos enguantadas sobre la cara para calentar los músculos. Hablar era difícil, y mis palabras surgían como un farfulleo. No quise discutir con él mis problemas.

—Eres tychista, ¿verdad? —dije.

—¿Eso crees?

—Es el credo de los pilotos viejos, según he oído.

Soli se frotó las sienes.

—Sí. Esos pilotos que creen poseer un destino se vuelven descuidados y no llegan a viejos.

—Pero tú has corrido mayores riesgos que yo. «Soli el Afortunado», solían llamarte los aspirantes cuando estaba en Resa.

—Riesgos calculados, todos ellos.

—Pero riesgos, de todas formas.

Creo que sonrió, pero estaba tan oscuro que no pude estar seguro. Golpeó la nieve con sus botas, tratando de entrar en calor.

—Un día el peso de la antiprobabilidad caerá también sobre mí. —Y una vez más se burló de mí, añadiendo—: Es mi destino.

Agité las mandíbulas en silencio antes de preguntarle:

—Entonces, ¿no crees que el destino de un hombre podría ser el ser afortunado?

—No —dijo él—, no eternamente.

Entonces bostezó, se quitó la nieve de las pieles y entró en la cabaña para dormir. Me quedé contemplando las montañas negras y púrpura de Alisalia, recortadas contra el brillante horizonte.

Fue mi destino matar una foca grande y noble.

Finalmente el viento caló entre mis pieles, y empecé a tiritar. Entré en la pequeña choza y me tumbé junto a Bardo, que roncaba con fuerza. Permanecí despierto largo rato antes de que el calor de mis pieles me acunara y pudiera conciliar el sueño. Pero no dormí bien. Fue una noche de sudar y retorcerme una noche de *sueños*. Recuerdo bien uno de esos sueños: soñé que mataba una gran foca; soñé que los hijos e hijas de la foca, no queriendo estar solos, saltaban a nuestras lanzas para poder unirse a su padre en el otro lado del día.

Al día siguiente matamos nueve focas, y Soli dijo que teníamos mucha suerte.

CAPÍTULO 11

El Viejo de la Cueva

¿Vivir? Nuestros criados pueden hacerlo por nosotros.

—De *Axel*, de Villiers de L'Isle Adam, Fabulista del Siglo de la Máquina.

Los devaki dicen que las cataratas de fuego son el espectáculo más hermoso del mundo. Es una pared de luz creada por la excitación y la descarga de los átomos de oxígeno en la atmósfera. (Los devaki, naturalmente, no saben esto. Creen que el fuego pálido y fantasmal se debe a los espíritus de sus antepasados. A veces silban a las frías luces, esperando acercarlas). En algunas noches del invierno profundo las cataratas de fuego flotan en el cielo como una luminosa cortina verde y rosa. Tienen una belleza delicada, casi de otro mundo. Pero hay bellezas y bellezas. Los devaki tienen dos palabras para describir la belleza: *shona*, que emplean para describir las puestas de sol y las montañas y los árboles cubiertos de nieve, y *halla*, que tiene un significado completamente distinto. En esencia, una cosa (o suceso) es *halla* si está en armonía con la naturaleza, más exactamente, si «ve la intención del alma-mundo». Así, para los devaki es *halla* no matar a mamuts enfermos, igual que es *halla* morir en el momento adecuado. Casi cualquier cosa puede ser *halla*. Una lanza, si está equilibrada y bien hecha, es también *halla*. Los devaki han llegado a llamar *halla* a muchas cosas que en principio no parecen poseer belleza de ningún tipo. Siendo humanos, a veces confunden la intención del alma-mundo con sus deseos más básicos. Aunque el cadáver devorado de una foca es la más fea visión que existe, he oído a Yuri declararla *halla*. ¿No alimenta una sola foca a toda la familia Manwelina durante tres días? Y, ¿no es la intención del alma-mundo que los devaki se nutran y sobrevivan? Así, una foca destripada es *halla*, y diez focas tendidas sobre los trineos de los cazadores en su regreso son *hallahalla*, porque en realidad nada es más hermoso para los devaki que la visión de carne fresca. La noche de nuestra afortunada caza descargamos nuestros trineos cerca de las hogueras de la entrada, y toda la cueva se vació de mujeres, hombres y niños, que tocaron las focas y gritaron: «¡*Losna halla! ¡Li pela Nunki losna-nu hallahalla!*».

Sólo una mujer vieja llamada Lorelei advirtió las cataratas de fuego titilando al norte.

—*Loshisha shona* —dijo, mirando a las luces, que esa noche eran como una evanescente túnica escarlata—. *Lo morisha wi shona gelstei*.

Mientras repartíamos las hermosas focas, Yuri se me acercó.

—Debo encontrar a alguien que lleve una ofrenda de carne al Viejo de la Cueva.

Escruté la cueva, con el colmillo de lava casi perdido entre las sombras. Me sentía

confuso, porque creía que los devaki no hacían ofrendas a ídolos o a formaciones naturales de roca que hubieran adquirido accidentalmente la forma de un viejo.

—No comprendo —dije.

Se frotó la frente con los dedos ensangrentados.

—Hay uno de los devaki que vive solo en una cámara dentro de la cueva. Es tu casi-tío abuelo, y debo pedirte, ya que mataste a la primera foca y es tu privilegio, que le hagas el honor.

—¿Por qué vive solo?

—Vive solo —respondió Yuri— porque cometió un gran crimen hace mucho tiempo, y nadie desea vivir con él. Es el otro «Viejo de la Cueva».

—¿Mató a alguien? —pregunté.

—No, es peor que eso. Vivió cuando debía de haber muerto. Cuando le llegó la hora de hacer el gran viaje, su padre se llenó del espíritu del volcán y le salvó de la muerte-por-el-hielo. Y, ¿no se dice que muchos tratan de morir demasiado tarde pero pocos demasiado pronto? ¿No estamos obligados a morir en el momento adecuado? Bien, este hombre no murió en el momento adecuado. Nació siendo un *marasika* sin piernas, y cuando la matrona trató de aliviarlo, su padre la golpeó y robó a su hijo de vuelta a la vida.

La historia de Yuri parecía dolorosamente familiar. Traté de ignorar los gritos de toda la gente feliz que pateaba la nieve y se congregaba en torno a la carne.

—¿Cuál es el nombre de ese hombre? —pregunté.

Se cubrió los ojos con sus manos plagadas de cicatrices.

—Su nombre es Shanidar, hijo de Goshevan. Goshevan, que mató a mi abuelo, Lokni, por intentar impedir su crimen. Goshevan vino a vivir con los devaki, pero cuando su hijo nació sin piernas, robó a Shanidar y lo llevó por los hielos orientales hasta la Ciudad Irreal, donde los hombres-sombra le hicieron piernas nuevas. Y, cuando Shanidar creció para convertirse en hombre, regresó y dijo: «Soy Shanidar, y he venido a vivir con mi gente». Pero todos sabían que era demasiado tarde para que viviera, y por eso mi padre, Nuri, le dijo que podía pasar el resto de sus días en la cámara al fondo de la cueva.

Entramos en la cueva y él señaló una larga grieta oscura en su pared, tras las cabañas de la familia Sharailina. Supuse que era un respiradero lateral que conducía a la cámara de Shanidar.

—Ahora es un viejo que no puede cazar su propia carne —dijo Yuri, parpadeando con su ojo único—. Y, ¿quién puede reprochárselo? Ese pobre hombre llamado Shanidar está un poco loco por el infierno de la muerte-viviente.

Asentí, como si todo tuviera sentido.

—Hay que llevarle carne a Shanidar para que no cometa el doble crimen de morir demasiado pronto.

Asentí, indicando que así era.

—Shanidar escuchará ansioso la historia de vuestro viaje por los hielos del sur, porque él mismo hizo un largo viaje.

Asentí, muy despacio.

—¿No hay nadie más que le lleve la comida? —pregunté. No quería ver a aquel viejo que había conocido los talleres de los talladores (y otras cosas) de la Ciudad.

Yuri suspiró.

—El honor cae normalmente sobre Choclo. Pero esta noche debo pedirte a ti: ¿quieres llevar a Shanidar su porción de esta hermosa carne?

Traté de mirar a través del conducto hacia la cámara de Shanidar, pero no vi nada más que negrura.

—Sí —dije—, llevaré a Shanidar su carne.

Apilé algunos trozos de carne y los envolví en una piel. Escalé el conducto lateral de la cueva, y tropecé con los bloques de piedra que se proyectaban del negro suelo empinado. Las paredes eran frías y se cerraban a mi alrededor. Mi cabeza chocó contra una hoja de roca y solté una maldición. Por delante y por encima de mí había un leve brillo amarillo, como una llama fría iluminando una distante ventana. En alguna parte goteaba agua; el plip-plop era demasiado fuerte, y estaba muy cerca. Olí la roca mojada, y un aroma dulzón y enfermante que hizo que me atragantara. De las paredes de roca que me rodeaban reverberó un gemido que estaba lleno de ironía y pena, pesar y dolor a la vez. Ocasionalmente, el gemido se convertía en un agudo aullido y luego se suavizaba a un gorgoteo. Ascendí hacia aquel quejido demente y lastimero, temiendo lo que encontraría. Me extrañaba que el fabuloso Shanidar estuviera vivo todavía. Debía ser muy viejo, pensé, muy viejo.

Pero ¿qué puede comprender un joven de la vejez? ¿Cómo comprender los dolores y miedos, la nostalgia hacia los días de juventud? Aunque yo había estado entre muchos hombres viejos (Soli y el atemporal Guardián del Tiempo me vinieron inmediatamente a la cabeza), su vejez había sido transmutada por las artes de la civilización; eran almas viejas devueltas a carne joven y vital, hombres que habían saboreado poco de la decrepitud o la indefensión. Y yo, también, era un hombre civilizado..., no sentía ningún deseo de conocer la lenta muerte de los miembros temblorosos, la gangrena y los súbitos lapsos de memoria.

Nunca antes había visto a un hombre tan viejo.

Estaba sentado, con las piernas cruzadas, en medio de una cámara de piedra tan pequeña que dos hombres habrían tenido problemas para tenderse en ella. Ante él ardía una pequeña hoguera que enviaba nubes de humo hacia una rendija en el techo. Pude verle claramente, con sus frágiles dedos huesudos tendidos hacia el fuego, mientras me observaba aproximarme.

—Mallory Matafocas —dijo. Me sonrió amablemente, pero no tenía dientes—. Ni

luria, ni luria. Yo soy Shanidar.

—*Ni luria* —respondí, y dejé caer la carne en una roca junto al fuego—. ¿Cómo sabías mi nombre?

—Choclo, mi pequeño casi-nieto, me visita a menudo, ¿sabes? Ayer por la mañana, antes de la caza, me dijo que habían venido hombres a través del hielo. Eso me contó. Naturalmente, le gusta oír relatos de la Ciudad Irreal, aunque no me cree cuando le digo que los hombres-sombra construyen barcos que navegan entre las estrellas. ¿Quién podría creer una cosa así, hmmm? Sin embargo, es cierto. Lo he visto con mis ojos.

Se tocó cuidadosamente las sienes y volvió a sonreír. La piel alrededor de sus ojos era pesada y abotagada, y le caía tanto que parecía soñoliento. Los ojos en sí eran de un azul indeterminado y lechoso, llenos de cataratas... No creo que pudiera haber apreciado las líneas plateadas de una naveluz con aquellos ojos, aunque tal vez aún eran sensibles a los ritmos de luz y oscuridad. Era un hombre muy, muy viejo, cuya gastada mandíbula inferior se reunía con la superior sin la interferencia de los dientes. El efecto de esta mutilación cortaba su cara de tal manera que su barbilla casi tocaba su nariz. Era algo feo. Advertí que la piel de sus mejillas colgaba de los huesos de su cara en hojas blancas, sueltas y arrugadas; su piel era delgada y delicada, y entretejida con una maraña de capilares rotos. No me gustaba mirarle, pero la pura grandeza de su fealdad me hacía observarle pese a todo.

Vio de inmediato (si «ver» es la palabra adecuada), detectó mi horror y mi fascinación.

—Los hombres-sombra de la Ciudad Irreal atrapan sus espíritus dentro de carne joven, ¿sabes?, ¿sabes?, y por eso sus ánimas son muy viejas cuando hacen su viaje al otro lado del día. ¿Me trajiste carne? Lo siento: demasiado viejo, ya sabes. Se dice que hay una isla desierta al otro lado donde los espíritus aúllan de rabia porque son tan viejos, viejos, viejos, viejos, viejos, que han engañado a su iluminación. Es carne de foca, ¿verdad? No serán redimidos por el tiempo, naturalmente que lo sabes..., escucha, debo interrumpirme a menudo porque temo que si no lo hago entonces olvidaré algo importante..., no serán redimidos, así que deambularán por su isla sin vida atrapados en el eterno momento-entonces. La pena..., ése es el auténtico infierno. Debemos envejecer, y debemos morir en el momento adecuado. Ésa es la clave, ¿lo sabías? La carne de foca está llena de vida, ¿hmmm? ¿Quieres ser tan amable de cortarme un trozo de morro?

Hice lo que me pedía, y él se metió el trozo de grasa en la boca, No me gustaba que hablara de la Ciudad Irreal, y por eso repetí el escéptico (y sabio) dicho de los devaki:

—Tuve el sueño de que los hombres-sombra viven en una ciudad bajo la bruma plateada del amanecer, irreal, irreal. Tuve una pesadilla y cuando me desperté la

ciudad había desaparecido, irreal, irreal.

Comió otro trozo de morro mientras miraba en mi dirección con sus ojos nublados.

—Está buena —dijo—. ¿Quieres cortarme más carne? Corta los trozos pequeños, tengo que tragarlos enteros. Es buena carne..., ¿sabías que la carne de la Ciudad Irreal crece en estanques? Lo he visto con mis ojos. Pero esta carne sabe mejor..., ten cuidado, ya sabes, corta los trozos más pequeños o me ahogaré. —Se rio—. Y ésa sería una forma indigna de marcharse, ya sabes, ahogarse con la garganta llena de carne de foca. Naturalmente, hay algunos que te dirán que debería haberme ido hace mucho tiempo, cuando nací sin piernas. Pero mi padre tuvo un sueño y me llevó a la Ciudad Irreal, que he visto con mis propios ojos. Mi padre, a quien yo amaba, tuvo un sueño.

Mientras farfullaba sobre el sueño de su padre de escapar a la pesadilla de la civilización, yo corté trocitos de carne de foca y observé la cámara. Me sorprendí al ver que las paredes ajadas y agrietadas estaban cubiertas de pinturas. No sabía cómo había podido adquirir los pigmentos verde, rosa y magenta para colorear sus pinturas. En una pared, los tonos plateados, rojos y púrpura fluían juntos en una brillante fusión de colores. Tuve la impresión de que había intentado captar una visión de su Ciudad Irreal. Era un trabajo hermoso, aunque poco elegante. Las pinturas de la otra pared eran bastante diferentes: estaban llenas de ocre, verde oscuro y rojizo. La luz de la cámara era pobre, pero vi que Shanidar había salpicado manchones rojos por todas partes, al parecer al azar. Podrían haber sido cualquier cosa: los ojos de un depredador asomando tras una cortina moteada de vegetación, o gigantes rojas expandiéndose y convirtiéndose en novae, o manchas de sangre. Las manchas (realmente, todo el resto de las pinturas), eran muy perturbadoras. Él debió darse cuenta de lo que yo estaba mirando, porque me preguntó:

—¿Ves mis glorias? ¿Ves? ¿Ves?

Vi que aquel viejo no era ni completamente civilizado ni salvaje. Pensé que sus pinturas eran espejos de los terrores del mundo primitivo y las (para él) maravillas de la civilización. Aquí, en una oscura grieta del suelo, vivía aparte de los otros hombres, un paria que no tenía hogar (yo no consideraba que esta cámara apestosa, con sus pieles empapadas de orina y las pilas cónicas de mierda amontonada, fuera un hogar). Sentí lástima por él, pero, mientras conversamos, comprendí que él sentía poca lástima por sí mismo.

—¡Cómo me gusta el sabor de la carne de foca! —exclamó—. Era mejor, ¿sabes?, cuando tenía dientes para liberar los jugos, pero sigue siendo muy buena. Mallory Matafocas..., se dice que Nunki es tu doffel y le mataste, ¿es cierto?

—Yuri cree que la foca es mi doffel.

—Se dice que es un hombre sabio.

—Mi abuelo me dijo que Ayeye, el talo, es mi doffel.

—¿Y quién fue tu abuelo?

Recité mi falso linaje.

—Cuando yo era niño, no tuve ningún abuelo que nombrara mi doffel —me confió—. Así que tuve que descubrirlo por mi cuenta. ¿Podrías cortarme más carne, hmmm? Corta los trozos pequeños, ya sabes. Así liberarás más jugo. ¡Ah, qué bueno! Qué sabor..., me encanta el sabor de Nunki, ¿a quién no?

—¿Quieres un poco más de morro?

—Cuando era joven, crucé los hielos desde la Ciudad Irreal..., sí, el morro está bueno, ¿hmmm? Crucé los hielos. ¿Por qué recuerdo cada grieta y tormenta de nieve de ese viaje y no puedo recordar el nacimiento del joven Choclo, que sucedió hace sólo trece inviernos? ¿O son doce? Pero recuerdo a mi doffel. —Sonrió y me miró, expectante.

—¿Y cuál es tu doffel, entonces?

Le corté un trozo de carne y se la di. Se la metió en la boca y la tragó.

—He vivido mucho. No hay nada como el sabor de la carne de foca, ¿verdad? He vivido solo y apartado, pero he vivido una vida rica, ningún hombre es más rico. A veces un hombre debe vivir aparte de sus hermanos, fuera de la cueva de su familia. Entonces es una vida dura, ya sabes, pero rica y hermosa, porque vivir aparte es como ser una montaña sobre colinas, como ser un dios entre hombres. ¡Las glorias! En la cima de la montaña hay soledad y terror, pero también hay glorias. ¡La caída es terrible, pero la vista, oh, la gloriosa vista! Y, si sabes esto, ¿por qué escuchas a un viejo? Porque eres amable... Mallory el Amable te llamaré. Será nuestro secreto, ¿sabes? ¿Quieres cortarme un poco más de esta deliciosa carne de foca? Es deliciosa, ¿verdad?, esta carne de Nunki que es mi doffel también. ¿Te lo dijo Yuri? Cuando era más joven, maté una vez una foca sólo para ver si podía. Yuri pensó que tendría miedo, pero la maté igualmente.

Le corté tajadas de carne, mientras me preguntaba cómo podía escapar de aquel sitio sin ofenderle. No quería reconocer que la foca fuera mi doffel. Odiaba que pudiera haber una correspondencia de ningún tipo entre nosotros. No quería compartir la infamia de haber matado a nuestro doffel mutuo, ni deseaba la solitaria igualdad de hombres que deben permanecer apartados de otros hombres. Lo que quería, simplemente, era descubrir el secreto de la vida para poder vivirla más completamente en compañía de otros hombres y mujeres.

El Viejo de la Cueva comía mientras esperaba mi respuesta. Se metía la carne en la boca sin dientes y la tragaba sin masticar. Consumió tanta carne que pensé que su viejo vientre arrugado estallaría. Mientras le observaba, su piel adquirió un feo tono amarillento, como si su bilis le estuviera envenenando. Empezó a toser. Su estómago rugió, y se pedorreó tan fuerte que incluso Bardo se habría impresionado.

—Es demasiado, ¿sabes? Oh, el dolor, corta como hielo a través de mis entrañas. —Se inclinó hacia delante, apoyándose en manos y rodillas, jadeando, tratando de ponerse en pie—. Un hombre no debería comer su carne como un perro. Ayúdame.

Le ayudé a incorporarse. Odié tocarle; odié la fragilidad de sus finos huesos, como de pájaro, el obscuro contacto de la joroba entre sus hombros allá donde la espina dorsal se había resquebrajado y doblado con la edad. Abrió los labios para darme las gracias, y no pude dejar de mirarle la boca. Era un horror. La lengua estaba hinchada y ennegrecida, y sus encías sangraban, cubiertas de llagas. El hedor no se parecía a nada que yo hubiera olido antes. Se tambaleó hasta el final de la cámara, donde vomitó con cuidado sobre las pilas de excrementos. Cuando regresó junto al fuego, su piel parecía blanca, casi translúcida, como el hielo de un glaciar. Cogió mi brazo con sus frías manos marchitas.

—La carne de Nunki es buena, pero está dura, ¿sabes? Oh, creo que sonrías porque aún tienes todos tus dientes. Son fuertes, ¿no, hmmm? ¿Serías tan amable de masticar mi carne por mí con tus fuertes dientes?

Yo no quería hacerlo. Estaba lleno de carne; la idea de masticar más carne me ponía enfermo.

—Choclo a veces me mastica la carne, ¿sabes? Es un muchacho muy amable.

Yo no podía soportar verle meterse en la boca un trozo de carne mojado con mi saliva.

—No puedo —dije.

—Por favor, Mallory, tengo hambre.

Maldije en silencio y mordí un pedazo de carne. Lo mastiqué a conciencia. Mientras me escupía sobre la mano la masa marrón rojiza, él dijo:

—¿Sabes? Yo solía masticarle la carne a mi padre cuando era viejo. —Me cogió de la mano los trozos de carne y los engulló—. Está buena, muy buena, Pero no tienes que masticarla tanto. Si no tienes cuidado, le quitarás todo el jugo, y la carne está mejor cuando es jugosa, ¿hmmm?

Palpó la carne que yo le había traído, y se cubrió las manos de grasa de foca. Se frotó la cara y luego regresó a sus exploraciones.

—¿Qué es esto? —exclamó—. Bajo las costillas..., ¡parece hígado!

—Sí, te he traído un poco de hígado —le dije—. Pensé que te gustaría.

—Pero no puedo comer hígado, ¿no lo sabes?

—¿Es demasiado bueno?

—Es demasiado bueno y por eso no puedo comerlo. Yuri dice que el hígado debe reservarse para los cazadores y las mujeres preñadas. Y a veces para los niños. Necesitan su riqueza más que yo, ¿sabes?

—Es sólo un poco de hígado. ¿Te negaría Yuri que lo probaras siquiera?

—Escucha, me negaría más que eso, por supuesto. Antes de que vinieras, no

había comido mucho durante doce días. Cuando los tiempos son duros, ya sabes..., bueno, soy viejo, y los niños deben comer, ¿hmmm?

Yo conocía esta cruel costumbre de los alaloi, y sin pensarlo dije:

—Los niños deben comer, de acuerdo, pero está mal que la familia de un hombre le haga pasar hambre.

En realidad, no pensaba que fuera malo que los viejos murieran para que los jóvenes pudieran vivir. Pero los alaloi tenían que vivir tan pegados a la vida (y a la muerte) que aquello, pensé, era de algún modo maligno.

—El mal, hmmm... ¿quieres cortarme un trozo de hígado, por favor? —
Contempló el fuego durante largo rato, tironeándose de la piel floja de la garganta. Dedos de luz anaranjada juguetearon sobre su cara grasienta. Con su cuello flaco y su boca hundida y sin dientes abriéndose y cerrándose en anticipación a su postre, parecía un sonriente pájaro infernal—. ¿Qué es el mal, hmmm? ¿Qué es el bien? ¿Lo sabes tú?

Se dio la vuelta y se tendió en una pila de despojos putrefactos y viejos huesos. Gruñó, se giró hacia mí, y alzó un trozo de carne de algún órgano inidentificable.

—Éste es el estómago de Ayeye, el talo que vuela en el cielo... ¿Sabías que Yuri me odia porque una vez liberé a un joven talo de una de sus trampas?... El talo vuela sobre las montañas; y es malo comer a Ayeye, pero Yuri quería al talo para la iniciación de Liam, no para comerlo. Pero yo liberé al pájaro de todas formas porque sentí lástima por él, ¿sabes? Claro que lo habría liberado aunque Yuri hubiera tenido hambre y quisiera comérselo, porque está mal comer... ¿Ves el estómago de este talo que Choclo me ha traído, que mi hambriento pueblo ha comido?

—Lo veo —dije—. Apártalo, apesta.

Metió su pálido dedo torcido a través de la abertura inferior del estómago. Como alguien que se pone un guante, él se colocó el brillante músculo en la mano hasta que el dedo emergió por la abertura superior. Encogió el dedo.

—¿Crees que la muerte es mala? —preguntó—. ¿Sabes? Somos gusanos en la panza de Dios, y por eso sólo percibimos dos de los atributos de Dios, ¿hmmm? Como un gusano —y una vez más retorció el dedo dentro del vientre del pájaro—, una parte de nosotros mira a través de la garganta y la boca de Dios hacia la luz, y lo llamamos bien (¿sabías que el doffel de Yuri es el talo?), miramos a la luz de la vida y la llamamos bien, mientras nuestra otra parte se arrastra hacia las entrañas de Dios, a la oscuridad, la mierda y el mal. ¿Sabes? La mayor parte de la gente, atrapada como está en el estómago de Dios, tiende a ver sólo esos dos atributos, pero hay muchos más por encima de nuestra comprensión. ¿Quieres por favor cortarme otro trozo de hígado?

Obedecí.

—Intenta comerlo despacio —le dije—. O lo echarás a perder, y eso *estaría* mal.

—Gracias. Está bueno, ¿hmmm? Es bueno para un viejo comer el tierno hígado de la foca, pero no tan bueno para Nunki, ¿hmmm? Si Nunki pudiera hablar, ¿no diría que está mal que tenga que marcharse al otro lado mientras es aún tan joven y tan lleno de vida? Pero ¿qué puede saber un animal? ¿Qué sabe un hombre? Escucha, al pequeño Choclo le gusta hablar conmigo..., ¿te canto la canción que le enseñé?... Habla de lo que ve, ¿sabes?, y dijo que Mallory Matafocas mira a su hermana Katharine como Liam la mira. Y eso no está bien, dice, está mal, pero ¿qué puede saber él? Cree que distingue el bien del mal, por supuesto, pero no le dije que algunos hombres, hombres que están apartados en lo alto de las montañas, algunos hombres pueden imaginar lo que es dejar la panza y ver todo el cuerpo de Dios. Yo mismo lo he visto una o dos veces. Es una cosa poderosa, ¿sabes?, con un pico dorado y alas plateadas que se extienden por todo el universo hasta que las puntas tocan los extremos más lejanos. Oí su grito una o dos veces siendo niño, por eso puedo decirte la cosa más profunda que sé: la naturaleza de Dios está más allá del bien o del mal.

Sonreí mientras cortaba trocitos gelatinosos de hígado. Recordé que los alaloi creían que Dios es un talo tan grande que puede devorar el mundo tan fácilmente como un somorgujo se traga una mora; creen que Dios y el universo son uno. Mastiqué rápidamente y escupí en la mano una bola púrpura de hígado. Como dudaba que ningún hombre pudiera conocer la auténtica naturaleza de Dios, fuera un talo o una bola de luz o un sistema definitivo para descubrir las estructuras infinitas del multipliegue (como creen algunos pilotos), como dudaba de muchas cosas, dije:

—Tal vez tu visión del talo fue sólo un sueño. A veces los sueños pueden parecer reales. Pero la mayoría de los sueños son falsos, ¿no?

Me quitó el hígado de la mano y lo devoró.

—Los hombres de los hielos del sur tenéis extraños sueños, ¿hmmm? Sueños falsos también, ya veo. ¿Sabes? Eres un hombre amable, pero a veces tus palabras cortan como el viento. Te diré la cosa más simple que sé, ¿hmmm? Un hombre hambriento no está más seguro de la existencia de la comida caliente de lo que yo lo estoy de Dios.

Así pasé la mayor parte de la noche, alimentándole como un animal alimenta a su cría. Hablamos de muchas cosas, pero sobre todo (en especial Shanidar) hablamos del bien y del mal. Me sorprendí de que hablara tan libremente conmigo, pero los alaloi son filósofos naturales y les encanta conversar. Creo que también era demasiado consciente de su propia mortalidad; debía ansiar desesperadamente compañía de cualquier tipo, incluso la mía. Sin embargo, me sorprendía el hecho de que yo pareciera gustarle, porque él no me gustaba a mí. Sentí lástima por él, sobre todo cuando extendió la mano para agarrar la mía y dijo:

—Una noche, hace años, soñé que tenía un hijo, pero ninguna de las mujeres devaki quiso casarse con un hombre que no había muerto en el momento adecuado,

¿sabes? ¿Sabes? Tuve un sueño una noche... Escucha, las luces del cielo son los ojos de Dios vigilándonos. Las luces del cielo de medianoche son estrellas, y en el resplandor de la luz de los ojos de Dios viven hombres, aunque nadie me cree... Escucha, hay algo que quiero pedirte, ¿hmmm? Cuando me llegue el momento de marcharme..., evidentemente no ha llegado el momento todavía, porque el hígado yace tranquilamente en mi vientre..., cuando llegue el momento, antes de que yo... Escucha, no dejes que Yuri sepa que me trajiste el hígado de foca, porque pensaría que lo estoy robando de las bocas de las madres, y si eso fuera cierto sería realmente malo, ¿hmmm?... Cuando llegue el momento de que Dios devore mi carne, ¿quieres sacarme de la cueva para que pueda sentarme bajo la noche? Quiero sentir la luz de las estrellas una vez más antes de hacer el gran viaje.

Prometí hacer lo que me pedía, y él me apretó la mano. Me dio las gracias por haberle traído comida suficiente para que pudiera acostarse y no permanecer despierto pensando en su hambre. Se palpó el vientre, sonriendo. Me alegré de acabar con mi repugnante tarea y sonreí también. Sonreímos los dos. Debería haber sido un buen momento, con los dos sonriendo, pero fue un momento de horror. Me sentí presa de un repentino e inexplicable pánico. Las paredes de la cámara llenas de vívidos colores, los fieros leños chasqueando y esparciendo cenizas, los pútridos olores de sangre y respiración, la sonrisa demasiado familiar de Shanidar..., todas aquellas sensaciones me llenaron de un profundo temor hacia mi propia existencia. La cruda desesperanza de la vida me aterrorizaba. Shanidar me sonreía desde el otro lado del fuego, y pareció como si su cabeza flotara sobre un mar de llamas anaranjadas. Yo sólo podía ver su cabeza, hundida en la carne y los pliegues del tiempo. Advertí que todos los hombres llegarían a tener aquellos ojos si vivieran lo suficiente. Me sentí sacudido con el temor, el conocimiento puro, la completa certeza de que la forma de la cara sonriente de Shanidar era la forma de mi propia cara. Ninguna habilidad o fuerza podría mantenerme apartado de este destino si el tictac de mi reloj interno se detenía como el suyo se había detenido. Ahora yo era joven, pero pronto, muy pronto según la medida del tiempo universal, sería viejo. Mi temor fue tan grande que sentí la abrumadora urgencia de gritar pidiendo ayuda. No había escape, pensé, y mi estómago se retorció y empecé a sudar. A pesar de las artes de los talladores y los cétricos..., podían hacer que la carne volviera a la juventud unas pocas veces, tal vez muchas veces incluso, pero no podían hacer nada para prevenir la mutabilidad de la propia esencia y el alma de cada uno. No había manera de que pudiera conservarme joven, no había forma de impedir que cambiara por dentro, donde importaba. Mi destino era cambiar, como lo es el de todo el mundo. Shanidar sonrió, y no tenía dientes, y advertí que toda mi vida hasta este momento había sido falsa. Miré las sólidas paredes de roca llenas de pinturas, y me apreté la dolorida rodilla, y todo a la vez, las rocas y la sangre y los huesos, parecieron completamente

irreales.

Como si pudiera oír mis pensamientos, Shanidar volvió la cabeza en mi dirección y de pronto dejó de sonreír.

—¿Sabes? Incluso hombres amables como tú y como yo deben envejecer, ¿hmmm? Por eso debemos marcharnos en el momento adecuado. De otro modo, no hay paz eterna.

Habló sobre la paz y la iluminación que esperan al otro lado del día, y habló sobre su amor por su pueblo, que casi le había rechazado por completo. Debo admitir que le presté poca atención. Quería volver a la cueva principal, encontrar a Soli y los otros, hacerles comprender que nuestra búsqueda del secreto de la vida era estúpida y sin sentido. No había ningún secreto; sólo existía la aplastante atadura al ser y, finalmente, cuando llegara el momento de dejar de ser, la nada.

Me levanté bruscamente, casi ignorando al Viejo de la Cueva.

—Hay una cosa que debo decirte antes de que te marches, ¿hmmm? —dijo—. Olvidé decírtelo antes, pero deberías saberlo. Las alas de Dios tocan el extremo lejano del universo, ¿te lo he dicho ya? Sus alas son plateadas y tocan, pero sus ojos están cerrados porque duerme. Escucha, un día Dios despertará, y entonces podremos verle como realmente es. Casi puedo oír su grito, el batir de sus alas. Pero, hasta entonces, bien y mal no existen, porque sólo Dios puede ver realmente lo que es bueno y lo que no. Y esto es lo que quería decirte: hombres como tú y como yo, hombres amables que matan a sus propios doffels, debemos hacer lo que hacemos porque para nosotros todas las cosas están permitidas. Pero siempre hay un precio, ¿hmmm? —Pasó su tembloroso dedo por sus encías—. Y el precio hay que pagarlo.

Bajé el respiradero de piedra con toda la rapidez que pude. Quería buscar a Katharine, acariciarle el pelo, preguntarle qué había visto; quería hacer que me dijera cómo sería yo cuando hubiera envejecido. Mientras bajaba el oscuro pasadizo, el Viejo de la Cueva empezó a cantar una canción lastimera, y traté de no escucharlo.

CAPÍTULO 12

La pequeña muerte

¡Qué extraordinario que las ondas del continuo espaciotiempo ondulen de tal forma que puedan controlar su propio ondular! ¡Esa energía capturada y dominada debería conducir a concentraciones mayores de energía en vez de a perderse gradualmente en la muerte calorífica y la calma universal! ¡Qué misterioso que la consciencia guíe a una mayor consciencia, y que la vida engendre vida más grande y más compleja!

—De *Réquiem por el Homo Sapiens*, de Horthy Hosthoh.

Cuando regresé a la cueva principal, los devaki y mi «familia» celebraban un festín de carne de foca. Obsesionado como me hallaba con pensamientos de deterioro y muerte, no estaba preparado para la alegría, la alegría de ciento veinte personas felices atiborrándose de su hermosa carne. Era un festín de carne, una celebración de amor y vida con poca tregua o pausa. Todo el mundo, excepto los bebés aún no destetados y los niños pequeños, se atracaba de filetes asados y grasa de foca. (Al principio, naturalmente, muchos estaban tan hambrientos y llenos de impaciencia que comieron la carne cruda). La cueva estaba llena con el olor de la carne asada y la feliz charla de los niños mientras se chupaban los dedos de hígado asado en grasa fundida. Yuri y el resto de los Manwelina compartieron alegremente la comida con las familias Yelenalina y Reinalina. Sus cazadores habían regresado de su caza de shagshay con los trineos vacíos, pero Yuri anunció que llenarían sus vientres de todas formas, porque sabía que en la próxima caza la suerte podía ir en otra dirección. Incluso los Sharailina, que poseían el estatus más bajo de todas las familias debido a un desgraciado y desabrido accidente sucedido hacía años, incluso los bajos Sharailina comieron de la rica carne. Alrededor de las chozas, el suelo de la cueva se cubrió de huesos rotos; los cuerpos hinchados y distendidos de los que habían comido demasiado (casi todos) estaban tendidos delante de las hogueras. Había gruñidos, eructos y gemidos. Para mi sorpresa, muchos de los devaki contaban chistes obscenos y se acariciaban abiertamente. Recorrí la cueva, y vi a una mujer núbil Yelenalina (creo que se llamaba Pualani) riendo y susurrando algo al oído del joven Choclo. Se acariciaron mutuamente y desaparecieron en una de las chozas Yelenalina. Alrededor de las hogueras, a la suave y fluctuante luz, parecía que los hombres y las mujeres se apareaban y acariciaban, desapareciendo en silencio en las zonas más oscuras de la cueva. Encontré a Bardo con los brazos por encima de dos hermosas muchachas Senwelina, mientras cantaba sentado entre ellas. Me acerqué más a las cabañas llenas de jadeos de pasión, y él me hizo un guiño y me llamó.

—¡Dos no es demasiado para uno, pero es demasiado poco para dos hombres como nosotros! Pero cuando Bardo está contento, Bardo está dispuesto a compartir. ¿Dónde has estado? Pareces blanco como vómito de pájaro.

—¿Dónde está Katharine? —le pregunté.

—Olvida a Katharine —dijo él, tironeándose de la barba—. ¿Por qué te preocupa dónde esté?

No creo que fuera un buen momento para decirle que Katharine y yo éramos amantes, aunque por el aspecto de sus astutos ojos castaños creo que debía haber imaginado la verdad mucho antes de que partiéramos de Neverness.

—¿La has visto? —pregunté.

Se lamió los labios, ignorando mi pregunta. Mordisqueó el cuello de la muchacha más joven, la de la nariz pequeña y la hermosa risa aguda.

—Se llama Nadia, hija de Jense. Me dice que siente curiosidad por saber si la lanza de Mallory Matafocas es lo suficientemente larga y recta como para atravesar *su* aklia.

Nadia volvió a reírse, y pareció decepcionada cuando sacudí la cabeza.

—Tengo que encontrar a Katharine —dije.

—Ah, lástima. —Bardo se liberó de las dos muchachas, se levantó y me llevó aparte—. ¿Qué te pasa?

Empecé a contarle mi visita a Shanidar, pero en vez de ello me mordí el labio. Todo lo que pude decir fue:

—Esta expedición, la búsqueda..., todo, todo carece de sentido.

—Claro que sí. Y por eso debes vivir mientras puedas. La vida es aburrida y sin sentido, pero cuando estallas dentro de una mujer, por un momento tu aburrimiento muere y..., ¿te aburro?..., y sientes que podrías morir de placer, o de cualquier otra cosa, y te importaría un comino. Cuando mueres la pequeña muerte y ella grita y te araña la espalda porque se está muriendo también..., bueno, ¿hay algo mejor que eso?

Traté de decirle que el problema era mucho más complicado de lo que pensaba. Pero él se quedó allí plantado, apretándome el hombro y sacudiendo la cabeza.

—¡Con lo he tratado de educarte! ¡Todo en vano, todo en vano! —dijo, y en voz baja añadió—: Pero gracias, Pequeño Amigo, por traerme a este lugar paradisíaco.

Cuando le advertí de los peligros de copular con mujeres jóvenes y fértiles, él se tironeó de la barba, pensativo. Siempre había temido ser padre. Era un miedo extraño, irracional: se había medio convencido de que, si su semilla germinaba alguna vez dentro de una mujer, entonces, de algún modo, habría completado su propósito en la vida y por tanto quedaría obsoleto y listo para la muerte.

—Es una lástima que no pueda entrenar mi esperma para que muera en el momento en que sale de mi cuerpo —dijo—. Pero si yo..., ah, es decir, si una de

estas mujeres velludas se quedara embarazada, ¿quién sabría quién es el padre?

Suspiró, se lamió el bigote y volvió con las muchachas. Para hombres como Bardo, me temo, la lujuria siempre conquistará el miedo.

Recorrí la cueva buscando a Katharine, pero no la encontré. Nadie pudo decirme dónde estaba. Regresé a nuestra choza, y casi sorprendí a Soli y Justine en medio de su juego amoroso. En silencio, regresé a las chozas de los Manwelina. Vi a mi madre y a Anala sentadas juntas. Frotaban pieles de foca, charlando y riendo. Oí a Anala fanfarronear sobre la virilidad de su hijo Liam. Sería un buen marido para cualquier mujer joven, dijo. Recordé que en mi vagabundeo en la oscuridad tampoco había visto a Liam. De la suave, redonda y brillante choza tras ellas procedía un rítmico jadeo y súbitos gemidos privados. Apreté los dientes y me apoyé contra la fría pared de hielo, preguntándome por qué esta contagiosa pasión comunal no había formado parte de la memoria de Rainer.

Lo que sucedió durante esa noche y los dos días siguientes no fue exactamente una orgía. Por lo que pude ver, los devaki practicaban el sexo en parejas y tan privadamente como fuera posible. Con una excepción (discutiré los pecadillos y hazañas de Bardo en breve), no había grupos de tres o más, ni voyeurismo ni perversiones ebrias. Parecía que los devaki sabían poco de las artes fracasadas de la civilización. Pero estaban muy familiarizados con la promiscuidad, o, debería decir, practicaban un gustoso emparejamiento que era libre y salvaje dentro de un rígido sistema de reglas y tabúes. (Ningún hombre o mujer, por ejemplo, podía acostarse con la pareja de otro, y el sexo entre familiares era una abominación). Los jóvenes y solteros «compartían la explosión del volcán» a menudo y con muchos compañeros diferentes. Especialmente cuando habían comido grandes montones de carne y se les calentaba la sangre, se buscaban en la oscuridad de la cueva y se emparejaban furiosamente, y lo celebraban, y encontraban a otro con quien compartir su fuego. Yuri me dijo que hacían esto porque eros era el don de los devaki al dios Kweitkel y debía ser practicado con energía y pasión hasta que los vientres de las mujeres (o de las niñas que así se convertían en mujeres) estuvieran llenos de nueva vida.

—No esperes demasiado a levantar tu lanza —me advirtió a eso de medianoche, cuando me encontró sentado con los perros junto a los fuegos de la entrada—. Pronto los aklias de las mujeres jóvenes estarán agotados, y te habrás perdido la diversión. —Arrojó leña al fuego y suspiró cuando éste empezó a crepitar y chisporrotear—. Tal vez estés pensando en lo que te costó matar a tu doffel y, ¿quién puede reprochártelo? Pero no es bueno que el hombre piense demasiado. —Se señaló la frente con un dedo por encima de la cuenca del ojo y advirtió—: Creo que hay demasiadas distracciones, demasiadas voces dentro de ti. Debes acallar la tormenta de palabras de tu cabeza y, ¿qué mejor manera que perderte en una mujer? ¿No has visto cómo las muchachas Sharailina, Mentina y Lilith te miran?

¡Qué mejor manera, realmente! ¡Cómo envidié la pureza e inocencia de Yuri! No sabía nada de los contagios o las enfermedades que habían arruinado a muchos de los Mundos Civilizados. Ignoraba el contacto de los replicadores que creaban genotoxinas para robarle a un hombre su esencia y su alma. Quise desesperadamente perderme en una mujer, perderme en *algo*, cualquier cosa que ahogara la vieja voz temblona de Shanidar, que extinguiera su imagen que ardía en mi interior. Pero yo era un hombre civilizado, a pesar de mi cuerpo primitivo. Temía tocar íntimamente a aquellas mujeres sucias y plagadas de piojos. ¿Cómo podía explicarle esto a Yuri? ¿Cómo explicar que yo, que buscaba el secreto de la vida, temía a la vida?

Había una mujer Yelenalina, sin embargo, que parecía diferente a las demás. Se llamaba Kamalia, y era hermosa. Su pelo parecía menos lleno de grasa que el de sus primas y casi-hermanas; sus dientes eran blancos y no tan gastados. Después de que Yuri se fuera a la cama con Anala, se sentó conmigo junto al fuego. Me sonrió tímidamente, cubriéndose con la mano los sonrosados labios. Empezó a tirar de mis pieles, y yo encontré su denso olor casi agradable, incluso intoxicante. El fuego me calentaba la cara, y el aire estaba lleno de dulce humo y de la risa de Kamalia. De repente me sentí cansado de buscar, cansado de pensar, cansado de todo menos del contacto de las astutas manos de Kamalia. Mordisqueé su cuello (¡los devaki no practican el bárbaro arte de besarse, gracias a Dios!), y encontramos una choza vacía donde practicar el sexo. Copulamos hasta el agotamiento, y dormimos, y al despertar copulamos un poco más. Morí la pequeña muerte. Me sentía salvaje, puro e invulnerable. Copulé cuatro veces con ella durante el día que siguió, tratando de escapar del aburrimiento y del miedo a vivir. Copulé con ella, y fue algo bueno. Pero no fue suficiente, y busqué a su hermana menor, Pílaria, y copulé con ella también, y ella gritó y me arañó la espalda, y fue muy bueno, pero no lo suficiente para tranquilizarme. Tenía tanta hambre que comí más carne y me encontré en la cabaña de Arwe, donde induje a la tímida Tasarla al juego sexual. Más tarde, ese mismo día, (no me importaba qué día era), copulé con Mentina, que tarareó una pequeña tonada mientras masajeaba mi pecho y se mecía de un lado para otro ante mí, adelante y atrás, frotando y canturreando. Cuando Bardo se enteró de mi búsqueda privada por encontrar el olvido, difundió el rumor de que yo también era un gran cazador de mujeres y muy habilidoso con mi lanza, que era larga y gruesa, aunque no tan larga y gruesa como la suya propia (pero claro, en eso, ¿quién podía vencerle?). Copulé con mujeres cuyos nombres he olvidado o nunca llegué a aprender. Cada una era hermosa a su modo, incluso las bizcas Mentina y Lilith, con su olor a pescado y sus dientes saltones. Obtuve gran placer de ellas, pero no el suficiente, nunca el suficiente para silenciar el ruido dentro de mi cabeza.

En la tercera noche de esta orgía, temprano, durante un raro momento de sueño, Kamalia y yo fuimos despertados por los gritos y chillidos que resonaban en la choza

situada junto a la nuestra. Escuché una larga y bárbara ronda de gemidos y risas y eructos, una obscena sinfonía de gritos irreprimidos de deleite.

—¡Diez! —exclamó una voz, y reconocí el profundo, tono de Bardo resonando bajo una cascada de agudas risas femeninas.

—¡Once! —oí más tarde—. ¡Doce y trece! —oí poco después, y suaves gemidos, las voces de mujeres diferentes—. ¡Catorce! —gritó Bardo, y advertí que estaba (estúpidamente) llevando la cuenta de sus cópulas. Cuando alcanzó el número «diecinueve», hacia el amanecer, temí que fuera a cambiar al lenguaje civilizado, porque, como he dicho, los alaloi no tienen números para cantidades superiores a veinte. (Pensé que sería ridículo que exclamara *hela*, o «muchos», después de cada mujer que fornicara). Kamalia y yo compartimos un trozo de carne de foca mientras esperábamos a que violara a su mujer número veinte.

En cambio, se produjo un largo silencio, roto cuando exclamó:

—Por Dios, ¿qué truco es éste? ¿Qué veneno? ¡No quiere bajar! —Me llamó por mi nombre, y noté pánico y desesperación en su voz. Le sonreí a Kamalia, me vestí rápidamente y entré en la cabaña de Bardo.

—¡Mallory —jadeó—, míralo, no quiere bajar!

Recorrió el centro de la choza, intranquilo, completamente desnudo. En uno de los lechos de nieve, dos mujeres medio cubiertas con pieles le observaban. Alzaron las manos, riendo y señalando su miembro enorme y rígido, que sobresalía bajo su vientre redondo como el pico de una tetera.

—¡*Bardo wos Tuwalanka!* —dijo una de las mujeres, mientras extendía los brazos—. ¡*Tuwalanka!* —(Era cierto, Bardo tenía en efecto la «lanza» de un mamut. De hecho, su miembro era tan grande que cuando era más joven solía temer que la sangre necesaria para excitarlo tuviera que ser desviada de su cerebro, privándolo de oxígeno y dañando así el más precioso de sus órganos).

Les dije a las mujeres que se vistieran y las eché de la choza.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—No lo sé —respondió él. Agarró la vara de su miembro, poniéndolo en horizontal—. No se ablanda. Ah, no sé..., debe ser veneno, esto no me había pasado nunca antes.

—Simplemente te has sobreexcitado.

—No, no, Pequeño Amigo.

—Seis o siete mujeres en tres días han drogado tu cuerpo de sexo y adrenalina. — En realidad, también yo me sentía insaciable y prepotente..., ¿quién no, con tal sucesión de mujeres jóvenes ansiosas por excitar tu lanza?

—Once mujeres, y no creo que sea nada de eso. Siento las hormonas revolviéndose dentro. ¡Es veneno, por Dios!

Examiné su miembro a distancia. Advertí algo curioso. En la parte inferior de la

vara, los pequeños y redondos tatuajes multicolores que marcaban su «lanza de mamut» no parecían estar colocados al azar. Los puntos rojos se retorcían entre los verdes y los azules, formando una pauta familiar. Me acerqué y me puse en cuclillas, mirando el feo parche de piel justo bajo el bulbo. Recordé los versos y los lenguajes muertos del libro de poemas del Guardián del Tiempo, y la pauta quedó clara: los puntos rojos formaban el antiguo pictograma japonés de la palabra «venganza». Mehtar, aquel astuto puntillista, había tatuado el miembro de Bardo con lo que obviamente creía que era un mensaje indescifrable. De modo que Mehtar recordaba a Bardo, después de todo. El taimado tallador se había vengado de Bardo por empujarlo en el hielo el día en que conocimos a Soli en el bar de los maestros pilotos. Probablemente había implantado hormonas de tiempo en la carne de Bardo, afligiéndole con una interminable tumescencia. Era algo cruel, un chiste desagradable. Era cruel, traicionero y preocupante, pero también, por alguna razón que no pude comprender del todo, jocosamente divertido.

—¿Qué ves? —me preguntó.

—No sé.

—No me mientas, Pequeño Amigo.

—Te pondrás bien.

—¡Mallory!

—No es nada, de verdad —le tranquilicé, y empecé a reírme.

—¡Dímelo, por Dios!

Me reí durante un rato, mientras su cara enrojecía y su miembro se endurecía aún más. Me reí hasta que se me saltaron las lágrimas; me reí tanto que empecé a hipar y a toser.

—Oh, eres cruel —dijo—. Eres un hombre despiadado.

Me calmé y le expliqué lo que pensaba que había hecho Mehtar.

—He oído hablar de esas cosas —dijo él—. ¡Ha alterado mi química, por Dios! ¡Me matan los venenos de las gónadas! ¿Venganza, dices? ¡Cuando regresemos a la Ciudad le enseñaré lo que es venganza! ¡Le cortaré el miembro y se lo clavaré en el cartel de su tienda, por Dios que lo haré!

—¡Shhh, baja la voz!

—¡Nadie puede oírme!

Pero obviamente alguien lo había hecho. O bien eso, o las dos mujeres habían difundido la noticia de su turgente estado por toda la cueva. Yuri y su hermano Wicent entraron en la choza y miraron a Bardo, asombrados.

—Oímos tus gritos —dijo Yuri. Nunca olvidaré la expresión indefensa de la cara de Bardo mientras Yuri examinaba su miembro y palpaba libremente su vara con sus grasientos dedos—. Quien te inició fue muy cuidadoso —dijo Yuri—. Un gran chamán hizo estas cicatrices, pero tenía una gran lanza con la que trabajar.

Ciertamente, Bardo tiene una lanza de mamut; Seratha y Orna no exageraban.

Bardo se separó de él y empezó a ponerse sus pieles. Tenía la cara roja como una granada.

—Las mujeres sienten curiosidad por ver una lanza así —dijo Yuri—. ¿Y quién podría reprochárselo? —Se inclinó hacia Bardo, y habló con voz baja y confidencial—. Son demasiado curiosas, creo. No queremos que las mujeres casadas entren en tu cabaña para comprobar la grandeza de tu lanza, ¿no? Eso causaría revuelo. Debes satisfacer su curiosidad ahora, mientras están hartas de sexo y de lanzas de hombres. Lo que es visto y conocido a menudo crea menos deseo que lo oculto. Sal de la cabaña; Anala y Liluye esperan.

Bardo le miró y no se movió.

—Rápido, antes de que se te arrugue como un gusano.

Bardo me miró, mientras un despliegue de emociones cruzaba su rostro. Quien no lo conociera podría pensar que era demasiado modesto para descubrirse a las miradas de las mujeres. Pero no era un hombre modesto. Tenía miedo, pensé, de que Soli y nuestras mujeres vieran su miembro engordado y fueran así testigos de la humillante venganza de Mehtar. Sin embargo, parecía poco probable que nadie excepto yo, y posiblemente mi madre, hubiera estudiado japonés antiguo. Le hice un gesto tranquilizador con la cabeza. Debió comprenderme de algún modo, porque se encogió de hombros y dijo:

—Espero que no se desmayen al ver esto.

Salió de la choza. Con una piel de shagshay colocada a guisa de capa sobre sus enormes hombros, caminó casi desnudo entre las brillantes chozas, deteniéndose para posar y pavonearse delante del Viejo de la Cueva. Las mujeres devaki (debía haber unas cincuenta) le rodearon. (Tendría que añadir que también los hombres sentían curiosidad. Se asomaban tras los hombros de las mujeres, claramente envidiosos). Unas cuantas de las mujeres más fascinadas, Anala y la nerviosa Liluye entre ellas, señalaron y abrieron la boca y forcejearon unas con otras para agarrar su miembro, como para verificar palpablemente su tamaño. Un mar de brazos serpentinos se extendió ante él, tocando, acariciando. No obstante, la mayoría de las mujeres gimieron y sacudieron tristemente la cabeza y se retiraron. Bardo las ignoró. Desfiló haciendo movimientos obscenos con las caderas mientras anunciaba:

—¡Tuwa el mamut no tiene una lanza más grande! ¡Observad!

Y entonces recitó un poemita que era uno de sus favoritos:

*La corta y delgada
tiene poco jugo;
es la larga y gruesa
la que hace el truco.*

Muliya, que era la regordeta y bizca madre de Mentina, se rio y preguntó:

—¿Se acuesta una mujer con una bestia?

Anala se sacudió el pelo gris.

—Se supone que tienes que encender fuego dentro de una mujer, no matarla con tu lanza —dijo. Y todo el mundo, Bardo incluido, se echó a reír.

—Ah, hace frío —se quejó mi amigo, mientras desfilaba con las manos en las caderas.

—Tanto frío que tienes la lanza congelada —gritó alguien.

Esto pareció recordarle a Bardo lo serio de su situación,

—Ah, sí..., congelada. Lástima. —Me hizo un guiño, tembló, y regresó a la choza para vestirse.

Los hombres y mujeres bromearon durante un rato y volvieron a comer y dormir. Yuri me cogió por el brazo.

—Bardo es un hombre extraño —dijo—. Todos vosotros, los hombres de los hielos del sur, los hijos de Senwe, sois extraños. Valientes y fuertes, pero extraños.

No dije nada porque me preocupaba que los obscenos ademanes de Bardo, y tal vez mis propias estúpidas inhibiciones, le hubieran hecho sospechar de nuestros orígenes civilizados. Pero él siguió hablando, y quedó claro que Bardo y yo no éramos los únicos a los que consideraba extraños.

—Soli también es un hombre extraño. Nunca he visto a nadie con tan poca alegría de vivir. Ama a Justine como el sol ama al mundo, pero cuando descubre que ella no puede reflejar todo su esplendor, se vuelve frío como una estrella. Olvida que un amor así es el desesperanzado intento del alma por escapar a su propia soledad. Extraño. Y tú, Mallory, el más extraño de todos..., has matado a tu propio doffel. ¿Qué extrañeza saldrá de todo esto? —Me miró con su profundo ojo único, claramente preocupado—. No lo sé. No lo sé.

Miré por encima de su hombro las chozas de los Manwelina. Mientras él hablaba, Liam salió de la choza más cercana. Se peinó el largo pelo rubio y se dirigió al lugar donde estaba la carne, cogió un hacha y cortó un gran trozo de carne de foca. Momentos más tarde, Katharine salió de espaldas de la entrada en forma de túnel de la choza. Se puso en pie y le sonrió de una manera que me hizo querer aplastar piedras con los dientes. Comenzó a caminar hacia las hogueras de la entrada. Me escondí a la sombra del Viejo de la Cueva para que no pudiera verme. Miré rápidamente a Yuri.

—Yo tampoco lo sé —dije—. No lo sé.

* * *

Seguí a Katharine hasta nuestra choza. No quería que pensara que era un espía,

así que esperé un rato fuera antes de entrar. Tan silenciosamente como pude, me arrastré a través del oscuro y helado túnel. Cuando llegué a la cámara principal, la hoguera estaba encendida y el interior bañado en un mar de luz dorada. Soli había salido, probablemente a dar de comer a los perros o a esquiar por el bosque, cosa que le gustaba hacer al amanecer. No sé dónde podía encontrarse Justine. Pegué el vientre a la nieve y observé. Katharine estaba arrodillada sobre su lecho de nieve, contemplando las blancas paredes curvas como si buscara defectos. Alzó la piel tendida sobre el borde de la cama, dejando al descubierto la nieve densa y desnuda. Empezó a cavar. El silencio era tan grande que pude oír su profunda respiración por encima del ruido que hacían sus dedos al apartar terrones de nieve. En poco tiempo había excavado un agujero de tal vez cinco centímetros de profundidad. Echó la cabeza hacia atrás (a pesar de mis celos, no pude dejar de pensar en lo hermosa que era), y miró una vez más a su alrededor antes de meter la mano en su cripta secreta. Una a una, sacó cinco esferas krydda, cada una de un verde translúcido y ligeramente más pequeñas que un huevo de somorgujo de las nieves. Abrió con cuidado la primera esfera, sacó un rizo de pelo rubio del bolsillo interior de sus pieles, lo convirtió en una bolita dorada y lo metió en la esfera. Ejecutó un procedimiento similar con las otras esferas, almacenando en ella recortes de uñas, un diente de un niño y, sorprendentemente, el dedo chico del pie de Jinje, amputado y ennegrecido, pues la carne se le había gangrenado después de que el pie se descongelara. No pude ver con claridad lo último que hizo, porque estaba agachada dándome la espalda. Se metió la mano bajo las pieles y sacó algo. Supuse que era un supositorio vaginal, lleno sin duda del semen de Liam. Creo que lo vació en la última esfera. Cuando terminó esta tarea privada, volvió a guardar las esferas y cerró el agujero bajo su cama.

Yo estaba tan furioso que olvidé que se suponía que no estaba espiándola. Me levanté.

—Espero que tengas ya muestras suficientes —dije.

Dio un brinco; todo su cuerpo se contrajo como lo hacía a veces de noche, cuando yacía junto a mí en ese estado flotante de la consciencia antes del sueño.

—Oh. No sabía que estabas... —Tapó su tarea con la piel y se sentó sobre la cama. Se metió las manos bajo los brazos cruzados, para calentarlas.

Quise coger sus frías manos entre las mías, dejar que el sonrojo y el calor fluyeran en ellas. Pero estaba furioso.

—¿Cuántas muestras tienes? —pregunté.

—No estoy segura.

—Has tenido tres días para merodear por la cueva. ¿Cuánto tiempo más crees que necesitarás?

Originalmente, habíamos planeado tomar al menos veinte muestras de células

plasmáticas y tejidos de los devaki, cinco de cada una de las cuatro familias. Según el maestro imprimátur, eso debería contener una expresión suficiente de los cromosomas de la tribu.

—No estoy segura —repitió Katharine.

—¿Por qué no contamos las muestras, entonces?

—¿Por qué estás siempre tan obsesionado con los números?

—Soy matemático.

Ella se frotó las manos desnudas y sopló sobre ellas. El aire estaba cargado con su respiración.

—Lo que quieres preguntar es con cuántos hombres he estado..., no los suficientes, ¿ves? —Y, entonces, aquel enfurecedor dicho de los scrytas—: Lo que sucederá ha sucedido; lo que ha sido será. —Flexionó los dedos entrelazados—. No soy Bardo; no he contado mis...

—¿Cuántos? —pregunté.

Me miró directamente.

—Sería cruel por mi parte decírtelo.

—¿Cuántos hombres? ¿Siete? ¿Ocho? La orgía bárbara ha durado tres días.

—Menos de los que podrías pensar. No me gustan tanto los hombres como a Bardo y a ti las mujeres.

Crucé el espacio que nos separaba y le agarré las manos.

—¿Dos? ¿Tres? No he podido encontrarte durante días. ¿Cuántos?

Ella sonrió tristemente mientras yo sujetaba sus manos.

—Sólo ha habido un *hombre*, ¿no lo ves?

Lo vi. De inmediato las odiosas imágenes de Liam y ella desnudos juntos se desencadenaron en mi mente. Traté de pensar en otras cosas, pero no pude. Mi hermosa Katharine tendida bajo él, apretándole los glúteos con las manos..., esta imagen me quemaba. Era una imagen obscena, como los lujuriosos y pintorescos frescos que se agitan bajo la pálida piel de las prostitutas del Sector Extremo. Apreté los dientes.

—¿Has pasado todo el tiempo con Liam? —pregunté—. ¿Por qué?

—Es mejor que no te lo diga. Sería cruel por mi parte decir...

Era estúpido insistir en que me lo dijera, pero ese día fui estúpido, así que repetí:

—¿Por qué?

Ella se zafó de mí.

—Liam..., es diferente a los demás hombres, diferente a los hombres *civilizados*.

—Los hombres son hombres —respondí, frotándome la nariz. Pensé furiosamente—. ¿Diferente cómo?

—Cuando estoy..., cuando está..., cuando estamos juntos, no piensa en enfermedades o en los otros hombres con los que he estado, o en las consecuencias

de..., no está pensando siempre, ¿no lo ves? ¿Sabes cómo es estar con alguien que existe en ese momento solamente contigo? ¿Solamente para ti?

—No —confesé—, ¿cómo es?

—Éxtasis —dijo.

Guardé silencio y la miré a los ojos.

—Éxtasis —repetí. Estaba tan enfermo de celos que las venas del cuello me dolieron.

Éxtasis. Cerré los ojos y pude ver demasiado claramente el éxtasis de Katharine. La vi con los ojos fuertemente cerrados, la cabeza echada hacia atrás, perdida en el placer. Perversamente, mis celos empezaron a cambiar a deseo incluso mientras mi furia daba paso al rápido atropello de la lujuria. Sentí presión por todo el cuerpo, la pesadez de la sangre redoblada. A pesar de la excitación de los tres últimos días, o tal vez a causa de eso mismo, sentí ansias de copular con ella; me moría por copular con ella. Me encontré susurrándole disculpas al oído mientras mi mano se perdía en la seda cruda de su pelo. Bárbaramente, besé su cuello. Y, mientras tanto, (incluso mientras le quitaba las pieles), ella me miró con los ojos a la vez abiertos y ciegos. Asintió súbitamente, como si hubiera visto una imagen vívida y clara de sí misma. Apretó las palmas contra mis mejillas.

—¡Es... tan... peligroso! —dijo lentamente. Pero a mí no me importaba el peligro; temblaba con la necesidad de actuar y hacer, y por eso me quité las pieles y empecé a acariciarla—. No ves... —murmuró ella—, no...

Se tendió de espaldas contra la cama, y como una puta del Sector Extremo, pasó los brazos por encima de su cabeza y abrió los muslos para revelar la oscura mata de pelo entre sus piernas. Los tendones se tensaron bajo su piel. Olía a sexo.

—Mallory —dijo, y apoyé mis rodillas sobre las suyas, y no me importó oír sonidos ante la choza; no me importó en absoluto.

¿Cómo puedo explicar este misterioso impulso que nos abrumaba cada vez que estábamos solos? Solíamos bromear con que, aunque a menudo no nos gustábamos el uno al otro, las células de su cuerpo amaban las células del mío. Me gusta pensar que fue amor lo que nos impulsó aquel día en la choza. Fornicamos rápidamente, como animales, y fue una cópula sin gracia, pero llena de éxtasis. Contrariamente a la mayoría de las mujeres, Katharine era rápida y fácil de excitar. Sin embargo, una vez su sangre se calentaba, le gustaba extender su placer durante horas, saboreando cada momento uno a uno. Esto me molestaba con frecuencia porque yo siempre ansiaba finalizar, llegar a ese momento cegador en que nuestro éxtasis llegaba a un clímax y moríamos juntos la pequeña muerte. Yo ansiaba llegar al éxtasis, y sólo teníamos unos pocos instantes, así que nos frotamos furiosamente, al compás, empujando y jadeando y sudando. Sus tobillos se clavaron en mis piernas mientras me urgía a continuar y continuar. Debí de apartar las viejas pieles que cubrían el suelo, porque

sentí mis dedos desnudos clavarse en la nieve. Me moría por acabar, y me moví más y más rápido, gimiendo como una bestia.

—No, espera —dijo ella, y abrí los ojos, y ella abrió los suyos, mirándose a sí misma a través de mí, en su interior cristalino y luminoso donde podía ver su propio placer como un *voyeur* contempla a una pareja copulando a través de una rendija en una pared de hielo. Pero yo me moría y no podía pensar en esperar; no podía pensar en nada. Jadeé al sentirme caliente y vivo en su interior, mientras ardientes gotas de vida me abandonaron entre espasmos. Jadeamos juntos demasiado fuerte y durante demasiado tiempo, pero no me importó.

Después, ella permaneció tendida inmóvil durante largo rato, aferrada a mi nuca, abriendo y cerrando los dedos. Parecía a la vez triste y divertida; su cara estaba llena de resignación y ansiedad, pero también de felicidad.

—Oh, Mallory —dijo—, pobre Mallory. —Me pregunté si lo que habíamos hecho había sucedido contra su voluntad, pero entonces recordé que era una *scryta* que negaba su voluntad individual—. Todo es tan intenso para ti, ¿verdad?

Cuando se llevó las manos a los ojos y se estremeció con lágrimas y risa a la vez, advertí que nunca podría comprenderla.

Se separó de mí y se puso en pie para vestirse. Se volvió hacia mí y me susurró su susurro de *scryta*;

—Cómo amé el recuerdo del último tú; cómo lo haré siempre.

Entonces huyó de la choza, dejándome para que renovara las llamas de la hoguera, que habían ardido demasiado y eran de un amarillo pálido y tenue.

CAPÍTULO 13

Hambre

Si nos volvemos demasiados, mataremos a todos los mamuts, y tendremos que cazar al vientre de seda y al shagshay para comer. Y, cuando se acaben, tendremos que abrir agujeros en el hielo del mar para alancear a las focas cuando suban a respirar. Cuando las focas se acaben, nos veremos obligados a asesinar a Kikilia, la ballena, que es más sabia que nosotros y tan fuerte como Dios. Cuando todos los animales se acaben, excavaremos raíces y comeremos las larvas de las polillas de las pieles y nos romperemos los dientes mordiendo el liquen de las rocas. Al final, seremos tantos que asesinaremos los bosques para plantar manzanas de las nieves y los hombres ansiarán la tierra, y algunos hombres querrán tener más tierra que los otros. Y, cuando no quede tierra, los hombres más fuertes conseguirán su sustento del trabajo de hombres más débiles, que tendrán que vender a sus mujeres y niños para poder tener algo que comer. Los hombres más fuertes harán la guerra unos contra otros para poder tener aún más tierra. Así, nos convertiremos en cazadores de hombres y seremos condenados al infierno en vida y al infierno al otro lado. Y entonces, como sucedió en la Tierra en los tiempos anteriores al Enjambre, lloverá fuego del cielo, y los devaki dejarán de existir.

—De la *Vida de Lokni el Desafortunado*, narrada por Yuri el Sabio.

Unos pocos días más tarde se lo confesé todo a Bardo. Como tenía tanto miedo de su propia mortalidad como cualquier otra persona que haya conocido, él fingió aburrimiento y falsa calma cuando le conté mi experiencia en la cámara de Shanidar, mi gran «impresión», como la llamó. Pero sintió más curiosidad al oír los detalles de mi encuentro con Katharine. Tras enterarse de que habíamos sido amantes desde la noche en que recibimos nuestros anillos de piloto, se llenó de consejos.

—Tus celos te deshumanizan, Pequeño Amigo. Deja que se acueste con tantos hombres como necesite..., ¿para qué si no vinimos aquí? El hombre debe amar a las mujeres, naturalmente, pero no debería amar demasiado a una sola mujer. Se envenena al hacerlo.

Nos encontrábamos de pie en el bosquecillo ante la cueva, abriendo agujeros amarillos en la nieve mientras ejecutábamos nuestro «orina después de beber el té de la mañana». El viento soplaba a ráfagas desde el sur. Esto hacía que nuestra tarea fuera difícil y peligrosa, porque, como he dicho, los devaki deben siempre encararse al sur cuando orinan.

—Por Dios —dijo Bardo, mientras se sacudía para secarse—, es cruel la manera en que este viento se mete por los pantalones. ¡Venenos! La verdad es que este

veneno de Mehtar es peculiar. Mira esto —dijo, mostrándome su miembro, que estaba flácido y arrugado, aunque seguía siendo muy grande—. ¿Quién ha oído hablar de un veneno semejante? Durante el día cuelga como el badajo de una campana, y no hay nada que yo o esas mujeres velludas podamos hacer para que se levante. Pero de noche..., ah, de noche salpica el aire y, ¿qué otra cosa puede hacer sino buscar a una mujer que lo seque? Deberías alegrarte de que los devaki compartan su sexo tan libremente, amigo mío. ¿Quieres un consejo? Te daré uno: deja que Katharine recoja sus muestras, y luego marchémonos a casa.

Katharine, debería mencionar, no era la única que se las arreglaba para recoger trozos y muestras de carne devaki. Como cabeza de nuestra familia, Soli fue llamado a ayudar a sostener a Jinje cuando Yuri decidió que sus dedos podridos y congelados debían ser amputados. Yo no estuve presente en el acto, así que nunca supe cómo Soli llegó a guardarse uno de los dedos, que entregó a Katharine para que lo almacenara en sus esferas krydda. Y, por supuesto, no se me permitió estar cerca de Marya en el fondo de la cueva cuando dio a luz a su hijo varón. Los hombres, por el hecho de serlo, tenían prohibido ser testigos del más íntimo de los misterios femeninos. Pero mi madre sí estuvo allí, ayudando (no dudo de que se encargara del parto entero), y regresó a nuestra choza con una pequeña sección de la placenta de Marya. Aunque yo había sido el instigador, y había creído anteriormente en esta expedición, encontré difícil que pudiera haber ningún gran secreto escondido al examinar los tejidos de una placenta. Seguro que la Entidad me había engañado. Seguro que todo era un chiste, o tal vez un juego en donde éramos piezas que mover, congeladas, hambrientas o cortadas a trozos a capricho de la diosa o según los impulsos de los dioses mayores. Seguro que no había ningún secreto.

Nuestra vida entre los devaki cayó pronto en la rutina. Después de que termináramos la carne de foca, los hombres se despertaban por las mañanas, preparaban los trineos, y salían a cazar al hielo o esquiaban a través del oscuro bosque. Aunque teníamos mala suerte con los animales, llegué a apreciar aquellos momentos de aire fresco y júbilo fuera de la humeante cueva, lejos de las incursiones nocturnas de Katharine a las chozas de hombres diferentes. En el hielo había paz e intimidad, incluso en la espera de las focas que nunca venían. Y, en los bosques donde solían pastar los shagshay, llegué a amar los agudos silbidos de los cazadores resonando por los riscos; amaba la nieve sedosa bajo mis esquíes; amaba el silencio de los árboles de la mañana, el verdor contra la quietud blanca y, por encima de los árboles y la nieve y el silencio, la ventana azul del cielo de invierno. A menudo pienso en aquellas montañas recortadas tras Kweitkel, pues fue allí donde empecé a ver a los devaki como lo que eran. Ver a Yuri siguiendo a un zorro ártico o preparando sus trampas para los eiders y otros pájaros era apreciar el *cuidado* con el que atendía cada aspecto y momento de la caza. Los devaki no eran asesinos rabiosos

ni carniceros, ni mataban a sus presas sin pensar. Cuando se cazaba una foca, había que pasar agua de los labios del cazador a la boca del animal, o de lo contrario su ánimo iría sedienta al otro lado. Había que frotar con hielo los ojos de una gaviota, y así sucesivamente. Había un centenar de rituales que ejecutar, uno para cada animal diferente. Advertí que los devaki no veían a los animales como carne, al menos no mientras permanecieran sus espíritus, a los que había que honrar. Amaban a los animales; no podían concebir la vida o el mundo sin animales; incluso pensaban en sí mismos como animales, o más bien como espíritus que tenían deberes y responsabilidades con los espíritus de cada uno de los animales que cazaban. Estaban íntimamente conectados con el mundo de los animales, y con el mundo en sí mismo, en incontables maneras diferentes.

Una vez, un frío día a finales del invierno profundo, cuando todos estábamos un poco hambrientos, vi que Yuri dejaba escapar a una osa blanca del anillo de lanzas que apuntaban a su pecho. ¿Por qué hizo esto? Porque, como observé, la tercera uña de la zarpa derecha de la osa estaba rota, y todo el mundo sabía (o debería saber) que tales osos eran *imakla*, animales mágicos a los que no se podía matar. Descubrí que matar no era el propósito real o el fin de la caza. Fue una lección que me costó aprender. Pasé muchos malos momentos odiando tener que matar para vivir. Más que nada odiaba el arrebatado de intensa sensación de vivir que me atravesaba como una droga cada vez que alanceaba a un animal inocente y veía el borboteo de su sangre como una bebida que pronto avivaría la mía propia. Los devaki no compartían mi odio, aunque creo que nunca se sentían tan vivos como cuando estaban a punto de matar a su presa. No sostengo haber podido entrar en la mente del cazador, pero creo que al menos entreví una porción de su visión del mundo: Cazar era absorber la miríada de sonidos del viento o el distante olor de los mamuts, ver las pistas en las deposiciones y el rastro de los armiños en la nieve, ver las pautas en los pliegues de hielo y en las ondulaciones del terreno, el cielo y el mundo; cazar era ser parte de esta pauta, al igual que las rocas, los árboles y los pájaros eran pautas también. Nada era tan importante como la percepción de esta pauta, de la belleza que es la intención del alma-mundo. Y nada de lo que el cazador dijera o pensara o hiciera debería perturbar esta belleza, este halla.

—Es mejor ir al otro lado hambriento —dijo Yuri mientras observaba a la osa perderse en su madriguera— que ir trastornado y borracho con la sangre de un *imakla* cegando nuestras almas.

Esta atención a la interconexión de todos los animales, hechos y cosas de su mundo no era una cuestión de moralidad, sino de supervivencia. Los devaki creen que sólo pueden sobrevivir momento a momento, generación a generación, si prestan atención a lo que el mundo requiere de ellos. Y comportándose, aprendiendo a percibir lo que es halla y lo que no. No quiero decir que todos los devaki

comprendieran perfectamente este arte. Siempre había imperfecciones, inseguridades y pequeñas maldades en su vida cotidiana. Alguien, recordé, había matado al talo de Shanidar para comérselo, aunque todos los talos eran imakla. Algunos devaki, aunque conocían las reglas de una conducta impecable, no podían concebir un mundo en el que tuvieran que pasar hambre mientras los talos volaban libres. ¿Cómo podía un mundo así ser halla? Y por eso mataban a los pájaros sagrados, o mataban a osos imakla, o, rara vez, mataban focas u otros animales que resultaban ser sus doffels.

En verdad, los devaki nunca se morían de hambre. El bosque no estaba realmente vacío, aunque era como una cafetería que se ha quedado sin sus platos más atractivos. Cuando teníamos hambre empezábamos a comer aquellas cosas repugnantes que hasta el momento habíamos repudiado. Comíamos (debería decir que los Manwelina y las otras familias comían esta podredumbre, porque los de la Ciudad nos mantuvimos al margen cuanto pudimos), comíamos cosas increíbles. Wicent y su hijo Wemilo rescataron un escondrijo de cabezas de pescado que habían enterrado durante el falso invierno anterior. Los afilados huesos se habían convertido en una masa muerta y blanquigrís, y estaban blandos como carne. Liluye metió los huesos en un cuenco y convirtió la apestosa masa en una pasta con la que hizo pastelitos redondos, dándoles la vuelta una y otra vez entre sus manitas nerviosas. Los horneó en los brillantes carbones de la hoguera, y los hombres los comieron lentamente, como si fueran obligados a comer mierda. Otras comidas eran peores. Los perros eran alimentados con basura rascada de los viejos cueros que apestaban a los sesos putrefactos empleados en el proceso de curtido. Yuri mató a un vientre de seda y, con su único ojo medio cerrado y retorcido, se zampó el viscoso contenido del estómago mientras se lamía los labios e insistía, para beneficio de los niños, que sabía dulce como nueces tostadas. Los niños buscaban a menudo a través de la nieve cualquier cosa que pudieran encontrar. A menudo comían excrementos de musarañas, que masticaban como si fueran moras. El primo de Yuri, Jaywe, un hombre bajo y gracioso cuyo peculiar paladar le había llevado a saborear las escurriduras de los huevos de pájaros, se lamía los labios y sorbía puñados de rebullentes gusanos blancos, y decía que eran más delicados que los embriones de un año de los somorgujos de las nieves. No lo dudé. A partir de entonces el resto de la familia se refirió a él como Jaywe Comegusanos. Yo mismo me aventuré a comer ostras hervidas. Los resbaladizos pegotes de carne estallaban dentro de mi boca; el sabor de los jugos y la sal me recordó instantáneamente mis experiencias dentro de la Entidad. Me maravillé de que el sabor de las ostras reales fuera exactamente igual que el sabor que la Entidad había colocado en mi boca..., tan real y tan malo.

En verdad, los devaki eran (y son) un pueblo listo y lleno de recursos. Son duros y difíciles de matar. Durante nuestra breve estancia en la cueva oí docenas de historias sobre sus recursos y su capacidad de supervivencia. Yuri me dijo una vez

que, cuando era niño, su familia inmediata había sido casi exterminada al cruzar los hielos a principios del falso invierno.

—Cuando yo tenía cinco años —me contó Yuri—, mis padres decidieron hacer la peregrinación a Imakel, donde están enterrados los antepasados de mi madre. Pero, una noche, el hielo se abrió inesperadamente, como hace algunas veces. Perdimos uno de nuestros trineos y todos nuestros arpones, pieles, esmeriles, lanzas..., todo. Y perdimos también a la mayoría de nuestros perros. Mi padre sólo tenía su cuchillo, y mi madre (se llamaba Eliora) no tenía más que sus dientes y unas cuantas viejas pieles de foca. No teníamos nada con lo que alancear focas, cazar, o hacer fuego siquiera. Yo tenía miedo, ¿y quién podría reprochármelo? Pero mi padre y mi madre nunca perdieron su valor.

No relataré toda la historia aquí porque es demasiado larga. Pero, en resumen, Nuri, el padre de Yuri, pescó los perros muertos del mar (su pesado trineo se había hundido como una roca), y su familia y él y los perros restantes se los comieron. De algún modo, consiguieron llegar a la isla más cercana, que era tan pequeña y yerma que no tenía nombre. Con su cuchillo, Nuri cortó bloques de hielo y construyó una choza. Como pudieron, Nuri y Eliora hicieron nuevas armas y herramientas con los pobres materiales que encontraron en la isla. Nuri cazaba y Eliora sacaba la piel a los animales que él mataba y confeccionaba las ropas. Comieron liebres de las nieves y musarañas, y gaviotas y chinochas..., todo lo que podían encontrar. Se alimentaron, y alimentaron a sus perros; Yuri creció rápidamente, y una de las perras parió un cachorrillo el siguiente falso invierno. Los dos, marido y mujer, durante el curso de ese invierno y los inviernos que siguieron, recrearon casi de la nada todas las herramientas y artefactos de su cultura. Tardaron tres años en recolectar trozos de madera a la deriva y guardar huesos para reunir los materiales necesarios con los que construir un nuevo trineo. Improvisaron e inventaron nuevas formas de unir cuero y hueso y, cuando terminaron, no regresaron a Kweitkel. Continuaron hasta Imakel, completando su peregrinación. Colocaron flores de hielo en la tumba del abuelo y la abuela de Eliora. Visitaron a la familia de Eliora, y cuando el padre de ésta, Narain, se ofreció a darles un trineo para que regresaran a casa, Nuri señaló su remendada creación y le dijo: «Gracias, pero, como puedes ver, los Manwelina sabemos construir trineos». Y todos se rieron porque su trineo no podría haberlos transportado otro kilómetro, y mucho menos los trescientos que los separaban de Kweitkel.

A menudo yo pensaba que esta habilidad para dar forma a materiales dispersos y convertirlos en cosas útiles se encontraba en el corazón de la cultura alaloi. Dados los requerimientos de su mundo, no había nada que no pudieran hacer. Si una herramienta o una pieza de ropa requería una combinación especial de flexibilidad, fuerza, textura o propiedades aislantes, experimentaban hasta descubrir la combinación adecuada. Su conocimiento de las cosas del mundo era detallado y

preciso: extraían lubricantes de la pezuña del shagshay, porque habían descubierto que la grasa en las articulaciones más alejadas del cuerpo se helaba a temperaturas inferiores; hacían las ventanas de sus chozas (cuando deseaban ventanas), de los duros y transparentes intestinos de la foca barbuda; los cuernos del shagshay eran flexibles, y por eso los curvaban para colocarlos en las horquillas de las lanzas que empleaban para capturar peces; y así sucesivamente. Eran genios haciendo cosas, tanto las mujeres como los hombres. Entre otras cosas, las mujeres eran responsables de hacer y cuidar de la más vital de todas las herramientas de su supervivencia: las maravillosas ropas alaloi.

De noche, después de cazar (y esto, también, era parte de nuestra rutina diaria), nos sentábamos en torno a las hogueras, comiendo lo que tuviéramos, charlando y viendo a las mujeres hacer nuestras ropas. Las bocas de las mujeres estaban siempre ocupadas, porque o bien charlaban sobre los sucesos del día o masticaban pieles con sus dientes saltones y gastados. También sus dientes eran herramientas, y los usaban con efectividad, para suavizar las parkas heladas de sus maridos y para convertir pieles nuevas en cuero. A principio de la primavera de medio invierno, con las primeras tormentas del nuevo año rugiendo fuera de la cueva, mi madre y Justine, y Katharine también, se habían acostumbrado ya a este trabajo agotador. También se habían convertido en expertas en coser impermeables pieles de foca y hacer con ellas botas, o kamelaikas a prueba de agua, o a remendar las parkas de shagshay con piel de lobo, una piel que repelía los cristales de hielo condensados por la respiración. Con sus agujas de hueso y sus tendones daban sus precisas puntadas, puntadas que se hinchaban al mojarse e impedían que el frío y la humedad entraran en la ropa. Me alegré de que hubieran improntado esas habilidades, porque un cazador alaloi depende completamente de las mujeres de su familia. Como lo expresó mi madre una noche, mientras me probaba una kamelaika medio hecha:

—¿Dónde estaría Yuri hoy si no fuera por las habilidades de su madre? ¿Si no fuera por las ropas que hizo, las lanzas para capturar peces, las hogueras, si no fuera por su leche, por la propia carne de su carne? ¿Hay algo que una mujer no pueda hacer?

Hubo una parte de nuestra rutina cotidiana que me gustaría poder olvidar. Durante este tiempo duro y frío de hambres y sabañones y pequeñas miserias, empecé a sufrir otra miseria, en algunos aspectos la miseria más miserable de todas. Descubrí que tenía piojos. El pelo de mi cuerpo y de mi cabeza y pubis estaba repleto de diminutos y planos insectos. Era el precio por acostarme con mujeres salvajes y sucias, pensé, y me retorcí y me rasqué hasta hacerme sangre, y me froté todo el cuerpo con barro de cenizas, desde el cuello hasta los tobillos, pero nada sirvió de ayuda hasta que me puse en manos de mi madre para que hiciera conmigo lo que llegaría a convertirse en el despiojamiento de cada noche. Apoyaba la cabeza en su regazo mientras ella

pasaba sus dedos por mi pelo, buscando piojos. Tenía ojos agudos, y los detectaba a la tenue luz de las hogueras que iluminaban mi pelo negro. Yo sentía sus afiladas uñas aplastar como tenazas los piojos y, ocasionalmente, arrancar de mi picajoso cuero cabelludo algunos pelos que, decía, eran tan grises como los de Yuri.

No obstante, su labor sirvió de muy poco, porque la cueva y todas las pieles estaban llenas de larvas esperando madurar. Los otros miembros de mi familia se contagiaron también, aunque parecían tener menos piojos y más tolerancia que yo ante aquella pequeña tortura. (Bardo, por alguna razón injusta e inexplicable —él proclamaba ridículamente que los venenos de sus gónadas habían amargado su piel, haciéndole poco atractivo para los reptantes insectos—, permaneció a salvo de los piojos). No era el dolor o el picor lo que me molestaba; era la *idea* de los piojos clavando sus diminutas bocas en mi piel lo que me hacía temblar y retorcerme. Odiaba la *idea* de tener insectos bebiendo mi sangre, de una vida viviendo a expensas de otra vida. Pensé en afeitarme el cuerpo con afiladas hojas de pedernal. Pero no lo hice. Recordé que había segmentos enteros de humanidad en Gamina Luz que habían purgado sus sistemas de bacterias y otros parásitos sólo para descubrir que tenían que encerrarse en mundos artificiales si no querían ver contaminados sus cuerpos estériles con el polvo de la civilización. Sin embargo, el aislamiento había debilitado sus sistemas inmunológicos, haciéndoles vulnerables a extrañas enfermedades. ¿Quién sabía qué equilibrios naturales podría yo perturbar si no vivía como lo hacían los alaloi? También había otra razón por la que no me afeité: las hojas de pedernal eran tan afiladas que podría cortarme fácilmente la piel, abriéndola a la infección. Y la infección entre los alaloi, como había demostrado Jinje con sus dedos gangrenados, podía ser muy mala.

De todos los triunfos de la civilización, a veces pienso que el mayor y más sublime es el invento del baño caliente. ¡Cómo ansié el jabón y el agua caliente! ¡Eché de menos la alegría de empapar mis fríos miembros, de dejar que el calor húmedo me meciera y me calentara de la piel a los huesos! ¡Cómo quería estar limpio! Añoraba los sonidos, olores y comodidades de la Ciudad, y me encontraba pensando en ella en todo momento. ¿Por qué la había abandonado? ¿Por qué había venido aquí, a buscar secretos inexistentes, matar focas, alimentar a ancianos desdentados, perturbar la armonía de las familias devaki? ¿Cómo pude haber creído que un hombre civilizado podía vivir como un salvaje? ¿De dónde había adquirido tanta arrogancia?

Una noche, sobre una taza de té, Bardo confesó que también él echaba de menos las comodidades de nuestra ciudad.

—Aconsejaría que nos marcháramos de aquí en cuanto Katharine haya recogido sus muestras —me dijo—. No queremos morirnos de hambre, ¿no? ¿Cuánto puede tardar en copular con unos pocos hombres? Disculpa mi franqueza, Pequeño Amigo,

pero no comprendo por qué ha ignorado tantas..., ah, *¿posibilidades?*

Naturalmente, él no había tenido el más mínimo pensamiento de marcharse cuando pudo llenar su panza de comida todas las noches, y cada noche llenaba a una o más mujeres con su semilla. Los otros, sin embargo, no estaban tan ansiosos de marcharse como yo habría esperado. Soli recibía a gusto la dureza de nuestra vida primitiva y parecía disfrutar, si aquel hombre amargo era capaz de algún disfrute. Justine encontraba «fascinante», como ella lo expresaba, todo en su nueva existencia, mientras que mi madre confiaba en su poder para vivir directamente de las cosas de la vida. Y en cuanto a Katharine, parecía matar el tiempo, esperar un hecho importante que no podía revelar.

A medida que las tormentas del año nuevo se hicieron más frecuentes, me di cuenta gradualmente de que los devaki no nos habían aceptado por completo. No quiero decir que sospecharan necesariamente de nuestros orígenes civilizados. Pero muchos de ellos, no sólo Yuri, pensaban que éramos extraños, y peor aún. A causa de las tormentas, la caza se volvió más difícil y peligrosa. Nuestra hambre aumentó. A veces había murmullos, discusiones y quejas por la división de la carne. Más de una vez oí a los hombres protestar de que matar mi doffel les había traído mala suerte, no buena. Por la cueva corrió el rumor de que había alimentado a Shanidar con la mitad de un hermoso hígado de un somorgujo de las nieves. (En verdad, desde mi encuentro con el Viejo de la Cueva, le había estado dando pequeños trozos de carne para mantenerlo vivo. Estaba mal por mi parte, lo sé, pero ¿qué otra cosa podía hacer?). Y había otros rumores, charlas malintencionadas que las mujeres difundían entre sí y que gradualmente alcanzaron los oídos de sus maridos. Yo debí haberme dado cuenta de que sucedía algo cuando Piero de los Yelenalina y Olin de los Sharailina empezaron a amenazar con marcharse de Kweitkel y dirigirse a las islas del oeste. Pensé que estaban simplemente hartos de pasar hambre, pero pronto descubrí que tenían otras quejas.

Un anochecer, después de todo un largo y fracasado día de caza, Yuri me llevó aparte.

—Piero se equivoca al echarte la culpa de nuestra hambre. Si Tuwa no estuviera enfermo de boca podrida, tendríamos mucho para comer.

Accedí que así era.

—Sin embargo, es raro que los animales ya no salten a nuestras lanzas, ¿no?

Accedí con él en que era raro.

—Aunque Piero se equivoque al echarte la culpa, no puedo echarle la culpa por echarte la culpa. ¿Puedes tú? Y hay otros que podrían observar tu extraña conducta y echarte la culpa de sus desgracias. Yo mismo no tengo respeto por esa gente, pero ¿cómo puedo reprochárselo?

—¿En qué es extraña mi conducta? —pregunté—. ¿Me echan la culpa por haber

matado a la foca, entonces?

Extendió su mano cubierta de cicatrices y sacudió la cabeza.

—No es eso, aunque son pocos los hombres que matan a sus doffels. Es esto: un hombre sabio se encarga de no quedarse a solas con su hermana en su choza, especialmente con una hermana tan hermosa como Katharine. Entonces nadie puede echarle la culpa de abominaciones que traen mala suerte a su pueblo.

Mientras decía esto, se produjo un repentino dolor en mi estómago. Me sentí enfermo; sentí el calor de la culpa colorear mis mejillas, y agradecí que el viento que atravesaba los árboles fuera tan helado y amargo, porque mi cara debía estar ya escarlata por efecto del frío. Me volví hacia Yuri, que estaba apoyado contra un peñasco y exhalaba vaho mientras contemplaba el ancho valle blanco a nuestros pies. Quise decirle que, quienquiera que nos acusara a Katharine y a mí de abominación, era culpable de calumnia. Aún más, quise gritarle al valle que Katharine no era mi hermana. Quise revelar el feo tapiz de mentiras y falsificaciones que nos habían llevado a hacernos pasar por alaloi. Quise hacerlo por dos razones: para poner fin a este alocado viaje, y para que Yuri supiera que yo era un hombre de honor. Pero no dije nada, no hice nada. ¿Cómo podía este tuerto salvaje comprender la complejidad de la conducta civilizada o la esotérica naturaleza de la búsqueda? No dije nada, y Yuri se encogió de hombros.

—También Katharine es una mujer extraña —dijo.

Al décimo día de la primavera del medio invierno, descubrí lo sería que era la calumnia contra mí. Era un día de ráfagas heladas y aire denso y húmedo. La nieve estaba gris y plomiza, y los árboles aparecían grisáceos bajo el cielo gris oscuro. El intermitente viento olía a piel mojada. Los pocos hombres que habían ido a cazar el día anterior (todos eran Sharailina) regresaron a la cueva en el crepúsculo cuando la nieve y las pendientes ensombrecidas y el cielo bajo y oscuro parecían mezclarse en un impenetrable mar de gris. Habían encontrado carne, dijeron. Ouray y su hijo, Vishne, se quitaron la nieve de sus pieles grises mientras entraban en la cueva. Fueron seguidos por Olin el Feo, un hombre ceñudo con una gran cicatriz que le corría desde la frente a la mandíbula. Olin agarraba la cola de un animal medio devorado, y arrastraba el cadáver hacia las chozas Sharailina.

—¡Carne de Sabra! —anunció, y su fea esposa, Jelina, y el resto de su familia salieron de las chozas sonriendo y olisqueando ansiosamente el aire.

Yo me encontraba ante nuestra choza. Alcé la vista de la punta de la lanza que estaba aguzando y vi de inmediato que Olin tenía poca carne que compartir. Me pregunté cómo había encontrado la carroña de lobo cuando empezó a contar el relato de su caza.

Al parecer, el día anterior los hombres Sharailina habían seguido la pista de Totunye, el oso, a través de los bosques hasta el mar. Cuando empezó a nevar, el

joven Vishne quiso regresar a la cueva, pero Olin los guió hasta la playa donde, dijo, había oído quebrarse rocas y un trueno distante. Sin embargo, Ouray pensó que los chasquidos eran el sonido de las pesadas ramas de los árboles al romperse y que el rugido se debía simplemente al viento. Cuando salieron del bosque, vieron a un oso blanco despedazando a un lobo contra un montículo de rocas. Atacaron al oso, pero Totunye, con sus largas uñas negras y sus ojos cobardes, vio las cicatrices de la cara de Olin (ésta es la historia que Olin contó), y huyó en la tormenta, porque pudo ver que Olin había sido herido hacía mucho tiempo por otro oso y era, por lo tanto, invulnerable. Y así regresaron con la carne del lobo que, como expresó Ouray mientras miraba a la cara de su hermano, «es más flaca y más dura que la carne de oso, pero no tan costosa de conseguir».

Varios de los Manwelina se habían congregado para escuchar esta historia. Wemilo, el hijo de Wicent, y el siempre burlón Choclo, empezaron a hacer chistes. Seif, que se parecía mucho a su hermano Liam, aunque no era tan grande ni tan apuesto, se cubrió los ojos y se rio de Olin. Entonces Liam salió de su choza y se unió a la diversión.

—¿Estás *seguro* de que es Sabra, el lobo? —pinchó Liam a Olin. Se lamió los labios rojos y echó hacia atrás su largo pelo rubio—. Yo me aseguraría antes de comerlo, ¿no?

Olin maldijo y arrancó la cola de la base del cadáver del lobo. Se la arrojó a Liam, que se reía y se secaba las lágrimas de los ojos.

—¿No conozco a Sabra cuando veo a Sabra? —gritó.

Liam volvió a lamerse los labios.

—¿No conozco yo a los devaki cuando veo a los devaki? —bromeó, y se rio con más fuerza.

Se refería a la desgraciada abominación que había roto el honor de la familia Sharailina. Una vez, hacía años, en el falso invierno, el bisabuelo de Olin había guardado carne de shagshay para comerla la siguiente primavera de medio invierno. Cuando llegó el momento, su familia y él rescataron lo que pensaban era un muslo de shagshay y se lo comieron. Al día siguiente, Lokni, el bisabuelo de Liam, descubrió que la carne era en realidad parte de un cadáver humano que un oso había desenterrado de una tumba sobre la cueva. Al parecer, el oso había arrastrado los restos humanos hasta la nieve bajo la cueva, donde los devaki almacenaban a veces su carne. Fue un error comprensible, pero incluso después, durante tres generaciones, los hijos de Lokni habían seguido la tradición de ridiculizar los hábitos alimenticios de la familia Sharailina.

Liam se rio y se lamió los labios y se frotó la panza, y alzó la cola que Olin le había tendido. Se la llevó a la boca abierta como si intentara comérsela. Hizo sonido de atragantarse.

—¡Cómo me gusta la cola peluda de Sabra, hay tanta carne! —dijo—. Me hace feliz que estés seguro de que es carne de lobo. Pero debo preguntarte una cosa. —Y aquí se volvió hacia Seif y sacudió la cabeza con fingida tristeza. Volvió a mirar a Olin mientras pasaba el dedo por la piel ajada y gris—. ¿Tiene el lobo el pelaje gris? —preguntó—. Yo sólo he visto lobos blancos; ¿tal vez los Sharailina conocen una clase diferente?

Olin se inclinó sobre el cadáver y le dio una patada.

—El pelaje es blanco —dijo—. Es la falta de luz lo que lo hace parecer gris.

—Es gris como la piel de un perro —se burló Liam.

—No —dijo Ouray, defendiendo a su hermano—, es blanco. Está manchado de gris por la tierra y la sal marina.

Liam, que pensaba que era un hombre gracioso, se puso a cuatro patas, echó hacia atrás su dorada cabeza y dejó escapar una serie de ladridos.

—Es un perro —dijo, mientras se tendía y rodaba imitando burlescamente a un perro rascándose la espalda—. Comes carne de perro.

Contemplé esta ridícula escena mientras hacía girar mi lanza bajo mis piedras de afilar. Advertí lo que debería de haber sido obvio desde el principio: Olin y su hermano habían encontrado el montículo de piedras que Bardo y yo habíamos erigido sobre el cadáver de mi perro guía. El cadáver marchito tendido junto a la choza de Olin era lo que quedaba de Liko.

—¡Carne de perro! —dijo Liam—. ¡Los Sharailina cazan perros!

Olin volvió a protestar, sosteniendo que era un lobo. Se dispuso a cortarlo con su cuchillo, y yo crucé la cueva con toda la rapidez que pude.

—Es un perro —dije. Expliqué cómo el talo había matado a Liko, cómo Bardo y yo lo habíamos enterrado—. No lo cortes..., era valiente y leal, y no está bien comerlo.

Toda la tribu devaki había salido de sus cabañas. Nos rodearon.

—No está bien que las madres pasen tanta hambre que su leche se seque como las gachas al sol —dijo la voluptuosa Sanya, que daba de mamar a su niña recién nacida—. Mallory olvida que la carne es carne; la carne no es valiente ni leal.

Mientras tanto, Liam rodaba sobre su espalda, riéndose entre ladridos.

—Espero que el shagshay salte pronto a vuestras lanzas —le dijo a Olin—. O de lo contrario seremos carne para los hambrientos Sharailina.

Aquello ya fue demasiado para Olin. Agitó en el aire su largo cuchillo de piedra, maldijo y saltó sobre Liam. Las rodillas de Olin aplastaron el viento del pecho de Liam: pude oír el *whumph* del aire al escapar de los labios de Liam.

—¡Cuidado con el cuchillo! —gritó alguien, y por alguna razón a la que no encontré sentido en ese momento, Olin soltó el cuchillo. Entonces lucharon. Se debatieron y rodaron sobre la dura nieve. Liam se las apañó para atrapar uno de los

brazos de Olin entre sus cuerpos. Usó esta momentánea ventaja para atacar los ojos de Olin con sus largas uñas. Yo estaba seguro de que intentaba clavar los dedos en las órbitas, cegarle. Olin había sido malherido por un oso una vez, y me puse enfermo ver a Liam, que parecía un oso, malhiriéndole otra vez.

—¡A los ojos no! —grité, y di un paso adelante, afirmé el pie y golpeé la sien de Liam con el dorso de mi lanza. Liam se apartó de Olin, aturdido, y se llevó la mano en la cabeza. El golpe le había producido un corte. La sangre manaba entre sus dedos abiertos, resbalando por la densa barba dorada.

Me maldijo y escupió a mis piernas.

—¿Qué te pasa que no puedes distinguir el deporte de la guerra? Tus sesos se han reblandecido como la grasa de foca..., pero es lo que pasa con los seduce-hermanas. ¿Te sorbió Katharine los sesos junto con tu semilla?

Creo que entonces intenté matarlo. Mientras Olin, Yuri y todas las familias miraban, alcé la lanza hasta más atrás de mi cabeza. Agarré la lanza por el cuero, apenas consciente de que Bardo y Justine y mi temblorosa madre me observaban tras una muralla de sorprendidos devaki.

—¡No! —grité, y frente a mí, mientras apuntaba a la garganta de Liam, vi a Katharine entre dos mujeres Manwelina. Me miraba tranquilamente, como si supiera que no iba a matarlo—. ¡No! —repetí, y empecé a descargar el brazo. Pero se produjo una repentina resistencia; no pude arrojar la lanza, del mismo modo que no podría desenraizar un árbol. De repente sentí otras manos en la lanza, y alguien me la quitó. Me volví, y allí estaba Soli, sosteniendo mi arma como lo haría con un pez muerto. Tenía los labios fuertemente apretados, blancos como el hielo. Contenía la respiración; bajo la piel blanca de su frente latía una gruesa vena.

Yuri se adelantó y le quitó la lanza a Soli. La rompió contra su rodilla. Su ojo destelló sobre mí como la bengala de un cohete.

—Es extraño que olvides que no somos cazadores de hombres —dijo. Entonces se dio la vuelta y se dirigió con el resto de su familia a sus chozas.

Olin se me acercó y se rascó la marcada cara.

—Sólo era un juego —dijo—. ¿Por qué crees que solté mi cuchillo? ¿Crees que Liam me habría cegado a mí, su casi-hermano?

Miró los pedazos de lanza sobre la nieve y se rio nerviosamente.

—Sólo era un juego —repitió mientras se marchaba.

Soli se quedó allí mirándome, erguido y frío como un árbol. Katharine inclinó la cabeza hacia nosotros y entró en nuestra choza. Después de unos momentos, Bardo, Justine y mi madre entraron también. Soli y yo nos quedamos solos en mitad de la cueva cada vez más oscura. Pensé que tal vez nunca se movería ni volvería a hablar.

—¿Por qué, Piloto? —susurró entonces—. ¿Por qué eres tan *temerario*? Dímelo, por favor. —Hundió con el talón la lanza en la nieve—. ¿Por qué haces lo que haces?

Miré la lanza y me mordí el labio.

—¿Por qué?

—No lo sé —dije sinceramente.

—Eres peligroso, Piloto. Se ha dicho antes. Y, ahora, esta..., esta *situación*, la expedición, todo lo que hacemos aquí..., todo se ha vuelto demasiado peligroso, ¿no?

—Tal vez.

—Sí, es demasiado peligroso seguir aquí. Esperemos que Katharine tenga ya la mayoría de sus muestras, porque es demasiado arriesgado que siga recolectándolas. Mañana llamaremos por radio a la Ciudad pidiendo una nave. Nos despediremos, y eso será el fin.

—¿Crees que es necesario? —pregunté—. ¿Regresar a la Ciudad como perros apaleados? —No sé por qué dije esto, probablemente sólo para llevarle la contraria. La verdad es que me moría por volver a la Ciudad, por sumergirme en el hermoso pero insensato estudio de las matemáticas.

Soli se enojó mucho después de que yo dijera esto. Pensé que las venas de sus ojos iban a estallar, dejándole ciego.

—Sí, es necesario —susurró. Y luego dijo la palabra prohibida—. Yo lo he decidido. Nos marcharemos mañana.

Se frotó los ojos, se dio la vuelta y me dejó. Me quedé solo, preguntándome por qué era tan temerario, preguntándome por qué hacía las cosas que hacía.

CAPÍTULO 14

La radio

Conserva el arte sobre el artefacto; conserva la memoria sobre todo.

—Dicho de los rememoradores.

Al amanecer del día siguiente, las familias Reinalina, Yelenalina y Sharailina aprestaron sus largos trineos de viaje. Ouray y Julitha de los Sharailina, y sus hijos, Vishne, Namiley y Emily la Menor, ataron las correas y engancharon reluctantes los perros, como si no estuvieran seguros de que conducir en medio de las tormentas de la primavera del medio invierno fuera un acto juicioso. Pero Olin y los cabezas de las otras familias fueron inflexibles en su decisión de marcharse. Citaron el hambre y la escasez de animales como su razón para buscar las islas del oeste. Citaron también otras razones.

—Viajaremos a Sawelsalia —anunció Olin—. Allí los Patwin compartirán filetes de mamut rebosantes de grasa. Allí los hombres no alzan sus lanzas unos contra otros.

—Éste es un mal día para los devaki —dijo Yuri, envuelto en sus gastadas pieles, mientras sacudía tristemente la cabeza—. ¿Por qué crees que nuestros primos lejanos de Sawelsalia tendrán carne para compartir? Quizá no os reciban con filetes de mamut; tal vez no reciban a los devaki con el mismo amor que los devaki reciben a los devaki.

—Tal vez los devaki se han vuelto demasiados para vivir en esta pequeña cueva —replicó Olin—. Y, si las manadas de mamuts de nuestros primos lejanos están enfermos y no hay carne suficiente, comeremos lo que haya hasta que el mar se deshiele. Entonces construiremos barcas y cazaremos a Kikilia cuando suba a respirar. —Se volvió hacia mí—. Adiós, Hombre de los Hielos del Sur. Quizá también tú deberías regresar a tu hogar.

Tras decir esto, dio un leve golpe en la nuca a su hijo Yasha, les silbó a sus perros, y luego su familia y él desaparecieron en el bosque. Poco después, también las otras familias se marcharon.

Yuri reprendió a su nieto, Jonath, para que se apartara de los fuegos en la boca de la cueva.

—Es triste hablar de matar ballenas —dijo—. Es mejor sacrificar los rebaños de mamuts que cazar a Kikilia, que es más sabia que nosotros y fuerte como Dios. Pero la familia de Olin tiene hambre; ¿quién puede reprochárselo?

—No está bien matar ballenas —accedí. Me volví hacia el este, donde los distantes campos nevados brillaban con la sangre del sol naciente, y me sentí lleno de

vergüenza y otras emociones.

Yuri entrecerró su único ojo.

—Cielo rojo al amanecer, los viajeros se quejan..., es un mal día para viajar, creo. Debo decirte que hay algunos en mi familia, Liluye, Seif, Jaywe, y por supuesto Liam, que dicen que tu familia y también tú deberíais marcharos. Wicent, la vieja Ilona y yo mismo pensamos que deberíais quedaros, pero los otros... Después de que alzaras la lanza contra Liam, bueno, ¿quién puede reprochárselo?

Miré a Yuri, a la grasa rancia que brillaba sobre su rostro, y me sentí súbitamente harto de él y de sus sermones. Sentí deseos de chocar con él, de empujarle «accidentalmente» a uno de los charcos que el fuego había fundido en la nieve, verle chapotear en aguas heladas y decirle: «¿Quién puede reprochármelo?». No quería oír más palabras de sabiduría de aquellos gruesos labios agrietados y grasientos.

—Soli ha decidido que nos marchemos —dije—. Así que nos marcharemos, mañana o pasado.

—Bien, Soli es un hombre voluntarioso, y si Soli ha decidido que os marchéis, ¿quién puede reprochárselo?

Pero nuestra partida no fue tan simple. A primeras horas de esa misma mañana, Soli sacó la radio de su escondite en el trineo y se marchó al bosque para buscar un lugar íntimo. Trató de llamar por radio a la Ciudad. Fracasó. Lo intentó durante toda la mañana y parte de la tarde, hasta que una feroz tormenta empezó a cubrir los árboles de una capa de hielo y le obligó a regresar a la cueva. Cuando llegó la noche, todos nos reunimos alrededor del fuego en nuestra choza. Soli había colocado sobre las pieles blancas en el centro de la cabaña una brillante caja negra del tamaño del antebrazo de un hombre. La señaló.

—La radio está muerta —nos dijo.

—Eso es imposible —contestó Bardo, mientras jugueteaba con los pelos de su barba. Estaba medio tendido en mi cama, comiendo algunas nueces que había encontrado—. ¿La radio muerta? No, no, no puede ser.

Mi madre y Justine estaban ocupadas al otro lado de la choza, ajustando las pieles para secarlas. La choza era cálida, tan cálida que las curvadas paredes brillaban con una bruma de agua y hielo. Mi madre quitó goterones de agua de la sedosa piel de shagshay. Su fuerte rostro parecía amarillo con la luz. Ladeó la cabeza.

—¿Cómo sabes que la radio está muerta? —preguntó.

—Si *estuviera* muerta, sería una lástima —añadió Bardo, mientras observaba a Justine sacudir una piel. Para molestia de Soli, le gustaba mirarla cada vez que tenía oportunidad, y peor aún, le gustaba hablar con ella, como un amigo hace con otro—. Pero ¿quién ha oído hablar de una radio muerta? —se metió tranquilamente una nuez en la boca, pero me di cuenta de que estaba nervioso y preocupado.

—Naturalmente que la radio no puede estar muerta —dijo Justine. Miró a Bardo

y mostró su hermosa sonrisa—. Vaya una idea, ¿no? ¡Lo mismo podrías imaginar que el sol no saldrá mañana! Es imposible que las cosas mueran, desde luego. El propio Lord Reparador hizo la radio. ¿Cómo podría estar muerta?

Bardo se agarró el estómago y dejó escapar un fuerte gruñido, al que respondió un aullido en el túnel. Como nuestros perros estaban enfermos, los habíamos traído al interior de la choza, resguardándolos de la tormenta.

—Tusa —llamó Bardo—, Lola..., ¿creéis que la radio está muerta? Ladrada tres veces si creéis que está muerta. —Esperó un momento, pero los perros guardaron silencio en sus madrigueras—. ¿Veis? Todo el mundo está de acuerdo en que la radio no puede estar muerta.

—¡Silencio! —siseó Soli, arrodillándose sobre la radio—. Contento, si puedes.

—¿Te has preguntado si la radio no estará solamente enferma? —preguntó Katharine. Había destapado el agujero bajo su cama; apenas podía verla manejar sus muestras. Inclined como estaba, su cuerpo parecía más lleno que de costumbre, y su pelo le caía en una brillante cortina negra, por los hombros y los pechos, hasta el suelo. Alzó una de las esferas y la vació. El krydda azul helado, del color de sus ojos, se esparció sobre la nieve, fundiéndose en un charco índigo. Olí el fuerte aroma a menta del preservativo, y ella cubrió la masa con puñados de nieve fresca—. Ahora que las familias se han ido, estas muestras son todo... —Mientras contaba sus muestras una a una, le mostró a Justine la más preciosa de todas.

—Si estas muestras son todo lo que tenemos, bueno, estoy segura de que son suficientes —dijo Justine—; tendrán que ser suficientes, porque deben de haber sido difíciles de conseguir, y ya no quedan hombres para recoger muestras, excepto los hombres Manwelina, claro, y ya has..., has *estado* con la mayoría, ¿no, Katharine?

No quise mirar las esferas, la densa pasta blanca de los hombres devaki. Me dirigí al centro de la choza y cogí la radio.

—Tal vez Katharine tenga razón —le dije a Soli—. Tal vez la radio tan sólo está enferma.

Soli me observó sostener la radio entre mis manos.

—Ah, pero si la radio sólo estuviera enferma —señaló Bardo—, ¿por qué no se cura a sí misma? ¿Lord Piloto? ¿Le has *preguntado* a la radio si está enferma, Lord Piloto?

—Sí, ésa fue la primera pregunta que hice —contestó Soli—. Pero la radio permanece en silencio; por tanto, está muerta.

—Es este maldito frío —dijo Bardo, jugando con su bigote—. Podría helar las entrañas de cualquier cosa.

—¿Lo has considerado todo? —preguntó mi madre—. ¿Todas las posibilidades?

—¿Qué posibilidades? —preguntó Soli.

Debatimos durante un rato las posibilidades: tal vez el Lord Reparador había

olvidado enfocar su radio hacia nuestra señal; tal vez una mancha solar o un pulso de radiación del Vild habían alcanzado por fin Neverness, distorsionando la propagación de las ondas de radio a través de la atmósfera; tal vez la Orden había caído por fin en el cisma y la guerra civil... ¿Y si la Torre del Reparador había sido derribada y todos los maravillosos aparatos de los reparadores destruidos?

A medida que caía la noche, nos fuimos sintiendo cansados y agrios, susceptibles a ideas descabelladas. Creo que habíamos vivido demasiado en aquellas montañas nevadas, que habíamos pasado demasiadas noches en la nieve escuchando soplar al viento y aullar a los lobos. Para mí, al menos, todas las cosas familiares de la Ciudad me parecían muy lejanas. La Ciudad en sí parecía algo fantástico e irreal, un recuerdo de un Mallory anterior, un sueño enterrado. Al contemplar los arpones, las pieles, la hoguera fluctuando roja y anaranjada, era difícil pensar que existiera un mundo diferente. Casi cualquier cosa parecía posible: ¿Y si una nueva raza de alienígenas había llegado a Neverness, matado a todos los humanos y tomado la Ciudad para sí? ¿Y si la Entidad de Estado Sólido o algún otro dios hubiera cambiado las leyes del espaciotiempo de forma que las ondas de radio fueran retenidas o no pudieran existir localmente? ¿Y si la propia Ciudad no existía?

Toda esta charla, obviamente, ponía nervioso a Bardo. Se retorció el bigote entre los dedos una y otra vez y se frotaba el vientre. En silencio (era su costumbre hacerlo en silencio cuando había mujeres presentes), empezó a pedorrearse. El aire de la choza no tardó en apestar. Justine tosió y agitó la mano bajo su nariz. Bardo resopló y señaló el túnel de entrada donde dormían los perros.

—¡Ese maldito Tusa! —dijo—. Se le dan de comer tripas podridas de foca, y se pedorrea como un cohete. ¡Por Dios, huele hasta aquí!

Apeataba tanto que todo el mundo, excepto Soli (estaba enfrascado con la caja de la radio, ajeno al pequeño problema de Bardo), respiraba por la boca. Mi madre arrugó la nariz y se cubrió la cara con el borde de sus pieles. Miró a Bardo.

—Los hombres son bestias hediondas —dijo.

Bardo frunció el ceño, en silencio, mientras mi madre ladeaba la cabeza y le miraba con desdén. Al cabo de un momento el desprecio se convirtió en odio, tanto hacia Bardo como hacia sí misma. Mi madre tenía una lengua tan cruel como un cuchillo de doble hoja, y era una crueldad que funcionaba en dos direcciones: si alguien la ofendía, era cruel con él y se odiaba por serlo, y entonces le odiaba por instigar estas crueldades gemelas.

—Ah, sé en lo que estás pensando —le dijo Bardo—. Pero han sido Tusa o Lola, no yo.

Disgustada, mi madre empezó a ponerse las pieles. Se volvió hacia Soli.

—Si la radio está muerta, entonces la mataron. Los instrumentos hechos por los reparadores no mueren de muerte natural —dijo. Y salió de la choza en busca de una

bocanada de aire fresco. (O tal vez se fue a la choza de Anala a beber té y chismorrear, una actividad a la que se había aficionado mucho durante nuestra breve estancia en la cueva).

Soli rascaba la caja de la radio con una hoja de pedernal.

—Debe de haber una forma de abrir la radio, para averiguar por qué está muerta —dijo.

—¿Abrir la radio, Lord Piloto? —preguntó Bardo, mientras se frotaba las enrojecidas mejillas—. Seguro que estás bromeando.

Lo mismo hubiera dado que Soli hubiera sugerido abrir a Bardo para determinar por qué su tripa producía tanto gas.

Pero Soli no bromeaba. Se enfrascó en abrir la radio. Alrededor de la medianoche, descubrió que pedernales calentados aplicados al denso sellador parecido a laca hacían que el plástico se retirara en capas finas como cristales de hielo. Por fin dejó la caja desnuda, pero la radio seguía sin abrirse. La observó durante largo rato antes de advertir cuatro pequeños puntos redondos en la parte de atrás, negro contra negro más oscuro, un punto en cada una de las esquinas de la caja de la radio. Descubrió que los cuatro puntos redondos eran agujeros rellenos de sellador. Excavó los agujeros, lenta y concienzudamente, con agujas calientes de pedernal. Cuando terminó este trabajo tremendamente aburrido, acercó la radio a la hoguera y anunció que podía ver trocitos de metal bifurcado en los agujeros.

—¿Qué son? —pregunté.

—Es difícil de decir.

—Trabajo de reparadores. Los pilotos no deberían de mezclarse con el trabajo de los reparadores.

En sus lechos de nieve, Justine y Katharine trataban de dormir; Bardo estaba tumbado como un oso muerto, roncando ruidosamente.

—Sí, trabajo de reparadores —dijo Soli—. Pero ¿dónde está el reparador para hacer el trabajo? —Sus labios se apretaron mientras introducía una aguja de pedernal en uno de los agujeros. La retorció, y la aguja se rompió. Insertó otra aguja y la retorció en sentido opuesto. Se rompió también.

—Malditos sean los reparadores y sus extrañas artes —dije yo, y él le dio la vuelta a la radio y sacudió los fragmentos de pedernal.

—El pedernal es demasiado frágil —dijo. Cogió una larga tira de madera sacada de su lanza—. La madera no es tan dura como el pedernal, pero no es tan frágil, ¿no?

Tras decir esto, tallando con un trozo de pedernal, introdujo el extremo de la madera hasta que encajó en las bifurcaciones de los cuatro agujeros.

—¿Por qué haces esto? —le pregunté—. Si los reparadores hacen las radios para que sólo las abran los reparadores, ¿cómo esperas abrirla?

—¿Dónde está tu famosa iniciativa? Es un misterio cómo conseguiste penetrar y

salir de la Entidad.

—Eso fue diferente.

—Sí, entonces tuviste suerte, pero la suerte aquí no es un factor, ¿verdad?

Introdujo el extremo tallado de madera en uno de los agujeros y lo retorció hacia la derecha, sin resultado. Luego hizo lo mismo hacia la izquierda, pero tampoco consiguió nada.

—Suerte —dijo, y apretó con más fuerza—. ¡Cede! —Retorció los dedos, y momentos después extrajo una espiga de metal tan grande como mi uña.

—¿Qué es eso?

—No lo sé. —Escrutó la espiga de metal a la luz de la hoguera. Me la tendió. Había un fino borde de metal que corría en una espiral continua por toda la longitud de la espiga—. Es obvio que este borde debe funcionar contra otro borde similar dentro de la cosa, o si no la espiga se habría caído.

Mientras los demás dormían, sacó las otras tres espigas, y la radio se abrió.

—¡Ja! —susurré—. Un reparador se volvería loco a la primera ojeada al multipliegue, pero un piloto puede desentrañar los secretos de un reparador tan fácilmente como...

—¡Calla! No hemos desentrañado nada.

Miré el interior de la radio. Había un amasijo de plásticos de diversos colores, protuberancias y metales retorcidos y unidos de formas extrañas e insondables. Vi inmediatamente por qué la radio no se había curado a sí misma: por alguna razón, los reparadores habían ensamblado la radio con componentes inusitados y arcaicos en vez de cultivarla entera como, por ejemplo, hacían con los circuitos y otras partes de una naveluz. La visión de aquellos componentes claramente simples me enervó. Hice suposiciones de cómo funcionaba la radio, aunque lo mismo habría podido tratar de extraer conocimiento esotérico de una rebullente bola de *spiralí*. Advertí que no comprendía más los secretos de la radio de los reparadores que el secreto de los ieldra oculto en las células plasmáticas de los alaloi.

—Es tan bárbara —dije—. ¿Por qué harían los reparadores una radio con componentes tan antiguos?

—Los reparadores tienen sus secretos, como nosotros tenemos los nuestros —dijo Soli—. Un aparato del pasado para nuestro viaje al pasado..., ése sería un chiste típico de ellos, ¿no?

Le miré.

—Sacúdela —dije—. Quizás alguno de los componentes se ha soltado.

—No es probable —contestó él, pero hizo lo que le sugería, sin conseguir nada. Advertí que los componentes hechos por los reparadores no se soltaban.

—¿Por qué crees que está muerta? —pregunté.

—Cuando se mueve este interruptor —dijo él, tocando un trozo de plástico negro

en la parte delantera de la radio—, no pasa nada. No hay flujo de electrones. Uno o más de los componentes deben de estar enfermos.

—¿Cuál?

Tocó varios componentes con su índice.

—¿Quién sabe? —dijo.

—Bueno, está muerta, así que no hay nada que podamos hacer.

—Tal vez, tal vez no.

Miré de nuevo las entrañas de la radio. Obviamente, uno o más de los componentes debían de ser los responsables de recibir nuestras voces, otros de codificar la información llevada en las ondas de sonido, otros de modular la información, y otros más de generar y enviar las ondas de radio al cielo, a los satélites que orbitaban el planeta. Pero no tenía ni idea de qué componentes hacían cada cosa.

—No sirve de nada —dije.

—Tal vez.

Con su larga uña, Soli rascó la superficie de un cristal blanco.

—Tal vez esto vibra al contacto de nuestras voces, vibra y produce una vibración correspondiente en una corriente eléctrica. Sí, podría hacer que la resistencia eléctrica variase, podría alterarla. Si pudiéramos seguir el flujo de la corriente, podríamos decir por qué la radio está muerta.

Sacudí la cabeza, porque había un centenar de componentes en el interior de la radio. No creía que pudiéramos seguir el flujo de la corriente o deducir la finalidad de los otros componentes.

—Mi padre me enseñó una vez la teoría de las radios y otras cosas antiguas —dijo Soli—. Quería que conociera la historia de nuestra tecnología.

—Yo creía que Alexandar era cantor, no historiador.

—Sí, era cantor. Y por tanto quería que apreciara los límites de la tecnología, o más bien la fealdad de las teorías prácticas. Él mismo odiaba la tecnología, vieja o nueva. Solía decir que la mejor matemática es la matemática pura, la matemática que no puede ser usada por los mecánicos o los reparadores. Me enseñó hidráulica y termodinámica, la teoría de hacer bombas de fusión. La teoría de partículas y la de los hologramas, y la teoría de mapas, y la teoría de la información, y cien teorías más para manipular cosas, un millar. Mi padre era un hombre frío, duro e implacablemente preciso. Y quería que compartiera su estética, que fuera igual que él. —Cerró los ojos y volvió la cabeza. Le oí gemir—. Pero no lo soy; no lo soy.

Esperé un rato antes de hablar.

—Entonces entiendes de radios.

Soli sacudió la cabeza.

—Sólo la *teoría* de las radios. Pero todo está olvidado.

Naturalmente, Soli no lo había olvidado todo. Fragmentos y piezas de las

enseñanzas de su padre acudieron a él: Las ondas EM estaban hechas de campos magnéticos y eléctricos que vibraban unas a otras en un ángulo adecuado; la información podía ser colocada en la onda EM de varias maneras, modulando por ejemplo la longitud o la frecuencia de la onda; cuando la señal había salido de la radio, podía ser distorsionada por manchas solares, ionización atmosférica y la interferencia de otras fuentes eléctricas. Había un centenar de formas para introducir ruido en la señal de radio. La eliminación del ruido, dijo Soli, era el problema real al transmitir información.

—Pero, si está codificada adecuadamente, la señal puede estar tan libre de error como nosotros queramos. Hay formas de añadir redundancia a la señal, teoremas que demuestran que existe un código casi perfecto, si tenemos la inteligencia de diseñarlo. Sí, ése debe ser el truco, codificar la señal y filtrarla a través del ruido. Descubrir el código.

Miró la radio y apretó los labios.

—¿Y, si no está codificada adecuadamente, la información se destruye? —pregunté.

—No, la información puede ser creada, pero nunca destruida..., si crees a los holistas. En algún nivel, la información existe siempre. El truco está en mantenerla firme de manera coherente, y en transmitirla sin ruido.

Me froté la nariz y luego toqué un componente azul translúcido. Era duro y liso como el cristal.

—Pero ¿qué componentes codifican la información y cuáles filtran el ruido? ¿Te acuerdas?

Cerró el puño y lo apoyó en la sien.

—Desgraciadamente, no.

—Lástima.

—Lástima, sí, pero siempre existe la posibilidad de recuperar los recuerdos.

—¿Una posibilidad?

Despertamos a los otros, y Bardo fue a recoger a mi madre en la choza de Anala. Poco después, mi madre entró en nuestra choza seguida por Bardo, que maldecía porque se había arrastrado por encima de mierda de perro. Soli hizo que todos nos reuniéramos a su alrededor. Tenía la radio en el regazo.

—Es necesaria vuestra ayuda.

Bardo se agitaba adelante y atrás, obviamente triste. Aún le molestaban las erecciones nocturnas de su miembro; las pieles se tensaban sobre su vientre casi como la tela sobre el palo de una tienda. Miró la radio con recelo.

—Lástima, Lord Piloto, lástima —dijo. Y empezó a quitarse mierda de las rodilleras de sus pantalones.

—¿Es todo lo que tienes que decir?

—Ah..., no. Lo que quería decir es: con la radio muerta, no podemos marcharnos de aquí hasta el invierno profundo, ¿no? Y eso es una lástima porque...

—No, curaremos a la radio —dijo Soli—. Busca en tu memoria. Tal vez viste alguna vez a un reparador curar a un robot; tal vez hay algún fragmento de sabiduría infantil que puedas recordar.

—Yo no, Lord Piloto —dijo Bardo—. Yo no.

Entonces se echó a reír, y yo le imité, porque en Mundo Verano, donde él había pasado su infancia, no hay reparadores ni robots. En Mundo Verano los lores y nobles desprecian los mecanismos complicados de todo tipo porque temen el poder de los reparadores y programadores y de todos aquéllos que comprenden lo que ellos no pueden comprender. En Mundo Verano, los hombres hacen el trabajo de las máquinas.

—Recuerdo —dijo Bardo— que, cuando los esclavos de las minas de mi familia no podían más..., no me mires así, Mallory, yo no podía hacer nada al respecto..., los vendíamos a los malditos talladores. Los talladores rapiñaban sus órganos. No vi una máquina en funcionamiento hasta que llegué a Neverness.

Mi madre hizo una mueca ante Bardo y empezó a agitar la cabeza.

—¿Esperas realmente curar la radio? —le dijo a Soli—. ¿Incluso aunque recordemos? ¿Las funciones de cada parte? ¿Cómo podríamos curar siquiera una sola parte? ¿Dónde están las herramientas? ¿Dónde está el conocimiento? Antes de que improntáramos el arte de cortar el pedernal, ¿podríamos haber enderezado una punta de lanza?

—Posiblemente —dijo Soli.

Y mi madre ladeó la cabeza, bizqueó y dijo:

—El Lord Piloto siempre ha sido crítico. Hacia cierta gente que intenta lo imposible.

Los ojos de Soli se redujeron a rendijas azules, pero no dijo nada.

Justine había estado contemplando todo el tiempo el interior de la radio. De repente, sus lisas y bronceadas mejillas se fruncieron en una sonrisa.

—No puedo estar segura —dijo—, ¿cómo puede nadie estar segura de los recuerdos de la infancia? Especialmente recuerdos que parecen ser recuerdos de recuerdos, o incluso recuerdos de lo que alguien nos contó hace mucho, así que no estoy segura de recordar correctamente, pero cuando yo era pequeña..., te acuerdas, Moira, ¿verdad? —le preguntó a mi madre—. Cuando éramos pequeñas, ¿te acuerdas de cómo nuestra madre solía llevarnos al museo del Ruede? ¿No lo recuerdas? Bueno, pues yo sí, y una vez vi una muestra de antiguos aparatos electrónicos. —Tocó cuidadosamente un diminuto círculo de metal dentro de la radio—. Puede que esté equivocada, pero creo que eso se llamaba diodo o triodo, no estoy segura, pero recuerdo que había algo llamado diodos de rectificación que transformaban la onda

de la señal de radio. ¿O se llamaban clavijas? La verdad es que no estoy segura.

Mientras hablaba, Soli la miró con intensidad, como un talo observa a una liebre de las nieves.

—Intenta recordar —dijo.

Justine le sonrió y tocó el fino vello del dorso de su mano.

—Pero ¿por qué debería intentar recordar, Leopold, cuando tú has visto exposiciones similares en los museos de la Ciudad? Te interesaban estas cosas al principio de casarnos. ¿No te acuerdas?

La cara de Soli palideció bruscamente. Se frotó los ojos, tosió y suspiró.

—Sí, hay un vago recuerdo —admitió—. Pero fue hace tanto tiempo...

Cerró los ojos, y gimió como si tuviera dolor de cabeza. Contuvo la respiración antes de volver a abrirlos.

—Es cierto —dijo por fin—. Cerca de los Jardines Jacinto hay una sala llena de componentes como éstos. —Se pasó los dedos por los estrechos labios. Era la primera vez que lo veía cohibido—. Pero los nombres y funciones de los componentes..., bueno, el recuerdo ha desaparecido.

—Los rememoradores dicen que la memoria puede ser ocultada, pero nunca destruida —le recordé.

—Sí, eso es lo que dicen los rememoradores.

—Su formación no es muy diferente a la nuestra —dijo Justine—. Algunas de las actitudes son las mismas, eso es lo que me dijo Thomas Rane un día en el Anillo Norte. Dijo: «Justine...», bueno, no voy a decirlo todo lo que dijo, pero recuerdo que dijo que todo lo que hemos visto, oído, sentido o pensado está grabado en alguna parte de la memoria, y que cualquiera puede desplegar su memoria si lo intenta, si sabe secuenciar (creo que así lo llamó Thomas) e imaginar, ésas son dos de sus actitudes similares a las nuestras.

Soli miró la radio durante un rato, contemplando el pasado.

—¿Puede pensar un piloto como un rememorador? —preguntó—. ¿Es posible? Sí, tal vez lo sea.

Cerró los ojos mientras asumía la vigésima de las sesenta y cuatro actitudes del halnín, la actitud que los pilotos llaman memoria-asociación. De esta actitud pasó a la imaginación, donde permaneció durante una buena parte de la noche. (Años después, en el hielo del mar, me contó con detalles este extenuante trabajo. En aquel momento, me pregunté si sólo estaba durmiendo, o quizá descansando en la actitud de esperaabierto). Trataba de conjurar imágenes vistas hacía cien años, pero no tenía la habilidad de un rememorador para decodificar las imágenes de la memoria química a la memoria eidética. Puesto que los rememoradores enseñan que el recuerdo de los olores es a menudo la clave a secuencias de memoria mayores, trató de desentrañar los recuerdos rascando y oliendo los arsénicos de galio y el germanio de los

componentes de la radio; trató de abrirse paso a través de la memoria-lógica; trató con fuerza de conseguir algo para lo que no había sido entrenado; lo intentó durante toda la noche, intentó todo lo que pudo pensar para desplegar su memoria, lo intentó hasta que quedó tan cansado que apenas pudo mantener erguida la cabeza, pero al final se quedó sentado, agarrando la radio con tanta fuerza que el borde le cortó los dedos y la sangre corrió por sus nudillos. Justine me susurró que hizo aquello porque estaba furioso consigo mismo por fracasar.

Por fin, Soli abrió los ojos. No me gustó la expresión que había en ellos, especialmente cuando empezó a mirarnos a mi madre y a mí.

—La radio está muerta —anunció—. No puede curarse.

—Lástima —dijo Bardo.

—Cuando regresemos a la Ciudad, todos los que han tocado la radio comparecerán ante los akáshicos —dijo Soli—. Moira tiene razón, alguien ha matado la radio, probablemente para arruinar esta expedición dejándonos aquí. Y, quienquiera que haya sido, será desterrado de la Ciudad..., lo juro.

Intercambié una mirada con mi madre. Soli no sería capaz de sospechar que cualquiera de nosotros iba a arriesgar nuestras vidas saboteando nuestra propia expedición, ¿no?

En la oscuridad, antes del amanecer, discutimos quién podría haber matado la radio. Bardo señaló que había muchos (los pilotos mercaderes de Tria, por ejemplo) que no querrían que nuestra Orden poseyera los secretos de los ieldra, fueran cuales fueran esos secretos.

—Y hay alienígenas como los darghinni que se sentirían envidiosos si los seres humanos proclamaran que los ieldra favorecieron a nuestra raza. Y los scutari también, por las mismas razones. Y en los planetas..., ¿cuántas órdenes religiosas asesinarían para asegurar que sus secretos y misterios no fueran reemplazados por un secreto mayor, un misterio más grande? ¿Qué hay de la Puerta del Cielo, Vesper, incluso Larrondissement? ¿Y los mundos artificiales de la Binaria Aud, por Dios? ¿Qué hay de...?

—Sí, tenemos enemigos —dijo Soli—. Pero no les dejamos manejar nuestros asuntos privados, ¿no?

—Ah..., por supuesto que no, Lord Piloto. —Bardo masticó pensativamente su bigote y formuló la pregunta que estaba en la mente de todos—. ¿Qué haremos ahora, Lord Piloto?

Todos miramos a Soli, esperando.

—Sí, ése es el problema —dijo él—, qué hacer ahora, ya que Mallory ha sido incapaz de contenerse. ¿Debemos esperar a la nave, o no?

Debería mencionar aquí que Soli había previsto la posibilidad de perder uno o más de los trineos (y la radio con ellos), a causa de diferentes tipos de desastres. Por

eso, había dispuesto que un rompevientos se reuniera con nosotros en nuestro punto de desembarque al sur de la isla si éramos incapaces de llamar por radio a la Ciudad. La fecha para el encuentro era el primer día del invierno profundo, dentro de unos doscientos días.

—No, no deberíamos esperar tanto —dijo Soli—. Ya no somos bien recibidos aquí, ¿no? Tal vez deberíamos marcharnos hoy mismo. Podríamos dirigir nuestros trineos hacia el este, a las Islas Exteriores, y esperar allí durante el deshielo. Entonces, el siguiente invierno, cuando el mar se congele, podremos hacer el resto del viaje de regreso a la Ciudad.

Pero a Bardo no le gustó este plan.

—¿Y si no encontramos nada que comer en las Islas Exteriores? —dijo—. ¿Y si el mar se deshíela pronto, antes del falso invierno? ¿Y si...?

—Ahora somos alaloi, ¿no? —se burló Soli—. Se supone que podemos hacer lo que los alaloi saben hacer mejor..., sobrevivir. Sí, es un buen plan, ¿no? Nos marcharemos en cuanto los trineos estén listos.

—Pero ¿y si nos sorprende una tormenta? —protestó Bardo—. ¿Y si perdemos el camino?

—También somos pilotos —dijo Soli—. Nos guiaremos por las estrellas. No nos perderemos.

Katharine había permanecido en silencio todo el tiempo. Estaba sentada en su lecho, peinándose, contemplando las llamas de la hoguera, prestando poca atención a nuestra discusión. Pero, cuando Soli empezó a reunir sus pieles, se acercó a él y cubrió sus dedos con una mano. Era la primera vez que la veía tocarle.

—Eso no es prudente, padre —dijo—. Viajar al este cuando...

—¿Cuando *qué*?

—Quiero decir que puede que esté bien para ti y los demás viajar al este y pasar hambre, pero estaría mal para mí y...

—¿Mal? ¿Mal *por qué*?

Ella hundió los dedos de sus pies en la nieve.

—Porque estoy embarazada, padre —dijo.

El silencio en la choza fue casi absoluto, como el silencio del espacio profundo. Soli miró a Katharine mientras Justine alzaba la cabeza y abría los ojos de par en par. Yo también miré a Katharine.

—¿De quién es el niño? —preguntó Soli por fin.

Yo también ansiaba saber quién era el padre.

—¿Es de Liam? —preguntó Soli.

—¿Quién sabe?

—¿Qué has dicho?

—¿Cómo esperas que sepa de quién es? He estado con muchos hombres, ¿no lo

ves?

Soli apretó sus dedos sangrantes con la otra mano.

—Pero se supone que tenías que tomar precauciones, ¿no? —dijo—. Métodos de..., esas cosas que las mujeres hacen cuando...

—No quise quedarme embarazada, padre.

—¡Qué descuido por tu parte! —susurró Soli.

Ella sonrió.

—Lo que ha sucedido, sucederá; lo que será, ha sido —dijo.

—Cháchara de scryta —murmuró Soli—, siempre esta cháchara de scryta.

—Lo siento, padre.

Ella cubrió otra vez la mano de él con la suya. Al cabo de un rato, Soli volvió la cabeza y habló dirigiéndose al techo de la choza.

—Bien, ¿qué importa quién sea el padre? Lo que importa es que regresemos a la Ciudad para que puedas tener al niño en condiciones. ¿Cuándo nacerá?

—Calculando la fecha más probable, debería nacer el decimoséptimo día del invierno profundo.

—Entonces nos quedaremos aquí hasta el día noventa y tres del invierno. Nos reuniremos con el rompevientos el primero del invierno profundo. Mallory pedirá disculpas por sus pequeños crímenes. Haremos las paces y viviremos aquí tan pacíficamente como podamos. —Se volvió hacia la radio, goteando sangre sobre los componentes mientras los tocaba—. Sí, Mallory se disculpará y se contendrá para que podamos vivir aquí en paz.

Más tarde, ese mismo día, fui a ver a Liam y le pedí disculpas por haber alzado mi lanza contra él. Fue difícil, porque no consintió en mirarme a los ojos; me disculpé ante Yuri, me disculpé ante Anala, Wicent, Seif y Liluye, y ante todos los hombres y mujeres de los Manwelina. Finalmente, me disculpé ante Soli, pero no creo que oyera lo que dije. Permaneció sentado en la choza con la radio en el regazo, y susurró;

—Cuando regresemos a la Ciudad, haremos un genotipo. Descubriremos quién es el padre del niño.

Traté de dormir después de eso, pero no pude; permanecí tendido todo el día, escuchando la tormenta aullar en el exterior, preguntándome también si el niño que crecía en el vientre de Katharine sería hijo mío.

CAPÍTULO 15

Los ojos de una scryta

*Si puedes mirar las semillas del tiempo,
y decir qué grano crecerá y cuál no,
dímelo entonces a mí, que no suplico ni temo
tus favores ni tu odio.*

—De *Macbeth*, de El Shakespeare, Fabulista del Siglo de las Exploraciones.

Y, así, vivimos pacíficamente entre los devaki, aunque a menudo fue una paz incómoda. El tiempo pasó rápidamente. Las tormentas de la primavera del medio invierno terminaron, y los días claros y secos del falso invierno dieron comienzo. Cuando el hielo del mar se resquebrajó y se fundió, cazamos salmones plateados y bacalaos migratorios en las aguas junto a la playa. Cazamos shagshay en tierra. Condujimos a una pequeña manada de ellos hacia un acantilado, y después de aquello ya no hubo más hambre. Nuestra vida se asentó, los días estaban tan llenos de comida y sol y calor que presté poca atención a las hoscas miradas que Liam me dirigía cada vez que nuestros caminos se cruzaban, en la cueva o en el bosque. Traté de no preocuparme; traté de ignorar la sensación de perdición inminente que me atenazaba cada vez que miraba a Katharine. Veía hincharse su vientre día a día, y pensé en la semilla que crecía en su interior. Me pregunté mil veces de quién sería el niño que llevaba. Mil veces ansié que llegara el día en que pudiéramos regresar a la Ciudad, entregar al niño al maestro unidor y decir: «Dime si soy el padre». No era yo el único preocupado por la paternidad. Liam, y no pocos de los hombres devaki, debían preguntarse quién era el padre del niño. Pero su intriga era diferente a la mía. Ellos tenían pocos conocimientos de genética, y no se preocupaban mucho de quiénes eran los padres genéticos de sus hijos. Los devaki compartían tantos cromosomas que consideraban a todos los niños de la tribu como sus casi-hijos e hijas. Reconocían que sólo un hombre podía ser el padre de sangre de un niño, pero lo que realmente les importaba era el matrimonio. Lo que todos querían saber era quién se casaría con Katharine cuando llegara el momento y se convertiría así en el padre de su hijo recién nacido. Todos pensaban que sería Liam. Muchas veces, durante aquellos largos días, Yuri visitó a Soli para disponer un matrimonio entre las dos familias.

—No es bueno que un niño no tenga padre —dijo un día, después de una buena caza—. ¿Has visto cómo se ríen juntos Katharine y Liam? ¿Y quién puede reprochárselo? Katharine es una mujer hermosa y mi hijo es un hombre hermoso, y tendrán muchos hijos hermosos si se casan.

Y Soli dijo, como hacía siempre:

—Sí, matrimonio. Bueno, quizás; esperemos a ver.

Esta charla preocupaba tanto a Soli que evitaba los vacilantes acercamientos de Yuri cada vez que podía. Pasaba muchas noches con la radio, tratando de recordar cómo funcionaba. A menudo, observaba dormir a Katharine; meditaba ceñudo sus solemnes pensamientos. Una noche, mi madre le sorprendió mirándola, y malinterpretó por completo su expresión. Yo estaba sentado junto a la hoguera cuando ella se acercó a Soli y le dijo:

—Katharine debería abortar. Eso es lo que estás pensando. Eso es lo que pensamos todos. ¿Quién sabe quién es el padre? Debería purgarse. Hay medios, medios alaloi. La raíz de acónito..., es un abortivo natural.

Soli permaneció callado y no se movió. No miró a mi madre.

—Márchate —susurró—. Márchate.

Creo que habría sido mejor para mi madre si él le hubiera escupido encima. Por encima de todo, odiaba ser despreciada. (En este asunto, era exactamente igual que Soli). No puedo describir cómo se contorsionó su cara cuando él le dijo aquello. Normalmente, ella hacía una religión del autocontrol, pero esa noche su cara traicionó su vergüenza, ira, miedo, y otras oscuras emociones que no soy capaz de nombrar. Sus ojos empezaron a retorcerse.

—El Lord Piloto piensa que es santo —le dijo misteriosamente a Soli—. Pero no puedes saberlo. Nunca lo has sabido.

Incluso hoy creo que podríamos haber evitado el desastre si hubiéramos tenido la previsión de marcharnos cuando descubrimos que la radio estaba muerta, o si alguno de nosotros se hubiera contenido. (Aunque Katharine ciertamente estaría en desacuerdo conmigo: lo que sucedió había sucedido siempre; como diría, las semillas del desastre habían sido plantadas antes de que nacióramos cada uno de nosotros, quizás antes de que nacieran las estrellas). ¿Cómo es que tenemos una habilidad casi infinita de engañarnos a nosotros mismos, de ver la verdad ante nuestros ojos y proclamar que es falsa? ¿Por qué me engañé pensando que los devaki eran un pueblo amable y misericordioso, un pueblo que amaba la paz y la armonía por encima de todo lo demás? O, más bien, ¿por qué pensé que eran *sólo* eso (pues eran realmente amables, y su misericordia me sorprendería un día hasta hacerme llorar)? ¿Por qué pensaba en ellos tan simplemente? ¿Por qué no los vi como realmente eran?

Creer que nuestros sentimientos y forma de pensar deben ser compartidos universalmente por los demás es el más común de los errores, cometido por alienígenas y humanos por igual. A pesar de mis experiencias dentro de la Entidad (o quizás a causa de ellas), cometí este error. Una vez, había entrado en la realidad y el espaciolor de la alienígena Jasmine Orange. Cuánto más simple habría sido comprender a un pueblo primitivo con el que había vivido durante casi medio año. Yo creía comprenderlos. Vivía como un alaloi, y pensaba que mi concepción de la vida

alaloi debía ser similar a la suya. ¿Percibían la belleza como yo lo hacía? Cuando cazaban a través del bosque amaban, igual que yo, el crujir de la superficie de algodón bajo sus esquíes, el aire frío, el ladrido de los perros y, por todas partes, los árboles helados llenos de blanco y verde agitándose al viento, los somorgujos de las nieves cantando. Ciertamente, vivían más cerca de la vida que la gente civilizada; en muchos aspectos eran más felices, estaban más vivos, eran de algún modo más plenamente humanos (yo, también, encontré una especie de felicidad en las montañas, a pesar de los pequeños males de los piojos y la suciedad y el té de sangre. Todavía me sorprende cómo pude acostumbrarme a esas cosas). Había momentos en el bosque, o en la playa junto al frío océano, en que me sentía vivo por primera vez en la vida. Qué irónico, pensaba, que hubiera venido a la isla en busca del secreto de la vida en los tejidos de hombres y mujeres sólo para encontrarlo en las olas salvajes, en los gritos de los eiders y gansos de la nieve, en todas las cosas salvajes del mundo. ¡Qué remota, qué insignificante parecía la misión de búsqueda! ¿Qué era el conocimiento de un dios inserto en los cromosomas de un hombre comparado con la sabiduría infinitamente superior del mundo? Descubrí dentro de mí un profundo deseo de vivir la vida tan completamente como pudiera. Sentía gozo en la mayor parte de las cosas que hacía, al encender una hoguera y ver fundirse los copos de nieve, al comer y copular, incluso al cazar animales. Llegué a creer que los devaki compartían este gozo; pensaba que para lo único que vivían era para el gozo puro. Armonía, paz, gozo..., éstos eran los elementos de la vida vivida naturalmente en un mundo natural.

Pero hay más que gozo en la vida. Los devaki lo sabían. En mis huesos y en mi corazón yo lo sabía también, aunque conocimiento y aceptación son dos cosas diferentes. Ésta era la esencia de mi arrogancia, de mi corta visión, de mi error: había olvidado que la naturaleza no estaba sólo llena de gozo, sino que era también trágica y violenta. No comprendía cómo los devaki podían aceptar (podían incluso amar y abrazar) la violencia y las tragedias de la vida. Subestimé su amor a la armonía, la auténtica comprensión de la intención del alma-mundo que llaman halla. Creía que, en los bosques de las Mil Islas, la paz y el olvido eran la esencia de las relaciones de una persona con otras. En verdad, no sabía nada de la naturaleza a veces terrible del halla.

Siempre he pensado que la tragedia suprema de la vida es que debe terminar en la muerte. Incluso para aquéllos que mueren demasiado tarde, la muerte debe venir un día. Aunque es desagradable hacerlo, debo relatar aquí la muerte de Shanidar, porque fue este hecho, y los que siguieron, los que me llevaron a descubrir lo que harían los devaki por conservar su relación halla con el mundo.

El principio del invierno es normalmente una época de días frescos y brillantes y noches frías y erizadas. Nieva aproximadamente cada tres días; el liviano polvo cae

suavemente y se amontona en dunas blandas y brillantes. Pero, a veces, una vez cada diez años, el viento llega de repente, con dientes. Las mañanas amanecen con un frío azul, y el aire es tan áspero y seco que no nieva. Cuando llevábamos viviendo unos doscientos días con los devaki, el clima se volvió muy frío, y todo el mundo dijo que sería un invierno largo, de diez años. Los devaki estaban felices porque había una gran cosecha de nueces baldos, que almacenaban en barriles de cuero. Había salmón plateado congelado y marisco; había shagshay ahumado y huevos de eider y vientre de seda asado, comida en abundancia. Los viejos que habían pasado hambre durante el invierno anterior estaban felices, todos excepto Shanidar, cuyo cuerpo cansado no podía retener ya más alimento. El día cincuenta y tres empezó a quejarse de un dolor ardiente en el vientre. Durante los días que siguieron, visité su cámara y traté de alimentarle con huevos pasados por agua, pero no sirvió de nada. Su carne enflaqueció; su vieja piel amarilla se tensó en torno a los huesos. Pasaron los días y yo me maravillé de que continuara vivo. A menudo, Shanidar bromeaba con que algunos hombres podían nutrirse del mismo aire. En otras ocasiones, jadeaba en busca de aire y no podía hablar. Me pregunté qué le sostenía, qué fuego interior le mantenía viviendo más allá de su tiempo.

El final no vino con rapidez. El día ochenta y dos empezó a vomitar sangre. Durante dos días no bebió agua y, cuando amaneció el tercer día, quedó claro que sería el último para él. Me llamó para que lo sacara de la cámara y lo llevara a la parte delantera de la cueva. Hice lo que me pedía; incluso envuelto en densas pieles, era tan liviano como un niño; tanto, que pensé que la mayor parte de él ya se había marchado al otro lado. Mientras lo colocaba ante los fuegos, sólo sus ojos se movieron, quizá tratando de abarcar las altas nubes del cielo.

—Mallory Matafocas es amable —dijo, y tosió.

Arrojé unos cuantos leños al fuego.

—¿Tienes frío?

—¿Sabes? No puedo sentir mi cuerpo; ¿cómo puedo saber si tengo frío, hmmm?

Y, de inmediato:

—Escucha, sí, tengo frío..., mucho frío. Siento como si me hubiera caído por un agujero al mar.

Avivé la hoguera hasta que rugió. Lenguas anaranjadas de fuego fluctuaron hacia fuera, lamiendo la roca de la entrada de la cueva y fundiendo un círculo de nieve de un metro y medio de ancho alrededor de la hoguera. El calor me quemaba en la cara. Con la espalda apoyada en la cálida roca, nos sentamos en el largo escalón nevado que conducía al bosque de abajo.

—Eso está mejor, es bueno estar calentito... Escucha, ¿cuánto falta para que las estrellas iluminen el cielo?

—No mucho —mentí.

Nos quedamos allí sentados durante la tarde agonizantemente larga, hablando del embarazo de Katharine y otras preocupaciones de la tribu. A Shanidar le encantaba hablar, a pesar de que estaba tan débil y enfermo que su respiración se entrecortaba. Tenía que hacer largas pausas entre sus palabras. Los devaki iban y venían. Cuando pasaban junto a nosotros, daban un amplio rodeo. Las mujeres especialmente, inclinadas bajo grandes bloques de nieve para beber, nos miraban con recelo, como si fuéramos lobos que intentaran robarles a sus niños. A menudo, durante los días pasados, habían susurrado y sacudido la cabeza ante mis visitas a Shanidar, quizá preguntándose por qué escogía yo estar con un hombre que no había muerto en el momento adecuado. Mientras alimentaba el fuego y observaba los labios arrugados de Shanidar esforzarse para dar forma a sus palabras, me pregunté lo mismo.

Anocheció por fin, y las estrellas salieron, diez mil brillantes partículas de hielo contra la negra piel de la noche.

—*Losas shona* —dijo Shanidar, esforzándose por mirarlas con sus ojos medio ciegos. Tosió durante un rato antes de jadear—: ¡Cómo me gustan esas luces! ¿Podrías echar un poco más de leña al fuego?, hace frío, ¿hmmm? Escucha, creo que este invierno profundo será pronto muerte fría. Todavía es invierno, ¿no?... y ya hace tanto frío. Escucha, Mallory, mis pestañas se están congelando con mi respiración. ¿Quieres quitarme el hielo de los ojos?

Le sequé los ojos, y un arrebató de tos sacudió todo su cuerpo. Cuando terminó, permaneció en silencio e inmóvil. Pensé que había muerto, pero no, me agarró la mano de repente, manteniéndome allí mientras se aferraba a la vida como un alpinista caído se aferra a las rocas de una montaña.

—Duele —dijo—. Las luces del cielo son estrellas, ya sabes. Hidrógeno ardiendo que se convierte en luz..., mi padre me lo enseñó cuando era niño.

Durante un momento, me sorprendió que usara la palabra «hidrógeno». Naturalmente, no me sorprendió que conociera la palabra (recordé que había viajado a las estrellas en su juventud), sino porque *me* había pronunciado la palabra como si yo también la conociera.

—¿Idorógeno? —dije, fingiendo aturdimiento—. Usas palabras extrañas, Viejo. Él se agarró al borde de mis pieles.

—Has engañado a los otros, pero no me has engañado a mí, Hombre de la Ciudad. Cuando era más joven... —Tosió durante un rato—. ¿Sabes?... recuerdo lo que era tener músculos fuertes como los que tú tienes... Cuando era un joven que no tenía piernas, fui al tallador llamado Rainer, y él me dio piernas nuevas, en su taller del Sector Extremo de la Ciudad Irreal. ¿Sabes? Conozco a un hombre de la Ciudad cuando veo a uno.

Después de muchas evasivas y mentiras por mi parte, después de mirar alrededor para asegurarme de que no había nadie cerca, admití finalmente que era en efecto un

hombre de la Ciudad.

—Pero ¿cómo lo supiste?

—Puedes llevar pieles de shagshay de verdad y puedes aprender El Lenguaje y puedes cambiar tu cuerpo... ¿Sabes? Yo tenía un cuerpo hermoso y fuerte, aunque no tuviera piernas... Escucha, puedes cambiarlo todo menos la forma de pensar, ¿hmmm? No puedes cambiar los caminos de tus pensamientos..., de lo contrario yo no sería un paria entre mi propio pueblo.

Me preguntó por qué habíamos venido a los devaki, y yo se lo dije. No sé por qué confié en él. La noche se ensombrecía a nuestro alrededor, fría y sin fin, como el espacio, y repetí el mensaje de los ieldra:

—El secreto de la inmortalidad del hombre se encuentra en nuestro pasado y en nuestro futuro. Si buscamos, descubriremos el secreto de la vida y nos salvaremos.

Le conté mi viaje a la Entidad. Aunque ya no creía en ello, le dije que el secreto de secretos podía encontrarse en el ADN más antiguo de los seres humanos. Le conté todas estas cosas mientras el fuego ardía y las estrellas lanzaban auroras de tenue luz a nuestros ojos.

—¿Eres un piloto, entonces? Escucha, soy un hombre ignorante..., ¿sabes? Mi padre me enseñó lo mejor que pudo... Eres piloto, y podrías pensar que todas las cosas que te he dicho este último año son tonterías, ¿hmmm? Pero no, ¿sabes?, no son tonterías.

Su tos había sido reemplazada por un silbido líquido. Cada palabra que lograba hacer pasar a través de su garganta lo hacía entrecortadamente.

—Escucha, los devaki tienen su propio conocimiento, así que debes comprender que todo lo que te dije sobre matar a tu doffel y apartarte de los otros hombres..., ¿y recuerdas lo que te dije sobre el bien y el mal, hmmm?... todo lo que te he contado es verdad.

—He escuchado todo lo que me has dicho —le dije sinceramente.

—Entonces, escucha la súplica de un viejo. No te fíes del mensaje de los dioses. Cuando nací sin piernas en esta cueva... Escucha, ésta es la historia más triste que conozco... Como nací siendo un marasika sin piernas, me dejaron en la nieve en el invierno profundo para que muriera congelado. Mi padre me llevó helado a los talladores de la Ciudad, pero ellos no pudieron hacer nada para ayudarme. Así, mi pobre padre, Goshevan, hijo de Jaharawal, cuyo padre fue Pesheval Kulpak de Mundo Verano, mi padre me llevó a Agathange. Allí, ¿lo sabías, Piloto?, allí los hombres son como dioses. Me devolvieron a la vida para que pudiera regresar a la cueva de mi nacimiento..., qué amable por su parte, ¿hmmm? Me hicieron volver a vivir, y podrían haberme dado fácilmente piernas nuevas, pero no lo hicieron. ¿Por qué? Escucha, ésta es la verdad: los dioses son tramposos y, cuando rehacen a un hombre, siempre dejan algo sin hacer. Para humillarle. Así que no creas el mensaje de

tus ieldra sobre el secreto de la vida, porque esos dioses, obviamente, han dejado sin decir lo más simple de todo, que es esto: el secreto de la vida es más vida.

Trató de alzar su cuerpo hacia la abertura de la cueva. Volví la cabeza y escuché agudos ladridos y chillidos de risa infantil.

—Escucha, ¿oyes los sonidos de Jonath y Aida jugando con los cachorros? El secreto de la vida es engendrar hijos..., mi padre me lo dijo cuando yo era niño, pero no le creí.

Pensé en padres e hijos, y le escuché ahogarse en busca de palabras.

—Si alguna vez tienes un hijo, debes ser amable con él, Mallory.

Me froté la nariz.

—No sabes la regla de nuestra Orden, pero te la diré: los pilotos no pueden casarse —dije, y pensé en Katharine engordando día a día con el hijo de alguien—. Nunca tendré un hijo.

—Oh, es muy malo marcharse al otro lado sin hijos e hijas, debería haber creído a mi padre. —Shanidar tosió y gimió; trató de decir algo, pero no le comprendí.

—¿Duele? —pregunté.

Se frotó débilmente el brazo.

—¿Sabes? Cuando los devaki mueren, nunca sienten miedo, porque tienen hijos e hijas para rezar por sus espíritus. —Alzó los ojos al cielo y habló en voz tan baja que tuve que esforzarme por oírlo—. Pero tengo miedo, Piloto. Oh, duele, aquí en el brazo y en la garganta... —Tosió con fuerza una vez y se agarró el pecho—. Como hielo, oh, escucha... —y empezó a gemir y murmurar. Creo que dijo algo como: «*Shona los halla; halla los shona*», y entonces cerró los ojos y boqueó en busca de aire. Poco después (la verdad es que pasó largo rato), su respiración pareció detenerse. Coloqué un pedazo de su túnica bajo su nariz para ver si la respiración movía los sedosos pelos blancos. Pero la piel permaneció quieta, porque ya no respiraba. Debí haberle buscado el pulso en la garganta, pero no quise tocarle. Tenía miedo de que estuviera muerto.

Me levanté y me arrebujé en mis pieles. El aire era tan frío que pensé que se me iban a congelar los ojos. Le observé durante largo rato, hasta que la piel de su cara vieja y arrugada empezó a endurecerse como mármol. Y entonces, por ninguna razón, pues lo que él había sido había desaparecido, tragado como un rayo de luz en un agujero negro, alcé la cabeza a la noche y recé por su espíritu:

—*Shanidar, mi alasharia la shantih devaki.*

Su boca y sus labios estaban congelados, convertidos en una máscara rígida; su cara parecía a la vez demasiado familiar y completamente extraña. No podía mirarle, así que lo cubrí con su piel. Me volví y fui a buscar a Yuri.

Nunca antes había visto a un ser humano muerto.

Atravesé corriendo la cueva, tropezando en el suelo irregular y lleno de agujeros.

Las hogueras ardían levemente, y las chozas eran globos de luz tenue perdidos en la oscuridad. Llegué al diente de lava en medio de la cueva. Era el Viejo de la Cueva, sonriendo con su oscura sonrisa en las negras profundidades de la cueva. Por ninguna razón en concreto, golpeé la cara de la escultura de roca. El golpe resonó en el aire. Golpeé de nuevo al Viejo de la Cueva, mientras pensaba en Shanidar. Me pregunté si todo el mundo se sentía igual que yo después de ver a un ser humano muerto por primera vez: estaba aterrado de tener que morir, y a la vez me sentía extasiado porque aún estaba vivo. Más tarde vendrían los llantos y la melancolía, pero en ese momento me alegré de que fuera él quien estuviera muerto y no yo. Me sentía intensamente vivo, posiblemente porque en ningún momento de mi vida había saboreado tan intensamente la vida misma. Golpeó la escultura, y la mano me dolió. Pensé que el secreto de la vida debía ser sentirse intensamente vivo.

Desperté a Yuri en su cueva y le dije que su casi-primo había muerto. Mientras él despertaba al resto de la familia (pues ningún hecho entre los devaki es más importante que una muerte), fui a ver a Soli y los demás. Nos reunimos en la zona abierta tras las chozas Manwelina. Wicent y Yuri tendieron el cadáver de Shanidar sobre una piel de newl, y Liam y Seif construyeron seis pequeñas estacas de madera aromática de pela a su alrededor y encendieron las hogueras. La cálida luz bañó la piel desnuda de Shanidar, que Anala y Liluye frotaron de la cabeza a los pies con aceite caliente de foca. (Los devaki creen que un hombre, o una mujer, deben hacer desnudos el viaje al otro lado, como vienen al mundo. Pero ya que debe pasar por el mar congelado, su cuerpo debe estar convenientemente engrasado contra el frío). Las vetas rojas de luz que se desprendían del cuerpo blanco de Shanidar eran a la vez fantasmales y hermosas. Mientras las mujeres lo cubrían con dalias azules de las nieves y amapolas árticas, me cubrí los ojos con la mano. El dulce aroma de las flores cortadas picaba en mi nariz. Luego, Yuri, que era el casi-primo más cercano de Shanidar, cogió un cuchillo de pedernal y le cortó al cadáver la oreja derecha. Alguien la envolvió con musgo velludo.

—Conservamos la oreja de Shanidar, y él siempre oirá las plegarias de nuestra tribu —dijo Yuri—. Yo, Yuri, hijo de Nuri, rezaré por el espíritu de Shanidar porque no tenía hijos o hijas que rezaran por él. Y mi hijo Liam y sus hijos rezarán por Shanidar, *mi alasharia la shantih devaki*. Aunque es fácil reprocharle el esperar tanto tiempo para marcharse, no debemos reprochárselo porque un hombre debe marchar libre de reproches.

Cuando las hogueras de la mañana casi se habían apagado y la mayoría de nuestras gargantas estaban irritadas de rezar y gemir (la mayor parte de los hombres eran capaces de llorar a voluntad, mientras que las mujeres permanecían sombrías y con los ojos secos), envolvimos a Shanidar en la piel de newl y lo llevamos al cementerio sobre la cueva. El terreno estaba congelado, era duro como la piedra y

estaba cubierto de nieve, así que construimos una pirámide de peñascos de granito sobre su cadáver. Los peñascos eran pesados; los músculos de nuestros estómagos se esforzaron y nuestros bíceps se hincharon, pero pronto, bajo los contemplativos ojos de las estrellas, terminamos nuestro trabajo. Yuri pronunció otro réquiem, y los devaki bostezaron y regresaron a sus camas. Mi madre y los demás de mi familia, incluso Bardo, me dejaron también allí.

Me quedé solo junto a la tumba. El viento soplaba entre los negros troncos de los árboles, llenándome de pensamientos fríos y turbios. Me quedé allí toda la noche, hasta que la negrura empezó a suavizarse. Pensé que era trágico que Shanidar muriera sin haber dejado ninguna partícula de sí mismo para que creciera y saboreara el licor agridulce de la vida. ¡Cómo le compadecía, me compadecía a mí mismo, compadecía a todo aquél que tuviera que morir sin hijos y solo! Shanidar tenía razón: ser un eslabón en la cadena eterna y sin romper de la vida..., ése era el secreto de la vida. No había nada más, ninguna otra inmortalidad, ningún significado más profundo. Me aparté del viento y me golpeé la cara helada, devolviéndola a la vida. De repente, engendrar hijos parecía la cosa más importante del universo. Un hijo, pensé; ¿podía haber algo mejor que tener un hijo?

Corrí de regreso a la cueva en busca de Katharine. Me arrastré a través del túnel de nuestra choza, me acerqué a su cama y le cubrí la boca con la mano. La desperté. Le susurré al oído; le dije que hiciera lo que le decía. Katharine se vistió en silencio, y en silencio nos arrastramos hacia fuera. La conduje al bosque, hasta el arroyo que corría a través de las montañas bajo la cueva. Durante la noche se habían congregado algunas nubes; hacía un poco más de calor, pero la humedad lo dejaba todo frío y resbaladizo. El bosque estaba sumergido en el gris del crepúsculo, y nevaba. El aire estaba salpicado de parches de luz y oscuridad. Apenas podía ver mis botas deslizarse contra las rocas redondeadas de la orilla del arroyo. Por fin, me detuve y me dirigí a Katharine. Mis palabras casi se perdieron con el gorgoteo del arroyo bajo el hielo, pero al menos aquí nadie podría escuchar lo que dijéramos.

La cogí por el brazo y la miré.

—Le dijiste a Soli que no sabías quién podía ser el padre de tu hijo. ¿Es cierto?

—¿Dije eso? No creo haber dicho..., deberías escrutar tu memoria, Mallory; ¿cuáles fueron mis palabras exactas?

No recordaba sus palabras exactas, aunque recordé que hay que escuchar con exactitud todo lo que dice un scryta. Traté de leer la verdad en su cara, pero no podía ver la forma de su boca. Estaba oscuro y sus labios quedaban ocultos por el borde de su capucha. Tenía las manos sobre el vientre. No podía esconder ya su forma. Al contrario de algunas mujeres, que llevaban sus bebés bajos, como si tuvieran una pelota bajo las pieles, el vientre de Katharine era largo y ovoide como una fruta de sangre.

—¿Quién es entonces el padre? —pregunté—. ¿Lo sabes?

—El padre es... quien es; es quien será. La madre... el padre.

Yo estaba desesperado por saber si era el padre. No podía soportar la idea de que pudiera serlo Liam. ¿Cómo sería el niño? ¿Tendría el pelo rubio y gruesos arcos superciliares? ¿Sería medio alaloi, medio humano? ¿O (ya que Mehtar había esculpido nuestra carne, pero no nuestros genes) sería completamente humano, completamente la fusión de mi semilla y la de Katharine, completamente mío para poder llamarlo «hijo»? Cogí en las mías su enguantada mano.

—¿Es hijo nuestro, Katharine?

—¿Es posible que yo no lo sepa?

—Pero eres una scryta; los scrytas saben estas cosas, ¿no? ¿Qué es lo primero que aprende un scryta?... A «pensar como ADN», ¿no es eso?

—Eres piloto, deberías saberlo —se burló ella. Su risa fluyó de ella en una clara corriente—. Mallory, Mallory, dulce Mallory.

—Escúchame. Es humillante para un niño que lo llamen bastardo.

(Debería mencionar que, aunque en muchos planetas la palabra «bastardo» significa simplemente haber nacido fuera del matrimonio, yo uso la palabra en su sentido más amplio, para identificar a aquellos desgraciados que no saben quiénes son sus padres o abuelos. ¿Qué importa si sus padres están casados o no? Lo que importa es conocer la dote genética, la herencia de los cromosomas, el rastreo de las habilidades —y responsabilidades— propias a través de generaciones).

Creo que ella me sonrió entonces.

—El niño no será un bastardo. Te lo prometo.

Como yo me consideraba a mí mismo un bastardo, creí que esto quería decir que yo no era el padre del niño. Me sentí decepcionado, y la cabeza pareció pesarme de pronto como una piedra. A mi lado, el arroyo corría sombríamente a través de una blanca tubería de hielo. En algunas partes, la tubería se había roto y caído. Observé a través de las capas de hielo las rápidas aguas negras de debajo.

—Si yo no soy el padre, entonces, ¿quién es?

—¿Te he dicho que no eras el padre de...?

—No juegues conmigo, Katharine.

—No estoy jugando; es sólo que, si te lo dijera, oh, las posibilidades, el... el *dolor*... ¿ves?

El viento sé alzó y ella se apretó la capucha alrededor del rostro y se cruzó de brazos. Empezó a tiritar, así que la rodeé con mis brazos y toqué su cabeza con la mía. Comprendí una cosa sobre los scrytas: no juegan por el amor del juego; juegan para distraerse a sí mismos y a los otros de las terribles verdades que han visto.

—¿Quién es el padre? —le susurré al oído—. Dímelo.

—Si te lo dijera, te mataría, ¿no lo ves?

—Entonces, ¿es hijo de Liam?

Ella empezó a hablar, pero su voz se quebró, revelando un núcleo de miedo interior. Sus ojos azules estaban helados de terror. Fui consciente de este núcleo sólo durante un instante. Entonces la formación scryta se hizo cargo y sus ojos se cerraron, y su cara permaneció tan lisa y blanca como una túnica scryta. Katharine se rio durante un instante mientras se acariciaba el vientre.

—Es tu hijo, Mallory. *Nuestro* hijo. Será un niño hermoso; es hermoso, compasivo..., un soñador como su padre.

¡Un hijo! Katharine me había dicho que tendría un hijo, y como había dicho, la noticia me había matado; me moría de orgullo y felicidad. Me sentía tan feliz que eché la cabeza hacia atrás y grité:

—¡Mi hijo! ¡Un puñetero hijo!

Katharine se quedó completamente quieta, mirando el bosque gris del amanecer. Le presté poca atención. Escuché el viento soplar a través de los árboles, transportando desde las montañas el aullido de un lobo. Era un sonido largo y bajo, lleno de soledad y ansia. El viento soplaba sobre los riscos nevados y los blancos valles, y se me ocurrió una idea absurda: el aullido del lobo era la otra-alma de Shanidar llamándome, susurrándome que debía ser amable con mi hijo. El lobo aulló durante largo rato. Entonces Katharine empezó a llorar, y recordé que el doffel de Shanidar era la foca, no el lobo. Presté atención al aullido y reconocí el sonido por lo que realmente era: sólo un arrebato de aire a través de la garganta de una bestia fría y solitaria. Abracé a Katharine y ella sollozó en mis brazos. Acaricié con los dedos sus mejillas húmedas. La besé en los párpados. Le pregunté por qué estaba tan triste, pero ella no pudo decirme qué le pasaba.

—Un hijo —dijo, y su voz era ruda y ardiente. Fue todo lo que pudo decir—. Un hijo, un niño hermoso, ¿ves?

* * *

Para contar la ruina de nuestra expedición, para hacer una reseña adecuada de los planes y asesinatos que condujeron a la gran crisis de nuestra Orden y la guerra que siguió, debo relatar aquí sucesos de los que no fui testigo directamente. Hay quien dudaría de un conocimiento de segunda mano (estoy pensando en los epistemólogos), pero yo estoy seguro de que el testimonio de Justine de aquellos días es una aproximación muy cercana a la verdad. Después de todo, ¿qué es la verdad? Por supuesto, no puedo ofrecer ningún conocimiento, pues en los asuntos de nuestra raza no puede existir ningún conocimiento intelectual seguro. Si lo que aquí digo parece a veces ilógico, a veces manchado de caos y un toque de locura, es porque la vida humana es así.

Dos días después del entierro de Shanidar, el día ochenta y cinco del invierno, todos los hombres y la mayoría de los muchachos de la cueva salieron temprano a cazar shagshay en uno de los valles occidentales de Kweitkel. Era un día frío; amaneció con frío azul, y se volvió más frío durante el día. El aire era como una máscara de acero que cubriese la isla. Hacía tanto frío que los árboles chasqueaban y tronaban, esparciendo astillas al aire azul. A causa del frío, todas las mujeres y niños se quedaron en la cueva, reunidos en torno a las hogueras cada vez que podían. Todo el mundo tenía frío, un frío miserable y tembloroso, excepto mi madre. Mi madre ardía de fiebre. Pero no estaba enferma. O, más bien, no estaba enferma de ninguna enfermedad; estaba enferma de celos y odio porque, dos días antes, nos había seguido a Katharine y a mí al arroyo. Era una buena espía. Se había escondido tras un árbol yu, y me oyó gritar de alegría. El conocimiento de mi paternidad la había herido y, durante dos días, se lo guardó para sí, y su odio se inflamó y supuró.

Cuando no pudo soportar más el fuego, la tarde de la caza, encontró a Katharine sola en nuestra choza. Hubo una pelea, palabras venenosas por parte de mi madre y el enfurecedor (para mi madre) casi-silencio de Katharine. Nunca sabré todo lo que se dijo, pero Justine y las otras mujeres oyeron cosas malas, cosas terribles. Mi madre llamó bruja a Katharine.

—¿Qué has hecho? —acusó mi madre—. Has embrujado a mi hijo. Con tus modos secretos. Lo has atrapado con simpatía y sexo.

Eran palabras serias, y por eso Anala, Sanya y Muliya irrumpieron en la choza. Justine estaba fuera, ayudando a parir a una de las perras, y cuando oyó la conmoción corrió a reunirse con las otras dentro. En el tenso espacio redondo, las cuatro mujeres rodearon a mi madre y Katharine, manteniéndolas separadas.

—¿Por qué has llamado bruja a Katharine? —le preguntó Anala a mi madre.

Al sonido de la palabra «bruja», la bizca Muliya murmuró una rápida oración. Sus gruesos brazos se agitaron mientras frotaba ceniza sobre sus párpados para que la otra-alma de la bruja tuviera dificultad para verla. (He olvidado mencionar que Muliya era una mujer extremadamente fea. Como Justine me recordó, tenía la nariz rota, y parecía un buey almizclero. Es curioso que las mujeres sean a menudo más sensibles a la belleza de una mujer —o a su falta de belleza— que los hombres).

Sanya frotó nerviosamente sus huesudas manos mientras paseaba la mirada entre Anala y Muliya. Era una mujer pequeña e inteligente con la cara estrecha, como un zorro. Se lamió los dedos saltones y amarillos.

—Todos nos hemos preguntado por qué Mallory actúa de forma tan extraña —dijo—. Pero ¿brujería? ¿Por qué querría Katharine embrujarle? —Sonrió a Katharine porque la apreciaba. Claramente, no creía que pudiera ser una bruja.

—A algunas mujeres les gusta la forma de los brazos de sus hermanos —dijo Muliya—. Y les gusta aún más el contacto de sus lanzas. Todo el mundo sabe que

Katharine y Mallory estuvieron juntos aplastando nieve.

Mi madre se quedó anonadada con lo que había sucedido.

—Hablé a la ligera —dijo— porque estaba furiosa. Naturalmente, Katharine no es ninguna bruja.

En este momento Justine se colocó entre Muliya y la tranquila y silenciosa Katharine.

—He hecho té de sangre contigo durante casi un año —le dijo Muliya a mi madre—. ¿Cuándo has hablado a la ligera? Llamaste bruja a Katharine, te oímos.

Anala se encontraba en el centro de la choza, mirando a las otras mujeres. Se echó hacia atrás el pelo, que era gris como el acero. Era la más alta de todas las mujeres, la más fuerte y posiblemente la más inteligente. Miró a mi madre.

—La has llamado bruja, y ésa es la peor palabra que una mujer puede dirigir a otra. Si es una bruja, ¿dónde está el instrumento de su brujería?

Entonces empezó una discusión sobre las muchas formas en que una mujer podía embrujar a un hombre (o, más raramente, a otra mujer). Los ojos de Muliya se cruzaron cuando dijo:

—Es bien sabido que la tribu Patwin pasó hambre porque una mujer embrujó a su casi-hermano y le sorbió su semilla. Es malo embrujar a un hombre.

—Pero ¿quién no ha pensado en hacerlo? —señaló Sanya, y se rio nerviosamente.

Muliya habló de una mujer Oluran maldita con un marido brutal que la golpeaba cada vez que regresaba sin carne de la caza. Un día, a finales de la primavera del medio invierno, la mujer (se llamaba Galya) hizo un muñeco con palos y pieles, y lo lanzó a un charco de nieve fundida. Al día siguiente, su desdichado marido pisó una capa de hielo demasiado delgada y cayó al mar, donde se ahogó.

—¿Y qué hay de Takeko de la tribu Nodin? Todo el mundo sabe que alimentaba a su amante con la semilla púrpura del moho araglo, y que despertaba la furia de su amante con sus astutas palabras de bruja. ¿Y no fue entonces su amante y mató a su marido?

Anala pareció enfurecerse al oír esto. Cortó con su rascador una capa callosa de la palma de su mano. Sostuvo la media luna amarillenta de piel entre los dedos.

—¿Cómo puede una mujer capturar el alma de un hombre? —dijo—. Debe tener una parte de él, de forma que su otra-alma pueda ver la otra-alma del hombre a través de esta parte..., ¿no es bien sabido? Si Katharine fuera una bruja, habría reunido mechones de pelo o recortes de uñas y cosas para ejecutar su brujería. ¿Dónde están las artes? ¿Quién las ha visto?

—Una bruja escondería esas cosas, ¿no? —dijo astutamente Muliya. Pareció mirar a través de las piernas de Katharine el lecho tras ella. Aunque sus ojos eran bizcos y débiles, eran ojos alaloi, y no pasaban muchas cosas por alto, especialmente en lo referido a la forma y textura de la nieve, para la que los alaloi tienen cien

palabras—. ¿Por qué hay *soreesh*, polvo de nieve fresco, bajo la cama de Katharine?

Sanya se encogió de hombros y sacudió la cabeza.

—Quizás uno de los perros se meó en la capa dura y abrió un agujero con orina.

—¿Quién dejaría a un perro mear en su cama? —preguntó Muliya—. No, creo que debemos ver qué hay enterrado debajo.

Ni mi madre ni Justine querían que Muliya excavara bajo la cama, así que trataron de distraerla con argumentos y negativas y, cuando eso no funcionó, le pidieron que saliera de la cueva.

—Si Katharine es una bruja —dijo Justine—, y, por supuesto, estoy segura de que no lo es, pero si lo fuera, podemos descubrir la brujería nosotras solas, y, ya que es mi hija, ¿no tendría que ser yo quien la castigara?

Anala sacudió su hermosa cabeza.

—Sería demasiado pedir a ninguna madre.

Muliya se acercó a la cama, y mi madre la detuvo. Hubo otra pelea. Mientras Katharine se sentaba en la cama a mirar, mi madre y Justine trataron de sacar a las mujeres devaki de la choza. Justine empujó a Muliya, y ésta tropezó y cayó a través de la pared de la choza. Se produjo un crujido y una nube de nieve. Otras mujeres devaki estaban esperando fuera. Levantaron a Muliya. Destruyeron a patadas el resto de la choza. La demolieron, aplastaron los bloques de hielo bajo sus pies, y rodearon la cama de Katharine. Irisha, Liluye y seis más sujetaron a mi madre y Justine.

—La madre de la bruja siempre protege a la hija —dijo Anala—. Es un día triste, pero Muliya tiene razón. Debemos ver qué hay bajo la cama. —Se agachó y, como un perro excavando en busca de un hueso, empezó a remover la nieve con su rascador. Montoncitos de nieve volaron tras ella, cubriendo las botas de piel de las otras mujeres, que estiraban el cuello, ansiosas de ver lo que podría encontrar. Se produjo un oscuro «chink», como de piedra contra obsidiana—. Aquí está —dijo Anala, y sacó una esfera krydda cubierta de nieve.

—¿Qué es eso? —preguntó Sanya—. ¡Es tan hermoso!

—Parece una concha, pero nunca he visto una concha tan hermosa ni tan redonda —dijo Muliya, después de que Anala limpiara los gránulos de nieve húmeda. Se volvió hacia mi madre—. ¿Hay muchas conchas como ésta en las playas de las Islas del Sur?

Mi madre se debatió para soltarse de Marya, Lusa y Liluye.

—Hay muchas conchas así —mintió.

Anala consiguió abrir una de las esferas. La volcó, dejando que su contenido blanquiazul cayera en su mano abierta. Se llevó el pegajoso amasijo a la nariz y olisqueó.

—Semilla de hombre —anunció, y todas las mujeres pusieron mala cara.

Muliya hundió los dedos en la palma extendida de Anala. Se lamió los labios y se

atragantó.

—Semilla de hombre..., pero está endulzada con un jugo que nunca había probado antes. Brujería, y aquí está: Katharine mezcla la semilla de Mallory con el jugo de extrañas plantas para embrujarle.

Lo que habían descubierto era serio. Sanya se acercó a Muliya.

—Siempre me ha gustado Katharine —dijo—. Siempre sonrío, incluso cuando las cosas son malas. ¿Es tan terrible haber embrujado a Mallory? ¡Qué salvaje es! Si alguna vez un hombre necesita ser domado, seguro que es él. —Y entonces formuló la pregunta que estaba en las lenguas de todas las demás mujeres—: ¿Debemos enviarla a los hielos del mar?

—Deberíamos cortarle los dedos —dijo Muliya—. Así no podría hacer más brujerías.

Justine se quedó muy quieta, preguntándose cómo podía librarse de Liluye y las demás. Tenía miedo por Katharine, pero conservaba la mente lo bastante despejada como para advertir que sería mejor para su hija perder los dedos que la vida. Como me dijo más tarde, siempre se puede hacer que los dedos vuelvan a crecer.

Mientras las mujeres discutían sobre el destino de Katharine, Muliya siguió excavando bajo la cama.

—¡Mirad esto! —exclamó, al descubrir otras dos esferas krydda más—. ¡Y esto! ¡Y mirad, cuatro más, y aquí, más conchas de éstas!

De repente, todas las mujeres guardaron silencio. Abrieron una a una las esferas krydda, descubriendo lo que había dentro de ellas.

—Mirad, un rizo de pelo —dijo Irisha—. ¿Quién tiene el pelo tan amarillo? ¿Liam? ¿Seif?

Muliya vació una esfera tras otra.

—¡Más semilla de hombre! —exclamó—. ¡Y, en ésta, semilla que huele a raíz de maraña! —Algunas mujeres se rieron, porque era bien sabido que la amarga raíz de maraña hace que la semilla de un hombre apeste—. Y, en esta concha, la semilla es fina y acuosa como la de un niño. ¡Tantas! ¡No sabía que se hubiera acostado con tantos!

Por fin, vació las esferas que contenían los recortes de uñas y el dedo amputado de Jinje. Las mujeres gimieron y se miraron unas a otras; se tocaron la cara para animarse, y Anala se enderezó y señaló el dedo gangrenado de Jinje caído en la nieve aplastada.

—Esto es muy malo, muy, muy malo. Nunca había visto nada tan malo.

Hablaron durante un rato, y concordaron en que el pie de Jinje se había gangrenado por la brujería de Katharine.

—Pero ¿por qué querría Katharine maldecir a Jinje? —quiso saber Sanya—. Embrujar a Mallory es comprensible, pero mutilar a Jinje es maligno.

Las mujeres estuvieron de acuerdo en que Katharine era una bruja de la peor especie, una *satinka* maligna que causaba daño a los inocentes sólo por deporte y placer. Y, cuando Sanya se preguntó cómo una *satinka* podía parecer tan simpática y amable, Anala dijo:

—Ése es su arte. —Entonces se volvió hacia Muliya—. Katharine es una *satinka*, y por eso este año ha sido tan malo y hambriento. Debemos condenarla por ser una *satinka*, o de lo contrario los devaki no tendrán más halla. Y por eso debemos preparar la cama de la *satinka*.

Durante un momento Justine se sintió confusa. No podía suponer por qué Anala querría preparar la cama de Katharine. Entonces miró a mi madre, que casi estaba llorando porque conocía demasiado bien las costumbres devaki. De repente, Justine sintió mucho miedo. De hecho, estaba aterrada. Empezó a gritarle a Anala. Se lo contó todo, le dijo que habíamos venido de la Ciudad para descubrir el secreto de la vida, Pero ninguna la creyó. Para muchos devaki, la Ciudad era sólo un mito. E incluso para los pocos que pudieran estar dispuestos a admitir que había gente extraña de cara débil viviendo en la Ciudad Irreal, la habilidad escultora de Mehtar los había engañado demasiado bien. Como indicó Muliya:

—Mirad a Katharine y Justine. ¿No son devaki como nosotras somos devaki?

—No debes inventar cuentos para salvar a tu hija —le dijo Anala a Justine—. Nadie puede reprochar a una madre que ame a su hija, pero ni siquiera una madre puede permitir que una *satinka* viva.

Tras decir esto, ella y las otras agarraron a Justine, mi madre y Katharine, y empezaron a arrastrarlas hacia el fondo de la cueva. Allí, donde el suelo se alzaba para reunirse con el oscuro techo, el aire apestaba a aceite y humo, y hacía demasiado calor. Las piedras de la hoguera (debía haber veinte o más) estaban llenas de grasa de foca y ardían brillantes. Las paredes rebullían llenas de sombras, y dedos amarillos de luz envolvían las negras estalactitas que colgaban del suelo al techo. En el mismo fondo de la cueva, las mujeres habían hecho un lecho de nieve apretada. Ataron a Katharine a esta fría cama como si fuera un perro. La abrieron de brazos y de piernas, y la ataron a cuatro estacas con cuerdas de cuero.

—La madre de la *satinka* debe ser testigo de la ceremonia —le dijo Anala a Justine.

—¡No! —gritó Justine. Se soltó un brazo y golpeó a Liluye en la cara—. ¡Moirá! —Llamó a mi madre—. ¡Moirá!

Pero Marya y otras dos mujeres sujetaban con fuerza a mi madre, inmovilizándola como un animal en una trampa.

—Una bruja —dijo Anala— no puede hacer su trabajo sin sus dedos. —Se agachó y agarró la muñeca de Katharine—. Sacrificaremos los dedos primero.

Durante todo este tiempo, Katharine permaneció preternaturalmente tranquila.

Sus ojos estaban completamente abiertos; parecía estar mirando los dibujos y espirales del techo de roca. Pero Justine no creía que estuviera mirando al techo. Estaba contemplando su vida, revisando estos últimos momentos que quizás había visto tantas veces antes. ¿Cómo es posible que pudiera haber aceptado su destino de una forma tan voluntaria? ¿Había visto realmente su propia muerte? ¿O había visto tan sólo posibilidades, variaciones sobre el tema fatal en donde Anala decidía respetarle la vida, o donde era salvada por la suerte o la casualidad? ¿Qué infierno debe ser prever el modo y momento de la propia muerte! Otros pueden engañarse haciéndose creer que son inmortales. O, al menos, durante cada instante de sus vidas, pueden esperar la dulzura de los instantes por venir. Nunca *saben*; nunca ven. Pero un *scryta* sabe y ve demasiado. Todo lo que tiene ante el infinito es su entrenamiento y su valor. Katharine tenía valor, mucho valor, pero al final le falló (¿o fue su visión la que le falló?). Miró a Anala como si la viera por primera vez. Se debatió contra las correas. Empezó a gritar.

—¡No, no, no puedo ver..., por favor!

Anala empezó a cortar los dedos de Katharine con su rascador de cuero. Katharine se debatió, gritó y apretó el puño con fuerza.

—Este pedernal es demasiado blando —le dijo Anala a Muliya—. Tráeme el cuchillo de las focas, por favor.

Cuando, Muliya regresó con el afilado cuchillo, Anala le dio las gracias amablemente y empezó a cortar los dedos de Katharine. En un tiempo sorprendentemente corto (pues los *devaki* son rápidos y precisos en cortar carne), cercenó los dedos de una mano y se puso a trabajar en la otra.

Cuando acabó, se levantó y miró el cuerpo inmóvil de Katharine.

—Se ha desmayado por el dolor —dijo—. ¿Quién puede reprochárselo? —Miró a Justine—. Es sabido que una *satinka* no puede marcharse al otro lado con una criatura en sus entrañas, pues entonces también la criatura nacería *satinka*. —Se dirigió hacia Sanya y Muliya—. Cogemos al niño mientras ella duerme.

Tras decir esto, cortó las pieles de Katharine y le abrió el vientre. Cuando el feto fue arrancado de la bolsa y cortaron su cordón umbilical, Katharine abrió súbitamente los ojos. Anala le tendió el sangrante feto a Sanya.

—Encárgate de esto —dijo, y la otra mujer hizo lo que le decía.

—¡No! —gritó Katharine, y empezó a llamar a su madre. Cambió a la lengua de la Ciudad, pidiendo a Justine que salvara al bebé.

—¿Ves? —le dijo Anala a Justine, que se había dislocado un hombro en su pugna con las otras mujeres—. Habla en la lengua *satinka*..., su brujería está demostrada.

—¡No es una bruja! —gritó Justine—. ¡Es una *scryta*!

—Extrañas palabras —dijo Anala—. La madre de la *satinka* ha sido tocada también con extrañas palabras. Y por eso debemos arrancar la lengua de la *satinka*. —

Cogió su cuchillo—. Pero primero debemos quitarle los ojos para que la satinka no pueda vernos desde el otro lado y echar sus maldiciones.

Con la misma rapidez con la que habría abierto una cáscara de nuez, metió la punta del cuchillo en el ojo de Katharine y retorció la mano con un movimiento envolvente. El ojo salió limpiamente, y se lo dio a Muliya. De algún modo, Katharine mantuvo su silencio, incluso cuando Anala le sacó también el otro ojo. Fue sólo cuando Anala pidió a Muliya y Liluye que le sujetaran la mandíbula cuando cobró vida y gritó, inexplicablemente:

—¡Mallory, no lo mates!

Todo esto me lo contó Justine más tarde, después de que sucediera. Pero fui capaz de verificar al menos una parte de la historia con mis propios ojos. Fue mi suerte (y la de Bardo) matar al primer shagshay a primeras horas de ese día. Fue mi destino ser el primero en regresar a la cueva. No creo que nadie, excepto Katharine, esperara que regresáramos tan pronto. Pero nuestros trineos estaban cargados de carne, así que dirigimos a los perros hacia la cueva mientras Anala llevaba a cabo dentro su carnicería. Recuerdo esto claramente: hacía tanto frío que la masa de humeante carne roja de shagshay se había congelado durante el camino. Era frío profundo; el cielo mismo parecía congelado como un gran océano azul. Y, como el agua, el aire transportaba los sonidos, amplificando el susurro del viento hasta convertirlo en un chillido. Oí sonidos en la cueva. En la distancia, pensé que eran solamente los ladridos de los cachorros llamando a sus madres. Nos acercamos más, y advertí que los gritos pertenecían a un ser humano. El pánico se apoderó de mí. Sentí un súbito, terrible presentimiento. Agarré mi ensangrentada lanza y corrí hacia la cueva.

Varias mujeres (no recuerdo sus rostros) trataron de impedirme que llegara al fondo. Las aparté del camino (una de ellas, tal vez la amable Mentina, me arañó la mejilla con su rascador de cuero. Todavía tengo la cicatriz). Bardo jadeaba y resoplaba tras de mí. Juntos nos abrimos paso a través de las mujeres, para encontrar a Anala intentando abrir la boca de Katharine. Había sangre en sus labios. Había sangre por todas partes, sangre manando del vientre abierto de Katharine y de sus nudillos cercenados, sangre abriendo agujeros ardientes en el lecho de nieve que la rodeaba, charcos de sangre que llenaban los agujeros donde habían estado sus ojos. Mi madre empezó a contar entre jadeos toda la increíble historia. Quité a golpes a Anala de encima de Katharine, y a Muliya y Liluye también. Bardo liberó a Justine, amenazando a las mujeres con su lanza. Gruñó y amenazó y empujó; apuntó con su lanza a las mujeres. La mayoría de ellas había cogido cuchillos, rascadores u otras herramientas y nos miraban. Nadie parecía saber qué hacer.

Me agaché para escuchar las palabras que Katharine trataba de decir. Pero no pude oír nada porque la voz de Bardo resonaba:

—Espero que no nos ataquen —dijo—, porque no creo que pudiera matarlas.

—¡Cállate! —dije. Y entonces, tan bajo que sólo Katharine pudo oírme, susurré —: Ni yo. Apenas podría matar a una maldita foca.

Los labios de Katharine se movían.

—Oh, pero podrías —murmuró—. Es tan fácil..., pero no debes matarlo, ¿ves?

—¿Qué dices? —Su cara estaba angustiada; traté de no mirar las rojas lagunas de sus cuencas.

—Tú eliges —susurró—. Siempre hay posibilidad... —Estaba sumida en su universo de scryta, libre del tiempo por acción del cuchillo cegador de Anala. Tal vez veía las cosas claras por primera vez.

—No te comprendo.

—Lo has matado, pero no debes matarlo, porque es tu... ¡Oh, Mallory, deja de ser tan loco!

—Katharine, no puedo...

—Al final escogemos nuestros futuros, ¿no ves?

—No, no...

—Sí —dijo ella. Y entonces el tiempo desapareció, y fue de nuevo una muchacha joven repitiendo sus votos finales de scryta—: Da; sé compasivo; contente porque... —y aquí las palabras se ahogaron, como si alguien le hubiera dejado caer una piedra sobre el vientre—, porque nunca morirás.

Jadeó durante un rato, y entonces sus labios dejaron de moverse, y su pecho y sus piernas y los latidos de la sangre..., todo en ella quedó en silencio e inmóvil. Se quedó mirando el cielo a través del negro techo de piedra, ciega en la eternidad, como esperan estarlo todos los scrytas.

Ése fue el principio de la pesadilla. Me levanté. Había sangre en mis labios y en mis ojos. Cogí de la nieve ensangrentada el cuchillo de Anala. Hubiera debido dirigir mis pensamientos hacia el cuerpo de Katharine..., de haberlo hecho así, mi vida, y la suya, podrían haber sido muy distintas. Pero no pensé en ella; no pensé en absoluto porque estaba tan lleno de furia como cualquier bestia. Corrí hacia las chozas Manwelina, buscando a Anala. Se me había ocurrido una locura: si la agarraba por la nuca y la sacudía como un talo sacude a una musaraña, podría hacerla unir las piezas del cuerpo de Katharine. La encontré saliendo de la choza de Yuri. Agarraba su lanza de cazar mamuts, y decidí que no serviría de nada sacudirla. Después de todo, no era una talladora; nada, pensé, podría devolverme a Katharine o redimirla de la muerte. No, no sacudiría a Anala; le sacaría los ojos para que pudiera ver el mal de lo que había hecho.

Sucedieron cosas confusas. Alguien me cortó la oreja con su cuchillo. Anala me embistió con la lanza de su marido, que desvié con el antebrazo. Alguien me clavó el cuchillo en el brazo. Justine hundió su codo en la cara de Muliya, mientras Bardo rugía como un oso. Una mujer tropezó y cayó contra la choza de Anala. La nieve

crujió. A la luz de las chispeantes hogueras, partículas de nieve poblaron el aire. Anala estaba aterrorizada: pude ver el miedo en su cara ancha y amarilla. Y entonces dejé caer mi brazo y solté el cuchillo a la nieve. No podía clavarlo en los ojos de Anala, como no podría hacerlo en el ojo de una foca. Estaba a punto de volverme hacia Katharine cuando Bardo gritó:

—¡Cuidado con Liam!

Recordé que el trineo de Liam nos seguía de cerca. Cuando me volví, él corría hacia mí. Su forma era oscura y sin rasgos contra el brillante círculo de la boca de la cueva. Blandía su cuchillo de matar focas. Debí pensar que yo iba a matar a su madre..., ahora me doy cuenta. Obviamente, no me había visto soltar el cuchillo. Empujó el cuchillo hacia mi vientre, y yo le agarré el brazo. Nos dimos patadas en las piernas, y de repente caímos al suelo y rodamos por la nieve. Él trató de apuñalarme en la garganta, pero yo alcé un brazo y el cuchillo me atravesó el antebrazo. El dolor me enfureció. Estaba lleno de ira y de dolor, así que empleé el otro brazo en una presa que el Guardián del Tiempo me había enseñado. Le agarré por la garganta.

—¡Seductor de hermanas! —me gritó Liam al oído.

Fue un momento. Su vida latió contra las yemas de mis dedos. Fue un momento de fuerza aplastante, un momento de elección. Tal vez debería de haberlo soltado; tal vez podríamos habernos marchado en paz del territorio devala. Pero yo estaba lleno de furia, y apreté, y le aplasté la garganta hasta que la cara se le puso roja de sangre y los ojos se le salieron de las órbitas. Lo maté. La verdad es que fue fácil, más fácil que matar a un shagshay o una foca.

—¡Por Dios, está muerto! —aulló Bardo mientras me ayudaba a incorporarme—. Deprisa, tenemos que marcharnos antes de que llegue Yuri.

—No —murmuré—, está Katharine..., su cuerpo. Tenemos que llevarla a casa.

—Es demasiado tarde, Pequeño Amigo.

—No, nunca es demasiado tarde.

—¡No! —gritó Anala. Estaba arrodillada junto a Liam, palpándole la garganta, sollozando.

—Oh, lástima. ¡Por Dios, es una lástima, pero tenemos que apresurarnos!

Fuimos a buscar el cadáver de Katharine, pero había desaparecido. Las mujeres debían de haberlo arrastrado fuera de la cueva. Tendría que haberlo buscado; tendría que haber agarrado a Anala por los pelos y obligarla a decirme dónde estaba, pero mi madre se me acercó.

—Bardo tiene razón —dijo—. O nos marchamos ahora, o no nos marcharemos nunca.

No estoy seguro de cómo conseguimos abrirnos camino hasta nuestra destruida choza. Recuerdo haberme arrastrado a cuatro patas como un loco, recogiendo las esferas krydda sin abrir mientras mi madre y Justine empaquetaban nuestras pieles de

dormir y otras cosas. De algún modo, conseguimos meterlo todo en nuestros trineos. Creo que las mujeres devaki podrían habernos detenido si hubieran querido. Pero estaban aturdidas, y creo que ni siquiera querían mirarnos. Mientras bajábamos por la colina sonó un alarido en la cueva, el alarido de una madre rezando por el espíritu de un hijo que se había marchado demasiado pronto. Era el sonido más lastimero del universo. Tan penetrante era, tan insistente y aturdidor, que nuestros perros alzaron la cabeza y aullaron y gimieron. Huimos hacia las frías montañas, y los perros no dejaron de gemir durante muchos kilómetros.

CAPÍTULO 16

La muerte de un Piloto

Si amo el mar y a todo lo que con el mar tiene que ver, y más lo amo cuando furiosamente me contradice; si ese placer en buscar que impulsa las velas hacia lo desconocido está dentro de mí; si el deleite de un farero está en mi deleite; si alguna vez mi júbilo gritó: «¡La costa ha desaparecido, ahora la última cadena ha caído; el infinito ruge a mi alrededor, distantes brillan el espacio y el tiempo, alégrate, viejo corazón!». Oh, ¿cómo no podría ansiar la eternidad y el anillo nupcial de anillos, el anillo de la repetición?

Nunca he encontrado a la mujer de quien quisiera hijos, a menos que sea esta mujer que amo: pues te amo, oh, eternidad.

¡Pues te amo, oh, eternidad!

—Quinta meditación de muerte de los guerreros poetas.

En algún lugar a lo largo del arroyo bajo la cueva, nos detuvimos para soltar carne de shagshay de los trineos, a fin de aliviar nuestra carga. Llevé a mi madre al bosque, a través de los árboles yu que chispeaban con la nieve. Hice que me lo contara todo. Al principio me mintió, diciendo que no tenía idea de por qué las devaki habían pensado que Katharine era una bruja. Pero luego se enojó y dijo:

—¿Acaso no era Katharine una bruja? ¿Qué es una scryta, sino una bruja? ¿Por qué otra razón se acostaría mi hijo con una scryta? ¿Por qué habrías de ser tan descuidado? Copular como una bestia y divertirse..., ¿cómo te sientes? ¡Hombres! Vosotros os divertís, y luego nosotras debemos tener los niños. Pero Katharine quería a la criatura, ¿no? Tu hijo. Sí, lo sé, el niño era tuyo. Tu semilla. Oí a Katharine decírtelo. Tu prima y..., y la hija de Soli, Katharine. Ella lo sabía. Era una scryta y vio la verdad. ¡Voluntariamente, te tomó voluntariamente! ¡Esa bruja! Y por eso fui y la llamé bruja. ¿Puedes reprochármelo? Debería de haber abortado. Cuando tuvo la oportunidad.

Estuve a punto de golpearla por segunda vez en mi vida. Yo sudaba y tenía calor a pesar del amargo frío. Apenas podía mirarla.

—Entonces, la has matado —dije.

—¿Quién la ha matado? ¿Fui yo quien quiso esta expedición? ¿Fui yo quien se acostó con ella? ¿Acaso fue mi semilla? Las cosas que dices..., mi hijo puede ser cruel cuando olvida pensar antes de hablar.

Atravesamos en silencio la nieve de vuelta a los trineos. Sentí entumecidos los dedos de mi brazo herido cuando agarré las barras. Seguimos el arroyo a través de las colinas. Nos dirigimos hacia el este, alejándonos de Kweitkel, donde los muchos

arroyuelos y riachuelos de la montaña fluían para convertir nuestro arroyo en un pequeño río. Alzándose sobre un recodo del río había una colina pelada que los devaki llaman Pústula (la colina es visible desde la cueva, pero a causa de su peculiar desnudez, cuando la luz es pobre o difusa, parece una depresión en vez de una prominencia. De ahí su feo nombre). El río atravesaba los bosques bajo Pústula, un brillante camino blanco y helado abriéndose paso entre los árboles. Junto a la orilla izquierda del río encontramos a Soli alanceando peces a través de un agujero en el hielo. Cuando doblamos el recodo, los perros empezaron a ladrarnos. Soli se enderezó súbitamente y nos miró. Tenía ojos agudos; dejó caer su lanza, cogió del trineo la lanza que empleaba para cazar shagshay y corrió para reunirse con nosotros.

—¿Dónde está Katharine? —gritó. Corrió por la orilla del río de un trineo a otro. Golpeó la orilla con la base de su lanza—. ¿Qué ha pasado? ¿Dónde está Katharine?

Justine se le acercó y empezó a susurrarle furiosamente al oído. Su rostro se endureció, dejó de respirar. Entonces Justine le contó entre sollozos la historia de la muerte de Katharine. No le contó toda la verdad. No quería que supiera que mi madre había llamado bruja a Katharine, y por eso le dijo que Anala había espiado a Katharine y la había sorprendido con sus muestras.

—Nuestra hija está muerta —gimió—. ¡Oh, Leopold, está muerta!

—¿Por qué querría Anala espiar a Katharine? —preguntó él.

Mi madre apoyó la mentira.

—A Anala nunca le gustó Katharine —dijo—. Eramos amigas, y lo sé. No le gustaba que Yuri hablara y dijera que Liam debería casarse con Katharine. Hace unos pocos días la oí mencionar que tal vez Katharine había embrujado a Liam. Le dije que eso era una tontería. Pensé que me creyó.

Me senté en el lecho de mi trineo escuchando esta mentira. Me había quitado las pieles para que Bardo pudiera vendar mis heridas, que sangraban profunda y dolorosamente. ¡Cómo odiaba las mentiras y a los mentirosos! ¿Hay algo más infeccioso y ruinoso que la desinformación, las palabras retorcidas de la falsedad? Miré a Bardo, pero él parecía más preocupado por mis heridas que por la profundidad y el veneno de las mentiras de mi madre. Envolvió las gasas de mi brazo con pieles de newl. Hizo un nudo y tensó las pieles. Yo sentía frío y entumecimiento, y temblaba como un cachorrillo desnudo. Quise desvelar la mentira de mi madre, pero temía que Soli pudiera matarla si lo hacía.

—¡Tonterías! —dijo Soli. Miró a mi madre—. ¿No era Katharine una scryta? ¿No debería de haber *visto* si Anala la espiaba? ¿Por qué iba a ser tan estúpida?

—¿Quién conoce los modos de una scryta? —dijo mi madre mientras se retorció las manos.

—¿Por qué? ¿Por qué?

—Tal vez quería morir. Parecía saberlo todo sobre su muerte.

Soli agachó la cabeza y exhaló una nube de vapor.

—¿Por qué se hizo *scryta*? —dijo, hablando a las rocas de la orilla del río—. Y, si vio su muerte, ¿por qué no la previno? ¿Por qué? No, no, nunca debí dejar que se convirtiera en *scryta*. —Dijo la palabra como si fuera la más repugnante que conociera. Miró al río mientras apretaba el asta de su lanza. Entonces nos preguntó por qué no habíamos rescatado el cadáver de Katharine—. Ha sido un descuido. Sí, muy descuido, ¿no, Piloto?

Yo jadeaba por el dolor de mi vendaje.

—No... hubo... tiempo —farfullé.

—Deberías de haberla salvado —acusó Soli.

—¿Salvado? Estaba muerta.

—Si hubieras rescatado el cadáver —me susurró Soli—, podríamos haberla congelado en el río y la habríamos llevado a los criólogos. Ellos podrían haberla curado. Pero dices que no hubo tiempo. ¿No lo hubo? Sí, sí hubo tiempo. Hubo una oportunidad..., ella hubiera podido ser salvada. Pero no pensaste en Katharine, tuviste que dejarte llevar por tu pequeño arrebató de furia, por tu venganza, tu estúpido asesinato..., y dices que no hubo tiempo.

La verdad es que no se me había ocurrido salvarla así. ¿Por qué no se me había ocurrido? ¿Qué le pasaba a mi forma de pensar? ¿Por qué Soli veía más rápidamente que yo las posibilidades, por qué era más rápido en aferrar la oportunidad? ¿Podría haber salvado a Katharine? Ni siquiera hoy lo sé.

—Era demasiado tarde —dije—. Hacía calor en el fondo de la cueva. Su cerebro habría permanecido muerto demasiado tiempo. ¿Querías que los criólogos te restauraran a una hija babeante?

—Era una muchacha tan hermosa —dijo él, mientras recorría la orilla del río—. Incluso cuando me babeaba encima, siendo un bebé, incluso cuando me escupía a la cara pasteles de arroz. Oh, hace tanto tiempo, demasiado..., era tan hermosa e *inocente*. —(Debo admitir que pronunció esta palabra como si fuera la más hermosa del universo)—. Tan inocente antes de convertirse en *scryta*.

Justine empezó a llorar, y entonces, increíblemente, Soli la rodeó con sus brazos y apoyó la cabeza contra su pelo negro y sollozó como un niño. Contemplé en silencio esta increíble escena. El gran Lord Piloto lloraba como un novicio, y me di la vuelta, me puse las pieles y me acerqué al río, donde el hielo era claro y azul. El viento me cortó hasta la piel. Yo estaba aturdido por el frío, pero la imagen de Katharine viva y entera era más helada que el viento. Me pregunté si podría haber sido salvada y resucitada como Shanidar había sido salvado una vez. Pero ¿salvada para qué? Ningún criólogo de la Ciudad, o del universo, tenía la habilidad para resucitar células cerebrales muertas y disociadas. Era imposible. Claramente, Katharine lo sabía. De algún modo, había creído en lo justo de su muerte. Al contrario que Shanidar (¡y

cómo quise creer esto!), había muerto en el momento adecuado.

Cuando regresé a los trineos, Soli y Justine estaban apoyados contra el tronco gris de un árbol yu, abrazados. Su pena había contagiado a Bardo, que lloraba también. Grandes lágrimas rodaban por sus mejillas hasta su barba, que estaba congelada con gotitas de hielo. Me miró con ojos húmedos y enrojecidos; me di cuenta que estaba furioso conmigo.

—¡Katharine está muerta! —gritó—. ¡Y mírate! ¡Con los ojos tan secos como un pájaro muerto! ¿Qué te pasa? ¿Qué clase de hombre eres? ¡Ella está muerta, y tú ni siquiera puedes llorar como un hombre!

¿Cómo podía decirle la verdad? Yo amaba a Katharine, y ahora una parte de mí estaba muerta; llorar por ella sería llorar por mí, lo cual habría sido una cobardía, una vergüenza.

Soli y Justine se separaron y se dirigieron hacia mí. La piel de sus mejillas estaba encendida, pero sus ojos estaban tan claros, secos y sobrios como deben estar los ojos de un piloto.

—¿Y qué hay del niño? —me preguntó—. ¿Qué le sucedió a mi *nieto*?

Sentía tanto frío que no comprendí inmediatamente su pregunta.

—¿Murió cuando lo arrancaron de Katharine? ¿Lo mataron?

—Naturalmente que está muerto —dije yo—. No, es más que eso..., nunca vivió realmente. ¿Cómo podría vivir, nacido más de treinta días demasiado pronto? Y no *nacido*. ¡La abrieron como a una foca, Soli, como a una maldita foca!

—¿Estás seguro?

Yo no estaba seguro de nada excepto de mi necesidad de encender una hoguera y mirar a las llamas, para escapar al frío hielo de los ojos de Soli.

—Está muerto —repetí—. Tiene que estar muerto.

Hablamos durante un rato; todos menos Soli estuvieron de acuerdo en que el niño no podía haber sobrevivido. Bardo siguió mirando el bosque, obviamente temeroso de que los devaki nos siguieran tras descubrir el cadáver de Liam. Todos lo temíamos.

—Tenemos que darnos prisa —dijo Bardo—. Ah, hay tan poco tiempo, y hay tanto que recorrer.

La luz se desvanecía rápidamente entre las montañas; las sombras se estiraban largas, grises y delgadas a través de la blanca nieve. Como el mar antes de una tormenta en el falso invierno, los árboles eran verde oscuro y se agitaban al viento. El cielo se ensombrecía, cargado de púrpura y azul oscuro. Esperábamos que los devaki no nos persiguieran. Tal vez no lo harían. Decidimos seguir el río hasta el mar. Allí, tras internarnos en el mar helado en la costa este de la isla, doblaríamos hacia el sur, rodeando la isla hasta que llegáramos a nuestro punto de encuentro. Entonces esperaríamos los cinco días hasta que la nave nos llevara de regreso a la Ciudad.

Comenzamos nuestra retirada a través de los bosques. Bardo y yo íbamos en el trineo guía, seguidos por mi madre. Soli y Justine, que parecían necesitar intimidad, se turnaban en la dirección del último trineo. Cayó la noche, e hizo mucho frío. Los perros tiraban de sus arneses, jadeando en el duro aire, y atravesamos el camino iluminado de estrellas. Fue un viaje extraño, aquel trayecto nocturno a través del bosque de pesadilla. Excepto por los latigazos y los gemidos de los perros y los ocasionales trinos de un somorgujo de las nieves (y el rugido eterno del río), las montañas permanecían silenciosas y desiertas. El aire que fluía del valle traía el aroma a madera, pino y otros olores que no pude reconocer. Durante la mitad de la noche, la luz de las estrellas era tan débil que sólo iluminaba la blanca capa de nieve y las gotas heladas que colgaban de los árboles; éstos estaban sumidos en la oscuridad y eran casi invisibles. Por delante y por detrás nuestro, los perros y los trineos sobresalían del sendero como perlas grises en un collar de plata. A través del bosque, el sendero se retorció y giraba y parecía temblar, y flotábamos sobre la sedosa nieve guiados por el deslizarse sin fricción de los patines y por nuestras sensaciones privadas de miedo y fatalidad. El bosque giraba bajo la noche estrellada, y el paisaje empezó a brillar. En el horizonte oriental apareció Pelablinka, una gran lla de luz ardiendo sobre los cónicos árboles yu. Aunque hace tiempo que la supernova había estallado, su radiación aún era intensa. Casi pude distinguir el rojo de la fruta yu y sus agujas verdiazules. Contemplé Pelablinka, la más reciente de las estrellas en explosión del Vild, y me pregunté cuánto tiempo pasaría antes de que el cielo se llenara tanto de Pelablinkas que ya nunca volviera a ser de noche. ¿Cuánto antes de que la luz, el gamma y el alfa de las supernovas, bañara los Mundos Civilizados en un brillo de muerte? ¿Cuánto antes de que los seres humanos tuvieran que abandonar sus planetas y huir de la luz, escapar a través de la negra tristeza del espacio hacia los brazos más lejanos de la galaxia? ¿Cuánto antes de que las estrellas y los sueños de los seres humanos y un trillón de otros seres vivos murieran todos? ¿Cuánto antes de que yo muriera? *Nunca*, me había dicho Katharine, *nunca morirás*. Pero Katharine estaba muerta, y yo moría por dentro, moría lentamente mientras huía a través de los brillantes árboles del bosque. En el lecho de mi trineo, a salvo bajo las pieles, estaban las esferas krydda que habíamos podido salvar, llenas de vida, posiblemente llenas de los secretos de la vida. Pero Katharine estaba muerta, y la luz de Pelablinka me lastimaba los ojos, y las esferas krydda no significaban nada para mí, nada en absoluto.

De este modo, con cada uno de nosotros solo y silencioso con nuestros pensamientos separados, seguimos el río hasta el lugar donde se ensanchaba y se enderezaba a unos pocos kilómetros del mar. Entramos en un matorral de abetos de Yarkona. Lo recuerdo bien. A cada lado del sendero, los árboles eran densos y estaban muy juntos, dos muros de agujas grises que casi se nos clavaban en las pieles

mientras guiábamos los trineos. El poco viento que hacía nos soplaba en la espalda, urgiéndonos a continuar. El brillante nimbo de Pelablínka estaba alto en el cielo; todo el bosque parecía hecho de acero plateado. Cuando nos acercábamos al borde del matorral, el viento murió del todo, y el silencio se hizo tan grande que pude distinguir los jadeos individuales de los perros. Tusa olisqueaba el aire, alzando las patas, chapoteando a través de la nieve en polvo. De repente, el viento cambió; sopló en nuestras caras desde el este, desde el borde del matorral donde los árboles nos esperaban como rectos y silenciosos dioses negros. Tusa alzó la cabeza y ladró. De inmediato Rufo y el resto de los perros dejó escapar un coro de aullidos y ladridos. Se produjo un destello difuso de negro contra gris. Una lanza (era lo suficientemente gruesa como para ser una lanza de cazar mamuts) brotó del bosque y atravesó el costado de Sanuye. Tan poderoso fue su empuje que clavó al perro en la nieve. Al instante se produjo una confusión de arneses enmarañados y furiosos perros aullando. Más lanzas volaron desde el matorral. Uno de los perros de mi madre fue alcanzado, y lanzó un alarido como una vieja.

—*¡Ni luria-mu!* —gritaron entre los matorrales delante de nosotros, y allí, escabullándose de árbol en árbol como lobos, aparecieron hombres con esquíes que nos cortaron el paso. Sus pieles ondulaban a la luz de las estrellas, y todos llevaban lanzas en la mano. Los hombres devaki, Yuri, Wicent, Haidar y Wemilo, y sus casi-hermanos, Arani, Jaywe, Yukio y Santayana, permanecían hombro con hombro y lanza con lanza. Seif, que temblaba como un loco, se adelantó.

—*Li luria, Mallory-mi* —dijo—. ¡Has matado a mi hermano y vengo a matarte, bienvenido!

Algunos nos arrojaron sus lanzas. Bardo, que se *encontraba* a mi lado, dejó escapar una maldición. Hizo una pirueta como un bailarín sobre hielo para evitar un socavón insospechado.

—¡Vigila tu costado, Pequeño Amigo! —gritó, y trató de agarrar una lanza en el aire. Se colocó ante mí. Nunca sabré si lo hizo por accidente o por casualidad. Manoteó al aire como un oso pescando en un arroyo, pero estaba oscuro y nunca había sido bueno cogiendo cosas al vuelo, ni siquiera de niño, y falló. La lanza se clavó en él. De inmediato se desplomó sobre mí.

—¡Por... Dios! —gimió. La fuerza de su golpe me arrancó del trineo y me derribó sobre la nieve. Bardo se quedó de pie frente a los devaki, con una roja lanza de yu asomando de su pecho. Tosí y me quité la nieve de los ojos, y vi que la punta de la lanza partía sus pieles exactamente en el centro de su espalda. La lanza le había atravesado, pero no estaba muerto, ni mucho menos. Tosía y maldecía, agitaba el puño ante Seif, se tambaleaba, pateaba la nieve como un shagshay macho herido. Y entonces llegó la sangre, y el dolor, y Bardo gritó y se retorció en agonía, y se derrumbó junto a mí en la nieve.

—Pequeño Amigo —jadeó—, no me dejes morir.

En un momento tuve mi lanza en la mano, y Soli, incluso mi madre y Justine, todos sacamos nuestras lanzas de sus vainas. No había espacio para hacer girar los trineos, ni tiempo, así que nos arrodillamos tras el lecho de mi trineo, junto a Bardo, mientras observábamos cómo Yuri se deslizaba junto a Seif y ponía la mano sobre la lanza de su hijo.

—¡*Ti Mallory!* —me llamó—. Es una mala noche, ¿por qué dejaste que Bardo cogiera tu lanza por ti?

Seif liberó la lanza de la mano de su padre.

—¡Bienvenido, Mallory! —gritó—. ¡Has matado a mi hermano, y yo he matado a tu primo aunque quería matarte a ti! ¡Bienvenido, bienvenido! —Alzó la lanza—. ¡Y ahora te mataré a ti!

—No —dijo Yuri—. Bardo ha muerto, y ahora Liam tendrá un amigo con quien cazar al otro lado. —Algunos de los devaki, Haidar y Wemilo, lloraban; siempre habían apreciado a Bardo, y éste a ellos.

—Lo mataré ahora —dijo Seif. Su rostro se crispó en una mueca mientras su brazo temblaba.

—No —dijo Yuri—, estoy cansado de matar.

—Mató a mi hermano.

—Y tú has matado a su primo.

—¡Mi hermano!

—Aun así, no debes matarlo.

—Tengo que matarlo ahora.

—*No.*

—Por favor.

—No, todos seríamos responsables si lo mataras.

Me incliné sobre Bardo mientras escuchaba a los hombres que habían matado a mi supuesto primo, mi hermano en espíritu, mi amigo. Traté de hacer que su corazón volviera a latir, traté de insuflarle vida en sus labios. Pero mis frenéticos esfuerzos fueron en vano, porque en su corazón no quedaba sangre que bombear.

—¡Mallory! —me gritó Seif, y los labios de Bardo estaban fríos, y como yo me moría por dentro y seguía sin conocer nada de compasión ni contención, arranqué la lanza del pecho de Bardo, me puse en pie y se la arrojé a Seif. Pero fue un pobre tiro a ciegas, y él lo esquivó fácilmente—. Bardo era un hombre amable, y lamento haber matado a tu primo —gritó—. Pero tu alma es dura como el hielo, ¿y quién lo sentirá cuando te mate?

Mientras decía esto, tuve una repentina idea. Me agaché y agarré a Bardo por el cuello.

—¡Madre, ayúdame! —dije—. Al río, rápido, antes de que su cerebro... —

Empecé a arrastrarlo por la nieve—. Justine..., Soli, lo congelaremos y lo llevaremos con nosotros. Los criólogos lo salvarán. Los criólogos. ¡Ayudadme, pesa mucho!

—¡Suéltalo! —siseó mi madre. Siempre era la estratega, siempre pensando, siempre planeando—. ¡Agáchate! Si nos ponemos al descubierto, nos alcanzarán fácilmente.

Pero yo no pensaba entonces en las lanzas de los devaki. La verdad era que nos habían atrapado, y podrían habernos matado en cualquier momento. Tiré de Bardo; Justine y Soli debieron llegar a una conclusión similar, porque lo agarraron cada uno por un brazo y me ayudaron. Entonces mi madre tiró su lanza a la nieve, ladeó la cabeza y preguntó:

—¿Por qué es mi hijo tan loco?

Lo arrastramos a través del matorral y luego sobre los peñascos de hielo hasta la orilla del río, que rugía como sangre negra a través de un tubo de hielo. Lo arrastramos hasta el centro del río, donde el hielo era más delgado. El aire estaba lleno con nuestra respiración rápida y humeante; Justine y mi madre jadeaban y resoplaban, saltando como pajarillos. Soli se susurró a sí mismo (pensé que era una especie de disculpa) que era un estúpido por no haber previsto que los devaki nos alcanzarían con sus esquís. Corrió de regreso al trineo y regresó con las hachas, y todos nos pusimos a golpear y cortar el hielo tan rápida y furiosamente que trocitos brillantes volaron en cascada a nuestro alrededor. Sentimos crujidos y chasquidos, y luego el agua al correr cuando rompimos el hielo. Abrimos un agujero casi del tamaño del akliá de una foca. Agarrándolo cada uno por una parte del cuerpo, un brazo o una pierna o lo que tuviéramos a mano, lo bajamos al agujero y lo sumergimos en el agua helada. El agua (estaba bastante más que congelada), me lastimó las manos. El frío era tan agudo e intenso que me entumeció los dedos hasta el hueso. Apenas podía asir a Bardo por sus rizados pelos.

—¡Aguantad! —dije—. ¡Aguantad!

Lo sostuvimos cuanto pudimos, y luego tiramos de él y lo colocamos sobre el hielo. Hubo un sonido chapoteante y viscoso cuando el peso de su cuerpo aplastó el agua de sus pieles. Corrí a secarme las manos y volví a ponerme los guantes; de no haberlo hecho, mis dedos se habrían congelado de inmediato, igual que el cuerpo de Bardo estaba congelado ahora. En un momento sus pieles se pusieron rígidas, envolviéndolo en un brillante caparazón de hielo. Yacía de espaldas, con los ojos abiertos. Traté de cerrarlos, pero eran duros como el mármol. Vi que uno de sus brazos se había solidificado en una extraña postura; sus dedos estaban apretados como si blandiera el puño a las estrellas. Advertí que sus pieles se abultaban debajo de su vientre, como si un trozo de madera a la deriva se le hubiera metido en los pantalones para alojarse allí. Recordé que aún sufría de su priapismo nocturno, y me eché a reír. Fue un sonido brusco, que hizo que los demás me miraran. Debieron

pensar que estaba loco. Pero era mejor reír que llorar, y, ¿no era irónico que Bardo hubiera muerto como había vivido, no era gracioso? Yo no sabía si los criólogos de la Ciudad podrían devolverlo a la vida, pero, si no podían, al menos se iría a la tumba de forma adecuada.

Durante todo el tiempo los devaki nos observaron desde la orilla del río. Nuestros «ritos funerarios» debieron parecerles incomprensibles. Después de que liberáramos a Bardo del hielo (sus pieles se habían congelado rápidamente en la fría y resbaladiza superficie), lo llevamos de regreso a los trineos. Seif golpeó un árbol con su lanza.

—¿Veis? Es como he dicho: la brujería satinka ha tocado todo lo que hacen — exclamó—. Deberíamos matarlos a todos.

Bajo las lanzas devaki, colocamos a Bardo sobre el lecho del trineo gruía. Lo cubrí, y luego me volví para liberar a Sanuye de su arnés. Fue un mal momento, toda una serie de momentos malos e inseguros.

Yuri golpeó el asta de su lanza. Sus ojos se clavaron en el cuerpo de Bardo.

—No alancearemos a nadie —dijo. Miró a Seif y al velludo Wicent, que se encontraban junto a él—. Ningún hombre de los Manwelina alanceará a ningún hombre o mujer de los Senwelina. Liam descansa en paz, y no hay necesidad de matar a Mallory aunque haya matado a su propio doffel y haya dado tiernos hígados a un viejo que vivió mucho tiempo después de su tiempo. No alzarás tu lanza contra él aunque él haya alzado su lanza contra Liam, y haya hecho que los animales se marchen, y se haya acostado con su propia hermana, que era una satinka y por tanto tenía que morir. No alancearás a Mallory aunque haya matado a tu hermano. No somos cazadores de hombres; es malo serlo.

Silbamos a los perros, y los trineos avanzaron poco a poco mientras los devaki se apartaban para dejarnos pasar. Nos movimos muy despacio. El sendero cortaba una hondonada llena de piedras lisas y cristales de hielo grandes como cuchillos. Tuvimos que levantar parcialmente los trineos y cargarlos por toda la hondonada. Al hacerlo, pisamos los copos, que crujieron y restallaron y llenaron el aire con sonidos duros y quebradizos. Los devaki nos siguieron, susurrando entre sí; sus palabras estridentes atravesaron el bosque junto con el rumor de las agujas de pino y otros sonidos. Yo estaba tan lleno de pena que daba tumbos por las piedras resbaladizas, poco consciente de adónde iba. Como lamentaba lo que había sucedido, como mi garganta y mis ojos se congelaban de frío, como me estaba muriendo, tuve la súbita necesidad de explicarme a mí mismo, de pedir disculpas, de responder por mis crímenes. Les diría la verdad sobre mí mismo, la verdad sobre todos los hombres y mujeres: que dentro de cada uno de nosotros vive una bestia asesina sin control. Fue este deseo de hacer las cosas bien lo que me arruinó. Salí de la hondonada y me volví hacía Yuri y Seif.

—Liam era un asesino... —empecé a decir, pero fue todo lo que pude hacer.

Quería decirles que Liam era un asesino, como yo era un asesino y todos los hombres son asesinos porque la vida vive de vida, y que él me habría matado para poder vivir. Todos somos asesinos porque así está hecho el mundo. Pero todos somos hermanos también, y hermanas y padres y madres e hijos, y les habría dicho esto y otras cuantas cosas simples—. Liam era un asesino —dije, y Seif debió estar esperando algo así, porque alzó la mano por detrás de su cabeza y luego la descargó hacia delante. Una piedra negra corrió hacia mí. Si hubiera sido una lanza, podría haberla desviado. Al contrario de Bardo, mis manos siempre han sido rápidas para seguir los movimientos de mis ojos. Pero no era una lanza, porque Seif obedecía al pie de la letra la orden de su padre de que no me alanceara. Era una pesada piedra negra, casi invisible contra el velo negro del bosque, aunque mi mente hubiera estado alerta y despejada de otras imágenes oscuras, lo cual no era el caso. No vi la piedra. Me golpeó la sien..., he reconstruido este hecho a partir de la historia que Soli me contó más tarde. Todo está registrado; todo ha sido y será siempre registrado, eso dicen los scrytas. Se produjo un borrón ante mis ojos, como una nube negra descendiendo, y la piedra me golpeó la cabeza y empujó parte de mi cráneo contra mi cerebro. Hubo una luz intensa, un universo de estrellas en explosión. Y entonces me derrumbé contra la nieve como un animal, y todo quedó silencioso, oscuro y frío.

* * *

Lo que sigue es un resumen de nuestra retirada a través del mar hasta nuestro punto de encuentro y nuestro regreso a la Ciudad. Durante gran parte de este tiempo fui tenuemente consciente de las voces y las acciones de Soli y los demás que me rodeaban; sin embargo, con la misma frecuencia, estuve comatoso o entrando y saliendo de ese infernal estado de la consciencia en que todos los sonidos del mundo parecen a la vez demasiado fuertes, monótonos y confusos. Mucho de lo que voy a relatar lo recompuse bastante después. Pero fui consciente del hecho crucial (la revelación, en realidad), y todavía me quema en la memoria.

Cuando Yuri vio lo que había hecho su hijo, se quedó atónito y avergonzado. Cruzó la hondonada y apoyó la mano sobre el hombro de mi madre mientras ésta trataba de reanimarme. Echó un vistazo a mi cabeza y anunció:

—Mallory se marchará ahora, y no puedo hacer nada ya que es su hora de morir. —Inclinó la cabeza hacia Soli—. ¿Quieres enterrar a tu hijo junto a la tumba de Katharine? Es desafortunado lo que ha sucedido entre nosotros, y no quiero más mala suerte.

—No, no está muerto todavía —dijo Soli—. Nosotros mismos lo enterraremos cuando muera.

Mi madre y Justine me colocaron en el segundo trineo y me arrojaron con las

pieles.

—Es terrible perder a un hijo —dijo Yuri.

—Sí, *debe* ser terrible perder un hijo —replicó Soli, hablando con precisión—. Lo lamentamos por Liam.

—Y perder a una hija también, incluso a una satinka..., es terrible. Sangro por ti. —Tras decir esto, Yuri cogió su cuchillo y se dio un tajo en la mejilla, hasta la mandíbula. Y entonces, porque era realmente un hombre generoso de corazón que no podía soportar ninguna culpa permanente de nadie, dijo—: Debéis marcharos ahora, quizás a Urasalia o Kelkel, y es bueno que os vayáis. Pero, si necesitas visitar algún día la tumba de tu hija, serás bienvenido.

—¿Y mi nieto? —preguntó Soli—. ¿Vivió mi nieto? ¿Qué hay de la criatura?

Yuri se llevó la mano a la cara para detener la sangre.

—¿Y quién es el padre del niño sino Liam o uno de los casi-hermanos de Liam? ¿No es el niño hijo de uno de los hijos de Manwe? —Y alzó la mano ensangrentada para que Soli la viera, y su voz fluctuó de forma extraña. No creo que nunca llegara a sospechar que el niño era mío—. ¿No es el niño mi nieto también? Su sangre es mi sangre, y será enterrado cerca de la cueva de sus antepasados.

Después de esto, nos internamos en el mar. Construyeron una choza con bloques de hielo cortado. Durante el resto de la noche y parte de la mañana siguiente permanecí sumido en los delirios, mientras mi madre me cuidaba como lo había hecho cuando era niño y estaba enfermo con fiebre. Mi herida la ponía frenética.

—¿Para qué sirven los talladores —le preguntó a Justine más de una vez—, sino para quitar la presión sanguínea del cerebro?

Mientras pasaba el día y yo no mejoraba, se desesperó.

—¿Qué deberíamos hacer? El cráneo está roto. Estoy segura. ¡Oh, Justine, creo que se está muriendo! Pero ¿qué puedo hacer? ¿Quitar la presión del cerebro? Podría abrirle agujeros. En la cabeza, a través del cráneo, agujeros. O podría esperar. Pero es tan duro esperar.

Soli escuchaba mientras asaba peces sobre la hoguera. Se levantó y se agachó junto a mí, mientras contemplaba a mi madre envolverme la cabeza con piel de lobo. No vi la expresión de su cara (debía de estar furioso por la pérdida de Katharine), pero recuerdo el chisporroteo de la grasa, el olor grasiento del pescado, el sufrimiento de su voz cuando dijo:

—Sí, Katharine ha muerto, y pronto lo hará también Mallory. No hay nada que podamos hacer. Probablemente no sobrevivirá a la noche.

—El Lord Piloto abandona la esperanza demasiado fácilmente —dijo mi madre, mientras me daba agua de un pellejo.

—Pero no hay esperanza, ¿la hay?

—Siempre hay esperanza.

—No, no siempre —dijo Soli, y se cubrió los ojos con la mano—. Deberíamos dejar morir a tu hijo en paz. Abrirle agujeros en la cabeza sería una locura, ¿no?

—No dejaré morir a mi hijo.

—No puedes salvarle. —Y, entonces, las palabras burlonas—: Es su destino. ¿Quieres apartarle de su destino?

—Si él muere, yo moriré.

—Los pilotos mueren. Mallory sabía estas cosas. Sí, sabía que su suerte no duraría eternamente. La suerte de nadie dura tanto tiempo.

—¿El Lord Piloto es un scryta, entonces?

—No pronuncies esa palabra.

—Mi hijo se está muriendo. ¿Y el Lord Piloto se preocupa por las palabras que empleo?

—¿Por qué me hablas? Sí, sería mejor si no volvieras a decir una palabra nunca más. —Cerró el puño y se apretó tanto la nariz que sangró; eso me dijo Justine años más tarde.

Mi madre salió al trineo y regresó con una bolsa de pedernales. Vacío la bolsa en su mano y eligió las piedras con el dedo. Los pedernales marrones y de fino grano entrechocaron unos contra otros.

—Lo he decidido —dijo—. Haremos un taladro. Abriremos un agujero y dejaremos salir la sangre. ¿Me ayudarás, Justine?

Justine estaba sacudiendo el hielo de nuestras pieles y trabajaba con los dientes la piel interior para mantenerla flexible. Se echó hacia atrás el pelo y alzó la cabeza.

—Naturalmente que te ayudaré, si crees que realmente debemos abrir la cabeza del pobre Mallory; es una cosa muy peligrosa, y no estoy segura de que lo que hagamos sirva de algo, pero haré lo que tenga que hacer, aunque tengo miedo por él. Y, ¿qué haremos para impedir el dolor cuando sienta el taladro y...?, oh, Moira, ¿tenemos realmente que abrirle la cabeza?

—No —dijo Soli, y dirigió a Justine una brusca mirada, desaprobando claramente su apoyo al plan de su hermana. Estaba furioso y su piel estaba pálida; la sangre corría por su cara—. Lo mejor que podemos hacer es esperar que muera. Entonces podemos abrir un agujero en el hielo, y así tendremos mucho menos peso para los perros. Sí, debemos tirarlo por un agujero, y a su gordo amigo también.

—¡Leopold, no sabes lo que estás diciendo! —exclamó Justine.

—El Lord Piloto *creo* que sabe —escupió mi madre—. Cree en lo que dice con sus crueles palabras. Pero no sabe nada.

—No me hables.

—El Lord Piloto debería saber que...

—Por favor, no hables.

—Mi hijo está *muriendo* —dijo mi madre, y su voz se convirtió en un gorgoteo

de furia.

—Déjalo morir.

Yo oía estos sonidos borbotear sobre mí: el alto soprano de Justine mientras tomaba partido junto a mi madre contra Soli, y el acero de la voz profunda de Soli, que resonaba como una campana a punto de romperse. La discusión continuó durante un rato; recuerdo que hubo algo en el sonido de las palabras de Soli y en la angustiada súplica de mi madre que me hizo prestar atención. Y entonces, después de un instante de silencio, mi madre exhaló un suspiro y pronunció las peores palabras que he oído en mi vida:

—¡Es tu hijo! ¡Mallory es tu hijo!

—¡Mi hijo!

—Es nuestro hijo.

—¡Mi hijo!

—Dejarle morir... sería como matar una parte de ti mismo.

—¡No tengo ningún hijo!

—Sí, tienes un hijo. Nuestro hijo.

Y entonces pronunció más palabras que no quise oír, revelando una herencia que yo quería negar amargamente. Hacía mucho tiempo, le dijo (y yo no quise saber esto; estaba casi muerto, pero supe que no quería saber esto, aunque una parte de mí lo había sabido siempre, al menos desde que vi a Soli por primera vez en el bar de los maestros pilotos), le dijo que, el día anterior a su partida al corazón de la galaxia, mi madre decidió que nunca regresaría. Toda la vida había sentido celos de Justine y envidia de las cosas que su hermosa hermana poseía. Incluyendo a Soli, *especialmente* a Leopold Tisander Soli. No le amaba. No creo que mi madre pudiera haber amado a un hombre como una esposa ama a un marido. Pero sabía que era el piloto más brillante desde el Tycho..., incluso ella admitió siempre eso. Le envidiaba su brillantez y deseaba sus cromosomas, que pensaba que eran la fuente de su brillantez. Ya que deseaba un hijo propio, un hijo brillante como la niña pequeña de Justine, ¿por qué no emparejar los hermosos cromosomas de Soli con los suyos? (Porque es un crimen, madre, pensé. Casi el peor crimen imaginable). El robo de las células de Soli fue fácil: un rápido y al parecer fortuito arañazo de sus afiladas uñas en el dorso de su mano desnuda un día en el Hofgarten..., así fue como empezó todo. Se escarbó con cuidado bajo las uñas, y llevó los pocos cientos de células epidérmicas a un unidor renegado, que dividió el ADN en sus cromosomas haploides y modeló un juego de gametos. Cuando Soli no regresó de su viaje y pareció que nunca regresaría, ella usó los gametos para fertilizar uno de sus óvulos e hizo que se lo implantaran en el vientre. Como resultado de esta despreciable *replicación* fui concebido yo, y doscientos ochenta días más tarde nació. Eso le dijo mi madre a Soli mientras yo movía los labios, escuchando su historia, esforzándome por negar lo que

temía era verdad.

Durante un rato, la choza permaneció en silencio. Quizá me hundí en coma; quizá los centros auditivos de mi cerebro se volvieron sordos. Me perdí mucho de lo que Soli le dijo a mi madre, pero recuerdo que gritó:

—¡... *no* es mi hijo! ¡Y, cuando sea enterrado en Resa, no será enterrado como hijo mío!

—Lo es —dijo mi madre—. Tu hijo.

—Estás mintiendo.

—Tu hijo. Nuestro hijo.

—No.

—Quise tener tu hijo. ¿Qué hay de malo?

—Es un bastardo. No es mi hijo.

—Te lo demostraré, entonces.

—No, no.

—Tu hijo —dijo ella, y mientras Justine se aferraba al codo de Soli y miraba con asombro, mi madre apartó la piel de lobo de mi cabeza—. Acércate y mira. Tiene el pelo del Lord Piloto. —Suavemente, apartó los pelos de mi cabeza, en la parte opuesta a mi herida—. Un pelo tan negro y denso. Pero salpicado con manojos rojos. Como los del Lord Piloto. Como el pelo de todos los varones Soli, padres e hijos. Le he estado arrancando los pelos rojos de entre los negros. Porque no quería que lo supieras. Pero ahora debes saberlo. ¡Ven aquí, pues, y mira el pelo de tu hijo!

Recordé a mi madre arrancándome los pelos supuestamente «grises» de la cabeza en la cueva devaki cuando me buscaba piojos, y el acertijo de mi herencia dejó de ser un acertijo. Había arrancado pelos rojos, no grises. Pelos rojos, los pelos del linaje Soli que a veces no aparecen hasta poco después de llegar a la edad adulta. Durante nuestra expedición, quizá debido a las impresiones del hambre y el frío, debí empezar a producir pelos rojos. No era un bastardo, entonces. Era algo mucho peor. Era (y hasta hoy he tenido dificultad para formar la palabra incluso en los accesos más privados de mi mente), un hijo replicado. Había sido llamado a la vida a partir del ADN de Soli, de sus preciosos cromosomas, de la misma materia de su esencia. Pero había sido mi madre quien me había llamado, no él. Ella había usado la información del interior de él para hacerme, y por lo tanto era una replicadora, y, ¿quién podría reprocharle a Soli que me odiara?

—¡Mira estos pelos rojos! —dijo mi madre mientras me pasaba los dedos por los cabellos—. ¿Quién sino tu hijo? ¿Quién podría tener este pelo, negro y rojo?

—Sólo es sangre —dijo Soli—. Su pelo está manchado de sangre, ¿verdad?

—Mira más de cerca, entonces. ¿Ves? No es sangre. Puedes verlo, ¿no? Eres su padre.

—No —susurró él.

—Debes ayudarlo.

—No.

—Morirá si tú...

—¡No! —gritó él, y apartó de un tirón el brazo de Justine. Entonces tuvo que comprender que, si yo era realmente su hijo, entonces Katharine era mi hermana—. Lo sabías —le dijo a mi madre—. Todo este tiempo, desde la Ciudad, Katharine y Mallory..., ¡juntos! ¿Y tú lo sabías?

—¡Oh, no! —dijo Justine.

—No le echas la culpa a mi hijo —dijo mi madre—. Échase a Katharine. Era una scryta. Sabía que Mallory era su hermano. Y concibió a su hijo de todas formas.

—¿Qué? —aulló Soli.

—El niño. Era hijo de Mallory, no de Liam.

—¡No!

Sí, Soli, quise decir. Soy tu hijo, y Katharine era mi hermana, y su hijo era mi hijo, tu nieto, y la cadena de crimen y horror sigue y sigue. Pero no podía hablar; no podía moverme. Sólo podía escuchar.

—Katharine le embrujó —dijo mi madre. Estaba muy furiosa, y las palabras brotaron como veneno—. Sabía que Mallory era su hermano. ¿Quién sino esa bruja scryta se aparearía con su propio hermano?

—¿Por qué? —preguntó Soli.

—Le pregunté a Katharine por qué, pero no quiso decírmelo.

—¿Se lo preguntaste?

—Tu hija era una bruja. Una maldita bruja.

—¿La acusaste de ser una bruja? Entonces la mataste, ¿verdad? Sí, la mataste.

—Merecía morir.

Soli se quedó inmóvil durante un momento, y había locura en sus ojos. Y entonces se sumergió en uno de sus raros y terribles arrebatos de ira, y apartó a mi madre de mí. Trató de matarla (o, más bien, de *ejecutarla*, cómo sostendría más tarde). Trató de estrangularla, mientras ella le destrozaba la cara con las uñas y casi le aplastaba los testículos con la rodilla.

—¡Sucia replicadora! —gritó Soli—. ¡Lo sabías!

Traté de levantarme, pero, como en una pesadilla, no pude moverme.

El horror se desarrolló entonces, crimen sobre crimen. Justine vino en socorro de su hermana. Apartó los dedos de Soli de la garganta de mi madre. Soli golpeó, lleno de furia. No creo que supiera lo que hacía. Una, dos, tres, veces, golpeó, aplastando los pómulos de mi madre, rompiendo los dientes y la mandíbula de Justine. Mi madre se derrumbó sobre la nieve, agitándose. Justine gimió y boqueó y escupió trozos sanguinolentos de dientes.

—¡Oh, Soli! —lloró, y la sangre manó por sus labios, pero Soli estaba loco, y

trató de matar a su hermosa esposa. Le rompió el brazo, le rompió la nariz, y, lo peor de todo, rompió el puro y firme amor que ella siempre había sentido por él. El enloquecido Lord Piloto, cuyo rostro parecía un cadáver de shagshay después de un festín, miró a Justine, y su furia desapareció lentamente. Señaló a mi madre.

—¡Deberías de haberme dejado matarla! —rugió—. ¡Esta sucia replicadora!

Se acercó a mi cama y cubrió mi cabeza con las pieles, escondiendo mi pelo y la mayor parte de mi cara.

—No es hijo mío —dijo.

Cuando Soli volvió a sus cabales, se avergonzó de lo que había hecho. Trató de disculparse ante Justine, trató de ayudarla. Pero ella no quiso su ayuda.

—No, no, déjame en paz. —La sangre manaba por su nariz, y le costaba mucho trabajo respirar. Sin embargo, consiguió hacerse entender—. Te lo dije hace treinta años, nunca jamás, y lo siento por ti, lo siento por nosotros, lo siento de verdad, pero ¿cómo puedo ahora confiar en ti? Porque, si puedes hacer esto, puedes hacer cualquier cosa, ¿y qué haré yo ahora? —Se cubrió la cara con las manos y gritó—: ¡Oh, Leopold, duele, duele, duele, duele!

—Aún eres mi esposa —dijo él.

—¡No, no!

—Hemos sido amigos durante más de cien años.

El presuntuoso tono de su voz hizo que Justine se enojara (y mi tía rara vez sufría de esa fea emoción).

—Creía que éramos amigos, pero estaba equivocada.

Soli contempló la pared de la choza. Entonces cerró el puño y empujó hacia afuera uno de los bloques de nieve, y el viento entró. Observó a través de esta ventana recién hecha el trineo de Bardo, donde su corpachón yacía atado bajo las pieles. Durante largo rato había mantenido su silencio referido a la creciente amistad entre Justine y Bardo, pero ahora enfermó de celos.

—Sí, ahora tienes nuevos amigos —dijo—. Amigos muertos.

Es triste contar lo que sucedió a continuación. La furia de Soli le había abandonado, pero la locura había empeorado. No advirtió la gravedad de las heridas de Justine y de mi madre. Acusó a su esposa (equivocadamente) de adulterio. Justine lloraba cubriéndose la cara con las manos, y él interpretó este gesto como una admisión de culpabilidad. Le dijo que nunca podría perdonarla. Ya que el rompevientos llegaría dentro de cuatro días, era hora de dirigir los trineos hacia el sur para el encuentro, o una tormenta podría hacernos perder la nave. Cuando mi madre empezó a hablar de nuevo sobre hacerme agujeros en la cabeza, y Justine no quiso mirarle, Soli lanzó sus pieles a un trineo, enganchó los perros y susurró:

—Sí, abridlo si queréis, haced lo que queráis, y reuníos con el rompevientos en el punto de encuentro si queréis volver a la Ciudad. ¿Qué importa?

Después de que se marchara, mi madre envolvió la cara de Justine en pieles de newl. Le puso bien el brazo y lo entablilló. Hizo todo esto, mientras sus costillas rotas rozaban y chocaban y le arañaban los pulmones, causándole gran dolor. Esa noche hizo un taladro de pedernal y me abrió un agujero en la cabeza para dejar salir la sangre. Probablemente a causa de este taladro no morí en el hielo. De algún modo (incluso hoy día parece milagroso que mi madre y Justine pudieran hacerlo), de algún modo, a la mañana siguiente me subieron a uno de los trineos. De algún modo, consiguieron dirigir mi trineo y el de Bardo por turnos y conducirlos a través de kilómetros de nieve. Fue un viaje tortuoso, un viaje asesino. Recuerdo que mi madre gritaba con cada irregularidad del terreno; recuerdo el viento y el dolor; recuerdo haber gritado que me dolía la cabeza y que Soli no era mi padre y muchas, muchas otras cosas incomprensibles.

A última hora de la tarde del día siguiente, bajo el brillante haz blanco de Pelablinka, llegamos al punto de la cita. Había una única cúpula de nieve en el cuenco inmenso y blanco del mar. Soli estaba allí, esperando, pero no quiso salir de su pequeña choza ni consintió en hablar con nadie. Mi madre y Justine construyeron otra choza para ellas y para mí. A pesar de que caí en coma profundo, mi madre siguió abriéndome la cabeza.

—Vivirá —seguía diciéndole a Justine—, si podemos llevarle a casa a tiempo.

Esperamos tres días al rompevientos, tres días y noches de viento y dolor. Finalmente, llegó. El viaje de regreso a la Ciudad fue rápido; nuestro retorno a las brillantes torres y las multitudes de profesionales que alineaban los Campos Huecos fue glorioso (al menos fue glorioso hasta que mi madre y Justine salieron del rompevientos y se supo nuestra tragedia). Pero yo estaba ciego a la gloria y casi más allá del dolor. Me llevaron a una oscura sala bajo los Campos, donde los pilotos son devueltos a la juventud. Allí, los talladores trabajaron con mi cráneo. Alguien anunció que, a pesar de los delicados y verdaderamente notables esfuerzos de mi madre por salvarme, la piedra de Seif había aplastado y estropeado partes de mi cerebro. Poco después, alguien más anunció que todos nuestros esfuerzos habían sido inútiles, porque las células devaki rescatadas habían demostrado ser poco diferentes de las de los seres humanos modernos. Los maestros unidores no habían encontrado el mensaje de los ieldra inscrito en su ADN. El secreto de la vida continuaba sin ser descubierto, quizás era imposible de descubrir, velado y oculto, eternamente misterioso. El Lord Cético proclamó que era una lástima que nuestra búsqueda hubiera sido en vano.

—Es una lástima que haya desaparecido tanto cerebro de Mallory que no podamos hacerlo volver. Una lástima que tenga que pagar el precio final a cambio de nada.

Siempre debe haber un momento en que se nos acaba la suerte, cuando el tictac

del reloj debe pararse finalmente. Ni los céticos ni los talladores ni los imprimáturs pudieron ayudarme. Conservar un cerebro dañado y defectuoso habría sido un crimen, y para mí habría sido un infierno, la eternidad de una vida sin sonido ni visión, sin amor ni esperanza. Era mucho mejor abrazar el destino en el momento adecuado, y sería mucho más fácil, como caer por una negra escalera de caracol mucho más larga que la que había en la Torre del Guardián del Tiempo, una escalera sin luz, sin fondo. Y así, en una pequeña sala oscura casi a la vista de las Torres Matutinas de Resa, en un día frío y sin nieve en el invierno profundo, volví la mirada hacia dentro, a la oscuridad más profunda, y caí. Hasta hoy no he dejado de caer.

En Neverness morí mi primera muerte.

CAPÍTULO 17

Agathange

Mucho de la muerte depende del estado de la mente.

—Maurice Gabriel-Thomas, Programador de los Siglos del Enjambre.

¿Quién puede saber lo que es ser dios? ¿Quién puede decir cuál de las razas alteradas del hombre (los hombres-elfo de Anya y los hoshi, los habitantes de Nueva Arhat y todos los demás) ha conseguido la santidad, y cuáles son las mujeres y hombres de vida extremadamente larga que llevan cuerpos extraños y a veces hermosos? ¿Cuánta sabiduría debe adquirir una raza antes de merecer la divinidad? ¿Cuánto conocimiento, cuánto poder, cuánta inmortalidad final? ¿Son los reyes-dioses del conjunto de las Eriades (los que construyeron un mundo anillo alrededor de Prímula Luz), son los ordenadores humanos, simplemente hombres listos o algo más profundo? No lo sé. Sé poco del arte de la escatología, de sus ordenadas clasificaciones e interminables debates. Kolenya Mor argumenta que lo que realmente importa no es el estatus de la raza, sino su dirección. ¿Se dirigen los agathanianos hacia dios, por ejemplo, o han alcanzado un callejón sin salida evolutivo? Para mí, que fui como cadáver al misterioso planeta llamado Agathange, sólo había un criterio sobre el que juzgar la cuestión de la divinidad agathaniana, y era éste: ¿Cuánto sabían del gran secreto? ¿Poseían —ellos que nadaban a través de las aguas cálidas y eternamente azules de Agathange— el secreto de la vida y una respuesta a la muerte?

He dicho antes que Neverness es la ciudad más hermosa de todos los planetas, pero Nevada, aunque hermoso a su propia frígida manera, no es el más hermoso de los planetas. El planeta más hermoso es Agathange. Visto desde el espacio profundo, es una brillante joya azul y blanca que flota en un cuenco diamantino de ámbar negro. (Debería mencionar que tuve mi primer atisbo de todo el planeta sólo después de mi resurrección y marcha. A mi llegada, naturalmente, no vi nada porque estaba muerto). Las estrellas que rodean Agathange resplandecen; al mirar hacia arriba desde las luminosas olas, el cielo es brillante. Sólo en las noches nubosas el mar está oscuro, e incluso entonces es la oscuridad del mercurio y el cobalto en vez de la de la obsidiana o la tinta negra. El mar (el único océano que cubre todo el planeta, a excepción de unas cuantas islas diminutas) es cálido y pacífico. Rebosa de peces y otra vida marina. Bancos de taopeces y konani a millones nadan a través de las chispeantes aguas de los bajíos, mientras, en las profundidades del auténtico océano, los ranita cazan a otros peces que no tienen nombre. Peces voladores, borrachos tal vez con el puro deleite de correr a través de los nudos y huecos tropicales, surcan la superficie

en tal profusión que, durante kilómetros, el mar tiembla a menudo con una alfombra de plata arqueada. Creo que fue esta sobreabundancia de vida lo que hizo que los primeros agathanianos alteraran sus cuerpos humanos a formas marinas, para escapar a las profundidades insondables y llenar el océano con sus hijos mutables y divinos.

—En realidad, los agathanianos son hombres-dioses, no dioses —me dijo más tarde Kolenya Mor—. No buscan la inmortalidad personal; no desean escapar de la prisión de la materia, como hicieron los ieldra, ni pretenden remodelar el universo a su gusto.

Me contó que habían venido a Agathange con la primera oleada del Enjambre. La historia más común sobre su origen (y la que resulta ser cierta), es ésta: Hace mucho, al final del tercer interludio del Holocausto, un grupo de ecólogos huyó de la Vieja Tierra en una de las primeras naves profundas. Con ellos llevaban los cigotos conservados en krydda de narvales, delfines, ballenas y otros mamíferos marinos extintos. Cuando descubrieron un mundo de fecundos océanos y aire dulce y puro, aceleraron los cigotos y cuidaron a los bebés ballena durante el período de terror infantil hacia tiburones y otros depredadores. Cuando las ballenas crecieron (y cómo) y absorbieron los océanos de canciones conservados dentro del ordenador de la nave, los ecólogos las liberaron en el lecho azul del mar. Vieron lo felices que eran los animales, y celebraron una fiesta, bebieron barriles de vino viejo de siglos y fumaron un alga marina que habían descubierto y a la que llamaron toalache. Días después, volvieron a recuperar el juicio. Se sintieron envidiosos y tristes, porque nunca podrían conocer la alegría de las ballenas a las que habían salvado. El maestro ecólogo dijo que el hombre, con sus dedos de mono y su deseo de poseer trozos de tierra y otras cosas, casi había destruido la Tierra. El hombre era una desafortunada especie terrestre defectuosa por su forma y por su naturaleza. Ah, pero ¿y si esa forma y esa naturaleza fueran cambiadas? Y, así, los ecólogos fumaron su toalache, y tuvieron visiones de la vida como debería ser, y criaron a sus hijos para que tuvieran narices puntiagudas y aletas y colas. Llamaron Agathange a su mundo acuático, que significa «lugar donde todas las cosas se mueven hacia el bien definitivo». Allí, durante miles de años, los agathanianos alteraron y criaron a sus hijos, aunque los escatólogos no saben decir si para el bien definitivo o para crear una abominación evolutiva.

Buscando tal vez su bien definitivo (o quizá simplemente porque me había dado la vida y me amaba), mi madre decidió llevar a Agathange mi cuerpo arruinado y conservado en krydda. Conocía en detalle la historia de Shanidar. Una vez, los hombres-dioses le habían devuelto a la vida... ¿podrían hacer menos por un *piloto* de nuestra famosa Orden? Encontró pasaje en una nave profunda que viajaba más allá del Conjunto Púrpura. Entregó mi cadáver a un grupo de agathanianos (en realidad, eran una familia) que se llamaban a sí mismos la Horda de Restauradores. Entonces

la invitaron a marcharse de Agathange, para que esperara en uno de los pequeños hoteles que orbitan el planeta, mientras los Restauradores obraban sus milagros... o fracasaban en su empeño.

Esperó largo tiempo. La concienzuda reparación de mi cerebro duró casi dos años. (Hablo de años de Neverness, por supuesto. En Agathange sólo hay una estación —primavera eterna—, y las muchas hordas miden el tiempo en términos de su grado de avance hacia la consciencia planetaria definitiva. Pero me estoy adelantando a mi historia). Durante la mayor parte del primer año yací suspendido bajo el brillante mar mientras Balusilustalu y otros restauraban partes de mi cerebro con prótesis temporales. Estos burdos biochips implantados corticalmente sólo pretendían que mi corazón, miembros y pulmones se movieran de nuevo; los diminutos ordenadores eran demasiado toscos para ayudarme a ganar mis funciones de lenguaje, ni pude recordar grandes porciones de mi vida. Mi primer pensamiento después de despertar entre una horda de mil cuerpos negros, brillantes y resbaladizos fue que había llegado al otro lado del día, y que los doffels de todas las focas que había matado habían venido a preguntarme por qué estaba loco.

Es un axioma, un descubrimiento de los antiguos scrytas, que cualquier civilización hecha por dioses parecerá a los humanos como algo incomprensible y maravilloso. ¿Cómo, entonces, puedo describir el milagro de los agathanianos, cuando aún no comprendo todos los detalles ni las complejidades de su fabulosa tecnología? Hablaré de lo que sé: El océano estaba lleno de organismos creados, muchos de los cuales eran un tercio ordenador, un tercio robot y un tercio ser vivo. La mayoría de estas diminutas herramientas eran de tamaño microscópico. Había bacterias programadas de todos los tamaños y formas, eubacterias, cocos esféricos y espiroquetas con sus colas como látigos. Flotaban entre el fitoplancton artificial; el agua estaba llena de flagelos, células individuales y algas coloniales, diatomeas con su hermosa simetría, pequeñas joyas del mar que tejían fibras de silicio o carbono o lo que hubieran sido diseñadas para manufacturar. Los agathanianos se preocupaban principalmente de la manipulación de proteínas. El océano entero era un caldo de cultivo para hacer, reordenar y unir trozos de ADN de las bacterias. Pero los agathanianos, siendo dioses, habían desentrañado más de los misterios del ADN de lo que los unidores de nuestra Ciudad podrían jamás. Habían creado formas completamente nuevas de ADN. Y el ADN era transcrito en los trillones de células de los organismos creados por las aguas de Agathange, y su información era leída y copiada a ARN. Y el ARN instruía a las máquinas moleculares naturales de la célula, los ribosomas, para construir proteínas: nuevas enzimas, hormonas, proteínas musculares, hemoglobina, circuitos neurológicos que introducir en los minúsculos cerebros-ordenador de las nuevas bacterias, proteínas de todas las formas y funciones concebibles, una variedad de proteínas potencialmente infinita.

—La variedad de la vida es infinita —me diría un día Balusilustalu—. Pero ¿qué saben los seres humanos de la vida? ¡Tan poco, tan poco, ja, ja! En Agathange, incluso algunas bacterias..., ah, pero ¿son bacterias o son ordenadores, lo sabes?..., incluso las bacterias piramidales son inteligentes. Hay infinitas posibilidades.

Igual que en otros mundos, el océano estaba lleno de copépodos, salpas, gusanos anélidos, esponjas y medusas, y con calamares, golondrinas, tiburones y otros peces mayores en la cadena alimentaria. Pero en el agua había también otras cosas, animales de forma extraña que parecían máquinas cortadoras o aplastadoras, y había máquinas que parecían animales. Los agathanianos creaban estas cosas, o más bien debería decir que diseñaban enzimas ensambladoras para crearlas (las llamaré ensambladoras porque realmente eran máquinas con aspecto de enzimas). Los ribosomas de las bacterias programadas creaban ensambladoras diseñadas para tareas específicas. Las ensambladoras surcaban el agua, construyendo grandes moléculas atrapando y uniendo fragmentos de carbono o silicio, átomos de oro, cobre, sodio y cualquier elemento disuelto en el cálido y salado caldo del océano. Moléculas lipoides, hormonas, clorofila y nuevos brotes de ADN..., las ensambladoras los soldaban a organismos que eran medio plantas medio animales. Las ensambladoras unían átomos de carbono capa tras capa, y así las ninfas del mar tejían sus cadenas de fibras diamantinas, creando sus hermosos y brillantes nidos. Las ensambladoras unían átomo con átomo, pegándolos como canicas con cola. Los agathanianos podían (y lo hacían) unir átomos en cualquier disposición permitida por la ley natural. Enlazaban conductores moleculares con fuentes de voltaje dentro de tejidos vivos y formaban campos eléctricos directamente en nuevos modos. Si hubieran querido, habrían construido una ciudad bajo las aguas; creo que podrían haber construido una ballena tan grande como una nave profunda; quizá podrían haber insertado circuitos dentro de los nervios y músculos de una ballena para crear una naveluz viviente que navegara por las frías corrientes del espacio. No había nada que no pudieran fabricar, desmontar y recrear molécula a molécula, neurona a neurona, incluyendo a un hombre.

Y, así, Balusilustalu y mi horda de agathanianos alteraron mi cuerpo para que respirara aire y agua. De algún modo se abrieron camino a mi cerebro y consiguieron mantener mi corteza libre de fitoplancton y gusanos del mar y otra basura. Para mi comodidad, alzaron una isla del lecho del mar. Hicieron que los árboles crecieran y maduraran y se cargaran de frutas, todo en cuestión de unos pocos días. Otras cosas no sucedieron tan rápidamente. Por dentro yo cambiaba lentamente, día a día, una célula cada vez. Al final de mi primer año en Agathange, pasaba la mitad del tiempo en el agua y la mitad en tierra. Recorría mi pequeña isla, preguntándome quién era y por qué estaba solo. Recogía jugosas frutas de los árboles; sabían a manzanas de las nieves. Pero eran más alimenticias que las manzanas de las nieves. La Horda de

Restauradores había diseñado un solo alimento que me nutría mejor que los peces que nadaban en la laguna de la isla. Sin embargo, pronto me cansé de la fruta. Empecé a desear peces plateados, a ansiar carne, cualquier cosa que se retorciera, nadara o se moviera. Anhelaba coger una rama de árbol y darle forma de tridente, para alancear algún grueso pez alado, abrirlo con mis largas uñas y tragar la sabrosa carne. Pero tenía prohibido hacerlo así. Balusilustalu había declarado que yo debía entrar en el agua sólo durante aquellos momentos semiconscientes en que mi cerebro estaba abierto.

—No comprendes el mar, y no sabes lo que te está permitido comer, y no sabes lo que puede comerte a ti —me dijo ella un día, después de que restaurara la percepción del color azul a mi corteza visual. (Llamo «ella» a Balusilustalu, aunque no era enteramente femenina. Pero, como cualquier agathaniano, era mucho más femenina que masculina). Estaba tendida en la playa de mi isla, riéndose de mí con tanta fuerza que su largo torso se agitaba, y los anillos de hermosa grasa ondulaban bajo su brillante piel. Tenía garras en sus aletas; las usaba para dibujar figuras de animales en la arena mojada de la playa. Para ser agathaniana, su cuello era muy largo y sinuoso, tan grácil como una ondulante serpiente marina. Debería mencionar que los hombres-dioses (las mujeres-diosas) no eran todas iguales. Algunas tomaban la apariencia de vacas marinas, mientras otras eran como delfines, nutrias o incluso ballenas. Criaban a sus hijos con un millar de formas diferentes; un ecólogo de la Ciudad podría jurar que no eran de una sola especie. Pero, pese a todas las diferencias, compartían un rasgo común: sus ojos eran humanos. Balusilustalu tenía grandes ojos castaños, ojos inteligentes, ojos llenos de ironía y humor. Me miró con aquellos ojos mientras me hablaba en su sofisticado lenguaje de ladridos, gruñidos y chasquidos. Yo comprendía claramente su idioma. Más tarde, después de que me quitaran del cerebro los biochips trasplantados, todo parecería un galimatías.

Pero ella entendía toda mi charla humana.

—La carne es carne —dije, sin recordar que yo era un hombre de la Ciudad—. Un hombre debe cazar carne para vivir.

—Eres un hombre estúpido, ja, ja, no un tiburón..., come la fruta de los árboles; los árboles son para ti.

Parecía despreciarme del mismo modo que un nuevo aspirante se siente superior a un novicio. ¿Esperaba que me pasara la vida subiéndome a los árboles como si fuera un mono? En ningún otro asunto era su desdén más obvio que cuando yo intentaba comprender la sociedad agathaniana.

—Aunque tu cerebro estuviera entero —me decía—, no podrías oír al mar hablándote. ¡Eres un hombre *matemático* que busca la inmortalidad, ja, ja! ¿Qué puedes saber del alma-mundo? Espera, espera, debemos esperar hasta que recuerdes, y luego esperar un poco más para ver si comprendes las cosas simples.

Al cabo de una temporada, después de que hubiera recuperado el uso completo de mis músculos, empecé a recordar. Fragmentos enteros de mi historia personal venían a mí, apareciendo tenues e insustanciales por un instante, como espuma marina, y luego se agitaban y se desvanecían en las olas rompientes de la memoria. Era una sensación extraña e inquietante. Como un niño en la noche, a veces me despertaba del mar sin saber qué era o cómo había llegado aquí. Flotaba arriba y abajo sobre las olas oscuras, subiendo y bajando, contemplando las estrellas. Tuve sueños. A veces creía ser Mallory Ringess, un inocente novicio que aprendía el álgebra de Boole; era maestro, cazador, aprendiz, «Pequeño Amigo», padre e hijo, y a veces, durante aquellos momentos lúcidos en que abría los ojos a los oscuros éxtasis bajo las olas deslizantes, era un piloto y era un pez (era un piloto-pez) que venía a aprender los secretos del mar sin edad.

Un día, cuando pensaba que había recordado todos los hechos de mi vida excepto los momentos en que había matado por primera vez y había sido muerto, y todos los momentos intermedios, un día en que el cielo estaba lleno de nubes blancas y el mar silencioso y tranquilo, Balusilustalu empujó mi flotante cuerpo con la nariz y dijo:

—Ahora reharemos adecuadamente tu cerebro; cuando acabemos, sabrás que tienes un cerebro.

Me guió a las aguas más profundas, donde esperaba el resto de la Horda. Los agathanianos me envolvieron. Unas lenguas lamieron mi piel. Se produjo un aleteo por debajo de mí y a mi lado. Espuma salada me entró en la boca. Durante un momento, Pakupakupaku y Tsatsalutsa y muchos otros me alzaron fuera del agua en sus espaldas. Mi pequeña isla onduló en la distancia, una mancha de oro y verde contra el chispeante mar azul. Hubo silbidos y ladridos y sonidos de succión. De todo nuestro alrededor vinieron ladridos de respuesta y trinos; el mar se llenó súbitamente con formas suaves, negras y brillantes. Conté seiscientos treinta miembros de la Horda antes de que me dieran una zambullida y tuviera que dejar de contar. (Más tarde supe que hay mil agathanianos en una Horda, y a veces diez mil hordas surcaban el océano). Balusilustalu (o quizá fuera Mumu, o Siseleka) dejó escapar una serie de agudos chirridos y chasquidos. Pensé que estaba hablando a los delfines y ballenas, y pronto el agua onduló con formas enormes.

—Estamos llamando a los dioses de las profundidades para que sean testigos de tu renacimiento —dijo Balusilustalu. Me maravilló que los agathanianos hubieran manipulado sus lenguas y órganos fonadores para que pudieran articular no sólo sus propios lenguajes, sino también el lenguaje de las ballenas y sus canciones.

Todo el tiempo se tocaban mutuamente y ladraban; la información pasaba de nariz a nariz y de garganta a oído. Los contactos se volvieron de pronto más traviosos, más íntimos, más urgentes. Allí, en las ondulantes aguas, algunos de los miembros de la multitud se tendieron contra otros, y abrieron sus hendiduras a

caricias más profundas, y empezó el apareamiento. Sobre mí, por debajo y a todo mi alrededor, muchos se apareaban con gusto y abandono, y luego lo hicieron muchos más..., observé y escuché fascinado mientras el agua se llenaba de ladridos y gemidos. Al principio no comprendí lo que estaba pasando. Pensé que los dioses se habían vuelto locos con su sexo. Pero pronto fui consciente de un conocimiento en mi interior. Una parte del milagro me fue revelado, aunque no sé si por telepatía o por la información almacenada en los biochips de mi cerebro. La voz divina me susurró mientras flotaba bajo el agua, escuchando, y esto es lo que sé: que cuando un miembro adulto de una horda está dispuesto a aparearse, ella, la Primera Madre, crea un huevo en sus ovarios. Encuentra una compañera, y entonces se produce el apareamiento. (Todos los agathanianos tienen miembros, grandes y con puntas rojas y triangulares mayores que la de Bardo, pero no tienen testículos, pues no los necesitan). La Primera Madre introduce su miembro en la hendidura de la Segunda Madre. El óvulo es colocado en un órgano peculiarmente formado llamado la bakula. En la bakula, el óvulo es parcialmente fertilizado. La Segunda Madre inyecta el óvulo con filamentos cuidadosamente diseñados de plasma germinal, de la misma manera que un virus infecta a una célula anfitriona con su ADN. Entonces pasa el óvulo de su miembro a una tercera compañera, donde ocurre el mismo proceso de nuevo, y así muchas, muchas veces. Finalmente, cuando el óvulo ha pasado de bakula en bakula (los agathanianos a veces se refieren a esta fábrica de proteínas en forma de roscos como el «órgano del cambio»), cuando todas las otras madres han contribuido a la herencia del óvulo y la fertilización queda completa, la Última Madre acepta el cigoto en su vientre, donde crece el feto. Así, cada agathaniana es hija de toda la multitud.

—Pero hoy no estamos haciendo hijas —me dijo Balusilustalu mientras observaba a la Horda pasando su plasma de una a otra bajo el mar—. ¡Estamos haciendo otra cosa, jo, jo!

Es difícil describir lo que hacían. En cierta forma, la semilla dentro de las bakulas dentro de las agathanianas era como una bacteria, como un «neurófago», ya que estaba diseñada para consumir y reemplazar neuronas muertas y disociadas. En otro sentido, era muy parecida a un virus de información. Cada madre de la Horda tejía cadenas de ADN alterado, pequeñas cadenas asociadas, dentro del virus de información. Las madres recorrían el agua, tocándose por dentro, regodeándose en el éxtasis, y pasaban el virus de bakula en bakula. Y, así, la impulsiva Décima Madre añadía cadenas de asociación según su inspiración, mientras que la más sabia Quingentésima Madre borraba cadenas y añadía otras más. Cuando el virus estuvo casi terminado, Balusilustalu lo tomó en su bakula, donde hizo los cambios finales.

—Ahora lo pondremos en tu cerebro —dijo—. Te invito a aceptar el regalo de mis hermanas.

Debo admitir que no quería aceptar ningún regalo. A pesar de que no estaba

completo, era lo bastante consciente como para tener mucho miedo. No estoy seguro de cómo abrieron mi cerebro. Creo que usaron desensambladores para separar suavemente los colágenos de mi cuero cabelludo, para disolver el hueso de mi cráneo. Sentí como si todo mi cuerpo estuviera siendo abierto y separado tejido a tejido, capa a capa, célula a célula. El agua era roja y pegajosa por la sangre. Partes de mí flotaron en el cálido mar salado, desplegándose, deshaciéndose lentamente. Quitaron uno de los biochips de mi cerebro. Cuando me introdujeron el virus, grité. No hubo dolor, pero grité, porque temía que el virus me destruyera en vez de curarme. El grito debió correr por el agua densa hasta el círculo donde esperaban las ballenas de cabeza chata. Oí una serie de borboteantes gruñidos, que interpreté como una risa. Y entonces Balusilustalu habló sin mover la boca, y oí su voz en mi interior.

»Los dioses de las profundidades se preguntan por qué los simios siempre gritan cuando nacen. Ja, ja, porque son estúpidos, les digo.

»No, me estoy muriendo, me estáis matando.

»Te estamos restaurando a lo que pudiste ser.

»Para vivir, muero. El virus me matará, lo sé.

»¡Eres demasiado simple, jo, jo! Lo que hemos hecho para ti no es realmente un virus.

»¿Qué es?

»Somos dioses, ¿no? Ja, ja. Hemos hecho esta semilla en nuestros cuerpos para restaurarte. Puedes llamarlo la semilla divina.

»Los virus infectan, esta jerarquía de ADN, la programación más primitiva, matando las células superiores..., los ecólogos me enseñaron esto cuando era un novicio.

»¡Qué estupidez! La semilla divina buscará células cerebrales muertas; muchas partes de tu cerebro han muerto.

»Lástima, lástima, como diría Bardo.

»La semilla divina es inteligente, en cierto modo. Introduce cadenas asociativas en las neuronas muertas, revitalizándolas durante poco tiempo. La semilla divina tomará la programación del ADN.

»Estoy siendo ocupado, lástima.

»Escucha, Hombre, éste es el arte de Agathange. Las cadenas asociativas se reproducen a sí mismas un millar de veces. Replicación y vida, Hombre estúpido. Las nuevas cadenas se organizan, agrupándose como gusanos marinos, formando miles de interconexiones. Y, cuando crece, la neurona arde y muere. Y la nueva semilla divina nace, miles de semillas divinas.

»Los aspirantes mueren; ¿por qué no me dejáis en paz?

»Cuando los millones de semillas divinas hayan emigrado a través de tu cerebro, quitaremos el resto de los biochips. Los biochips son imposiblemente torpes. Son

buenos para que puedas mover las piernas o articular tu estúpida lengua, pero son inútiles para recordar matemáticas y otros recuerdos que han sido inscritos.

»¿Inscritos?

»El cerebro es como un holograma; el todo está inscrito dentro de la parte.

»No.

»Deja que me explique.

»No, no, estoy muriendo y tengo miedo.

Floté en el agua durante mucho tiempo, meciéndome arriba y abajo con las ondulaciones de la suave corriente. Me alimentaron de algún modo. Sentía en la boca el sabor a sangre y agua, piel de foca y orina. (Los agathanianos daban poca importancia a sus excreciones, como un bebé en un baño de agua caliente. Pero el océano era muy grande, así que las nubes de orina naranja y oscura se disipaban rápidamente). Los largos días se convirtieron gradualmente en largas noches, y las noches se hicieron días, y los ritmos de la luz y la oscuridad se perdieron en los ritmos más profundos del mar. Y, siempre, el sonido de la Horda ladrando y gimiendo y hablando, y el parloteo de los delfines mientras charlaban entre sí, y el gran sonido de las ballenas fundiéndose con el rugido negro y largo del mar..., todos estos sonidos me rodeaban, golpeando mi piel en interminables ondas de sonido. Lo sentía en los huesos. Lo sentía como si lo tragara, como si el sonido del mar me nutriera y me mantuviese. Oscuros ritmos redoblaron en mi sangre, y de nuevo hubo sonido en mi cerebro. La Horda se deslizaba por el agua, pasando la canción y la sustancia de la vida creada adelante y atrás, adelante y atrás, mientras se acariciaban y cantaban y se vaciaban unas dentro de otras. Otra vez abrieron mi cerebro, y otra vez tocaron mis profundidades con su virus, con su semilla divina. Y otra vez, muchas veces. Los agathanianos cantaron sobre la estupidez de los seres humanos, y también sobre la inteligencia humana. Cantaron sobre el alma-mundo y sobre la luz y la oscuridad. Mientras el virus hacía su trabajo, yo flotaba en un océano de sonido en expansión. La canción de la Horda se hizo gradualmente más clara, y recordé que una vez había asesinado a una foca. Entonces se produjo un agudo chirrido, como el grito de angustia de un shakuhachi. Recordé haber asesinado a un hombre llamado Liam, y viví de nuevo el momento de mi muerte. El sonido de la muerte, los sonidos de la vida: las olas rompían sobre mi cabeza, y una gaviota golpeó el aire con sus alas y gritó en la playa distante, y recordé cosas que deberían haber permanecido olvidadas; recordé aprender a contar cuando niño; recordé elegantes teoremas y cómo afilar un cuchillo de pedernal; recordé que Leopold Soli era mi padre; quizá por un instante recordé todos los sucesos de mi vida. Recordé cosas que nunca había conocido. Nuevas y extrañas memorias vinieron a mí. Supe que esos recuerdos eran el trabajo del virus en mi interior. Escuché la canción del mar, la canción de la Horda de Restauradores y todas las otras multitudes. La canción de la vida.

»¿Por qué?

»¡Porque es divertido! ¡Y también te restauramos porque eres Mallory Ringess, el piloto que nunca morirá, ja, ja! Te damos nuestras memorias porque debes saber.

»No quiero saber nada.

»¡Jo, jo, escucha, Hombre, y te lo contaremos todo! ¿Oyes a las ballenas susurrando el secreto? Sabemos que sabes, Hombre. El secreto de la vida es sólo puro goce, y el goce está en todas partes. Fuimos hechos para el goce. Está en el lamer de la marea nocturna y en las rocas de la playa y en la sal y en el aire y en el agua que respiramos y dentro, muy dentro de la sangre. Y en las cambiantes arenas del océano y en los nerviosos peces de plata y en los atrayentes verdes de las golondrinas y en las profundidades púrpuras en la concha de la ostra y en los arrecifes rosados e incluso en la mierda del suelo del océano, ¡goce, goce, goce!

»No, la vida es dolor, lo sé. Hay un poema; recuerdo un verso: “Nacemos con el dolor de nuestra madre y morimos con el dolor propio”.

»La vida no perecerá. Te damos estas memorias para que la vida no perezca.

»Recuerdo la canción de la Horda de Restauradores.

»Todas las hordas son restauradoras. Eso es lo que somos; eso es lo que hacemos.

»No quiero ser restaurado así.

»Es una gran canción, ¿verdad? ¿Oyes la canción?

»Tengo miedo.

»¡Ja, ja!

La canción de Agathange es una gran canción, pero no es una canción que quieran escuchar la mayoría de los seres humanos. Naturalmente, algunas partes, dada la herencia humana de esa misteriosa raza, son comprensibles. Los humanos y los hombres-dioses (o incluso la mayoría de los dioses, creo) comparten el conocimiento de que la materia y la consciencia son inseparables. El conocimiento es viejo; hace siglos, los mecánicos descubrieron que era imposible describir la conducta de las partículas subatómicas sin considerar los efectos de la consciencia en los objetos que estaban estudiando, igual que es imposible explicar la desastrosa termodinámica y el envenenamiento de la Tierra mientras se ignoran las acciones criminales y conscientes de miles de millones de seres humanos. (Esto fue, por supuesto, antes de que la mayoría de los mecánicos renunciaran a su tonta idea de buscar una partícula definitiva. Es un hecho increíble que los antiguos hubieran «descubierto», descrito y catalogado treinta mil trescientas ocho partículas discretas..., leptones, gluones, fotinos, hadrones, gravitones, quones, quarks, quiffs invertidos y otras invenciones de sus ecuaciones, antes de que abandonaran su inútil búsqueda). Así, los agathanianos contemplan la unidad de consciencia y materia, y han llevado su creencia hasta el final lógico. Las diez mil hordas de restauradores trataban de despertar su planeta entero a una consciencia superior. La canción habla

de la gran restauración: Los primeros ecólogos no habían confiado su minúscula consciencia. ¿Había salvado la consciencia del hombre a la Vieja Tierra? No, ni sería salvado Agathange, porque el hombre era el hombre, y, algún día (aunque tomaran la forma de focas y salieran al mar), las armonías naturales serían rotas. Sólo creando una consciencia muy superior a la propia, un alma-mundo, podrían cantar una canción de goce total que, después de todo, es lo que buscaban hacer.

Cuando mi cerebro sanó lo suficiente como para que pudiera comprender las más antiguas armonías del mar, Balusilustalu me permitió cazar los peces de la laguna de mi isla. Pasé largas tardes recordando, y alanceando peces de la arena y shohi y colas de plata. Dormí en la playa y me quemé mi clara piel alaloi bajo el brillante resplandor rosado del sol. A menudo nadaba con la corriente, donde las ballenas se acariciaban y tragaban grandes bocanadas de krill. El agua se agitaba roja, llena de pequeños crustáceos, con los chorros de las ballenas corcovadas y las *sei* y los aletas azules, el aroma de la sal marina y la espuma..., recordaba el mar como si hubiera vivido en él durante un millón de años. Pero aún tenía miedo a los tiburones y depredadores que nadaban bajo las olas, y también a cosas menos tangibles. A menudo nadaba como un cachorrillo rodeado por la seguridad de la Horda. Y, cuando abrían mi cerebro, los pensamientos tranquilizadores de Balusilustalu y los demás me barrían:

»No tengas miedo de perderte. Está la parte y está el todo, y ambas cosas existen a la vez.

»¡Soy un *hombre*! Nunca podría ser miembro de la Horda.

»Y los hombres y mujeres de la Vieja Tierra casi tuvieron éxito al crear una consciencia planetaria. Diez mil millones de hombres y mujeres y niños..., cada uno como una neurona en un cerebro. Y todas sus caricias, charlas y copulaciones, todas sus luchas y canciones..., todas las estancias de intercomunicación, igual que las sinapsis intercomunicadas de una neurona. ¡Ja!

»¿Por qué fracasamos?

»¿Por qué arranca un niño las alas a una mosca?

»No quiero ser parte de un cerebro planetario.

»Ja, ja, pero *él* quiere que seas una parte... del todo. Al menos durante una temporada.

»No, no.

»Y por eso fracasaron nuestros antepasados. La consciencia naciente de la Madre Tierra fue dañada por su juvenil descuido. En cierto modo, nunca nació. Las partes nunca fueron verdaderamente conscientes del todo.

»Tenían miedo, creo.

»¡Ja, ja, eran estúpidas! ¿Es un pez consciente del mar, o sólo de las aguas inmediatas en las que nada? ¿Qué sabe una sola neurona de tu cerebro de

matemáticas, música o amor? Nunca podemos ser completamente conscientes de la entera dimensionalidad del todo, pero podemos saber algunas de las cosas que hace.

»Y las diez mil hordas..., ¿qué hacéis entonces?

»¡Cosas milagrosas! Somos dioses, ¿no, jo, jo? Somos el cerebro de Agathange, y cuando lloramos hay lluvia, y cuando suspiramos el viento sopla. Cuando el coral muere en el lugar adecuado, su esqueleto forma los arrecifes del mar. Creamos nuevas especies cuando hay necesidad, a veces sólo porque es divertido. Y las otras cosas, las cosas superiores, las ecologías y armonías..., temblamos por contarte esas cosas, estamos a punto de decírtelo, queremos contártelo, tenemos que hacerlo, pero...

»¿Pero?

»¡Pero eres demasiado estúpido, ja, ja! Igual que los agathanianos individuales, Balusilustalu, Mumu y Pakupakupaku son demasiado estúpidos. Pero al menos somos conscientes del todo; el todo es nosotros, y es consciente de nosotros.

»¿Y las ballenas?

»Lo mismo que tu corteza es a las partes primitivas de tu cerebro, así son las ballenas a las hordas. Podrías decir que las ballenas son el alma de Agathange. ¡Pero eso sería una simplificación, ja, ja!

»Hay tantas jerarquías y capas de inteligencia..., temería perderme.

»¡Estúpido, estúpido! El holograma está conservado; todo está conservado.

»Tengo miedo.

Mi mayor temor no era que la consciencia planetaria me absorbiera. ¿Podía un hombre con pelo y dedos y un cerebro matemático ser absorbido por una horda de hombres-foca? Y, aunque *pudieran* cambiar mi carne y alterar mi cerebro a su capricho (y tengo que admitir que podían), ¿por qué querrían hacerlo? ¿Qué valor poseía Mallory Ringess, un simple piloto de una Orden arcaica, para una raza de dioses? No, mi mayor temor, lo que temía por encima de todas las cosas, era perder mi esencia bajo el virus que me habían introducido. Cuanto más nadaba entre la Horda y más «sanaba» mi cerebro, más temeroso me volvía.

Mientras pasaban los días, advertí gradualmente que los agathanianos tenían gran poder sobre la materia y la consciencia. (Y, para completar el quince semimístico de los mecánicos, también sobre la energía, el espaciotiempo y la información. Especialmente sobre la información). Advertí que, dondequiera que nadase la Horda, nunca llovía, ni el viento soplaba demasiado fuerte, ni las olas eran demasiado grandes. Incluso los tiburones, de algún modo, eran mantenidos a raya. Aquellos grandes, flexibles y hermosos asesinos se comían sólo a unos pocos de los agathanianos más viejos, aquellos que estaban dispuestos a «continuar», como lo expresaban. Los tiburones dejaban a los cachorros (los hijos) en paz. Nunca comprendí cómo Mumu y Siseleka podían nadar justo al lado de un gran tiburón

blanco y tocar imprudentemente aleta con aleta. Para mí era un misterio por qué querían hacer algo así, a menos que fuera para impresionarme con su amor a la naturaleza y, más importante, con el amor de la naturaleza hacia ellos. Sólo una vez dudé de su poder. Sólo una vez la naturaleza pareció tan por encima de su control como lo está el sol respecto a un pez rueda.

Un día, una manada de orcas, con sus dientes cónicos y espaciados y sus sombrías sonrisas, apareció como surgida de ninguna parte. En un momento, Siseleka y otros siete miembros de la Horda fueron despedazados y devorados. La sangre era tan espesa en el agua que incluso los tiburones se volvieron locos. Entonces se produjo una carnicería. De algún modo, los tiburones murieron mientras mordían el agua. Durante esta confusión, una de las orcas se abrió paso hasta el centro de la Horda. Se tragó siete niños como si fueran ostras. Cuando quedó saciada (pensé que tenía que estarlo), pasó su gran cola bajo una cría, arrancándola del agua por encima de las espaldas de sus madres y haciéndola caer en las mandíbulas al acecho de otra orca. Tres veces se repitió este truco, y cada vez una criatura indefensa desapareció en el vientre de una sonriente bestia negra y blanca. Entonces, tan rápidamente como habían venido, las orcas se marcharon, y las aguas rojas se apaciguaron.

Los gemidos, chirridos, aullidos, silbidos y chillidos de la Horda continuaron durante largo rato. Unas cuantas madres me metieron bajo el agua y me envolvieron con capas de cuerpos de focas que se agitaban y temblaban a mí alrededor. Cuando pareció que las orcas habían devorado su parte, la canción de las Hordas regresó al mar. Quizá los agathanianos hacían inventario de sus pérdidas o estaban tranquilizándose mutuamente. Tal vez estaban ocupados con sus «cosas superiores». Tantos peligros, dentro y fuera, me aterraban. Sólo quería regresar a mi isla, esconderme entre las ramas de un árbol. Pero, poco después, los cánticos se calmaron y alcanzaron una armonía; los gritos y alaridos se convirtieron en palabras, y las palabras en pensamientos.

»¡El precio, el precio, siempre hay un precio, ja, ja!

»¡Pero sois dioses! Cuando lloráis hay lluvia, eso dijisteis.

»Seguimos siendo humanos por dentro, y cuando hay sangre lloramos.

»Dijisteis que las ballenas son los dioses superiores. No comprendo..., ¿están locas?

»Oh, las deudas, los pecados de nuestros padres. La consciencia de Agathange no está conseguida del todo, no es perfecta aún. El precio.

»Habládme de las orcas.

»Escucha la música de las olas.

»¿Está loco parte de vuestro cerebro planetario?

»Escucha el rumor de las nubes.

»Contadme.

»Escucha el sonido de tu propio corazón.

»¡No!

»El precio, los defectos. El universo es defectuoso.

»¿Es mi cerebro defectuoso? Habladme del virus..., ¿qué hará?

»¡El universo es perfecto también, y tu cerebro es perfecto o lo será pronto, jo, jo!

Y no debes llamarlo virus. *Semilla divina* es perfecto. La semilla divina es sólo para ti. La mente de las hordas te ha rodeado y ha modelado tu cerebro. Nuestra mente es un ordenador, como los ordenadores akáshicos de tu Orden o las neurológicas de tu nave. ¡Sólo que mucho más poderosa y profunda, jo, jo! Somos dioses, ¿no? Tu cerebro es como un holograma perfecto. Y, en un holograma, ¿no está conservada en cada parte la información sobre el todo? Y en nuestras bakulas, que escuchan el ordenador de nuestra mente, creamos la semilla divina. La semilla divina “lee” el holograma de tu cerebro. ¡Lo despliega, estás siendo desplegado, ja, ja! La semilla divina sabe el orden exacto en que deben ser colocadas tus neuronas. La semilla divina “ve” las conexiones que deben hacerse a las neuronas vivientes.

»¿Y mis recuerdos?

»La memoria es un fenómeno no local. La memoria puede crearse pero no destruirse. Cada parte de tu cerebro contiene todos tus recuerdos. La semilla divina conserva la memoria.

»¿Y mi esencia?

»¡Ja, ja!, eres Mallory Ringess, ¿no?

»¿Está conservado mi sentido del yo? ¿Seguiré *siendo yo*? ¿Cómo lo sabré?

»¿Cuál es el sonido del sol naciente?

»Creo que me estoy ahogando.

»¡Ahogándote en un mar de información, jo, jo! ¡Información, información por todas partes! Información en la concha en espiral del molusco, y en la canción de las hordas: información; información pasando bajo el mar, pasando de los auténticos virus informativos a las madres, y de madre a virus; y el virus infecta a las nutrias y los pulpos, los peces rueda y las diatomeas. Esto es lo que es realmente un virus informativo: mantiene a nuestro ADN *informado* de los cambios de las otras especies. Y nos informa, e informamos a la vida del mar, pasando la información, siempre pasando, de criatura en criatura y de planta en planta, bajo el mar por todas las aguas de Agathange. Deja que te abramos al mar de información.

»¡No!

»No tengas miedo. Todo será restaurado.

»Tengo miedo a morir.

»La información es como el agua, y te mueres de sed.

Hubo un momento de silencio, difícil de recordar, imposible de olvidar por completo. Me abrieron, y las oleadas de consciencia barrieron. Creo que me convertí

en parte de Agathange, una parte de la mente viviente del planeta. Oí cosas; sentí el planeta moviéndose bajo mi cuerpo. La información pasó de mí al mar, mientras cada criatura viva y planta me informaba de su existencia. Mi consciencia se insertó en cada almeja, en cada ballena o estrella de mar..., estoy seguro. Fui una langosta palpando con las pinzas el fondo marino en busca de trozos de alimento; fui las algas verdiazules flotando con las corrientes, empapado de luz, y fui una diatomea y un gusano flecha y un *kerfer* rebanando los suaves tejidos de una medusa. Fui una gran ballena corcovada que cantaba el éxtasis de su cópula y gemía el goce de dar a luz. Fui muchas cosas y una sola cosa, envolví el mundo en mis tentáculos, en mis aletas, en mis brazos. Y siempre la información pasaba, de planta a animal, de devorado a devorador, de virus a bacteria, de madre a hija. Había una brillante pauta en esta información, una visión tan clara como el diamante, pero ahora sólo quedan recuerdos de esa visión; como la luz de las estrellas desvaneciéndose a través de aguas azules, los recuerdos son tenues y sombríos. Fui yo mismo una vez más, una célula diminuta con una diminuta consciencia humana, y fui un vasto ser consciente de la información que fluía a través del universo. *Supe* cosas. Para mí, como hombre, el conocimiento fue increíblemente complejo. Pero como Agathange el planeta, cuando contemplé las estrellas, fui consciente de la belleza y la sencillez. En formas que aún no comprendo, esta consciencia me cambió y nunca ha dejado de cambiarme, y temo que nunca lo hará.

Cuando desperté estaba tendido en la playa, con los talones hundidos en la arena mojada al borde del agua. Había arena en mi boca, arena en mi pelo, orejas y ojos. Moví mis labios agrietados y pegajosos para hablar, y mis dientes chocaron con partículas de arena. Una gaviota chilló. Las olas eran blancas y espumosas por toda la orilla. El sol rosáceo se ponía lentamente en el cielo occidental, y me pregunté cuánto tiempo había estado tendido allí. Tenía la piel caliente, quemada y roja como una fruta de sangre. Me llevé las manos a la cabeza y pasé los dedos por mi cuero cabelludo, buscando alguna fisura, corte o cicatriz que demostrara que mi cerebro había sido abierto. Pero sólo encontré unos cuantos pedazos de algas que se desmoronaron pegadas a mi pelo (a mi pelo negro y *rojo*). Cerré los ojos, entonces. Miré hacia dentro, al interior de mi cerebro; busqué recuerdos que pudieran parecer irreales. Comprobé mis poderes matemáticos. Propuse axiomas arbitrarios y creé una lógica, e inventé algunos pequeños teoremas. Hice otras cosas. Durante largo rato pensé profundamente, meditando sobre el problema de identidad al que me había enfrentado dentro de la Entidad. ¿Cómo podía saber si mi auténtico yo había cambiado? Y, si había cambiado sutilmente, de forma que nunca lo sabría, si de algún modo era diferente o estaba disminuido, ¿importaría?

Sí, importaría. Mis ojos se movieron bajo los párpados cerrados, y pensé en las últimas palabras que me dijo Katharine, y de repente importó más que nada en el

universo. Mi gran temor era que el virus agathaniano me robara mi libre albedrío. Había sucedido antes, a otros hombres. En cierto modo, la tecnología fundamental era vieja. Era sabido que los guerreros poetas de Qallar y los despreciables alienígenas scutari practicaban el bárbaro arte del trasplante cerebral. Llamaban a su arte «mimo-replicación», y es algo horrible. Pequeños virus replicadores (en realidad son ordenadores) invaden el cerebro de sus víctimas. Los virus establecen primero colonias en emplazamientos críticos a través de la corteza. Uno a uno, se apoderan de los programas de la víctima, de todos los hábitos humanos, creencias, emociones, pensamientos y funciones mentales. El cerebro de la víctima ejecuta entonces el programa de su nuevo amo. Al final, cuando el virus ha hecho su trabajo y todo el cerebro queda rehecho, el hombre no es más que una máquina.

Lo que hay en tu interior no es un auténtico virus informativo ni un virus replicador. Te lo hemos dicho, es semilla divina. El holograma está conservado.

Me tumbé en la playa, escuchando los ritmos internos. La verdad es que me sentía igual que siempre..., quizás un poco más complejo, más furioso, más sombrío, y demasiado lleno del mundo, pero..., yo mismo. Me levanté y miré más allá de los rompientes, al lugar donde se reunía la Horda de Restauradores. Oí en mi sangre la Canción de Agathange. Aunque seguía siendo el hombre orgulloso, vano y asesino que había sido siempre, sabía que ahora era algo más. Había una nueva verdad, una pasión en mi interior..., podía sentirlo arder en alguna parte tras mis ojos. Casi supe lo que era. Algo (y no sólo la Canción de Agathange), me había sido añadido. Miré al mar, y escuché el rumor entretejido de las olas, y supe que los agathanianos habían dejado algo sin decir, algo sin explicar.

Nadé más allá de la laguna, dejé atrás los arrecifes de coral y entré en las aguas más profundas. Delfines sibilantes corrían ante mí, y una corcovada rompió la superficie y aterrizó sobre su espalda con una salpicadura gigantesca. Encontré a Balusilustalu nadando con la Horda. Me golpeó suavemente el estómago cuando yo le hablé en el idioma de los Mundos Civilizados. Una vez más le pregunté por las orcas, y una vez más me respondió en acertijos. Me dio a entender que el tema era tabú, algo de lo que no podía ni quería hablar. (Es curioso que para todo el mundo — incluso los hombres-dioses— haya cosas que no se pueden discutir. Los devaki, por ejemplo, casi nunca revelan sus sueños nocturnos, mientras que muchos ejemplares rehúsan mencionar el sexo o la sexualidad. E incluso los pilotos no podemos hablar de las cosas de las que no podemos hablar).

Una última vez abrieron mi cerebro, pero no lo hicieron físicamente. Me abrieron con sus pensamientos, y con su amor. Con su necesidad.

»Estás restaurado, y es hora de que te marches.

»Ahora hay algo dentro de mí. Algo que no puedo articular del todo, que ni siquiera puedo pensar. La clave..., háblame de las orcas.

»Siente la libertad de las olas en tu interior.

»¿Por qué no puede un dios dar a un hombre una simple respuesta?

»¡Eres un hombre estúpido, ja, ja!

»No me lo habéis contado todo.

»Te hemos dicho el secreto de la vida.

»No hay secreto.

»¡Estúpido, estúpido, jo, jo!

»¿Por qué me restaurasteis?

»Porque fue divertido.

»¿Por qué?

»¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué? Porque eres Mallory Ringess, el piloto que ha estado dentro de Kalinda, y porque ella ha estado dentro de ti.

»¿Kalinda?

»La llamáis la Entidad de Estado Sólido, pero su nombre es Kalinda. Y Kalinda conoce el secreto.

»¿El secreto de la vida?

»Conoce el secreto del Vild. Podrías decir que es el secreto de la vida en esta galaxia.

»No comprendo.

»Las hordas cantan a la vida de Agathange y al océano, y a veces incluso cantamos al sol, pero no podemos impedir que las estrellas del Vild estallen.

»Nadie puede.

»¡Tú puedes, ja, ja!

»No, me temo que no. Sólo soy un hombre estúpido.

»¡Jo, jo, eres algo más!

»¿Qué soy?

»Algún día lo sabrás.

»¿Qué?

»¿Qué? ¿Qué? ¿Qué? Eres Mallory Ringess, el hombre cuyo cerebro ha sido hecho tan grande como el mar de Agathange. ¿No te sientes *ampliado*? Igual que el mar se hincha con el viento y la lluvia, así crecerás con las tormentas de tu vida. Hay *posibilidades*, Hombre Piloto, y se desplegarán, una a una. Algún día, cuando hayas sido *ampliado* aún más, le preguntarás a Kalinda por qué crece el Vild. Nosotros mismos se lo preguntaríamos, pero Kalinda nos odia, y hay jerarquías. Los dioses menores deben inclinarse ante los más grandes.

»Nunca regresaré a la Entidad.

»Algún día regresarás, porque tu destino es regresar y porque te pedimos que regreses.

»¿Porqué?

»Porque las estrellas están muriendo y tenemos miedo.

A menudo pienso que el miedo es lo peor que hay. Las Hordas de Agathange me dijeron adiós entonces. Nadaron hasta la parte más rápida de la corriente. Una a una, las grandes ballenas aspiraron grandes bocanadas de aire y se sumergieron. Los delfines sonrieron y silbaron adiós y las siguieron. Y luego las ballenas grises y las ballenas sei, y las cabezas arqueadas y las azules y las demás desaparecieron en el mar. No vi orcas aquel día, y nunca averigüé sus oscuros secretos. A mi alrededor, de horizonte a horizonte, el agua era azul, vacía y silenciosa. En la distancia, las arenas brillantes de mi pequeña isla destellaban. Avancé en el agua y me sacudí el pelo mojado de los ojos, y presté más atención. No era la arena la que resplandecía al sol; era el casco de la nave de mi madre. De algún modo, las Hordas la habían informado de mi restauración y enviaron una nave a recogerla. Me esperaba para llevarme a casa. Mientras iniciaba el largo camino hasta la orilla, oí las oleadas de consciencia rugir y girar dentro de mí, y nunca me sentí más asustado ni más solo.

CAPÍTULO 18

La conjetura de Tycho

El cerebro no es un ordenador; el cerebro es el cerebro.

—Dicho de los akáshicos.

Algunos dicen que Neverness es la auténtica Ciudad Eterna, la ciudad que nunca morirá. Durante tres mil años se ha alzado como un testamento a la habilidad del hombre para perdurar. En sus torres y chapiteles de granito, en sus brillantes cúpulas, en sus calles de fuego, en los ojos de sus pilotos y de los extremos arde la fría llama de nuestra inmortalidad, el alma de la humanidad. No sé si durará treinta mil años más, como profetizan los scrytas, o treinta millones de años. ¿Durarán tanto los planetas? ¿Lo harán las estrellas? Como hijo de la ciudad, siempre he creído que su destino está entretejido con el destino del hombre. Es el nexo topológico de esta brillante galaxia, y es también la Ciudad de la Luz a la que todos los buscadores vienen algún día. Hay secretos enterrados aquí; hay maravillas; hay glorias. Neverness, creo, es eterna como nuestros sueños son eternos; perdurará tanto como la raza que la creó.

Por tanto, es eterna, y es hermosa, y encarna la misma esencia del hombre. Pero no debo entusiasmarme con demasiado fervor o durante demasiado tiempo. Nuestras naturalezas humanas tienen múltiples capas. «Ciertamente, un arroyo contaminado es el hombre», como me dijo una vez la Entidad de Estado Sólido. Y Neverness, la quintaesencia de las ciudades del hombre, es una ciudad estratificada. Está dividida en capas con lo mejor de los matemáticos, imprimáturs y fantasistas, así como con la escoria de autistas, ejemplares y replicadores de Yarkona. Nuevas sectas extrañas cambian continuamente la composición de la Ciudad, anegando las deslizaderas con gente sorprendida (y sorprendente). Es una ciudad hermosa —no puedo decir esto a menudo—, una ciudad de verdad. Pero también es una ciudad contaminada de política, intrigas y complots; a menudo, es una ciudad de súbitos cambios.

Al decimoctavo día del falso invierno del año 2933, regresé a las calles y torres de mi infancia. La ciudad parecía súbitamente cambiada. Había nuevos edificios, naturalmente. En el Zoo había un gran aeródromo púrpura en forma de globo que albergaba la embajada de los nuevos alienígenas alados llamados elidi. (Debería mencionar que había un violento debate en marcha entre los escatólogos y otros profesionales sobre si los diminutos elidi eran verdaderos alienígenas o simplemente una de las razas alteradas y perdidas del hombre. Era una época de violentos debates, como pronto descubrí). El Colegio de Loes, esos arrugados ancianos y ancianas que gobiernan nuestra Orden, había aprobado por fin y erigido la torre que celebraba la

fundación de la profesión de los fantasistas. La torre de los fantasistas se alzaba entre los chapiteles de la Ciudad Vieja; era un edificio extraño de curvas pronunciadas y extraños ángulos, un edificio preocupante. Su opalescente fachada parecía capturar y retener, en momentos distintos, todos los colores de la Ciudad. Como las composiciones de los propios fantasistas, cuanto más trataba uno de fijar en la mente una imagen de la torre, más se agitaba y cambiaba. Había también nuevas sectas pululando por las negras resbaladeras. Cerca del Anillo de Rollo en el Sector Extremo vi un neurocantor, con sus biochips implantados corticalmente, cantándose interminables canciones de felicidad eléctrica. Me hizo sentirme incómodo, probablemente porque parecía demasiado feliz. Me acosó, agarrando la manga de mi kamelaika, y proclamó tener una identificación espiritual conmigo, como todos los neurocantores hacían con los pilotos. Después de que le explicara que los pilotos tenemos prohibido entrar en interfase continuada con el ordenador de nuestra nave (o con cualquier otro ordenador), lo repudié, como debe hacer todo piloto. Y estaban también las viejas sectas: Amigos de Dios de Simoom, y antiguos mággidos cantando sus historias sobre lo que llamaban la primera Diáspora, así como los omnipresentes autistas, harijanos, hibakusha y refugiados de las estrellas del Vild. Había demasiados guerreros poetas..., esto lo advertí de inmediato. Por supuesto, un solo guerrero poeta ya es demasiado, pero en la Calle de los Diez Mil Bares, y por el Camino, y en los cafés, pistas de hielo y plazas, durante una larga tarde, conté diez de ellos. ¿Por qué, me pregunté, había en mi ciudad tantos mortíferos guerreros poetas?

Para mí fue una época de muchas preguntas y pocas respuestas. En Agathange, mi madre me había contado el desastroso final de nuestra expedición. Recordé, por mi cuenta, que Soli era mi padre. Y cosas peores. Naturalmente, ninguno de nosotros conocía lo que había sucedido en Neverness durante nuestros dos años de ausencia. Inmediatamente después de regresar, le pedí noticias al Lord Akáshico, y recibí una nueva noticia junto con lo trágico: ¡Bardo estaba vivo! Los criólogos lo habían descongelado, habían curado su corazón roto, y lo habían devuelto a la vida. Estaba en algún lugar del multipliegue, pilotando por primera vez desde que el Guardián del Tiempo hiciera su convocatoria de búsqueda. Pero otros no estaban vivos. Patiné por las estrechas resbaladeras en lo más profundo de la noche, y vi la sonrisa sin dientes de Shanidar sonriéndome desde las sombras. Cada vez que podía, evitaba a los scrytas. El destello de una túnica blanca o una piel blanca en la calle ante mí era suficientes para hacerme entrar tambaleando en extraños bares y cubiles fantasistas. Una vez me encontré el falso cadáver de la muda de un scutari. Sus rojos amasijos de músculos me recordaron demasiadas cosas que había visto entre los devaki. Todo me recordaba la expedición. No podía dejar de pensar en Katharine. Estaba lleno de tristes y descabelladas ideas: regresaría solo con los devaki y rescataría el cadáver de Katharine; la llevaría a Agathange; y, cuando estuviera curada, me casaría con ella, y

dejaríamos la Orden, encontraríamos algún planeta hermoso y primitivo y crearíamos una nueva raza propia. En mis momentos más sobrios, admitía que el cadáver de Katharine se habría podrido hacía ya tiempo y habría sido devorado por los osos; no existía. Ella estaba muy alejada de las artes restauradoras de los agathanianos o de cualquier otro dios.

Como la semilla divina de los agathanianos ardía en mi interior, y como estaba lleno de miedo, fui a ver al Lord Akáshico y le pedí que hiciera un modelo de mi cerebro. Pero no pudo ayudarme. (Ni pudieron los céticos, holistas, o imprimáturs cuando acudí a ellos). En sus oscuros aposentos cubiertos de paneles de madera, Nikolos el Anciano jugó con los pliegues de grasa que colgaban de su carita mientras bajaba el yelmo del ordenador akáshico sobre mi cabeza. Cartografió las estructuras basales de mi cerebro, las amígdalas y el cerebelo, el sistema límbico productor del miedo, y los pliegues del lóbulo parietal. Cartografió mi cerebro de la corteza al tallo, y luego modeló las sinapsis de los lóbulos temporales.

—Para empezar, y como sabes, Mallory, el virus ha reemplazado las neuronas por todo el cerebro. Es algo mágico, naturalmente, y no puedo explicarlo. Por ejemplo, en el grupo bajo la cisura de Silvio..., todo es nuevo. Ahí es donde está tu sentido del tiempo..., bueno, realmente está en ninguna parte y en todas partes, pero se *origina* ahí, ¿comprendes?

—Si comprendiera lo que me han hecho los agathanianos Lord Akáshico, no habría acudido a ti. Mi cerebro, el holograma, yo mismo..., ¿está conservado o cambia? Necesito saberlo.

—¡Vaya milagro! —dijo él. Se encogió de hombros y se tiró del lóbulo de la oreja—. Bien, el holograma está conservado, después de todo. Creo. No, no, no..., no te preocupes y no me molestes con más preguntas. Regresarás aquí cada diezdías, y haremos un nuevo estudio. No, que sea cada cincodías..., éste es un caso raro. ¡La magia de los dioses! Es una lástima que no podamos separarte la cabeza del tronco, preparar un baño nutriente y modelar tu cerebro momento a momento... ¡No, no, sólo estoy bromeando, no me mires así!

Poco después de mi llegada traté de consolar a Soli. Pero él, el jactancioso Lord Piloto de nuestra Orden, mi tío, mi *padre*, no quiso verme. Yo quería tomar su mano en la mía, estudiar la forma y los contornos de sus largos dedos en busca de una respuesta a un enigma propio. Le haría ir conmigo al imprimátur para un genotipo. Me dije que quería una prueba de que era realmente mi padre, pero en realidad estaba desesperado por hallar cualquier evidencia de que no era su hijo. Durante la mayor parte de una mañana entera esperé en una antesala delante de sus aposentos en lo alto de la Torre Danladi. Por fin, un novicio alto y lleno de granos atravesó las puertas de obsidiana.

—El Lord Piloto está trabajando en un teorema —me dijo—. Puede que hayas

oído hablar de él..., se llama la Hipótesis del Continuo. Ha jurado permanecer aislado hasta que lo demuestre.

Me divertieron los rudos y arrogantes modales del novicio. Soli tenía fama de escoger a novicios arrogantes para servirle.

—¿Cuánto lleva el Lord Piloto enfrascado en su trabajo, entonces?

—Casi dos años.

—Entonces, ¿el Lord Piloto no me verá?

—No verá a nadie.

—¿Ni siquiera a mí?

—¿Y quién eres tú? —preguntó—. Docenas de pilotos, maestros pilotos como tú mismo, han intentado verle, incluso sus amigos, pero quiere estar solo.

Me alegré de que no pareciera saber que yo era hijo de Soli. Sin duda Soli quería mantenerlo en secreto. El novicio empezaba a molestarme, así que me levanté y lo miré de arriba abajo. Se sonrojó, y sus granos se volvieron aún más rojos. Tal vez había oído que yo había asesinado a un hombre; tal vez se sintió intimidado por la sonrisa de mi cara aún salvaje o por la ira de mis ojos, porque de repente recordó sus modales.

—Lo siento, Maestro Mallory —dijo—. Pero el Lord Piloto no querría verte en ningún caso. No ha sido el mismo desde que Justine le dejó, desde vuestra, uh..., expedición. Y eres amigo de Bardo, y Bardo y Justine son, uh..., *amigos*, y todo el mundo lo sabe también, creo. Has oído el rumor, ¿verdad, Maestro Piloto?

Había oído el rumor. Todo el mundo decía que Justine había abandonado a Soli porque era un hombre cruel y salvaje. Le había roto la mandíbula allá en los hielos cuando se dejó llevar por la ira. Como venganza, o eso decía el rumor, ella se había hecho amiga de Bardo, más aún, había empezado a compartir su cama. Algunos incluso decían que compartía la cabina de la naveluz de Bardo, desnudando sus cerebros el uno al otro, flotando juntos en un arrobamiento desnudo. ¿Podía ser eso cierto? ¿Se habían unido sus esencias separadas dentro de las neurológicas de la *Putá Bendita*? ¿Habían compartido el mismo cerebro extensional, resuelto los mismos teoremas, visto el multipliegue desde los mismos ojos interiores, pensado los mismos pensamientos? Aunque no había pruebas de esta telepatía prohibida, era el escándalo de la Orden. Muchos de los antiguos amigos de Justine (bravos maestros pilotos como Tomoth de Thorskalle, Lionel Killirand y Pilar Gaprindashavilli) habían hablado contra ella, exigido que el Guardián del Tiempo la castigara o incluso la desterrara de la Ciudad, y desterrara a Bardo también. Otros eran más fieles. Cristoble el Osado había anunciado que, si Justine era desterrada, él y sus amigos dejarían la Orden con ella. Tal vez, dijo, huirían a Tria y se unirían a los pilotos mercaderes; quizás encontrarían un planeta nuevo y fundarían una orden propia.

Naturalmente, este malicioso rumor había llegado rápidamente a oídos del

Guardián del Tiempo. Inmediatamente, aquel viejo sombrío le recordó a Bardo su juramento de buscar el secreto de los ieldra, y lo había enviado al multipliegue.

—Pero tu gordo amigo regresará —me dijo el Guardián del Tiempo un día, en lo alto de su torre—. Igual que tú has regresado a mí. ¡Suerte! ¡Es mala suerte que Bardo se vea dominado por sus deseos! Pero ¿no nos pasa eso a todos? ¿Has oído los rumores? Ha habido cambios en la Ciudad desde tu maldita expedición. Algunos de mis pilotos (no mencionaré sus nombres) están hablando de dejar la Orden. ¡Dejarla! Pero no, no la dejarán. —Se acercó a la silla ante la ventana y aferró el curvado respaldo como si no quisiera volver a soltarlo nunca—. Cuando Bardo regrese, hablarás con él. Le explicarás que no es adecuado que uno de mis pilotos se acueste con la esposa del Lord Piloto. Ahora háblame de Agathange. ¡Siéntate! Cuéntame cómo el más valiente de mis pilotos vuelve a mí resucitado en vez de perderse en el agujero negro de la muerte.

Cuando Bardo regresó, trece días más tarde, me enfrenté al más doloroso de los cambios: el cambio de un hombre que, como yo mismo, había vuelto del agujero negro de la muerte. Lo encontré en el Hofgarten, y bebimos skotch y cerveza como hicimos en el bar de los maestros pilotos cuatro años antes. Fue una tarde desgraciada y dolorosa, de palabras furiosas y silencios malentendidos. Como ese día marcó el principio de mi gran cambio, debo registrar sus milagrosos hechos con mayor detalle.

Es curioso que haya mencionado tan poco el Hofgarten, pues en ciertos aspectos es la estructura más importante de la Ciudad. El Hofgarten, un gran domo de cafés y bares, se encuentra en los acantilados que dan al mar. Los cafés están construidos alrededor del borde de una gran pista de hielo, y albergan un magnífico domo de clary, el mayor de su especie, o eso se dice, en cualquiera de los Mundos Civilizados. Cada café (o bar) tiene dos grandes ventanas: una ventana convexa por la que se puede ver a los patinadores mientras dibujan círculos en la pista de hielo, y una ventana cóncava que permite ver la Ciudad Vieja, o el Sector Extremo o (depende de qué segmento del borde ocupe el café), las aguas heladas del Firme. Los cafés están siempre llenos de extremos y alienígenas que vienen a reunirse informalmente con los hombres y mujeres de nuestra Orden (y, a veces, a esquiar sin ninguna elegancia por la pista). Es un lugar festivo donde los haikuistas y deletristas deleitan a la gente con sus bellos entretenimientos, Pero los cafés están también abarrotados de ejemplares que tratan de persuadir a los escatólogos de la lógica de sus estrategias de cría, y con guerreros poetas y demócratas y príncipes mercaderes y muchos otros que conspiran, planean y tramán. En el café más cercano al borde de los acantilados encontré a Bardo, encorvado sobre una espumosa jarra de cerveza.

—Alark Mandara me dijo que te encontraría aquí —dije.

—¡Mallory! ¡Sabía que no podrías quedarte muerto! —Saltó de la mesa, apartó de un empujón a un corredor-gusano y me rodeó con sus brazos—. Pequeño Amigo,

Pequeño Amigo —dijo, mientras me aporreaba la espalda y las lágrimas corrían por sus ojos—. ¡Estamos vivos! ¡Por Dios que lo estamos!

Acercó la mesa de hierro a la ventana exterior para que pudiéramos tener un poco de intimidad. Nos sentamos en las duras sillas del mismo metal. Le miré, mientras golpeaba con la punta de la bota los triángulos negros y dorados del suelo.

—Por Dios, ¿qué estás mirando?

Bardo, mi grande y fuerte amigo, había cambiado. Ya no parecía un alaloi. Había acudido a un tallador que le había devuelto a su antigua forma..., o casi. Al parecer, se había afeitado la densa barba negra, y flojos pliegues de carne colgaban de sus mejillas. Sin la barba, parecía más joven; también parecía furioso, pálido y delgado, como un gran oso blanco al final del invierno profundo. Demasiado, demasiado delgado.

—Ah, ya ves, es cierto lo que dicen..., Bardo no está bien. ¿No? No, no estoy bien. Bueno. Beberé cerveza y llenaré mi panza con filetes de tritón, y me pondré bien. —Y, tras decir esto, vació su jarra y cogió un gran plato de carne, kafir y pan horneado. Mientras comía a dos carrillos, me miró nerviosamente, como si me ocultara un secreto.

—Te he echado de menos —dije.

El caféapestaba a gente; estaba lleno de humo de tabaco y toalache, y había mucho ruido. La mesa estaba cubierta de platos sucios y posos de cerveza de olor amargo. Obviamente, Bardo llevaba allí bastante tiempo, tal vez todo el día, bebiendo y comiendo.

—Has estado dos años fuera —dijo—. Los dos años más duros de mi vida. Pensaba que estabas muerto. ¡Oh, lo que he sufrido por ti y tu maldita búsqueda!

El novicio encargado de servirnos, un muchacho nervioso de ojos castaños y demasiado sensibles, tajo una cafetera y sirvió el aromático líquido en un gran tazón azul. Sorbí el café (era café de Mundo Verano, denso, fuerte y delicioso), y le pedí a Bardo que me contara lo que había sucedido. Mientras se limpiaba los rojos labios de migajas, me miró tristemente y me confesó su mayor temor.

—Como piloto, estoy acabado —dijo, mientras se palpaba la cabeza con los dedos—. La fruta más fina de este cerebro maduro..., la he abierto, la he comido, y he escupido las pepitas. Mis descubrimientos, mis inspiraciones, mis momentos de genialidad, nunca volverán. Es terrible, amigo mío, saber que lo mejor ya ha pasado y que todos los días que quedan de nuestras vidas conducen a la podredumbre y a la descomposición.

Pidió otra cerveza. Mientras la sala se llenaba aún más, Bardo se frotó la frente y me miró.

—Ya no soy yo mismo. Después de tu maldita expedición..., ¿sabes que todos la llaman la Locura de Mallory?..., después de que regresáramos a la Ciudad, cuando

los criólogos me descongelaron, cuando los talladores sanaron mi corazón... ¡Bueno, por Dios, esperaron demasiado! Es mi cerebro lo que se pudrió. Demasiadas células cerebrales muertas y corrompidas, lástima. Ya no soy el piloto de antes. Se acabó, Pequeño Amigo. Los teoremas, las asociaciones, la belleza..., todo se fue. He intentado enfrentarme al multipliegue, pero no puedo. Soy demasiado estúpido.

Ordené un vaso de skotch (Bardo había escogido uno de los pocos cafés del Hofgarten que servían skotch), y lo bebí rápidamente. Y luego otro, y otro más. De repente no quise oír su historia, sus lamentos de autoconmiseración. Bebí rápidamente para *drogar* mis células cerebrales, para hundirlas en la estupidez, pero el skotch parecía hacer poco efecto. Quizá, pensé, había bebido demasiado café.

—A tu mente no le pasa nada —dije—. Con el tiempo, todo volverá. Las matemáticas... Eres un piloto nato.

—¿De veras?

—Soli me dijo una vez que podrías ser el mejor piloto de todos.

—¿Lo hizo? ¿Dijo eso? Bueno, pues se equivoca. Mi brillantez murió junto con las células cerebrales... y otras cosas murieron también.

—¿Qué otras cosas? —le pregunté.

—Otras cosas. —Contempló el dibujo de flores del mantel, sin querer mirarme.

—Cuéntame —dije.

—No, no puedo.

—Cuéntame.

—Te reirás de mí.

—Te prometo que no.

—No, no puedo contártelo.

—Cuéntame.

—Es demasiado embarazoso, Pequeño Amigo, demasiado embarazoso.

—Nunca habías tenido secretos conmigo.

—No sé cómo contártelo.

—Oh, vamos, sólo empieza a hablar.

—No puedo.

—Usa los labios, luego pronuncia las palabras.

—No, no.

Contemplé su regazo a través de los espacios entre las delicadas flores forjadas de la mesa. Sus pantalones de lana colgaban por encima de su vientre.

—¿Te has curado del veneno de Mehtar? Cuéntame.

—Ah, lo has adivinado, ¿no? ¿Pero qué hay que contar? Cuando los criólogos me descongelaron, fui a un nuevo tallador, que devolvió mi cuerpo a su antigua magnificencia. Y me curó del veneno de Mehtar..., ¡me curó demasiado bien, por Dios! Debes saber que ya no sufro las erecciones nocturnas de mi lanza; ya no sufro

sus erecciones ni de noche ni de día, ni... ni nunca. Se acabó: la poderosa lanza de Bardo se ablandó como un leño podrido. ¡Oh, lástima, lástima!

Aunque quise reírme, no lo hice. Ni siquiera sonreí.

—A veces —dije—, el remedio es peor que la enfermedad.

—No repitas banalidades.

—Lo siento.

—Oh, claro que sí. Bueno, he buscado a Mehtar, pero parece que ha cerrado su taller y ha huido de la Ciudad. —Dio un largo sorbo a su cerveza—. Me sentí tan aturdido con la pérdida de mis..., de mis *poderes*, que dejé que el nuevo tallador me rasurara las células de la cara. «Ya nadie lleva barba», me dijo, así que le dejé desnudar mi cara. Y aquí estoy, lampiño como un chiquillo. Tengo un aspecto ridículo, lo sé. Es una cara de la que avergonzarse, y por eso me ves como estoy, sentado todo el día, tragando cerveza.

Como para enfatizar lo doloroso de su historia, acabó con su cerveza y se frotó el desnudo labio superior. Con las mejillas y labios descubiertos por primera vez desde sus años de novicio, me vi forzado a considerar el aspecto más desagradable de su cara: Bardo, mi feo y carismático amigo, no tenía mentón. Peor aún, sus tendencias hacia la pereza y la cobardía habían dado forma a su cara desnuda del mismo modo que el tiempo esculpe una montaña. Sin barba, parecía a la vez infantil y cruel, santo y dañado. Y también infeliz, demasiado infeliz para su propio bien..., o el de la Orden.

Me froté la barba sobre mi gruesa mandíbula, y decidí esperar un poco antes de esculpir mi cuerpo de vuelta a su antigua forma. La verdad es que no me importaba parecer un alaloi.

Bebimos nuestros licores y charlamos sobre nuestros gloriosos años de aspirantes en Resa y de otras cosas no tan gloriosas. Escuché su profunda voz de bajo vibrar por encima del caótico tintineo de cuchillos y platos, el murmullo de voces que nos rodeaba. Me volví para mirar a través de la ventana interior la pista de hielo. Había aspirantes con sus kamelaikas, maestros pilotos, académicos y altos profesionales..., todos ellos patinando y charlando. Bardo señaló a Kolenya Mor mientras ésta intentaba hacer una pirueta doble y acababa cayendo de culo.

—¿Has oído los rumores? —me preguntó—. Ah, estoy seguro de que sí. Justine cometió el error de confiar en Kolenya, y ahora toda la Orden sabe lo nuestro. —Bebió más cerveza—. *Creen* que saben.

—Entonces, ¿es cierto? ¿Justine y tú? ¿Mi tía Justine? ¿Cómo puede ser? Te sobrepasa en más de cien años.

—El tiempo, ¿qué es el tiempo? Perdóname si hablo poéticamente, pero, después de que una mujer ha llegado a la madurez definitiva, su alma se ha desplegado como una flor de fuego, y ninguna cantidad de tiempo puede extinguir la llama o atenuar

los colores. Y el alma de Justine es una flor perfecta, tan hermosa como una puesta de sol violeta, tan atemporal como el sol. Es su alma lo que amo, Pequeño Amigo. Su alma.

—¿La amas? Recuerdo que una vez me dijiste que era un error para un hombre amar demasiado a una mujer.

—¿Lo hice? Qué estupidez, ¿no? Sí, es cierto, la amo. Bardo ha caído..., ¡oh, cómo lo he hecho! La amo profundamente; la amo continuamente; la amo absolutamente; la amo apasionadamente; y la amaría licenciosamente, si pudiera.

—Pero es la esposa de Soli.

—No, no, ya no. Cuando Soli la abandonó, se divorció de ella en espíritu, aunque no por la ley.

El humo del café era denso e irritante; me escocían los ojos, así que los froté lentamente.

—Pero vivimos en una ciudad de leyes, ¿no? Las leyes de la Orden.

Se lamió su desnudo labio superior.

—¿Oigo la voz del Guardián del Tiempo hablando a través de la tuya? ¿O es la voz de mi amigo que me da un sermón sobre la ley?

—Mi voz es mía —dije—. Hablo por mí mismo, como un amigo a un amigo. Escúchame, Bardo: somos *pilotos*, ¿no? Hemos hecho votos.

—¡Ah, me estás sermoneando sobre la ley, por Dios! Creía que tú, más que nadie, apreciarías la necesidad de dejar atrás la ley.

—¿Por qué? ¿No soy un hombre como cualquier otro?

—Bueno, siempre has sido diferente, desde tu concepción..., naciste fuera de la ley, ¿no? Cuando tu madre replicó a Soli...

—No importa cómo nací; no quiero volver a hablar sobre eso.

—Lo siento, Pequeño Amigo. Pero solamente estaba recalando la relatividad de la ley. ¿No fuiste tú quien solicitó al Guardián del Tiempo que robáramos el plasma de los pobres devaki?

Tragué mi skotch, y acabé rápidamente con otros dos vasos. Pero estaba tan embriagado de furia que el alcohol no me hizo efecto.

—Está la ley de la Ciudad, y por supuesto hay una ley superior. Ojalá supiera cuál es.

—¡Y, sin embargo robaste a los devaki de sus tejidos, por Dios que lo hiciste!

Solté mi vaso y me llevé las manos a los ojos.

—Una vez creí que podía ver las cosas superiores claramente —dije con voz ronca—, pero sólo veía mis deseos, mi vanidad, mi pasión por lo que suponía era la verdad. Siempre me engañaba a mí mismo haciéndome creer que era un órgano, una parte de una ley superior, una orden superior de cosas. Podía sentirlo, Bardo; a veces casi podía verlo. Pero hay sensaciones falsas y visiones falsas, ¿no? ¿Qué soy,

entonces? Un hombre como tú, como cualquier otro, Una vez me coloqué por encima de la ley de los hombres, y ahora Katharine está muerta. Y Liam. Los asesiné con estas manos.

—Bueno, está la Ley de la Supervivencia —dijo él—. Ésa es la mayor de todas las leyes.

Pensé en Agathange, y en otras cosas.

—No, ésa no es la mayor de todas las leyes —dije.

—¿Qué podría ser superior?

—No lo sé.

Más tarde, después de que cenáramos, Justine entró en el café y se encaminó directamente a nuestra mesa. Bardo se levantó rápidamente y le cogió la mano. Parecía a la vez molesto y complacido de tocarla.

—Creía que habíamos acordado no dejarnos ver juntos —dijo.

Ella le dirigió una mirada que él debió comprender inmediatamente, porque asintió con la cabeza y preguntó:

—Oh, ¿qué sucede? ¿Qué ha pasado?

—¿No has oído la noticia? —La voz de Justine era ronca y agitada, como si hubiera estado patinando rápidamente durante todo el día—. ¡Mallory, me alegro tanto de verte!

Nos abrazamos, e incliné mi cabeza hacia ella. Había cambiado desde el regreso de nuestra expedición, dos años antes. Su cuerpo alaloi había desaparecido, igual que su nariz alaloi, su entrecejo, sus dientes y su mandíbula. La habían reesculpido. Con sus labios carnosos y su largo pelo negro, era la misma alta y hermosa tía Justine que siempre había conocido. Si no estaba tan delgada como antes, si sus pechos eran un poco más llenos, sus caderas más anchas, sus muslos un poco demasiado gruesos con voluptuosa grasa..., bueno, pensé, eso complacerá a Bardo infinitamente.

—¡Ha pasado tanto tiempo! —dijo. Me tocó con cuidado la sien, como si no pudiera creer que me había curado. Me llevó aparte y, con tono dulce y bajo, dijo—: Es un milagro. ¡Pobre Katharine! Si hubiéramos pensado en..., oh, lo siento, no debería de haber dicho nada, sé que es doloroso recordar e intento no hacerlo, pero no puedo dejar de recordar, especialmente en momentos como éstos, en los lugares públicos donde los amigos de Soli..., *mis* amigos también, como me recuerdo a menudo..., todos nos miran a Bardo y a mí como si fuéramos, no sé, replicadores, y perdóname por decirlo, pero la verdad es que quiero que sepas la verdad, Mallory; no importa lo que te digan, debes de saber que Bardo y yo sólo somos amigos, buenos amigos, tal vez incluso los mejores amigos, como siempre quise que Soli y yo lo fuéramos, pero nunca pudimos porque, oh, ya sabes cómo es Soli, ¿no? Claro que lo sabes, especialmente ahora que..., bueno, no hablemos de eso, pero Soli, oh, es tan condenadamente frío, demasiado frío, y es una lástima.

Debo admitir que me molestó oír a Justine maldecir, porque casi nunca lo hacía. Me molestó aún más que hubiera copiado algunas de las muletillas de Bardo.

—Cuéntame esa noticia —le dije.

Ella se sentó en una silla junto a Bardo y, sin invitación, dio un sorbo a su cerveza.

—¿No te has enterado? La Estrella de Merripen ha estallado; es una supernova de segunda clase, es cierto, al menos según tu amigo Li Tosh, que iba de camino a casa cuando la descubrió, pero naturalmente, a esta distancia, incluso una supernova de segunda clase es...

Se detuvo a media frase para mirar a Bardo. Éste fruncía el ceño; obviamente nunca había oído hablar de la Estrella de Merripen. Yo tampoco estaba familiarizado con el nombre.

—¿A qué distancia está? —preguntó Bardo.

—La estrella de Merripen es... bueno, debería decir *era*, una de las estrellas del Grupo Abelino.

Bardo y yo nos miramos, y sacudí la cabeza. El Grupo Estelar Abelino estaba cerca de Neverness; la distancia de sus cien estrellas a Nevada era de unos treinta años luz.

—¿Cuánto tiempo hace que estalló? —preguntó Bardo—. ¿A qué distancia está la ola?

—Li Tosh estima que a veinticinco años luz.

Mientras hablábamos, fotones y rayos gamma de la estrella muerta fluían por el espacio en una esfera en expansión. En seis segundos, la luz recorrería más de un millón y medio de kilómetros; en unos ochocientos millones de segundos, la primera ola de la esfera empezaría a bañar Nevada (y la ciudad) con una lluvia de luz de radiación dura.

—Ah —dijo Bardo—, aquí está, entonces, el final de todo. Lástima.

Bebió tranquilamente su cerveza. Sin embargo, pude ver que estaba anonadado por la noticia, igual que yo. Aunque llevábamos toda la vida esperando esta noticia, cuando por fin llegó nos cogió desprevenidos.

—¿Cuál es la intensidad? —pregunté—. ¿Cómo será?

Bardo miró a Justine y respondió por ella.

—Oh, bastante malo; será malo, tristemente malo; probablemente, incluso terminal.

La supernova fundiría el hielo de los mares; la luz asaría las plantas y cegaría los pájaros y demás animales. Posiblemente esterilizaría la superficie de Nevada.

Justine dio otro sorbo a la cerveza. Asintió.

—Se habla de abandonar el planeta —dijo.

Discutimos durante un rato el destino de nuestra ciudad, de nuestra estrella, de

nuestra galaxia. Finalmente, Bardo (y Justine) se aburririeron de esta discusión. La mayoría de los seres humanos hallan posible concentrarse sólo en los hechos que ocurrirán en el futuro inmediato, y Bardo era sumamente humano. Dado su pesimismo innato, normalmente se contentaba sólo con asegurar su siguiente comida.

—Ahhh —dijo Bardo lentamente; y, en ese momento, la luz asesina de la estrella se acercó otros setecientos cincuenta mil kilómetros—. ¿Por qué preocuparnos con *esta* supernova, cuando cualquier cosa podría suceder?, quizás otra supernova más cercana, o un terremoto, o un colapso, o..., oh, *cualquier* cosa podría suceder en veinticinco años, creo, así que, ¿por qué deberíamos pasar cada segundo hablando sobre algo de lo que probablemente no seremos testigos? —Se secó el sudor de la frente—. ¿Dónde está ese maldito novicio? Quiero más cerveza.

Me preocupó el hecho de que algunas de las frases de Bardo sonaran sospechosamente parecidas a las de Justine. Realmente, era una preocupación mucho más inmediata que mi preocupación por la supernova. Supuse que se dieron cuenta de mi preocupación y que no les preocupaba, lo cual era realmente preocupante. Aunque yo no era cético, me pareció que corrían el riesgo de copiar, y quizás ejecutar, el programa de cada uno. Tal era el peligro de compartir la cabina de una naveluz..., si se podían creer las advertencias de los céticos y programadores. Por lo que sabía, dos pilotos no habían compartido nunca el mismo espacio mental al mismo tiempo. Cuando di a entender este peligro y mi preocupación, Justine se alisó los pliegues de la túnica, enderezó la espalda y me dijo:

—No comprendes.

—Ah, no puedes comprender —accedió Bardo.

—No eres un cético.

—Desde luego que no es un cético.

—Es un piloto.

—Tal vez el mejor piloto que ha habido.

—Bueno, ciertamente, es el más afortunado.

—Ah, pero es un piloto que nunca ha sabido lo que es pilotar una nave con un..., ah, un amigo.

—Lástima.

—Sí, es una lástima esta regla que impide que los pilotos viajen juntos.

—En realidad es una regla estúpida, una regla arcaica.

—Las reglas deberían cambiarse para adecuarlas a los tiempos.

—La gente no debería de tener que cambiar para adecuarse a las reglas.

—Se lo diría al Guardián del Tiempo, si accediera a verme.

—Pero él tampoco comprendería.

—No, no comprendería.

—Y, lo que es peor, no querría comprender.

Continuaron de esta forma durante algún tiempo. Aunque sus rostros y cuerpos eran muy distintos, Bardo y Justine parecían demasiado similares. Si no lo hubiera sabido bien, yo podría haber supuesto que eran hermanos, cortados a partir de los mismos cromosomas. Cuando él sonreía, ella sonreía, y sus sonrisas eran iguales. Se reían con los mismos chistes, de la misma manera; parecían anticipar e incluso incitar estos chistes con algún pequeño manierismo o movimiento corporal que yo no podía detectar. Palabra a palabra, pensamiento a pensamiento, sonrisa a sonrisa, uno de ellos originaba una idea o un programa sólo para que el otro lo completara. O, si el programa se interrumpía a la mitad, podía alternarse de uno a otro, de forma que era imposible saber quién pensaba cada cosa. Parecían dos loros de Tria de plumas brillantes que parlotearan palabras huecas. Y, cuando se cansaban de hablar y de mirarse a los ojos, incluso respiraban a la par, inhalando y espirando su aire en silenciosa sincronía.

—¿Cómo podemos decirle a Mallory lo que es compartir los mismos cerebros extensionales?

—Cuando estamos juntos hay, ah..., un aumento.

—De nuestros yoes.

—Cuando estamos juntos fuera de nuestra nave.

—Pero, cuando estamos juntos *dentro*, bueno, es diferente, hay, ah...

—Hay un aumento de algo más que de nosotros mismos.

—La creación de nuestra *esencia*.

—Uno más uno igual a...

—Infinito.

—Alef dos, como mínimo.

—¡Por Dios, es una matemática que el Guardián del Tiempo apreciaría!

—Nuestros yoes separados son también infinitos, eso dicen los céticos; pero, cuando estamos solos, oh, podría decirse que somos prisioneros de un infinito menor.

—Entrar en una naveluz juntos, ah, dile a Mallory cómo es.

—Es maravilloso.

—¡Pero aterrador, tan aterrador!

—Es como atravesar un tapiz de un billón de hilos, y el toque de cada hilo es... éxtasis.

—Es indescriptible.

—Es aterrador.

—No puedo decirle cómo es, no puedo.

—Ni yo.

—Es lo mejor que hay. No hay nada mejor.

—Pero hay un precio.

—Naturalmente, tiene que haberlo.

—El precio.

—Siempre hay un precio.

El precio, pensé, sería la muerte del Bardo y la Justine que yo quería, y pronto, si continuaban viajando juntos. No me gustaba esta entidad creada Bardo/Justine. Sus programas íntimos y privados aún funcionaban, pero se superponían nuevos programas, cubriendo sus antiguos yoes como el baño de oro de una copa de Tria. Su tragedia era (y yo esperaba que no se convirtiera en una tragedia) que amaban más el lustre creado de su esencia compartida que el acero de sus auténticos yoes. En realidad, no estaban enamorados el uno del otro; estaban enamorados de la *idea* de estar enamorados. Y pronto, me temía, muy pronto, sus programas profundos morirían, y no quedaría nada que amar. ¿Tenían derecho a matarse? ¿Tenían derecho, a pesar de sus votos y las reglas de la Orden, a crear algo nuevo fuera de sí mismos?

Por razones propias, yo quería que hablaran sobre esto; pero, antes de que pudiera decir nada, Justine se excusó y salió a contarle a Kolenya Mor la noticia. Después de que se marchara, me incliné sobre la mesa y le pregunté a Bardo:

—¿Qué te pasa?

Bardo se secó el sudor de su abultada frente.

—¿A qué te refieres?

—Cuando Justine nos habló de la supernova, pareciste aliviado.

—¿Aliviado? No, estoy tan asustado que podría vomitar mi cerveza.

—¿De veras?

Miró por encima del hombro a los tres mecánicos sentados en la mesa de al lado, pero ninguno nos prestaba atención.

—Ahhh..., bueno, en realidad, *estoy* asustado, pero en cierto modo esta supernova es una circunstancia oportuna, ¿no estás de acuerdo? Nos dará una excusa para escapar, si es necesario.

—¿Dejarías la Orden?

—No sería el único. No puedes hacerte a la idea de cuántos pilotos están cansados del Guardián del Tiempo y de los otros vejestorios que gobiernan la Orden. —Hizo un gesto al novicio y señaló su jarra vacía—. Y también estamos cansados de no tener libertad.

Bebí un poco de skotch.

—¿Libertad para compartir tu nave con la esposa de Soli?

—No hables de cosas que no conoces. ¡La amo, Pequeño Amigo, por Dios que la amo!

—Entonces, ella debería solicitarle a Soli el divorcio. Y...

—No se divorciará de ella; es demasiado orgulloso. Igual que su hijo.

—No me llames hijo suyo; nunca vuelvas a decir eso. Nunca, Bardo, nunca.

Apoyé el codo en el frío alféizar de la ventana que daba al mar. No podía mirar a

Bardo, así que contemplé a las chirriantes gaviotas bajar en picado para devorar los mariscos que recorrían la playa bajo los acantilados. Frente al Firme, el glaciar que corría entre Waaskel y Attakel rompía bajo el cálido sol del falso invierno. Como cortado por un gran cuchillo, el glaciar se astillaba, lanzando una montaña de hielo al mar. Los crujidos y explosiones de los nacientes icebergs reverberaban en la pared sur de Waaskel con tanta fuerza que sentí vibrar la ventana a través de la lana que cubría mi antebrazo.

La voz de Bardo resonó.

—Has cambiado, amigo mío. Igual que yo, igual que yo.

—Hace mucho tiempo, cuando éramos aspirantes, los horólogos y céticos nos advirtieron que la amistad entre pilotos sería casi tan difícil como el matrimonio —dije—. A causa del tempocruel, decían: las largas ausencias, los cambios.

—Ah, es cierto. Pero no ibas a dejar que el tempocruel, ni nada más, se interpusiera entre nosotros. Eso es lo que me dijiste. Me hiciste tu promesa, Pequeño Amigo.

—Lo sé.

Guardé silencio, pensando en la inherente fragilidad de la amistad. ¿Qué es la amistad, me pregunté, sino un espejo de dos caras que sostenemos ante nosotros, reflejando aquellas imágenes más agradables de contemplar? Y, cuando vemos imágenes empequeñecidas y endurecidas con la escarcha del tiempo, y el espejo empieza a resquebrajarse, ¿dónde está entonces la amistad? Allí estaba yo, sentado como un espejo frío y duro delante de mi angustiado amigo, y él mismo debía verse hosco, sin fe, confundido. Y yo, a través del reflejo de las lagunas de sus ojos..., vi a un salvaje que no me gustó.

No contaré aquí todo lo que hablamos aquella noche. Aunque el sol no se puso hasta medianoche y salió de nuevo unas pocas horas después, fue una noche larga. Permanecimos sentados ante nuestra pequeña mesa, bebiendo copiosamente hasta que el café se vació de gente. Hicimos esfuerzos obligados por bromear, por recordar y reírnos con anécdotas pasadas; hablamos de todas las cosas posibles de las que podrían hablar dos amigos. Y, durante todo el tiempo, Bardo pareció ceñudo, como si me echara la culpa de algo no mencionado. Por fin, cuando ya casi había amanecido y no pudimos seguir bebiendo, se levantó de la mesa y me acusó de matar su fe en su misión como piloto.

—Es culpa tuya —dijo. Golpeó la mesa con el puño con tanta fuerza que la superficie de hierro se curvó como la piel de un tambor—. Soy un derrotado por tu culpa.

—¿Mi culpa?

—¡Tú y tu maldita búsqueda! Querías saber sobre la vida, y fue una lástima. Y yo también. Tu sueño, mi sueño..., me contagiaste tu maldito entusiasmo. Ahhh...

¡Fuimos el alma de la búsqueda, por Dios! Pero la matamos, ¿no? Todo se ha acabado ahora. Tú la mataste; me mataste. Bardo no es el hombre que era, no, no, no, lástima.

Él estaba muy borracho, pero yo estaba tan sobrio como un cético. Tal vez la semilla divina en mi cabeza me hacía inmune a la embriaguez. Me volví para marcharme, pero él me agarró del brazo.

—Vamos a dar unas vueltas por la pista —dijo.

—Estás demasiado borracho.

—No estoy lo suficientemente borracho.

Salimos del café, nos colocamos las cuchillas y patinamos hasta el centro de la gran pista del Hofgarten. A unos pocos metros de distancia, un grupo de aspirantes recién salidos de sus camas practicaban sus piruetas matinales. Extendí la mano para aferrar a Bardo, que se tambaleaba sobre sus patines, agarrándose el vientre embotado de cerveza.

—¡Suéltame! —dijo.

—Escucha, Bardo, aún eres un piloto, aún eres mi amigo, y...

—¿Soy tu amigo?

—¡Escúchame! La búsqueda no ha terminado, no lo hará mientras estemos vivos.

Continúa y...

—Por Dios, eres un soñador... ¡lástima!

—Y tienes miedo de...

—¿Tengo miedo? —gritó—. No te he visto en dos años, creía que estabas muerto, y te pasas toda la noche charlando de todo menos de lo importante. Oh, te conozco demasiado bien, Pequeño Amigo. Te gusta aparentar que eres duro como el diamante, pero por dentro estás acojonado. ¡Dime que no! Categóricamente, categóricamente, te abstienes de hablar de Agathange. ¿Crees que no sé lo que te hicieron? Bien, pues lo sé. He visto cómo meditas, siempre mirando hacia dentro, toda la noche, hacia dentro a través de los diamantes azules, a través de tus malditos ojos azules, iguales a los de tu maldito padre. ¡Mírame! ¿De qué tienes miedo? Te lo diré: Tienes miedo de perderte, ¿me equivoco? Oh, te conozco mejor de lo que crees. Tienes miedo de perder tu humanidad. Bien, ¿y quién no, cuéntame, quién? Todo se pierde para todo el mundo, ¿no? Se pudre, célula a célula, poco a poco, hasta que desaparece por entero. De modo que añadieron partes a tu cerebro, ¿y qué? Ojalá los malditos dioses me hubieran hecho un cerebro nuevo. ¡Tu cerebro es tu cerebro! ¿Qué importa si está hecho de silicio o de neuronas o de queso de shagshay? ¡Es tu cerebro, por Dios! Cuando nos hacemos viejos y nuestros ojos se nublan, ¿qué importa si el tallador te hace crecer unos ojos nuevos, o te construye ojos enjoyados para ver hasta el ultravioleta, para ver los nuevos colores? Aún seguiremos viendo, ¿no? Vemos lo que queremos ver..., y con tu cerebro, ah, pensarás lo que quieras pensar. Pensarás tus malditos pensamientos descabellados porque siempre lo harás. Eso no cambiará.

¿Quieres saber a qué tengo realmente miedo? ¡Te tengo miedo a ti, porque eres salvaje como un loco!

Me enfurecí, e hice que me soltara el hombro. Golpeé el hielo con el pie; hubo una lluvia de nieve sobre el hielo.

—No, tienes miedo de ti mismo —dije. Entonces apreté las mandíbulas con fuerza, porque sabía que me estaba acusando a mí, no a él.

—¿Qué clase de hombre eres? ¡Dejé que una lanza me atravesara el corazón por ti, por Dios! ¡Porque conocía tu secreto, sabía que tenías miedo a morir, un miedo espantoso! —La voz de Bardo se apagó, y parpadeó mientras me miraba—. Y porque yo...

—No —dije—. No te creo. Te colocaste ante la lanza por accidente. Eres sólo un borracho cobarde y flácido.

Lamenté las palabras en el momento en que saltaron de mis labios. Eran palabras terribles, palabras que un amigo nunca debe decir a otro, no importaba que fueran verdad. *Especialmente* ya que eran verdad. Moví los labios lentamente, buscando otras palabras para negar las palabras que había pronunciado con tanta crueldad. Pero las palabras tardaron en venir, y mientras la cara de Bardo se cargaba de sangre, él pronunció palabras más crueles aún:

—Y tú eres un bastardo —dijo—. Y tu madre es una sucia replicadora. Eres un bastardo salvaje, peligroso y replicado.

Sentí como si me hubiera golpeado la cara con un bloque de hielo. Mis músculos temblaron, pero no pude moverme. Bardo desapareció de mi vista, igual que los otros patinadores con sus pintorescas kamelaikas. Sólo quedó el brillo acerado del hielo lastimando mis ojos con duras y blancas puñaladas de luz. Un océano de voces lejanas me engulló; oí patines chasqueando contra el hielo; sentí el viento flojo y el otro centenar de sonidos de la pista, aunque no podía ver. No sé cuánto tiempo pasé sumergido en mi furia ciega. Cuando los rojos, azules y verdes regresaron súbitamente a mis ojos como las flores aparecen en un campo nevado en el falso invierno, me encontré solo en mitad de la ruidosa pista de hielo. Bardo, mi cobarde amigo, mi más antiguo amigo, se había ido.

* * *

Dejé el Hofgarten decidido a detener a Bardo antes de que encontrara otro bar, antes de que bebiera hasta dormirse y se derrumbara en algún oscuro callejón del Sector Extremo. Patiné hacia la Calle de los Diez Mil Bares. La luz del amanecer se filtraba a través de las hospederías de frágil obsidiana y otros edificios. Las encrucijadas estaban desiertas y, al este, las deslizaderas menores eran lagunas de fuego. De la compuerta de una hospedería emergieron unos pocos fravashi con

aspecto cansado y hambriento. Se frotaron las membranas nictitantes de sus ojos y se silbaron mutuamente en un tono tan agudo que sólo pude distinguir una décima parte de sus palabras. Cuando pasaron junto a un grupo de novicios medio dormidos, bajaron el tono de sus silbidos para que sus oraciones pudieran ser sentidas y comprendidas. Los novicios contestaron silbando con notas torpes e inexpertas, dando las gracias a los alienígenas. Éstos palmearon y se rieron mientras se apresuraban a practicar sus técnicas de pensamiento. Con sus túnicas blancas y limpias, cubriéndose los ojos con las manos enguantadas contra el resplandor, parecían inmaculados muñecos que saludaran al amanecer.

En mitad de la calle, brillantes trineos amarillos llenos de comida, lanas y otros productos corrían continuamente de un lado para otro. Los trineos, quemando hidrógeno y oxígeno en estampidos bien espaciados y medidos, expelían vapor de agua. Era este fino rocío de los trineos por toda la Ciudad lo que se aposentaba sobre la fría piedra, se congelaba y cubría los edificios de plata. Recordé que el Maestro Jonath (el historiador que había sido tutor de Bardo y mío en nuestro segundo año en Borja) decía que en la Vieja Tierra, durante el Siglo del Holocausto, en muchas ciudades los trineos iban montados sobre ruedas engrasadas y quemaban hidrocarburos en un motor de acero. Los humos resultantes, sostenía, eran invisibles al ojo e inofensivos. Él, que odiaba las frías brumas que tan a menudo recorren nuestra Ciudad, proponía que acabáramos con nuestras hermosas calles y copiáramos el ejemplo de los antiguos. Lo recordé decir esto, lo recordé tan claramente como recordaba mis tablas de multiplicar. El amable Maestro Jonath, con sus verrugas y su largo pelo negro y rizado, sermoneando pacientemente mientras Bardo y yo nos intercambiábamos puñetazos sobre la fea alfombra gris de su apartamento... ¿Qué truco de la memoria es el que permite ver tan claramente nuestra juventud? ¿Por qué los hechos que sucedieron más tarde en el tiempo (importantes, como la vez en que según Bardo perdí los nervios y casi maté a Marek Kesse), por qué son esos recuerdos tan a menudo borrosos y sombríos?

Sean cuales sean los fallos de mi memoria, siempre recordaré el milagro que sucedió aquella mañana. Patinaba por el Paseo de los Mil Monumentos cuando mi sentido del tiempo empezó a dilatarse. La resbaladera se dividía en dos anchas bandas anaranjadas cuando mi mente empezó a dividir segmentos del tiempo en infinitésimos interminablemente largos. Separando los carriles norte y sur de la calle había un paseo de estatuas, obeliscos y otros testamentos de glorias pasadas y glorias por venir de un kilómetro de largo. Mientras pasaba junto al inmenso memorial hibakusha, que tiene forma de hongo, los novicios cercanos parecieron moverse con exquisita precisión, despacio, despacio, tan despacio como si sus miembros estuvieran sumergidos en las aguas densas y heladas de los Starnbergersee. De repente, se produjo un deslumbrante despliegue de colores. Ante mí, la Vanidad del

Tycho cortaba el aire con cuchillos de amatista, diamante y rubí. Las monstruosas gemas (algunas eran altas como un abeto) sobresalían del hielo del Paseo. Se unían unas con otras, rojas con azules, el dorado fundiéndose con el púrpura, en extraños ángulos retorcidos. Para muchos de los peregrinos de nuestra Ciudad, la larga exhibición debe haber parecido un asombroso amasijo de joyas amontonadas descuidadamente, una carísima jungla de colores amontonados al azar. Para un piloto, el monumento tenía un significado diferente. Los gruesos bloques de esmeraldas y graciosos collares de zafiro eran una representación física de las ideoplastias que el Tycho había usado en la formulación de su famosa conjetura. Éste había ordenado que la mejor inspiración de su mente se pusiera de manifiesto, y por eso durante setenta metros del Paseo el primero de los veintitrés lemas necesarios para demostrar la conjetura quedaba capturado en duras columnas de diamante con intención de durar eternamente. (El Tycho había pedido originalmente que los veintitrés lemas fueran colocados uno detrás del otro por toda la longitud del Paseo. Ese plan, sin embargo, resultó ser demasiado grandioso. El coste de importar las joyas casi había arruinado a la Orden, entonces mucho más boyante y más poderosa que ahora). Patinaba junto a los glifos de rubí enroscado que representaban la prueba del teorema del punto-fijo, cuando el momento de tempolento se endureció y el tiempo casi se inmovilizó. Nunca antes había experimentado yo una instantaneidad tan profunda fuera de las neurológicas de mi naveluz. Grabadas en mi retina había imágenes de novicios con la boca abierta detenidos a mitad de su gesto como estatuas blancas. El trueno de los trineos y el clic-clac de los patines de acero aumentó, extendiéndose lenta y profundamente, solidificados en un solo sonido. Con un brazo atrás y el otro delante, la punta de mi patín inmóvil y adelantada, debí de guardar un curioso parecido con el glifo congelado del Tycho. Fue en ese momento, con los somorgujos de la nieve suspendidos graciosamente a mitad de vuelo, con la Ciudad detenida a mi alrededor, cuando encontré a Bardo.

Colgaba de uno de los glifos. Sus grandes manos envolvían un rubí conector; la masa de su cuerpo estaba inclinada hacia delante, estirando sus largos brazos, tirando de sus manos engarfiadas. Su rostro era una máscara congelada. Parecía a la vez aterrorizado y excitado, avergonzado y travieso como un niño desobediente.

¿Cómo puede existir una mente fuera del tiempo? ¿Cómo pueden ser completados los pensamientos y las estrategias diseñadas cuando los neurotransmisores del cerebro están silenciosos e inmóviles como el hielo azul en el invierno profundo? ¿Es posible detener por completo el tiempo? (Katharine creía que la mente crea el tiempo. Creía que los amantes, en su momento de goce, existen juntos en un reino mental atemporal. Una vez me enseñó una especie de pura instantaneidad, pero, de un modo u otro, he estado atrapado en el tiempo la mayor parte de mi vida). ¿Se detiene el tiempo, o solamente se dilata tanto que parece detenerse, un nanosegundo en un año,

un infinitésimo en la eternidad? La mayor parte de mi cerebro era aún humano, pensaba, sangre y neuronas, pero partes de mí estaban en fase con el tiempo de un ordenador; la semilla divina en mi interior era eléctrica, y procesaba la información de maneras que yo no comprendía. La ridícula imagen de Bardo balanceándose como un mono de la lanza de rubí se fijó en mi mente, y me pregunté cómo podría rescatarle (a él y a nuestra amistad) del negro ámbar del tiempo. Comprendí, de pronto, lo que intentaba hacer. Allí, sobre el hielo, mientras el momento de instantaneidad se quebraba y el mundo cobraba vida a mi alrededor y se apresuraba de nuevo, supe que Bardo había venido aquí para matarse.

Para mi dilatado sentido del tiempo, lo que sucedió a continuación se desarrolló tan despacio como un gusano marino construyendo su concha: Bardo se balanceaba adelante y atrás, quebrando el cristal con su peso. El chasquido del cristal gravitó durante largo rato en el frío aire de la mañana. Como si estuviera desinflando lentamente un globo, cayó al hielo. Sostenía en sus manos ensangrentadas la afilada punta de rubí. Colocó la lanza en un montón de nieve congelada. La arista afilada e irregular apuntó hacia su pecho. Bardo me miró. Lentamente, tristemente, lentamente..., y una triste comprensión se grabó despacio en los torturados rasgos de su cara. Sus ojos se movieron. Apretó los dientes. Una gota de agua plateada cayó de su mejilla. Pasó sus manos ensangrentadas por sus ropas negras. Sonrió lentamente. Una fina película de saliva se extendió entre sus dientes. La película burbujeó y se expandió. Se llenó de aire. Por fin, mientras yo observaba, reventó. Bardo colocó sus manos rojas en los pliegues de sus ropas, allá donde se unían en el cuello. Abrió las capas. El rojo empapó lo negro. Desnudó su pecho. Vi la piel olivácea cubierta con millares de negros vellos rizados. Se rio. La grave explosión tardó horas en alcanzar mis oídos. Como una montaña de hielo desgajándose lentamente de un glaciar, empezó a tambalearse hacia la afilada lanza de rubí. Claramente, si completaba su trayectoria, la lanza atravesaría la piel de su pecho. La lanza se abriría paso lentamente a través de los tensos músculos. Tal vez rompiera las costillas. Habría un momento de dolor eterno. Sería cruel. La lanza tocaría el gran corazón mientras se detenía entre latidos. Seguiría entrando. Y Bardo gritaría, y habría un mar de sangre, y Bardo tendría infinitamente miedo.

De repente, me moví. El mundo se movió con exquisita lentitud a mí alrededor, mientras yo debí hacerlo con la velocidad y el frenesí de un talo. Soy el frenesí, soy el relámpago, pensé, mientras repetía mentalmente el dicho de los guerreros poetas. E, instantáneamente, conocí el fiero éxtasis de las neuronas eléctricas y los músculos ardiendo y el movimiento acelerado. Como un guerrero poeta en su ansia por la muerte de su siguiente víctima, corrí hacia Bardo, cruzando la larga extensión de hielo que nos separaba en un titilante segundo, una nada congelada de temporreal. Golpeé su axila con mi hombro, arrojándole al hielo. Los dos caímos. La lanza roja

no alcanzó su pecho por un centímetro.

Nos quedamos allí tendidos, desorientados, jadeando en busca de aire. Regresé a temporal con una sacudida mental.

—¡Por Dios, es imposible moverse tan rápido! —exclamó Bardo.

Traté de sentarme, pero los tejidos de mi cuerpo ardían y no me movían.

—Si no lo hubiera hecho, te habrías matado.

Se quedó medio agachado, apoyando los antebrazos en los muslos. Me miró tímidamente.

—Bueno, no lo habría hecho, no de verdad. Bardo es demasiado cobarde para matar a Bardo. Te vi patinando por la resbaladera. Pensé que podías..., oh, bueno, esperaba que me gritaras para que me detuviera.

—Habría sido más simple, es cierto.

—Bien, una vez más me has salvado —dijo—. Como la vez en que le pateaste la cabeza a Marek Kesse cuando me estaba ahogando, ¿te acuerdas?

Me puse en pie con su ayuda, pero mi hombro no funcionaba bien. Sentía fuego en la articulación, como si los huesos se hubieran separado.

—Tengo... un recuerdo de un recuerdo.

Se frotó las manos ensangrentadas y tosió.

—No hay manera de poder no decir lo que dije, ¿verdad, Pequeño Amigo?

—No.

Tras nosotros oímos las voces de los novicios y los fravashi. Nos rodearon, claramente sorprendidos por la profanación de Bardo al gran monumento (y no menos sorprendidos, pensé, de que yo me hubiera movido tan rápido como un guerrero poeta).

—¿Qué estáis mirando? —les gritó Bardo.

Traté de alzar el brazo para apoyarme contra él, pero apenas pude moverlo.

—Tampoco hay manera de que yo pueda no decir mis palabras —le dije—. Pero lo diré de todas formas: no eres un cobarde.

Él miró la lanza de rubí que casi le había empalado. Le dio una patada tan fuerte que la derrumbó y la hizo cliquetear sobre el hielo. Un novicio delgado y pecoso abrió la boca. Al parecer no sabía que, aunque los grandes cristales de la Vanidad del Tycho habían sido ruinosamente caros de fabricar, como joyas que pudieran cortarse y venderse no valían nada. El Tycho, aquel hombre vanidoso y astuto, había pensado en impedir su profanación y robo, y ordenó que las joyas estuvieran impregnadas de varias impurezas y llenas de defectos.

—Claro que soy un cobarde —dijo Bardo—. Pero, cuando éramos más jóvenes, tenías el detalle de no llamarme nunca cobarde. Incluso cuando *era* un cobarde.

—Lo siento.

Volvió a patear la joya rota y miró de nuevo mi hombro caído.

—Entraste en tempolento, ¿verdad?

—Es peor que eso.

—Sin unirme a tu maldita nave..., ¿refrenaste el tiempo?

—Detuve el tiempo.

—Eso es imposible. Nadie puede detener el tiempo.

—Yo puedo.

—¡Por Dios, es un milagro!

—En mi interior, lo que los agathanianos llaman su semilla divina..., está rehaciendo mis neuronas, y tal vez mis nervios. Incluso ahora, mientras hablo, los cambios..., ¿cómo puedo saber qué otros cambios habrá? Parece que aún soy yo, creo que lo soy, pero...

—Eres tú. ¿No lo sabría yo si Mallory ya no fuera Mallory?

—Lamento lo que dije, Bardo. Soy salvaje e impulsivo, y no tengo contención.

—¡Por Dios, ése es el Mallory que conozco!

Me llevé la mano al hombro herido.

—Y tengo miedo —dije.

—Ah, no hay nada peor que el miedo, ¿verdad?

—Tengo miedo de perderme.

Me rodeó con su brazo y medio me alzó, medio me llevó a la resbaladera.

—Pequeño Amigo —dijo—, nunca podrás perderte. Y nunca podrás perder a tus amigos, al menos no a tus amigos como yo.

Entonces me prometió que nunca dejaría la Orden por elección propia, ni siquiera aunque el cielo se llenara de un millar de supernovas.

—En el fondo de mi alma amo esta Ciudad y a mis amigos casi tanto como amo a Justine. Y por eso te diré lo que voy a decirte. Contén la respiración, Pequeño Amigo, porque tengo una mala noticia para ti.

Así supe que en Neverness, la Ciudad de la Luz, la Última Ciudad, la Ciudad de los Mil Complots, había un complot para rehacer la Orden. Era casi como si la Ciudad hubiera estado esperando mi regreso de Agathange. Desde entonces, un grupo de pilotos y profesionales había estado planeando cambiar las cosas según sus designios. Y el arquitecto del complot, me dijo Bardo, triste, reluciente, el líder de los conspiradores que desharían al Guardián del Tiempo y tal vez todo lo demás, era mi madre, la maestra cantora, Dama Moira Ringess.

CAPÍTULO 19

La parábola del Rey Loco

¿Qué es un guerrero sin una guerra, un poeta sin un poema?

—Dicho de los guerreros poetas.

Más tarde, ese mismo día, traté de encontrar a mi madre. Pero su casita en el Sector de los Pilotos estaba vacía. Acudí a sus amigos, Helena Charbo y Kolenya Mor, entre otros, pero ninguno parecía saber dónde estaba. Y ninguno pareció dispuesto a admitir que había un complot para derrocar al Guardián del Tiempo, y mucho menos para rehacer la Orden. Obviamente, Bardo había estado prestando demasiada atención a los chismorreos, me dijo Kolenya. Y, según Burgos Harsha, que se tiraba nerviosamente de sus hirsutas cejas mientras hablaba con él, no había ninguna conjura.

—Es cierto que muchos pilotos no son felices —dijo—. Pero ¿quién complotaría contra el Guardián del Tiempo? ¿Quién (y debería añadir que *hay* pilotos y profesionales que podrían estar dispuestos a hacer campaña en favor de ciertos cambios, pero cambios *dentro* de la estructura de los cánones, desde luego, legalmente, legalmente), quién sería tan estúpido?

Cuando pasaron los días y mi madre siguió sin regresar a su casa, empecé a preocuparme. Li Tosh juró haber visto a mi madre en compañía de un guerrero poeta, una noche, cerca del Verde Merripen, en el Sector Extremo. Esto probaba que estaba viva, dijo, y que no debería preocuparme. Tal vez mi madre había tomado finalmente un amante. Pero me preocupé; enfermé de preocupación. No creía que hubiera tomado amante alguno. Entonces, ¿por qué frecuentaba a un guerrero poeta? ¿Para qué se arriesga la gente razonable a contactar con los guerreros poetas, sino para hacer que asesinen a sus enemigos? ¿Y quién era su principal enemigo, sino Soli? Había robado el ADN de Soli para hacerme, y esto era un gran crimen. Soli incluso podría exigir al Guardián del Tiempo que la decapitaran, si deseara venganza, si reconociera que yo era hijo suyo. Yo *sabía* que Soli nunca admitiría esto ante nadie, ni siquiera ante sí mismo. Pero ¿podía estar segura mi madre? No, no podía estarlo, y por eso tejía sus planes y se escondía en el Sector Extremo y se unía a asesinos..., todo sin molestarse en revelármelo. Obviamente, no confiaba en mí.

Si he dado la impresión de que toda nuestra Orden estaba repleta de conjuras e intrigas, no era así. Siempre estaba la búsqueda. Aún se hacían grandes descubrimientos; para unos pocos, todavía era una época de inspiración y riesgo. Dos años antes, mientras yo cazaba vientres de seda en el bosque de Kweitkel, un equipo de cinco pilotos se había propuesto penetrar el Dios de Silicio. Sólo uno de ellos,

Anastasia de La Nave, había regresado para hablar de los espacios salvajes más impenetrables aún que los de la Entidad. Otro piloto, el fabuloso Kiyoshi, había encontrado un planeta que parecía ser el hogar ancestral de los ieldra. Grandes hechos, grandes inspiraciones. Un programador, trabajando con un unidor y un historiador (¡y vaya tríada profana debieron ser!), había seguido el rastro de los senderos evolutivos y había hecho un modelo del ADN de los primeros hombres. Maestros unidores trabajaban decodificando este ADN modelado, esperando descubrir el secreto de los antiguos dioses. Y, por supuesto, debo mencionar al fabulista que creo un escenario en donde la Vieja Tierra *no* era destruida. Esto condujo a Sensim Wen, el semántico, a reinterpretar el significado de un poema tonal fravashi, lo que a su vez inspiró a un holista a proponer un modelo distinto para la progresión del Enjambre. Un fantasista, que estudió el nuevo modelo, se retiró a su cubil y recreó un holograma de lo que llamó «La galaxia como podría haber sido». Finalmente, un piloto estudió el holograma y se internó cerca del borde interior del Brazo de Orión, donde esperaba encontrar la Vieja Tierra. Todo en vano, naturalmente. Pero fue un intento valiente, aunque un poco ridículo y extraño.

Igual de extraño, a su modo, fue el recuerdo (la revelación), del Maestro Thomas Rane, el rememorador. Como esta revelación prendió una amarga discusión entre los escatólogos y resultaría importante en la crisis que siguió a mi retomo a la ciudad, registro aquí sus famosas palabras como él las registró en la oscura espiral de memoria racial de su pasado distante.

Me llamo Kelkesh, y mis brazos son jóvenes y marrones como el café. Llevo la piel del lobo que maté cuando me convertí en hombre. La piel está mojada. Estoy en un saliente en una montaña. Ha llovido, y hay brumas en los verdes valles de abajo, un arco iris en el cielo. La quietud es muy real. Y en el cielo, en el borde mismo del arco iris, hay un agujero. Hay un agujero en el cielo, y es tan negro como el ojo de mi padre. Del agujero surge una luz plateada, y luego luz blanca; pronto todo el cielo es una bola de luz. La luz cae sobre mí como la lluvia. Cuando abro la boca para gritar, la luz se mete en mi garganta. Mi espina dorsal tintinea. La luz corre por mi espalda hasta mis riñones. Mis testículos arden; mis testículos son fuego; mis testículos se llenan de las ardientes gotas de luz. Es el dios Shamesh dentro de mí, y su imagen arde en mi carne. Shamesh es el sol; Shamesh es la luz del mundo; Shamesh habla y su voz es la mía: «Eres la memoria del Hombre, y el secreto de la inmortalidad está en tu interior. Vivirás hasta que las estrellas caigan del cielo y el último hombre muera. Ésa es mi bendición y mi maldición». Y, entonces, la luz desaparece. En el cielo, el arco iris se desvanece; el cielo es una cáscara azul sin agujeros.

Bajo la montaña hacia las cabañas de mi padre, Urmesh, el chamán. Cuando le digo que estoy lleno de luz divina, él se tira de los blancos cabellos y me mira lleno

de ira y celos. Me dice que he sido mordido por un demonio; los dioses no tocan a los hombres con su luz. Prepara una punta de lanza ardiente para expulsar a los demonios de mis testículos. Convoca a mis hermanos para que me sujeten. Pero yo estoy lleno de fuego y de luz, y me alzo y mato a mis hermanos y mato a Urmesh, que ya no es mi padre. Shamesh el dios es mi padre. Cojo mi cuchillo ensangrentado y me envuelvo en mi piel de lobo y bajo a los valles para vivir entre los pueblos del mundo.

Se discutió que el recuerdo del gran rememorador era un recuerdo falso. Tal vez. O tal vez había revivido las vidas (y muertes) de sus antepasados. Yo mismo creía que había recreado los mitos primarios de los ieldra y los había codificado como un recuerdo. Pero ¿quién podía saberlo? Durante aquellos días caóticos y conflictivos, ¿quién sabía cuáles de nosotros eran auténticos videntes, y cuáles estaban simplemente engañándose a sí mismos?

Poco después de esto, en un día de pasta fangosa, la clase de nieve que sólo cae en la primavera del medio invierno, el Guardián del Tiempo me llamó a su torre. Aunque la naturaleza de la vida es el cambio, había unas pocas cosas en mi vida que no parecían cambiar nunca. Aquel hombre sin edad, inmutable, me sentó en la silla familiar junto a las ventanas de cristal. Los cuadrados tallados rojos y negros de la silla estaban tan duros como siempre. Los relojes sonaban; la habitación estaba llena de los rítmicos latidos, pulsantes y susurrantes, de los relojes. Uno de ellos (un reloj incrustado en una caja de cristal cuyas piezas visibles estaban hechas de madera) repicaba. El Guardián del Tiempo, que caminaba de un lado a otro ante las ventanas curvadas, me dirigió una mirada sombría, como si el reloj repicara por mí.

—Bien, Mallory, has estado excepcionalmente cauto hoy.

Dio la vuelta a mi silla para poder mirar mi perfil. Inhalé el aroma a café de su aliento.

—No, no vuelvas la cara —me dijo cuando alcé la cabeza para examinar la telaraña de líneas en las comisuras de sus ojos—. Asume la actitud adecuada..., tengo preguntas que hacerte.

—Y yo te preguntaría si tengo algún motivo para adoptar cautela.

—Ja, ¿el joven piloto me interroga?

—Ya no soy tan joven, Guardián del Tiempo.

—Hace poco, menos de cuatro años, fanfarroneabas sentado en esa silla de que ibas a penetrar los espacios de la Entidad. Y ahora...

—Cuatro años... pueden ser mucho tiempo.

—¡No me interrumpas! Y ahora estás sentado aquí, casi igual de joven y dos veces más alocado. ¡Conjuras! Sé que algunos pilotos conjuran contra mí. Tu madre..., me han dicho que ha hablado con guerreros poetas. No trates de negarlo. Lo que quiero saber, lo que necesito saber, es: ¿eres hijo de tu madre o piloto del Guardián del Tiempo? —Recorrió con sus uñas la caja de metal de uno de los relojes.

Resonó un «ping» de cromo—. Dime, Mallory, ¿dónde está tu insidiosa madre, esa zorra replicadora?

—No lo sé —dije—. Y no la llares así, no importa lo que creas que ha hecho.

—Sé lo que ha hecho tu madre —gruñó—. Y sé quién es tu padre.

—No tengo padre.

—Soli es tu padre.

—No.

—Eres hijo de Soli..., debería haberlo visto hace años, ¿eh? ¿Quién habría pensado que tu madre sería tan osada de robarle su maldito plasma? Bien, sé lo que ha hecho tu madre, y estoy razonablemente seguro de que planea matar a Soli, y posiblemente también a mí..., ¡tu maldita madre!

Agarré los curvados brazos de la silla, brillantes y gastados por las manos de un millar de sudorosos pilotos antes que yo. Me esforcé por no decir nada, por mantener las manos engarfiadas a la silla.

—Ella me ha traicionado, pero tú no me traicionarías, ¿verdad, Mallory?

—¿Crees entonces que soy un traidor?

—¿He dicho que fueras un traidor? No, no eres ningún traidor, espero. Pero ¿qué hay de tus amigos?

—Bardo me ha dado su palabra de que no...

—¡Bardo! —rugió—. ¡Ese tubo de grasa, esa mula desobediente! Aunque ignorara su conducta adúltera, su cobarde charla ya ha contagiado a sus amigos. Estoy pensando en los pilotos más jóvenes: Jonathan Ede y Richardess y Delora wi Towl. Y los pilotos más viejos, Neith y Nona, y Cristoble. Y mis profesionales. Y mis académicos, como Burgos Harsha, y cien más. Se habla de que dejarán la ciudad para siempre. ¡Cisma! ¡Hablan de cisma, la ruina de la Orden!

—Se habla de cambio —admití.

—Demasiado cambio es muerte. —Se acercó a la ventana. Apretó la frente contra el cristal helado, suspiró—. ¿Crees que estoy sordo a lo que se dice? Que la Orden se ha estancado durante mil años; que la profesión y los profesionales se han quedado rígidos en su forma de pensar; que necesitamos nuevos sueños, nuevos problemas, nuevos modos de hacer las cosas. ¿De veras los necesitamos? ¿Qué piensas?

Pensaba en lo que muchos de mi Orden pensaban: que los pilotos caían demasiado a menudo contra sus compañeros pilotos por celos o rivalidad, que profesión disputaba con profesión, escuelas distintas luchaban entre sí por imponer su interpretación del propósito de la Orden sobre todas las demás. La visión original y unificadora de una humanidad compartiendo el espacio y descubriendo su lugar y propósito en el universo se había disuelto en un centenar de filosofías, nociones y conceptos diferentes.

—Pero ¿no es ése entonces el destino de todas las religiones y órdenes? ¿Al final,

división y muerte?

—Quieres decir división y *guerra*. Si dejara que mis pilotos fueran por sus caminos separados, al final habría guerra..., una guerra grande, sucia y sangrienta.

Sonreí, porque pensé que el Guardián del Tiempo estaba siendo demasiado dramático. Cité a los historiadores:

—La guerra es un arte muerto, tan muerto como la Vieja Tierra —dije—. Hay límites, ¿no? ¿Las lecciones de la historia? No creo que nadie en nuestra Orden quisiera reinventar la guerra.

—¿Y qué hay de la guerra entre Cihale Mayor y Mio Luz?

—Eso fue una escaramuza —dije yo—. No una guerra real.

—¡No una guerra real! Ja, ¿qué sabes tú de guerra? Los tychistas lanzaron bombas *de fusión* sobre los deterministas. ¿Cuántos murieron? ¿Treinta millones?

Sacudí la cabeza, tratando de recordar mis lecciones de historia.

—No lo sé. Treinta y tantos. —Y luego, un momento después, llegó el recuerdo —: Treinta millones cuatrocientos cincuenta y cuatro mil..., aproximadamente.

—¿Y llamas a eso una «escaramuza»? Bien, la llames como la llames, ¿por qué crees que esa escaramuza no se convirtió en una «guerra real»? ¡Restricción, infiernos! ¿Qué crees que mantiene en paz a los Mundos Civilizados? La guerra es ruinosamente cara..., ésa es la razón más importante. Aunque Cihale Mayor y Mio Luz estén conectadas por un simple pasillo, los incompetentes pilotos tychistas con sus repugnantes bombas de fusión, los pocos que sobrevivieron al multipliegue, necesitaron treinta años para alcanzar Mio Luz. Nuestro aspirante más novato podría hacer el viaje en treinta días.

—El tiempo es mutable —dije, burlándome de uno de sus famosos dichos. Pero mi sonrisa se esfumó mientras aceptaba su razonamiento. Si viajar a través del multipliegue se hacía fácil, ¿la guerra se haría fácil también? Y, ¿quién podría viajar con más facilidad y elegancia que un piloto de nuestra Orden? ¿Qué podría ser más desastroso que una guerra entre las diferentes facciones de nuestra Orden?—. Pero, aunque la guerra fuera fácil —objeté—, sería demasiado terrible, y nadie iría a la guerra contra nadie, creo. Además, escaramuza o guerra, los habitantes de Cihale Mayor y Mio Luz estaban locos. La mayoría de las personas y planetas aman la paz.

Insospechadamente, se me acercó y se plantó ante mi silla. Frunció el ceño.

—Mallory, Mallory, has sido golpeado, tallado, sacudido, odiado, amado, y te han enseñado la verdad, pero sigues siendo ingenuo. —Se apartó el pelo blanco de la frente y suspiró—. ¡Ingenuo, digo! ¿Cuál es la esencia de la historia? ¿El deseo de paz? ¡Ja! La guerra es el precio de nuestra búsqueda de poder; la guerra ha sido la maldición del hombre durante veinte mil años. Está en la naturaleza de las cosas que nadie pueda encontrar la paz, pero cualquiera puede hacer que todos los demás se enfrenten a la guerra. ¿Por qué crees que fue destruida la Tierra? ¿Te cuento una

parábola de la historia de la Tierra?

Me rebullí en mi silla, tratando de acomodarme.

—Cuéntamela —dije, porque no tenía otra elección.

Sonrió y se aclaró la garganta.

—Erase una vez —empezó—, en que todos los hombres vivían en tribus, y el aire era limpio, y había comida para todos, y la paz era la ley de la Tierra. Pero entonces una tribu, porque se amaban a sí mismos más que a su planeta madre, se volvieron sordos a esta ley. Así, cayeron en la locura. Se volvieron demasiado grandes y demasiado poderosos. Descubrieron que era más fácil robar su pan a los otros que hornearlo ellos mismos. Ansiaron un imperio, una vida de comodidades. Enviaron sus ejércitos hacia el oeste contra las cuatro tribus más cercanas, que amaban mucho la paz. Pero no pudieron tener paz. La primera tribu se enfrentó a ellos lanza contra lanza, pero eran demasiado pocos, y la tribu loca los exterminó hasta el último hombre. Las mujeres, naturalmente, fueron violadas y se las esclavizó, junto con sus hijos, para que trabajaran en los campos de trigo. La segunda tribu, viendo lo que le había pasado a la primera tribu, bajó sus lanzas, por el momento, y besó los pies de la tribu del rey loco. Suplicaron por sus vidas. Si el rey les permitía conservar a sus mujeres e hijos, serían buenos guerreros y harían lo que el rey ordenara. Así, la segunda tribu fue absorbida, y la tribu loca se hizo aún más grande. La tercera tribu, que amaban su libertad tanto como amaban sus vidas, huyó al desierto del sur, donde la vida era dura y apenas había comida y agua suficiente para todos. La cuarta tribu no quería ni ser exterminada, ni ser absorbida, ni huir. Amaban apasionadamente su tierra. Y, así, su rey, que era un hombre visionario, ordenó a sus guerreros que hicieran sus lanzas más largas que las de los guerreros de la tribu loca. Cuando se produjo la batalla, el número superior de la tribu loca fue contrarrestado por las lanzas más largas de la cuarta tribu. De este modo, ninguna de las dos tribus pudo vencer. Entonces, el rey visionario, que había empezado a disfrutar del gusto de la guerra, advirtió que en la siguiente batalla la tribu loca volvería con lanzas más largas. «¡Debemos tener más guerreros!», exclamó el rey visionario. Y volvió la mirada aún más hacia el oeste, y sus ejércitos esclavizaron a las tribus occidentales, e hicieron lanzas aún más largas. Y, así, la cuarta tribu se volvió tan loca como la tribu loca. De esta manera, como una enfermedad, el hábito de la guerra se extendió hasta las tribus más lejanas de la Tierra. Las tribus se convirtieron en imperios que destruyeron los imperios más cercanos, y lamentaban no poder hacer la guerra a los imperios más lejanos porque las distancias eran demasiado grandes para que sus ejércitos las cruzaran. Por fin, un rey, el más listo de todos, colocó cohetes a la base de las lanzas de sus hombres y bombas de fusión en sus puntas. Cuando todos los reyes de todos los imperios de la Tierra hicieron lo mismo, el rey listo advirtió que la guerra era obsoleta e imposible. Si cualquiera de ellos lanzaba sus lanzas contra otro,

dijo, aseguraría su propia destrucción, pues contra la lluvia de lanzas equipadas con bombas de fusión incluso los escudos mejores y más costosos eran inútiles. Y así hubo paz en la Tierra..., hasta que el bufón de la corte del rey listo le recordó que había olvidado una cosa.

Hizo una pausa en su ferviente discurso para secarse el sudor de la frente. Me miró expectante, para ver si le iba a preguntar qué era lo que había olvidado el rey listo. Aunque no quería oír las palabras de un bufón alegórico, pregunté:

—¿Y qué había olvidado el rey listo?

El Guardián del Tiempo hizo una mueca.

—Había olvidado que él y toda la gente de su imperio y todos los imperios del mundo estaban locos.

Contuve la respiración.

—¿Y entonces? —pregunté.

—Ya sabes el final de la parábola —dijo él en voz baja—. Ya lo sabes.

Diligentemente, reflexioné durante un rato. A excepción del tictac de los relojes y nuestras respiraciones sincopadas, la habitación estaba en silencio. En el exterior nevaba copiosamente. Yo tenía frío, pero el Guardián del Tiempo sudaba. Gotitas de sudor resbalaban por sus planas mejillas hasta la dura línea de su barbilla. No pude dejar de sonreír.

—Guardián del Tiempo —dije—, parece que tú también has olvidado una cosa.

—¿Eh?

—La tercera tribu, la que huyó al desierto donde la vida era dura..., ¿qué fue de esa tribu?

Él se rio entonces, una risa profunda e intensa, llena de ironía y tristeza. Permanecí sentado en la silla retorciendo los brazos. Era una de las pocas ocasiones en que lo oía reír.

—Nosotros somos la tercera tribu —dijo—. Y el densospacio es el desierto. Todos los pueblos de los Mundos Civilizados han huido de la guerra; todos somos hibakusha. Y hay paz en la galaxia, una paz frágil y relativa, pero siempre hay nuevas tribus que esperan caer en la locura. ¿Por qué crees que debemos tiranizar a los caídos? Porque no podemos permitir que esas tribus crezcan. Nuestra Orden y la Orden de los Guerreros Poetas..., durante tres mil años hemos mantenido la paz.

—¡Los guerreros poetas! —exclamé—. Son asesinos.

—Exactamente. Pocos saben esto, pero los guerreros poetas fueron fundados exactamente para exterminar a las tribus locas y a los reyes locos. El terror era su herramienta, y lo empleaban bien. Ningún rey podía pensar en hacer la guerra contra su vecino sin temer que un guerrero poeta lo asesinara.

—Hablas en pasado, Guardián del Tiempo.

—En efecto. Porque los guerreros poetas llevan mil años en decadencia. Ahora ya

no están preocupados con conservar la paz. En el proceso de educar a sus asesinos (y les llevó siglos), desarrollaron una religión para ayudarles a enfrentarse a sus inevitables muertes. Y a menudo se trató de muertes suicidas, porque los reyes, locos o no, son difíciles de matar, ¿sabes? Esta religión se ha convertido en su razón de existir. Ahora buscan discípulos, no paz.

Otra vez, como un tiburón, rodeó mi silla. Empezó a desvariar. Sólo nuestra Orden, dijo, podía conservar la paz. Pero si nuestra Orden se escindía en dos, no habría ningún *orden*. (La expresión es mía, no del Guardián del Tiempo. Él despreciaba los juegos de palabras casi tanto como a quienes los hacían). Finalmente, nuestro más precioso conocimiento sería diseminado como perlas bajo los pies de un harijano.

Pensé largo rato en sus palabras. Como no estaba de acuerdo con su elitismo fundamental, y como sentía una contradicción en sus creencias, dije:

—Pero no podemos conservar eternamente nuestros secretos. La información es como un virus. Se expande.

—Los virus pueden ser puestos en cuarentena —replicó. Y, más ominosamente, añadió—: Los virus pueden ser exterminados también.

—Pero el propósito de la Orden es descubrir el conocimiento —dije yo.

Su voz se hizo baja y fea como el gruñido de un lobo.

—El conocimiento debe ser buscado y usado ampliamente, ¿eh? No dilapidado como un piloto alocado que entrega discos de la Ciudad a la palma extendida de una puta.

Como me dolía la espalda y estaba cansado, empecé a buscar una nueva postura en la silla. El Guardián del Tiempo me atrapó volviéndome hacia él.

—¡No te muevas ahora! —ladró—. Permanece en la actitud adecuada.

De pronto no quise permanecer en la actitud adecuada. Estaba cansado de que me mirara sin yo poder mirarle a él. Me levanté, volví la cabeza, y le cogí desprevenido. La expresión de su cara me sorprendió. Sus ojos estaban abiertos como platos y sus labios fijos en una sonrisa tímida, como si fuera un niño que mira las cataratas de fuego por primera vez. Estaba mirando dentro de sí mismo, recordando, quizás incluso rememorando. Al principio, no sé cómo supe esto. Sus ojos eran negras lagunas, tan ciegos como los de cualquier scryta. Miraba muchos lugares a la vez, examinando posibilidades futuras y soñando sueños privados. Esta expresión de admisión, de triste inocencia y embeleso, sólo duró un momento. Luego, como el vaho en un día de invierno, desapareció, reemplazado por duras arrugas verticales de desafío y antiguo pesar. Sus ojos brillaron con luces oscuras y sus labios se fruncieron cuando tronó:

—¡Siéntate! ¡Contente y siéntate, maldición!

No me senté. Aparté la silla con el pie.

—Estoy cansado de estar sentado —dije.

Le miré. No podía imaginar qué había ocasionado su lapso contemplativo. Entonces advertí (y fue una de las comprensiones más aplastantes de mi vida) en una sensación súbita que no se trataba de un mero lapso. Era un hombre dividido, un buscador torturado por una eterna guerra interna entre sus sueños y su amarga experiencia, esto lo sabía desde siempre. Pero de repente supe más. Sentí los detalles diminutos en él: la tensión de los pequeños músculos sobre los ojos; sus arcaicos hábitos de discurso; sus rudas filosofías; su agrio olor; y mil cosas más. De algún modo, me hallaba procesando esta rica corriente de información. Estaba seguro de que leía en él. Mientras la mayoría de los hombres (y Soli, mi hosco padre, es uno de ellos) pasan sus momentos vacilando entre la luz y la oscuridad, como un niño asustado que es sacudido de un lado para otro en una pista de hielo por dos de sus compañeros de clase, el Guardián del Tiempo vivía dentro de realidades simultáneamente en conflicto. Era realmente un hombre que vivía en la cima de una montaña interior y petrificada por encima de los otros hombres. Para él, el bien y el mal no existían. O, más bien, existían no como opuestos, sino como sabores diferentes de la realidad, como miel y café negro y ácido que deben ser probados, tragados, y si es posible saboreados en cualquier momento. En la terminología de la Entidad, era un hombre múltiple, parte héroe, parte pícaro, hereje, tyquista, determinista, ateo y creyente..., todas esas cosas y una miríada de otras más a la vez. Si el rostro que mostraba a la Orden y a los embajadores de los Mundos Civilizados era la cara singular y firme de un tirano justo, era el rostro que escogía llevar. Y más aún, era la persona que elegía *ser*. Me resultó aplastante advertir que tenía este poder de elección. Siempre había pensado en él como un hombre completamente dividido por la realidad de tener que morir y la misma muerte. Ahora vi que no era así. Como todos los grandes hombres, tenía una visión. Para eso vivía. Era esta visión, la parte diminuta que atisbé, lo que me aterrorizó.

—Bien, joven Mallory, ¿qué estás mirando? ¿Qué ves?

—¿Qué debería ver? ¿Soy un cético acaso para leer tus programas como leería los poemas en tu libro?

—Yo mismo me he preguntado a menudo qué eres, en qué podrías convertirte. Me froté la nariz.

—Veo un hombre aparentemente desgarrado por contradicciones. Pero hay una unidad fundamental, ¿no? No concederías a los extremos el más simple de nuestros secretos, y recelabas y recelas de los secretos de los ieldra. Veo...

—¡Ningún hombre me ha hablado jamás así! ¡Ninguno!

—Veo esta pasión tuya por proteger, al mismo tiempo...

—¡Silencio! No puedo permitir que mis pilotos, ni nadie, me lean. Ves demasiado.

—Veo lo que veo.

—Es peligroso ver demasiado —dijo—. Los scrytas lo saben bien. ¿Cómo reza su dicho? ¿«Los ojos, antes cegados por la luz, están ahora verdaderamente ciegos»?

Mientras decía esto, sus ojos eran piedras ardientes, y entonces inclinó la cabeza y se frotó las nevadas sienes. Yo siempre había supuesto que sentía hacia mí el afecto de un abuelo, pero ahora vi que los requerimientos de su visión privada ahogarían siempre su amabilidad. Cuando sirvió a su propósito rescatarme de mi propia impetuosidad, me había dado un libro de poemas y me había salvado la vida. Si mi muerte sirviera a sus sueños o planes..., bueno, como había dicho, los virus pueden ser exterminados.

—¿Por qué me mandaste llamar?

—¿Por qué tienes que interrogarme, maldición? —Apretó los puños, y los músculos de su cuello se tensaron. Era como si se estuviera fortaleciendo para enfrentarse a una agónica decisión que no quería tomar. Pensé que, ya que tenía poca compasión por sí mismo, finalmente haría la elección más dura. Debía temer que la compasión hacia otro pudiera debilitarle y carcomer la acerada cobertura de su ser como el óxido devora lentamente el mecanismo interior de un reloj.

—¿Por qué estoy aquí? —repetí.

Caminó hasta la ventana y arañó el cristal con las uñas como si fuera un oso excavando en el hielo. Las uñas dejaron su brusca y clara marca en la escarcha blanca. Permaneció en silencio durante un momento, y luego las palabras brotaron de repente.

—Sería la mayor de las catástrofes que uno de mis pilotos resolviera la Hipótesis del Continuo sólo para que el secreto se extendiera como un virus. Caer de cualquier estrella instantáneamente a cualquier otra..., comprende, sólo *mis* pilotos deben tener ese conocimiento.

—La Hipótesis puede ser indemostrable —dije yo.

—Sería mejor si así fuera.

—En cualquier caso, yo no la he demostrado. El Tycho y Dov Danladi, Soli también..., se han esforzado toda la vida por demostrar el Gran Teorema. ¿Quién soy yo para demostrarlo?

—¡Ja, has cambiado! —se burló—. ¿Quién *eres* tú? Eso me gustaría saber. ¿Qué te han hecho los malditos dioses? A todos nos gustaría saberlo, ¿eh? Regresas de Agathange como un fantasma, y de pronto, al parecer, has ganado modestia..., y otras cosas.

—¿Qué quieres decir?

—Lo sabes, Mallory, lo sabes. Hace diez días, tu Bardo estropeó parte del Monumento del Tycho, ¿no es así? Cuéntame, ¿qué sucedió ese día?

—Bardo se embriagó y rompió uno de los cristales.

—Mis novicios dicen que entraste en tempolento..., ¿es eso cierto?

—¿Cómo podría ser cierto? ¿Cómo es posible entrar en tempolento sin la ayuda de un ordenador?

Golpeó con el puño el alféizar de la ventana.

—¿Por qué tienes que contestar a una pregunta con otra pregunta, maldición? —rugió—. Dime, ¿entraste en tempolento?

—Algunos dicen que lo hice —admití—. Pero la verdad es que detuve el tiempo.

—¿Que *detuviste* el tiempo? ¡Ja, no lo creía posible! Pero eres un hombre sincero, ¿no? No le mentirías a tu Lord Horólogo. ¿Por qué, Mallory, por qué estás tan pagado con esta noción sagrada de la verdad?

—No lo sé.

—¡Paparruchas! Hay verdad y verdad. La verdad es tan mutable como el tiempo.

—No lo creo.

Se frotó los ojos y me miró.

—Has de prometerme una cosa, joven Mallory. Si alguna vez descubrieras la prueba del Gran Teorema, no debes informar a los céticos, ni a los akáshicos, ni a los cantores, ni a tus compañeros pilotos. No debes decírselo a nadie excepto a mí.

Me quedé inmóvil mientras pensaba a gran velocidad. Si alguna vez resolvía la Hipótesis y se la confiaba al Guardián del Tiempo, el conocimiento desaparecería como la luz por un agujero negro.

—He jurado buscar la verdad —dije.

—Has jurado buscar la verdad, no diseminarla y esparcirla por todas partes como la orina de un viejo.

—Hace cuatro años, ante ti, en el Salón de los Pilotos, hice el voto de buscar la sabiduría y la verdad aunque la búsqueda llevara a la ruina y a la muerte.

—¡Ruina y muerte! ¿La muerte de quién, maldición? ¿Es sabio dejar que la verdad arruine a la Orden?

—Toda mi vida he soñado con demostrar el Gran Teorema.

—Sueños, ¿qué son los sueños? ¿Por qué eres tan condenadamente terco? ¿Por qué? ¿Por qué lo eres? ¿La muerte de quién? ¿La muerte de quién será?

—Toda mi vida, hasta hoy, he soñado con una Orden, un universo entero, donde la sabiduría y la verdad sean una.

—Nobles palabras; palabras ingenuas... ¡Qué cansado estoy de las palabras! —Había una tensión casi insoportable en su voz, en cada una de sus aceradas palabras—. Dame tu promesa.

—No puedo.

—Bien.

Pronunció esta última palabra dolorosamente, lamentándolo, como si no pudiera soportar que sus labios formaran el sonido, que colgó en el aire como el bajo resonar

de una campana. Me miró durante un rato. Y en sus ojos había amor y odio, y otra pasión que identifiqué con la voluntad, o la voluntad hacia el destino, su destino y tal vez un destino universal que debía saber que era el destino más terrible y solitario de todos. Entonces frunció el ceño y me hizo un gesto con las manos. Me despidió mientras miraba por la ventana. Antes de dejar su torre por lo que pensaba sería la última vez, miré también a los novicios que pasaban patinando, ajenos al juicio que acababa de tener lugar sobre sus cabezas salpicadas de nieve.

CAPÍTULO 20

Los anillos de Qallar

Si alguna vez esparcí cielos tranquilos sobre mi cabeza y surqué con mis propias alas mis propios cielos; si nadé jugueteón en las profundas distancias-luz y la sabiduría-ave de mi libertad vino..., pero la sabiduría-ave habla así: «¡Contempla, no hay nada encima, nada debajo! ¡Lánzate alrededor, atrás, fuera, tú que eres luz! ¡Canta! ¡No hables más! ¿No son todas las palabras pesadas y hechas para morir? ¿No son todas las palabras mentiras para aquellos que son luz? ¡Canta! ¡No hables más!». Oh, ¿cómo no podría ansiar la eternidad y el anillo nupcial de anillos, el anillo de la repetición?

Nunca he encontrado a la mujer de quien quisiera tener hijos, a menos que sea esta mujer que amo: pues te amo, oh, eternidad.

¡Pues te amo, oh, eternidad!

—Séptima meditación de muerte de los guerreros poetas.

Los historiadores creen que, a finales del segundo Siglo del Enjambre, los guerreros poetas perfeccionaron el arte de usar bits de bioordenadores para reemplazar partes del cerebro. Sin embargo, al contrario de los agathanianos, los guerreros poetas aplicaron su arte a fines diferentes. La mimo-replicación, ese crimen inenarrable en donde los habilidosos programas de un poeta rigen el cerebro de su víctima, es sólo una de sus aplicaciones. Se sabe que los poetas también alteran partes de sus propios cerebros. Hacen esto para darse poder sobre su sentido temporal, para poder refrenar el tiempo sin la ayuda de un ordenador exterior. Y por otras razones. Se dice que alteran los programas más profundos de sus propios cerebros para borrar su miedo a la muerte. Ciertamente, los céticos creen que carecen completamente de miedo. En este aspecto, los poetas son seres innaturales, pues el miedo es tan natural a los humanos como respirar aire. Vivir, sentir la luz de las estrellas en nuestros ojos y el goce de las profundas distancias-luz, *ser...*, esto es todo lo que conocemos. *No ser* es inimaginable y por tanto aterrador. Los pájaros que abren sus alas al sol, los peces plateados que se deslizan por su mundo de alegrías oscuras y silenciosas, e incluso los ordenadores sintientes, en su estático parloteo de electricidad y rápidos flujos de información..., todas las cosas vivientes, en la más diminuta partícula de sus seres, deben temer el misterio final.

Cuando empecé a buscar a los diversos guerreros poetas de la Ciudad, visitando los bares, hospederías, pistas de hielo y cafés que frecuentaban, Bardo me acusó de intrepidez y de tener la voluntad de sufrir este misterio.

—¿Estás loco? —me preguntó, unos pocos días después de mi reunión con el

Guardián del Tiempo—. Oh, lo estás..., siempre lo he sabido. Esos poetas matan porque les gusta la muerte, ¿no lo sabes?

—Es cierto. Adoran a la muerte. Pero me gustaría encontrar a mi madre..., es preocupante la forma en que ha desaparecido.

Me preocupaban sus intrigas con los guerreros poetas. Yo planeaba encontrar al guerrero poeta con quien había sido vista en los últimos días. Pero, como era un novicio en el arte de buscar a seres humanos, él me encontró a mí.

Junto a los Jardines Jacinto, a lo largo del Paseo, donde éste se encamina hacia la Ciudad Vieja, hay un grupo de doce edificios hechos completamente de maderas exóticas. Algunos de los edificios son estructuras cavernosas que albergan los artefactos y reliquias de los historiadores; unos pocos son algo más pequeños. Sus elegantes y pulidas habitaciones de palisandro están dedicadas solamente a la muestra del arte, alienígena y humano, antiguo y moderno. Aunque los doce edificios se llaman Museo de las Artes, son los edificios más pequeños los que contienen los frescos fravashi y los poemas tonales, las esculturas de hielo de Urradeth y otros tesoros. El edificio más pequeño, una estructura clásica rectangular rematada con pilares de madera, es la Casa del Recuerdo. Sus cuatro secciones están llenas de muchas habitaciones, pero la más famosa es la Galería Hibakusha. Allí se encuentran algunos de los frescos más antiguos que describen escenas increíbles de caos y guerra. Allí los poemas tonales se crean, giran y se funden, desplegando las batallas épicas del Siglo del Holocausto. Yo había acudido a ver el famoso fresco «El Despertar de la Humanidad», que se extendía por la pared norte a lo largo de treinta metros. Cuando estaba preocupado, o cuando me sentía cansado y frío tras patinar por las calles de la Ciudad, me gustaba sentarme en uno de los bancos de la Galería, respirar los olores de la madera cálida y las flores; me gustaba observar el fresco moverse, sus hermosos colores. Era una de mis actividades favoritas.

Era tarde, y no estaba solo. Junto a mí, casi en el centro de la sala, había un par de fabulistas, sin duda buscando inspiración para sus trabajos propios. Y, al borde de la alfombra tras mi banco, cerca de la fuente borboteante, había un grupo de Amigos de Dios de Simoom. Eran muy altos y muy delgados, y apestaban a ajo, tragacanto y otras especias exóticas. Tenían la costumbre de retorcer las cadenas de plata que trenzaban su largo pelo negro. La costumbre me molestaba, igual que sus siseos. Mientras susurraban, siseaban, y los sonidos sibilantes brotaban de sus bocas en rápidos golpes de voz ahogados.

—¿Ves? —dijo uno de ellos—. Aquí está la evidencia de que el Enjambre empezó durante el Siglo del Holocausto, no después. Es como se pensaba.

Miré los borboteantes azules, verdes y blancos del cuadro. Observé los cohetes plateados surgir de los océanos de la Vieja Tierra, pero era difícil determinar si los cohetes eran naves lanzadas hacia las estrellas o misiles con armas de fusión.

Entonces uno de los cohetes se dividió en dos, esos dos en cuatro y así sucesivamente, y de repente aparecieron las brillantes estrellas de la nebulosa Eta Carina, y las cuatro naves se convirtieron en cuatro mil chorros de luz. La luz se extendía hacia fuera en grandes bolas resplandecientes. Con un destello, llenó la nebulosa de un blanco luminoso. Durante un momento, toda la sección central del cuadro se volvió de un blanco brillante, y luego manchas de gris aparecieron al azar para salpicar la brillantez. El blanco se convirtió en azul cielo mientras los parches empezaban a tomar forma, y un millar de negras nubes en forma de hongo comenzaron a alzarse de la atmósfera de la Vieja Tierra. Yo no estaba tan seguro de que el cuadro fuera la «evidencia» que los Amigos de Dios buscaban. Parecía más probable que, para los fravashi que habían hecho el fresco, el Enjambre *fuera* el Holocausto.

Un rato después empecé a ser vagamente consciente de sutiles cambios en los sonidos apagados y los olores de la sala. El hedor a tragacanto y ajo había remitido; voces preocupadas y el rápido roce de telas habían reemplazado a los susurros. Entonces se hizo el silencio, y olí el repentino aroma de aceite de kana. Yo sabía que los guerreros poetas eran famosos por usar efervescentes perfumes de aceite de kana. Volví la cabeza, y vi que ante mí se hallaba un hombre fornido de mediana estatura a quien claramente no interesaba para nada el cuadro. Me estaba mirando. Estudiaba mi cara como un maestro jugador estudia su tablero, con una concentración intensa, casi fanática. Inmediatamente supe que era un guerrero poeta; todos los guerreros poetas están cortados de las mismas células. Tenía el pelo negro rizado y el cuello cobrizo y sinuoso de su clase. Era hermoso, como lo son a menudo las razas especialmente creadas. ¡Qué bien proporcionadas parecían su fina nariz y sus anchos pómulos, qué equilibrada su mandíbula esculpida, qué hermosa, temible simetría! Pero eran sus ojos únicos de poeta los que poseían la belleza más atrayente: Sus ojos eran índigo profundo, casi púrpura; sus ojos eran vívidos, claros, espirituales, completamente conscientes..., y completamente sin miedo. Aunque parecía joven, pensé que debía ser muy viejo, pues sólo un hombre que ha vuelto muchas veces a la juventud puede tener esos ojos. Pero no, recordé, los guerreros poetas no se restauran a la juventud. Adorando a la muerte como lo hacían, creían que el mayor pecado (en realidad, el único pecado) era prolongar el pasado «momento de lo posible». El guerrero poeta, entonces, era tan joven como yo.

Recorrió el borde de la alfombra hasta que se plantó casi sobre mí. Sus movimientos eran graciosos, rápidos, exquisitos.

—Me llamo Dawud —dijo, y su voz fluyó como plata fundida—. Y tú eres Mallory Ringess, ¿verdad? He oído las cosas más raras sobre ti.

Excepto por el cuadro cambiante y pulsante y los otros frescos en las paredes lejanas, la sala estaba vacía. Nadie confía en un guerrero poeta, pensé. Examiné la

negra túnica de marta cebellina que llevaba y la atrayente kamelaika irisada de debajo. Sus ropas eran caras y hermosas, aunque es sabido que los poetas no se preocupan por las riquezas y apenas un poco por la belleza. Le miré las manos, buscando sus anillos. Todos los guerreros poetas llevan dos anillos, uno para cada meñique. Los anillos están hechos de varios metales y pueden ser de colores distintos, verde o amarillo, índigo o azul. Hay siete colores e, igual que la progresión del espectro, cada uno marca el nivel de lo conseguido por el guerrero poeta. Un anillo violeta significa que pertenece al séptimo círculo, el inferior. El anillo de la mano izquierda es el anillo de poeta, mientras que el de la derecha es el del guerrero. Se dice que nadie ha sido a la vez tan gran poeta y guerrero como para llevar dos anillos rojos. En el meñique de su mano izquierda, este hombre llevaba un anillo verde. Pertenece entonces al cuarto círculo de los poetas; su habilidad poética no era extraordinaria. Pero en su otro meñique, tallado en uno de los metales artificiales de Qallar, llevaba un anillo rojo. El anillo parecía brillar para equipararse a los fieros rojos del cuadro.

—Me han dicho que me has estado buscando —dijo.

—¿Conoces a mi madre? ¿Eres el poeta que... conoces a mi madre?

—Conozco bien a tu madre.

—¿Dónde está?

Ignoró mi pregunta, e inclinó la cabeza amablemente.

—Habría querido conocerte en cualquier caso, para ver al hijo de la madre. He recopilado historias sobre ti. Un día, si vivo, escribiré un poema. He oído que detuviste el tiempo hace quince días, para salvar a tu amigo de la muerte.

—No deberías escuchar habladurías.

—No deberías haber salvado a tu amigo de su momento. Y no son habladurías, lo sé. También sé lo de Agathange. Los poetas estamos familiarizados con...

—Sí —interrumpí—, sois maestros de la mimo-replicación.

—Usas ese término infamante.

—Creáis seres humanos robados de su voluntad.

Sonrió.

—¿Crees que sabes algo de voluntad?

—Sois asesinos que matáis por placer.

—¿Eso piensas?

Yo estaba confundido, distraído por sus dientes y su hermosa sonrisa, mecido por sus modales cálidos y tranquilizantes.

—¿Matáis, entonces?

—A menudo.

—¿Y vuestras víctimas son a veces inocentes?

Sonrió, y sus ojos chispearon.

—Nunca he visto a un hombre o una mujer inocente, ni siquiera a un niño inocente..., ¿lo has visto tú, Mallory Ringess? Sabes que no hay verdadera inocencia. No, no protestes, porque puedo ver el conocimiento en las arrugas de tu frente.

Me froté el lugar que indicaba y acusé:

—Los poetas..., adoráis la muerte, creo.

—Ciertamente. Pero, si te place..., háblame de lo que es adorar. ¿O te lo digo yo? Dario Redring compuso una vez un poema sobre el tema. ¿Te lo recito?

—No —dije yo—. Odio la poesía.

—Si eso es cierto, entonces tu alma está lisiada. Pero no creo que odies la poesía.

—¿Dónde está mi madre?

—Me está esperando.

—¿Esperando dónde?

Una vez más ignoró mi pregunta y señaló la esquina del cuadro; el interior de la Nebulosa de Orión estaba iluminado con estrellas allá donde algunos de los primeros enjambres de seres humanos habían establecido sus nuevos hogares.

—Hermoso —dijo—. ¿Cómo supones que se protege la hermosura de este cuadro?

—No entiendo lo que quieres decir.

—Si alguien quisiera estropear o robar este cuadro, ¿qué sucedería?

—¿Por qué querría nadie estropear el cuadro? —pregunté—. Y, si alguien lo robara, los robots lo detendrían antes de que saliera del museo, creo.

—¿Y si por casualidad los robots fueran también estropeados, de qué crimen sería culpable nuestro hipotético ladrón? ¿Robo? ¿Profanación? ¿Asesinato?

—No se puede asesinar a un robot —dije. Me encogí de hombros, porque no sabía adónde me llevaría esta secuencia de pensamiento.

—Me alegra que comprendas, Mallory..., realmente no se puede asesinar a un robot, ¿verdad?

Cerré el puño.

—Las personas no son robots.

Guardó silencio y me sonrió.

—Juegas con las palabras para servir a tus propósitos —dije.

—Cierto, después de todo soy un poeta. Y tú estás empezando a ver con los ojos de un guerrero: no se puede asesinar a un robot porque no están realmente vivos. No pueden programarse a sí mismos, y no tienen verdadera consciencia.

Me puse en pie y me abroché la kamelaika.

—No debería estar hablando contigo. No comprendo por qué el Guardián del Tiempo os permite circular por las calles.

—Porque Neverness es una ciudad libre, y un guerrero poeta debe tener su libertad.

—Libertad —dije, y sacudí la cabeza.

—Hay otra razón. Tu Guardián del Tiempo tiene sus miedos-robot igual que todo el mundo. Casi todo el mundo.

—¿Amenazas entonces al Guardián del Tiempo?

—No he dicho eso, exactamente.

—Lo implicaste.

—Debes escuchar a un poeta con mucha atención —dijo, y se tocó los labios con su anillo verde—. Hablamos con lengua de plata, y a veces nuestras palabras tienen múltiples significados.

—Estoy aquí para ver el cuadro, no para escuchar.

Sonrió e inclinó la cabeza ante el cuadro.

—Si te complace, te escucharé —dijo—. Háblame de los aposentos de Soli, y te escucharé. Hay una cámara exterior adjunta a la interior, ¿es cierto? ¿Qué tamaño tienen las habitaciones? ¿Cuántos tramos de escaleras conducen a ellas?

Hablamos durante un rato, o más bien, él me formuló preguntas a las que no respondí. Quiso saber qué comidas prefería Soli, en qué postura dormía y otras cosas personales. Yo escuché sus palabras con mucho cuidado. Inmediatamente comprendí que pretendía asesinar a Soli.

—Márchate —dije, inmóvil—. No te ayudaré a asesinar a Soli ni a nadie más.

Se llevó a los rojos labios su rojo anillo de guerrero.

—Se cuentan historias sobre vuestro viaje a los alaloi..., se dice que entiendes de asesinatos.

—¿Qué te ha dicho mi madre?

—Que Soli es tu padre; que lo odias; que él te odia.

Le miré mientras mis músculos se tensaban; me pregunté si, de dilatarse mi sentido del tiempo, sería lo bastante rápido como para matarle antes de que él me matase a mí. Miré su anillo. No creí poder ser lo bastante rápido.

Él leyó mi cara.

—No tengas miedo de acercarte demasiado a la muerte —dijo—. No tengas miedo a morir.

—Todos los seres vivos tienen miedo a morir.

—No, estás equivocado —dijo él, y sonrió—. Los únicos seres auténticamente vivos son aquellos que no temen morir.

Cerré los dos puños.

—Entonces implicas que los seres humanos no están auténticamente vivos. Eso es absurdo.

—Los seres humanos son ovejas —dijo.

—¿Y qué son las ovejas?

—Las ovejas son como los shagshay, pero más estúpidas. En la Vieja Tierra, y en

muchos planetas todavía, las agrupan en rebaños por su lana y su carne.

—Los seres humanos no son ovejas.

—¿Crees que no? ¿Has oído la parábola del cético y la oveja?

Miré el cuadro, la progresión de estrellas en explosión que era el principio del brillante caos del Vild. Oí a gente caminar fuera de la Galería, pero nadie se decidió a entrar.

—El Guardián del Tiempo es aficionado a las parábolas —dije.

Debió interpretar esto como un signo de anuencia, porque continuó.

—Una vez, en Urradeth, hubo un cético que tenía un gran rebaño de ovejas. Pero el cético estaba muy ocupado creando metaprogramas que esperaba pudieran controlar sus programas más bajos y mundanos. En consecuencia, tenía poco tiempo para atender a su rebaño. A menudo, las ovejas se internaban en el bosque o encontraban tormentas de nieve, o peor, se escapaban porque sabían que el cético quería su lana y su carne.

Miré la puerta, midiendo la distancia con los ojos mientras Dawud continuaba con su parábola.

—Un día, el cético encontró una respuesta a su problema. Programó a sus ovejas para que creyeran ser inmortales. Las convenció de que no podía hacerseles ningún daño cuando se las esquilaba; las ovejas creyeron que sería muy bueno para ellas, incluso placentero. Entonces escribió un programa para hacer creer a sus ovejas que era un buen amo que amaba tanto a su rebaño que haría cualquier cosa por ellas. En tercer lugar, ejecutó un programa a través del estúpido cerebro de las ovejas que les aseguraba que, si algo malo fuera a sucederles, no sería inmediatamente, desde luego no ese día. Por tanto, podrían seguir con sus pensamientos mecánicos de comer hierba y aparearse y tenderse al sol. Por último (y éste fue el programa más astuto del cético), convenció a las ovejas de que no eran ovejas; sugirió a algunas que eran lobos, a algunas que eran talos, a otras que eran hombres, y a unas cuantas que eran realmente astutos céticos.

Me miró fijamente.

—Después de esto —prosiguió—, todas sus preocupaciones sobre sus ovejas terminaron. Dedicó toda su astucia a rediseñar sus programas más profundos. Las ovejas nunca volvieron a escaparse. Esperaron tranquilamente a que llegara el día en que el cético viniera a por su lana y su carne. Y el cético...

—Y el cético —interrumpí—, vivió feliz para siempre jamás. Creo que no me gusta tu parábola..., los hombres no son ovejas.

Me pareció que había protestado con demasiada fuerza, demasiado alto. Los paneles de palisandro sobre la pintura hicieron ecos a mi negativa. Traté de comprender el axioma de los guerreros poetas de que para vivir realmente hay que «vivir como uno que ya está muerto». Es una filosofía extraña y despiadada, pero los

guerreros poetas son tan extraños como el sistema que los crea, y no saben nada de piedad. Son creados para la perfección; se dice que sus unidores se han entrometido con los genomas masculinos y femeninos, descartando por completo el ADN redundante y ajeno. En Qallar, cada año se aceleran un millón de cigotos idénticos, y un millón de bebés idénticos y perfectos son traídos a la luz del día. Pero no son realmente tan perfectos. Algunos son eliminados al azar inmediatamente después de que hayan respirado por primera vez. Esto se supone que es una demostración de que vivimos en un universo azaroso y despiadado. Muchos son eliminados porque no pueden aprender las habilidades letales de un guerrero o las delicadas palabras de un poeta. Cuando los futuros guerreros cumplen doce años, se les entregan cuchillos y se les empareja. Sólo uno de cada pareja sobrevive a este cruel combate, y luego vuelven a hacerse parejas una y otra vez hasta que sólo queda una décima parte del millón original. Un procedimiento similar de competiciones poéticas elige a los mejores poetas. Los perdedores, los niños temblorosos que no pueden crear belleza, palabras sabias en la cara de la muerte, son invitados a matarse ellos mismos. Los que son demasiado cobardes para ejecutar ésta, la «más noble» de las acciones, son torturados por los otros hasta morir. La tortura, según me dijo una vez Kolenya Mor, no tiene un sentido de castigo. Se supone que induce al desgraciado niño a reprogramar su miedo a la muerte en el último momento, para permitirle saborear en el último momento su efímera vida mientras se le escapa de las manos. Hay otras pruebas peores que los guerreros poetas deben soportar mientras crecen. Hay alteraciones de cuerpos y cerebros, el sutil moldeo del alma de un hombre. Nadie, ni siquiera los escatólogos, sabe mucho de estas pruebas. No obstante, dos cosas parecen seguras: que cada momento de la vida de un guerrero poeta pretende guiarle suavemente a su muerte, y que, del millón original, sólo un centenar aproximadamente sobrevive para llevar los anillos de Qallar.

Dawud sonrió y me miró fijamente, como si pudiera leer mis programas más profundos. Era un hombre que sonreía con demasiada frecuencia, pero debo admitir que tenía una sonrisa hermosa e intensa. En cierto modo, era la persona más intensa que jamás había conocido.

—El céptico que fundó la Orden de los Guerreros Poetas —dijo— no vivió felizmente para siempre jamás. ¿Qué es la felicidad, después de todo? El céptico, tras mucho trabajo duro, decodificó finalmente su programa de muerte, o debería decir su programa de miedo a la muerte. Lo purgó de su cerebro, de sus mismas neuronas. ¡Y escucha! Hay muchos poemas escritos sobre esto..., el céptico descubrió que es el miedo a la muerte lo que nos esclaviza. Se podría decir que es el miedo a la muerte lo que nos hace tambalear a ciegas por nuestras tareas cotidianas como si no fuéramos más que robots sonámbulos programados para alimentarse, beber y copular. El miedo es la droga que nos hace dormir. Pero, cuando el miedo desaparece..., no, Piloto, no

te marches todavía; cuando el miedo se extingue, es como sumergirse en una laguna de agua fría. Despertar es maravilloso. Ver claramente, saborear la intensidad de cada instante de la vida... esto es lo que enseñan los guerreros poetas; por esto vivimos; por esto morimos.

Entonces hice un movimiento para marcharme. No quería escuchar a un asesino hablarme de cómo tenía que vivir la vida. Pero Dawud alzó su mano grande y cuadrada y dijo:

—Por favor, no te vayas. Hay mucho del poeta dentro de mí que habla al guerrero que hay en ti. Y dentro de ti..., ¡qué secretos! Dime, Piloto, porque he llegado tan lejos para saberlo: ¿qué se siente al morir?

—¿Qué puedo decirte que no sepas ya? —le pregunté—. ¿He muerto? Algunos dicen que sí, pero ¿qué es la muerte, entonces? Ahora vivo, y eso es lo que cuenta... Estoy cansado de pensar en la vida y en la muerte, harto de preocuparme sobre el significado o la falta de significado. Tú, con tu necesidad de abrazar tu propia muerte, de vivir (o morir) intensamente, no importa el dolor que te produzcas a ti mismo o a los demás..., tú crees que el dolor puede despertar a un hombre a la intensidad, pero hay un infierno cuando se está demasiado despierto, cuando se es demasiado consciente, ¿no?

—El que sostiene la llama debe soportar la quemadura —dijo él simplemente, citando a sus maestros.

Me froté las sienes y contemplé el borde de la alfombra contra el suelo brillante.

—Dame la oscuridad, entonces —dije.

—¿Cómo es volver a vivir?

Como sus preguntas me irritaban, porque de repente me sentía contrariado y travieso como un joven aspirante, dije:

—Para vivir, muero.

—Te gusta burlarte de la gente, ¿no? Por favor, no te burles de mí; no tendría sentido. Me gustaría saber de los agathanianos, de sus designios, de sus programas, de ti.

—¿No es el arte de Agathange similar al arte de los guerreros poetas?

—Es similar, pero no el mismo.

—Los poetas, cuando reprogramáis a vuestras víctimas...

—No son «víctimas», Piloto. Son conversos al Camino del Guerrero.

—Pero se dice que les robáis su voluntad.

Eché hacia atrás el borde de su capa, dejando al descubierto sus musculosos brazos.

—Esta cuestión de la voluntad es sutil y traicionera, y no la resolveremos aquí. Hombres mejores que nosotros han esclavizado sus mentes interrogándose acerca del libre albedrío. Digamos que un ser vivo es libre, relativamente libre, cuanto mayor es

su independencia de su entorno. Cuanto más depende de otros sistemas vivientes, más necesario es que sus actividades sean formadas por su entorno. La independencia aumenta con la complejidad; cuanto mayor es la complejidad, mayor es la cantidad de voluntad libre. Un virus, por ejemplo, debe hacer aquello para lo que está programado. Un hombre es más complejo.

—Entonces implicas que los hombres poseen libre albedrío —dije.

—Los hombres son robots y ovejas.

—No puedo creer eso.

—*Algunos* hombres poseen libre albedrío, en algún momento —dijo él mientras sonreía.

Metí la mano en el bolsillo de la pernera de mi kamelaika y saqué una de las cuchillas de mis patines. La sostuve en la mano.

—Creo que tengo libertad para dejar caer esto o no, como desee.

—El libre albedrío es ilusorio.

—*No* la dejaré caer —dije, y volví a guardarla en el bolsillo—. Una elección libre, hecha libremente.

—Pero no tan libre después de todo, Piloto. ¿Por qué decidiste no dejarla caer? ¿Porque este hermoso suelo de madera está tan cuidadosamente pulido? No querrías rayar este lindo suelo, ¿verdad? Tienes respeto por las cosas bien hechas..., lo sé. Pero ¿de dónde viene este respeto? ¿Quién lo programó en ti? Tú no puedes decírmelo, pero yo sí puedo decírtelo: fue tu madre, hace años, cuando eras un niño. Ella te enseñó el significado de la belleza en las formas silenciosas en que ella apreciaba la belleza, con el lenguaje mudo de sus ojos y sus manos. Tu madre ama las cosas hermosas, aunque no sepa de su amor, aunque lo niegue si se lo preguntases.

Volví a sacar el patín y le apunté con él.

—Me temo que he de preguntarte por qué sabes tanto de mi madre.

—Tu madre es una mujer compleja, a veces confusa, pero la he ayudado a ver las cosas más simplemente.

—Cuéntame.

—Tu madre vino a mí libremente. Me pidió mi ayuda por su propia y libre voluntad. Es así con todos los que ayudamos.

—Entonces, la has ayudado a perderse. Los poetas...

—Los poetas reemplazamos programas inútiles por otros nuevos. Para ayudarles a dirigir sus...

—¡Mi madre no es un robot, maldición!

Él retrocedió un paso y sonrió. Aunque debía saber que yo temblaba de ganas de matarle, parecía bastante relajado.

—El metaprograma de tu madre ha sido reescrito —dijo, casi indiferente—. Su programa maestro, su programa definidor..., es así con todos los conversos,

religiosos o no.

—Cuéntame entonces cómo es ese nuevo programa.

—¿Me dirás el código de tu nuevo programa, Mallory Ringess? ¿El programa que los agathanianos escribieron en su virus?

—¿Para eso has venido?

—El programa, Mallory, el metaprograma..., cuéntame. ¿Qué te hace funcionar? ¿Qué te dirige?

Apreté la hoja, y los filos cortaron las callosidades de mi palma.

—Si lo supiera, si lo supiera... ¿Cómo puedo decirte lo que no sé, maldición?

—Todos deberíamos conocer el código de nuestros programas —dijo él—. De lo contrario, nunca podremos ser libres.

Tras decir esto, se volvió hacia el cuadro y dejó escapar un suspiro.

—Los fravashi son muy claros con sus pinturas vivientes. Este cuadro es hermoso..., siempre me gusta ver las colonias de bacterias moviéndose por la pintura. Los programas son tan elegantes y controlados, aunque impredecibles.

Como si el fresco hubiera estado escuchando sus palabras (o quizá Dawud las había coordinado con exquisita precisión), justo entonces, en el centro de la pintura, un grupo de estrellas adquirió prominencia. La estrella más brillante era la Gloria del Poeta; orbitando aquella infernal binaria azul había una pequeña mancha ocre que representaba al planeta Qallar. Mientras la perspectiva cambiaba y se ampliaba, el planeta creció al tamaño de una manzana de las nieves. Dawud me miró, sonrió, y luego metió la mano entre los pliegues de su capa. Sacó un cuchillo; era una cosa brillante y de doble filo, asesina. Lo sostuvo ante mí.

—¿Es mi libre albedrío? —me preguntó—. ¿Puedo soltar este cuchillo o no, como quiera?

Fui súbitamente consciente del fuerte olor de aceite de kana, del ritmo tremendamente lento de mi respiración. Cerró los dedos en torno al cuchillo. Se movió con mucha rapidez. Equilibrado y fluido, entró en el estado tempolento de los guerreros poetas. Mi propio sentido del tiempo empezó a dilatarse y a refrenarse, o de lo contrario nunca habría podido seguir sus movimientos. Él sostenía el cuchillo entre su pulgar y su índice. Lanzó el brazo hacia delante. El cuchillo atravesó la clara membrana exterior del cuadro y se introdujo en el corazón de la esfera roja que era Qallar. Allí tembló. Una densa sopa de pintura roja y anaranjada borboteó de la herida, tiñendo el cuchillo de óxido líquido. El borboteo remitió y se redujo a un fluido pulsante antes de detenerse. Como lava que se endureciera rápidamente, la pintura había cubierto por completo el mango del cuchillo. Parecía un volcán surgido de la superficie del cuadro.

—Mira la pintura, Piloto.

Contemplé la profanación, horrorizado. Mientras miraba, advertí algo peculiar: la

pintura se curaba a sí misma. Dawud, fueran cuales fueran sus intenciones, no había logrado destruirla. Se produjo una repentina erupción de escarlata y naranja mientras los colores se reorganizaban, revelando la pauta de diseños más sorprendente. Yo había visto el fresco muchas veces antes, pero nunca había contemplado el drama que se representaba ante nosotros. De la superficie en movimiento de Qallar se soltó una masa roja de pintura y empezó a recorrer toda la longitud del cuadro. Mientras avanzaba, brillaba, se dividía y crecía. La masa (cada vez más empezó a parecerse a un feto de veinte días) atravesó una laguna negra de pintura viviente hasta que alcanzó una pequeña estrella amarilla que reconocí como Darrein Luz. Entonces aparecieron muchas estrellas, y por un momento la masa roja desapareció en una lluvia de luz. De repente, en los espacios más allá de Darrein Luz, entre las estrellas blancas, lunas rojas y redondas empezaron a fundirse. Había muchas de ellas. Las lunas se convirtieron en una nebulosa que yo conocía bien. Habían formado las estrellas de la Entidad de Estado Sólido. Las lunas empezaron a latir, y rojos chorros de luz se proyectaron de sus superficies, tocándose unos a otros, uniendo luna a luna en una telaraña de filamentos rojos. Advertí, naturalmente, que las lunas querían representar los cerebros (el cerebro) de la Entidad. Pero no pude comprender por qué y cómo el fresco fravashi podía dar a entender (si una pintura podía realmente hacer algo así) que había alguna conexión entre el planeta de los guerreros poetas y los misteriosos orígenes de la Entidad. Tal vez el cuchillo de Dawud había embrollado permanentemente las pautas del cuadro; tal vez no había ninguna conexión.

—Los programas, Piloto. ¿Qué controla los programas?

Entonces me abalancé hacia él, esperando agarrarle, sujetarle hasta que los robots vinieran para llevárselo. Pero, mientras yo contemplaba la pintura, él había sacado un dardo de su capa. Lo agarré y traté de tumbarlo, pero él introdujo el dardo en mi cuello. La punta de la aguja debía estar untada de alguna droga, porque casi instantáneamente mis músculos empezaron a envararse y no pude moverme. Se zafó de mis manos y se apartó. Me quedé allí, paralizado, petrificado. Ni siquiera podía parpadear.

Sonrió, extendió una mano, tocó mi párpado y presionó un ojo, comprobando. Sus dedos eran duros, hábiles y amables.

—Es una droga elegante —dijo—. Corregiré tus bioprogramas..., durante un tiempo. Tus músculos escucharán a tu cerebro, pero no controlarás sus señales. ¿Puedes controlar los latidos de tu corazón? No, y durante unas pocas horas no tendrás control sobre ti mismo. ¿Dónde está ahora el libre albedrío, Piloto? ¿Quién programa al programador? ¿Puedes decírmelo? No, no puedes mover la lengua, aunque puedas sentirla contra tus dientes. Ahora, Piloto, debo regresar con tu madre. Adiós.

Me dejó allí, en silencio, maldiciendo libremente mi falta de libertad. No pude

dejar de mirar la pintura. Los colores eran hermosos y no dejaban de moverse.

CAPÍTULO 21

Los ojos de un niño

La primera y más dura enseñanza de nuestra profesión siempre debe ser ver el mundo como a través de los ojos de un niño.

—Marinar Adam, Duodécimo Lord Cético.

No vemos las cosas como son; las vemos como somos nosotros.

—Dicho de los cétricos.

Los efectos de la droga de Dawud no duraron unas pocas horas, sino sólo unos pocos minutos. Pronto pude volver a moverme libremente, y de inmediato tuve miedo de las implicaciones de esta libertad. La semilla divina de mi cabeza, ¿buscaba y neutralizaba (devoraba) las drogas invasoras, igual que buscaba y reemplazaba las células cerebrales muertas? ¿O había alterado algunos de los neurotransmisores, haciéndome inmune a las acciones de las drogas? No tenía tiempo para maravillarme por la falta de efectividad de la droga, no si iba a seguir al guerrero poeta hasta mi madre. Salí tambaleándome de la sala y corrí por el vacío pasillo adyacente hasta la Galería de los Mil Glifos de Hielo; a través de este atajo, esperaba llegar a la calle a tiempo de poder verle marchar. Cuando pasé por entre los brillantes pilares de la entrada, descubrí que él ya había bajado los cincuenta y cuatro escalones y desaparecía entre la multitud que patinaba por la deslizadera más abajo. Un reloj al que detuve me dijo esto. Cuando empecé a bajar corriendo los escalones, apuntó con su largo dedo a la deslizadera y exclamó:

—Nunca alcanzarás a un guerrero poeta..., ¿estás loco?

Estaba muy loco, o al menos muy enojado, así que me abrí paso entre un grupo de fabulistas. Uno de ellos, una mujer delgada y delicada de piel pálida surcada de venas azules y ojos temerosos, me dijo que el guerrero poeta acababa de pasar la Rotonda Darghinni. Mientras rodeaba aquel gran edificio cilíndrico, un corredor-gusano murmuró unas cuantas palabras hoscas. El guerrero poeta, dijo, había entrado en los Jardines Jacinto. Advertí una nota de miedo en su voz cuando se frotó la barba y preguntó:

—Pero ¿por qué quieres encontrar a un guerrero poeta? ¿Dónde está el beneficio de tratar con esos locos?

De esta forma, deteniéndome e interrogando a la gente al parecer al azar, me abrí camino por la larga banda de hielo hasta los Jardines Jacinto.

Era una manera torpe e ineficaz de avanzar..., me di cuenta casi de inmediato. La resbaladera estaba llena de ejemplares y harijanos que habían venido a ver las dalias

azules de las nieves y la otra flora de los Jardines. A la luz difusa e irregular de la tarde, la multitud parecía hambrienta, aunque era difícil de decir si era de la ardiente belleza roja de las plantas alpinas o de sus cenas. El viento soplaba a ráfagas, y el cielo estaba lleno de densas nubes que bloqueaban intermitentemente el sol; remolinos de nieve soplaban con fría intensidad y luego, unos pocos momentos más tarde, cesaban, y se producía un instante de calma y de súbita luz solar. Como resultado de este clima indeciso, la gente se detenía sin previo aviso para abrir o reajustar los pliegues de sus ropas (o para abrir o cerrar sus kamelaikas). Un Amigo de Dios se detenía para secarse el sudor rancio de la frente, y luego, medio kilómetro más tarde, temblaba, susurraba una súplica silenciosa y se encogía en sus ropas mientras trataba de apreciar un grupito de árboles yu. Muchos patinaban entrando y saliendo de los cálidos pabellones; el flujo normal de tráfico había degenerado en cientos de grupos turbulentos de hombres y mujeres en busca de comodidad térmica. Tuve que dar empujones y correr para avanzar. A mi derecha había campos de flores amarillas y árboles extraños y, tras ellos, el ancho brillo azul del Paseo donde se curvaba por el borde del Sector de los Pilotos; a mi izquierda, las hermosas y retorcidas formas de los bonsáis de invierno crecían a capricho de los unidores que los habían diseñado; por delante, mientras patinaba, había gente, un río de gente, demasiada gente.

Casi en la mitad de los Jardines, donde las esculturas de hielo brillaban y el aire olía a dalias de las nieves y a un dulce aroma de menta, advertí la huella del miedo estampada en la cara de una alumbradora. Me detuve para preguntarle si había visto pasar al guerrero poeta. Pensaba que un guerrero poeta deslizándose rápidamente por su lado podía haber dejado una pista de miedo en su rostro. Era una mujer regordeta y hermosa, y se alzaba como una roca entre mí y sus catorce hijos, medio desafiante, medio asustada. Negó haber visto al guerrero poeta. Al principio no la creí. Gasté preciosos momentos mientras ella, con las manos en las caderas, me informaba de que los estrictamente célibes guerreros poetas eran tan diferentes en su búsqueda de la muerte de los alumbradores como la noche del día; si hubiera visto al guerrero poeta, dijo, habría cubierto los ojos de sus hijos, para protegerlos del mal. Me acerqué más a ella, para leer mejor en su cara, y ella adelantó la barbilla, como para advertirme que me fuera. Bebí del denso hedor femenino que emanaba de sus ropas; escuché el sutil temblor de su voz. Oí la tensión en sus vocales, los sonidos rápidos y tartamudeantes del nerviosismo y la duda. Débilmente, olí su miedo. Y, de inmediato (y no sé cómo había llegado a adquirir esta habilidad), advertí que no era miedo al guerrero poeta, o al menos no era miedo a los guerreros poetas en particular. Lo que detecté era un miedo en cierto modo más general, un miedo a todas las cosas o a cualquier cosa que pudiera dañar a sus hijos. Ella, que sin duda había dejado a cientos de sus hijos menores a salvo al cuidado de sus maridos en Buendescanso, temía

silenciosa, aunque subliminalmente, a todas las personas de la resbaladera. Si hubiera visto a un guerrero poeta, su miedo se habría convertido en un rugido y habría gritado en sus ojos. Tal vez habría apretado las manos y sudado un profuso y agrio sudor, mientras sus bioprogramas la preparaban para huir o luchar. Con excitación, advertí que el miedo tiene muchos colores, sombras y tonos. Si esperaba encontrar al guerrero poeta, tendría que tener cuidado para distinguir el frío azul de la cautela del pánico ciego y escarlata.

Le pedí disculpas por molestarla y me alejé apresuradamente. Vi a un autista que estaba claramente asustado por algo. Empecé a preguntarle a aquel hombre sucio, harapiento y descalzo si había visto a «la muerte deslizándose sobre patines de plata» (hay que traducir las palabras al peculiar idioma de los autistas, o de lo contrario fingien no comprender las cosas más simples). Entonces, una vez más, me encontré practicando espontáneamente las habilidades de un céptico. Descubrí que podía leer el programa de miedo del autista. Vi que el suyo no era miedo al dolor o la muerte a manos de un guerrero poeta. Ciertamente, no temía al sufrimiento, y apenas temía a la muerte. Como hacemos todos, temía perder lo que más quería. Me sorprendí al ver que los autistas (si este despojo apestoso, miserable y podrido de hombre era un espécimen típico) viven solamente para el placer. Pude ver esto en sus labios sonrientes y constantemente en movimiento tan claramente como podía ver las sonrisas vacías de las esculturas de hielo que flanqueaban la calle. Pero el placer que buscaba no estaba en llenar el estómago con una buena comida ni en el éxtasis sexual; ni siquiera estaba en la euforia de la afición al toalache o la tormenta numérica de los muchos pilotos que aman demasiado sus matemáticas. Lo que complacía al autista era existir plenamente dentro de un mundo de su propia creación. El suyo era el placer de la fantasía y el delirio; para él, los escapismos eran tan hermosos y reales como los castillos de hielo de Urradeth a los ojos de un niño. Y lo que temía por encima de todo lo demás era la intrusión de la realidad externa (lo que los autistas llaman lo menos-real) y la ruina de aquel perfecto escapismo que buscaba, lo real-real. (Es irritante que los autistas proclamen su relación espiritual con los pilotos. ¿Qué es el multipliegue, preguntan, sino una creación del ordenador de la nave y la mente del piloto en fuga? No sirve de nada, naturalmente, explicar que las matemáticas de un piloto son una visión de las estructuras más profundas del universo. Entonces te miran a los ojos y farfullan; «Hermano Piloto, lo real-real es una de las bellezas del multipliegue dentro de la deidad cuando el buen dios está dentro de la cabeza real»). Un autista sufrirá todo tipo de degradaciones corporales antes de perder de vista su precioso real-real.

Examiné la cara fofa del autista, y vi que para él la muerte era simplemente un pensamiento abstracto que llenar en alguna dirección arbitraria de su consciencia; la muerte era lo nunca-real. Puesto que no creía que *él* existiera realmente, no podía

temer perderse en la muerte. No había miedo a la muerte en sus ojos lechosos y enfermos. Sólo había un atisbo de silencioso pesar y tristeza de que la belleza de sus escapismos se disolverían en la nada cuando su mente dejase de existir. Y temía poco a aquella tragedia final, porque no estaría en-lo-real para ser testigo de ello. También es fe de los autistas que: «En el reino de lo real, lo casi-real se vuelve a-veces-real según la realidad de la cabeza real. Lo a-veces-real es una realidad a la que ser renacido en lo real-real. En el reino de lo real-real hay muchas capas de realidades; lo real-real puede ser creado, pero no destruido».

Debo enfatizar que vi todo esto en un instante. Creo que leí la mayoría de sus programas; posiblemente estaba leyendo su mente. Nunca hablé con él (si se puede hablar realmente a un autista), ni me entretuve en todas las sutilezas de mis nuevos poderes. Patiné por la resbaladera tratando de distinguir los diferentes tonos de los cientos de rostros. Guerreros poetas aparte, todos tememos algo y, en alguna parte de nuestro ser, lo tememos en todos los instantes de nuestras vidas. Me adapté rápidamente a la lectura de los programas de miedo de la gente. Pasé junto a un príncipe mercader temeroso de perder sus joyas y sedas. Una hibakusha, una mujer pequeña y marchita de piel marrón vestida con lanas de colores, se le acercó pidiéndole los medios necesarios para pagar el caro proceso que le devolvería la salud. Pero el mercader no pudo ver la desesperación (y el miedo) en los ojos de la mendiga porque no consintió en mirarla. No quiso mirar su cara dolorida, la cabeza calva donde sólo unas hebras de pelo colgaban sobre su alto cuello. Tosió ruidosamente y se apresuró a marcharse, con cuidado de no dejar que ninguna porción de sus ropas tocara a la pobre mujer. Vi: una afásica que temía que el uso mental de palabras o cualquier tipo de símbolos pudiera unir sus pensamientos y por tanto estropear su libertad mental; un escatólogo perdido en el miedo a su miedo; una docena de hombres de Lone Jack evitando temerosamente a todos los alienígenas, incluso a las amables Amigas del Hombre; un piloto cobarde llamado Dixon Dar; una arhat aparentemente feliz cubierta de suaves copos de nieve y apestando a perfume sihu (no necesité los poderes de un cético para percibir que la arhat temía ser considerada una falsaria..., como de hecho así era. Es un secreto a voces que el aceite de sihu se absorbe a través de la piel e induce los nirvanas artificiales de los que los arhats están tan falsamente orgullosos); un novicio asustado y solitario que acababa de entrar en Borja; cientos de hombres, mujeres y niños traicionando su temor. Avancé entre cuerpos pesados y temerosos, y entré en una burbuja de aire caliente, casi tropical. La muchedumbre se volvió tan densa que tuve que caminar sobre mis patines. Había mággidos y tejedores y ejemplares apretujados, mirando los campos de jacintos a cada lado de la resbaladera. El aire estaba lleno de la fragancia de las flores. De pronto sentí calor y humedad, así que me abrí la kamelaika hasta la barriga. Uno de los mággidos exclamó que era un milagro que pudieran crecer flores

tropicales en un planeta helado. Miré a través del tropel en movimiento las diez mil delicadas y colgantes enroscaduras de Tosa, blanco y azul. Eran hermosas. Mis ojos se encontraron con los de un gordo historiador y sacudí silenciosamente la cabeza, compartiendo nuestro miedo mutuo: que el gasto de mantener un microclima exterior y otras extravagancias similares rompieran un día la Orden..., si el cisma inminente no lo hacía primero.

Después de salir al aire más fresco del borde occidental de los Jardines, empecé a buscar en las caras de la multitud ya menos densa esa particular clase de miedo que indicaba un encuentro con un guerrero poeta. Lo llamaré el miedo a los locos, pues la mayoría de la gente considera a los guerreros poetas como auténticos locos. Cuando yo era pequeño, advertía a menudo que los adultos sentían un miedo inexplicable a los muchos locos que surcaban las calles de la Ciudad. La mayoría de los locos, naturalmente, eran (y son) bastante inofensivos. ¿Cómo explicar entonces el hecho de que los maestros pilotos, por ejemplo, pudieran tenerles tanto miedo, ellos que habían dominado su miedo al multipliegue? Nunca había comprendido este fenómeno, pero de repente la respuesta pareció obvia: Los movimientos extraños de un loco, sus palabras sin sentido, el brillo salvaje de sus ojos... todo lo que hace parece brotar de un pozo privado en las profundidades de su ser. Un pozo cuyas acciones parecen más allá de su control. Y, ¿por qué parece un loco no tener control? Porque parece no tener miedo; eso es, carece de una cierta clase de miedo. No tiene miedo a cohibirse o a cohibir a los demás con gritos animalescos y profecías farfulladas. Esta intrepidez es una amenaza a la típica persona civilizada porque comprende, en alguna porción de su yo, que es sólo el miedo a lo que los otros piensan lo que le impide *a él* patinar desnudo por la calle y aullarle a la luna cuando las miserias de su vida son más de lo que puede soportar (y si vive realmente en uno de los ochenta y seis planetas civilizados que tienen lunas). El miedo es el pegamento que mantiene unida a la civilización. Sin el miedo a las consecuencias, los hombres tomarían por la fuerza a las mujeres que se les antojaran, los niños arrancarían los brazos a sus hermanos menores y las mujeres les contarían a sus maridos sus pensamientos más íntimos. Y eso sería el fin del mundo, el fin de todos los mundos en donde viven seres humanos. Sin miedo, volaríamos al azar como billones de átomos impredecibles. Debo repetir que no se teme a un loco porque sea peligroso; se le teme porque el loco parece no tener miedo, y por tanto es impredecible y podría hacer cualquier cosa. Y lo mismo pasa con los guerreros poetas. No se les teme porque sean peligrosos; el sol, después de todo, también lo es. Pero el sol es predecible (o lo era antes de que el Vild empezara a estallar), y los guerreros poetas, esos fanáticos sin miedo de Qallar, no lo son. A menudo actúan al azar. Su paso a través de una multitud deja un rastro de miedo, el miedo a la falta de miedo, que es realmente el miedo al azar. Vivir en un universo que no escuche nuestras súplicas de orden y significado es nuestro miedo

más básico, y lo tememos más que a la muerte. Fue este rastro de miedo caótico dejado por el guerrero poeta Dawud lo que seguí por el Gran Círculo ante el Hofgarten y por una resbaladera naranja que se introducía en el Sector Extremo.

Junto al Verde Merripen, donde las calles se estrechan y los negros edificios de tres plantas alojan a los más ricos de los extremos, hablé con un cético salido de Melthin. Tenía la expresión aguda y algo amarga de un profesional itinerante; mi primer pensamiento fue que había viajado entre planetas como Orji y Yasmeen enseñando su arte a los torpes novicios de las escuelas inferiores de la Orden. Apeataba a viajes y a miedo. Le detuve ante su hotel y le expliqué rápidamente lo que buscaba.

—Sí, es cierto —dijo, secándose el sudor de su frente con una manga naranja—. Hace unos minutos, el poeta de la kamelaika irisada..., pero ¿cómo lo sabías?

—Su anillo de guerrero —pregunté, porque quería asegurarme de que perseguía a Dawud y no a algún otro—. ¿Era rojo? ¿Llevaba un anillo de poeta verde?

—¿Sus anillos?

—Rápido, ¿de qué color eran sus anillos?

—No me fijé en sus anillos; le miré la cara.

—¡Maldición!

Rápida y entrecortadamente le expliqué que seguía el rastro de miedo del guerrero poeta; siendo un cético, pensé que podría apreciar mi pequeña búsqueda. Pero, como muchos de los profesionales menores, era demasiado orgulloso y despreciaba a cualquiera (a un piloto, nada menos) que pudiera desafiar su magra autoridad.

—Hay que tener cuidado con los programas de miedo, mucho cuidado. ¿Cuántos tipos de miedo crees que hay, Piloto?

¿Cuántos tipos de miedo animan la carne y el cerebro de un ser humano? Corrí calle arriba y giré a una deslizadera, preguntándome esto. La deslizadera llevaba al Anillo Invierno. Aquí había edificios de obsidiana de ocho pisos, paredes curvas de cristal donde los apartamentos eran diminutos y estaban almacenados unos sobre otros como los bloques de un juguete de construcción de un niño. Rara vez había estado antes en esta parte de la Ciudad, y me maravillé de que tanta gente extraña pudiera vivir tan cerca una de otra. Me abrí paso hacia el borde de la pista. Había muchos patinadores descansando en los brillantes bancos dispuestos alrededor de la pista. Entre los bancos y la banda naranja de la calle, que circundaba el Anillo en su mitad norte, cada cien metros aproximadamente, se alzaban las estatuas de hielo de los famosos pilotos de nuestra Orden. Los monolitos eran quince. El viento, el sol y las brumas heladas habían desfigurado los rasgos de las estatuas, y era casi imposible distinguir la cara flaca e imperiosa de Tisander el Prudente del ceño fruncido del Tycho. Patiné hacia el Anillo, absorto por un momento con la estúpida noción de leer

los programas del Tycho en los rasgos deformes de su estatua. Pero era imposible hacerlo. Aunque el escultor hubiera capturado la esencia del Tycho y la hubiera cincelado en el hielo, aunque las caras eran reesculpidas una vez cada año, la lenta fusión del tiempo había degradado cualquier información unida a los cristales de hielo y había hecho que los programas fueran ilegibles.

Casi ilegibles. Por un momento me debatí con mis percepciones, dentro y fuera, y me sentí aturdido. Alcé la cabeza y experimenté el efecto deslumbrante de los círculos concéntricos: el círculo blanco y satinado del Anillo Invierno donde los extremos reían y giraban y hundían sus cuchillas en el hielo, el círculo de bancos rojos y azules, y las estatuas de hielo rodeadas por la calle naranja y, sobre la calle, los apartamentos brillando como montañas de cristal, y, muy por encima, la corona de mármol del cielo. Volví la cabeza, buscando al guerrero poeta, pero no estaba en ninguna parte a la vista. Aunque quería encontrarlo con ansia, sentí que debía prestar atención a esta nueva percepción mía, a esta nueva forma de ver.

Cerca de mí, un harijano se tambaleaba sobre unos patines demasiado grandes para él. Era un hombre salvaje y con papada, vestido con una parka púrpura y pantalones amarillos tan tensos que su miembro abultaba bajo la sucia seda. Como sus botas proporcionaban demasiado poco ángulo para que se apoyase, no podía notar los bordes de sus cuchillas. Se tambaleaba buscando agarrarse a los brazos y el apoyo de los extremos cercanos. En cierto modo, me recordó a Bardo. Miré con más atención, y vi determinación y el sello de la crueldad en sus finos labios. En cierto modo me recordó al Tycho, a la imagen del Tycho que había hallado dentro de la Entidad. Miré al harijano, y fue como mirar a Bardo y al Tycho. Cada uno de ellos, pensé, tenía un deje de crueldad, de amor a sí mismo y de encendida sexualidad. Sabía bien cómo habían sido formadas esas tendencias (esos programas) en el caso de Bardo. Pero ¿qué había del Tycho y del harijano tan cómicamente vestido? Me sentí aturdido y me volví a mirar la cara helada y medio derretida del Tycho. De repente, supe una cosa: la crueldad del Tycho y la del harijano (y la de Bardo también) habían sido programadas por la crueldad de sus padres. No quiero decir que todos los hombres que son crueles tengan padres crueles. La fuente de la crueldad es tan profunda y turbia como un océano. Pero, ciertamente, así era con el harijano; pude leer tan claramente su programa de crueldad como podía leer su miedo.

Me incliné y apoyé los brazos sobre las rodillas. Jadeé en busca de aire. A mi alrededor había niños, hombres y mujeres, y las estatuas de mis padres pilotos, y vi en cada uno de ellos la disposición de músculos y nervios que traicionaban sus programas. Una mujer de pechos bien formados y grandes muslos bien dibujados aterrizó torpemente después de hacer una pirueta, y comprendí («vi de una mirada», como dicen los cétricos) los muchos años de práctica y la programación levemente confusa que habían hecho que colocara mal el filo de su patín y casi tropezara. Más

allá, un hermoso chiquillo lloraba de frustración porque no podía trazar un ocho decente, y más allá otro se reía para ocultar la misma emoción, un programa que posiblemente había aprendido de su estoico padre. ¿Cuántos programas mandan los músculos y pensamientos de un ser humano? Hay un millón doscientos setenta mil seis programas así. (Estoy bromeando, por supuesto. Registro esto solamente porque un infame cético se enfrascó una vez en la tarea de contar y clasificar todos los programas posibles, y se rindió después de llegar a este número. En realidad, el número y variedad de programas es potencialmente infinito, igual que el hombre). Hay programas que determinan la fluidez de nuestra habla, y hay programas que nos guían para enjabonar nuestros cuerpos de la misma manera precisa cada vez que nos bañamos. Estamos programados para temer a la oscuridad y los ruidos fuertes, y nos programamos a nosotros mismos para temer un millar de cosas, el fracaso y la pobreza, por ejemplo. Vi estos programas en las caras de los extremos: los programas sexuales, los hombres deseando a las mujeres, las diferentes formas y manifestaciones de la lujuria; y más programas sexuales, los niños programados con urgencias dormidas y poderosas, completamente inconscientes de sus propios programas; los programas de amor, temor, orgullo, vergüenza, simpatía, miedo, melancolía y goce, los programas del odio y la furia; había creencias y programas de creencia en los ojos de un Budista de Mundo Verano, una creencia en universos cíclicos y el renacimiento del alma y muchas, muchas creencias más extrañas; había programas para controlar las creencias y, ocasionalmente, en algunas caras desnudas, la impronta de las creencias que controlaban los programas. Vi a una mujer, una mujer sabia y sorprendentemente hermosa que llevaba la túnica bordada de los neurológicos de Urradeth, con la marca del autodomínio en sus ojos brillantes. Parecía que unas cuantas personas eran a veces capaces de dominar sus creencias y dirigir sus propios programas. ¡Cómo me fascinó esto! Estos programas de creencia que pueden escribir, corregir y ordenar otros programas se llaman programas maestros o metaprogramas. Me pregunté cuál era el origen de los programas que dirigían nuestras vidas. ¿Por qué es un hombre rápido y otro lento? ¿Por qué una mujer sonríe sabiamente mientras habla de ananke y el destino final, mientras su hermana niega el significado y se droga con toalache y sexo? ¿Podía decir, como claman los unidores, que nuestro juego inicial de programas está completamente escrito en nuestros cromosomas?

No lo creo. Ah, pero ¿de dónde surge esta incredulidad, este programa de escepticismo..., de mis cromosomas también? Y, ¿cómo fueron programados esos cromosomas? ¿Por evolución casual? ¿Por Dios? ¿Y quién, entonces, escribió el programa de la deidad, o los programas del universo natural? ¿Quién programa al programador? Uno podía volverse loco reflexionando sobre regresiones infinitas de causa y efecto. No creo que pueda haber una explicación simple. Algunos programas

(los modos de un niño de llorar, defecar, mamar y dormir, por ejemplo) están ciertamente escritos en nuestros cromosomas. Otros programas son copias de los programas de nuestros padres; a veces el mundo en que vivimos escribe programas en nuestros nervios con placer y, demasiado a menudo, con fuego y dolor. El origen de varios programas es un secreto que quizá permanezca siempre sin resolver. ¿Contiene el cerebro el secreto de la manera en que se amolda para ajustar su diminuto rincón del universo, los miles de millones de neuronas que se entrecruzan, formando billones de intersecciones? Los akáshicos así lo creen, aunque nunca han conseguido su sueño de cartografiar y comprender la mente del hombre. Es voz común que cada ser humano posee un juego de programas único. Cada uno de nosotros se enorgullece de esta cualidad única; a menudo justificamos nuestra existencia mirando a las estrellas y observando que en todo el universo no hay otro ser igual a nosotros. Creemos que somos especiales, y por tanto valiosos en un nivel único. En cierto modo, somos nuestro propio universo único, tan dignos de la existencia como el universo superior que nos rodea. Yo, también, siempre había creído esto; siempre había considerado mis programas de arrogancia, vanidad y furia como defectos cariñosos sin los cuales la brillante joya que conocía como Mallory Ringess se colapsaría hacia dentro y dejaría de brillar, como un diamante con una única cara resquebrajada. Contemplé en la pista de hielo los rostros de mis semejantes humanos, y ya no estuve tan seguro. Vi arrogancia mientras un ejemplar completaba un giro difícil, y vanidad en el porte de una hermosa matrona de piel negra de Mundo Verano. Todos los programas que me hicieron cambiar mi carne, amar, bromear, asesinar, buscar el secreto de la vida..., cada partícula de mí mismo estaba duplicada en alguna parte dentro de la esencia de otro hombre, mujer o niño. Mis programas no eran únicos; sólo su disposición al parecer aleatoria en mi interior lo era. ¿Por qué debería enorgullecerme de programas que brotaban de cromosomas heredados o de los dolorosos pellizcos de mi madre mientras me programaba para no mentir? ¿Por qué debía ser consciente de mí mismo como un ser separado?

Para mí, el problema de ser único era realmente peor de lo que lo he tratado. Estaba lleno de mi nuevo poder, que me permitía leer los programas de la gente; cuando miré en mi interior, casi pude leer el mío propio. Y vi algo horrible: no sólo mis programas no eran únicos, sino que en muchos aspectos no tenía más control de mis programas que un perro de su propia cola que se agita. Incluso los mejores seres humanos (como los neurológicos de Urradeth) sólo podían controlar algunos de sus programas. Y, en cuanto a los demás, los harijanos, putas y corredores-gusano que veía, bueno, el guerrero poeta había tenido razón, después de todo. Somos ovejas que esperan la carnicería del tiempo; somos amasijos de tejido cerebral y bultos de músculo, máquinas-carne que saltan al contacto de nuestras pasiones más inmediatas; ya lo he dicho antes: reaccionamos más que actuamos; tenemos pensamientos en vez

de pensar. Somos, simplemente, robots; robots conscientes de que somos robots, pero robots de todas formas.

Y, sin embargo... Sin embargo, había algo más. He visto a una perra, la amada Kyoko de Yuri, un animal inferior cuyos programas eran principalmente lamidos y hambre, gruñidos y olfateos, superar sus programas de miedo y huida para abalanzarse contra un gran oso blanco, simplemente por amor a su amo. Incluso los perros poseen una chispa de libre albedrío. Y, en cuanto a los humanos, dentro de cada uno de nosotros, creo que arde una llama de libre albedrío. En algunos es tenue y sombría como la llama de una hoguera; en otras arde cálida y brillante. Pero, si nuestra voluntad es realmente libre, ¿por qué nuestros programas robot gobiernan nuestras mentes y cuerpos? ¿Por qué no *escribimos* nuestros propios programas? ¿Era posible que todos los hombres y mujeres pudieran liberarse y convertirse así en sus propios amos?

No, no era posible. Miré las caras de un tychista y una puta jacarandina, y su fealdad me abrumó. ¡Qué feos eran la disposición de la amarga experiencia, las arrugas y los surcos del tiempo! ¡En su estado adulto terminal, qué feos y tragicómicos eran realmente los seres humanos! Con los ojos liberados por un momento de la lente distorsionante de mis propios programas (con los ojos de un niño), vi algo trágico: somos prisioneros de nuestros cerebros naturales. Crecemos de niños, y nuevos programas son superpuestos, incrustados en la melaza de nuestros cerebros. Cuando somos jóvenes, escribimos muchos de esos programas para adaptarnos a un entorno extraño y peligroso. Y, luego, crecemos un poco más. Maduramos. Encontramos nuestros lugares en nuestras ciudades, en nuestras sociedades, en nosotros mismos. Formamos hipótesis sobre la naturaleza de las cosas. Estas hipótesis nos cambian a su vez a nosotros, y son escritos más programas aún, hasta que obtenemos un cierto nivel de competencia y dominio, incluso de comodidad, con nuestro universo. Como nuestros programas nos permiten este dominio, aunque limitado, nos acomodamos también a nosotros mismos. Y entonces no hay necesidad de nuevos programas, no hay necesidad de borrar o corregir los viejos. Incluso olvidamos que una vez fuimos capaces de programarnos a nosotros mismos. Nuestros cerebros se vuelven opacos a los nuevos pensamientos, tan rígidos como el cristal, y nuestros programas quedan petrificados de por vida, soldados, como si dijéramos, a nuestros cerebros endurecidos. *Y para ser así fuimos diseñados.* La evolución nos ha hecho crecer, madurar, tener hijos, pasar nuestros programas, y luego morir. La vida es así. Y, por eso, la llama arde débil pero libremente, atrapada dentro de una esfera de cristal. Ardemos con luz suficiente para iluminar el código de nuestros programas, pero carecemos de los medios. No sabemos cómo, y tenemos miedo; estamos completamente aterrados a romper el cristal. Y, aunque pudiéramos dominar nuestro miedo, ¿entonces qué?

Si yo pudiera encontrar valor, me pregunté, ¿qué vería? ¿Me sentiría avergonzado de la ordenación de los programas (de mi propio yo) más allá de mi control? Ah, pero ¿y si pudiera escribir nuevos metaprogramas que controlaran esta ordenación de programas? Entonces podría un día conseguir la cualidad única y el valor que encontraba tan escaso en mí mismo y en el resto de mi raza; como un artista compone un poema tonal, podría crearme a mí mismo y crear maravillosos programas nuevos que nunca habían existido antes en las mareas cambiantes del universo. Entonces sería libre por fin, y la llama ardería como el fuego de una estrella; entonces sería algo nuevo, tan nuevo a mí mismo como el sol de la mañana lo es a un niño recién nacido.

¿Dónde va la llama cuando la llama estalla?

En el hielo del Anillo Invierno, rodeado por gente que patinaba, reía, saltaba, sonreía y gritaba, mientras miraba la cara mutilada y petrificada del Tycho y la cara del harijano de los pantalones amarillos y las caras de toda la gente en la pista de hielo y en los mundos del hombre, mientras miraba mi propia cara, en un instante, tuve este sueño de ser algo nuevo. Pero fue sólo un sueño. Cuando volví a alzar la cabeza, vi a Dawud patinando al otro lado del Anillo, hacia una mujer que se parecía a mi madre, y mi aturdimiento dio paso a la furia, y me convertí en un robot una vez más.

* * *

Me apresuré a cruzar el hielo, esquivando a la gente lo mejor que pude. El viento susurraba en mis oídos y me picoteaba la cara. Me encogí para pasar a una cortesana medio desnuda. Cuando la aterida mujer de piel azul me vio acercarme a toda velocidad y comprendió que patinaba directamente hacia un guerrero poeta, dibujó una «O» de miedo con sus labios tatuados. Se apartó de un salto de mi camino. Dawud también me vio. Me hallaba tal vez a treinta metros de él, pero pude verle sonreír. Era una sonrisa de admiración y de leve sorpresa. Incliné la cabeza hacia mí. Los músculos saltaron en su garganta, y su rizado pelo negro ondeó al viento. Mi madre abrió el cuello de su abrigo, y él le clavó inmediatamente una de sus agujas en el cuello. Entonces Dawud se marchó con rapidez hacia la mitad este del Anillo. Mi madre, probablemente siguiendo su sonrisa, me vio, ladeó la cabeza, y se marchó en dirección contraria.

Sólo podía seguir a uno de ellos, así que corrí detrás de mi madre. La alcancé en el borde del Anillo, mientras pasaba ante la brillante y lechosa estatua de Tisander el Prudente. La agarré por la capucha y la obligué a detenerse. Ella no ofreció ninguna resistencia. Giré justo a tiempo de ver a Dawud, con su kamelaika irisada, desaparecer en una de las ocho calles que desembocaban en la deslizadera que

circunda al Anillo.

—Madre —jadeé—, ¿por qué huías de mí?

Unos cuantos arhats temerosos se agarraron sus túnicas anaranjadas y mantuvieron la distancia, aunque nos miraron con el pavor que los extremos dirigen tan a menudo a los pilotos. (¿Y qué es el pavor, advertí súbitamente, sino una mezcla de amor y odio?).

—¿Adónde va el poeta? ¿Qué te ha hecho?

—Mallory —dijo ella, y cerró los ojos. Sus párpados aletearon como si estuviera soñando. Respiraba con dificultad, y sus ojos se agitaban levemente. Era un viejo programa. Yo creía que Mehtar lo había retirado de sus músculos cuando esculpió su cara, pero al parecer el programa era profundo. Abrió los ojos y los entornó mientras ladeaba la cabeza—. ¿Por qué me seguías? —preguntó.

—¿Dónde has estado?

—¿Y por qué debes responder a una pregunta con otra pregunta? ¿No te lo he enseñado? ¡Es una falta de respeto!

Le conté mi encuentro con Dawud en la Galería Hibakusha, y lo que había sucedido a continuación. Apoyé la bota en un banco cercano, marcando la vieja madera con mi hoja.

—¿Por qué te reuniste con un guerrero poeta, madre?

—Fue un encuentro fortuito.

—No crees en el azar.

—¿Crees que estoy mintiendo? No estoy mintiendo; mi madre me enseñó. A no mentir.

Entonces se rio, una risa extraña, como si hubiera hecho un chiste privado. Había una tensión profunda en su risa. Detecté los sutiles esfuerzos de la falsedad, y descubrí (sorprendentemente) que podía leer este programa concreto de mi madre. Estaba, simplemente, mintiendo.

—¿Qué te puso el poeta en el cuello, entonces?

—Nada —dijo ella. Extendió la mano y tocó la fea pinza de madera que sujetaba el cuello de sus pieles—. Me devolvió la pinza. Se me había soltado. La encontré tirada en el hielo.

Miré las calles que surgían del Anillo, cortando entre el círculo de apartamentos de cristal. Pensé en seguir a Dawud, pero temía perder a mi madre. Y ella sabía claramente lo que yo estaba pensando. Evidentemente, planeaba apartarme de él.

—El guerrero poeta podría haberte matado.

—Los guerreros bestias pueden matar a quien elijan.

—¿Y a quién elige matar Dawud? —pregunté yo—. ¿A Soli?

—¿Cómo puedo saberlo?

Mentiras, mentiras, mentiras.

Su ojo se retorció entonces, y vi lo que debería haber visto hacía mucho tiempo: mi madre era adicta al toalache; los tics faciales eran el resultado de ocultar esta vergüenza a sus amigos y a sí misma. Vi también otras cosas, otros programas: las capas de grasa en torno a sus labios, que traicionaban sus compulsivos programas alimenticios y el amor a los bombones y bebidas de chocolate; sus arrogantes pautas de discurso, los fragmentos cortados de frases que implicaban que los demás eran demasiado estúpidos para comprender todo aquello que no fueran los más mínimos estallidos de información (y que también indicaban su timidez básica); la forma en que se había programado a sí misma para entornar los ojos en vez de sonreír. Los céticos llaman a esos signos corporales que revelan la programación «avisos». Busqué en su cara los gestos y parpadeos que contarían su historia. Vi... cosas sorprendentes. Siempre había sabido (aunque no fuera consciente de ese conocimiento) que ella poseía una especie de sucia voluptuosidad. Ahora vi algo más; ahora su omnímoda sexualidad quedó revelada. Para mi enorme embarazo, vi que ella era capaz de copular con cualquier ejemplar, niño, mujer, alienígena o bestia, o incluso con un rayo de pura energía radiante, si tal clase de unión entre carne y luz fuera posible (los arhats, por supuesto, creen que así es). Si era casta en su práctica diaria, no era porque no tuviera sus deseos. Creo que es de mi madre de quien he heredado mi salvajismo.

Tenía las manos entumecidas de apretar las tablas de madera del banco, así que me las froté. Los globos llama empezaron a arder en torno al anillo. El hielo se iluminó con cientos de luces. Los patinadores desertaban en masa hacia los cafés cercanos. Sólo unos pocos grupos de harijanos quedaron junto al borde del Anillo. En la oscuridad envolvente, sus gritos parecían broncos y demasiado cercanos.

—Creo que hay un plan para matar a Soli —medio susurré—. ¿Qué sabes de eso, madre?

—Nada.

Por la tensión de sus labios, vi que lo sabía todo.

—Si Soli es asesinado, tú serás la primera persona de quien sospechará el Guardián del Tiempo. Te arrastrará ante los akáshicos y desnudará tu cerebro.

Entornó los ojos.

—Hay formas. De engañar a los akáshicos y sus primitivos ordenadores.

Por razones propias, yo estaba muy preocupado con cualquier limitación de los ordenadores akáshicos, así que pregunté:

—¿Qué formas?

—Formas. ¿No te he enseñado que siempre hay formas de superar a tus competidores?

—También me enseñaste que está mal asesinar.

Ladeó la cabeza y asintió.

—A las niñas hay que enseñarles ciertas... certezas. De lo contrario, el universo las englobará. Pero cuando es una *mujer*, aprende lo que está permitido.

—¿Asesinarías a Soli? Qué ligeramente hablamos de asesinato, entonces.

—Tú hablas. Yo nunca he matado a un ser vivo.

—Pero enviarías al poeta a que matara por ti. ¿Está eso *permitido*?

—Todo está permitido. A aquéllos que ven la necesidad. Unos pocos son elegidos. Para estos pocos, las leyes de la mayoría no se aplican.

—¿Y quién los elige, madre?

—Son elegidos por el destino. El destino los marca, y ellos deben dejar su marca también.

—Asesina a Soli, y dejarás una marca de sangre.

—Los grandes actos de la historia están escritos con sangre.

—¿Ves el asesinato de Soli como un acto de grandeza?

—Sin Soli, no habría más charlas de Cismas. La Orden sería preservada.

—¿Eso crees?

Sonrió con su sonrisa preocupada y engreída, y el viento empezó a soplar. Era un viento amargo que llevaba consigo el primer frío de la noche. Mi madre se apretó las pieles en torno a la garganta. Su túnica era ordinaria y le sentaba mal; advertí que normalmente llevaba este tipo de ropas sencillas como una especie de camuflaje. La gente miraría los pliegues fofos y concluiría que era una mujer desinteresada que se preocupaba poco por el estilo o la ostentación. Pero, pensé, las apariencias engañan. En realidad, mi madre se glorificaba en sí misma como si aún fuera una niña pequeña.

—¡Cómo odio a Soli! —dijo.

Golpeé el hielo con mi cuchilla.

—Y, sin embargo, lo escogiste para que fuera mi padre.

—Escogí sus cromosomas para hacer los tuyos —corrigió.

Me quité el guante y me pasé los dedos por el pelo, palpando los mechones rojos, que eran más ásperos y rígidos que los cabellos negros. Pero mis dedos estaban demasiado entumecidos por el frío para sentir nada.

—¿Por qué, madre? —pregunté de repente.

—No me hagas esas preguntas.

—Dímelo..., tengo que saberlo.

Suspiró y se chupó la lengua como si fuera un bombón de chocolate.

—Los hombres son herramientas. Y sus cromosomas son herramientas. Robé los cromosomas de Soli para hacerte a ti. Lord Piloto de nuestra Orden.

Me froté la nariz y la miré. Tenía los ojos entornados, se mordía el labio y se tironeaba de la grasa bajo su barbilla. Me pareció ver el esqueleto de su plan. Intrigaría para hacerme Lord Piloto, y luego me manipularía desde las sombras como

si yo fuera la marioneta de un fantasista.

—¿Cómo podría manipular a mi propio hijo? —me preguntó cuando la acusé de esto—. No tengo ningún deseo de manipular al futuro Lord Piloto.

Mientras ella se reía para sí, pensé que había estado ciego a la preocupación principal de su plan. La miré a los ojos, que eran oscuras lagunas azules contra la oscuridad más profunda de su capucha, y vi un orgullo y una ambición abrumadores.

—Pero es el Guardián del Tiempo quien dirige la Orden, no el Lord Piloto.

—El Guardián del Tiempo —accedió ella.

Y entonces lo supe; entonces pude percibir toda su estrategia. Pronunció las palabras «Guardián del Tiempo» haciendo un esfuerzo insoportable en sus sílabas. Mi madre era una mujer ambiciosa. Haría que mataran también al Guardián del Tiempo. Y más aún..., conspiraría para convertirse ella misma en Lord de la Orden.

Vanidad, vanidad, vanidad.

—No, madre —dije, leyendo la información de su cara—. Nunca gobernarás la Orden.

El aire escapó de sus labios en un rápido «whoosh». Se llevó las manos al estómago, como si le hubiera dado un puñetazo bajo el corazón.

—Mi hijo tiene *poderes*. Puedes leerme, creo. A tu propia madre.

—Puedo leer algunos de tus programas.

—¿Qué te han *hecho*? —Me miró como si me viera por primera vez, con el horror tensando su ansiosa mirada de soslayo. (¿Y qué es el horror, sino una mezcla de odio y miedo?).

—¿Qué te ha hecho el poeta *a ti*, madre?

—¡No respondas a una pregunta con otra pregunta! ¿Por qué fuiste siempre tan desobediente? Creía haberte enseñado obediencia, hace mucho tiempo.

No me gustó el giro de nuestra conversación. Odié la forma en que pronunció la palabra «obediencia». Era una palabra fea; en la manera en que la dijo, era una palabra cargada de extrañas connotaciones y terrible significado. Recordé que los guerreros poetas tenían reputación de instilar en sus víctimas una obediencia total e irreversible. ¿Qué venenos había colocado Dawud en su cerebro? ¿Genotoxinas para combinarlas con sus cromosomas y alterar sutilmente sus programas más profundos? ¿Había introducido en su sangre un virus-replicador que devoraría su cerebro y lo reemplazaría, poco a poco, con neurológicas preprogramadas? ¿Con neurológicas *obedientes*? ¿Había mimo-replicado su cerebro? Mi madre contempló el oscuro círculo del Anillo, y me pregunté qué porción de su libre albedrío se habría disuelto ya para ser reemplazada por la voluntad del guerrero poeta.

—Ese poeta es peligroso —dije—. Te mataría como a una mosca, si quisiera.

—Todo el mundo muere.

—Mataría tu alma.

—No tengo miedo a morir.

—Siempre pensé que tenías miedo, madre.

—No, no tengo miedo. ¿No nos libera del miedo la aceptación de la muerte? Y, si somos libres, ¿no es todo posible? No, no tengo miedo.

Me froté el hielo del bigote.

—Creo que esas palabras son del poeta, no tuyas.

Se apretó más la capucha. Empezó a hablar con voz baja y acompasada, como si explicara teoría de anillos a un novicio. Aunque conservaba la voz calmada, pude oír los ritmos de nuevos programas en ella. Sus palabras, la forma en que enfatizaba y articulaba ciertos sonidos (aspiraba demasiado las consonantes, deteniendo el flujo de aire con la lengua), las frases cortadas y sus pensamientos..., todo en ella era igual, aunque a la vez era ligeramente distinto. Podía leer en ella, pero no podía decir si los nuevos programas se originaban simplemente en las ideas y creencias de Dawud, o si de hecho él había dominado su cerebro.

—¿Crees que Dawud me manipula? No, soy yo. Quien le manipula a él. Llámalo mimo-replicación o llámalo lo que creas. Él piensa esto. Pero ¿de dónde proceden sus pensamientos? Yo se los di. Es la clase más sutil de manipulación; mi madre me enseñó manipulación.

¿Había reescrito Dawud su software o alterado el hardware? Temblé ante la idea de llegar a saber esto.

—Tal vez los akáshicos podrían ayudarte —dije.

—Creo que no.

—Podría llevarte a ellos. Pero debes decirme cómo puedo encontrarte.

—¿No te lo han dicho tus amigos? ¿Que me he convertido en estudiante del guerrero poeta?

—¿Dónde puedo encontrar al guerrero poeta?

—¿Y por qué querría mi hijo encontrar a un guerrero poeta?

—Quizá quiera advertirle que está siendo manipulado. —En realidad, quería atraparlo antes de que tuviera oportunidad de dominar el cerebro de mi madre, si no lo había hecho ya. Quería matarlo.

—Es la naturaleza de mi manipulación —dijo— que informarle de que está siendo manipulado sólo le manipulará para creer que puede manipular la manipulación manipulándome para que crea que yo le estoy manipulando a él. Es complicado. Haz lo que quieras. —Sonrió y asintió con la cabeza, y se volvió hacia la luz. Su sombra se alargó para formar una larga lanza, luego se acortó, de un lado a otro, sobre el brillante hielo—. Después de todo, nadie te está manipulando a ti.

—¡Oh, Dios!

—¿No te he enseñado a no blasfemar?

—¿Dónde está el poeta, madre?

—¿Soy yo acaso el guardián de mi maestro?

—¿Dónde, madre?

—Si puedes leerme, entonces dímelo.

—Le has enviado a asesinar a Soli —dije.

—Soli —repitió. Cerró los ojos, porque debió resultarle claro por fin que podía leer en ella.

—¿Por qué asesinaría el poeta por ti, entonces?

—Es un intercambio, por supuesto. De devoción. Los guerreros poetas buscan conversos, ¿no? Por tanto, me dedico a convertirme. En un guerrero poeta. Y, a cambio, Dawud...

—¿Cuándo, madre? Oh, Dios, es demasiado tarde, ¿verdad?

—¡Cómo odio a Soli!

—¡Madre!

—No busques a un guerrero poeta, podrías encontrarlo.

—Lo mataré.

—No, Mallory, no me dejes. Que haga su trabajo. ¿Por qué quieres salvar a Soli? Mientras hablamos, el poeta estará escalando la torre de Soli. O acabando con los guardias de Soli. O preguntándole a Soli el poema.

Golpeé la cuchilla contra el suelo, en un intento de devolver algo de sangre a mis entumecidos pies. Tenía frío y estaba confuso.

—¿Qué poema?

—Es una tradición de los guerreros poetas. Atrapan e inmovilizan a sus víctimas. Y luego recitan parte de un antiguo poema. Si la víctima puede completarlo, es perdonada. Por supuesto, nadie conoce el poema.

Me aparté de ella y empecé a atravesar el Anillo. No podía creerla. Se estaba burlando de mí. Seguro que un guerrero poeta no se arriesgaría al fracaso tomándose el tiempo de preguntarle un poema a su víctima.

—¿Dónde vas? —gritó ella, antes de que me hubiera alejado una docena de metros.

—¡A advertir a Soli de un loco! —repliqué.

—¡No me dejes! ¡Por favor!

—Adiós, madre.

Ella movió la cabeza de un lado a otro y gritó:

*Como no pude esperar a la Muerte,
ella amablemente me esperó.*

*La torre no nos encerraba más que a nosotros mismos
y a la Inmortalidad.*

—Ése es el poema —dijo—. Por si el guerrero poeta te atrapa también a ti.

Me agaché y respiré profundamente mientras me despedía de ella y me deslizaba con fuerza sobre el hielo. No tenía intención de permitir que un asesino (un maestro de la mimo-replicación, un loco) me atrapara. Mi intención era atraparle a él.

CAPÍTULO 22

La paradoja Hanuman-Ordando

Estar plenamente vivo es ser plenamente consciente.

Ser plenamente consciente es estar lleno de miedo.

Temer es morir.

—Dicho de los guerreros poetas.

Atravesé corriendo las calles de la ciudad. Cogí un atajo por el corazón del Sector Extremo. El poeta me llevaba ventaja, pero no podía conocer la Ciudad tan bien como yo, Ni, esperaba, podría patinar tan rápidamente ni durante tanta distancia sin detenerse a descansar. Los colores apagados de las deslizaderas y resbaladeras menores parecían fluir y mezclarse, el rojo en naranja, el púrpura en verde. Los hermosos edificios que alineaban la tremendamente estrecha Calle de los Neurocantores, con sus balaustradas y sus entramados de piedra, estaban adornados con colgantes carámbanos de hielo. Directamente debajo, los carámbanos se habían congelado en una jungla de montañas heladas, tubérculos y volcanes en miniatura. Era peligroso patinar por allí, así que giré hacia la Calle de los Humos. Allí el hielo no era tan irregular, pero había peligros de otra clase diferente. Una miríada de olores brotaba de las puertas medio abiertas de los cubiles de los rememoradores. El aire estaba cargado con las burbujas de melaza caliente, con la fragancia de aceites para el pelo y lanas nuevas y un millar de otros olores y drogas odoríficas. Al instante recordé haber corrido por aquella calle el día de la carrera de los pilotos. (No me parecía posible que hubieran pasado tres años desde aquel día). Los recuerdos me consumieron. Casi pude ver a Soli patinando suavemente a cincuenta metros por delante; casi pude oír el clic-clac de sus largas cuchillas sobre el hielo. Pasaba junto a uno de los cubiles más grandes cuando un par de putas comunes abrieron una puerta. Sus labios estaban manchados de rojo y su aliento apestaba a alcohol. Estaban de pie extendiendo la palma de las manos bajo el frío globo llama, que era uno de los claros, con el plasma chasqueando en sus colores interiores. Me cortaron el paso e inmediatamente se colocaron a mi lado. La más alta de las dos (su pelo era como vino rojo oscuro) abrió sus pieles. No llevaba nada debajo; su piel estaba desnuda y blanca. Se ofreció a llevarme a uno de los callejones adyacentes, abrir sus pieles y tenderse sobre la nieve, ejecutar una cópula inmediata sin cobrarme nada. Estaba muy borracha. Sin duda recordaba placeres previos e impulsivos que había experimentado bajo el caliente influjo del alcohol. Ésta es la limitación de esa droga concreta: produce claros recuerdos de tiempos pasados cuando se está borracho, pero poco más. Olí los densos vapores del skotch y recordé la noche en el bar de los maestros

pilotos, cuando conocí a Soli. Odiaba a Soli, recordé; ¿por qué repudiar a las dos putas y recorrer media Ciudad para advertirle? ¿Por qué no quedarme aquí para saciar mi placer con la puta? (Era bastante hermosa, una de esas raras putas a las que encantaba su oficio porque amaba a los hombres). ¿Por qué no dejar morir a Soli?

Aunque hice rápidos progresos y crucé el ancho hielo lechoso del Camino antes de que los enjambres nocturnos desembocaran en el Sector, me preocupaba que Dawud alcanzara la torre de Soli antes que yo. En realidad, no quería que Soli muriera. Era mi Lord Piloto, mi tío, mi padre; no estaría bien dejar que un guerrero poeta lo matara. También (y esto era completamente egoísta por mi parte) pensaba que podía ganarme su gratitud. Si pudiera ablandar su corazón, podría perdonar a Bardo y a Justine (y a mí), y yo podría detener el cisma antes de que empezara realmente. Pensé en llamar a un trineo. Sin embargo, en las calles estrechas y sinuosas de la Ciudad Vieja por donde tendría que pasar, un trineo habría sido una molestia. Fue uno de los pocos momentos en mi vida en los que deseé la comodidad de un fono. Así podría simplemente, y al instante, advertir a Soli de que la Muerte iba de camino. Pero, como diría el Guardián del Tiempo, si permitiéramos los fonos, la gente se fonearía eternamente, dando a conocer sus pensamientos más inmediatos y frívolos. Concertarían citas para reunirse en ciertos momentos y lugares, y exigirían el uso de relojes, y trineos privados para transportarlos por la Ciudad. Las calles se llenarían de máquinas ruidosas y explosivas y otras cosas molestas, porque, una vez la bestia de la tecnología sale de su jaula, la gente querría chirriantes radios privadas y cajas sensoras privadas y un montón de cosas más. Cuando yo era un novicio, a menudo me parecía exagerada esta teoría del dominó de la tecnología, pero más tarde, cuando vi Tria y Gehena y otros planetas infernales que no limitaban su tecnología, decidí que en esta cuestión los edictos del Guardián del Tiempo estaban justificados.

Y, sin embargo, cuando llegué a la entrada de la Torre Danladi, maldije al Guardián del Tiempo y sus edictos. El viento soplaba de las espectrales laderas de Urkel, atravesando el desierto Salón de los Antiguos Pilotos y el Pabellón Ajedrez, silbaba por entre los dormitorios y edificios menores al borde de Resa. Sacudía nubes de nieve en polvo hacia la puerta abierta de la Torre. Había un temible sonido de succión, como de aire siendo forzado a través de un tubo. La puerta de madera rectangular, que era tan lisa y severa como lo fuera el ilustre Lord Danladi, chirriaba mientras se movía sobre sus goznes, y estaba manchada de sangre. Había sangre por todas partes. Dentro, el pasillo estaba cubierto de cadáveres. Había seis. Una aspirante yacía derrumbada con la garganta abierta como una segunda boca roja; junto a ella, casi encima, el cadáver de Tymon el Equivocador, un piloto que se había graduado el año antes que Bardo y yo. La fila de cadáveres avanzaba por el frío y silencioso pasillo hasta las escaleras. Evidentemente, los pilotos y aspirantes habían

intentado detener al guerrero poeta, y él debió caer sobre ellos con su rápido cuchillo como un loco entre niños. El cuerpo recién masacrado de un novicio bloqueaba la escalera, abrazando los primeros peldaños; sus labios rojos estaban apretados contra el labio de piedra del cuarto escalón. Tuve que saltar por encima. Sus ropas antaño inmaculadas estaban salpicadas de sangre. Había un círculo rojo sobre su cabeza. Parecía el cartel de un tallador. Había un olor fresco y denso en el aire, junto con los olores de la sangre y el miedo.

Subí las serpenteantes escaleras tan silenciosamente como pude. Y luego atravesé el corto pasillo que conducía a las habitaciones de Soli, mientras mis botas resonaban contra la piedra y mi respiración estallaba en mis pulmones como los gases de un cohete. Temí que mi ruido advirtiera al guerrero poeta, si es que no era ya demasiado tarde para advertencias. Las pieles blancas de la cámara interior estaban manchadas con la sangre del aspirante de Soli, Markoman li Towt, que estaba arrodillado hacia atrás, sobre sus piernas muertas, con los brazos extendidos y los delgados labios apretados contra sus dientes blancos y finos. El resto de la habitación (los tapices de la pared, los sofás y las mesas, los libros de oraciones, el juego de ajedrez y el servicio de café) permanecía imperturbado. La puerta que conducía a la habitación de Soli estaba entornada, así que la empujé y entré. En el caos. Nunca había estado antes en su santuario, y me sorprendió ver que Soli tenía plantas. Plantas verdes y flores por todas partes, plantas en macetas, plantas en estantes, plantas colgando del negro saliente del techo de obsidiana (creo que la Torre Danladi es el único edificio de la Ciudad hecho enteramente de esa brillante substancia). Por todas partes había destrucción. Las plantas y macetas habían sido arrojadas a la chimenea, una chamuscada masa vegetal se asaba, atrapada entre la rejilla y los leños chasqueantes. Había tierra negra suelta y trozos de arcilla bajo mis botas. Oí el perfume de las flores shira aplastadas. Y entonces, a través del follaje de un arbusto medio derribado, los vi. Junto a la ventana. El poeta había atado a Soli al tronco de un árbol spinnaker. Una crisálida de pegajosos y duros filamentos proteínicos, de los que crecen en Qallar, envolvía el pecho de Soli, hundiéndose en la corteza del árbol tras él. Soli se debatía furiosamente como un pez en la red, tirando de la crisálida, saltando de un lado a otro, tratando de volcar el árbol. Pero el árbol era grande. Crecía de una maceta colocada en un hueco del suelo. Sus ramas se extendían bajo la claraboya, a cinco metros sobre nosotros. Las hojas se sacudían y temblaban, y unas cuantas de las flores amarillas y triangulares cayeron en espiral, perezosamente, al suelo.

—No te acerques más, por favor, Mallory.

Era el guerrero poeta, de pie tras el árbol. Los colores de su kamelaika estaban manchados de sangre, que manchaba también el árbol allá donde sus ropas habían tocado la corteza gris. Presionaba la punta de su cuchillo contra la comisura del ojo de Soli.

—Estaba a punto de cortarle el nervio óptico —exclamó—, pero una vez más me has sorprendido.

Los ojos drogados de Soli estaban muy abiertos y se retorcían. Casi todos los músculos de su rostro estaban aprisionados, y gruesas gotas de sudor corrían por su frente. Apeataba a miedo.

—Suéltalo —dije.

Me acerqué más, y Dawud extendió la mano.

—Tu madre no podía revelar nuestros planes. ¿Cómo la hiciste hablar?

Señalé a Soli.

—Suéltalo —repetí.

—Pero no hemos alcanzado el momento —dijo Dawud—. Y, en cualquier caso, mi orden por su muerte ha sido pagada.

—Sí, lo sé. Dime lo que le has hecho a mi madre.

Apojó suavemente la mano sobre la cabeza de Soli. Ignoró mi demanda.

—Tu madre ha pagado bien por esta *posibilidad*.

—¿Posibilidad?

No entendí lo que quiso decir. Soli miraba como si no supiera nada. Su cara estaba blanca como la de un autista. No había nada que leer excepto dolor y miedo.

—¿Qué tipo de veneno es éste, entonces? —pregunté—. ¿Que puede robar a un hombre su autoconsciencia y volver sus programas ilegibles? —Temblaba por abalanzarme sobre Soli, para devolver la furia a su cara. No me gustaba verle así.

—¡No, Piloto, no te muevas! Casi hemos alcanzado el momento de lo posible. —Dijo esto a modo de explicación (tal vez podía leer *mi* programa de curiosidad)—. Soli está casi vivo; en unos instantes renacerá.

De repente, Soli gritó y se mordió los labios. La sangre corrió por su barbilla y cuello. El borde ensangrentado de su labio inferior se clavó en sus dientes; sus incisivos eran visibles a través de la carne rasgada. Su cuerpo era un nudo de músculos espasmódicos. Pensé que los espasmos romperían sus huesos y quemarían sus tendones, pero Mehtar le había esculpido en la forma de un alaloi, después de todo, y había hecho bien su trabajo.

—¡Está sufriendo!

Dawud me sonrió.

—Por favor, quédate donde estás, o el Lord Piloto tendrá que morir antes de su momento.

—¡Le estás torturando!

—Sí, naturalmente, ¿cómo, si no, despertarlo? El dolor es el rayo que iluminará su mente y le despertará. —Pasó sus gruesos dedos por el pelo empapado en sudor de Soli. Cerró el puño, atrapó el pelo entre sus dedos y alzó la cabeza de Soli. Su anillo rojo brilló a través de la maraña negra como una laguna ardiente de sangre—. ¿Ves?

Soli está ahora intensamente vivo. Le he dado la droga. Mientras hablo, las ondas de sonido golpean su piel como puños. ¿Hueles mi perfume? ¿El aroma del aceite de kana? Para Soli es un ácido que le devora la nariz y los pulmones. No puedes imaginar su dolor: la luz de los globos llama es como cuchillos a través de sus ojos. Desea poder cerrarlos; reza por ello. Y, dentro de poco, hundiré la punta de este cuchillo en su ojo, hasta el nervio óptico, Y entonces habrá un verdadero frenesí, luego el rayo que hendirá su cabeza. Y, entonces, el momento, Piloto. Un momento único y claro, más brillante que el rayo, y un momento sin miedo. Tomaré la vida menor del robot y le daré la mayor. Pronto..., verás que ya casi está preparado.

—¡Pero morirá!

—No, habrá vivido verdaderamente durante un momento y, en los interminables anillos de la eternidad, su momento perfecto vivirá una y otra vez.

—¡Es una locura!

—¡Está preparado! Mira, contempla el miedo en sus ojos, como un océano. Oye mis palabras, aunque no comprende nada más que el miedo. El miedo; el anillo de la eternidad; el dolor.

—¡No!

No quise saber más de la extraña religión del guerrero poeta; no me importaba si Soli superaba su programa de miedo y vivía su momento perfecto. La necesidad del poeta de insertar sus creencias en la carne de Soli me enfermaba. ¿Por qué, me pregunté, deben contagiar siempre los fanáticos a los demás con el virus de sus creencias? ¿Por qué deben las creencias buscar siempre invadir a sus víctimas, llenarlas de fiebre, y luego contagiar nuevas víctimas como una plaga? ¿Por qué esta locura? Observó el cuchillo subir hacia el ojo de Soli, que esperaba, y grité:

—¡No!

Crucé la habitación. Caí en tempolento, y me moví en un frenesí de velocidad. Fue este brusco movimiento relámpago, creo, lo que salvó la vida de Soli (es decir, la vida menor. La simple vida de matemáticas y meditación para la que nace un piloto). El poeta no tuvo más tiempo para seguir torturando. Pudo haber matado a Soli inmediatamente, pero entonces no habría habido ningún «momento de lo posible». Para su retorcido sistema de creencias, el asesinato habría sido en vano. Me observó saltar sobre un arbusto desenraizado, e hizo una mueca con sus labios rojos y carnosos. Estaba claro que no quería matarme. Pero sacudió la cabeza, y su voz se vertió como si fuera vino.

—Casi podrías haber sido uno de nosotros —dijo—. Un amante de la eternidad.

Aceleró en tempolento; fue todo precisión y movimiento exquisito, un destello de deslumbrantes anillos rojos y verdes y capa ondulante y fluctuante acero. Supe que mi única esperanza era evitar los dedos afilados, los venenos y agujas ocultas en su capa, esquivar o bloquear el roce de su puño, y, sobre todo, agacharme bajo la

guadaña de su cuchillo asesino. Tenía que acercarme a él. Luego podría agarrarle, echarle la mano al cuello y sujetarle los brazos. Podría aplicar el arte que el Guardián del Tiempo me había enseñado y emplear el poder de mis músculos y huesos alaloi.

Pero no fue tan fácil acercarme a él. Debió adivinar inmediatamente mi estrategia. Hizo una finta de distracción hacia mi vientre, y luego acuchilló mis dedos. Sentí calor en las yemas de los dedos, como si el aire desplazado por el cuchillo me hubiera quemado. Había cortado el blando tejido bajo dos de mis uñas. La sangre manó (lenta, lentamente, todo parecía moverse tan despacio en el tempolento) bajo la uña. Giramos y forcejamos, chocando a través de las plantas. Mi cabeza golpeó contra la maceta de un helecho colgante. Cerré el puño y apreté; llovieron gotas de sangre sobre las hojas de musgo, un rojo y lento chapoteando contra las hojas verdes. Lancé un puñetazo a su garganta. Bloqueó fácilmente mi brazo, y se apartó con la gracia de una bailarina. Aunque los dos estábamos sumergidos en el ámbar del tempolento, parecía que él se movía más rápido que yo. O tal vez estaba leyendo mis programas y anticipaba mis movimientos. Las artes de un guerrero poeta, pensé, son engañosas y letales.

Sin embargo, hay un arte que los guerreros poetas nunca han dominado. Ellos, que viven tan intensamente cada momento al borde de la muerte, nunca pueden conocer los modos mentales pasivos, melancólicos y secretamente temerosos de los scrytas. ¿Y quién puede, después de todo, comprender completamente la misteriosa danza de sueños futuros que se desarrolla ante el ojo interno de un scryta? ¿De dónde proceden esas imágenes? ¿De qué forma se manifiestan dentro de la mente? Algunos dicen que el arte de los scrytas y los rememoradores son parte de un solo fenómeno. Si es cierto que el universo recurre eternamente, como el drama de un poeta representándose una y otra vez, con los mismos actores actuando exactamente de la misma forma durante cada representación, ¿no es entonces un antiguo recuerdo también una visión del lejano futuro? Puede que sí. Mientras Dawud lanzaba una cuchillada a mis ojos (una cuchillada que a duras penas pude evitar), olí el denso aceite de kana, y empecé a recordar. O eso pensé. Al principio, las imágenes que acudieron a mí *parecieron* recuerdos recientes. Dawud se abalanzaba y me cortaba la mano; me acuchillaba la sien; buscaba dentro de su capa y sacaba un dardo teñido de veneno de bo púrpura. Pero no eran recuerdos, advertí, sino algo nuevo. Durante un instante pensé que no estaba viendo estas imágenes en absoluto; en una instantánea partícula de tiempo, concluí que estaba leyendo los sutiles cambios de peso y músculo que traicionaban los programas de lucha de Dawud. A partir de estos informes reconstruí en mi mente la secuencia de movimientos asesinos que él decidiría hacer..., eso pensé. Se abalanzó y acuchilló y sacó un dardo púrpura de su capa; vi la piel de la palma de mi mano abrirse como una flor de fuego. La secuencia de movimientos era exactamente como yo la había visto. De repente supe que no

estaba leyendo sus programas, o más bien que no estaba *sólo* leyendo sus programas. Había imágenes, colores precisos y movimientos, un nuevo modo de visión. Dawud saltó e hizo una finta y disparó el dardo a mi cuello. Algo nuevo: tuve tiempo de bloquear y hacer una contrafinta y apartar el cuello. ¿Estaba leyendo sus programas? No lo creía. Sabía que un guerrero poeta es entrenado desde su infancia para enmascarar sus programas. Para un guerrero, telegrafiar sus movimientos es un pecado. Y hay más que eso. Es un resultado básico de la teoría de juegos que un guerrero debe introducir un número de elementos aleatorios en sus movimientos, o su enemigo podrá adivinar su estrategia. Así, algunas de las cuchilladas y fintas que Dawud me lanzaba estaban hechas al azar. Sus músculos y nervios habían sido entrenados (programados) para dispararse por cuenta propia en ciertos momentos determinados. Podía planear dar un salto y descargar una patada a los testículos, sólo para encontrar luego que su brazo se detenía en seco y la patada apuntaba en cambio a la garganta. Yo no podía estar leyendo esos programas aleatorios porque estaban enmascarados. Pero, si no podía, ¿cómo acudían a mí aquellas vívidas imágenes? ¿Cómo evitaba su cuchillo asesino?

Yo estaba empleando el arte de un scryta..., lo supe de inmediato, aunque traté de negarlo. Entré en aquel peculiar y melancólico modo mental donde la vida (y la muerte) se ven como una pintura lenta y casi abstracta a punto de hacerse real. Se producía un momento de instantaneidad, y luego un brillante destello, como si el interior de una vasta cámara en sombras hubiera sido iluminada de repente. Mis ojos estaban abiertos, aunque yo estaba momentáneamente ciego a los colores y texturas de la habitación. Había imágenes, un brillante mosaico de pauta y posibilidad. Los diversos objetos de la habitación, las ramas divisoras del árbol spinnaker a mi lado, la alfombra manchada de rojo, las plantas rojas y amarillas, los colores irisados de la kamelaika de Dawud, su nariz cruel y afilada como un cuchillo, y sus ojos intensos, tan tranquilos y tan conscientes..., todas estas cosas parecían temblar, disolverse en un mar de color, temblar nuevamente mientras fluían y se formaban y se reagrupaban y volvían a reformarse en los ángulos y sombras y formas de un guerrero poeta en movimiento. «Vi» sus brazos y piernas y su capa fundirse en un trazo de luz. Había imágenes y futuros de donde elegir: me acuchillaba los ojos, me acuchillaba la garganta, afianzaba el pie y me acuchillaba las manos. Las posibilidades me aturdieron. Yo estaba ciego porque él había introducido su acero en el azul de mis iris; me quedaba mudo porque mi garganta quedaba hecha pedazos; no podía agarrarle por el cuello porque me había amputado los dedos. Pero sólo un futuro podía suceder; su cuchillo no podía estar en mil sitios a la vez. Se movió, se había movido, se habrá movido siempre. El tapiz de sucesos que cobraría existencia en unos instantes se retorció para unirse. El hilo plateado de su cuchillo, las brillantes bandas decorativas rojas y verdes de sus anillos, los negros rizos de sus cabellos y los

mechones negros y rojos del mío propio, los hilos dorados y púrpura y naranja de su kamelaika, todos los hilos de mi vida se tensaban, tejiéndose. *Pero al final escogemos nuestros futuros*, como habría dicho Katharine. Como lo había dicho, como lo dirá siempre. Los futuros se formaron en mi interior, y fuera de mí, y Dawud estaba a punto de moverse. Yo era un scryta..., era una cosa maravillosa y terrible. Miré a los ojos de Dawud, y las fibras púrpura y las manchas de azul de sus iris temblaron. Sus pupilas se dilataron. Hubo una visión. Con la vista de un scryta, vi desatarse los músculos del diafragma del iris, las largas y purpúreas fibras proteínicas desenroscarse, y más aún, los vibrantes átomos de carbono, el hidrógeno, oxígeno y nitrógeno de las proteínas. Los ojos de Dawud y el tejido de los tapices, las gotas de sangre en su cuchillo, estaban llenos de proteínas. Y los átomos de las proteínas estaban compuestos de partículas aún más pequeñas que poseían carga y masa, color y espín, y todo era movimiento, oscilación y energía. Y más aún: la habitación se fundió en un brillo de luz, y las más pequeñas partículas se desplegaron como bolas de seda. Hubo un infinito de mezclas, anillos de seda policromada hechos de... Pero es imposible describir singularmente la estructura más profunda de la realidad. Los hilos eran escarlata ardiente; los hilos eran dorado fundido; los hilos eran la base de los mecánicos y los teoremas de los cantores y las elecciones conscientes de un piloto en tempolento. Seguí este hilo de consciencia, mirando ciegamente las pautas a mí alrededor, y de repente supe, como todos los scrytas saben, que estaba mirando al tapiz mismo del universo mientras se formaba. Contemplé los hilos del holograma universal desplegarse. En cierto modo, yo estaba decodificando el holograma, preparándome para leer el código, puesto que, ¿qué es ser un scryta sino poder leer los programas maestros del universo? *Pero al final escogemos nuestros futuros*. Una pauta en formación pareció más brillante que las demás. Estaba cargada de hermosos (y terribles) hilos iridiscentes. Los hilos se entretejieron, y los verdes brillaron en esmeralda, y los púrpura aumentaron a índigo ardiente. Había una kamelaika irisada, el anillo carmesí de un guerrero, y un cuchillo asesino hecho de acero. Y una elección, siempre había una elección. Dawud eligió clavar el cuchillo en mi vientre desprotegido. Vino hacia mí. Pero yo vi el movimiento antes de que él se moviera y, cuando saltó, me aparté del camino. Lanzó una cuchillada a mi garganta. Bloqueé su brazo y lo agarré, y el brazo chasqueó. Y cuando él se pasó el cuchillo a la otra mano, me aparté de él y, torpemente, le pateé la ingle.

La patada habría lisiado a un hombre civilizado. Pero, como supe más tarde, cuando el guerrero poeta entra en la pubertad; se le somete a una talla que le permite retractar sus testículos en el abdomen a voluntad. (El rumor de que los guerreros poetas son blandos entre las piernas es falso. Y tampoco es cierto que no sientan la urgencia de copular con hembras humanas. Los poetas, naturalmente, adoran la pasión, aunque no permitan su expresión física. La castidad engendra intensidad,

dicen). Dawud vaciló durante un instante, luego me lanzó un dardo de punta anaranjada. No alcanzó mi cabeza por unos milímetros. Lo oí rozar los folículos individuales mientras pasaba por encima de mi oreja.

—¡Muy bien! —jadeó—. Muy bien.

—¡Maldito seas!

—Ayúdame, Piloto.

—Aparta el cuchillo, entonces.

—Ayúdame con Soli.

—No, no, estás loco.

Mientras proseguíamos nuestro mortífero juego, debió de darse cuenta de que algo iba mal. En realidad, debería de haberme matado a la primera acometida del cuchillo. Algo iba muy mal..., debió de darse cuenta porque empezó a hablarme, a tratar de distraerme. Y, entonces, cogí su otro brazo entre mis manos y lo rompí también. El cuchillo cayó girando de su mano sobre un montón de raíces y tierra. Agarré sus bíceps y lo atraje más. Aunque esperaba que gritase, u observara con horror los afilados trozos de hueso que asomaban por entre su kamelaika, naturalmente no lo hizo. Sonrió. Tanteó con la lengua el interior de su boca, como si intentara soltar una miga de nuez baldo metida entre sus dientes. Pero no era una nuez; era un pequeño dardo, y me lo escupió mientras yo le daba un tirón al brazo y lo colocaba ante mi cara. El dardo se hundió en su propia mano.

—Scryta-piloto, guerrero-piloto..., debí haberlo sabido —jadeó, un instante antes de que el veneno lo paralizara.

Todo su cuerpo experimentó un espasmo y se quedó rígido, como el de Soli. Busqué dentro de los compartimientos de su túnica y encontré la glándula dorada y tubular que todos los guerreros poetas llevan consigo. La agité contra mi oído para escuchar las proteínas líquidas sacudirse dentro del tubo. Estaba casi lleno. Coloqué el tubo ante el pecho del poeta y apreté el extremo sensible, y un chorro de proteínas tremendamente fino surgió de la punta y se endureció, convirtiéndose en un cable acerado. Tardé unos instantes en darle vueltas al cuerpo (tuve que medio levantarlo del suelo), y lo dejé atado en el interior de una crisálida pegajosa.

¡Había derrotado a un guerrero poeta!

Mis momentos de scryta pasaron, y regresé a temporeal. Me senté en el tronco de un árbol. Sentía cansancio, júbilo y miedo. Dawud recuperó lentamente el uso de sus músculos mientras yo lo miraba. Debió absorber bastante menos dosis de veneno que Soli, o tal vez su metabolismo acelerado lo había consumido más rápido. Vi que Soli seguía tan rígido e inmóvil como un robot.

—¿Qué hago para soltarle? —le pregunté a Dawud.

—Debes soltarme a mí primero —dijo, mientras movía con dificultad las mandíbulas—. Por favor.

Le miré para ver si estaba bromeando. No pude pensar en un solo motivo para liberarle.

—Guerrero-piloto, scryta-piloto..., ¿estás escuchando? En Qallar hay un código de honor. Suéltame y devuélveme mi cuchillo. O mátame tú mismo. Necesito morir.

No había el más mínimo atisbo de engaño en su voz. Un guerrero poeta no puede vivir con la vergüenza de la derrota y la captura. Estoy seguro de que, si le hubiera liberado inmediatamente, se habría clavado el cuchillo en el ojo, hasta el cerebro, como debe matarse un guerrero poeta cuando llega el momento. Había excitación en todo su ser. Si hubiera sido un devaki, habría empleado el tiempo verbal *uswa* de «impaciencia exaltada» para indicar su ansia por el siguiente movimiento.

Me incliné y recogí el cuchillo. El acero estaba pegajoso y lleno de tierra negra. Había un punto bajo la piel olivácea de su cuello donde latía la gran arteria. Podría matarle fácilmente, como un devaki mata a un shagshay macho herido. ¿Por qué negarle su momento supremo?

—Podría matarte —dije.

—Por favor, Piloto.

—*Debería* matarte.

—Se dice que entiendes de matar.

Vacilé, mientras quitaba con la uña trocitos de tierra del cuchillo. Había miedo en los ojos del guerrero poeta.

—Mátame rápido —dijo.

—¿Es tan fácil matar, entonces?

—Es fácil, Piloto. Deberías saberlo. El cuchillo, ahora, rápido, antes de que pase el momento.

Yo tenía miedo de matarle, igual que él tenía miedo de mi miedo. Temía que no le matara. Así, perdería su momento perfecto. Se vería condenado a la aplastante mediocridad de su vida cotidiana, y esto, vi, era lo que temían todos los guerreros poetas. Y, si le ayudaba a pasar al otro lado como quería, ¿entonces qué? Estaría tan muerto como la tierra, y no habría más posibilidades, ni entonces ni nunca.

—No puedo matarte —dije.

—Para vivir, muero... Has oído nuestro dicho antes, ¿verdad, Piloto? Y, cuando muera, viviré otra vez y para siempre.

—¡Maldito seas tú y tus paradojas!

—Sí, la Paradoja Hanuman-Ordando.

Blandí descuidadamente el cuchillo y pregunté:

—¿Tenéis un nombre para eso?

Asintió.

—El guerrero Ivar Hanuman y el gran poeta Nils Ordando, cuando fundaron mi orden, fueron conscientes de la paradoja esencial de la existencia. Y encontraron una

salida.

Se produjo un gruñido junto al árbol spinnaker. La glotis de Soli subía y bajaba, pero no podía hablar. Me volví hacia el poeta.

—¿Cuál es la Salida? —pregunté.

—Si el universo se repite eternamente, entonces no hay auténtica muerte. No hay nada que temer. El momento de lo posible vive una y otra vez, eternamente. Dame el cuchillo y te lo demostraré. Reviviremos este momento un billón de veces.

—No creo en la repetición eterna.

—Pocos lo hacen.

No quise decirle que toda una escuela de scrytas y rememoradores creían que la repetición eterna es el ritmo del universo.

—Es una filosofía absurda —dije.

—Sí —accedió él—, pero es la única forma de resolver la paradoja, y por eso decidimos vivir en ella.

Me picaban los ojos, así que me los froté y conseguí irritarlos aún más con la tierra. Parpadeé rápidamente mientras las lágrimas corrían por mis mejillas.

—¿Eliges creer en una filosofía que admities es absurda? Eso es más absurdo todavía.

Soli gimió y movió los labios. Se esforzaba por decir algo. No creo que pudiera vernos a ninguno de los dos, porque no podía mover la cabeza.

—Sí —dijo Dawud—; cuando el miedo desaparece, podemos escoger nuestras creencias.

—¿Una creencia *absurda*? ¿Podéis hacer eso realmente? ¿De verdad? ¿Por qué?

—Porque es la única salida a la paradoja. Porque nos permite vivir y morir. Porque es reconfortante.

Palpé el filo del cuchillo con el pulgar. Era muy afilado.

—No comprendo por qué podéis elegir creer en lo increíble, mientras *sabéis* que es increíble.

—Pero creo, como creen todos los guerreros poetas, que este momento, mientras estamos aquí discutiendo, se repetirá un número infinito de veces. Cuando me mates, o me permitas el honor, mi misma muerte ocurrirá una y otra vez. Como ya ha sucedido un billón de veces.

—Eso ni siquiera se acerca al infinito.

—¿No? Bueno, soy poeta, no matemático.

Descargué el cuchillo contra una de las ramas del árbol resinoso. Con un sordo «thwack», toda la rama se desgajó. Me sentí instantáneamente culpable, y apreté el pulgar contra la herida donde manaba la savia.

—No puedo compartir tu creencia —dije—. Si te dejas morir, dejas morir lo que dices que es lo más hermoso..., tu intensidad.

—No, el momento vivirá eternamente.

—No. Cuando la luz se apaga, hay oscuridad.

—No temas, Piloto.

—Damos vueltas a nuestras palabras como estrellas dobles —dije.

—Mátame.

—Y, si lo hago, ¿qué le sucederá entonces a mi madre? ¿Y si ya ha sido replicada? No, tendrás que vivir para poder decirme cómo curarla.

Me froté el puente de la nariz. Había otra razón por la que no quería matarlo: quería saber qué sucede cuando el cerebro ha sido infectado con un virus, preguntarle sobre el filo que divide la vida de la muerte.

—Hay un viejo haiku escrito por Lao Tzu —le dije—. Un hombre con valor hacia fuera se atreve a morir; un hombre con valor hacia dentro se atreve a vivir.

Cuando dije esto, la sonrisa de su cara habló de humor e ironía.

—Eres listo, Piloto.

Señalé a Soli, que se debatía contra la tensa envoltura de la crisálida.

—Cuando un guerrero poeta atrapa a su víctima, ¿no recita un poema antes de matarlo? Y, si la víctima puede completar el poema o la estrofa, *debe* ser respetado, ¿no es así?

—Así es.

Me incliné sobre él mientras yacía con la boca medio abierta, sonriendo. Olí a naranjas en su aliento.

—Escucha. ¿Conoces este poema?

*Como no pude esperar a la Muerte,
ella amablemente me esperó.*

—¿Cómo es el resto? —pregunté—. El poema, Poeta.

—Te burlas de nuestra tradición —dijo él. Y entonces, reluciente, recitó:

*Como no pude esperar a la Muerte,
ella amablemente me esperó.
La torre no nos encerraba más que a nosotros mismos
y a la Inmortalidad.*

Por fin, Soli encontró su lengua y empezó a gritar.

—¡Duele! ¡Duele! ¡Mátame..., no puedo soportar el dolor! —Su cara brillaba de grasa y sudor, y se mordía el labio. Había locura en sus ojos.

—¿Cuánto tiempo pasará antes de que se disipe el efecto de la droga? —le pregunté a Dawud.

—No comprendes, Piloto. La droga no es como la que me inmovilizó a mí, o a ti. La droga no se disipará nunca por completo. La mayor parte de sus efectos se atenuarán dentro de una hora, si vive, pero siempre tendrá una sensibilidad especial a su... momento de lo posible.

Me acerqué a Soli y traté de impedir que se mordiera el labio. Traté de cortar las fibras que le ataban, pero eran más duras que el acero.

—Lord Piloto —dije—. Mi... Lord Piloto.

Pero él no pareció comprenderme.

Procedente de las escaleras frente a la sala exterior llegó un débil cliqueteo, como de metal contra piedra. El Guardián del Tiempo, pues, debía haber enviado robots a la torre.

—Soli, todo saldrá bien..., los robots te liberarán.

—Sí, duele —dijo él—. Duele.

El cliqueteo se hizo más fuerte. Oí el resonar de muchos tectores contra los peldaños de obsidiana. Parecía que un ejército de robots recorría las escaleras. En la cara del poeta, una expresión de resignación se unió a la ironía.

—Soli se pondrá bien, entonces —dije.

Justo entonces, dos inmensos robots tutelares rojos cruzaron la sala exterior. No se detuvieron en las puertas de la sala interior. Otros dos robots tutelares los seguían de cerca, y tras ellos venían dos más. Estampado en el metal de sus articulaciones inferiores aparecía el dibujo de un reloj de arena. Eran los robots del Guardián del Tiempo, «el largo brazo del Lord Horólogo», convocados en las raras ocasiones en que había que restaurar el orden en la Ciudad.

—He capturado a un guerrero poeta —dije—. Trató de matar al Lord Piloto.

Me quedé esperando que los robots dijeran algo, tal vez esperando (absurdamente) que me felicitaran, o que me informaran de que el Guardián del Tiempo me agradecía que hubiera llegado tan providencialmente. Pero no dijeron nada. Luego todo fue movimiento y duro metal, el barrido relámpago de apéndices metálicos, el metal rechinante y pesado. El primer robot me cercó y me capturó con sus frías tenazas de metal. El segundo robot recogió al guerrero poeta y lo dejó caer en las tenazas abiertas del tercer robot. Éste hizo chasquear sus pinzas, esperando. Los otros robots comprobaron la sala vacía. Yo me debatí, pero fue inútil. Les dije rápidamente a los robots lo que había sucedido, pero fue como explicar la teoría de apertura del ajedrez a una radio. No escucharon.

—¿No sabéis distinguir a un piloto de un poeta asesino? —grité.

Dawud se rio, y la sonrisa nunca abandonó su rostro.

—Son robots —dijo—. Debes perdonarles sus acciones.

Mientras los robots nos sacaban de allí, me sentí lleno de furia porque el Guardián del Tiempo no estuviera allí en persona. No podía esperar a informarle del error de

sus robots, a decirle que había salvado a Soli de la tortura y la muerte. Le di un puñetazo al robot; me magullé los nudillos, me retorcí y maldije, y mientras tanto Soli permaneció allí de pie, la mirada fija, gritando:

—¡Sí, duele, duele, duele, duele!

CAPÍTULO 23

Primavera de plutonio

El buen Kristiano debe permanecer alerta ante los matemáticos y todos aquéllos que hacen profecías vacuas. Existe ya el peligro de que los matemáticos hayan hecho un pacto con el diablo para ensombrecer el espíritu y confinar al hombre a las cadenas del Infierno.

—San Agustín de Hippo.

¿Por qué debe el hombre buscar justicia en un universo que es manifiestamente injusto? ¿Somos tan insignificantes y vanos que no podemos mirar al crudo rostro desnudo del azar sin suplicarle que nos sonría simplemente porque hemos sido justos y buenos? Si realmente la vanidad engendra el deseo de justicia, entonces creo que el Guardián del Tiempo es el más vano de los hombres. Como he dicho antes, es famoso por sus castigos. Algún día, sin duda, los escultores grabarán sus bustos conmemorativos con glifos que signifiquen «Horthy el Justo». Es un apodo que se ha ganado. Cuando aquel viejo sombrío se enteró del intento de asesinato a Soli, ordenó la más inteligente de las justicias. Sus robots nos arrastraron a Dawud y a mí a los sótanos de su torre, donde fuimos encerrados en celdas idénticas y adjuntas. Nuestras celdas eran cubos de piedra de dos metros y medio de lado (la tercera falange de mi meñique mide exactamente dos centímetros y medio. Por ninguna razón en particular, me divirtió medir las dimensiones de mi celda). Las paredes eran de piedra y el suelo estaba cubierto de frías losas; el techo, por lo que pude determinar, era un cuadrado sin fisuras de piedra negra. Los robots nos empujaron a nuestras celdas, y las puertas se cerraron de golpe. La oscuridad me engulló. La negrura era total. Hurgué con los dedos la rendija entre la puerta y el marco, pero fue inútil. La puerta era una losa de piedra, imposible de mover.

Yo había desafiado al Guardián del Tiempo, y por lo tanto él podría acusarme falsamente de haber intentado asesinar a Soli..., ésta era la conclusión a la que me forzó a llegar la lógica. Seguramente sus robots le habrían informado que yo había capturado al guerrero poeta. Seguro que sabía que yo era inocente. ¿Me convocaría alguna vez ante los akáshicos para que pudiera explicar mi inocencia? No lo creía. En la oscuridad de la celda, un centenar de preguntas me acecharon: ¿Dónde estaba mi madre? ¿Dónde estaba Soli? ¿Creía que yo había sido parte de una conjura para asesinarle? ¿Había destrozado entonces su mente la droga del poeta? ¿Le había contado el Guardián del Tiempo a todo el mundo que yo había intentado asesinar a Soli? ¿Se lo había contado a *alguien*? ¿Estaban en este mismo momento Bardo y mis amigos suplicando mi liberación? ¿Cómo podrían hacerlo si no sabían dónde estaba?

Si el Guardián del Tiempo me quería muerto, ¿por qué todavía estaba vivo?

Mientras esperábamos el juicio del Guardián del Tiempo, pasamos el tiempo conversando. Cerca del techo había un estrecho conducto de aire que conectaba nuestras dos celdas. Saltando y aferrándome al liso borde del conducto, descubrí que podía conversar a través de las gruesas paredes sin tener que gritar. Nuestras conversaciones, sin embargo, quedaban siempre interrumpidas porque sólo podía sujetarme unos pocos minutos antes de que los músculos de mis brazos sintieran calambres. Nos recitamos mutuamente poemas cortos; hicimos chistes y jugamos con las palabras; discutimos sobre las pocas creencias que nuestras dos órdenes tenían en común. Yo perdí la mayoría de las discusiones. Los guerreros poetas, lamento decirlo, son astutos con las palabras, más aún que los neológicos o los sagaces semánticos. Aunque Dawud *parecía* hablar con exactitud, había que escuchar con cuidado lo que decía, o el significado se escapaba como un pez mojado de unos dedos llenos de grasa. Una vez, cuando observó que era extraño que los guerreros poetas y la Entidad de Estado Sólido practicaran la misma costumbre de preguntar poemas a sus víctimas, Dawud recalcó:

—Oh, sí, Kalinda de las Flores. Ella siempre se ha... interesado en los guerreros poetas.

—¿Kalinda?

—Así es como llamamos a la diosa.

Así la llamaban también los agathanianos.

—Pero ¿por qué Kalinda *de las Flores*?

—Porque la Entidad es percibida como femenina, y la asociación con las flores se ha percibido siempre como algo femenino. ¿Quién sabe el origen de los nombres?

—Pero ¿dices que sabe de vosotros, los poetas?

—Naturalmente. Una vez, hace mucho tiempo, nuestra orden trató de crear guerreros poetas femeninos, pero... fue un desastre. Kalinda (la Entidad) nos hizo parar.

—No suponía que los dioses se interesaran en los asuntos de los hombres.

—¿Qué sabes tú de los dioses, Piloto?

—Somos a los dioses como moscas a los niños pequeños —cité—. Nos matan por deporte.

—Naturalmente. El Shakespeare. Muy bueno.

—Los dioses son dioses. Hacen lo que les place.

—¿Eso piensas?

Pensé en mi viaje a Agathange. Me aferré al saliente de piedra y susurré:

—Los dioses nos hacen a su imagen. O nos rehacen.

—No —dijo él, y su voz llegó rugiendo a través del conducto de aire—, estás totalmente equivocado.

—No sabía que los poetas fuerais maestros en escatología.

—¿Por qué eres siempre tan sarcástico, Piloto?

—¿Por qué los poetas contestáis a una pregunta con otra pregunta?

—¿Me has hecho una pregunta?

Después de unos cuantos días de discutir (el tiempo era difícil de medir en nuestras oscuras celdas), el poeta guardó silencio y no contestó cuando le llamaba, cosa que hice a intervalos durante horas. Yo estaba seguro de que había sido ejecutado, decapitado por orden del Guardián del Tiempo. Luego, finalmente, respondió. Mi alivio de que aún estuviera vivo me sorprendió.

—He estado ante tu Guardián del Tiempo —me dijo—. Es listo, ¿verdad? ¿Te digo mi sentencia? Maquina mi muerte de una forma que no ofenderá a mi orden. Es un hombre justo.

—No —jadeé, mientras trataba de no caer al suelo. Me impulsé con las piernas para equilibrarme, pero mis botas resbalaron contra las paredes lisas—. Es sólo un hombre.

—Es piadoso; su castigo es sublime.

—Es bárbaro.

—No puedo esperar que un piloto comprenda.

—Los guerreros poetas estáis locos.

—¿Qué es la locura?

—Sólo un loco lo sabría.

—Sólo un piloto testarudo se negaría a apreciar la genialidad de la sentencia de su Guardián del Tiempo.

En cierto modo, el castigo del Guardián del Tiempo *era* inteligente, y quizás incluso sublime, aunque me costaba trabajo admitir su genialidad. Simplemente, había urdido un antiguo y bárbaro medio de ejecución: en la celda vacía situada junto a la del guerrero poeta (éramos los únicos prisioneros de la Torre, los únicos prisioneros en muchos, muchos años), los reparadores habían colocado un mecanismo que, tras recibir una señal determinada, liberaría una nube de gas venenoso. Dentro del mecanismo habían colocado una diminuta cantidad de plutonio. La señal para la liberación del gas sería el deterioro aleatorio de cualquiera de los átomos individuales del plutonio. Dawud podría vivir durante años o, más probablemente, morir al instante siguiente..., no lo sabría hasta que oyera el siseo del gas y olera su agrio hedor. Es extraño, pero cierto, que su orden sólo podría culpar de su muerte a un hecho aleatorio y cuántico, lo cual, para los guerreros poetas, no era ninguna vergüenza.

—Seguramente el Guardián del Tiempo habrá colocado una gran cantidad de plutonio en su maldita máquina —dije—, así que la probabilidad de que vivas más de unos pocos días es prácticamente nula.

No le dije lo sorprendido que estaba de que el Guardián del Tiempo poseyera reservas de plutonio. Era la más bárbara de todas las barbaridades.

—Por supuesto —accedió Dawud—. Habrá una cantidad suficiente de plutonio. Pero no captas el tema.

—¿Que es...?

—Imagina por un momento, Piloto, que fueras mi señor..., su nombre es Dario Redring. Cuando Dario venga a tu ciudad y pregunte por mí, cuando pregunte: «¿Está vivo?», tu Guardián del Tiempo puede responder sinceramente que no lo sabe. ¿Estoy vivo? Nadie puede saberlo. Desde el punto de vista de los demás, estoy dentro de una celda aislada. Estoy en el limbo. ¿Se ha deteriorado el plutonio? Hay una probabilidad. El grado de mi vida está representado por una función ondular que contiene probabilidades de vida y muerte. Sólo cuando abran mi celda y Dario y tu Guardián del Tiempo miren dentro se concretará una de las probabilidades, mientras las demás se desvanecen y la función ondular se pierde. Sólo su acto de observación de mi estado de ser hará que mi vida o mi muerte se pongan de manifiesto. Hasta entonces, por lo que concierne a todos los que están fuera de mi celda, no estoy ni vivo ni muerto. O, más bien, estoy a la vez vivo y muerto. Y por eso creo que tu Guardián del Tiempo nunca permitirá que se abra mi celda. Hasta entonces, tu Orden no será responsable de mi destino.

—¡Pero eso es absurdo!

—Mi orden se basa en el absurdo y la paradoja, Piloto.

—Me diste a entender que no sabías de matemáticas.

—Hablo de filosofía, no de matemáticas.

—Las probabilidades...

—Naturalmente —interrumpió—, *existe* la probabilidad de que el plutonio nunca se deteriore y yo nunca muera.

—Pero *morirás*. El Guardián del Tiempo se ha encargado de eso.

—¡Por supuesto! Y será una muerte sublime. Debo componer un poema para celebrarlo.

—No saber nunca si un momento será el último... ¡Es un infierno!

—No, Piloto, no hay ningún infierno. Somos creadores de nuestros cielos.

—¡Loco! —dije. Me dejé caer del conducto de aire y aterricé de golpe contra el suelo.

La respuesta de Dawud, cuando vino, fue tan débil que apenas pude oírla, palabras apagadas perdidas en un negro túnel de piedra:

—Sólo tienes miedo de que el gas te mate a ti también.

Por Dawud, supe pequeños fragmentos de noticias que había atisbado durante su audiencia con el Guardián del Tiempo. Las noticias no eran buenas. Al parecer, el Guardián del Tiempo había soltado a sus robots tutelares por la Ciudad. Habían

capturado y desterrado a los guerreros poetas. Los robots habían arrancado «accidentalmente» las cabezas a tres pilotos (Faxon Wu, Takenya el Intrépido y Rosalinda li Howt) que estaban a punto de desertar de la Orden y marcharse a Tria. (Más tarde me enteré de que cientos de autistas habían desaparecido misteriosamente del Sector Extremo en esta época. Sabía que el Guardián del Tiempo siempre había odiado a los autistas). Cuando los pilotos, altos profesionales y académicos se enteraron de la violación del Guardián del Tiempo de la ley, se habló de tomar una nave profunda y marchar en grupo a algún planeta donde poder iniciar una Academia completamente nueva. De algún modo, la noticia de mi encarcelamiento se había difundido, y Soli exigía mi decapitación, mientras que Justine y el Sonderval solicitaban una reunión del Colegio de Pilotos. Iban a pedir a los otros maestros pilotos que depusieran a Soli y eligieran a un nuevo Lord Piloto..., eso decía el rumor. Nikolos el Anciano, el Lord Akáshico, había sorprendido a todos pidiendo una reunión del Colegio de Lores. ¿Solicitaría aquel hombre regordete y tímido un nuevo Guardián del Tiempo, como había advertido Kolenya Mor? Nadie parecía saberlo. Nadie (especialmente el Guardián del Tiempo) parecía saber dónde estaba mi madre, o qué hacía. Y, mientras tanto, Bardo solicitaba mi liberación al Guardián del Tiempo, pidiendo, amenazando y sobornando a varios maestros y lores para que sumaran sus nombres a la solicitud. Había pedido que me juzgaran ante los akáshicos. Yo era inocente, aducía, y se debería permitir que estableciera mi inocencia. Pero Soli, que odiaba a Bardo por haberle robado a su esposa, inventó un contraargumento. Yo no debía comparecer ante los akáshicos, dijo, porque sus ordenadores estaban hechos para modelar solamente cerebros *humanos*. ¿Quién podía saber si mi cerebro (mi cerebro alterado por los agathanianos) podría engañar a los ordenadores akáshicos? (¿Quién podría haber sospechado que Soli era mi padre, que temía que los akáshicos descubrieran este hecho y lo dieran a conocer? ¿Quién sabía cuáles eran los motivos de nadie durante aquel tiempo enloquecido en nuestra Ciudad?).

Irónicamente, la sentencia del Guardián del Tiempo llenó a Dawud de alegría. Estaba tan excitado que no podía comer ni dormir.

Recorría su celda sin parar, componiendo poemas y recitando los versos a gritos hasta que se quedó ronco.

—La muerte inminente es la sal de la vida —citó—. Es cierto, naturalmente. ¿Piloto? ¿Estás escuchando? Cuéntame tus pensamientos..., ¿estás pensando en las posibilidades?

No soy por naturaleza un hombre meditativo. Temía quedarme solo en una celda húmeda y oscura sin nada donde sujetar mi mente aparte de mis propios pensamientos temerosos, pensamientos de posibilidades dolorosas. La mayor parte del tiempo me aplastaba contra las heladas paredes; contemplaba la negrura ante mi cara, esperando. Escuchaba al guerrero poeta mientras caminaba y aullaba sus versos

extasiados y, cuando dejaba de caminar y permanecía en silencio, escuchaba el plip-plop de las gotas de condensación salpicando contra el suelo. Escuchaba latir mi corazón. A menudo, normalmente después de despertar de un sueño reparador contra las losas duras y húmedas, me sentía rígido y helado. Comía las nueces y el pan que caían a intervalos por la rendija en la base de la puerta, y bebía agua de un gran cuenco. En ese mismo cuenco orinaba y defecaba, esperando que los robots hubieran sido programados para limpiarlo antes de volver a llenarlo. (Por cierto, nunca he hecho caso a la Ley de Turin, que asevera rudamente que cualquier robot lo bastante inteligente como para limpiar platos es demasiado inteligente para limpiar platos. Eso puede ser cierto con los seres humanos, pero los fríos robots tutelares que nos vigilaban poseían sólo las funciones de inteligencia específica que se requería de ellos. Como matar a los enemigos del Guardián del Tiempo si intentaban escapar. No puedo creer que fueran conscientes de sí mismos). Me avergüenza admitir que caí en largos períodos de autoconmiseración. Pensé demasiado en mí mismo. Traté de concentrarme en cosas externas, pero las sensaciones de cualquier tipo eran débiles y escasas. El cliqueteo de los robots tras la puerta, las tenues palabras de los poemas de Dawud..., escuchaba esos sonidos, pero, mientras reflexionaba sobre la autoconsciencia de un robot, o su carencia de ella, y juzgaba la calidad de los versos del poeta (no eran extraordinarios), me hundía cada vez más en mis miedos y preocupaciones.

Después de una temporada, descubrí que mis hábitos de dormir estaban siendo destruidos. Dormía durante largos períodos de tiempo, tal vez un día entero, escapando. Luego se producían ataques de ansiedad, arrebatos maniáticos. Recorría mi celda, y mis músculos se agarrotaban y se relajaban, una y otra vez, ondulando rítmicamente como las olas del mar. Tenía pensamientos. Trataba de no pensar en su origen. Trataba de no pensar. Me rascaba la sucia barba y palpaba las paredes resbaladizas en busca de rendijas o puntos débiles, pero no podía dejar de pensar. Reflexionaba, preguntándome en qué me había convertido. ¡Cómo lo temía! Había algo nuevo en mi interior y, cuando pensaba en ello y trataba de concebir su forma y dirección, me sentía tan excitado como aterrorizado. Trataba de dormir, y el sueño no venía. Debí pasar días enteros sin dormir. Aquellos períodos de falta de sueño quedaron puntuados por momentos de microsueño, en los que mi cerebro se desconectaba durante un segundo o dos. Y me despertaba en el aire frío y rancio, con el sonido del agua goteando y el olor de mi miedo. A veces me ponía a prueba para ver si me estaba volviendo loco. ¿Podía hacer aún el cálculo de las combinaciones libres? ¿Me sentía igual que siempre cuando me rascaba el pelo grasiento y picajoso? ¿Podía abrir y cerrar los dedos a voluntad? Así, de un millar de maneras diferentes, sondeaba la caverna de mi mente en busca de fisuras ocultas y defectos, y de nuevas formaciones cristalinas de habilidad y pensamiento. ¿Qué pensamientos, qué

acciones, qué sueños podría yo querer tener, si mi voluntad fuera auténticamente libre? ¿Podría mi cerebro cambiar como yo quisiera, o había reglas naturales de desarrollo que no podían ser violadas? En el fondo de mi mente, donde el universo fluye como una fría corriente negra, busqué la fuente del libre albedrío. Hubo un momento en que casi pude ver el impulso final que guiaba mis acciones, casi pude saborear la fría delicia de la libertad pura. El momento titiló como una gota de agua colgando del aire. Y entonces desapareció, absorbido en el remolino de mis pensamientos. Había un agujero negro en el centro del remolino, y dentro de ese agujero otro, aún más negro. Había una infinidad de agujeros dentro de agujeros que esperaban engullir la cordura de cualquiera que se contemplara a sí mismo durante demasiado tiempo.

Para mí, mi prisión se convirtió en un infierno. Siempre he temido a la oscuridad; cuando era un novicio, irritaba a Bardo manteniendo la luz encendida toda la noche. Y el silencio es la oscuridad del sonido, la muerte de las vibraciones cotidianas, los ritmos y tonos que dan canción al alma. Somos creadores de nuestros cielos, había dicho el poeta, pero finalmente se quedó ominosamente silencioso. Tal vez el plutonio se había deteriorado; tal vez el gas venenoso había rasgado ya sus pulmones y licuado su cerebro. O tal vez se había cansado del éxtasis, se había cansado de hacer equilibrios sobre el filo de la navaja entre la vida y la muerte. ¿Se había desmoronado al suelo de su celda para sumirse en un exhausto estupor? No lo sabía. Había silencio en su celda, silencio en las corrientes de aire, el silencio de la piedra. Incluso el agua del techo había dejado de gotear. Mi cuerpo ya no parecía apestar. La oscuridad era velluda como lana delante de mis ojos, y mis dedos estaban tan entumecidos que sentía el contacto de las paredes como si fueran de cera, y no había ningún olor ni sabor, ningún sonido. Aluciné. Durante un momento imaginé que flotaba en la cabina de mi naveluz. Soñé que había estrellas. Pero luego, cuando extendí mi mente para unirme al ordenador de la nave..., nada. No se produjo ni el ímpetu torrencial de la tormenta numérica, ni la luz blanca del temposueño, ningún atisbo de la espléndida música del multipliegue. Advertí que estaba solo dentro de una celda de piedra real, tan negra y vacía como el espacio. Estaba solo dentro de mi mente, en el infierno.

A medida que pasaban los días, las alucinaciones se hicieron más fuertes, más totales. Ya que mis nervios sensoriales estaban en reposo, mi cerebro suministraba su propia estimulación. Mi corteza visual empezó a funcionar por su cuenta. Vi colores. Lluvias de chispas purpúreas caían en cascada por el aire. El aire mismo chispeaba como una túnica fosforescente de seda verde y azul. Vi círculos concéntricos de luz roja pulsando unos dentro de otros, y líneas onduladas amarillas y anaranjadas destellando y titilando. Olí un centenar de aromas diferentes: especias y perfume, incienso y bálsamo y almizcle. Oí campanas doblando y hielo aplastado, el sonido de

un lobo aullando. Tales alucinaciones, naturalmente, son comunes entre aquellos que se ven privados del contacto con el mundo exterior. Los aspirantes ven a menudo visiones la primera vez que flotan dentro de los Vientre Rosa. Y los alaloi hablan también de cazadores atrapados en el hielo en interminables tormentas de nieve que pierden su sentido de arriba y abajo, izquierda y derecha, y empiezan a ver bandas brillantes y chorros de luz en las nubes de nieve. Yo *sabía* que los colores y sonidos que captaba no eran reales, pero también sabía que, si las alucinaciones continuaban mucho tiempo más, podía acabar más lesionado cerebralmente que un patético afásico.

Durante mucho tiempo me distraje con las matemáticas puras. Conjuré las brillantes ideoplastias violeta del Axioma de Probabilidad, y me perdí en la hermosa Teoría de Conjuntos. Inventé (o quizá descubrí) teoremas que quizás algún día fueran útiles para demostrar la Hipótesis del Continuo. Hubo un momento en que las luminiscentes ideoplastias de muchas formas aparecieron tan rápida y vivazmente que pensé que la tormenta numérica podía comenzar por su cuenta, sin la ayuda de mi nave-ordenador. ¡Y qué maravilla habría sido! Entrar en el multipliegue a voluntad, enfrentarse al universo nada más que con las matemáticas, la voluntad y el cerebro desnudo..., ¡cuánto recé durante aquellos días infernales por tener esta habilidad! Pero la oración es el signo de la indefensión y el fracaso. La libertad del multipliegue me estaba negada, y pronto descubrí que, en mi prisión de oscuridad, las matemáticas parecían demasiado arbitrarias e irreales.

Podría haber emulado a los autistas y creado fantasías y escapismos en lo que habitar mientras viviera. Soñar sueños lúcidos y, mientras tanto, ser consciente de los sueños, y más aún, cambiar su forma y textura a voluntad..., eso era una posibilidad. Podría haber experimentado claras y ondulantes aguas de color glauco, las cálidas olas de una playa de otro mundo, el pegajoso abrazo de una mujer tendida bajo mi cuerpo en la arena caliente. Pero (a pesar de lo que digan los autistas) no habría sido real. Me perdería en lo irreal, devorado por imágenes y hechos que nunca podrían existir y que nunca habrían ocurrido realmente. Si por fin el Guardián del Tiempo me concediera la libertad, estaría tan loco como cualquier autista.

No sé cuánto tiempo hubiera podido soportar el silencio si no me hubiera arriesgado a recordar un dicho bastante pretencioso de los rememoradores. Un día, arrastraba las uñas por las losas, mientras pensaba en el maestro rememorador, Thomas Rane, dando vueltas en mi cabeza a las implicaciones de su recuerdo del hombre-dios, Kelkemesh, y el mito primario. Y estas palabras aparecieron en mi mente por su cuenta: *El recuerdo es el alma de la realidad*. En mi interior había años de recuerdos, toda una vida de recuerdos. Recordar, entonces, sería mi salvación. Viviría en el pasado. Me refugiaría en mis recuerdos como una foca herida buscando la salvación en su akliá. Viviría de nuevo los momentos cruciales de mi vida, y los

viviría apasionadamente..., bueno, al menos permanecería dentro de una realidad que había existido de verdad.

Al principio, todo fue bien. A medida que pasaba el tiempo, descubrí que tenía cada vez menos necesidad de distracciones físicas. Dejé de cantarme a mí mismo, lo cual fue un gran alivio, porque nunca he podido mantener bien el tono. Sentí poca necesidad de lamer la lana rasposa de mi kamelaika, o de saborear la sangre salada de mi labio roído, o de presionar mis ojos con mis pulgares para inducir fosfenos, esos brillantes puntos de luz que a veces vemos cuando tenemos los ojos cerrados. Mis recuerdos eran más estimulantes que la simple sensación; mis recuerdos eran joyas brillantes suspendidas en agua helada; mis recuerdos eran el alma de mi pasado reciente y distante. Recordé cómo aprendí a atar los cordones de mis patines. ¡Cómo me frustré cuando el lazo del nudo escapó de entre mis dedos infantiles! ¡Cómo me enfurecí cuando mi madre trató de ayudarme! Recordé otros hechos más felices, como la primera vez que Bardo y yo dirigimos un balandro de vela amarilla por el helado Firme. Bardo sentía reluctancia a coger el balandro, y recalcó que no sabíamos nada de navegación. Pero yo le ridiculicé sin descanso. (Los aspirantes creen a menudo que, porque han sobrevivido al multipliegue, pueden dominar cualquier medio de transporte). Un fiero viento sopló inesperadamente y casi nos aplastó contra las rocas de Waaskel. Con todo, nuestro paseo por el Firme fue jubiloso, unos cuantos momentos de pura diversión. En la oscuridad de mi celda, hubo otros recuerdos, cada uno más vívido que el anterior. Recordé como un viejo, y me pregunté qué recuerdos diferentes podría tener si hubiera tomado decisiones diferentes cuando era más joven. ¿Por qué había decidido convertirme en piloto en vez de cantor? ¿Por qué amé a Katharine? ¿Por qué asesiné a Liam?

¿Por qué mis recuerdos se hacían cada vez más ardientemente reales?

Se dice que los rememoradores deben superar un difícil problema cuando son jóvenes. Recordar demasiado bien es olvidar sólo con gran dificultad. A medida que mis recuerdos crecían y se hacían más y más vívidos, parecieron dilatarse, quemarse en mi ojo interior. Podía conjurar la primera vez que vi a una Amiga del Hombre, y el tronco azul de la alienígena se agitaba como una musaraña y oscurecía recuerdos más importantes. Empecé a tener problemas para olvidar. Recordé haber leído los poemas del Guardián del Tiempo, y páginas impresas enteras quedaron estampadas indeleblemente en el blanco tejido de mi mente. Pude «ver» cada curva y espiral de cada negra letra como si leyera la página abierta de un libro. Se trataba de la memoria de imágenes de la que tanto había oído hablar a amigos de la infancia que se habían convertido en scrytas o rememoradores. Recordé que había trucos para olvidar. En mi mente, construí un largo muro negro y superpuse versos y palabras, estrofas enteras y páginas de poesía en él. Las letras negras desaparecieron en la oscuridad..., durante un tiempo. Otros recuerdos, como la sonrisa de Katharine, fueron más difíciles de

desterrar. Tuve que disolver los pálidos tonos de su piel en un millón de puntos de colores primarios. Intensifiqué entonces cada punto rojo, verde y azul, hasta que ardió y se hinchó y estalló como una pequeña estrella. Un millón de puntos de luz estallaron en mi interior y luego se unieron en una bruma cegadora, como un campo de nieve en un día del falso invierno. Lo más difícil de olvidar fueron los sonidos. El recuerdo de la música persistía a pesar de mis esfuerzos por ahogarlo con el tronar de los cohetes o con otros ruidos. Me sorprendí al escuchar sinfonías enteras con una claridad casi hiperreal. La melodía del Madrigal de la Pena de Takeko se ejecutó una y otra vez dentro de mí, los tonos redondeados del *adagio* se formaban como cuentas de oro. Oí y volví a oír a Bardo cantando canciones de amor a Justine, y escuché tañer los shakuhachis y las arpas que mi madre solía tocar. No pretendo decir que escuché cada uno de esos sonidos simultáneamente, pues no lo hice. Un sonido daba paso a otro con dificultad. Por ejemplo, no pude olvidar la música de las gaviotas y el tamborileo del mar hasta que no llevé los componentes de las ondas de sonido a una transformación Fourier y las envolví en un holograma. Entonces pude «tirar» ese holograma a una caja negra a prueba de sonidos, donde permanecería hasta que yo quisiera sacarla y *desplegar* los sonidos del recuerdo. Así, creé millones de cajas mentales para los recuerdos que me atormentaban. De esta forma hice sitio a otros recuerdos más profundos, recuerdos que no sabía que poseía.

Todo está registrado; nada se olvida.

No sé exactamente cuándo fui consciente de que estaba rememorando. Muchas personas, naturalmente, tienen la bendición y la maldición de una memoria casi perfecta, pero no son rememoradores. Sólo pueden ver una chispa minúscula de la memoria racial. Recordar las vidas de nuestros padres y de nuestros abuelos y de sus abuelos, recorriendo el árbol de nuestros antepasados, descorrer los recuerdos del pasado distante de nuestra raza insertos en nuestros cromosomas, «recordar como ADN», como diría Lord Galina..., ése es el arte superior de rememorar. Un arte que me consumió.

Con velocidad mareante, imágenes de las vidas de mis antepasados fluctuaron ante mí. Vi densa sangre y un cordón umbilical al ser cortado mientras mi abuela, Dama Oriana Ringess, gritaba y empujaba a mi madre fuera de su vientre para que saliera a la luz del día. ¡Cómo lloraba mi madre en su dolor! Vi a Soli. Era, en verdad, mi padre. Experimenté recuerdos de la infancia de Soli; comprendí, finalmente, lo que había recordado dentro de la Entidad, el recuerdo de Alexandar Diego Soli enseñando matemáticas a su hijo. Y, más profundamente y más hacia atrás, una generación cayó de otra generación; se formaron rostros y cambiaron, tan mutables como el barro. Allí estaba la larga y ancha nariz Soli y los ojos azul hielo; allí los labios carnosos y apretados de un Ringess, abiertos luego para revelar los veintiocho gruesos dientes Ringess. Más atrás, un Soli alteraba sus cromosomas para reforzar

sus habilidades matemáticas. (Fue de este Soli, Mahavira Andreivi Soli, de quien heredé mis mechadas de pelo rojo). Y, más profundamente, por entre las raíces del tiempo: había poetas, scrytas, putas, pilotos, katólikos, pastores (de ovejas), esclavos, reyes, guerreros, e incluso una alumbradora llamada Cleo Ringess, la mitad de cuyos quinientos hijos fueron a poblar las lunas de Durrikene, y cuya mitad alteró su ADN y finalmente llegarían a ser conocidos como los extraños fayoli.

Un día, cuando estaba rememorando, oí a Dawud agitarse en su celda. Parecía que aún estaba vivo, aunque exhausto por su larga espera a que el plutonio se deteriorara. Me recitó un corto poema (el primero en mucho tiempo), y un pareado resonó en mis oídos y tiró de las cuerdas de mi memoria:

*Sólo el hueso el dolor recuerda;
sólo el hueso y el dolor quedan.*

Se produjo un largo silencio, seguido por un largo y complicado poema que había titulado «Primavera de Plutonio». Me aupé hasta el conducto de aire, para escuchar mejor sus estridentes palabras. Le oí entonar:

El ritmo en mi sangre es el baile de las langostas ciegas.

Y entonces:

—Piloto, ¿estás vivo todavía?

—Sí; estaba... recordando.

Quise decirle una cosa que había visto, que Eva Ringess era la bisabuela de Nils Ordando. Los guerreros poetas compartían una porción de mis cromosomas. Éramos casi-hermanos, quise decirle. Todos los hombres son hermanos.

—¿Crees en el azar? —dijeron sus medidas palabras a través del conducto negro.

—Yo..., a veces creo en el azar, a veces en el destino. No sé en qué creo.

—¿Cuánto tiempo crees que ha pasado? ¿Cuáles son las probabilidades de que el plutonio no se haya deteriorado?

—Tal vez sólo fue un chiste —dije—. Tal vez no hay plutonio ni gas. Tal vez el Guardián del Tiempo está intentando destruir tu cordura..., la poca cordura que tiene un guerrero poeta.

Se produjo un silencio, y tuve que soltar el borde del conducto. Poco después, Dawud susurró:

—Azar y destino, la misma alegre danza.

Para un guerrero poeta que creía en el eterno retorno, naturalmente, así sería.

—Piloto, ¿puedes oírme? —Tras auparme al conducto, pude oírle claramente—. Estos últimos días han sido un éxtasis tal, que ya no quiero morir. He creado poesía, y

he pensado... tantos pensamientos, y soñado, y... ¿Puedes oírme?

—Sí —le dije a la oscuridad.

—El gas vendrá pronto. El plutonio está a punto de estallar. Hay gases calientes, hidrógeno moribundo..., ¡qué delicadas son las violetas caídas!

—¿Es eso parte de un poema?

—La vida es un poema que componemos constantemente. Ésta es la fe de los guerreros poetas: que podamos capturar la esencia de la vida, el momento de lo posible, con palabras.

No dije nada, porque mi fe es que la esencia del universo se encuentra más allá del reino de las palabras humanas.

—Moriré pronto, por supuesto. Hay vapores asesinos en la oscuridad de granito.

—Entonces, ¿eres un scryta?

—No, soy un poeta. Y he compuesto mi poema de muerte. ¿Quieres prometerme una cosa? Cuando haya muerto, mi cuerpo debe ser devuelto a Qallar en un ataúd de mármol negro. Si vives lo suficiente, debes encontrar a un extremo que conozca el arte de escribir. Las palabras de mi poema de muerte deben ser cinceladas en la tapa del ataúd.

Mis dedos empezaron a sentir calambres, y los músculos de mi antebrazo temblaron. Le hice una promesa que no tenía intención de mantener. Sin ninguna razón, le conté mi recuerdo. Sentí comida vieja y pastosa y sangre en la boca cuando dije:

—Nils Ordando era hijo de la línea Ringess.

—Sí, es bien sabido —replicó él al instante—. Los fundadores de nuestras dos Órdenes eran hibakusha. Huyeron de la nebulosa Agni durante la guerra de los ordenadores. Cuando el hidrógeno...

—Somos casi hermanos —dije.

—Todos los hombres son hermanos. Y todos los hombres son hibakusha. Y el fratricidio es la regla de la especie. ¿Puedes oler el gas, Piloto?

Entonces recitó su poema, cuya última estrofa era:

*Estoy empapado bajo arrugas de carne;
dorado bajo el cielo de la mañana;
sagrado bajo mi carne evaporada;
desnudo bajo el cielo de plutonio.*

Le grité, pero no hubo respuesta. Presté atención al sonido del gas siseando. Me aupé y traté de apoyar un codo en el conducto de aire mientras asomaba la cabeza y el hombro en el angosto túnel. ¿Oiría el chirrido de una compuerta al cerrarse? ¿Gritaría el poeta y se debatiría mientras jadeaba en busca de aire? Con la cabeza

ridículamente introducida en el agujero oscuro de la pared, escuché algún sonido, pero en la celda del poeta no había más que silencio.

Poco después, bajé de la pared y empecé a recorrer mi celda. Un loco, un asesino, un amante de las palabras, mi casi-hermano..., le llamé, pero no me contestó entonces, ni durante los días que siguieron. Repetí las palabras de su poema, «Primavera de Plutonio», y las memoricé. Fue fácil.

Todo está registrado; nada se olvida.

Caí una vez más en la memoria racial. Caí muy lejos, buscando imágenes arquetípicas, oliendo olores primarios, oyendo el latido de antiguos poemas. Rememoré la Vieja Tierra. Allí el cielo era de un azul más claro que el de Nevada, celeste como el huevo de un talo; allí la tierra era cálida y los valles eran verdes, y había huertos de manzanos reales, campos de trigo dorado. Allí, mi abuelo remoto vivía en una casita encalada en una ciudad junto al mar. Era piloto y hacía botes. Sus manos (mis manos) estaban amarillas por los callos que las cubrían, y astillas de madera le picoteaban los dedos. Tenía una esposa, y hubo una cópula, miles de alegres cópulas, y un hijo, y fueron felices. Y entonces vinieron los ejércitos robot y quemaron sus botes, quemaron su ciudad con un mineral infernal y brillante que estalló y arrasó sus ventanas y fundió el cristal, tronó y ardió, y luego hubo luz por todas partes, el insoportable destello de la memoria.

Oí el cliqueteo de los robots, el acero marcando el acero, y un agudo chirrido de metal rompiéndose. El olor de acero quemado. Y más sonidos: robots golpeando contra muros de piedra, acero resonando, zumbando, gritando, maldiciendo, y un curioso sonido zumbante que no pude identificar.

—¡Mallory! —llamó una voz del pasado—. ¡Por Dios, abramos esta puerta! —tronó la voz.

Bardo, recordé, tenía una voz tonante. *¡Pero esto no era un recuerdo!*

—¡Abrid, ahora!

Entonces la puerta de piedra se abrió, y se produjo un brillante destello, y me cubrí los ojos.

—¿Qué pasa, Pequeño Amigo, estás ciego?

Avancé hacia el sonido de su voz.

—Ciego... no —dije. Mis ojos ardían, lastimados. Sentía como si alguien hubiera introducido la punta de un cuchillo caliente a través de mis pupilas y lo hubiera removido. Entonces advertí que el brillo era sólo el tenue fluctuar de los globos llama. Mis ojos se ajustaban lentamente a la débil luz.

—¿Cómo has entrado? ¿Qué día es?

El brazo de Bardo me rodeó los hombros, y olí su dulce olor a flores, y también el olor de su miedo.

—Tenemos que darnos prisa —dijo—. ¿Puedes andar? ¡Por Dios, apestas! ¿No te

han dejado bañarte? ¡Mira tu condenada barba sucia! Aprisa, ahora. Tenemos que apresurarnos. Justine y los demás están esperando. Ah, no debería haber hecho esto..., ¿qué he hecho?

—Fue necesario —dijo alguien—. Nunca deberíamos haberle permitido al Guardián del Tiempo tener robots.

Me cubrí las cejas con las manos y entorné los ojos. La cara de Bardo, a escasos centímetros de la mía propia, manaba sangre. Tenía un corte en la nariz, un tajo cerca del lóbulo de la oreja. Nikolos el Anciano, el Lord Akáshico, se encontraba junto a él. Un maestro akáshico y un par de aspirantes que llevaban un ordenador le acompañaban, Entonces vi a los robots. Por todo el largo corredor de piedra había robots de dos clases diferentes: los robots grandes y rojos del Guardián del Tiempo, con sus pinzas y sus articulaciones, y unos robots negros que nunca había visto antes. Todos los robots tutelares (había cuatro) yacían inertes contra el suelo gris, un amasijo de metal quemado y retorcido. Los robots negros eran más pequeños, pero obviamente más mortíferos. Como hormigas, cada uno tenía seis patas, y taladradoras de metal y antorchas y pistolas de plasma y láseres asesinos montados sobre acero negro. Cuatro de estos robots flanqueaban el corredor. En la puerta del fondo, donde terminaba la fila de celdas, había cuatro más.

—¡Mira mi cara! —jadeó Bardo mientras nos dirigíamos a la puerta—. Lascas de piedra..., creo que una bala rebotó en la pared. Oh, ¿qué he hecho? ¡Es una locura!

—Locura no —dijo Lord Nikolos. Giró su pequeña carita redonda—. Es un plan bien organizado. Trata de recordarlo.

Lord Nikolos me informó apresuradamente de los sucesos más recientes. El Colegio de Lores, dijo, había amenazado con censurar al Guardián del Tiempo por mantenerme prisionero en su Torre. (Y por el mal uso de sus robots tutelares. Y por otras razones). Habían obligado al Guardián del Tiempo a permitir que Lord Nikolos y sus subordinados akáshicos me examinaran, para establecer mi culpabilidad o inocencia. Y de ahí el plan: cuando las puertas de la Torre se abrieron para Lord Nikolos y su ordenador akáshico, los robots de Bardo irrumpieron para rescatarme.

—¡Malditos robots! —exclamó Bardo—. Toda mi fortuna, quinientos treinta mil discos de la Ciudad..., tuve que sobornar a los reparadores para que los fabricaran. Me costó todo lo que tenía. Pero era necesario que...

—¿Cuántos discos? Nadie tiene tanto dinero.

—¿Qué otra cosa podía hacer? ¡El Guardián del Tiempo te habría ejecutado, por Dios!

—¿Qué hay del guerrero poeta?

—Muerto, o tal vez aún esté vivo..., ¿qué me importa? —Me agarró del brazo y me ayudó a subir las escaleras—. ¡Vamos, Pequeño Amigo!, tenemos que marcharnos ahora y escapar..., es el único medio.

Atravesamos la puerta y subimos las escaleras hasta la calle. Hacía frío, y del Firme soplaban un viento húmedo. Estaba oscuro; no había nadie a la vista.

—¡Por aquí! —dijo Bardo. Me instó hacia un trineo, que esperaba junto a la acera—. ¡A los Campos..., tenemos que apresurarnos!

—¿Qué hay de Lord Nikolos?

—Me quedaré en la ciudad —respondió Nikolos—. Creo que al final el Colegio de Lores tendrá que censurar o incluso deponer al Guardián del Tiempo. Eso, o habrá un cisma total.

—¿Qué quieres decir?

—Ah, debería habértelo dicho de inmediato —repuso Bardo—. Li Tosh, el Sonderval, todos nuestros amigos pilotos..., nos marchamos de la ciudad esta noche. Por ti, amigo mío, como protesta, y porque estamos hartos del Guardián del Tiempo y de los otros vejestorios que gobiernan la Orden.

Recorrimos velozmente las calles, y en diversos lugares a lo largo de la deslizadera, por todo el camino hasta los Campos Huecos, las ventanas de los edificios estaban iluminadas, cientos de cuadrados brillantes contra el granito negro. Parecía como si los mismos ojos de la Ciudad nos estuvieran observando. Fue una sensación extraña. Supe que había visto este momento antes. En mi prisión, entonces, había actuado como un scryta, además de como un rememorador.

—¿Qué pasa, Pequeño Amigo? —gritó Bardo por encima del rugido de los chorros y el viento—. ¿No te sienta bien estar libre?

Miré el cielo brillante por encima de los Campos, los surcos de las naves que escapaban de la Ciudad. También había visto aquel cielo antes, y otros cielos aún más brillantes pronto por venir. No dije nada, y bajamos a las Cavernas, donde encontramos a un centenar de pilotos que esperaban su turno para subir a sus naves, y uno a uno huimos al cielo de plutonio.

CAPÍTULO 24

Deus ex machina

A través de bosques y valles corría el río sagrado, entonces llegó a las cavernas insondables para el hombre y se hundió en tumulto en un océano sin vida: ¡Y en este tumulto se oyeron a lo lejos voces ancestrales profetizando guerra!

—De «Kubla Khan», de Samuel Taylor Koleridge, Scryta del Siglo de la Revolución.

Los hibakusha dicen que la guerra es el infierno, y ellos deben de saberlo bien. La Guerra de los Pilotos, como sería llamada, fue al principio, sobre todo, divertida. Naturalmente, no tendría por qué haber habido guerra ninguna, pero, cuando el Guardián del Tiempo descubrió nuestra huida de la Ciudad (como supe más tarde), se dejó llevar por ira. Declaró que sus pilotos no podían dejar la Orden sin disolver primero sus votos. Proclamó que Bardo y yo debíamos ser traídos de vuelta a la Ciudad para recibir nuestro castigo. De no ser así, deberíamos ser ejecutados lo más pronto posible. Envió a Leopold Soli a llevar a cabo su sentencia. Y Soli se alegró de obedecerle, porque aún estaba más airado que el Guardián del Tiempo. Estaba loco de dolor (los efectos secundarios de la droga del guerrero poeta seguían torturando sus nervios), y también loco de celos. Juró capturar a Justine y Bardo, o de lo contrario matarlos. Y estoy seguro de que quería matarme a mí también. Dejó la Ciudad en su naveluz, la *Hoja de Vorpal*. Las naves de sus amigos, Tomoth, Seth, y Neith de Thorskalle, y las navesluz de ciento veinticinco pilotos leales a él y al Guardián del Tiempo, despegaron tras él. Y así empezó todo.

Realmente, nosotros no teníamos ningún plan de guerra. Nuestro plan (el plan de Lord Nikolos y de Bardo) era simple, y no incluía ninguna violencia. Los noventa y ocho pilotos cismáticos escoltaríamos a una nave profunda llena de hombres y mujeres que representasen todas las profesiones de nuestra Orden. Pilotos, escatólogos, mecánicos y reparadores..., viajaríamos a Ninsun, que era una estrella cercana a la Binaria Aud. Fundaríamos una nueva academia. Y el Guardián del Tiempo se vería forzado a aceptarnos como rivales, o a aceptar los cambios que el Colegio de Lores exigía y llamarnos de vuelta a Neverness, ofreciendo perdón y paz.

Pero no pudimos tener paz. Como observó una vez el Guardián del Tiempo, la naturaleza de las cosas es que nadie puede escoger la paz si su enemigo escoge la guerra. Poco después de nuestra huida, nos reunimos en torno a los puntos fijos de una estrella cercana a Nevada, una enana blanca ridículamente llamada Milky Minikin. Hablamos de nave a nave por medio de radio luz. Celebramos un cónclave, más o menos, para discutir qué hacer a continuación. (En ese momento, naturalmente,

no sabíamos que Soli pretendía perseguirnos y ejecutarlos).

Recuerdo haber visto la imagen de la cara barbuda de Bardo aparecer en la cabina de mi nave. Y haber oído su voz:

—¡Somos libres, por Dios! ¿Puede Bardo ser más listo que un viejo tirano que nunca sale de su Torre? —preguntó retóricamente—. ¡Por Dios!, ¿hace apestar tu semilla la raíz de maraña?

—¿Fue necesario? —dije al negro aire de la cabina. Era difícil imaginar a Bardo oyendo mi voz, viendo mi cara en la cabina de su propia nave..., y al mismo tiempo flotando desnudo con Justine mientras ella escuchaba también mis palabras—. ¿No hubo entonces otro medio?

—No, no lo hubo. El Guardián del Tiempo te habría mandado decapitar.

—Bardo, ¿no se te ha ocurrido que nuestra huida ha sido demasiado fácil?

—¡Fácil! —exclamó—. Fácil para ti, que no tuviste que gastarte una fortuna en la construcción de los robots. No tuviste que coordinar...

—No quiero decir que la planificación fuera fácil —interrumpí—. Me refiero a nuestra huida como tal. ¿Por qué permitió el Guardián del Tiempo que los akáshicos entraran en su Torre si sabía que me encontrarían inocente? ¿Por qué no trató de impedir que los pilotos salieran de las Cavernas? ¿Por qué no...?

—Estás empezando a preocuparme, Pequeño Amigo. Bueno, la verdad es que también me preocupa todo eso. Sólo puedo suponer que el Guardián del Tiempo estaba aterrado ante la idea de que el Colegio de Lores le censurara.

—Tengo otra hipótesis.

—¿Cuál es? —Bardo (su imagen) se secó el sudor de los ojos.

—¿Y si el Guardián del Tiempo nos dejó escapar a todos, pilotos y profesionales?

—¿Y por qué haría eso? —preguntó él—. No, no, no me lo digas..., no me gustan las malas noticias. Creo que veo adónde converge tu secuencia de pensamientos.

Como estaba malhumorado después de mi largo encarcelamiento, puse voz a lo obvio de todas formas.

—Creo que el Guardián del Tiempo nos dejó escapar para así poder asesinarlos, a todos los que nos hemos puesto abiertamente en contra suya. Aquí, en el espacio, lejos de la ciudad, para poder ocultar su crimen.

—Asesinarlos a todos, ah..., ¿cómo?

—Tal vez enviará a Soli a hacer su trabajo.

—¿Y cómo nos localizará Soli? No puede conocer nuestro destino, ninguno de los puntos fijos de nuestras secuencias de trazado. Y no, no creo que Soli acepte cometer los asesinatos del Guardián del Tiempo; no, no, eso no es posible, ¿no?

No le contesté. Al cabo de un rato pregunté:

—¿Está Justine ahí contigo, en tu cabina? ¿Por qué no puedo verla, entonces? ¿Puedo hablar con ella?

La cara de Bardo se ruborizó y luego desapareció. Su imagen no regresó. Se produjo un momento de silencio. Y entonces su voz (sólo su voz) llenó la cabina de mi nave.

—Justine hablará contigo, pero está, ah..., desvestida, así que no quiere que la veas; es tu maldita tía después de todo, ¿no?

No le dije que cuando era niño solía espiar a través de las rendijas de la puerta mientras Justine tomaba su baño matutino. Al menos así lo hice hasta que mi madre me sorprendió y me retorció la nariz hasta hacerme sangre. Justine tenía un cuerpo hermoso, largo y voluptuoso como el de Katharine. La verdad es que no podía reprocharle a Soli que estuviera celoso de Bardo.

—Me alegra tanto que estés vivo... —dijo Justine por fin.

—¿Dónde está mi madre, lo sabes?

—Tratamos de encontrarla, naturalmente, pero no pudimos. Después de que te encarcelaran...

—Ah —interrumpió la voz de Bardo—, ¿sabías que otro guerrero poeta trató de asesinar al Guardián del Tiempo?

—Por supuesto, los robots tutelares mataron a ese poeta antes de que llegara a los aposentos del Guardián del Tiempo.

—Tu madre está escondida, Pequeño Amigo. Probablemente en algún lugar del Sector Extremo. No pudimos encontrarla.

—Después de que el Guardián del Tiempo viera lo cerca que había estado de la muerte —continuó Justine—, bueno, Moira no saldría de su escondite, ¿no?

—Aún está en la Ciudad.

—Por supuesto que lo está.

—Seguro que aún está viva.

—Siempre hay esperanza.

Una vez más, advertí lo iguales que parecían. A excepción de la entonación y el timbre de sus voces, hablaban de la misma manera. Sus programas eran similares, demasiado similares. Cuando les dije que esto me preocupaba, su respuesta fue inmediata.

—Ah, claro, Mallory es un cético.

—Los céticos se preocupan.

—Pero tú no deberías preocuparte por nosotros.

—No.

—Estaremos bien si...

—¡Si Soli nos deja en paz!

—¡Si Soli no estuviera tan condenadamente loco!

—Ah, Soli es la auténtica preocupación.

—Soli.

—Si nos persigue...

—Bueno, por supuesto que lo hará, y...

—Eso es una lástima.

—Una verdadera lástima.

Bardo y Justine, naturalmente, no eran los únicos preocupados por Soli. Otros pilotos confesaron similares miedos. Li Tosh, el Sonderval, Jonathan Ede..., hablé con cada uno de mis viejos amigos por separado, en privado. Pero no pudimos llegar a ningún consenso, así que enviamos nuestras imágenes de nave a nave, y los otros pilotos hicieron lo mismo. En cada cabina flotaron las cabezas brillantes y encogidas de noventa y siete pilotos. Era una manera extraña, confusa, abarrotada, de celebrar un cónclave. Hablé simultáneamente con aquellos pilotos. Ellos hablaron conmigo. Los mejores pilotos jóvenes de nuestra Orden: Delora wi Towt, Richardess, Paloma, Zapata Karek, Matteth Jons y Alark de Urradeth. Y otros que no eran tan jóvenes, los amigos de Justine: Veronika Menchik, Helena Charbo, Aja, Ona Tetsu y Cristobel el Osado en su famosa nave, *El Talo de Plata*. Y otros, ochenta y cinco pilotos charlando y discutiendo.

—La discusión no tiene sentido —dijo el Sonderval. Su cabeza era la más larga y más estrecha del círculo de cabezas. Tenía un largo labio superior y un hoyuelo en el mentón—. Debemos planear una estrategia.

—Por Dios, sólo puede haber un estratega —dijo Bardo. Me complació ver que Justine había accedido a dejar que la imagen de su cabeza apareciera junto a la suya. Le sonreí, y ella me devolvió la sonrisa—. Iremos a Ninsun, como planeamos.

—Y, si hay una guerra, ¿qué? —dijo Zapata Karek con su voz aguda y chirriante—. ¿Deberíamos dejar que capturaran la nave profunda? ¿Abandonaríais a los profesionales?

—¿Y qué hay de los profesionales? —preguntó Delora wi Towt—, ¿no deberían tener voto en lo que decidamos?

Todas las cabezas se volvieron hacia ella, contemplando su cara rosada y redonda mientras se retorció las trenzas. Obviamente, nadie quería dejar votar a los profesionales.

—Si Soli nos persigue —dijo el Sonderval—, será una guerra entre pilotos. Los *pilotos* debemos decidir lo que hacer.

Cristobel el Osado asintió.

—Si hay realmente una guerra, deberíamos intentar sorprender a Soli, llevarle la guerra a él —dijo.

—¡Guerra! —exclamó Bardo—. ¿Por qué tiene que haber una maldita guerra?

Richardess parpadeó sus ojos rojos y cansados. (Era albino, con pelo blanco y piel blanca y muerta carente de toda pigmentación, y era muy viejo, el más viejo de los pilotos).

—El Bardo tiene razón —dijo—, ¿por qué tiene que haber guerra? ¿Hemos olvidado nuestros votos de búsqueda? ¿Por qué no esparcirnos por la galaxia? ¿Por qué esperar una *guerra*?

Li Tosh no había hablado en todo éste tiempo. Miró de una cara a otra mientras mostraba su amable y brillante sonrisa. Finalmente, después de que Richardess terminara de catalogar los horrores de la guerra, encontró su momento.

—Hagamos lo que hagamos —dijo—, si lo hacemos juntos, como hermanos y hermanas pilotos, debemos tener un solo plan. El Sonderval tiene razón. —Me miró, y sus ojos almendrados sonrieron, como siempre—. Un solo plan, y por tanto debemos elegir a uno de nosotros para que sea Lord Piloto, al menos temporalmente.

—Un Lord Piloto —accedió el Sonderval—. Es necesario elegir uno.

—¿Quiénes son los maestros pilotos entre nosotros? —preguntó Justine—. ¿Entre quién podemos elegirlo?

—Bueno, estás tu misma —dijo Bardo—. Y Li Tosh, naturalmente, y Richardess, Cristobel, Veronika Menchik, Helena Charbo y Aja..., maestros pilotos todos.

—Y está Thomas Sonderval —dijo el Sonderval, demasiado humildemente, pensó—. No lo olvidéis, me hicieron maestro piloto el nonagésimo día de la última primavera del medio invierno.

Li Tosh sonrió a nuestro antiguo rival.

—En cuanto a mí —dijo—, no querría ser Lord Piloto.

—Ni yo —admitió Bardo.

—Ni yo —dijo Justine.

—¿Y quién más es maestro piloto? —preguntó Li Tosh, casi inocentemente—. ¿Tetsu? ¿Matteth Jons? Y, claro, casi lo olvidaba..., Mallory Ringess.

Me miró, y de repente las cabezas de todos los pilotos y maestros pilotos se volvieron hacia mí.

—El Ringess —dijo— es quizás el mejor maestro piloto que jamás ha habido.

—¡Es el mejor, por Dios!

—El Ringess encontró su camino de entrada (y de salida) en la Entidad de Estado Sólido. El Ringess —y aquí recitó una larga lista de mis cualificaciones, entre las cuales estaban los rumores de que era un cético oculto, un rememorador y tal vez incluso un scryta. Sobre todo, les dijo Li Tosh, era un hombre afortunado, lo suficiente como para estar vivo después de morir una muerte al parecer tan definitiva. Y, ¿quién no querría elegir a un Lord Piloto tan afortunado?

No registraré aquí todo lo que se dijo después. Sospeché que Bardo, Justine y Li Tosh habían orquestado juntos sus dramáticas alocuciones. Debieron planear desde el primer día que yo fuera el Lord de los pilotos cismáticos. ¿Habían instado a sus amigos y compañeros a que votaran por mí antes de que saliéramos de la Ciudad? Creo que sí. Cincuenta y cuatro de los noventa y siete pilotos inclinaron la cabeza

para indicar que estaban a favor de mi ascenso. Doce de ellos, por una razón u otra, rehusaron votar. Treinta y un pilotos (y lamenté ver que Richardess era uno de ellos) sacudieron la cabeza negando vigorosamente. Negaron que yo tuviera ningún derecho a ser Lord Piloto de nadie. Dijeron que era tempestuoso y demasiado osado. (Paradójicamente, algunas personas temen a los líderes osados, mientras que otras valoran esa cualidad por encima de todo lo demás). Todos a una, desertaron de nosotros inmediatamente. Algunos se marcharon a Tria; algunos regresaron a la Ciudad. Unos pocos decidieron honrar su voto de búsqueda y siguieron a Richardess para perderse quizás en uno de los brazos de la galaxia.

De esta manera, me convertí en Lord Piloto de sesenta y seis pilotos rebeldes; si había guerra, sería un caudillo responsable de sesenta y seis vidas.

—¡Enhorabuena, Pequeño Amigo! —me dijo Bardo en la intimidad de mi nave. Me miró mientras se atusaba el bigote. Empezó a citar nombres de pilotos que habían permanecido leales al Guardián del Tiempo y a Soli—. ¿Qué harás ahora? Si Soli se pone contra nosotros, habrá al menos dos naves de Soli por cada una de las nuestras.

—¡Qué buen matemático eres! —dije—. Al menos aún sabes contar.

Le aseguré que venceríamos a Soli a pesar de nuestro número. Si se ponía en contra nuestra, maniobraríamos y atacaríamos y caeríamos al multipliegue; tenderíamos trampas astutas y haríamos dobles ataques; tentaríamos al enemigo para que dividiera sus fuerzas, y luego volveríamos y aplastaríamos nave tras nave y ganaríamos todas las batallas, y el juego sería nuestro.

Yo no sabía nada de guerras. La guerra, como pronto descubriría, no era un juego, aunque no podía dejar de pensar que así era. La guerra real no era muy divertida. Descubrí que no tenía ninguna tendencia o ningún genio para ella. Consulté la biblioteca de mi nave-ordenador, y descubrí que mi comprensión de los elementos estratégicos se basaba solamente en juegos como el ajedrez y el ko, a los que había jugado de niño. La guerra real, parecía, era muchísimo más caótica que ningún juego. La guerra real no tenía reglas. Estudié los anales de antiguos caudillos y estrategas. Sun Tzu, Liddell Hart, El Tolstoi, Julio César, Musashi el Espada-Santa, el Primer Richard Ede..., todos grandes autores bélicos. Apresuré mi cerebro en tempolento, y sus palabras fueron como fotones iluminando una estela. Aprendí los axiomas de la guerra. Nunca divides tus fuerzas; escoge tu propio tiempo y lugar de la batalla; nunca seas predecible... Aprendí tan rápidamente como pude estos fundamentos, a menudo tan ignorados por príncipes y generales que han guiado a millones a la muerte. Estudié las antiguas campañas de Aleksandro, y otras batallas clásicas, como las trágicas guerras Hombre-Darghinni, que no eran tan antiguas. Yo era como un novicio ligeramente talentoso forzado a aprender las reglas del ajedrez y a estudiar los juegos de los grandes maestros en una sola noche. Mi ordenador hizo simulaciones de la historia. Reviví el genocidio de los Tencredi a manos de César y

observé a los jinetes de Aníbal Barca arrasar los flancos romanos en Cannas. Y entonces hubo una matanza; entonces la temible infantería cartaginesa atacó y mató a sesenta mil legionarios tan apretujados que no podían alzar sus espadas ni podían cubrirse con sus escudos. Sus defensas fallaron. Seguí este tema de las defensas fallidas a lo largo de dos mil años. Como si me encontrara con un telescopio en la irregular superficie de la luna de la Vieja Tierra, observé el brillante, temible y hermoso Primer Intercambio del Holocausto. Me maravilló que los escudos espaciales fueran arrasados y los continentes del hemisferio norte estallaran con diez mil bolas de blanca luz en expansión. De *El Camino de la Guerra*, de Taddeo Astoreth, aprendí que todas las batallas, no importaba cuán complejas, se deciden según cuatro simples elementos: fuerza, espacio, tiempo e inteligencia. Aunque Soli pudiera superarnos dos a uno, Aleksandro había vencido en Gaugamela cuando lo superaban en cinco a uno. Si yo quería derrotar a Soli en una guerra real, tendría que guiar a mis pilotos a espacios familiares de mi elección y caer contra él cuando no estuviera preparado. Lo más importante en esta extraña e impredecible guerra matemática que podríamos librar sería la inteligencia, pues tendríamos que predecir los rumbos de los pilotos de Soli casi mientras los trazaban.

Si Soli nos atacaba; si podía seguirnos a través del multipliegue.

Naturalmente, cada nave, cuando abre una ventana, perturba levemente el multipliegue. Si dos naves están lejos una de otra, estas perturbaciones son imposibles de detectar. Pero si las naves están lo suficientemente cerca, si están dentro de una región bien definida, el radio de convergencia se estrecha y puede hacerse un trazado de probabilidad. Cualquier nave, con un cierto grado de probabilidad, puede seguir (puede «predecir») los rumbos de cualquier otra. Si pudiéramos huir con la velocidad suficiente y lo bastante lejos, las probabilidades de que Soli pudiera encontrarnos se acercarían a cero.

Y, así, huimos a través de las caídas hacia Ninsun. Las estrellas pasaban como copos de nieve en una tormenta. Huimos rápido y lejos. Finalmente, caímos en los alrededores de Ninsun, que era una pequeña estrella orbitada por un solo planeta. Y Soli y sus pilotos estaban allí, sobre el planeta, esperándonos. Conté ciento veintinueve navesluz. La *Hoja de Vorpal*, la nave de Tomoth y sus hermanos, *Tiempo Pasado, Tiempo Presente y Tiempo Futuro*, gravitaban como cuchillos de diamante sobre Ninsun, reflejando la luz de esa débil estrella y las brillantes luces polvorientas del Conjunto Aud. Llamé inmediatamente a mis pilotos. (¡Qué rápidamente pensaba ya en ellos como «mis» pilotos! ¡Qué rápida y finalmente caemos en la vanidad!). Ordené una secuencia de diez estrellas que empezaba con Shima Luz. Hicimos nuestros trazados y desaparecimos en las caídas. Y Soli y sus pilotos, lamento decirlo, porque conocían bien la región definida por el campo de gravedad del Conjunto Aud, no tuvieron problema en seguir nuestras perturbaciones del multipliegue.

—¡Por Dios, nos han traicionado! —tronó la voz de Bardo—. ¿Quién pudo decirle a Soli que elegiríamos Ninsun de entre todas las malditas estrellas de la maldita galaxia?

Yo también quería saberlo. Traté de contactar con Soli por radio luz, y me sorprendió que accediera a hablar conmigo.

—¿Has caído muy lejos, Piloto? No lo suficientemente lejos..., no, nunca lo suficiente, ¿verdad?

Era la voz de Soli, y me hablaba en la cabina de mi nave. Habíamos caído sobre una estrella con número pero sin nombre, una de las supergigantes azules en el borde del Conjunto. Era la primera vez que hablábamos desde el día en que asesiné a Liam. Su imagen apareció ante mí. Estaba más delgado de lo que recordaba, las mejillas demacradas, hundidas. Se cubría los ojos con la mano como si sufriera una pérdida profunda y no quisiera mirarme. En todas partes, en su cara, y en los temblores de su cuerpo demacrado, leí los avisos de la furia y el dolor.

—¿Quién nos traicionó? —pregunté—, ¿cómo sabías que viajaríamos a Ninsun?

—El Guardián del Tiempo conocía el plan de Bardo desde el principio. Siempre ha sido un buen espía.

—¿Y os ha enviado a asesinaros, entonces?

—Esencialmente así es —dijo él—. Pero ¿qué necesidad hay de más muertes? No, no la hay, si os rendís y regresáis a la Ciudad.

Creo que debía saber que no me rendiría, porque no se sorprendió cuando dije:

—No, Leopold, no volveré.

—¿Me llamas por mi nombre?

—¿Debería llamarte «padre», entonces?

Cuando dije esto, él se aferró el estómago y clavó el puño en él. Dio un respingo, como si la bilis se abriera paso a través de su garganta.

—No —me dijo—, deberías decir: «Sí, Lord Piloto, regresaré para enfrentarme a mi castigo».

—Ya no eres mi Lord Piloto.

—Sí, has sido elegido Lord Ringess..., ¿no es así como te llaman *tus* pilotos? Esperemos que ninguno de ellos pierda la fe en tu liderazgo y trate de asesinarte.

Apreté mis nudillos contra mis labios.

—Yo no intenté matarte —dije—; traté de salvarte. El guerrero poeta...

—¿Quién eres tú para salvar a nadie? —preguntó. Evidentemente, no creía que yo le hubiera salvado la vida.

—¿No recuerdas nada? —quise saber.

Apartó la mano de sus ojos. El blanco estaba surcado de rojos capilares fotos. Parecía no haber dormido en muchísimo tiempo. Su mano temblaba como la de un anciano.

—El Guardián del Tiempo dice que sus robots os capturaron al poeta y a ti cuando estabais a punto de asesinarme. ¿Qué más debería recordar? Lo que se vio..., se vio.

—¡No, eso no es cierto! Seguí al poeta por toda la Ciudad. Y...

—Sí, eres un mentiroso, ¿no? Pero, aunque estés diciendo la verdad..., es demasiado tarde, ¿no? Hay otros crímenes por los que debes pagar.

En cierto sentido, tenía razón. Era demasiado tarde. Nuestra enemistad privada se había enconado y había infectado a la Orden, y ahora muchos tendrían que pagar. Sin embargo, ninguno de nosotros estaba ansioso por ver a pilotos asesinando a pilotos. (Al menos, creo que ambos queríamos conservar nuestros asesinatos dentro de la familia, por así decirlo. Cuando le informé —y fue una crueldad total por mi parte— que Bardo y Justine no regresarían a la Ciudad a menos que el Guardián del Tiempo los perdonara y les permitiera casarse, susurró: «Justine, ¿cómo fui tan estúpido..., Justine?», y hubo asesinato en sus labios). Y así, por consenso mudo, empezamos una guerra de maniobras. Al principio fue más un juego que una guerra real. Como cualquier buen general o caudillo, Soli esperaba ganar lo máximo posible con las mínimas pérdidas. Buscaba demostrar maniobrando que nuestra postura era desesperada, que debíamos rendirnos sin luchar. Siguiendo sus órdenes, pilotos como Stephen Caraghar y Salmalin cortarían nuestro rumbo, caerían, y acosarían la gruesa nave profunda con forma de ballena. Entonces demostrarían lo ajustado de sus trazados predictivos, un aviso que quería decir: «¿Veis? Los pilotos de *la Orden* pueden encontraros y destruirnos dondequiera que estéis».

Pronto nuestras tácticas se hicieron más provocativas. Cuando uno de los pilotos de Soli caía sobre la nave profunda, Delora wi Towt, por ejemplo, salía del multipliegue cerca de ambas naves. Las dos naves luz bailaban entrando y saliendo del multipliegue, dos brillantes franjas de plata buscando un rumbo de probabilidad ventajoso. El piloto «victorioso» sería el que mejor predijera los rumbos de su «enemigo». Ella (o él) saldría al espacio real, a la negrura, y prepararía los motores de espaciotiempo de la nave mientras esperaba. Si su enemigo salía en el punto-salida previsto, el piloto pronto a la victoria demostraría que podría haber destruido al otro. Mientras los motores de espaciotiempo del piloto victorioso se fijaban en un punto-fuente cerca de su enemigo, el espacio-real cerca de la nave enemiga empezaría a ondular y distorsionarse, a borbotear como una hoja de clary caliente. Y, cuando la burbuja estallase y la ventana al multipliegue se rompiera durante un instante, el piloto victorioso giraría su naveluz en torno a su eje en un gesto de triunfo, como para decir: «Igualmente podría haber establecido un rumbo al corazón de una estrella cercana y lanzado tu nave al infierno. Si esto fuera una guerra real, habrías sido aniquilado».

Dada nuestra ansiosa naturaleza humana, como Bardo me recordó, esta guerra de

maniobras, inevitablemente, no podía durar. Un día, mientras nos internábamos en el Conjunto Augusto, Tomoth de Thorskalle mató a Jonathan Ede. Naturalmente, la muerte de Jonathan pudo haber sido un accidente. Tal vez Tomoth (aquel gigantesco asesino rubio con sus traicioneros ojos mecánicos) abrió «accidentalmente» una ventana al multipliegue cerca de la *Nave de Todas las Naves*, y envió a Jonathan al corazón de una estrella. Pero ¿qué es exactamente un accidente? ¿Fue un accidente que el brillante y normalmente tranquilo Li Tosh buscara venganza por el asesinato de su mejor amigo? ¿Fue un accidente que buscara y venciera al hermano de Tomoth, Seth? ¿Que le destruyera como Jonathan había sido destruido? No lo creo. Y, cuando pilotos empezaron a caer contra pilotos llenos de frenesí y abandono, aquello tampoco fue ningún accidente.

(¿Fue un accidente que yo le hubiera roto la nariz a Soli? ¿Era la composición de mis cromosomas un accidente?).

Recordé las palabras finales que me dirigió Soli cuando cesamos definitivamente nuestras comunicaciones y entramos en la batalla real.

—¿Por qué, Piloto? —me preguntó—. ¿Por qué has hecho que se llegue a esto?

Justo después de que Jonathan cayera a su muerte, la imagen de Bardo apareció ante mí.

—¡Es increíble! —rugió—. ¡Qué crimen! ¡Perfidia! ¡Abominación! ¡Sacrilegio! ¡Por Dios, me estoy quedando sin palabras! ¡Barbarie! ¡Catástrofe! ¡Oh, qué tragedia! ¡Oh, lástima!

Como estaba apesadumbrado por la muerte de Jonathan, como no podía soportar la idea de causar más muertes a nadie, como estaba apenado, fui demasiado cauto. Lo repetiré: Yo, Mallory Ringess, fui demasiado cauto. Guie a mis sesenta y cuatro navesluz a través de las estrellas de la nebulosa Trífido con la intrepidez de un viejo ajedrecista que mueve sus piezas por las sesenta y cuatro casillas. Pretendía hacer maniobrar a mis fuerzas desde Veda Luz hasta Karanatha y al Finospacio Danladi en el borde de la Trífido. Allí, donde los senderos son muchos, podríamos atrapar a las naves de Soli. Cuando salieran del multipliegue y trataran desesperadamente de localizar uno de los pocos puntos-fuente, las rodearíamos (en un sentido topológico, teníamos que encontrar un conjunto de puntos-fuente que estuvieran a la vez cerrados y unidos, es decir, compactos), y las destruiríamos una a una.

Pero nunca llegamos al Fino Danladi. Soli debió adivinar mi estrategia, porque me sorprendió. Recuerdo bien el instante en que llegué a cuestionarme la cautela. Yo (y mis otros pilotos) acabábamos de caer en la salida, y la luz de Veda Luz me cegó. El interior de la nebulosa irradiaba una suave luz azul hielo que reflejaba la luz de las partículas de polvo interestelar. La propia Veda Luz era de un azul ardiente, una supergigante azul caliente tan brillante como Alnilan o Primer Spica. Era una estrella grande. Tan enorme era Veda Luz, que el multipliegue a su alrededor estaba

vulgarmente distorsionado. Tuve dificultades para guiar a mis pilotos de forma ordenada a través de sus ventanas. Hubo un instante en que seis de mis pilotos tuvieron que esperar mientras los demás encontraban sus ventanas y caían hasta Favasham, que era la siguiente estrella en nuestra secuencia hacia el Fino Danladi. En ese momento, Lionel Killirand, viejo amigo de Soli, salió en su *Bucle Infinito*, cayó sobre Cristobel el Osado y lo destruyó. Y, en ese momento, treinta y dos maestros pilotos cayeron sobre Olafson Jons y Nashira y Ali Alesar de Urradeth y Nikolos Korso y la inimitable Delora wi Towt. Probablemente fue Lionel quien la mató. Se produjo una confusión de navesluz entrando y saliendo del espacio real, treinta y siete agujas de diamante persiguiéndose a través de la negrura como si fueran una camada de perros alaloi luchando por colocarse cerca del fuego. Fui consciente de esta batalla como cientos de rápidas deformaciones de puntos evanescentes del multipliegue, cientos de brillantes olas en un mar nocturno. Traté de hacer volver el cuerpo principal de nuestras navesluz, *kleineando* en nuestro rumbo, pero, cuando regresamos a Veda Luz, la batalla había terminado. Lionel y los otros habían escapado. Y seis de nuestros pilotos se habían perdido.

Como un equipo de perros de trineo apaleados con el rabo entre las patas, nos retiramos a través del Grupo Estelar de Jonah casi hasta el borde de la Nebulosa de Orión. Floté en la cabina de mi nave mientras charlaba brevemente con mis pilotos. Bardo en especial estaba horrorizado por el resultado de la batalla. Tocamos los cascos de nuestras naves, y su voz y sus pensamientos se propagaron a través de mi nave-ordenador y se formaron en mi mente. Compartimos el mismo espacio de pensamiento. Como estábamos aturridos y doloridos por la derrota, porque estábamos apenados, nos permitimos unos instantes de esta telepatía electrónica prohibida.

»Pequeño Amigo, ¿puedes oír/sentir/verme?

Yo podía ver sus inteligentes ojos castaños, oler su miedo y su pedorrear mientras flotaba en la cabina de la *Putá Bendita*. Era algo misterioso cómo Justine podía estar cerca de él dentro de un espacio tan reducido.

»¿Dónde está Justine? ¿Por qué no puedo oír sus pensamientos?

»Está aquí a mi lado, dormida. Cuando vio lo que le sucedió a Delora... Oh, bueno, está descansando un rato.

»Me precipité, Bardo. Nunca debería haber... tratado de conocer a Soli aquella noche en el bar. ¿Recuerdas? Ahí es donde empezó todo, esta secuencia de mala suerte.

»Deberías pensar en los pilotos que hemos perdido en vez de en los errores de tu vida.

»No *puedo* dejar de pensar en ellos. Si nosotros..., ¿por qué tuvo que morir Delora? ¿Por qué tiene que morir nadie?

Pensé en los miles de millones de personas que habían muerto en las guerras, y descubrí una de las muchas perversiones e ironías de la guerra: el infierno de la guerra no es multiplicativo. O, más bien, es inversamente multiplicativo. El dolor de perder a alguien que conoces es un millar de veces superior a las muertes de un millar de personas desconocidas.

»Por Dios, la amé una vez, ¿lo sabías, Pequeño Amigo? Delora fue mi primera amante, y fue paciente conmigo. En Borja. Entonces necesitaba paciencia.

»Era un piloto brillante.

»Oh, no comprendes. Era una *mujer*. Y ahora ha muerto.

»Los hibakusha dicen que la guerra es el infierno.

»¡Vaya idea! “La guerra es el infierno”, “La guerra es el infierno”..., lo dices con voz helada, pero sé cómo te sientes realmente, así que no creas que puedes esconderte, porque no puedes.

Era cierto. Yo intentaba hacer creer que no me afectaban las muertes de Ali Alesar, de Cristobel y Delora, pero no funcionaba. Bardo, que escuchaba mis pensamientos casi mientras se formaban, me recordó que debía estar lleno de caliente ira; debería cerrar los puños y maldecir y jurar venganza contra Lionel Killirand. La compasión indiferente, me susurró al oído, era la emoción de un santo. Y las amargas autodudas eran infantiles.

»No eres ni un niño ni un santo.

»¿Qué soy, entonces?

»¡Eres un hombre, por Dios! Te quería más cuando solías dejarte llevar por la ira como un hombre. ¡Casi le arrancaste a Kesse la cabeza del maldito cuello, por Dios que lo hiciste! No puedo olvidar eso.

»Ni yo, Bardo. No puedo olvidar nada.

»Ah, lástima.

»Estoy cambiando... tan rápido.

»Lo sé, Pequeño Amigo, lo sé. A veces ya no te comprendo.

»Si pudiera hacerte ver las probabilidades..., las posibilidades. Pronto habrá una batalla, el principio del fin. Puedo verla venir, yo...

»¿Qué pasa?

»Tengo miedo. Miedo de perderlo todo. A veces incluso tengo miedo de perderte a ti.

»Pero nunca podrás perder a tus amigos, Pequeño Amigo. ¿No te lo he dicho antes?

»¿Seremos amigos entonces, después de que todo termine?

»¡Por Dios, te juro que sí!

Bardo era aún mi amigo y, mientras entrábamos en la Nebulosa de Orión, empezó a examinar las implicaciones tácticas del infame Teorema Boomerang. Caímos entre

las estrellas del Trapecio, que brillaban con el encantador verde del oxígeno ionizado interestelar. Caímos entre estrellas tan jóvenes que habían nacido cuando el hombre era aún un mono que surcaba los bosques del continente madre de la Vieja Tierra. Cerca de la Binaria Chu libramos una escaramuza contra la fuerza principal de Soli. Bardo y Justine (y Charl Rappaporth y Li Tosh) descubrieron que podían caer instantáneamente hacia atrás en sus trayectorias hasta una ventana y por tanto sorprender a cualquier piloto que los hubiera seguido. De esta forma, enviaron a las estrellas a ocho pilotos de Soli. Era un truco inteligente, pero no podía ser duplicado tan fácilmente. Para derrotar a Soli, que copiaba y usaba nuestras tácticas contra nosotros tan rápidamente como el ARN copia y divide nuestra proteína, necesitaríamos más trucos.

Por fin, dejamos atrás la Densidad del Tycho y entramos en la Roseta. A nuestro alrededor se encontraba aquella gloriosa máquina hacedora de estrellas por la que había pasado en mi viaje a la Entidad. Aquí había estrellas y caminos que conocía bien. Estábamos cerca del Vild (peligrosamente cerca), y no pude dejar de preguntarme cómo sería caer entre las cenizas y la luz degradada de aquel infierno de estrellas en explosión. Mientras pasábamos a través de los espacios de la Roca de Rollo y Farfara y Nwarth, perdimos a Duncaness y su *Gusano Aparejador*. Para desquitarnos, en venganza destruimos a Alhena Ede. (Aquella piloto grande y sardónica era la hermana mayor de Jonathan Ede. De todas las tragedias que podrían haber ocurrido en nuestra trágica guerra, al menos me alegro de que el hermano no matara a la hermana. Pero ambos Ede murieron, y fue una lástima. Eran los últimos de su famoso linaje, y sus talentos desaparecieron junto con sus cuerpos, cromosomas y navesluz). Por cada piloto que perdimos tomamos uno de los de Soli. Pero no podíamos continuar así eternamente. Cada piloto que perdíamos aumentaba las probabilidades en nuestra contra, y Soli tenía más pilotos para perder que nosotros. Cuando tres de mis pilotos se perdieron en el Denso Noroeste, supe que tenía que encerrar a Soli en una última batalla decisiva.

Fue totalmente decisión mía guiar a mis pilotos a los espacios que rodean Perdido Luz. No puedo disculparme por eso. Tras haber fracasado en el empleo del tiempo y la inteligencia, sólo me quedaba el elemento del espacio para vencer a la fuerza superior de Soli. Fenestramos más allá de Kaarta y Nueva Tierra hasta las estrellas del Fayoli, porque yo estaba familiarizado con esas singladuras y esos espacios. Como yo buscaba un densospacio particular donde atrapar a Soli, nos internamos en el multipliegue cerca de Darrein Luz. Allí las estrellas son pequeñas y arden con luces amarillas y anaranjadas; allí el tiempo es un poco extraño; allí la Entidad ha distorsionado el multipliegue más allá de la probabilidad. Según nuestros mapas estelares, Perdido Luz no era parte de la Entidad. Si lo hubiera sido, ningún piloto (excepto quizá Bardo y Justine, y Li Tosh) me habrían seguido allí. Pero los mapas

estelares a veces están anticuados o simplemente equivocados. Los mapas estelares tienen poco en cuenta el rápido crecimiento del cerebro nebular. Guie a mis pilotos a través del densospacio que había dominado hacía años, y salimos cerca de Perdido Luz. Ninguno de nosotros (ni siquiera yo) suponía que estábamos perturbando el espacio, la misma esencia de la Entidad de Estado Sólido.

Por supuesto, yo sabía que era un riesgo descabellado batallar dentro de aquel densospacio. Pero ¿qué opción tenía? Siglos antes, Aníbal Barca había sorprendido a una nación llamada Roma conduciendo a su ejército de hombres y mamuts sin pelo por una cadena de montañas. Todos los mamuts y muchos de sus hombres habían muerto congelados en los pasos cubiertos de nieve, pero su ejército sobrevivió para destruir a los romanos en el Lago Trasímeneo. Yo no era Aníbal, pero aún podía elegir el lugar de la batalla. Soli no sabía nada del Perdido Densospacio, y si nos seguía hasta allí, yo le sorprendería como Aníbal había sorprendido a los romanos.

En Neverness, los aspirantes y novicios recorrían las calles nevadas camino a casa para cenar; y en el corazón de la Entidad, Ella pensaba sus grandes pensamientos; y las radiaciones asesinas de la Estrella de Merripen y otras estrellas del Vild fluían hacia Neverness, fluían constantemente; y Leopold Soli y un centenar de navesluz salieron del multipliegue. Gravitaron sobre el cuarto planeta de Perdido Luz, un gigante gaseoso rodeado por fantasmales anillos de hielo. Los capturamos en un punto de salida cercano al plateado anillo central. Mis pilotos usaron los trazados ya preparados que yo les había enseñado, y caímos sobre Soli a través del densospacio como si fuéramos una jauría de lobos hambrientos.

Ahora comprendo lo que los antiguos caudillos querían decir con «la niebla de la guerra». Aunque no podía colocar a cada uno de mis pilotos como haría con piedras en los resquicios de una tabla ko, esperaba al menos conservar y controlar la marea de la batalla. Descubrí que no podía controlar nada, ni siquiera mis palmas sudorosas ni los latidos de mi corazón. Salí a espacio real durante menos de un instante, y el chispeante anillo central del cuarto planeta colgó como un glaciar sobre mí. Hice un trazado instantáneo. Los motores de mi nave abrieron el multipliegue cerca de la *Rosa de la Tierra* de Gregorik Smith. Hice otro trazado, y otra vez mis motores abrieron el multipliegue. La negrura se ensanchó, como una grieta en la kamelaika de un piloto. Y entonces los dos desaparecimos, él en el corazón de Perdido Luz, yo dentro de los intensos caminos del densospacio. Hubo un arrebato de teoremas, las chispeantes ideoplastias de la tormenta numérica. Fluí a través de la densa mezcla del densospacio como si mi naveluz fuera un virus de información abriéndose paso a través de las oscuras venas del cerebro de un hombre. Se produjo una bifurcación, y luego los túneles se unieron. El multipliegue volvió a abrirse. Vi luz, la débil luz amarilla de Perdido Luz. Uno de los pilotos de Soli (era Neith de Thorskalle, con su distintiva nave sin alas), me estaba esperando. Pero yo había fijado una secuencia de

rumbos. Antes de que pudiera enviarme a la estrella, escapé de regreso a las pulsantes arterias del multipliegue. Danzamos entrando y saliendo del multipliegue hasta que Neith cometió un error. Entró en un sendero que, en sus bucles a través del multipliegue, se intersecaba sólo con otro más. Para él y su *Tiempo Futuro* sólo podía haber dos posibles puntos de salida al espacio real cerca de Perdido Luz. Calculé las probabilidades, y le estaba esperando cuando su nave tiñó de plata la negrura. Esperando para matarle. No tuvo ninguna oportunidad.

Sé compasivo, me había dicho Katharine.

Pero ¿qué lugar podía tener la compasión cuando se trataba de la guerra? No, a veces sólo podía haber *pasiones* frías y asesinas, y por eso a mí alrededor la batalla rugía como una tormenta de invierno durante la noche. Las navesluz eran brillantes agujas de hielo, y rasgaban la oscuridad del espacio real y desaparecían en el multipliegue. Las complejidades de la batalla me abrumaban. Había tempolento, tiempo precipitado, teoremas que demostrar, trazados de punto a punto, y el ácido siempre presente del terror puro. Al principio el ardiente punto amarillo de Perdido Luz estaba por debajo de mí, y al siguiente estaba por encima. (Y por encima quiero decir que estaba entre la nube de galaxias de Canes Venatici y yo. Por antigua convención, se dice que las estrellas de Canes Venatici están por encima de todas las estrellas de nuestra galaxia). Mientras trazaba un rumbo y eludía a la *Bucle Infinito* de Lionel, advertí que había salido por el extremo lejano de Perdido Luz al otro lado del cuarto planeta. Estaba a ciento cincuenta mil millones de kilómetros de la batalla. Y entonces el multipliegue me engulló, y salí al densospacio bajo los anillos del planeta, y se produjo una bruma de luz, como la del sol a través de una densa niebla helada en Neverness. Había un centenar de navesluz bailando. No tenía ni idea de quién ganaba la batalla. Traté de hablar de nave a nave con mis pilotos, pero no había tiempo. Escapé de uno de los pilotos de Soli haciendo un desesperado trazado a través de un árbol finito. Escapé al multipliegue, pero no pude regresar inmediatamente porque las ramas del árbol eran numerosas y complejas. Pareció que caía eternamente. El tiempo fluía tan despacio como el hielo de un glaciar. Durante un momento me sentí enfermo con el ansia de la batalla; me sentí enfermo conmigo mismo. ¡Con qué facilidad había vuelto a convertirme en un asesino! ¡Con qué facilidad nos había infectado a todos el virus de la guerra! Incluso mientras demostraba un resultado menor del Teorema de Inclusión, los pilotos asesinaban a pilotos. En realidad, era increíble. Esto es la batalla, pensé. La batalla no es simplemente una palabra; es un asesinato organizado. Cerré los puños en la oscuridad de mi nave y maldije. Recordé algo que debería haber estado en nuestras mentes antes de decidarnos por el cisma y caer contra nuestros compañeros pilotos: la guerra es lo peor que hacen los seres humanos; pensar en ella en abstracto o tratarla como a un juego es peor que bárbaro.

Y, sin embargo, es cierto que el asesinato es tan natural a los seres humanos como

fabricar hachas con pedernal o amamantar a los hijos. Y los humanos son seres nobles, trágicos y espléndidos en torno a un núcleo de barbarie. Cuando por fin regresé a la batalla, tuve un momento para observar las ondas y el flujo de las navesluz mientras se asesinaban mutuamente. Aunque la batalla parecía completamente caótica, como si una nube de locura se hubiera apoderado de los pilotos en ambos bandos, no era así. Matar puede ser realmente una locura, pero los pilotos no mataban al azar. No, mis hermanos y hermanas pilotos eran hombres y mujeres de pasión, aunque no compasivos. Contemplé cómo algunos pilotos parecían buscar a otros. Bardo y Justine en su gruesa y bruñida *Putá Bendita* perseguían hasta el multipliegue a la aguzada *Bucle Infinito* de Lionel. En venganza por la muerte de Delora wi Towt, le asesinaron. Fue la venganza lo que impulsó a Tomoth a caer contra Li Tosh y enviarle rebotando por senderos contra los que yo les había advertido. A mi alrededor, bajo la fría luz amarilla de Perdido Luz, la batalla degeneró en decenas de combates vengativos. Mis pilotos abandonaron rápidamente mi estrategia y nuestras singladuras preparadas de antemano. Los pilotos de Soli, como supe más tarde, estaban envenenados por viejas rivalidades y odios. Ignoraron el plan maestro de Soli. Salmalin, que siempre se había sentido celoso de su alumno más brillante, el Sonderval, cayó contra su *Virtud Capital*. Locura y muerte; muerte y locura. Hubo un horrible momento en el que dos de los pilotos de Soli se volvieron locos y se abalanzaron uno contra el otro. Y, luego, un momento aún más horrible cuando Tomoth salió al espacio real y, por pura casualidad, me cogió desprevenido. Incluso hoy día puedo imaginar aún cómo debieron brillar sus feos ojos rojos y enjorados cuando advirtió que podría por fin vengar mi insulto de aquella noche en el bar de los maestros pilotos, y mucho más (un millar de veces más), cómo podría vengarse de mí por haber dado muerte a su hermano Neith. Pero la venganza, como una lanza devaki, corta de dos formas. Li Tosh, y Bardo y Justine, cayeron sobre Tomoth un instante antes de que me asesinase. Lo mataron; abrieron una ventana al multipliegue y le enviaron por un oscuro túnel hasta el infierno de una estrella cercana.

Llego ahora a la que quizás es la parte más triste de mi historia. Cuando Soli vio que Tomoth y Lionel estaban muertos, se dejó llevar por la furia. Yo esperaba que hubiera aprendido compasión, pero no, cayó contra Bardo y Justine sin piedad ni contención. Sus naves flotaron durante un momento como talos bajo los anillos helados del cuarto planeta. La elegante y flexible *Hoja de Vorpal* de Soli brilló tras la *Putá Bendita*, esta imagen ardió a través de mis telescopios hasta las neurológicas de mi nave. Yo estaba lo bastante cerca (una centésima de segundo luz) como para fundir las neurológicas de mi nave con las de la *Putá Bendita*. En un frenético esfuerzo por ayudar a Bardo y Justine a trazar un rumbo, tracé el mío. Pero ellos ignoraron el sendero que les mostraba. Probablemente Justine no creía que Soli fuera

realmente a matarlos. Ahora advierto que intentaban hacer un trazado particular propio. Aunque yo «escuchaba» su diálogo interior final, escuché sólo durante un momento. Comprendí sólo una parte de sus pensamientos privados. Aquí, por el bien de la historia y el arte conservador de los rememoradores, está lo que oí:

»Allí, ¿ves la curva de la *Hoja de Vorpal* de Soli?

»Siempre fue un hombre romántico, y...

»Piensa ahora, bajo el densospacio del anillo, el punto-fuente donde si alfa es un esquema de declaración entonces existe una clase de solución tal que...

»Un cantor me dijo una vez que te destruirá porque...

»Por tanto, la clase universal y todas las demás clases son una subclase de...

»Naturalmente, estoy preparado para definir el cardinal, pero no puedo dejar de pensar en Soli y el cantor. Justine, dijo que tu marido es un tychista de corazón que arriesgaría casi todo por demostrar su teorema, y dijo que entre el amor y el odio no hay nada y...

Y desaparecieron. Una ventana en el multipliegue se abrió, y desaparecieron.

Pensé que había visto este momento antes. En mi momento de scryta, en mi celda de piedra, había visto muchos futuros. En uno de ellos, justo antes de que Soli los destruyera, Bardo y Justine abrían una ventana al multipliegue y huían de la batalla. En otro, Bardo y Justine caían en los brazos y pensamientos el uno del otro, mientras el propio Soli abría la ventana y se convertía en un asesino. ¿Qué futuro había sucedido? ¿Qué suceso estaba ahora microsegundos más allá?

Al final, escogemos nuestros futuros, suelen decir los scrytas. Hice mi elección. Decidí que Bardo y Justine estaban vivos. Y por eso esperé. ¡Cuánto tiempo esperé a que regresaran a la batalla! ¿Cuánto debe esperar un Lord Piloto antes de volcar su atención hacia otra parte? Esperé vastos, interminables, contables, segundos enteros; esperé una eternidad. Pero la nave de Bardo no regresó.

Caí contra Soli, entonces. O él cayó contra mí. En realidad, caímos el uno contra el otro. Nuestras dos navesluz, tan diferentes en diseño, mi *Clavellina Inmanente* con sus alas hacia adelante y su *Hoja de Vorpal*..., éramos como trazos de luz hendiendo la noche. Maniobramos buscando ventaja, entrando y saliendo por las ventanas que abríamos. Por fin, pensé, por fin. Hice un simple trazado. Caí en un bucle abierto que estaba parcialmente limitado por una secuencia Danladi. Mientras el multipliegue se abría ante mí, me aseguré de caer en el densospacio para emboscar a Soli. Pero él adivinó mi estrategia y me estaba esperando. Quedé sin trayectoria, sin ninguno de mis compañeros pilotos lo suficientemente cerca para salvarme. Estoy seguro de que me habría asesinado. Mi Lord Piloto, mi tío, mi ejecutor, mi padre.

Creo que los pilotos de ambos bandos habrían luchado hasta la última nave si no hubieran comenzado las voces. Todo el mundo, incluso Soli (especialmente Soli) oyó las voces, aunque no eran realmente voces, sino plastias sonoras que interpretábamos

como voces. Las naves-ordenador de cada piloto empezaron a manufacturar las ideoplastias en busca de palabras y estructuras de ideas. En la cabina de mi nave, las neurológicas que me envolvían empezaron a temblar con sutiles ritmos que no eran enteramente propios. Inmediatamente sentí la presencia de la Entidad. Trataba de escapar de Soli (¿o estaba realmente tratando de matarle?) cuando la brillante ideoplastia parecida a un copo de nieve que representa el Axioma de Plexidad se hizo añicos. Mi disposición de pensamientos matemáticos quedó completamente destruida. Entonces, la nave-ordenador produjo la ideoplastia naranja y múltiple para «demostrar el imperativo categórico». Esta plastia se conectaba a un cilindro rojo que representaba el conjunto de solución específico. El cilindro rojo se unía con un toroide negro, la ideoplastia de la negación universal. Juntos, estas plastias formaron una palabra plastia cuyo significado comprendí: *Debes descubrir la respuesta a la muerte*. De la misma manera, otras palabras plastias se formaron y se unieron a la palabra plastia central. Apareció de nuevo un toroide negro y se unió a la primera plastia de negación universal. Se produjo una plastia verde como una lanza que representaba un tipo específico de trazado, y automorfismo, y el pensamiento: *La muerte se encuentra dentro de mí* creció del concepto central. En unos pocos instantes otras ideoplastias se formaron y giraron unas sobre otras y cayeron en su lugar mientras la pequeña tormenta de palabras se apaciguaba y aclaraba. Me pregunté por qué Ella no había hecho aparecer ante nosotros una imagen del Tycho, como hizo cuando la penetré por primera vez. Tal vez Ella quiso detener la batalla interrumpiendo la tormenta numérica dentro de cada nave. Si ésa era su intención, lo consiguió. Ciento veinte navesluz colgaron inmóviles en espacio real, y estas palabras nos atravesaron a cada uno de nosotros:

¿Hasta dónde habéis caído, Pilotos? ¿Cómo os gusta la guerra? ¿Aún buscáis el secreto de la vida? Entonces debéis descubrir una respuesta a la muerte. La muerte se encuentra dentro de mí. La muerte es una estrella que llamaré Gehena Luz. Si buscáis una respuesta a la muerte de las estrellas del Vild, debéis renunciar a vuestra guerra y viajar a Gehena Luz. Os ayudaré. Pero debéis apresuraros, porque Gehena Luz morirá muy pronto. Está lejos, pero no demasiado; el secreto de la vida está cerca. El primer piloto en llegar a Gehena Luz descubrirá el secreto.

No puedo explicar completamente por qué este simple mensaje destruyó nuestros deseos de guerra. No puedo (y no pude) mirar dentro de las mentes de Li Tosh y Carman de Simoom y Leopold Soli y proclamar: «¿Veis? Aquí es donde la fría corriente de la devoción extingue las llamas de la locura». ¿Por qué debimos de creerla a Ella, a aquella diosa caprichosa e inhumana? Tal vez nuestra guerra en su interior y nuestra violación del multipliegue la habían enfurecido; tal vez Ella sólo quería conducirnos a nuestra perdición. Sólo puedo decir que la creímos. Necesitábamos creerla. Ciento veinte naves flotaban sobre los anillos del cuarto

planeta, y creímos que el secreto del Vild moribundo (y tal vez el otro secreto) estaba al alcance de la mano. Creo que se produjo un momento en el que miramos por encima de la disposición de las naves a los espacios tan negros como el café donde la *Bucle Infinito* y la *Putá Bendita* habían estado recientemente, y nos avergonzamos. No éramos guerreros; éramos Pilotos de la Orden de los Matemáticos Místicos y Otros Buscadores de la Llama Inefable..., no puedo explicar por qué, de repente, cada uno de nosotros recordó esto.

Celebramos allí un cónclave, cerca del densospacio. Enviamos nuestras imágenes de nave a nave, escuchamos las voces de nuestros «enemigos» pilotos, observamos los labios de pilotos que habíamos conocido toda la vida. Fue como si nos hubiéramos despertado de un sueño terrible. El triste Li Tosh, el angustiado Sonderval lamentando la muerte de Delora wi Towt, Soli con sus ojos arruinados de muerte y su rostro silencioso..., casi todos los pilotos estuvieron de acuerdo en que debíamos llegar a una tregua.

—Esto ha sido una masacre —me dijo más tarde la imagen de Soli en la intimidad de mi nave—. Qué locos hemos sido.

—Bardo está muerto —le dije.

—Tantos muertos.

—Y Justine. ¿Cómo pudiste matarlos?

—No lo sé.

Dentro de la cabina, mientras flotaba, me froté la nariz, que estaba tan congestionada de filtrar aire seco y reciclado que respiraba con dificultad.

—Me habrías matado también a mí, ¿verdad?

—No lo sé —dijo él. Y luego, tras un momento de reflexión—: Sí.

—Pero la guerra ha terminado. Estos asesinatos nos disminuyen. Son bárbaros. Nos convierten a todos en hombrecitos. No puedo matar más, ya no.

—Sí, la guerra se acabó —dijo Soli. Se apretó los ojos—. Pero entre tú y yo la carrera continúa, ¿verdad, Piloto?

—¿Cómo no? —accedí—. Continúa.

Como ambos éramos Lores Pilotos, Soli y yo pronunciamos un réquiem por todos los pilotos que habían muerto ese día. Luego, cada uno de nosotros se unió a su nave y trazamos nuestros rumbos. Las estrellas se desvanecieron y las navesluz cayeron a través de sus ventanas al multipliegue. Así empezó nuestra carrera para encontrar Gehena Luz antes de que estallara, dentro del solitario y engañoso corazón de la Entidad de Estado Sólido.

CAPÍTULO 25

El gran océano de la verdad

Dios creó los números, y el resto es trabajo del hombre.

—Leopold Kronecker, Constructivista del Siglo de la Máquina.

El conocimiento al que apunta la geometría es el conocimiento de lo eterno.

—El Platón.

Las matemáticas son un juego. Sus piezas son los axiomas que creamos, y sus reglas son la lógica. El que las matemáticas sean ocasionalmente útiles a mecánicos y pilotos es accidental.

—Mahavira Lal, tercer Lord Cantor.

No sé lo que parezco al mundo; pero ante mí mismo me parece que sólo soy un niño pequeño a la orilla del mar, divirtiéndome de vez en cuando en la búsqueda de un guijarro o una concha hermosa mientras el gran océano de la verdad se extiende ante mí, aún por descubrir.

—Isaak Newton, primer Lord Mecánico.

El más extraño de los fenómenos es que la inteligencia puede formar las estructuras profundas del universo. Con qué frecuencia he tenido que admitir esto; con qué frecuencia he tenido que contemplar este misterio. Mientras fenestraba al corazón de la Entidad, mientras penetraba una vez más aquel cerebro insondable, me pregunté una y otra vez cómo sus grandes y ondulantes oleadas de inteligencia creaban los salvajes espacios segmentados, los bucles infinitos (por no mencionar los omnipresentes árboles infinitos) y los demás peligros de su multipliegue interior. Ella, Ella misma, por extraño que pueda parecer, no podía decírmelo. No lo sabía. No era consciente de cada burbuja y transformación topológica que sé producía en su interior. Cuando me enteré de esto me sorprendí, aunque no debería de haberlo hecho. ¿Es consciente un piloto en temposueño del funcionamiento de cada neurona individual dentro de su cerebro? ¿Puede comprender alguna vez por completo el flujo de sangre a través de las arterias, esparciendo célula a célula, a través de millones de capilares, el cálido torrente de los impulsos electroquímicos que es la fuente de su placer? ¿Qué es esa cosa a la que llamamos inteligencia? Si la inteligencia es el resultado, el efecto acumulativo de millones de cuantos y hechos eléctricos dentro del cerebro, ¿cómo puede la inteligencia volverse de dentro a fuera para comprenderse a sí misma? Es un viejo problema con una solución simple: para que un cerebro sea

completamente consciente de sí mismo, debería ser enormemente más grande. Dentro de los límites de la simple materia y energía, esto es imposible (aunque nuestros escatólogos han teorizado que los ieldra, y los míticos antiguos ieldra, tienen una inteligencia infinita. Y, ya que los conjuntos infinitos pueden contener subconjuntos de sí mismos que son en sí mismos infinitos, dicen que es posible que tales inteligencias divinas puedan comprenderse completamente a sí mismas. No sé. La inteligencia no es un conjunto, y es un error aplicar de esta forma la analogía de los conjuntos. Los escatólogos deberían apreciar este simple hecho). Y si realmente poseemos libre voluntad, el problema se vuelve peor, mucho peor. Si me concentrara libremente en una cuestión particular (por ejemplo, ¿por qué la Entidad querría animar a ciento doce pilotos a entrar en *su* cerebro?), si yo pensara este pensamiento libremente, sería la *causa* del miedo y la duda que me inundaban. Yo haría que algunas neuronas concretas de mi cerebro actuaran. Si de algún modo comprendiera esos impulsos, el propio acto de comprender interferiría con ellos. Y entonces, en el mismo momento en que conociera la forma de mi miedo, éste desaparecería, evaporado como los cristales de nieve al sol de mediodía.

La Entidad, naturalmente, comprendía esto tan claramente como los pilotos comprenden que dos por dos son cuatro. Aunque al parecer quería que encontráramos la estrella Gehena Luz, no le importaba realmente que descubriéramos la forma del multipliegue en su interior. Los pilotos podíamos hacer eso. Ella sólo quería (al menos, eso es lo que creo) pensar y ser. Si este pensamiento enormemente concentrado hacía que el multipliegue se distorsionara en una serie de árboles infinitos o se envolviera en una burbuja Danladi..., bueno, era interesante, pero no tanto como la abertura o la cerrazón del espacio real y los otros problemas del universo. Igual que un hombre es consciente de que su corteza visual en el cerebro se halla bajo el hueso en su nuca, Ella sabía que ciertos bolsillos del multipliegue estaban distorsionados de diversas formas. Este conocimiento salvó a algunos de los pilotos, que así no cayeron en árboles infinitos, como yo hice una vez. Ella nos apartaba de los peores peligros. Nos proporcionaba rumbos, cuando podía, y nos suministró los puntos-fijos de Gehena Luz. Si no nos hubiera ayudado así, creo que pocos pilotos se habrían atrevido a continuar.

Me resultó aterrador encontrarme de nuevo viajando a través de la oscura nebulosa que era la Entidad. El denso polvo interestelar, las brillantes nubes de hidrógeno, los cancerosos cuerpos negros, y siempre aquellos malditos y misteriosos cerebros-luna, como diría Bardo... Cada vez que salía al espacio real tenía dificultades para imaginar por qué, a pesar de mí mismo, había vuelto a este extraño infierno. Aún estaba lleno del horror de la guerra, y la imagen de la *Putá Bendita* de Bardo desapareciendo me atormentaba. Me preguntaba casi momento a momento dónde estaría, cómo se enfrentaría a su muerte. Me pregunté dónde estarían mis

compañeros pilotos. No podía seguir sus nave-luz a través de la Entidad, porque el multipliegue era como lodo negro y borboteante. Lástima. A menudo, me preguntaba por el propósito de la Entidad. ¿Quería realmente que fuéramos testigos de la muerte de una estrella? ¿O era sólo un truco cruel, su manera de exterminar el alma de una Orden que se había vuelto rancia, molesta y belicosa?

Si para Ella (aquella diosa a quien el guerrero poeta había llamado Kalinda de las Flores) era importante que llegáramos rápidamente a Gehena Luz, ¿por qué no nos daba más ayuda? Específicamente, me preguntaba por qué no nos mostraba la solución a la Hipótesis del Continuo. Si pudiéramos demostrar la hipótesis, podríamos haber hecho el trayecto entre Perdido Luz y Gehena Luz en una sola caída, casi instantáneamente. ¿Por qué nos había proporcionado laboriosos rumbos a través de su retorcido interior, si existía una solución mucho más simple? Ah, pero ¿y si no había ninguna solución? ¿O y si existía una solución y Ella no sabía (o no le importaba) cuál era? (Como nota histórica, debería mencionar que hay un antiguo teorema del mismo nombre. La Vieja Hipótesis del Continuo dice que no hay ningún conjunto infinito con una cardinalidad entre el conjunto de los números naturales y el de los puntos del espacio. Durante un siglo fue imposible demostrar o refutar esta hipótesis, hasta que uno de los primeros —y últimos— ordenadores autoprogramables descubrió los axiomas de la Teoría de Conjuntos Generalizados y zanjó la cuestión de una vez por todas).

Naturalmente, era arrogante y estúpido por mi parte suponer que yo podría demostrar lo que tal vez la Entidad no podía. Pero, pese a todos mis dolores y aventuras, yo seguía siendo un hombre arrogante. Quería demostrar la Hipótesis. Necesitaba demostrarla, y demostrarla antes de que ningún otro piloto, como Soli, lo hiciera. Toda mi vida había soñado con demostrarla, y ahora grandes secretos se extenderían ante mí si la pura luz de la inspiración iluminara el más famoso de los teoremas. Yo flotaba desnudo dentro de la cabina de mi nave, mientras me preguntaba de dónde podría venir esta inspiración. Pasaba del tempolento a la luz blanca del temposueño, y el multipliegue se abría a mi mente. Extraños son los caminos del cerebro de una diosa: Entré en un raro espacio toroidal de Lavi, y empecé a dar vueltas a través de lo que recé fuera un conjunto finito de pliegues. El tiempo se refrenó. Me pareció tener toda la eternidad para pensar. Mis pensamientos eran como el brillo sombrío de una hoguera, débiles como la luz de un globo llama frío a través de una nube de nieve en una noche de invierno. No sabía dónde buscar la inspiración. El gran cerebro de mi nave se encontraba ante mí; sus neurológicas me rodeaban en una telaraña de inteligencia eléctrica, pero había sido diseñado para computar, para razonar por simetría y heurística, para manipular estructuras lógicas, almacenar información, hacer un millón de cosas que se complementaban y añadían a los poderes mentales de un cerebro humano sin reemplazarlo. Yo podía unirme

eternamente a mi nave y perderme para siempre en el éxtasis de la tormenta numérica, y seguir esperando la fiera caricia de la inspiración. El tamaño del cerebro, pensé, no determinaba necesariamente su talento para crear matemáticas. Tal vez incluso la Entidad (y aquí estaba siendo completamente estúpido) tenía poco interés real o talento para las matemáticas puras. Y, entonces, tuve otro pensamiento tan claro como el cristal del Guardián del Tiempo: si quería demostrar el Gran Teorema, la inspiración debía de salir de mí mismo.

Soy un hombre matemático. Soy curioso. Siempre me he preguntado por la naturaleza de las matemáticas, y por mi propia naturaleza también. ¿Qué *son* las matemáticas? ¿Por qué deben las matemáticas describir con tanta exactitud las leyes del universo? ¿Por qué las creaciones aparentemente arbitrarias de nuestra mente y sus descubrimientos encajan tan bien en esta tormenta loca y llena de remolinos que llamamos realidad? Por ejemplo, ¿por qué debe la gravedad (por usar el modelo de la mecánica newtoniana) actuar entre dos objetos según el inverso del *cuadrado* de la distancia que los separa? ¿Por qué no actúa según la segunda potencia y media, o la potencia dos coma cero uno cinco o lo que sea? ¿Por qué es todo tan ordenado y preciso? Puede ser, naturalmente, que el cerebro humano sea tan débil que sólo pueda descubrir las leyes universales más simples y obvias. Tal vez aún quede una infinidad de leyes tan complicadas que sea imposible formularlas. Si la gravedad actuara de forma más compleja, El Newton probablemente nunca habría encontrado una ecuación para describirla. ¿Quién sabe qué maravillas permanecerán ocultas para siempre a la visión matemática del hombre? Sin embargo, esta explicación, preferida por los escatólogos, no explica por qué las matemáticas funcionan como lo hacen, o por qué funcionan siquiera.

¿Qué son las matemáticas? Le he dado vueltas a esta pregunta en mi cabeza toda la vida, y siempre he regresado a su misterio. Creamos matemáticas con la misma seguridad con que creamos una sinfonía. Manipulamos nuestros axiomas con igual lógica que un compositor une notas musicales, y así nace la música sagrada de nuestros teoremas. Y, en un sentido diferente, también descubrimos las matemáticas: La fórmula del diámetro de una circunferencia es siempre la misma para las mentes humanas y para los alienígenas de la nube de galaxias del Cetus. Todas las mentes descubren las mismas matemáticas, pues así es el universo. Creación y descubrimiento; descubrimiento y creación..., en el fondo, creo que son lo mismo. Creamos (o descubrimos) conceptos indefinidos como punto, línea, conjunto y división. No buscamos definir estas cosas porque son conceptos básicos. (Y, si tratáramos de definirlos, cometeríamos el error de El Euclides y diríamos algo así como: una línea es una longitud sin anchura. Y entonces, usando otras palabras, tendríamos que definir el concepto de «sin anchura» y «longitud». Y etcétera, etcétera, hasta que todas las palabras de nuestro lenguaje finito se usaran finalmente,

y regresáramos al concepto simple: Una línea es una línea. Incluso un niño, después de todo, sabe lo que es una línea). A partir de nuestros conceptos básicos, hacemos definiciones simples de objetos matemáticos que creemos interesantes. Definimos «círculo»; creamos «círculo»; hacemos esto porque los círculos son hermosos e interesantes. Pero seguimos sin saber nada *sobre* círculos. Ah, pero algunas cosas son obviamente ciertas (o es divertido tratarlas como si fueran ciertas), y por eso creamos los axiomas matemáticos. Todos los ángulos rectos son congruentes, las líneas paralelas nunca se cortan, las líneas paralelas *siempre* se cortan, existe al menos un conjunto infinito..., todos éstos son axiomas. Y así tenemos líneas, círculos y axiomas, y debemos tener reglas para manipularlos. Estas reglas son la lógica. Por medio de la lógica demostramos nuestros teoremas. Podemos escoger la lógica natural, donde una afirmación es cierta o no, o una de las lógicas cuánticas, donde una afirmación tiene un grado de probabilidad o certeza. Con la lógica, transmutamos nuestros axiomas simples y obvios en dorados teoremas de sorprendente poder y belleza. Con unos pocos pasos lógicos podemos demostrar que en la geometría hiperbólica los rectángulos no existen, o que la cifra de números primos es infinita, o que el alef cero es el infinito más pequeño que existe, o que... Podemos demostrar muchas cosas maravillosas que no son obvias para nada; podemos hacer esto si somos muy listos y si amamos el esplendor de la tormenta numérica mientras azota y nos consume, y si estamos llenos del fuego sagrado de la inspiración.

¿Qué es la inspiración? ¿De dónde procede? Mientras fenestraba a través del espacio toroidal, el Teorema de Curvas de Lavi y el Segundo Teorema Transformacional fueron hermosos como diamantes, y yo me llené de asombro. ¿De dónde proceden las matemáticas? ¿Cómo nacen? Sí, tenemos axiomas y lógica y conceptos como «línea», pero ¿de dónde proceden esas abstracciones? ¿Cómo es que incluso un niño pequeño sabe lo que es una línea? ¿Por qué los darghinni, que son todo lo alienígena que se puede ser, piensan de acuerdo con la misma lógica que los seres humanos? ¿*Por qué tiene que ser así?*

Atravesé el último pliegue del espacio toroidal; mi nave salió al espacio real, como una pulga saltando de las rotas ropas de un harijano. Miré las veladas estrellas de la Entidad, y pensé en la antiquísima respuesta de los cantores. Las matemáticas son un lenguaje especial, un lenguaje nacido en el cerebro. Nuestro cerebro ha evolucionado durante ciento cincuenta mil millones de años a partir del cerebro de los hombres-mono y más atrás aún, del cerebro de los mamíferos más simples, de los ganglios y nervios de criaturas que se deslizaban o nadaban por las cálidas aguas saladas de nuestro pasado distante. Y de las esporas bacterianas que llevaron la vida a la Vieja Tierra. Pero ¿de dónde procedían esas esporas? ¿Las crearon los ieldra? ¿Quién creó a los ieldra? ¿Qué es la vida? La vida es la información y la inteligencia transportada en el ADN, y la replicación explosiva de moléculas proteínicas, y el

carbono, hidrógeno, oxígeno y nitrógeno que existen o nacen en el corazón de las estrellas. Y el universo pare a las estrellas; el universo es un vasto motor hacedor de estrellas; el universo creó Bellatrix y Sirio y las gigantes azules del Conjunto Ede superior; la materia de la vida se forma a partir de estrellas como Antares o la Primera Canopus. Cada átomo de nosotros mismos fue ensamblado en algún distante fuego celestial. Somos los hijos de las estrellas, la creación del universo. Si nuestros cerebros nacidos de las estrellas conciben «línea» y los otros elementos del lenguaje, ¿debería sorprendernos que «línea» sea un concepto natural y lleno de significado dentro de ese universo? ¿Es extraño que la lógica del universo sea también nuestra lógica? Los cantores suelen decir que Dios es matemático. Creen que, cuando creamos el lenguaje especial de las matemáticas, estamos aprendiendo a hablar el lenguaje del universo. Todos nosotros, pilotos y matemáticos, hemos murmurado los sonidos de este lenguaje, aunque sea en forma primitiva e infantil. Un par de veces, mientras contemplaba lo maravillosamente que *encajaban* las matemáticas en los contornos del espaciotiempo y las ondulaciones del multipliegue, he sentido que el universo me hablaba en su vocabulario especial.

¿Cómo podría aprender a escuchar? ¿Cómo podría aprender a hablar más elegantemente los puros tonos de las matemáticas? ¿Qué es la inspiración?

Seguí viajando, y mi nave parecía una tumba oscura y rancia que me aprisionaba, mucho más oscura que la celda de piedra del Guardián del Tiempo. Del mismo modo que una semilla germinada se abre camino para salir de la tierra en busca de la luz del día, yo ansiaba liberarme de los viejos esquemas de pensamiento que me aprisionaban y contenían mi inspiración. ¡Cómo ansiaba demostrar el Gran Teorema! Pero, al mismo tiempo que ansiaba, sentía también cierto temor. Me preguntaba, una y otra vez, por la naturaleza de mi propia inteligencia. ¿De dónde brotaban mis poderes de *scryta* y *rememorador*? ¿Qué otros poderes podría ganar algún día? Si de algún modo demostraba mi teorema, ¿sería la demostración realmente mía? ¿O sería meramente una creación del virus de información de los *agathanianos*? ¿Podría atreverme a convocar la semilla de inspiración en mi interior, tratar de dar forma a esa semilla mientras crecía, a saborear la fruta agridulce que pudiera albergar?

Seguí los rumbos de la Entidad a través de una serie de densospacios. Una vez, salí a un espacio real tan oscuro y hueco como el vacío intergaláctico. Casi me dejé llevar por el pánico. ¡Pero descubrí que estaba realmente en medio de un densospacio! Los puntos-fuente estaban tan apiñados como los negros huevos en el vientre de un esturión. No sabía cómo podía ser así. Sólo las estrellas u otra materia (o la inteligencia) pueden deformar el espacio para crear un densospacio. Si el cerebro de la Entidad podía contener maravillas como un densospacio sin estrellas, ¿qué maravillas podía haber dentro de mi cerebro? ¿Y si intentara, lo intentara con tanta fuerza que mis ojos ardieran como carbones y la sangre de mi cerebro ondulara

como un océano, y si intentara por enésima vez tratar de demostrar la Hipótesis del Continuo?

En cuanto este pensamiento se solidificó, la tormenta numérica se intensificó. Una oleada de ideoplastias empezó a construirse y a fluir y a restallar ante mi visión interna. Me excité casi más allá de todo control. Por enésima vez contemplé el planteamiento aparentemente simple de la Hipótesis: que entre cualquier par de conjuntos discretos de puntos-fuente Lavi existe un trazado directo, de uno a uno. Separé el planteamiento y examiné las piezas. ¿Qué era, exactamente, un conjunto Lavi? ¿Qué era un punto-fuente? ¿De verdad comprendía la diferencia entre un conjunto Lavi y un conjunto Lavi *discreto*? ¿Cómo podría demostrar que el trazado era directo, y más importante aún, cómo podría empezar a construir el trazado? Al principio caí en antiguas pautas de pensamiento y redescubrí mis viejos intentos de encontrar una solución. A menudo me encontré razonando en círculos. Me desesperanzó la poca profundidad de mi pensamiento. ¿Cómo podía demostrar esto? ¿Cómo podía demostrar aquello? ¿Cómo podía romper la oxidada cadena de mis pensamientos habituales faltos de inspiración?

Traté de plantear el problema de forma diferente, esperando que una nueva forma de abordarlo pudiera permitirme ver lo obvio. Y, aunque encontré un planteamiento equivalente, resultó ser aún más opaco que el original. Descompuse la Hipótesis, la recombiné en un planteamiento ligeramente distinto..., para nada. Representé en mi mente las piezas de la Hipótesis con imágenes para «ver» relaciones que pudiera haber pasado por alto. Generalicé la hipótesis para ver todos los conjuntos Lavi, y jugué con trazados de conjuntos Lavi específicos que eran bastante conocidos; traté de demostrar por contradicción; diseccioné teoremas relacionados (el teorema Boomerang de Bardo, por cierto, está muy relacionado, aunque es más simple de demostrar); seguí largos y oscuros corredores de razonamiento a lo largo de miles de pasos; maldije y me froté los ojos y las sienes, y finalmente, cuando mi barba y mis cabellos estaban cubiertos de pegotes de sudor seco y casi había abandonado la esperanza, empecé a hacer descabelladas suposiciones.

No sé cuánto tiempo traté de demostrar la Hipótesis. Días, segundos, años..., ¿qué importaba el tiempo? Y, sin embargo, importaba. En cualquier momento, Soli podría estar cerca de su momento de inspiración. La carrera continuaba, y momentos inconmensurables se convertían en días interminables, y empecé a pensar que la Hipótesis era indemostrable. Durante largo tiempo traté de demostrar que era indemostrable, aunque no creía realmente que pudiera ser así. Mi intuición (y un matemático nunca debe ignorar su intuición), algo en mi interior, me susurraba que la Hipótesis era en efecto demostrable, y más aún, que la demostración resultaría embarazosamente obvia una vez la hubiera encontrado. Si podía ser encontrada. Si yo podía encontrarla. Si..., si existe un trazado entre un par de conjuntos discretos de

puntos-fuente Lavi, entonces hay un número infinito de trazados; si se cubre un espacio n -dimensional con muchos conjuntos suficientemente pequeños, entonces hay necesariamente puntos que pertenecen al menos a $n + 1$ de estos conjuntos; si se sacude un cuenco de té de sangre durante mil años, existirá al menos un punto (un corpúsculo de sangre) que permanecerá fijo en su posición original, sin ser perturbado por la sacudida; si entonces; si examinaba las ideoplastias de la Conjetura del Tycho y el Teorema Mosaico y el Teorema del Punto-Fijo, si rompía las brillantes y cristalinas exposiciones en simples añicos de pasos en vez de unir las exposiciones, entonces tal vez podría comprender mejor las inspiraciones que guiaron a las demostraciones de aquellos famosos teoremas. Si comprendía mejor las demostraciones, entonces podría usar mejor los teoremas para demostrar el Gran Teorema.

Si..., si un piloto habita demasiado en el temposueño, entonces debe retirarse del espacio mental y dormir; me sentí súbitamente cansado de la interacción de ideoplastias que inundaban mi mente; temía volver a pensar de nuevo un solo pensamiento matemático. Me mordí los labios, maldije y me desesperé. Finalmente, dormí. Cerré los ojos y la mente a la tormenta numérica, y floté como un cadáver en una nave-tumba. Dormí mucho tiempo. Cuando por fin desperté, mis párpados estaban pegados; la boca me sabía a sangre. Probablemente me había mordido mientras soñaba. Mi mente estaba oscura y fría, como hielo negro. Yo estaba tan vacío como una choza de nieve abandonada al abrigo del mar en el invierno profundo. Y, sin embargo, el frío no era total. Había un arrebató de calor en mi interior, como si hubiera sido capturado de un trineo volcado y me hubieran dado un cuenco de té caliente. La tenue llama de una idea ardió en mi mente. No sabía de dónde procedía. Sin ninguna razón en concreto, pensé en un oscuro teorema, el teorema de trazados de Justerini. La llama ardió con más fuerza, como si hubiera soplado en las ascuas moribundas de una hoguera. Estaba muy excitado. ¡Qué elegante, pensé, era la reducción de la función omega por la que Olaf Justerini había demostrado su teorema olvidado! ¡Qué hermoso!

Empecé a pensar de forma general en toda la estructura de la Hipótesis del Continuo. Vi, de una manera general y brumosa, cómo la misma idea que guiaba a la reducción de la función omega de Justerini podía aplicarse a reducir el esquema de correspondencia de Lavi. Temblé de excitación y también de miedo, porque había tenido mil ideas brumosas para reforzar el esquema de correspondencia. Pero esta idea era diferente..., casi podía ver la diferencia. De alguna manera, mi idea parecía adecuada; de algún modo, encajaba y completaba los agujeros en mi pauta de pensamiento. Conecté con las neurológicas de mi nave, y se hizo la luz. Las ideoplastias giraron en torno al punto fijo de mi mente, y el multipliegue se abrió. Entré de nuevo en temposueño. Experimenté una anticipación de *acierto* mientras

trasladaba mi idea al cristal diamantino de una nueva ideoplastia. Las llamas de mis pensamientos se volvieron más calientes. Construí la presentación de mi demostración. El esquema de correspondencia de Lavi podía ser reducido *si*, y sólo *si*, el subespacio Justerini estaba imbuido dentro del espacio Lavi simple. ¿Podía demostrar que estaba imbuido? Mis pensamientos ardían en mi cerebro como lava. Mi propio cerebro parecía eléctrico y diferente, muchísimo más capaz, como si pudiera contener un océano de cerebros fundidos. Sentí que estaba pensando como nunca había pensado antes, ni siquiera cuando me unía a mi ordenador y apresuraba mis pensamientos con tempolento. Ahora mis pensamientos venían mucho más rápidos. Conceptos completamente nuevos acudían y encajaban en su sitio, todo en un destello. Comprendí cosas. ¿Cómo puedo describir el exquisito dolor y placer de esta comprensión, esta maravillosa visión de orden? Mis pensamientos me surcaron; mis pensamientos eran carmesí ardiente; mis pensamientos eran gotas ardientes de luz. ¡El subespacio *estaba* imbuido dentro del espacio Lavi simple! Y, entonces, el esquema de correspondencia se redujo, casi como las capas de una estrella se colapsan en torno al núcleo cuando ésta se convierte en supernova, y vi un trazado elegible. ¡*Vi un trazado elegible!* Hubo elegancia, belleza y luz. Hice un trazado. La luz blanca del temposueño barrió en brillantes chorros, y luego se redujo a un simple punto de luz estelar que ardió y se expandió y brilló hasta que llenó toda mi mente.

Oh, Soli, pensé; la carrera continúa, pero *esta* carrera ha terminado.

Salí al espacio real sobre la estrella blanca que la Entidad había llamado Gehena Luz. Había demostrado el Gran Teorema; había viajado muy lejos con una sola caída, y ahora todas las estrellas del cielo eran mías por fin.

CAPÍTULO 26

Kalinda de las Flores

Cuando el hombre se llevó a la cama a la Computadora, hubo gran alegría, y también gran temor, porque sus hijos fueron casi como dioses. Los cerebros matriz recorrieron la galaxia a voluntad, y cambiaron su rostro. El Dios de Silicio, la Entidad de Estado Sólido, Todo Cuadrado, Generación Enésima..., sus nombres son muchos. Y estaban los alterados y los simbioses, cuyas hijas fueron los Neurocantores, los Guerreros Poetas, los Neurológicos y los Pilotos de la Orden de los Matemáticos Místicos. Tan hermosas eran estas hijas que el hombre ansió acariciarlas, pero no pudo. Y así nació la Segunda Ley de los Mundos Civilizados, que fue que el Hombre no podía mirar demasiado tiempo el rostro de la Computadora y de sus hijas y seguir siendo Hombre.

—De *Réquiem por el Homo Sapiens*, de Horthy Soto.

Gehena Luz era una estrella hermosa. Era una estrella enorme, blanca, centelleante y caliente. Me quedé extasiado con su belleza. ¿Por qué las estrellas, me pregunté? ¿Por qué existen cosas así? ¿Por qué respiramos, absortos en la pena, la alegría, el pesar y el dolor? ¿Por qué...?

Has demostrado tu teorema, mi Piloto, y aún formulas esas preguntas.

Era la voz divina de la Entidad dentro de mi mente, una voz que había esperado no volver a oír jamás. Pero Ella había profetizado que volvería a su lado, y eso había hecho.

Las estrellas están para que podamos glorificar su belleza. Y nosotros existimos para adorar la luz.

Recordé cómo a la Entidad le gustaban los acertijos y los juegos, y pensé:

»¿Tienes entonces una respuesta simple para cada pregunta?

Estoy aquí para responder a tus preguntas.

»Bien, tengo un millar de preguntas. ¿Dónde está Bardo? ¿Por qué, si pudiste haber detenido la batalla cuando quisieras, le dejaste morir? ¿Está muerto? ¿Lo sabes? ¡No! No me hables... así. No quiero oír tu voz aquí, dentro. ¿Cómo puedo proteger entonces la intimidad de mi mente?

Los seres humanos no quieren intimidación.

Hubo silencio durante un rato, y entonces, en el interior de la cabina de mi nave, apareció la imagen del Tycho, con su papada de morsa y su salvaje sonrisa. Estaba tan cerca que yo podría haber extendido la mano y hundido los dedos en las ondas de luz en fase que eran su brillante cara. Cuando habló, auténticas ondas de sonido acariciaron mis oídos:

—¿Prefieres hablar como un ser humano? Entonces hablaremos así.

—¿Dónde está Soli? ¿Y los otros pilotos? ¿Cuál fue el resultado de la batalla?

El Tycho se lamió la saliva de sus dientes amarillos.

—Has caído lejos, ningún piloto lo ha hecho tanto. Los otros se abren paso a través del multipliegue. Sólo tú has demostrado tu teorema; sólo a ti se te dirá el secreto. Fija tus telescopios en el grupo de asteroides doce grados por encima del plano solar.

Orienté los telescopios de mi nave, siguiendo sus directrices. Contemplé el espacio a ciento cincuenta mil kilómetros de Gehena Luz, una gran nube de asteroides, rocas, polvo y otros desperdicios. Algunos de estos fragmentos eran grandes, llenos de cráteres, rojos de silicatos y hierro; otros eran de color más oscuro y terroso, probablemente ricos en carbono y componentes acuosos. Al principio no supe por qué la Entidad me había hecho contemplar aquel montón de materia pulverizada. Luego, cuando la nave-ordenador analizó las proporciones de carbono, hidrógeno, nitrógeno y oxígeno de uno de los asteroides menores, mi estómago se tensó. Sentí una abrumadora aprensión (no, ésa no es la palabra adecuada), y supe, inmediatamente, que algo, en sentido cosmológico, iba muy mal.

—Era el único planeta de Gehena —dijo el Tycho—. Era dos veces más grande que Nevada. Ahora orbita Gehena en pedazos. Los seres humanos lo hicieron. El enjambre humano hizo pedazos el planeta.

Yo apenas podía creer que Ella permitiera a seres humanos que entraran en su cerebro, que destruyeran planetas. Entonces pensé en los decadentes seres humanos que había encontrado en mi primer viaje al interior de la Entidad, y no estuve tan seguro.

—¿Cuántos seres humanos? —pregunté—. ¿Dónde están esos seres humanos?

—Fija tus telescopios en el asteroide grande en forma de cuarto creciente. Allí, ¿ves? ¡Mira cómo brillan! Sus cascos son de diamante tejido, igual que vuestras navesluz.

Miré a través de mi telescopio y vi la terrible imagen de muchos mundos artificiales. Cada mundo era un cilindro giratorio de unos cincuenta kilómetros de largo por quince de ancho. Me pregunté cuántas personas vivían dentro de cada mundo. Los conté. Había diez mil cuatrocientos ocho. Eran como una Colonia de bacterias en forma de varilla extendidas contra el negro manto del espacio. Mi primer pensamiento fue que los seres humanos debían de haber colonizado Gehena Luz antes de que la Entidad creciera en esta parte de la nebulosa. Tal vez incluso habían venido de la Vieja Tierra. Una nave profunda había caído allí, pensé, y los seres humanos habían construido un mundo en el que poder incrementar su número. Habían minado, fundido y metabolizado los elementos del planeta para desarrollar hábitats y comida, para reproducirse diez mil veces. Si eso era cierto, estarían entre

los pueblos más antiguos de la galaxia (quiero decir los pueblos *humanos* más antiguos). Debían llevar allí miles de años.

Cuando le dije esto al Tycho, él se tironeó la papada y se rio hasta que la saliva corrió por su barbilla.

—Sabes que tu primer pensamiento está equivocado —dijo—. ¿Por qué no examinas tu segundo pensamiento? Debes saber de dónde vienen esos seres humanos.

—Dímelo.

—Piensa, Mallory.

Me froté la barbilla con los nudillos.

—¿Cuánto tiempo tardaron en dismantelar el planeta?

El Tycho mostró su sonrisa burlona.

—Muy bien, puedes calcular cuánto tiempo llevan aquí doblando el tiempo que uno de sus mundos necesita para reproducirse. Es un crecimiento exponencial. Un matemático debería poder calcular esas cosas.

Me dolía la cabeza, y me presioné los ojos con los puños. No sé por qué quería zaherirme el Tycho.

—¿Cuál es el tiempo, entonces? ¿Cuántos años?

La sonrisa del Tycho fue salvaje cuando dijo:

—¿Quieres decir cuántos *días*?

—¡Días!

—El enjambre humano se reproduce deprisa, ¿no, Piloto? Hace diez años de Neverness, el primer mundo cayó del Vild.

—¡Hace diez años!

—Estaban perdidos, y tenían hambre.

—¡Diez años!

—¿Te muestro lo que pueden hacer los seres humanos cuando ansían crecer? ¿Estás dispuesto a ver estallar a una estrella?

—¿Por qué? —susurré—. ¿Por qué harían estallar su sol? ¿Es posible?

Cerré los ojos durante un momento para observar las imágenes telescópicas de mi nave inducidas en mi corteza visual. Contemplé el polvo y las rocas y los diez mil mundos hechos por el hombre. Me pregunté de nuevo cuánta gente vivía en cada mundo.

—Mallory —me llamó una voz—, Mallory, escucha.

Me tapé los oídos con las manos.

—No —grité—. Los muertos no tienen lengua, no deben hablar.

No quise escuchar. No quise abrir los ojos. No quise oír la voz de dulcemele o mirar la hermosa cara sin ojos que la Entidad sacaba de mi memoria.

—¡Oh, Mallory, Mallory!

Finalmente, no pude soportarlo más. Abrí los ojos y miré a Katharine. Flotaba

ante mí, vestida con su blanca túnica de scryta. Su piel era blanca como el mármol, y sus ojos huecos eran del negro más profundo. Me sonrió.

—Fue previsto hace mucho —dijo—. Lo que ha sido.

Quise extender la mano hacia ella, abrazarla y besarla en los rojos labios. Pero me dije que no era más que luz y recuerdo, y palabras desapasionadas gravitando en el aire. No intentaría tocarla, me prometí. No importaba lo que sucediera, mantendría el puño presionado contra mi mejilla.

—¿Por qué me torturas, entonces? ¿Tan grandes son mis crímenes? —Y maldije a la Entidad y le grité—: ¡Trae al Tycho, maldita seas! Puedo hablar con él.

Pero el Tycho, según parecía, se había ido. La imagen de Katharine (era sólo la imagen de Katharine, me recordé) me contestó:

—Hace mucho tiempo, los primeros scrytas vieron el doloroso futuro de... ¿Comprendes ahora el dolor de esta visión? Mallory, con tu dulce cerebro y tu dulce vida, duele más de lo que un hombre puede soportar, así que te mostraré lo que hombre y mujer pueden... ¿Ves lo que he visto? ¿Lo verás si te lo muestro? ¡Mira! Lo que ha sido será, una y otra vez hasta que todas las estrellas... ¿Ves?

En mi mente se formó una imagen. Había una estrella blanca y caliente orbitada por un planeta helado y sin vida. De repente, del densospacio, hacia el sol donde los fotones y la radiación brotaban al espacio como una cascada de luz blanca, brotó la neblinosa imagen de un objeto cayendo al multipliegue. La imagen se afianzó. Un claro cilindro de diamante de cincuenta kilómetros de largo extendió sus velas de luz en un paraguas de mil quinientos kilómetros de largo para capturar las profundas radiaciones de Gehena. Lentamente, la presión-luz de trillones de partículas contra las plateadas velas como arañas infundieron aceleración al cilindro. En poco tiempo (quizá sólo en el tiempo de un largo invierno profundo en Neverness), alcanzó el planeta. El cilindro se abrió. Nubes de diminutas desensambladoras (o quizá debería llamarlas bacterias programadas) cayeron como una lluvia de meteoros a través del vacío sin aire y se reunieron sobre el planeta en grandes manchas de polvo brillante. Entonces las desensambladoras hicieron su trabajo. Arrancaron átomos de hidrógeno de las moléculas de agua; concentraron masas de carbono y otros elementos. Carcomieron el propio terreno. Concentraron el hidrógeno. Almacenaron nubes de hidrógeno en vastas reservas excavadas en la superficie del planeta. Otra vez se abrió el cilindro, y un ejército de robots-láseres cayó al planeta. Encontraron las reservas de hidrógeno. Cristales ópticos en el corazón de los láseres convirtieron la luz infrarroja en rayos de onda corta apuntando a las bolsas de hidrógeno. El hidrógeno se calentó y creció; se calentó a un millón de grados y fusionó y estalló. En cuestión de segundos, grandes bolas de fuego y luz brotaron de la superficie. La superficie del planeta quedó vaporizada, pulverizada, convertida en polvo caliente. Rocas y fragmentos de roca fundida volaron al espacio. El hielo se convirtió en vapor e hirvió. Más tarde,

cuando el polvo se asentó, el cilindro se abrió y liberó aún más desensambladoras sobre la superficie corroída del planeta. De esta forma, capa a capa, el planeta fue despedazado como una bola de nieve sucia y diseminado por el espacio.

Más imágenes se formaron en mi interior. Yo estaba fascinado con esta visión de tecnología enloquecida, así que cerré los ojos y observé a las desensambladoras minar los fragmentos planetarios flotantes en busca de silicio, mercurio y helio, y todos los demás elementos naturales. Contemplé a una nube de ensambladoras escapar del cilindro hacia uno de los asteroides recién creados, y como unían átomos de carbono hasta que ensamblaron los brillantes y diamantinos cascos de muchos más cilindros. Las ensambladoras construyeron otras cosas. Telescopios, redes sulki, neurológicas, globos llama, shakuhachis, alas volantes, cortadores, seda, árboles, casas, balas de glucosa, campos de hierba..., no había fin a las cosas que las ensambladoras hacían. Las ensambladoras fabricaron más ensambladoras, y así el proceso de convertir un planeta en diez mil cilindros no tardó mucho. Las ensambladoras unieron carbono a hidrógeno y oxígeno; las ensambladoras habían sido programadas para fijar el nitrógeno, para construir aminoácidos y unir proteínas. Las ensambladoras incluso podían crear seres humanos. Un enjambre de seres humanos, miles de millones de seres humanos.

¿Cuántos seres humanos?

—¿Ves, dulce Mallory? —me preguntó la imagen de Katharine—. Tantos..., ¿quién podría haber previsto que la vida pudiera haber hecho a tantos?

—¿Son las imágenes que me has mostrado...?, esta historia, ¿es real?

—Mira con tus telescopios. ¿Son reales los diez mil mundos artificiales?

Me froté la nariz.

—¿Puedo saber lo que es real cuando estoy dentro de tu cerebro y tú estás dentro del mío? Creo que puedes hacerme ver lo que quieras.

Ella sonrió mientras metía la mano en su bolsillo de lo oculto. Cuando la sacó, su dedo estaba cubierto de aceite ennegrecedor, que se llevó a las cuencas de los ojos.

—Ves bien estos hermosos... Debes saber que son reales —dijo.

—¿Cuántas personas viven en cada cilindro? —pregunté, mientras tironeaba de mi barba.

—No hay el mismo número en cada... Me hará falta un segmento de tiempo para recitar el número exacto. Y el número cambia mientras hablamos. Es tan gracioso que no puedas dejar de contar nunca, este fetichismo hacia los números exactos.

—*Aproximadamente*, ¿cuántas personas, entonces?

Ella asintió.

—Diez millones de seres humanos viven en cada mundo.

—Seres humanos... —empecé a decir.

—¡Los seres humanos son tan encantadores! Medio animal, medio...

Apreté los labios (no pude dejar de pensar que mi cara debía parecer tan tensa como la de Soli).

—Es imposible que diez millones de personas se reproduzcan así en diez años.

Pero, incluso mientras hablaba, sabía muy bien que no era imposible. Las ensambladoras podían hacer que los niños llegaran a la edad adulta en unos pocos años. Pero ¿qué clase de humanos serían? Era imposible que una mente humana alcanzara su plena madurez en sólo un par de años. Hice un cálculo rápido. Si el número de mundos se doblaba cada tres cuartos de año, la mayoría de los mundos y la gente que vivía en ellos no existía hacía tres años. (Las ensambladoras incluso podían construir a un ser humano adulto en unos cuantos días. Durante la segunda edad oscura, los imprimáturs ejecutaron tales experimentos prohibidos. Era cierto, un hombre o una mujer podía ser desarrollado como un trozo de carne cultivada. Tendría brazos y pelo y sangre roja y caliente surcando sus arterias. Incluso tendría un cerebro. Pero el cerebro estaría tan vacío como las laderas superiores del Monte Attakel. Las ensambladoras podían fabricar a un hombre o a una mujer, pero no podían fabricar una mente. *No podían crear una mente humana*).

—Sigues sin ver —dijo Katharine, y se apartó el pelo de la frente. Se volvió hacia mí. Si hubiera tenido ojos, habría supuesto que estaba leyendo mi cara en busca de avisos—. ¿Cómo puedo hacerte ver?

Y entonces hubo visiones, olores y sonidos. Como si yo fuera un talo que volara sobre una montaña, el ojo de mi mente (y mi oído y mi nariz) flotó por el espacio y penetró el casco de uno de los cilindros. Noté calor, aire húmedo, los ricos olores de la vida. Por encima y por debajo, curvándose por todas partes a lo largo de kilómetros, había una jungla verde. Había árboles y prados cultivados y lagunas y huertos de manzanos llenos de frutas rojas de dulce olor. Y, por todas partes donde mirara, delante y detrás, a izquierda y derecha, había bebés. Bebés desnudos, con cuerpos arrugados y suaves como *spirali*, arrastrándose y tendidos sobre la hierba verde de los prados. Un pequeño ejército de robots domésticos los cuidaba. Algunos robots alimentaban a los bebés recién nacidos con tetinas de plástico que introducían en sus bocas húmedas y sin dientes. Por todas partes los bebés lloraban, mamaban, dormían y defecaban sobre la hierba. El aire apestaba a leche vomitada y mierda de bebé y fresca piel de recién nacido. Unos cuantos de los bebés más crecidos, niños ya, trepaban como monos sin pelo a las ramas extendidas de un manzano. Arrancaban rojas manzanas maduras, las mordían y tiraban la fruta al suelo. La hierba estaba cubierta de manzanas medio comidas. Me sorprendí por el despilfarro. Casi me recordó una orgía de carne devaki. Me pregunté si las manzanas tendrían gusanos. ¿Por qué, sino, tirarían los bebés tanta fruta? Uno de los bebés se encontraba sentado sobre la rama bifurcada de un árbol mientras cogía una manzana con el mismo cuidado con que un novicio estudiaría un holograma de la galaxia. Sonrió, y luego

hundió sus dientecitos blancos en la fruta. En efecto, la manzana estaba llena de gusanos. Con otra sonrisa, el niño se llevó la manzana a los labios y sorbió un par de gusanos, que tragó como si fueran leche. Me sorprendí. Me pregunté por qué los niños buscaban las manzanas llenas de gusanos. Entonces oí a Katharine susurrar en mi oído, y supe la respuesta: los niños (y todos los seres humanos) necesitan proteínas para crecer, y los gusanos no son más que agua, grasa y proteína.

Cerré los ojos y, cuando los abrí de nuevo, estaba de vuelta en la cabina de mi nave, mirando a Katharine.

—Tantos —dijo ella—, los mundos están llenos de nuevos... Oh, sí, hay humanos adultos también, un millar en cada mundo. Los reproductores definitivos, ¿ves? Pero los bebés conocen el auténtico... Son tan dulces y ansían tanto vivir... ¡y tienen tanta hambre!

—Comedores de gusanos —dije, pensando en la sonrisa fantasmal de Shanidar y las muchas cosas horribles que comía—. Me recuerda ciertas cosas que preferiría no recordar.

—No tengas miedo de tus recuerdos. La memoria lo es todo.

—Esta fecundidad descuidada. ¡Es tan condenadamente bárbara!

—Sé compasivo, Mallory.

—Son bárbaros.

—Y ése es el problema con los seres humanos, ¿ves? ¡Oh, esa pobre gente está sin civilizar! Son tan... Su hambre es tan ilimitada. Han consumido los elementos del planeta, pero se han quedado sin un crucial... El planeta era pobre en nitrógeno, ¿lo sabías? Esto limita su crecimiento. ¿Cómo pueden elaborar proteínas sin nitrógeno? Ahora deben buscar más comida. Otros planetas en torno a otras estrellas: alimento para los bebés humanos, ¿ves?

—No, preferiría estar ciego.

Katharine me apuntó con el dedo. La punta manchada de aceite era invisible. Habló, y sus palabras fueron lentas y graves:

—Los diez mil mundos son como enormes naves profundas..., sólo que no iguales. ¿Cómo es posible, te preguntas, abrir una ventana para un objeto tan enorme como un mundo artificial? Las deformaciones serían tan... *enormes*. Cuando Gehena se haya vuelto supernova, el espaciotiempo deformado en las inmediaciones de la estrella se desdoblará súbitamente, como una plancha de goma..., ¿no es ésa la analogía que empleáis los pilotos? Y, como nuestros pilotos, los pilotos de los mundos artificiales harán sus trazados. Justo antes de que la luz los incinere, los mundos serán arrojados al multipliegue como..., como piedras a través de una ventana abierta. Es la única forma.

—¡Son bárbaros!

Katharine sacudió la cabeza con tanta fuerza que su largo pelo negro barrió de

una oreja a la otra.

—No, son hombres y mujeres, similares a nosotros. Similares, pero no iguales, porque carecen de la maestría de nuestros pilotos. Sus teoremas de trazado son muy toscos. Rara vez encuentran un trazado de punto a punto. La mayor parte del tiempo deben viajar de un punto-fuente a un conjunto abierto de... ¿Ves? La mayor parte de los mundos caerán por una ventana y se esparcirán al azar por la galaxia. Finalmente, saldrán en torno a otras estrellas. Ninguno de los señores del enjambre humano puede decir qué estrellas serán.

—¡Bárbaros!

El Vild no era más que estrellas muertas, asesinadas por seres humanos.

Entonces comprendí. Creí comprender todo sobre los seres humanos y su terrible destino dentro de la lente limitada de la Vía Láctea. La sangre ardía en mi cara porque estaba tremendamente avergonzado. ¿Qué hemos hecho?, me preguntó. ¿Por qué los *seres humanos*? Los seres humanos habían abandonado por fin toda contención. Los seres humanos destruirían una estrella porque la urgencia de nueva vida y nuevos nichos para la vida era mayor que su reverencia hacia la vida de cualquier estrella; en cierto modo, paradójicamente, era mayor que la vida misma. Diez mil mundos llenos de seres humanos caerían a través de las ventanas del multipliegue hasta las distantes estrellas de la galaxia. Algunos mundos caerían en las estrellas; algunos permanecerían demasiado tiempo en el multipliegue y se quedarían sin comida; unos cuantos mundos se perderían en árboles infinitos o en otras trampas topológicas. Tal vez sólo la mitad o un tercio de los mundos sobreviviría..., ¿quién podía calcular las probabilidades? Pero eso sería suficiente. Los mundos semilla alcanzarían brillantes estrellas nuevas, y crearían miles de millones de otros seres humanos. Nada detendría la destrucción de planetas enteros y la transmutación de elementos simples en seres humanos. Los seres humanos se convertirían en billones y trillones, y las estrellas morirían una a una, y mil a mil, y el Vild crecería hasta que todas las estrellas y planetas y polvo interestelar fueran utilizados, y la galaxia, desde la muerta Alfa Cruz a la agotada Antares, no sería nada más que una espiral llena de mundos de casco brillante repletos de hambrientos seres humanos.

—Debes odiarnos —le dije a la brillante imagen de Katharine.

—Dulce Mallory, no, no os odio.

—¿Cómo pueden reproducirse y seguir viajando, sabiendo que lo destruirán todo?

—Porque no saben *nada*, ¿no ves? Esos diez mil mundos..., los seres humanos que viven en su interior, creen que sacrifican unas cuantas estrellas para que sus hijos puedan crecer y prosperar. Porque la luz... Puesto que no pueden viajar como hacemos los pilotos, carecen de perspectiva. Puesto que la luz de la mayoría de las supernovas no ha tenido tiempo de alcanzar gran parte de la galaxia, no pueden *verla*. Aunque son sus creadores, no saben que el Vild existe.

—¡Pero deben de saber que tarde o temprano todas las estrellas morirán!

Sonrió.

—Esperan que ese hecho ocurrirá tarde, no temprano. Si todas las estrellas se convierten en supernovas, la galaxia arderá con un salvaje... El fuego estelar creará una abundancia de nuevos elementos, y así los hijos de sus hijos encontrarán nuevas, aunque peligrosas, posibilidades de vida.

A mi pesar, no pude dejar de sonreír también. Estaba tremendamente avergonzado de que mis semejantes estuvieran destruyendo las estrellas, aunque perversamente orgulloso de que fueran lo suficientemente inteligentes y poderosos como para hacerlo así. Incluso una diosa, pensé, debe encontrarse indefensa ante un enjambre de seres humanos dispuestos a destruir la galaxia.

Y, entonces, el orgullo dio paso a la culpa y repetí:

—Debes odiarnos.

—Dulce Mallory, no os odio, yo... Oh, ¿no lo ves? Los scrytas, todos los que aprendemos el arte... Esta nueva tecnología fue prevista hace mucho tiempo. Incluso los agathanianos vieron este momento en su formación.

—¿Por qué no me lo dijeron, entonces? Si hubiera...

—¿No ves? Si hubieras sabido, te habrías desesperado, porque una cosa es saber, y otra... ¿Qué podrías haber hecho tú o nadie de tu Orden por impedir el crecimiento del Vild?

—¿Soy tan diferente de lo que era? ¿Qué puedo hacer... *ahora*?

—Detendrás el dolor porque es tu destino. El Vild está *torturando* a la galaxia. Mi dulce Mallory, viniste aquí para curar el dolor..., y por otras razones.

—Dímelas, entonces —pedí, aunque temía oír aquellas «otras razones».

Katharine se alisó los ondulantes pliegues de su túnica.

—No puedo decírtelo. No soy yo... No, ahora debo dejarte, Mallory. Hasta el eón de tiempo en que sea recordada. Kalinda te dirá lo que necesitas saber. Kalinda de las Flores.

—Katharine, nunca te dije que lo más básico de todo es...

—Adiós, dulce Mallory, adiós.

—¡No!

Katharine titiló y desapareció. Sabía que era algo ridículo, pero extendí la mano para tocarla. Sólo encontró aire. Quedé flotando con el brazo extendido y el puño cerrado, y contemplé la súbita negrura.

—Te recuerdo demasiado bien —dije en voz alta—. ¡Maldita sea mi memoria!

Un momento después, una nueva imagen que nunca había visto antes cobró vida y flotó sobre mi cabeza. Alcé la vista. Era una niña hermosísima. Su piel era marrón como una nuez baldo, y llevaba una túnica roja desde el cuello hasta los tobillos. Sus ojos eran casi tan negros como los del Guardián del Tiempo; eran almendrados, y

parecían demasiado grandes para su cabeza. Pensé que nunca había visto ojos tan sabios e inteligentes en un rostro humano. Alrededor de cada meñique de cada una de sus manos llevaba un anillo rojo, y su pelo oscuro estaba decorado con docenas de florecillas blancas. Su nombre era Kalinda de las Flores.

Yo bendeciría tu memoria y te ayudaría a recordar, si pudiera.

Es imposible describir su voz. Desde luego, era aguda y dulce como el trino de un somorgujo de las nieves. Al mismo tiempo, era intensa, medida, y calmada. Cuando hablaba enunciaba claramente cada una de sus palabras, de una manera muy poco infantil. De una manera divina. Su voz era la voz divina, y sonaba dentro de mí en tonos profundos que armonizaban perfectamente con la música que surgía de su garganta de niña. Había capricho en su voz, y poesía. Me dirigió una mirada sabia mientras recitaba:

*¡Querida, hermosísima muerte! La joya del justo,
que no arde más que en la oscuridad;
¿qué misterios yacen bajo tu polvo?
¡Ojalá pudiera el hombre esquivar esa marca!*

Hubo más poemas después de éste, poemas antiguos y modernos, poemas de origen fravashi y poemas que pensé debía haber compuesto ella misma. Se me dio a entender que esta niña sabia era parte de la Entidad de una forma que no lo eran el Tycho ni, ciertamente, Katharine. ¿Había vivido en uno de los mundos que surgieron del oscuro interior de la Entidad hacía mucho tiempo? ¿Había sido asesinada, encapsulada y absorbida en uno de los más antiguos y profundos espacios de memoria de la Entidad? ¿Por qué se referían los guerreros poetas y los agathanianos a la Entidad como Kalinda? Miré sus dedos, sus anillos, los anillos de un guerrero poeta. ¿Era posible? ¿Era la niña de la que había hablado Dawud? ¿Había sido el resultado de un experimento para crear guerreros poetas femeninos? *¡Y llevaba dos anillos rojos!* Sentí un terrible recelo. Sentí (y posiblemente la diosa se sintió bastante complacida de que me sintiera así), de algún modo supuse, que esta niña amante de la poesía estaba viva dentro del mismo corazón de la Entidad. Tal vez la Entidad se había apiadado de la joven guerrero poeta; tal vez había honrado al único ser humano capaz de ganar los anillos rojos de guerrero y de poeta. Pensé en la imagen de una cebolla, y mis ojos ardieron con lágrimas. La Entidad debía ser como una cebolla, capa tras capa, lunas enteras de su cerebro construidas sobre una esencia interior que amaba las flores y la poesía.

No tengas miedo a la muerte, mi Piloto.

—Pero todas las estrellas de la galaxia, todos los poemas que se han escrito, todo..., todo se perderá —dije en voz alta.

Kalinda se arrancó una flor del pelo. Se la colocó en la palma de la mano, frunció los labios y la sopló hacia mí. La flor flotó en el aire.

Sigues sin comprender. Nada se pierde. Arranqué este jacinto hace miles de años, pero huélelo..., ¿no está aún fresco?

—He tratado de comprender, he reflexionado sobre esto toda la vida. El deterioro, la entropía...

La entropía es información perdida; la entropía es una medida de inseguridad. Cuando la entropía es máxima, entonces todos los mensajes son igualmente probables. Cuanto mayor es la inseguridad, mayor es la cantidad de información contenida en el mensaje.

—El mensaje de los ieldra es...

Desde el momento en que fue creado el universo, se apartó del desorden de la explosión primigenia. Se crea continuamente información macroscópica.

—Pero yo...

Los dioses buscan información perfecta sobre el universo. Pero la información no puede ser perfecta nunca. Considera una de tus exhalaciones, tus palabras de aire caliente descuidadamente amargas. Si un simple gramo de materia tan distante como Shiva Luz fuera movido un solo centímetro, cambiaría el estado microscópico de tu respiración. Ni siquiera el universo mismo puede crear suficiente información para conocer su propio futuro.

—«Lo que ha sido será», solía decir Katharine.

No puedes ni siquiera soñar cuál será el futuro de esta galaxia.

—Todos estamos condenados y malditos, ¿no?

No, es justo lo contrario, mi Piloto. Hay posibilidades infinitas.

Arrancó otro jacinto de la corona que rodeaba su frente y colocó en mi pelo aquella pequeña flor de luz. Me dijo entonces muchas cosas, cosas maravillosas. No comprendí mucho de lo que dijo, o lo comprendí sólo pobremente, del mismo modo que un novicio al que se le dan números con los que jugar sólo tiene las nociones más vagas de aritmética transfinita. Cuando le pregunté por qué *permitía* que los diez mil mundos destruyeran Gehena Luz (pues claramente la diosa tenía el poder para destruir a todos los mundos de su interior, si Ella lo deseara), me dio a entender que existían ciertas «leyes» ecológicas inalterables. (Si confundo los pronombres que se refieren a Kalinda con los de la diosa es porque estaba confuso. En cierto modo, sigo confuso todavía). Sus palabras eran casi un galimatías. Había algo sobre las decisiones de cada entidad del universo determinando lo que llamó la «ecología de probabilidades». Dijo que sería un gran crimen interrumpir innecesariamente el flujo natural de las probabilidades, y era un crimen aún mayor no restaurar el flujo si había sido interrumpido. Parecía que había también otras ecologías. Había una ecología de ideas y una ecología de profecías, y una ecología de información. Me habló de la

ecología de las acciones determinadas y de la ecología de las paradojas fundamentales. El estudio de la interacción entre ecologías, dijo, era su arte. Cuando admití que su arte me era tan comprensible como la topología probabilística lo era a un gusano, me dijo:

Los gusanos saben lo suficiente de transformaciones como para convertirse en mariposas.

Me dijo algo más. Todas nuestras comunicaciones, todas sus manipulaciones del multipliegue que yo había encontrado tan perturbadoras, los inexplicables fenómenos dentro de la Entidad..., todo lo que yo había visto hasta entonces, lo había hecho ella a nivel inconsciente. Ningún ser, dijo, podía permitirse ser consciente de los procesos vitales que ella podía hacer automáticos. ¿Podía un hombre tomarse su tiempo para ajustar conscientemente los latidos de su corazón a las muchas y diversas necesidades de su entorno? ¿Acelerar su metabolismo y temperatura corporal para combatir una invasión bacteriana? ¿Ser *consciente* de cada bacteria individual? No, y tampoco podía una diosa ser consciente de un mero hombre, ni siquiera de diez mil mundos llenos de hombres y mujeres. Las auténticas preocupaciones de la diosa, al parecer, estaban muy por encima de mis preocupaciones como hombre del destino de la galaxia.

Mientras hablábamos, millones de cuerpos negros aparecieron en torno a la estrella. Me dijo que eran una forma de materia manufacturada tan densa como los agujeros negros, pero no tan enormes. Los cuerpos negros (los llamaré gammáfagos) almacenaban energía; ella había creado a los gammáfagos para absorber y contener la luz de la supernova. Dejó en el misterio por qué necesitaba tan enormes cantidades de energía. Dio a entender que yo debía confiar en ella, que había una razón vital por la que las estrellas debían morir. Pero ¿cómo podía yo confiar en aquella niña diosa con sus malditos ojos sabios? Kalinda sonreía dulcemente, pero había devorado el cerebro y la mente del Tycho, y las mentes de Ricardo Lavi y otros pilotos, ¿y quién podía saber qué otros festines podía exigir algún día?

No te preocupes tanto, mi Piloto. No sería poético que todas las estrellas murieran. No las dejarás morir.

Como estaba sola, como podía leer el miedo y la salvaje anticipación en *mis* ojos, como era en el fondo una diosa compasiva, aquella niña con flores en el pelo prometió ayudarme si yo le prometía una sola cosa. Aunque fue precipitado por mi parte, hice esta promesa, una promesa de la que hablaré de inmediato.

Y ahora comienza.

Si yo hubiera poseído una millonésima parte de los poderes de la Entidad, creo que habría detenido la muerte de Gehena Luz. Pero no era más que un hombre, y había poco que pudiera hacer. Kalinda retorció el anillo de uno de sus dedos y me dijo que contemplara el enjambre de mundos a través de mi telescopio. Hice lo que

me ordenaba. Vi abrirse uno de los mundos más cercanos al sol. Parecía como dos mitades de una ostra gigantesca abriéndose a un océano de luz. Y dentro había una máquina por perla, una gran joya de motores de espaciotiempo.

Es hermosa, ¿verdad? Mira cómo chispea. Únete a tu nave, Piloto, y deja que tu ordenador modele lo que va a suceder.

Contemplé a los seres humanos acelerar el ciclo de vida natural de una estrella. Los señores del enjambre humano (o alguien, o un ordenador) orientaron el motor de espaciotiempo sobre puntos dentro del núcleo plasmático de Gehena Luz. Las ondas de probabilidad tardaron mil quinientos cincuenta y cuatro segundos en propagarse por el espacio hasta la estrella. En los puntos cerca del núcleo, donde la temperatura era de un millón de grados, la energía punto-cero de espaciotiempo fue súbitamente convertida en energía térmica. En las proximidades de los puntos-fuente, el plasma era un mar fundido, y se produjeron una serie de explosiones. El núcleo de la estrella se volvió aún más caliente. El plasma de hidrógeno empezó a arder a un ritmo acelerado, cada vez más rápido, cuatro átomos de hidrógeno chocando unos contra otros para producir átomos de helio más un poco de energía, más un ardiente *maelstrom* de energía que brotaba del mar rojo de hidrógeno.

¿Ardes de deseo por regresar a casa, mi Piloto? Siempre hay un regreso. Descubriré una parte de tu futuro: Una última vez regresarás a mí.

A ritmo acelerado, la energía punto-cero fue convertida en calor. A ciento cincuenta millones de grados, el helio se fusionó para formar carbono, el elemento de la vida, y se calentó aún más. Un millón de años de evolución estelar sucedieron en quizás un décimo de año. Cuando el fuego del núcleo llegó a los seiscientos millones de grados, el carbono se convirtió en neón. Y el tiempo se contrajo mientras el núcleo de la estrella se contraía, presionando hacia dentro, generando temperaturas superiores a los mil millones de grados. Así nacieron los átomos de oxígeno, y el oxígeno ardió para formar silicio y hierro, y el núcleo de la estrella estaba muy, muy caliente. La estrella (así es como la vi a través del espacio mental de mi nave), el interior de Gehena Luz, era como una cebolla con un núcleo de plasma de hierro. Envolviendo el núcleo había una concha de silicio rodeada por azufre ardiendo, y pieles de oxígeno, carbono y helio. El núcleo estaba lo suficientemente caliente como para acabar su propia evolución en unos pocos días, y así el motor de espaciotiempo se detuvo, y el enjambre humano en el interior de los mundos artificiales se preparó para hacer sus trazados.

Vida y muerte; muerte/vida.

Como sea que el hierro no se convierte espontáneamente en elementos más pesados, el núcleo entero se consumió pronto. El núcleo se volvió demasiado masivo, demasiado denso. Sin la presión de los electrones de energía desparramada para oponerse a la gravedad del interior de la estrella (en el límite de Chandrasekhar), el

núcleo se colapso a un cuarto de la velocidad de la luz. En menos de un segundo, cayó hacia dentro como un huevo de talo aplastado. Se volvió infernalmente caliente, a ocho mil millones de grados. La materia del núcleo se rompió en protones y neutrones y fue comprimida a densidades tales que saltó con un chasquido. Una enorme onda de choque sacudió las pieles de la cebolla hasta la superficie, destruyendo las capas exteriores de la estrella. Gehena Luz estalló en un incendio de plasma de hidrógeno y rayos gamma y luz brillante y caliente.

El secreto de la vida.

La verdad es que no vi caer a los mil mundos. Mi nave modeló el multipliegue, y lo observé retorcerse como un gusano asado, retorcerse y distorsionarse. Vi que millones de ventanas se abrieron en las inmediaciones de los mundos. Luego, en un momento, los mundos desaparecieron, dispersados por la galaxia donde esperaban estrellas nuevas y vírgenes.

Te has preguntado por el secreto de los ieldra, pero no puedo decírtelo porque soy aquello contra lo que te alertarían los dioses mayores. Cuando regreses a Neverness, debes preguntarle a tu Guardián del Tiempo por qué es así. Es muy viejo y, en cierto modo, más sabio de lo que podrías creer. Por ahora, adiós, mi Piloto.

No me quedé a esperar a que la ola de luz de Gehena barriera mi nave. Había visto suficiente. Estaba ansioso por encontrar a mis hermanos pilotos, estuvieran donde estuviesen. Estaba ansioso por hacer también otras cosas, así que hallé una ventana y tracé un rumbo. Mientras caía al multipliegue, al reino atemporal donde la única luz era la luz de las matemáticas y el temposueño, Kalinda dio una palmada y trinó:

¡Pero es tan hermoso!

Entonces, también ella desapareció. Sin embargo, aún pude oler sus flores, y el sonido de su último poema resonó en el aire:

*Estrellas, las he visto caer,
pero, cuando desaparecen y mueren,
ninguna estrella se pierde
en el cielo cuajado de estrellas.*

CAPÍTULO 27

Kelkemesh

Puede ser lógico preguntarse por qué los animales, que viven de la garra y el pico y de sus impulsos más salvajes e inmediatos, no se devoran unos a otros hasta el último gusano. Y por qué los dioses no aniquilan mundos cuando tiemblan con ira divina. ¿Por qué es el hombre el único ser maldito con la guerra? La respuesta a esta pregunta es tanto histórica como evolutiva: caminamos al borde del suicidio racial porque somos lo suficientemente listos como para fabricar bombas atómicas y lo bastante estúpidos como para utilizarlas.

—De *Réquiem por el Homo Sapiens*, de Horthy Hosthoh.

En las profundidades de la Entidad había una estrella sin planeta conocida como la Estrella del Piloto. Era una estrella pequeña y amarilla, sin ninguna característica importante excepto ser la más cercana (topológicamente) a Gehena Luz. Cuando salí del multipliegue sobre la Estrella del Piloto, descubrí que, de todas las navesluz que corrían a través del multipliegue, sólo una había llegado. Era la *Hoja de Vorpal* de Soli, y brillaba a la luz de las estrellas como una torre de la Ciudad Vieja en una noche de invierno.

Envié mi imagen a la cabina de su nave, que era una esfera cálida y oscura muy similar a la mía propia. Hablé con él. Sus largos y duros músculos alaloi se retorcieron bajo su velluda panza, y me saludó.

—¿Hasta dónde has caído, Piloto? ¿Recuerdas la carrera del día después en que te convertiste en piloto? También entonces llevé siempre la delantera. Pero ahora ninguno de nosotros cruzará la línea de meta, ¿no? La estrella de tu diosa se ha vuelto supernova demasiado pronto..., las deformaciones eran cero a punto-cero, así que no hay duda de que era una supernova, No habrá más trazados más allá de esta estrella, ¿no?

—Sólo hacia casa.

—Sí, la carrera...

—La carrera ha terminado, Soli.

Le conté entonces que acababa de ser testigo de la muerte de una estrella. Le hablé de los cien mil millones de personas sin hogar que habían ayudado a causar el crecimiento del Vild.

Había sudor en su frente, sudor en su barba. No quería creer que yo había alcanzado Gehena Luz antes que él.

—No, eso es imposible —dijo—. Mis trazados fueron precisos y elegantes. Los tuyos no pueden haber sido más precisos.

—Tal vez no necesité hacer ningún trazado.

—¿Por qué no, Piloto?

Quise gritar mi demostración de la Hipótesis del Continuo. ¿Lo destrozaría la noticia de que yo había demostrado aquello por lo que él se había esforzado vanamente durante tres vidas? Muy bien, que lo destrozara.

—¿Cómo puedo explicártelo? La razón es de lo más sencillo: porque entre cualquier par de conjuntos discretos de puntos-fuente Lavi existe un...

—¡Está demostrado!

—... trazado...

—Lo has demostrado, ¿no?

—... de uno a uno.

—Sí, el bastardo Ringess y su alocado sueño..., no tan alocado, después de todo.

—Alzó orgullosamente la barbilla—. ¿Cuál es la demostración, Piloto? Cuéntamela.

No le dije nada. Estuve tentado de descubrir mi reducción del esquema de correspondencias de Lavi, pero no dije nada. Por primera vez en mi vida, empezaba a comprender de verdad al Guardián del Tiempo y sus secretos.

Cuando vio que no le respondía, Soli se acarició la larga nariz y preguntó:

—¿Estás avergonzado de tu demostración? ¿Cómo puedes estarlo? Ah, pero ¿fue enteramente tu demostración? Sí, hay un poco de vergüenza en tu cerebro alocado y alterado, en todo lo que haces. No hay que envidiarte, no; hay que compadecerte.

—No es compasión lo que quiero.

—Compadece a toda esa pobre gente del Vild —dijo, sorprendentemente—. Dices que han perdido el sentido del bien y del mal. ¿No es ése el peor de los destinos? Perder lo que es necesario para vivir felizmente dentro..., dentro de los límites de...

No terminó la frase. Cerró los ojos y se esforzó por hablar. Pensó que quería decirme algo de Justine, o quizá acerca de la compasión y el perdón, pero parecía haber perdido la voz. La nuez de su garganta subía y bajaba mientras tragaba bocanadas vacías de aire.

Finalmente, se frotó los músculos del cuello.

—Sí, tú diosa te ha contado secretos —murmuró—. Cuando regresemos a la Ciudad, tendremos que proclamar una nueva misión de búsqueda. Hablaremos al Guardián del Tiempo. Tendremos que enviar una misión al Vild, para educar a esa pobre gente en los rudimentos de las matemáticas y las reglas de la civilización.

—El Guardián del Tiempo no promulgará más búsquedas —dije.

—¿Hablas como un scryta o como un criminal temeroso de pagar por sus crímenes?

—Soli, tengo que hablarte sobre el Guardián del Tiempo.

—Sí, me dirás las palabras de tu diosa.

—Palabras verdaderas. En realidad...

—Cuéntame la verdad, no mentiras —dijo.

—Te diré lo que sé, lo que he deducido. Y lo que he visto. Te lo diré todo.

Abrió los ojos, húmedos y azules como el mar helado.

—Dime cómo hacer que el amor dure. ¿No es ése el secreto del universo?

Poco después de esto (fueron realmente muchos días de tiempo real), las otras navesluz empezaron a caer cerca de nosotros. Li Tosh, el Sonderval y Alark de Urradeth..., al menos mis viejos amigos habían sobrevivido. Y los pilotos de Soli: Salmalin, y Chanoth Chen Cicerón en su segmentada *Hilador Ágil* salió también, y esperamos un poco más. De los ciento doce que habían partido hacia Gehena Luz, sólo cuarenta y uno salieron en torno a la Estrella del Piloto. Los demás, supusimos, debían haber muerto, asesinados en la batalla o perdidos en el multipliegue. (En ese momento, naturalmente, nadie sabía que no todos los pilotos habían intentado alcanzar Gehena Luz. Cinco pilotos —Kerry Blackstone, Gaylord Noy, Tonya San, el Katya y Sabri Dur li Kadir—, por locas razones propias, habían vuelto a Perdido Luz y habían continuado la guerra hasta que sólo quedó Sabri Dur. Más tarde, descubrí que al menos veintiocho pilotos habían abandonado la búsqueda de Gehena Luz. Habían visto el extraño multipliegue dentro de la Entidad y, para su vergüenza, habían huido de regreso a Neverness).

Celebramos otro cónclave. Soli me sorprendió al difundir rápidamente la noticia de que el Gran Teorema había sido resuelto. Creo que esto debió excitar más a mis compañeros pilotos que el descubrimiento sobre el Vild.

—Esto lo cambiará todo —dijo Li Tosh a las imágenes de los otros pilotos. Se apartó el pelo castaño de los ojos, y leí en ellos los principios del asombro—. Deberíamos honrar al Ringess por sus brillantes descubrimientos.

—Sí, ¿y cómo debería ser honrado el Ringess? —preguntó Soli a los cuarenta pilotos congregados en la cabina de mi nave. Y otra vez me sorprendió diciendo—: Nunca jamás debe un piloto caer contra otro piloto. La guerra nos degrada, ¿no es así? Si, para terminar esta guerra, mi tiempo como Lord Piloto debe terminar, entonces ninguno de vosotros debe volver a llamarme Lord Piloto.

Se volvió hacia su viejo amigo Salmalin, que se acariciaba la piel llena de verrugas de su barbilla y paseaba la mirada entre Soli y yo. También había asombro en sus ojos.

—Podéis llamar al Ringess «Lord Piloto», si eso es lo que decidís —dijo Soli.

Salmalin resopló sorprendido, asombrado de que Soli abandonara su cargo por mí. Y entonces, como una ola, el asombro barrió las caras de los otros pilotos, despojándoles de la razón. Nunca he comprendido el virus de servidumbre que infecta a los seres humanos. La mayoría de ellos me idolatraban un poco, y yo odiaba aquello. Proyectaban sus propios sueños y deseos en mí. De algún modo, yo era un

vehículo para sus voluntades colectivas. Vi (y comprenderlo me puso enfermo), supe de repente, que para ellos yo no era ya sólo un hombre. Era algo más, o mejor, muchas cosas a la vez: creador de sueños, hallador de caminos, un líder de hombres. Inclinaron la cabeza ante mí, y treinta y cinco de ellos, incluido Soli, votaron que yo debería ser Lord Piloto. Miré sus caras cuajadas de asombro con esa incómoda mezcla de emociones que todos los líderes deben sentir hacia aquellos a quienes lideran: amor, desdén, ironía y orgullo.

Más tarde, cuando estuvimos a solas en la cabina de mi nave, Soli volvió a hablar conmigo.

—Enhorabuena..., *Lord Piloto*. Es lo que has querido siempre, ¿no?

—¿Por qué, Soli? No te comprendo. ¿Por qué esta repentina humildad?

Me miró, pero había poco asombro en sus ojos; sólo tristeza y cansancio.

—La carrera ha terminado, pero continúa —dijo—. Sí, eres Lord Piloto ahora, y te preguntas por qué. ¿Debe serte dicho? Sí, se te dirá, porque pronto lo sabrás por tu cuenta: alzarte como un dios entre tus compañeros pilotos..., no hay gloria en eso. Sólo la continua tentación de la arrogancia. Y la arrogancia nos degrada, ¿no? Toda la vida engañándome para..., pero ahora, después de todo, hay una cierta..., es difícil emplear esta palabra..., *iluminación*. Sí, la arrogancia es el peor crimen. Y por eso te voté para Lord Piloto. Es mi venganza.

De esta forma, muy lejos por encima de la bomba de hidrógeno color azafrán que era la Estrella del Piloto, me convertí en el Lord Piloto de nuestra Orden. Debería haber sido un momento feliz, un momento lleno orgullo y exultación, el mayor momento de mi vida. Pero fue un momento amargo, tan amargo como el hueso de una fruta *yu*. Era por fin Lord Piloto, pero Bardo había desaparecido, y yo tenía promesas que cumplir.

* * *

Regresé a Neverness el segundo día del invierno profundo del año 2934. Había pasado casi un año desde mi huida de la celda del Guardián del Tiempo. Intiempo, debí haber envejecido diez años; me sentía más viejo, profundizado por mis crímenes, cambiado. Medio esperaba que mi Ciudad hubiera cambiado también. Pero me saludó con la misma cara fría y eterna que siempre había conocido. Era la cara de piedra congelada con los remolinos de nieve, una cara blanca y helada veteada de calles rojas y púrpura. Hizo frío aquel año, incluso los historiadores lo admiten. Algunos, bromeando, lo bautizaron el Año de los Muertos, porque (decían) los días muertos del invierno profundo habían empezado muy pronto. Pero todos sabíamos su auténtica razón: el día sexto, el Colegio de Pilotos hizo planes para cincelar los nombres de los pilotos perdidos y muertos en la Tumba del Piloto Perdido, que se

alza al pie de Attakel, cerca del hermoso saliente de granito conocido como Nuestra Señora de las Rocas.

Una cosa había cambiado en la Ciudad. El Guardián del Tiempo ya no dominaba. Mientras los pilotos librábamos nuestra batalla en torno a Perdido Luz, los lores de la Orden libraron una batalla diferente dentro de las frías torres y salones de la Academia. Nikolos el Anciano había persuadido por fin al Colegio de Lores para poner restricciones a los poderes del Guardián del Tiempo. A medida que pasaban los días, los lores habían cambiado varios de los más antiguos cánones de nuestra Orden. Con el reemplazamiento del séptimo canon, unos treinta días antes de mi regreso, el Guardián del Tiempo debió suponer que pronto podría ser reemplazado. Los lores habían roto una tradición de mil años. Decidieron que el Lord de la Orden podía ser depuesto mientras aún estaba vivo, y más aún, que cualquier lord, incluso uno tan bajo como el Lord Fantasista, podía ser Lord de la Orden. Hubo también otros cambios. Por ejemplo: no se permitiría al Guardián del Tiempo encerrar a ningún piloto, ni despojar a ningún maestro de su rango; nunca más se permitiría al Guardián del Tiempo (o a ningún Lord de la Orden) tener un ejército privado de robots tutelares.

Cuando los pilotos supervivientes dejamos las naves en las Cavernas de las Navesluz, toda la Academia (y muchos extremos y alienígenas) se congregaron para darnos la bienvenida. Hubo un desfile como si fuera un día de carnaval; sonaron las trompetas, y hubo eiswein y kvass, y gallardetes de seda soplando al viento. Los profesionales cismáticos de la nave profunda regresaron con nosotros, e inmediatamente se pusieron a curar las heridas de nuestra Orden. Soportamos unos cuantos días salvajes y ansiosos mientras los diversos colegios celebraban sus cónclaves. Viejas rivalidades y disputas aún rugían dentro de las entrañas de algunas profesiones, particularmente entre escatólogos y mecánicos. Pero, cuando los profesionales y académicos se enteraron de lo sucedido en Perdido Luz, se horrorizaron. Y, cuando la noticia del origen del Vild se extendió, se llenaron de terror en estado crudo. Hicieron las paces. Accedieron a dejar que el Colegio de Lores decidiera un nuevo «orden para la Orden», como bromeó el historiador Burgos Harsha. Ciertamente, el Guardián del Tiempo había apostado fuerte al enviar a Soli a capturar o matar a los pilotos cismáticos, y había perdido el juego. En vez de ganar tiempo para derrotar a los lores, los había alienado. Nikolos el Anciano pidió una investigación sobre el intento de asesinato de Soli, y sobre las causas de la Guerra de los Pilotos, y luego pidió la degradación del Guardián del Tiempo.

Cuando el décimo día amaneció claro y con frío profundo, incluso los maestros y lores más anticuados y reacios advirtieron que eran inminentes grandes cambios. Los lores (y me parecía extraño incluirme entre ellos) nos reunimos en el Colegio de Lores, un edificio cuadrado y majestuoso hecho de losas de blanco granito. Desde

lejos parecía una brillante caja blanca hermosamente incrustada entre los pliegues blancos y azules de tierra bajo el Jardín Elfo, casi como una enorme choza de hielo cuadrada. Y era tan fría como una choza de hielo. Los lores de la Orden nos reunimos en el santuario lleno de corrientes de aire, y temblamos en nuestras túnicas formales. Lord Kolenya, con su cara de luna, y Lord Nikolos, el Lord Akáshico y el Lord Cético..., todos los lores excepto el Horólogo estaban allí. Nos sentamos ante una fría mesa carente de adornos. Es curioso cuánto pueden influir el clima y la incomodidad en los asuntos de los seres humanos. Bebimos nuestras humeantes tazas de café y nos frotamos las manos. Tomamos una decisión rápida y fría: el Guardián del Tiempo dejaría de serlo. Por el momento, no habría Lord de la Orden. Y entonces suspendimos la reunión y salimos a la calle para anunciar la noticia a los maestros, aspirantes y novicios que esperaban.

Lord Harsha se reunió conmigo en las resbaladizas escalinatas ante el Colegio. Tras mirar a derecha e izquierda a los demás lores y profesionales, inclinó amablemente la cabeza.

—Enhorabuena, Mallory, siempre he esperado de ti grandes cosas —dijo. Y entonces me hizo la pregunta que todo el mundo debía estar formulándose—: ¿Quién se lo dirá al Guardián del Tiempo? No querría estar presente cuando se entere.

—Yo se lo diré —dije—. Y sería mejor si los lores estuvieran presentes cuando lo haga.

—Vamos, Mallory —dijo Lord Harsha, mientras se quitaba el hielo de los pelos del bigote. (Era el mismo Burgos Harsha que había dirigido la infame Carrera de los Pilotos cinco años antes, el amigo de mi madre. Había sido elevado a Lord Historiador cuando Tutu Lee, que siempre había sido uno de los más fieles admiradores del Guardián del Tiempo, resbaló en el hielo, se abrió la cabeza y murió) —. Vamos, Mallory, sólo porque fuera irritante que el Guardián del Tiempo te encarcelara... Sí, sí, fue irritante, pero fue una mala época, ¿recuerdas? ¿Qué opción tenía...?

—El Guardián del Tiempo debe ser informado —dije.

Al día siguiente, algunos de los lores se reunieron en lo alto de la Torre del Guardián del Tiempo. Otros prominentes pilotos y profesionales habían sido invitados a ser testigos de la ceremonia formal por la que «honraríamos» los muchos años de servicio del Guardián del Tiempo. El Sonderval y Li Tosh vinieron por petición mía. No esperaba que Soli sufriera esta humillación final, pero me sorprendió anunciando que asistiría. Había otra sorpresa esperándome cuando llegué en trineo a las puertas de arco. Mi madre salió patinando de entre la multitud de profesionales curiosos que circundaban la Torre y se me acercó directamente.

—Lord Piloto —dijo, y me tocó el pelo allá donde la piedra de Seif había aplastado mi cabeza—. Hijo mío, te hemos hecho. El Lord Piloto.

—¡Madre, estás viva!

Las puertas de la Torre se abrieron. Li Tosh y Rodrigo Díaz, el Lord Mecánico, se hallaban en el umbral, esperando. Anocheecía, y los cientos de hermanos y hermanas de nuestra Orden se alineaban bajo los numerosos globos llama de la deslizadera. Sus pieles (estaba casi demasiado oscuro para ver sus colores) se agitaban al viento. Parecía que todo el mundo me estaba mirando.

—Me preocupaba que te hubieran matado —dije.

—¿No te he enseñado? ¿A preocuparte sólo por problemas *preocupantes*? No hay necesidad de preocuparse.

Pero yo estaba muy preocupado; estaba tremendamente preocupado. Leí la cara de mi madre, buscando los avisos del miedo, de la preocupación. Pero no había miedo. En cierto modo, la mujer que se apoyaba en mi hombro para sostenerse mientras se quitaba las cuchillas de los patines no era mi madre; mi madre había muerto el primer día que conoció al guerrero poeta.

—¿Vendrás a la Torre conmigo? —pregunté.

—Naturalmente —dijo. Sonrió tranquilamente. De su cara habían desaparecido los tics que siempre la habían afligido. Y, en su lugar, nada—. ¿No me he preparado para este momento toda mi vida?

Realmente, se había preparado demasiado bien. Más tarde, ese mismo día, me enteré del rumor de que mi madre había pasado el último año tratando de persuadir a varios lores de que el Guardián del Tiempo debía ser depuesto. Los había persuadido bajo amenazas de asesinato. Muchos creían que el resbalón del viejo Tutu Lee en el hielo no había sido tal cosa. Burgos Harsha, después de todo, era amigo de mi madre, y ahora era Lord Historiador. Pero ¿cómo podía reprocharle yo a mi madre el ser una asesina? Parte de su cerebro (tal vez todo su cerebro, desde la amígdala hasta la corteza) había sido remedado. Estaba seguro. Y, por tanto, no era mi madre. Me lo dije una y otra vez: no era mi madre.

Soli llegó entonces, vestido solamente con sus formales ropas negras. Cuando Salmalin le preguntó si se había olvidado de sus pieles, Soli se quitó el hielo de los patines y contestó:

—Mi cuerpo debe acostumbrarse al frío. —Se esforzó por no mirarnos a mi madre ni a mí. Se volvió para saludar al Lord Mecánico y a otros viejos amigos.

Hacía un frío azul, demasiado para estar allí de pie charlando, así que subimos a la Torre. El Guardián del Tiempo nos recibió con una graciosa inclinación de cabeza y nos invitó a colocarnos ante los paneles de cristal curvo de las ventanas. Me apreté entre mi madre y Knut Osen el Emancipado, el Lord Ecológico. Eramos doce lores y maestros, y miramos al Guardián del Tiempo, que recorría las pieles blancas del centro de la habitación mientras nos miraba.

—¿Y bien?

El Guardián del Tiempo, con sus ropas rojas y sueltas, parecía tan tenso e inquieto como un lobo hambriento. Sus músculos vibraban como las cuerdas de un arpa bajo la piel de su cuello. Su cara, con sus ángulos afilados y el ceño fruncido, había cambiado sutilmente. Tal vez eran sus ojos, aquellas brillantes canicas negras que rodaban de izquierda a derecha mientras nos miraba desafiante. Sus ojos eran fríos, despiadados y pacíficos. Debí de haberme sentido inmediatamente receloso. Había avisos en la forma comedida en que hizo su saludo, y avisos también en las rápidas miradas a través del llano de los Campos Huecos que brillaba en la distancia. Pero no pude interpretarlos. Era un hombre destrozado, me recordé, y los hombres destrozados ejecutan programas nuevos y desesperados. Probablemente su sangre resonaba con nepente o cualquier otro eufórico. Le observé con la atención con que un devaki observa el akliá de una foca. Juré en silencio que, mientras permaneciera en su Torre, no apartaría los ojos de él.

Se colocó junto a uno de sus viejos relojes mientras miraba alternativamente la panza de Nikolos el Anciano y sonreía torvamente a Soli. El péndulo de bronce del reloj oscilaba de un lado a otro, y oí el tictac. La habitación, como siempre, estaba llena del tictac de los relojes. Presté atención al tictac de acero y madera, a los latidos, pings y bips de los relojes por toda la sala. Mi corazón redobló como un tambor cuando los ojos del Guardián del Tiempo se fijaron en los míos.

—¿Oyes el tictac, Mallory, mi valiente y alocado *Lord* Piloto? —preguntó.

Sin esperar respuesta, se acercó al reloj de cristal fravashi que brillaba en uno de los estantes. Se volvió bruscamente hacia nosotros, y nos habló a todos a la vez.

—*Mis* Lores y Maestros —empezó a decir. Enfatizó la palabra «mis», como si aún debiéramos someternos a su voluntad, como si todavía fuera Lord de la Orden—. Así que ya es la hora, ¿eh? ¿Habéis venido a decirme que mi tiempo se ha acabado?

Nikolos dibujó una mueca en su cara suave e inteligente, como si alguien acabara de cortarle la barbilla con una cuchilla afilada. Me miró, implorando en silencio que dijera algo. Di un paso al frente y tomé aliento.

—Es decisión del Colegio de Lores que tus crímenes sean perdonados —dije—. No serás desterrado. Entrega el Sello de la Orden, y se te permitirá quedarte en tu Torre.

—¿Vosotros me perdonáis a *mí*?

Quise decirle que yo le perdonaría cualquier cosa, porque una vez me había salvado la vida y formado mi destino cuando me dio el libro de poemas. Una parte de mí (el novicio infantil al que había enseñado el arte de la lucha) aún sentía un poco de temor hacia él.

—Olvidaremos que Bardo y otros ochenta pilotos han muerto por tu culpa.

—¡Joven piloto pomposo! ¿Qué sabes de mis crímenes? ¿Qué sabes de nada?

—Entrega el Sello —dije. A mi espalda, Burgos Harsha y Lord Parsons

murmuraron que el Guardián del Tiempo debería entregarnos el Sello formalmente, sin demora. Miré al otro lado de la habitación el Sello de la Orden, que tictaqueaba sobre su tarima pulida. Incluso a nueve metros de distancia, pude oler el amargo y recién aplicado barniz de aceite yu.

—El Ringess me pide el Sello de la Orden —dijo él—. Y, si se lo doy, ¿entonces qué? ¡Pensáis en cambiar la Orden! Ja, ¿cómo lo haréis? —Su voz bajó al timbre de un gong—. He visto cambios en mis tiempos, pero el hombre siempre permanece igual.

Pensé en la semilla divina que vivía dentro de mi cabeza, en el Gran Teorema y en otras cosas.

—No, no siempre igual —dije.

—Un hombre y sus crímenes.

Dejó que sus palabras resonaran de oído en oído. La forma en que dijo «crímenes» era un aviso. Un recuerdo empezó a formarse, y experimenté la asfixiante sensación de que debería saber exactamente a qué crímenes se refería.

Los ojos del Guardián del Tiempo nos recorrieron, y se demoraron un momento en Soli.

—Bien, Mallory, si dejas de ser el Guardián del Tiempo, ¿quién se encargará del trabajo duro, eh?

—¿Quién asesinará, es eso lo que quieres decir?

—¿Fui yo quien intentó asesinar a Soli?

Hubo más avisos en los sonidos sibilantes de «asesinar», y de repente lo supe.

—Sí —dije—. La primera vez que Soli estuvo a punto de ser asesinado..., fue tu crimen, creo. —Me volví hacia Soli, que miraba a través de la ventana las luces de la Ciudad. Finalmente le miré a los ojos y expliqué—: Fue el Guardián del Tiempo quien intentó asesinarte el día de la Carrera de los Pilotos.

—¿Es eso cierto? —preguntó Soli. Se quedó quieto como un cazador, y miró al Guardián del Tiempo. Aunque fingía un frío desapego, un cético aspirante podría haber visto que estaba furioso—. ¿Por qué lo hiciste?

Mi madre le cogió del codo.

—He vivido suficiente. Para que sepas que soy inocente. Ahora es demasiado tarde.

Soli zafó su brazo y escupió.

—Sí, eres inocente de ese intento de asesinato.

—Es cierto —dijo el Guardián del Tiempo—. Es demasiado tarde.

—¿Por qué querías verme muerto? —le preguntó Soli.

Me froté la nariz.

—Háblanos de la Entidad —dije—. ¿Por qué nos advertirían los dioses contra Ella?

—¿Es eso verdad? —le preguntó Soli.

El Guardián del Tiempo se volvió súbitamente, y sus palabras sacudieron a Soli como un látigo.

—¡Por supuesto que es verdad! Diré ahora lo que he dicho antes: ¡Mierda para los ieldra y sus malditos secretos! Cuando regresaste del núcleo, toda tu maldita charla sobre las Antiguas Eddas..., me obligaste a promulgar la Búsqueda. Hay algunas cosas que no debemos conocer, pero no quisiste escucharme. —Se acercó a Soli. Cerró el puño—. ¿Por qué no quisiste escucharme, Leopold? —preguntó—. Sí, es tu maldito orgullo. ¡Cómo hablabas de tu maldito descubrimiento, hablabas y bebías tu repugnante skotch en tu maldito bar! Hiciste que todos los novicios de la Ciudad soñaran con tus ieldra y sus Eddas. Te pedí que guardaras silencio. Te lo dije; te advertí; pero no quisiste escuchar. Tuviste que discutir conmigo. «La verdad es la verdad», me dijiste. ¡Maldita sea tu verdad! Leopold, ¿por qué no quisiste escuchar?

—Sí, es verdad —dijo Soli sarcásticamente—. Trataste de asesinarme porque no quise escuchar.

—¿Qué es entonces lo que el hombre no debería conocer? —le pregunté al Guardián del Tiempo—. Dímelo, necesito saberlo.

Soli estampó su puño enguantado de negro en la palma abierta de la otra mano. Se inclinó ante el Guardián del Tiempo.

—¿Quién debería juzgarte? —dijo—. Sí, ¿quién juzga al juez? Tú y yo hemos mantenido una larga carrera, ¿no? Pero se acabó. Es hora de que entregues el Sello.

El Guardián del Tiempo miró a uno de sus relojes y sonrió sombríamente.

—Sí, es hora —dijo. Dio una vuelta por la habitación, y se plantó ante el Sello de la Orden. Colocó las manos en la caja de acero del reloj.

—¡Con cuidado! —murmuró Nikolos tras de mí, mientras Burgos Harsha inspiraba rápidamente. Muchos de los lores se susurraban unos a otros; la habitación siseaba con los susurros.

El Guardián del Tiempo se acercó a nosotros con el Sello pegado al cuerpo. Oí su rítmico tictac. Dentro de la ventana de cristal del Sello, vi la imagen blanca y azul de la Vieja Tierra orbitando en torno al Sol. El Guardián del Tiempo se detuvo ante mí, y el tictac se hizo más fuerte. Medio sospeché que el Sello era una falsificación, una réplica de reloj convertida en algún tipo de arma. Temí que pudiera estallar.

—¿A quién debo entregárselo? —preguntó—. ¿Lo aceptará el Lord Piloto?

Tuve que recordarme que yo era ahora el Lord Piloto. Abrí las manos y las extendí. Mientras él me tendía el Sello, el tictac se hizo aún más fuerte. Fui muy consciente de la maquinaria de todos los relojes de la Torre.

—El Sello de la Orden —dijo el Guardián del Tiempo. Se detuvo un momento, y luego apretó el reloj fuertemente contra su pecho, como una madre devaki amamanta a su bebé. Parecía esperar algo. Casi pude oírle contar para sí.

—¡Lores! —dijo—. Decís que debo entregar el Sello de la Orden. Bien. Aquí está.

—¡Mallory! —gritó mi madre.

Mis ojos se clavaron en los del Guardián del Tiempo mientras él dejaba caer el Sello en mis manos. Era más pesado de lo que esperaba; casi lo solté.

—No preguntes por quién doblan las campanas —dijo el Guardián del Tiempo, citando uno de sus infames poemas—, doblan por ti.

El Sello dio una sola campanada, y entonces quedó en silencio. Sentí un miedo alocado e irracional a haber hecho algo mal, quizá lo había sujetado con demasiada fuerza y había dañado de algún modo el mecanismo interior. Sacudí el Sello junto a mi oído. Nada. De repente advertí que la Torre se había vuelto súbitamente silenciosa. Oí latir mi corazón; aparte de la respiración de los otros lores y maestros, era el único sonido que oía. Todos los relojes de la habitación se habían quedado en silencio al mismo tiempo. El múltiple tictac se había detenido. Los péndulos estaban quietos, y los biorrelojes estaban muertos, y las arenas de cobalto de los relojes de arena se habían agotado.

—Es la hora —dijo el Guardián del Tiempo. Señaló con un dedo retorcido la ventana tras nosotros—. ¡Mirad! —rugió.

No miré. Esto, entre otras cosas, me salvó. Pero Jonath Parsons y Nikolos el Anciano y Burgos Harsha..., ellos y muchos de los demás miraron por la ventana. Burgos dijo más tarde que vio un destello cegador y un brillante amasijo de nubes agruparse sobre los Campos Huecos, pero eso habría sido imposible. Sin embargo, todos sentimos sacudirse la Torre. Por los cimientos subió un temblor muy parecido a un corrimiento de hielo. De repente, las brillantes ventanas de la Torre se hicieron añicos hacia dentro. Hubo un chasquido y un rugido, una lluvia de cristal. Volaron fragmentos por todas partes. Pequeñas lanzas de cristal picotearon la base de mi cuello y mi cabeza. Burgos y unos pocos más gritaron: «¡Mis ojos!», mientras el Guardián del Tiempo se cubría los suyos con el antebrazo. Noté un viento caliente mientras la tormenta de cristales barría la habitación. Cuando la onda de choque pasó, el Guardián del Tiempo se apartó el brazo de los ojos, y vi que había un cuchillo en su mano. Era largo y plateado como una hoja de cristal. Al principio pensé que era cristal, tan rápidamente giró hacia mi cara su filo brillante.

—Así que era demasiado vieja —dijo el Guardián del Tiempo crípticamente. Entonces avanzó hacia mí, rápido como un guerrero poeta. Solté el Sello de la Orden. También yo aceleré. Mientras mi reloj interno empezaba a resonar furiosamente y el tiempo se refrenaba, empecé a vislumbrar.

—¡Mallory! —chilló mi madre.

Vi la pauta futura del cuchillo del Guardián del Tiempo mientras lo lanzaba hacia mi estómago. Vi otra cosa. Vi a mi madre saltar entre nosotros. Observé al cuchillo

del Guardián del Tiempo hendir la lana bajo su pecho y clavarse hasta la empuñadura. Cuando vi este futuro, me moví rápidamente para asegurarme de que nunca sucediera. Pero, aunque vislumbraba, no era un scryta. Vi el futuro de forma imperfecta. Incluso hoy día lo veo de forma imperfecta. Traté de apartar a mi madre, pero no lo había previsto todo. El Sello golpeó la alfombra de piel y rebotó en un extraño ángulo. Apenas conseguí no tropezar con él. Eso me hizo empujarla hacia delante, ligeramente, en vez de hacia el lado. La dirigí hacia el cuchillo del Guardián del Tiempo. Cuando la hoja se hundió en su pecho, ella sonrió (tal vez fue realmente una mueca de agonía) e insertó una brillante aguja de guerrero poeta en el cuello del Guardián del Tiempo. Oí gritos y alaridos tras nosotros. Frías oleadas de aire entraron en la habitación a través de las rotas ventanas. Soli, exhalando vaho por entre sus labios cortados y sangrantes, corrió hacia el Guardián del Tiempo. Mi madre se desplomó contra mí, y la ayudé a caer a las suaves alfombras. El Guardián del Tiempo casi cayó sobre nosotros. El veneno de la aguja petrificó sus nervios y se tambaleó como una escultura de hielo hasta quedar muerto contra los fragmentos de cristal del suelo.

—¡Mirad! —exclamó alguien. Pero no tuve tiempo de mirar, porque mi madre moría sobre mi regazo. Su sangre caliente empapaba mis ropas. No hablé. Tenía los ojos abiertos y me miraba. Vi que no temía a la muerte. Tal vez estaba tan dirigida por los programas del guerrero poeta que incluso daba la bienvenida a la muerte. Pensé que me había salvado no por amor, sino porque estaba programada para buscar el momento de lo posible. No debería sentirme más agradecido hacia ella de lo que lo estaría hacia un robot obediente. Y, sin embargo, estaba agradecido; mientras la vida escapaba de ella, sus toses entrecortadas me hicieron estremecer. Tal vez todos los hijos están programados de esta forma. Brillante sangre arterial brotó de sus labios, y quise creer que moría como mi madre en vez de como un guerrero poeta. Busqué la chispa de humanidad que creía debe arder dentro de cada uno de nosotros, la llama eterna, el brillante punto de luz clara.

—El Guardián del Tiempo está muerto —dijo Soli. Estaba de pie junto a nosotros, sujetándose la mano, que sangraba también. Un trozo de cristal le había cortado los dedos. Miró el cuerpo del Guardián del Tiempo—. Veneno nervioso de los guerreros poetas, ¿no es así? Tu madre sabía de esas cosas. —Y entonces, tras mirarla, dijo rápida, urgentemente—: Si nos apresuramos, tal vez podamos llevarla a un criólogo antes de que muera su cerebro.

Me sorprendió que dijera esto. No le había creído capaz de perdón o compasión. Advertí que no le conocía en absoluto. Busqué los latidos del corazón en el pecho de mi madre, y luego le cerré los ojos.

—No, nada de criólogos —dije—. Está muerta; murió en el momento adecuado.

Me levanté y me volví hacia la ventana. Vi una luz terrible. La mayoría de los

lores estaban arrodillados o tendidos en el suelo, sangrando. Nikolos el Anciano se frotaba los ojos, clavándose irracionalmente aún más los cristales. Trozos de cristal habían destrozado la cara de Burgos Harsha. Gritaba y se retorció en el suelo mientras Mahavira Netis, cuya firme cara marrón estaba cortada y sangrante, se inclinaba sobre él y sacaba las lascas de cristal más largas. Y esto era horrible, pero no terrible.

—¡Mirad! —exclamó alguien, y señaló hacia la ventana. Miré, y vi lo terrible. Sobre los Campos Huecos se alzaba una nube en forma de hongo. Yo nunca había visto un hongo antes, pero sabía muy bien lo que era; todos los seres humanos han aprendido que a veces las nubes se alzan en forma de hongos. La nube ardía casi negra contra el cielo azul. Se alzaba y se expandía, una montaña oscura uniéndose al círculo de montañas reales en torno a la Ciudad.

—Es una bomba atómica, ¿verdad? —preguntó Soli mientras se acercaba a la ventana. Vio lo que yo veía: Todas las torres de los Campos y muchos de los edificios de la parte sur de la Ciudad habían sido destruidos, volados hasta los cimientos—. ¿Por qué estamos vivos? ¿Por qué no ha sido destruida toda la Ciudad? No podría ser..., ¿quién podría creer que es una bomba atómica?

Pero lo era. De algún modo lo supe, igual que Soli lo sabía. Se produjo un rugido y un trueno, y el hongo pareció brillar. Era, específicamente, una bomba de hidrógeno, como supe más tarde por los reparadores y mecánicos que exploraron el cráter fundido que antes había sido la Caverna de las Navesluz. Era una pequeña bomba de hidrógeno activada por láser, una bomba muy vieja que había perdido la mayor parte de su deuterio en los miles de años que habían transcurrido antes de su explosión. La bola de fuego apenas había sido lo suficientemente caliente como para destruir las Cavernas. Por eso estábamos vivos. Por eso la Ciudad estaba viva, porque era una bomba vieja y débil y había estallado bajo tierra, en el corazón de las Cavernas. Pero yo no sabía esto mientras contemplaba la nube crecer sobre la parte sur de la Ciudad. Pensé en las palabras del Guardián del Tiempo: «Así que era demasiado vieja», y sólo supe que había intentado destruirlo todo con una bomba atómica.

—¿Por qué? —preguntó Soli—. ¿Tan amargado estaba?

Me incliné para ayudar a Mahavira a sacar cristales de la cara de Burgos, pero no pude hacer gran cosa. Me acerqué al Guardián del Tiempo. Muchos de los lores (afortunadamente, pocos estaban malheridos) me rodearon. Toqué la cara del Guardián del Tiempo, endurecida por el veneno nervioso. Les conté lo que me había dicho Kalinda de las Flores.

—Es viejo —dije—, y Horthy Hosthoh no era su verdadero nombre. Ha sido Guardián del Tiempo durante mucho, mucho tiempo.

—Durante cientos de años —dijo Soli.

—No, durante *miles* de años. Si la Entidad tiene razón, este Guardián del Tiempo

es el mismo Guardián del Tiempo que fundó la Orden. Ha sido Guardián del Tiempo durante 2934 años.

—¿Rowan Madeus? —jadeó Soli—. ¿Dices que es *él*? Ha habido dieciocho Lores Horólogos..., es fácil recordar todos sus nombres. ¿Me pides que crea que todo era falso?

—Falso, ciertamente. El Guardián del Tiempo ha falsificado las historias. Debe haber tenido un clon replicado. Diecisiete veces ha dejado que uno de sus clones muriera en su lugar. Diecisiete veces ha acudido a un tallador para restaurar la apariencia de juventud y empezar así de nuevo su carrera. Pero no lo hará más.

El viento helado atravesaba la habitación, trayendo el solemne ritmo de las campanas de la Ciudad Vieja. No las había oído doblar desde que era un niño, cuando la gran tormenta enterró la Ciudad y mil personas (la mayoría pobres harijanos) murieron. Pensé en las solemnes palabras de la Entidad.

—Es historia *escrita* —dije—. Y creo que es aún más viejo que la Orden. Rowan Madeus fue sólo uno de sus nombres.

—Es imposible —dijo Soli.

Inspiré una bocanada de aire. Estaba lleno de horror y esperanza. Me sentía muy excitado.

—Soli, creo que era del linaje de Thomas Rane, el rememorador. Es inmortal..., *era* inmortal. Su nombre era Kelkemesh. —Me levanté—. ¿No lo ves? —medio grité—. La búsqueda, nuestra expedición, todo ha sido para nada. El Guardián del Tiempo, este Kelkemesh, es el más viejo, el más antiguo. Hemos recorrido media galaxia con nuestras preguntas, cuando la respuesta estaba aquí todo el tiempo.

Pero la respuesta (el secreto de la vida que tanto había buscado), no estaba tan a la mano. Durante los días de pesadilla que siguieron, días de cavar en los edificios destruidos para rescatar los miles de cadáveres calcinados y preparar los cuerpos para enterrarlos, el Lord Imprimátur, Nassar wi Jons, trabajó en el cadáver del Guardián del Tiempo. Nassar era un hombre ancho y retorcido, un hombre que había nacido enfermo de la médula, con tantos huesos desplazados y deformaciones en su carne que los talladores y unidores necesitaron todo su ingenio solamente para esculpirle como aquella pequeña gárgola jorobada (pero brillante) que intentaba decodificar los secretos del Guardián del Tiempo. Yo le había dicho:

—Lo mismo que hiciste con el plasma de los alaloi, lo mismo que intentaste hacer: busca en su ADN la impronta de los ieldra.

Once días después, hizo su decepcionante y sorprendente declaración: el ADN del Guardián del Tiempo no era diferente al mío propio, o al de cualquier otro hombre (cualquier otro hombre, naturalmente, que no hubiera nacido enfermo de la médula). Y este Guardián del Tiempo no era realmente *el* Guardián del Tiempo.

—Era un clon replicado —explicó Nassar al Colegio de Lores, cuando nos

reunimos en sesión de emergencia. Con sus ojos desparejos (su ojo azul era más grande que su ojo marrón medio cerrado), me miró y sacudió su cuadrada cabeza—. Un doble, una falsificación..., un robot, si queréis. Los senderos, discúlpame, Lord Piloto, los senderos *neurales* fueron alterados con la impronta de nuevos programas robot. Un doble.

¡Otro clon! Un doble, con aquellos ojos demasiado pacíficos que no eran los ojos del Guardián del Tiempo..., ¿por qué no había percibido aquello inmediatamente? Sin duda había hecho que el clon alcanzara la madurez y lo había programado con sus propios hábitos, pautas de conversación y recuerdos para engañarnos. Lo había programado para asesinar. Entonces, no todos los robots del Guardián del Tiempo habían sido destruidos. Este último robot, este remedo de hombre, había vivido lo suficiente para asesinar a mi madre, casi para cumplir la venganza del Guardián del Tiempo.

—¿Dónde está entonces el Guardián del Tiempo?

—¿Quién puede saberlo?

Cerré el puño y hundí los nudillos en la mesa.

—Si era un clon, su ADN debería ser idéntico al del Guardián del Tiempo.

—No, Lord Piloto —dijo Nassar, confirmando mis temores—. Si el mensaje de los ieldra está verdaderamente inserto en los cromosomas del Guardián del Tiempo, si él lo sabía y quería mantenerlo en secreto, si utilizó los servicios de un maestro unidor, entonces podría haber alterado el ADN del clon para sacar el mensaje de las Eddas.

—¡Maldito sea!

—Debes saber algo más, y como Lord Imprimátur soy quien tiene que decírtelo. No creo en tus Antiguas Eddas. Pocos lo hacen. El Guardián del Tiempo hizo un clon para que ejecutara sus asesinatos mientras escapaba de la Ciudad..., no para esconder un secreto inexistente. Olvida al Guardián del Tiempo, Lord Ringess. Nunca lo volverás a ver.

Pero yo no podía olvidar al Guardián del Tiempo. Incluso cuando el Colegio de Lores hizo planes para construir una nueva Caverna para albergar a las nuevas navesluz que se estaban diseñando (la bomba había destruido todas las navesluz, lanzaderas y rompevientos de la Ciudad), pensaba en él todo el tiempo. La Entidad no me había mentido, me dije. ¿Por qué iba a mentir? El mensaje de los ieldra *estaba* enterrado dentro del Guardián del Tiempo, dondequiera que estuviese. Si había huido a las estrellas en una naveluz, el secreto había huido con él. Si se escondía en la Ciudad, tal vez en alguna morada hibakusha del Sector Extremo, entonces su secreto estaba también escondido.

Más tarde, ese mismo día, enterramos a seis mil doscientas seis personas en la Colina de la Pena bajo Urkel. Parecía que la mayor parte de la Ciudad había

soportado el frío para asistir al funeral. En el ancho y nevado extremo sin de la fosa se apretujaba una masa de harijanos, alienígenas y extremos venidos para honrar a sus muertos. (La mayoría de las víctimas, naturalmente, eran horólogos, céticos, reparadores y los diversos aspirantes encargados de las naves. Unos cuantos eran pilotos). Frente a ellos, donde los robots habían excavado un estrecho llano colindante a las verticales paredes de la Colina, estaban los hombres y mujeres de la Orden. Divididos en nuestras profesiones, fila tras fila, alineados sobre la tierra negra y congelada. Los pilotos estábamos más cerca de la fosa. Había demasiado pocos de nosotros. El Sonderval, Salmalin, Li Tosh y los otros supervivientes de Perdido Luz formábamos una fina línea negra, seguida por los escatólogos con sus pieles azulea y, tras ellos, las filas de mecánicos. Como yo era Lord Piloto y Soli era Antiguo Lord nos encontrábamos juntos al borde de la fosa. Fue allí, mientras el pozo era inundado y las aguas heladas empezaban a alzarse sobre los cuerpos apilados, donde me enteré del destino del Guardián del Tiempo.

—Ha huido de la Ciudad —dijo Soli. Llevaba una negra piel con capucha. Echó hacia atrás la capucha para que yo pudiera oír mejor sus palabras por encima del viento. ¡Qué fiero parecía, con su nariz similar al pico de un talo, sus cejas esculpidas y sus ojos brillantes! ¡Qué furioso, qué vengativo!—. La noche anterior a la bomba atómica, robó un equipo de perros y un trineo de las perreras..., el encargado me lo ha dicho. Huyó al mar, como un ladrón en la noche. ¿Por qué, Piloto? ¿Buscaba la muerte? ¿O espera vivir entre los devaki o cualquier otra tribu? ¿O es soledad y olvido lo que quiere? Sí, soledad, hasta que pasen cien años o mil y regrese para convertirse de nuevo en Lord Horólogo.

Agaché la cabeza y miré el pozo cúbico. Busqué a mi madre. Me habían dicho que estaba en alguna parte en la capa superior de cadáveres. Pero el agua se congeló rápidamente, y no pude encontrarla.

—Si vuelve dentro de cien años, puede regresar a una ciudad muerta —dije, y señalé hacia el cielo, en la dirección general del Grupo Estelar Abelino, donde había estallado la Estrella de Merripen—. La supernova puede conseguir pronto lo que no hizo la bomba del Guardián del Tiempo.

Soli asintió.

—Tu madre debería haber sido enterrada en el mausoleo de los cantores —murmuró tristemente—. Era una cantora, después de todo.

—No, era una hibakusha. No pudo evitarlo. Que sea enterrada como la víctima que fue.

—El Guardián del Tiempo la mató. Su clon. Lo querrás muerto, ¿no?

—Espero que viva —dije, tratando de ser compasivo por una vez en la vida—. Si lo hace, el secreto vivirá con él.

Soli agachó la cabeza.

—Fue el Guardián del Tiempo quien asesinó nuestra radio —dijo sorprendentemente—. Ahora todo está muy claro. Quería que nuestra expedición fracasara, ¿no? Sí, y por eso asesinó a Katharine. Si hubiéramos podido llamar a la Ciudad antes... Pero no, no teníamos radio, y Katharine está muerta.

—Yo la amaba, Soli. ¡Oh, Dios, cómo la amaba!

—Los muertos —susurró. Nunca había visto a nadie tan amargado—. Tantos.

Empecé a sollozar abiertamente por mi madre, y me cubrí los ojos porque me avergonzaba que Soli me viera llorar.

—Ya no me queda nada en Neverness —dijo Soli—. No, nada, y por tanto debo renunciar a mis votos. Es hora de que deje la Orden.

—¿Adónde irás? —pregunté. A mi pesar, sentí curiosidad por conocer sus planes.

—Estoy cansado de las estrellas. Y odio esta ciudad. Hay un trineo y perros esperándome en el Embarcadero. Voy a salir a los hielos, posiblemente más allá de Kweitkel. Seguiré al Guardián del Tiempo..., no debería de ser difícil. Cuando le encuentre, lo alancearé como a un pez. Por lo que le ha hecho a la Orden. —Un montoncito de tierra, desprendido por su bota, saltó hacia adelante y cayó a la fosa. Cuando golpeó el hielo, se hizo pedazos—. Nunca regresaré.

—El cuerpo del Guardián del Tiempo debe ser traído.

—No, iré con los devaki. Tal vez Yuri honre su palabra y aún me reciba bien.

—Si vives como un devaki, no habrá talladores ni cétricos para devolverte a tu juventud. Al final, morirás.

—Sí.

Entonces, todo su cuerpo se puso rígido. Movié la boca contra el frío, tratando de decir algo. Por fin consiguió pronunciar las palabras.

—Podrías venir conmigo —susurró. Debió ser la cosa más dura que había dicho jamás—. Podríamos coger dos trineos. Podrías traer su cuerpo al Lord Imprimátur. Tú tendrás tu secreto y yo tendré..., yo tendré lo que tengo.

Le sorprendí mirando al oeste, más allá de la Ciudad. A la sombra de la Colina de la Pena, su cara era larga y sombría, pero vi un inconfundible brillo de reverencia. No odiaba Neverness; la amaba. Se sentía apartado por la mala suerte de la Orden y de su ciudad. Si tenía que marcharse (lo leí en sus ojos, y él me lo dijo más tarde), quería enviar un regalo. Tal vez el Lord Imprimátur decodificaría el secreto del cuerpo congelado del Guardián del Tiempo. Tal vez el secreto salvaría al hombre del Vild y de otros peligros. Porque amaba a la Orden, y en el fondo porque amaba la vida más de lo que me amaba a mí, contuvo su furia y su desprecio.

—El Guardián del Tiempo nos lleva ventaja —dijo—, pero aún tenemos nuestros cuerpos alaloi. Y dos pueden viajar más rápido que uno, dicen los devaki. Lo capturaremos, ¿no? Allí fuera... —Señaló hacia el oeste, donde el borde del mar chispeaba bajo los glaciares de Attakel.

Sólo tardé unos instantes en decidirme. Mientras los pilotos y profesionales inclinaban la cabeza para musitar un réquiem por los muertos, yo alcé la mía. Al oeste se extendía el aire libre y el duro hielo interminable.

—Iré contigo —le dije al viento que cortaba entre nosotros—. A encontrar al Guardián del Tiempo.

El recuerdo del último y más sagrado de mis votos de piloto era más gélido que el viento, que era frío muerto, lo suficiente para endurecer el hielo de la tumba en una cripta opaca y blanquiazul alrededor del cuerpo de mi madre. Escuché al viento soplar a través de la Ciudad y los kilómetros de mar vacío. Una vez, hacía mucho tiempo, había jurado buscar la sabiduría y la verdad aunque la búsqueda llevara a mi muerte y la ruina de todo aquello que amaba y quería. Muy bien, me dije, allá en el mar, dentro del cuerpo de un hombre muy, muy viejo, estaba la sabiduría. Allí fuera encontraría por fin la verdad.

CAPÍTULO 28

Ananke

*No está en nuestro poder amar u odiar,
pues en nosotros la voluntad está sometida al destino.*

—Christopher Marlowe, Poeta del Siglo de la Navegación.

Así, salimos al mar. A primeras horas de la mañana siguiente bajé al Sector Extremo y me reuní con Soli en el Embarcadero, allá donde el borde oriental de la Ciudad se encuentra con el hielo. Realmente, no había nada más que hacer. Todas las naves de la Ciudad (incluso las de los corredores-gusano) habían sido destruidas; por lo tanto, no podíamos perseguir al Guardián del Tiempo por aire. Cargamos nuestros trineos en medio del silencio y la oscuridad. Hicimos rápidamente nuestro trabajo. Amontonamos en sus armazones de madera pellejos llenos de nueces baldo y nuestras pieles de dormir, y las sierras para el hielo, los arpones, las lanzas, los rascadores, los asperones y las otras herramientas que necesitaríamos para sobrevivir al aplastante frío. Gran parte de este equipo era familiar, residuos de nuestra primera expedición. Con mis viejas botas de piel de foca recorrí el embarcadero de madera dispuesto en la nieve de la playa. Olí el viento seco, frío y salado que soplaba desde el Firme. Cuando cogí mi viejo arpón, los recuerdos empezaron a ondear. La helada rigidez de los arneses de cuero, las nubes de nieve en polvo barriendo el hielo oscuro, los ansiosos gemidos de los perros mientras el encargado los sacaba de las perreras..., todo parecía tan natural, tan familiar, tan dolorosamente real. Enganché mis siete perros a mi trineo, lleno de una sensación de urgencia y ansia de partir. El encargado de los trineos, un tosco extremo de Yarkona, agitaba furiosamente sus lisas mandíbulas mientras masticaba un trozo de raíz de fiebre para mantenerse en calor. Mientras escupía el fiero jugo a la nieve, nos fue instruyendo sobre los perros.

—Su guía es Kuri, y su segundo es Ame, y éstos son Hisu, Dela, Bela, Neva y Matsu —me dijo, señalando la fila del arnés. Informó de los nombres del otro equipo de perros a Soli, que estaba arrodillado acariciando el hocico de su perro guía, Leilani—. Será mejor que sean amables con ellos. No están acostumbrados a largos trayectos. Y cuidado con las goletas de los hielos, por favor, porque les gusta perseguirlas.

Sonreí mientras observaba a través de la oscuridad los cabos de atraque donde las goletas de los hielos vibraban y rugían con el viento. Era demasiado temprano para que nadie emplazara una vela de colores y recorriera el Firme (y, además, con parte de la Ciudad en ruinas, no era época de diversiones). Mis perros mordían sus correas y se olisqueaban mutuamente, y no pude dejar de preguntarme si no sería mejor que

Soli y yo nos dirigiéramos al oeste en una goleta. Pero, naturalmente, aquello habría sido desastroso. En alta mar, el hielo estaría resquebrajado y lleno de fisuras, con socavones y grietas. Un equipo de perros, incluso unos perros blandos y juguetones como éstos, era nuestra única esperanza. Deseé haber tenido más tiempo para entrenar a *auténticos* perros de trineo, como Liko y nuestros antiguos animales. Pero no teníamos tiempo. El Guardián del Tiempo ya nos llevaba días de ventaja.

Con las primeras luces llevamos los trineos al mar. El hielo del Starnbergersee brillaba anaranjado ante nosotros. Buscamos las huellas del Guardián del Tiempo en la nieve, y las encontramos. Parches de nieve en polvo cubrían parcialmente las huellas de los perros y la muesca de los patines, pero no había nevado durante los últimos diez días, así que las huellas eran rectas y fáciles de ver. Las seguimos hasta el borde de Attakel, donde el hielo es blanco y desnudo, donde todo lo que el ojo puede ver es nieve o cielo o hielo, y los colores son los colores del hielo o las longitudes de onda reflejadas de la luz que se desprende del hielo: los distantes púrpura de los capullos de hielo que crecen en círculos cada vez más amplios a nuestro alrededor; los icebergs turquesa y blanco congelados rápidamente en cientos de pirámides inmóviles; el destello cegador del cielo cobalto.

Viajamos rápido durante todo el día. A última hora de la tarde, las montañas de Neverness no eran más que una neblina azul y blanca detrás de nosotros. Ondulaban en el aire, y parecían más insustanciales que el aire mismo. Con cada kilómetro que recorríamos, mientras respiraba entrecortadamente a través de mi bigote congelado y escuchaba el rascar y deslizar de los patines y los jadeos de los perros, mis recuerdos de la Ciudad se volvieron también más insustanciales. Quedé preso del mundo y las sensaciones del mundo. ¡Cómo amaba el olor sedoso y almizclado de mis pieles de shagshay, el picoteante aire salado contra mi cara engrasada, incluso el dolor de las frías yemas de los dedos dentro de los helados guantes! El lento y firme viento del oeste murmuraba su música en mi oído, y una vez más me sentí lleno de miedo y destino. En verdad, era un hombre desesperado, tan desesperado como los pobres perros que aullaban al chasquido de mi látigo. Pero algo tiraba también de mí, algo que estaba tan fuera de mí mismo y tan separado como la luz de las estrellas. Pensaba que era el destino, no mi destino en particular, sino un destino superior, el destino al que todas las cosas del universo deben someterse. Sentía este destino (y era el destino de Soli y el Guardián del Tiempo y mi Ciudad, el destino, también, de la punta de pedernal de la lanza para matar osos de Soli), sentía el largo y urgente sonido de ananke rugiendo en mi sangre. Mantuve los ojos clavados al vibrante círculo del horizonte occidental. Aunque la oscuridad caía sobre nosotros, quería continuar. Estaba jubiloso, sin respiración por la emoción de nuestro primer día de viaje. Sentía que podía continuar toda la noche, siguiendo las huellas del Guardián del Tiempo a la luz de las estrellas. Pero los perros estaban cansados y hambrientos; sus patas estaban

lastimadas y cubiertas de hielo. No podíamos continuar. Lejos de la Ciudad, y aún demasiado lejos de nuestro destino, nos detuvimos y construimos una choza en el mar. En la oscuridad, cortamos bloques de hielo con nuestras sierras y les dimos forma de choza. Metimos dentro nuestros utensilios, comida y pieles para dormir. Alimentamos a los perros con trozos de filetes cultivados; comimos, bebimos nuestro café y nos metimos dentro de nuestras pieles para pensar nuestros pensamientos privados y soñar nuestros sueños.

No dormí en toda la noche. Durante mucho tiempo, mis pautas de sueño habían estado cambiando conforme yo cambiaba. Yací escuchando la respiración apagada de los perros en el túnel y al viento abriéndose paso a través de las grietas entre los bloques de hielo. La choza brillaba con la luz de la hoguera, que mantuve avivada hasta la mañana. En su lecho de nieve, junto a mí, Soli miraba las fluctuantes sombras de las llamas en el techo. Permaneció quieto y silencioso; parecía como si durmiera con los ojos abiertos. Pero no dormía. Sin mirarme, empezó a discutir sobre los pequeños problemas de nuestro día de viaje.

—Ese encargado de los trineos no sabía nada de perros. Era de Yarkona, ¿no? Mañana pondremos a Arne en el lugar de Neva. Ponle entre las hembras, de esa forma dejará tranquilo a Yuri y Hisu no le morderá. Tendremos que hacer calcetines para Bela y Matsu, ¿no? ¿Has visto sus patas? Sí, tendremos que hacer calcetines para ambos equipos antes de que lleguemos a las Islas Exteriores. Los corredores-gusano dicen que allí el hielo está mellado como la túnica de un autista.

Era triste que el único momento en que Soli y yo parecíamos comprendernos mutuamente fuera cuando nos esforzábamos por resolver un problema, ya fuera matemático o el problema mucho más inmediato de permanecer con vida en temperaturas lo suficientemente frías como para congelar el dióxido de carbono de nuestra respiración. Hablamos de cazar focas cuando la comida, inevitablemente, se nos acabara; hablamos de la fina cualidad de la *safel*, la nieve rápida. Al amanecer, nuestra charla se centró en las matemáticas. Quería oír mi demostración del Gran Teorema, pero era demasiado orgulloso para pedirlo. Su amargura gravitaba entre nosotros como una nube congelada.

—Mi vida ha estado dedicada a las matemáticas, ¿y qué he conseguido? —murmuró a las paredes curvas de la choza. Le conté, entonces, la demostración de la Hipótesis del Continuo. Sin la estimulación de mi nave (y su *Hoja de Vorpal*), ciegos a los espacios visuales donde conjurar las ideoplastias de la Hipótesis, hizo falta mucho rato para hacerle ver la demostración. Por fin, cuando comprendió mi demostración de que el subespacio Justerini está imbuido en el espacio Lavi simple, se enderezó tan rápidamente que casi se golpeó la cabeza con el techo—. ¡Alto! —exclamó—. ¡Ahora lo veo! Debería haberlo visto antes; es un truco astuto. El esquema de correspondencias Lavi se reduce ahora, ¿no? Es una demostración

hermosa, una demostración elegante. —Y entonces su voz se convirtió en un suspiro, y tuve que esforzarme para oírle decir—: Oh, estuve tan cerca.

—Es una prueba constructiva —dije. Me incliné y agité la hoguera. Una prueba constructiva: no sólo era posible caer de una estrella a cualquier otra con un solo trazado, sino que existía una forma, inherente en mi demostración, de construir tal trazado.

—Una hermosa demostración —repitió Soli—. Sí, y ahora tu dilema. Cualquiera..., incluso los mercaderes pilotos y demás, podrá caer donde quiera.

—Tal vez —dije.

—Será posible la guerra, guerra real entre planetas.

—Ésa era la teoría del Guardián del Tiempo.

—La Orden nunca será la misma, ¿verdad? ¿Y todos los Mundos Civilizados? Me coloqué la capucha.

—Eso era lo que temía el Guardián del Tiempo. Trató de matarme, de matarnos a ambos, porque tenía miedo.

—Sí —dijo Soli—. Hablábamos constantemente de esas cosas. Me advertía contra el cambio, y me castigó muchas veces por no escuchar. El cambio..., si no hubiera sido por tu alocada primera incursión en la Entidad, podríamos haber cambiado sin... —y aquí su voz se endureció y chasqueó—, sin desastre.

—Lo siento —dije, pues sabía que estaba pensando en Justine.

—¿Qué decidirás? —me preguntó—. ¿Sobre la Hipótesis? ¿Qué harás?

—No lo sé.

Guardó silencio, y mucho después cayó en un sueño reparador.

Yo me quedé despierto, observándole agitarse y retorcerse dentro de sus pieles. Me pregunté si debería mostrar la demostración de la Hipótesis a los otros pilotos. Empecé a repasarla de nuevo en mi mente. Cuando llegué a la compleja exposición del primer Lema Danladi, lamenté la pérdida de mi nave. Por reflejo (casi por instinto), me encontré extendiéndome mentalmente como si lo hiciera hacia las neurológicas de mi nave. Me uní a mí mismo. Mis ojos estaban fuertemente cerrados; parecí flotar dentro de la oscura cobertura de mis pieles. Fuera de la choza había neblina y frío, pero dentro, dentro de mi cabeza, había fuego y luz. Durante un momento las diamantinas ideoplastias del Lema aparecieron más claramente que ninguna otra cosa que hubiera visto. Entonces estalló una tormenta de ideoplastias mientras la demostración tomaba forma. No sabía exactamente cómo aquellas ideoplastias excitaban mi corteza visual. No había ninguna nave-ordenador, ninguna neurológica para crear los espacios visuales del temposueño y los otros espacios de un piloto sumergido en las profundidades del multipliegue. Sólo estaba mi cerebro y mi yo cambiante, fuera lo que fueran realmente cerebro y yo. Y hubo trazados, una secuencia entera. El densospacio sobre Neverness apareció, denso, retorcido e

impenetrable. De pronto se abrió como una bola de seda, y vi miles de nuevos trazados, nuevos caminos a las estrellas. A Vesper y Darghin, y más, a la Doble Takeko y a Abrath Luz, que ardía azul, caliente y brillante, y más allá, a las estrellas sin nombre, las estrellas condenadas y perdidas del Vild. Había una infinidad de interconexiones entre las estrellas del universo; cada estrella estaba conectada con todas las demás. Vi esto en un momento, y fui más profundamente consciente del multipliegue que nunca antes. Cuando pensé en la fuente de esta visión, sentí miedo. Entonces, tan bruscamente como había venido, desapareció. El multipliegue se cerró como un mar de invierno. Hubo oscuridad. Abrí los ojos a las sombras de la choza. Soli roncaba entrecortadamente mientras apretaba los dientes. Aunque estaba tan cerca que el rocío helado de su respiración salpicaba mis pieles, me sentí muy solo.

El miedo permaneció conmigo durante toda la noche, más intenso que nunca desde mi regreso de Agathange. Me pregunté de nuevo por la evolución de la semilla divina de los agathanianos. ¿Había completado su trabajo? ¿Estaba muriendo mi cerebro, reemplazado bit a bit con neurológicas preprogramadas? No lo sabía, pero sentía que algo terrible y maravilloso me estaba sucediendo. Conjuré esta imagen: Vi millones de neuronas, con sus gruesos e irregulares cuerpos celulares, hinchándose y estallando, las vainas de mielina que cubrían los largos axones disolviéndose, siendo absorbidas. A través del complejo tejido de millones y millones de dendritas, las neurológicas se replicaban y crecían. Habría nuevas conexiones, placas de cristal de ordenadores proteínicos enlazándose. Y todo esto sucedía, o eso imaginé, dentro de mi corteza, en aquella maravillosa jalea roja sobre mis ojos. Y aquí estaba mi miedo. Los lóbulos frontales se desconectarían de mi cerebro límbico, o tal vez se conectarían de nuevas formas extrañas. Mi control de mí mismo estaría cambiando. Habría nuevos programas, tal vez programas profundos, nuevos, ocultos. Y ahora estaba terminado, o casi terminado. No podía decir cómo sabía esto. Sólo sabía que, cuando cerraba los ojos y dominaba mi programa de miedo, el multipliegue se abría ante mí, tan esplendoroso y profundo como el multipliegue donde había estado mi naveluz. Y aquí estaba mi asombro. Dentro de mí había un mar insondable, brillante, cristalino, extendiéndose en todas direcciones. Sentí insinuaciones de infinito, de que todas las cosas eran posibles. Permanecí despierto, contemplando la luz del amanecer filtrarse por entre las rendijas de los bloques de nieve. Entonces los perros empezaron a gemir y a ladrar, cuando Soli se agitó y se quitó el polvo de nieve de las pieles. Me froté los ojos y parpadeé, y amontoné unos puñados de nieve en la cafetera para poder tener un poco de café con el que enfrentarnos al nuevo día.

* * *

Durante diez días seguimos hacia el oeste las huellas del Guardián del Tiempo.

Dos veces las perdimos, allá donde la nieve era densa y se amontonaba en brillantes dunas blancas de un kilómetro de largo. Pero rápidamente las encontramos de nuevo al dirigir nuestros trineos en una pauta sinusoidal por el eje occidental de nuestro trayecto: primero nos dirigiríamos al norte y luego giraríamos hacia el sur, atravesando lo que habría sido nuestra línea recta hacia el oeste; y luego al sur, girando de vuelta al norte, y así sucesivamente, haciendo eses por la nieve como una musaraña hasta que encontramos sus huellas. Mientras el Guardián del Tiempo se dirigiera al oeste (¿y en qué otra dirección podría huir?), esta pequeña técnica sería infalible. A menos que nevara. Si nevaba, kilómetro tras kilómetro de hielo quedarían cubiertos de una blancura sin marcar, y perderíamos demasiado tiempo moviéndonos de forma ondulante. Pero hacía demasiado frío para que nevara. Dependíamos del frío, aunque el frío atravesaba como un cuchillo nuestras pieles y nos helaba hasta el corazón. En verdad, el frío casi nos mató. Hacía tanto frío que la nieve estaba seca y chirriante como la arena. El aire no contenía humedad alguna, y el cielo era de un azul profundo, casi azul negro, como la túnica de un escatólogo. El aire seco y gélido nos hirió la nariz hasta que nos empezó a sangrar. Respirábamos aire duro como el hielo, y sentíamos las puntas heladas cristalizar en nuestra pituitaria, congelándose y cortando nuestra carne cálida. Soli sufría más que yo. La sangre helada cubría su bigote y su barba y el cuello y el pecho de sus pieles blancas. Parecía un gran oso blanco que hubiera metido el hocico en el cadáver ensangrentado de una foca. Pero la sangre era toda suya; estaba débil por el frío y la continua pérdida de sangre. Una vez, durante una tormenta, mientras se parapetaba tras la pared de hielo que habíamos construido apresuradamente, se quitó estúpidamente un guante para calentarse la nariz con la mano. Las yemas de tres de sus dedos (y eran los mismos dedos que se había cortado con el cristal en la Torre del Guardián del Tiempo) se congelaron rápidamente. Como estaba helado y tiritaba, me abrí las pieles al estilo devaki y calenté sus dedos helados contra mi estómago. Era extraño sentir sus duras uñas y su piel contra la mía propia, extraño y preocupante. En cuanto sus dedos se descongelaron, le aparté la mano y la cubrí.

—Cierra el puño dentro del guante —le dije—, y trata de mantener la mano apartada del viento.

Me miró a través de sus párpados cubiertos de lágrimas congeladas (el frío nos hacía lagrimear).

—No eres el único que recuerda cómo curar dedos congelados. ¿No? —y entonces cerró el puño y se lo metió debajo del sobaco—. Gracias.

Durante todo nuestro viaje, apenas nos hablamos a menos que fuera para comunicar un fragmento vital de información. E, incluso entonces, a menudo nos comunicábamos sacudiendo la cabeza ante una rápida pregunta hecha con un gruñido, o señalando las huellas del Guardián del Tiempo allá donde giraban

levemente al noroeste, o sonriendo para darnos las gracias cuando uno u otro preparaba el café por la mañana. Nuestras vidas frías y dolorosas adoptaron pronto un ritmo. Al final de cada día, construíamos la choza y luego cubríamos las grietas desde fuera. Después sacábamos nuestras cacerolas y la comida, nuestras tiasas pieles de dormir, que extendíamos sobre los lechos de nieve que construíamos, todo lo que necesitaríamos para la noche. Mientras Soli atendía la hoguera y la choza se llenaba de luz, yo traía los bloques de nieve que fundir para el café y un bloque mayor para tapar el túnel y protegernos del viento. Cuando los perros terminaban de comer y quitábamos la nieve de nuestras pieles, era el momento de beber nuestro café de Mundo Verano, de comer nuestras nueces baldo y nuestra carne hervida. Tiempo de calentarnos y pensar. Más tarde, con las pieles colgando para que se secasen, mientras sorbíamos nuestras últimas tazas de té, Soli me leía del Libro del Silencio.

La mayoría de la gente piensa que el silencio es la negativa, la mera ausencia de sonido. Pero eso no es cierto. El silencio es algo real, casi tan palpable y duro como la piedra. Aquellas noches dentro de la choza, cuando el viento había muerto y los perros estaban dormidos, Soli se sentaba envuelto en sus pieles contemplando en silencio su tazón de café. En una ocasión, cuando el aire se calentó ligeramente y cristales de hielo colgaron del cielo como un velo amarillo sobre el sol, discutimos sobre lo que haríamos si pasaba un frente y nevaba. Una vez nos instalamos cómodos (y uso esta palabra en un sentido muy relativo) dentro de la choza, yo insistí en que el Guardián del Tiempo huiría hacia Kweitkel. Estaba muy seguro de mí mismo. Soli apretó su tazón de café y me dirigió una mirada que significaba: «¡Eres igual que yo, demasiado testarudo y arrogante!». Luego se quedó quieto y silencioso como una piedra, y el Libro del Silencio se abrió. Sus fríos ojos y su cara eran la clave; en su cara estaba escrita la primera página del Libro, y lo que allí había escrito era odio.

Se odiaba a sí mismo. Todos los hombres y mujeres, naturalmente, siendo seres humanos, encuentran alguna parte de sus yoes demasiado humanos a la que odiar. Pero él llevaba su odio más adelante; hacía un arte de odiarse a sí mismo. Su orgullo, su furia, su distanciamiento de los sufrimientos de sus semejantes..., odiaba estas debilidades igual que odiaba su falta de imaginación y su fracaso para demostrar la Hipótesis. Y, más aún, se odiaba simplemente por tener debilidades de cualquier tipo. Yo le observaba colocar sus labios blancos y llenos de ampollas sobre el borde de su tazón y soplar su café, y se me ocurría que odiaba ser humano. Él, aquel hombre ceñudo y reflexivo que tan a menudo se había aventurado por las oscuras deslizaderas heladas de su alma, había descubierto que definimos nuestra humanidad (nuestros propios yoes) más por nuestras debilidades que por nuestras fuerzas. Y allí estaba la trampa que le rodeaba como el hielo del mar de invierno: Amaba ser humano tanto como lo odiaba, porque era lo único que sabía ser. El Soli superior, el Soli que algún día emergería del defectuoso, amargado y antiguo Soli si aflojara su helada tenaza

sobre sí mismo, temía a este Soli (y por tanto lo odiaba) más que a todas las cosas. Y él sabía todo esto. Se veía mejor a sí mismo de lo que yo podría jamás a través de mis ingenuos ojos de cético. Era este conocimiento y esta visión de sí mismo lo que sellaba la tumba de su odio hacia sí mismo. Si pudiera *ver* realmente la espiral de odio y temor que le atrapaba, ¿no podría liberarse? No, no podría. Era sólo humano después de todo, maravillosa, trágicamente humano. Los seres humanos, había tratado de decirse a lo largo de tres vidas, deben aceptar su propia humanidad.

Cuando alcanzamos la primera de las Islas Exteriores tuvo que aceptar también las debilidades de su carne humana. El día trigésimo amaneció aún más frío que antes. A quince kilómetros al sur de nuestra choza (y parecía aún más cerca en el frío aire de la mañana), el hogar ancestral de la familia Yelenalina era un montículo verde y blanco sobre el hielo. Soli tosía ante el bronco aire (igual que yo) mientras miraba rápidamente al sur, y tenía problemas para manejar los arneses de los perros. Al principio pensé que su torpeza era debida a que estaba distraído; tal vez se preguntaba qué le habría sucedido a la familia Yelenalina en estos últimos años. Cuando Leilani hundió inesperadamente sus garras en la nieve y empezó a ladrar a la horda de somorgujos de las nieves que se dirigían hacia la isla, las tiras de cuero se tensaron en torno a los dedos de Soli. Gimió y se mordió el labio.

—¿Han vuelto a congelarse? —pregunté, mientras me acercaba pisando la nieve chirriante. Le ayudé a soltar a Leilani y a su segundo perro, Gita, que había saltado al aire en su inútil esfuerzo por alcanzar los pájaros—. Déjame ver tus dedos.

—No, están bien —dijo él, exhalando vaho por su ensangrentada nariz—. Fríos, pero bien.

—Vamos a calentarlos —dije—. Será difícil llegar a Kweitkel. Estamos a unos cincuenta kilómetros de la placa de hielo de Fairleigh, creo. —Extendí la mano—. Trae, los calentaré por ti.

—No.

—Tus malditos dedos están congelados, ¿verdad? Deberías haberlos mantenido en calor, como te dije.

—No están congelados.

—Permíteme ver.

—Déjame, Piloto.

Yo temblaba a la penumbra de la mañana, mientras el viento me metía nieve por el cuello. Quería ponerme en marcha, dejar que el sol y el ejercicio me calentasen. Me volví hacia el oeste, busqué en la brumosa blancura pliegues y grietas en la placa de hielo.

—Entremos en la choza. Calentaré agua y te descongelaremos los dedos de esa forma.

A pesar del frío, la frente de Soli estaba cubierta de sudor.

—No tenemos tiempo.

Palmeé el costado de Ame, y até un calcetín de cuero en su pata lastimada.

—Si pierdes el control de tu trineo y te caes en una grieta, perderemos más que tiempo.

Entonces él sacudió la cabeza y pateó la nieve.

—Sí, tiempo —dijo, y entró en la choza.

Le seguí por el túnel. Cuando se quitó los guantes, vi que no había mentido. Sus dedos no estaban congelados. Estaban aún peor. La carne había muerto y empezaba ya a pudrirse. Las yemas de sus dedos estaban negras, llenas de bacterias, cubiertas de gangrena. Olían peor que cabezas de pescado muerto y podrido. Apenas pude soportar el hedor, así que retrocedí hasta que mi cabeza chocó contra la pared de la choza.

Él apartó sus dedos como lo haría con una musaraña muerta.

—Los primeros auxilios no han servido, ¿no?

—Podríamos regresar a la Ciudad —dije—. Aunque la gangrena se extendiera a toda tu mano, los unidores podrían hacerle crecer una nueva mano en la mitad de un día. —En realidad, yo no quería regresar a la Ciudad.

—No, no hay tiempo. Perderíamos al Guardián del Tiempo.

—¿Prefieres perder tus dedos?

—Mejor que regresar a la Ciudad como un perro apaleado.

Miré sus dedos hinchados y arruinados, llenos de gases malignos.

—No soy ningún tallador —dije.

—¿Tienes un cuchillo, no? Por tanto, puedes cortar.

Me froté la nariz.

—No será fácil.

—¿Tienes miedo?

—No será fácil vivir entre los devaki sin dedos.

—No, no lo será, ¿verdad?

Su cara permaneció sombría cuando tomé su mano en la mía y la volví para examinarle los dedos. No quería tocarlo, y mucho menos amputarle los dedos, pero no se podía hacer otra cosa. Coloqué sobre una piel de newl una aguja e hilo de mi bolsa de costura. Desenvainé mi cuchillo de matar focas. Lo puse sobre la hoguera hasta que se volvió caliente y negro de carbón. Entonces le amputé los dedos. Mientras él apretaba los dientes y gruñía e intentaba contener el dolor, corté su dedo corazón e índice a la altura de los nudillos, y el siguiente hasta la palma. Rápidamente, restañé la sangre con el cuchillo caliente y cosí los muñones. Mientras sostenía su mano, no pude dejar de advertir cuánto se parecía a la mía propia. (Pese a toda su profunda amargura con la Orden, aún llevaba su anillo de piloto en su meñique. No creo que se lo quitara nunca, a menos que tuviera que amputar también

aquel dedo, y el anillo cayera solo).

Cuando terminé de coserle los dedos, le di un tazón de té cha para preparar su cuerpo contra la infección. Se miró la mano con el disgusto escrito en los labios. Estaba mareado por el dolor, curiosamente charlatán.

—Un trozo de cristal me hiere los dedos, estropeando la circulación, y éste es el resultado, ¿eh? Un hecho engendra otro, una y otra vez, como solía decir el Guardián del Tiempo. Si Justine no me hubiera hecho..., si yo no la hubiera golpeado, ¿qué habrían sido nuestras vidas? Es duro dejar de pensar sobre eso, Piloto; no se pueden evitar los pensamientos. Ella está muerta, por mi culpa. Y ahora, casi en casa, pero..., pero no, los alaloi no mueren por perder los dedos, ¿no?

Durante los días siguientes hicimos lentos progresos mientras él aprendía a dirigir su trineo con una sola mano. Sus dedos sanaron rápidamente, y pronto pudo manejar las correas entre el pulgar y los muñones con bastante habilidad y sin sentir auténtico dolor. Una noche, mientras yo racionaba nuestras últimas nueces baldo, admitió que a veces sentía un dolor espectral allá donde antes habían estado sus dedos. Odiaba ese dolor.

—Es una lástima que no trajéramos skotch —dijo—. ¡No me mires así, Piloto! No es que el dolor espectral sea tan duro de soportar; es que me recuerda los trucos que nos juegan nuestros nervios y nuestro cerebro. Todo es tan *incierto*, ¿no?

Yo también sabía de esos trucos del cerebro. Yo mismo, mientras recorríamos las grietas de la placa de hielo, fui atormentado por esos trucos. ¿Por qué vemos lo que vemos, oímos lo que oímos? ¿Cómo es que los nervios pueden beber información del mundo exterior? ¿Cómo sacan nuestros cerebros sentido de esta información? ¿Es cierto, como sostenía el antiguo akáshico Huxley, que nuestros cerebros no son más que válvulas reductoras que limitan nuestra realidad, reduciendo nuestra percepción del universo para que no nos volvamos locos por un interminable aluvión de sensaciones, datos, visiones, colores, olores, sonidos, pensamientos, calor, frío, bits y bytes, un devorador océano de información?

Una tarde (fue el día cuadragésimo segundo, creo), mientras yo sondeaba con mi vara yu lo que creía que era una grieta, los cambios en mis sentidos me abrumaron. Advertí que la semilla divina debía haber abajado en otras partes de mí, no sólo en mi cerebro. Había roído su camino como un gusano por mi nervio óptico hasta mi ojo, rediseñando y reemplazando los ganglios nerviosos con neurológicas. Mi visión fue diferente, sutilmente diferente al principio, y luego muy diferente. Parpadeé contra el brillo metálico de los brotes de hielo. Vi nuevos colores y extraños matices y sombras imbuidos dentro de los viejos colores verde, rojo y azul. Contemplé el espectro hasta el ultravioleta donde los colores (los llamé brillig, mimsy y alto purp) rebullían con un fuego indescriptible. Esa noche, cuando el sol se despojó de sus túnicas doradas, y los escarlatas y rosados sangraron del cielo, contemplé los colores del calor, el brillo

y el arrebol del infrarrojo. Los picos irregulares de Urasalia, al sur, eran carmesí, mucho más nítidos que el rojo brillante del mar de hielo. El aire estaba cubierto de colores diversos: con fulgor y un brillante resplandor y la lava rubí destellando de los cuerpos cálidos de los perros mientras Soli los desenganchaba. Mis ojos (y oídos) habían cobrado vida hacia radiaciones de muchos tipos. Tuve miedo de mirar hacia el cielo, temeroso de beber del murmullo gamma y el susurro de las distantes galaxias. Con dificultad, saque sentido de toda esta información. El ojo normal (el ojo humano) reacciona a un solo fotón, un simple «ping» de radiación que golpea la retina, el menor de los hechos cuánticos. Pero el cerebro ignora esas reacciones, reduciendo el ruido de sus propias células nerviosas de forma que son necesarios al menos siete fotones para que el cerebro vea luz. Mi nuevo cerebro era sensible a un solo fotón. Era sensible a muchas más cosas. Cuando el viento moría y todo quedaba quieto, oía el siseo y el rumor de fondo de las moléculas Individuales chocando, rebotando, separándose y volviendo a chocar. A todo mi alrededor, en mis ojos, mi nariz, mis oídos, había ruido. Tardé muchos días en integrar este ruido; pasaron muchos días antes de que las compuertas de mi nuevo cerebro cortaran el ruido y me permitiera tumbarme en mis pieles y pensar en paz.

A pesar de estas distracciones, con cada kilómetro que recorriamos nos acercábamos más al Guardián del Tiempo. Cada día encontrábamos uno de sus campamentos nocturnos abandonados, y buscábamos los huesos roídos de talo (evidentemente había matado a uno de aquellos pájaros grandes y escurridizos), la mierda de perro y los bloques de nieve derribados, en busca de signos de tiempo. La distancia del Guardián del Tiempo (cuatro días cuando partimos) se había reducido a un día nada más. Con nuestra velocidad, probablemente estaba a treinta y cinco kilómetros por delante de nosotros, donde el mundo se curvaba hacia el cielo.

El día cuadragésimo séptimo nos detuvimos a cazar focas. Igual que anteriormente, tuve suerte. Matamos tres focas pequeñas. Las abrimos rápidamente y almacenamos la carne en mi trineo.

—El Guardián del Tiempo no ha sido tan afortunado —dijo Soli—, ¿por qué tienes tanta suerte cada vez que cazas a tu doffel? ¿Cuántas veces ha abierto un akliá el Guardián del Tiempo..., seis? Y ni una sola foca. Está perdiendo tiempo. Probablemente está hambriento y débil. Lo atraparemos pronto, ¿no?

Pero no lo atrapamos tan pronto como me habría gustado. El día siguiente fue mucho más cálido de lo que hubiera debido ser, demasiado cálido. Una masa de aire caliente había llegado del sur. El cielo era una sólida extensión sin fisuras de nubes blancas sobre el blanquigrís mar helado; la choza, las pieles grises y congeladas de Soli mientras se inclinaba para aprestar los patines de su trineo, se perdieron en la blancura circundante. Aunque yo estaba cerca de su trineo (tal vez a tres metros), parecía medio kilómetro. En la blancura, las distancias se expandían o se encogían

extrañamente. El hielo a nuestro alrededor estaba mellado con fisuras y pliegues, casi como una alfombra fravashi después de que un piloto aspirante la haya cruzado con patines de acero. Pero era difícil distinguir sus rasgos individuales porque no había sombras que mostraran las ondulaciones y súbitos claros en el paisaje helado. Olí las tintineantes agujas de humedad, además de los normales olores matutinos de sangre de foca, mierda y café. Después de que Soli tensara las correas de su último perro, Zorro, se me acercó y señaló al cielo.

—Nieve —dijo—. Antes de que acabe la mañana.

—Podemos avanzar siete kilómetros antes de que nieve.

—Es demasiado peligroso. ¿Qué son siete kilómetros?

—Siete kilómetros son siete kilómetros —dije.

—Es imposible ver a siete kilómetros. Las malditas nubes.

—Iremos kilómetro a kilómetro.

—Nevará antes de que hayamos recorrido uno.

—Entonces iremos metro a metro hasta que nieve.

—Eres un bastardo tenaz, ¿no?

—Ya deberías saberlo —dije.

Habíamos recorrido aproximadamente un kilómetro cuando grandes copos de algodón empezaron a caer del cielo. Soli iba por delante, y sus perros juguetones daban saltos de un lado a otro, estornudando y mordiendo los copos en el aire. Debí de haber prestado más atención a los perros y pedir que nos detuviésemos de inmediato, pero estaba distraído con los colores de los cristales de seis caras mientras me golpeaban la nariz y me picoteaban los ojos. A través de la tormenta de nieve llegó un grito, como si un gran oso blanco se hubiera cortado la zarpa con una lasca de hielo. De repente, Leilani y los otros perros de Soli empezaron a ladrar a coro. Y entonces se perdieron en la tormenta, tirando de su trineo y de Soli, que maldecía. No pude dejar de pensar que aquellos blandos perros de ciudad nunca habían visto a un oso antes, o de lo contrario habrían metido el rabo entre las piernas, se habrían dado la vuelta y habrían huido en vez de correr a ciegas.

Mis perros no necesitaron ningún acicate para seguir a los de Soli. El viento y el hielo picotearon mi cara cuando Kuri y Neva y los otros se debatieron contra sus arneses. En un instante surcaron la nieve casi tan rápidamente como una goleta de los hielos. Me así a la barra del trineo y hundí las botas en la nieve. Esto nos frenó un poco. En vano silbé a los perros. Probablemente habríamos chocado contra el trineo de Soli si Leilani no hubiera soltado un agudo y lastimero aullido. Los otros perros de Soli ladraron llenos de pánico cuando el puente de nieve sobre una hendidura se quebró. Leilani y Zorro (y Finnegan, Huchu, Samsa y Pakko, junto con Soli y su trineo), cayeron por el borde, uno tras otro, tirando cada uno del siguiente como piedras conectadas, y desaparecieron en una grieta en el mar de hielo. Kuri, mi perro

guía, lo vio y se detuvo en seco antes de acercarse demasiado. Se acurrucó en la nieve, ladrando mientras olisqueaba el aire de la hendidura.

Salté del trineo y me asomé, A cuatro metros por debajo, en el fondo de la hendidura, había un mar negro y agitado, El pesado trineo se hundía lentamente, empujando a los frenéticos perros uno a uno. Al principio pensé que Soli debía de haber quedado atrapado en el trineo. Estaba muerto, pensé, el gran piloto había muerto por fin. Busqué su cadáver en el montón flotante que antes había sido el puente de hielo, pero no lo vi. Entonces le oí gritar:

—¡Mallory, ayúdame!

Colgaba de la pared irregular de la hendidura, justo debajo de mí. De algún modo, había liberado su lanza mientras caía a la hendidura. Debió de saltar del trineo en el último momento y había clavado su lanza en la pared de hielo podrida y resquebrajada, aupándose fuera del agua.

—Mis piernas..., hace tanto frío.

Le lancé una cuerda y lo icé. Fue más difícil que sacar de su agujero a una foca de dos hombres. Se había mojado las piernas y la mitad de su torso en el agua asesina. Sus piernas estaban tan entumecidas que no podía utilizarlas para impulsarse por la pared, para ayudarse a salir de la hendidura. Los hombros parecían querer salirse de sus articulaciones, pero por fin lo agarré por el cuello de sus pieles y lo aupé. Casi cayó encima de mí. Se quedó allí, jadeando, mientras la nieve caía en oleadas y yo le quitaba las empapadas pieles.

—Hace tanto frío, déjame morir.

Solté las cuerdas de mi trineo y le enterré en mis pieles sin desenrollar. La nieve era densa como la piel de un oso, e hice dar media vuelta a los perros y regresé a nuestra choza. Nos abrimos paso a través de la tormenta como piojos ciegos. Tuvimos suerte de encontrar nuestra choza medio enterrada bajo un montón de nieve. (Tuvimos suerte, también, de no toparnos con el oso. Tal vez Totunye había caído en la hendidura junto con los pobres perros de Soli).

¡Qué frágil es la vida del hombre! Si su temperatura baja unos pocos grados, empezará a temblar. Si baja un poco más, empezará a morir. Arrastré a un moribundo Soli a la choza. Lo saqué de las pieles, encendí la hoguera y puse el agua a hervir. Pensé que, si podía darle un poco de café, podría calentarle. Pero no tenía tiempo de hacer el café. Sus violentos temblores se detuvieron bruscamente cuando cayó en la inconsciencia, el coma de la hipotermia. Su piel estaba azul; su respiración era entrecortada y dificultosa. Le toqué la frente. Estaba fría como el hielo.

Porque estaba muriendo, porque era, en verdad, mi padre, le desnudé y me apretujé con él en las pieles. No podía hacer otra cosa. Sentí contra mi cuello la suavidad de la piel de shagshay; mi pecho desnudo presionó su espalda velluda. Sus piernas frías y entumecidas estaban junto a las mías. Estaba tan cerca de él que no me

atrevía a abrir la boca, o su largo pelo se me habría metido dentro. Lo rodeé con mis brazos. Los devaki, cuando necesitan calentar a un cazador helado, adoptan esa postura íntima tan repugnante. Yo no podía soportar tocarlo, pero me encontré abrazándolo con fuerza, apretándolo contra mí, dejando que el calor de mi cuerpo fluyera a él. Lo sostuve de esta forma durante mucho tiempo. Las pieles atraparon el calor, y empezó a temblar. Eso era bueno, porque había cobrado vida lo suficiente como para crear su propio calor. Todavía medio dentro de las pieles, preparé café. Le llevé el tazón a los labios, animándole a beber. Permanecimos allí tendidos durante casi todo el día, y por fin, cuando pudo comer, cociné filetes de foca, que acompañamos con salsa de grasa líquida. La comida lo revivió lo suficiente como para que me mirase y dijera:

—No fuiste tú quien trató de asesinarme, ¿no?

—No, Soli.

—Entonces, la muerte de Justine, mi participación en la guerra de los Pilotos..., todo fue una locura, ¿verdad? Un error estúpido.

—Fue una tragedia.

—Sí, es irónico. —Sus dedos acariciaban las pobladas cejas sobre sus ojos—. Después de abandonar a Justine, después de que yo la golpeará, no hubo punto de regreso, no para nosotros, no para mí. Ése fue el peor momento de mi vida. Este cuerpo alaloi mío..., podría haber hecho que lo reesculpiaran, pero lo conservé como recuerdo. Como penitencia. Y ahora, si no fuera por este grueso cuerpo y tu ayuda, bueno... el agua me habría matado.

Aunque cada uno se había deslizado hacia los extremos opuestos de las pieles, aún estábamos muy cerca. Olí su aliento, que apestaba a café y acetona, el hediondo resultado de nuestra comida basada exclusivamente en carne, de nuestros cuerpos quemando proteínas por glucosa. Olí otras cosas en él, principalmente furia, miedo y resentimiento.

—No deberías de haberme ayudado —dijo—, pero no pudiste dejar de hacerlo, ¿verdad? Es tu venganza.

—No.

—Sí, te encanta sentirte santo, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir? —pregunté, aunque lo sabía perfectamente.

—Incluso antes de tener el más mínimo motivo... ¿Recuerdas aquella noche en el bar? ¿Cuando Tomoth te llamó bastardo? No pudiste controlar tu temperamento, ¿eh?

—Entonces no tenía autocontrol.

—La herencia es el destino —citó.

—No creo en eso —dije, mientras escupía al fuego.

—¿Qué crees?

—Creo que podemos cambiarnos a nosotros mismos, reescribir nuestros

programas. Finalmente somos libres.

—No. Te equivocas. La vida es una trampa. No hay salida.

Permaneció en silencio, sumido en sus pensamientos, mientras masticaba el trozo de carne asada. Su estómago delgado y velludo subía y bajaba, subía y bajaba, mientras inspiraba el aire relativamente caliente del interior de la choza. Deglutió.

—Hablemos de los fravashi, esa extraña raza que tanto te gusta. El Guardián del Tiempo debería de haberlos desterrado de la Ciudad. Sus enseñanzas, esta noción de destino final, de..., ¿cómo lo llamas?..., ananke. Los has escuchado más de lo debido, ¿no?

Yo nunca había oído hablar a Soli tan filosóficamente antes, así que lo dejé continuar.

—¿*Libre albedrío*? ¿Has pensado en ese término, de la forma en que los fravashi lo emplean? Es una contradicción, como «pesimismo alegre» o «fatalidad feliz». Si el universo está vivo y es consciente, como crees, si se mueve hacia delante..., si tiene un propósito, entonces todos somos esclavos porque nos mueva o nosotros como si fuéramos piezas en un tablero de ajedrez, Y no sabemos nada de ese juego superior, ¿no? Entonces, ¿dónde está la libertad? Está bien hablar de ananke, de esta mezcla de nuestras voluntades individuales con la superior, ¿es eso lo que crees?, pero para los seres humanos ananke significa odio, amor desesperado, desesperanza, muerte.

—No, no comprendes.

Escupió un trozo de cartílago contra el suelo de nieve prensada.

—Ilumíname —dijo.

—Somos finalmente libres, pero no totalmente libres. Somos libres dentro de algunas limitaciones. En el fondo, nuestras voluntades individuales son parte de la voluntad del universo.

—¿Y crees eso?

—Es lo que enseñan los fravashi.

—¿Y cuál es la voluntad del universo? —preguntó, mientras metía un puñado de nieve en la cafetera.

Fuera, la tormenta cubría la choza de nieve. La pared norte, la única pared descubierta, brillaba gris con la luz que atravesaba los bloques de hielo.

—No lo sé —dije.

—¿Pero crees que podrás descubrirlo?

—No lo sé.

—Es un pensamiento arrogante, ¿no?

—¿Por qué si no estamos aquí? Descubrimiento o creación..., al final todo es lo mismo.

—Sí, ¿por qué estamos aquí?..., la cuestión capital y trivial. Estamos aquí para sufrir y morir. Estamos aquí porque estamos aquí.

—Eso es puro nihilismo.

—Eres tan arrogante —dijo él, y cerró los ojos y apretó los dientes, casi como si estuviera dormido—. Crees que hay una salida para ti mismo, ¿no?

—No lo sé.

—Bien, pues no hay salida. La vida es una trampa, no importa en qué nivel la vivas. Siempre hay una serie de trampas cada vez mayores. El Guardián del Tiempo tenía razón: la vida es un infierno.

—Somos creadores de nuestros infiernos.

Saltó del lecho de nieve y se quedó desnudo en el suelo. Bajo su piel, sus músculos eran largos y planos, como cuerdas de cuero envolviendo madera. Su delgada sombra cortaba las paredes blancas y curvas.

—Sí —dijo lentamente—. La mitad de mi infierno fue creado por mí, y tú creaste por mí la otra mitad.

Mis labios y mejillas ardían con el aire caliente, y me burlé de él diciendo:

—La herencia es el destino.

—¡Maldito seas!

—Somos creadores de nuestros cielos —dije en voz baja—. Podemos crearnos a nosotros mismos.

—No, es demasiado tarde.

—Nunca es demasiado tarde.

—Para mí lo es. —Se untó grasa de foca en el rojo tejido cicatrizado de sus muñones—. Arrogancia, por todas partes tanta arrogancia..., me pone enfermo. Pero pronto no habrá más. —Me dirigió una mirada de resentimiento, de pavor, de odio—. En toda la tribu devaki no hay un solo hombre que esté cansado o avergonzado de ser un hombre, que quiera ser más de lo que es. Y por eso nunca volveré a la Ciudad.

Esa noche tuve sueños de futuro, del futuro de Soli y del mío propio. Lo vislumbré hasta el amanecer, y bebí más café y vislumbré durante todo el día. Quise mostrarle lo que había visto, decirle que la vida no es una trampa, al menos no más trampa de la que hacemos con las puntas afiladas de nuestros fríos huesos y las fibras de nuestros retorcidos corazones. Quise decirle lo más simple de todo. En cambio, me levanté y empecé a ponerme mis pieles.

—Pronto dejará de nevar —dije—. Antes del anochecer.

Soli estaba sentado en sus pieles mientras colocaba una nueva hoja de pedernal en su lanza (la antigua hoja se había roto en la pared de la hendidura). Me miró con el odio que reservaba para los scrytas y no dijo nada.

—El Guardián del Tiempo está cerca —dije—, a treinta kilómetros al noroeste; tres de sus perros están enfermos en su choza, y el akliá que abrirá hoy estará vacío.

—Cháchara de scrytas.

—Si viajamos toda la noche, le sorprenderemos por la mañana.

—Si viajamos toda la noche, nos caeremos en la primera hendidura que encontremos.

Empecé a cortar calcetines para los perros de un trozo de piel de newl.

—No —le dije—. Sé dónde están las hendiduras.

—Daremos vueltas en la oscuridad.

—No. Saldrán las estrellas. Nos guiaremos por ellas.

Sonrió ante este viejo dicho e inclinó la cabeza.

—Muy bien, Piloto, nos guiaremos por las estrellas, si salen.

Cuando cayó la noche, el viento soplabá del norte, barriendo los restos de nubes y aire caliente. Hacía mucho frío. El cielo era tan negro como la túnica de un piloto, y estaba lleno de estrellas. Al norte, Shonablinka iluminaba el borde de oscuridad; al oeste, la disposición hexagonal del Anillo Fravashi parpadeaba sobre el horizonte. Condujimos el trineo a través de la nieve nueva y sedosa, hacia el oeste. Los perros debieron pensar que estábamos locos, viajando de noche a través de nieve que llegaba a la altura del pecho (del pecho de ellos, naturalmente), sorteando las grietas que pudieran encontrarse bajo sus patas cubiertas. La noche se volvió de un frío profundo. El aire era como oxígeno congelado: sentía los labios tan entumecidos que no podía silbar, ni hablar. Recorrimos en silencio el paisaje que había visto en mi visión de scryta, cada brillante pliegue y ondulación. No tropezamos con ninguna hendidura. Nos detuvimos sólo una vez, a calentar agua para el café. Mantuve los ojos fijos en las estrellas y en el horizonte bajo ellas. En la penumbra, poco antes del amanecer, vi un pequeño montículo de nieve que brotaba del inmenso monte blanco del mundo.

—Allí está —resoplé, y señalé—. La choza del Guardián del Tiempo. ¿La ves?

—Sí, allí está. Tenías razón.

Silbó a Kuri (y cómo me maravillé de su hermoso silbido, de su forma de tratar a los perros) y, con el viento azotándonos la cara, nos deslizamos sobre el mar cubierto de nieve.

CAPÍTULO 29

El secreto de la vida

Cuando los fravashi se convirtieron en pueblo, el Dios Oscuro bajó de las estrellas y habló al Primer Padre Menor del Clan del Diamante Mente Cantora. «Primer Padre Menor», dijo, «si prometo decirte el secreto del universo dentro de diez millones de años, ¿accederás a escuchar mi canción?».

El Primer Padre Menor ansiaba nueva música, así que le dijo: «Llena mis gaitas; enséñame tu canción».

Así, el Dios Oscuro cantó su canción, y pasaron diez millones de años mientras el Clan del Diamante Mente Cantora guerreaba contra el Clan de los Fieles Tocadores de Pensamientos y los otros clanes, y durante este tiempo de los fravashi sólo hubo esta única y temible canción.

Cuando el Dios Oscuro regresó, le contó al Primer Padre Menor el secreto del universo. «No comprendo», dijo por fin el Primer Padre Menor.

Y el Dios Oscuro se rio de él y dijo: «¿Cómo esperabas comprender? Tu cerebro no ha cambiado nada en diez millones de años».

El Primer Padre Menor reflexionó sobre estas palabras y exclamó: «¡Dios mío! ¡No pensé en eso cuando hicimos el trato!».

—Parábola fravashi.

Nos acercamos al Guardián del Tiempo desde el sur a primera hora de la mañana. Había construido su choza a unos quince metros de una hendidura recién abierta. A setenta y cinco kilómetros de distancia, el amanecer revelaba a Kweitkel; la montaña sagrada era como un gran pilar azul y blanco que sostenía el borde occidental del cielo. Cuando el Guardián del Tiempo nos vio patinar hacia su choza desde el sur, debió pensar que éramos cazadores devaki que regresaban a casa. Nosotros queríamos que creyera eso. Habíamos dado la vuelta hacia el sur para que así lo creyera. En realidad, aunque hubiera adivinado quiénes éramos, no le dimos tiempo para aprestar su trineo, para cargar sus pieles y comida (la poca que le quedaba), enganchar a sus perros y huir. Nos deslizamos hacia su campamento poco después de las primeras luces, y él nos recibió ante su choza, esperándonos amablemente al estilo devaki, con humeantes tazones de té de sangre.

—*¡Ni luria la!* —exclamó—, *¡Ni luria la!* —Con sus pieles blancas, que cubrían casi toda su cara excepto sus ojos negros, parecía tan vigilante como un lobo.

—*¡Ni luria la!* —respondí.

De inmediato, tres perros hambrientos salieron del túnel de su choza y corrieron entre los nuestros, olisqueando y lamiendo sus negras narices. El Guardián del

Tiempo debió reconocer mi voz al momento; debió ver que nuestro trineo era un trineo de ciudad, que nuestros perros eran perros de ciudad que saludaban a sus perros agitando la cola y lamiendo con sus rojas lenguas. Colocó los tazones de té de sangre en la nieve, ignorando al mayor de sus perros, que empezó a lamer nuestra bebida de bienvenida. Se quitó la capucha. Su lisa cara marrón brillaba por efecto de la grasa, crispada con la marca del torvo humor y la fatalidad.

—De modo que el bastardo Ringess me ha seguido. ¿O debería llamarte «Lord Piloto»? ¡Ja!

Antes de que nos detuviéramos, Soli se bajó del trineo con la lanza en la mano, apuntando al vientre del Guardián del Tiempo.

—Leopold —dijo el Guardián del Tiempo—. ¿Has hecho las paces con tu hijo? Dime, ¿aguanta aún la Ciudad? ¿Cómo escapasteis a mi vieja bomba?

Soli apretó los dientes con tanta fuerza que la sangre corrió por su nariz. Pude ver que ansiaba empalar al Guardián del Tiempo.

—¡Espera! —dije.

—Sí, espera —repitió el Guardián del Tiempo.

Rápidamente le informé de que parte de la Ciudad había sido destruida, de que mi madre y seis mil personas más yacían congelados en una fosa común. Le dije cómo había muerto mi madre para salvarme del cuchillo asesino de su clon.

—Sabía que la bomba era vieja —dijo—. Muy vieja.

—Eres un asesino —acusó Soli. Levantó una lluvia de nieve mientras afianzaba su pie.

—Y aquí estoy, un asesino perseguido y atrapado por asesinos.

El puño de Soli se tensó en torno a la lanza. Vi con seguridad que estaba a punto de matar al Guardián del Tiempo. Observé los programas de asesinato que empezaban a ejecutarse. Pero me sorprendió. Miró al Guardián del Tiempo de arriba abajo y preguntó simplemente:

—¿Por qué la Ciudad? ¿La Ciudad que fundaste hace tres mil años? ¿Es eso cierto?

El Guardián del Tiempo exhaló una bocanada de vaho y se volvió hacia mí.

—De modo que has estado dentro de la diosa y te ha hablado. ¿Qué te dijo sobre mí, Mallory?

—Dijo que eras el ser humano más viejo, que llevas miles de años vivo.

—¿Qué edad tengo? ¿Qué dijo?

—Dijo que vives al menos desde el Siglo del Holocausto.

—Soy viejo, es cierto.

Bajé del trineo y me coloqué junto a Soli, que dio un paso más hacia el Guardián del Tiempo; éste retrocedió en dirección a la hendidura.

—¿Qué edad tienes? —pregunté.

—Soy viejo —dijo—. Muy viejo. Más viejo que la nieve. Más viejo que el hielo del mar.

—Tendrás que pagar por tus crímenes —dijo Soli.

Sin ninguna razón en especial, el Guardián del Tiempo miró al cielo. Vi el viejo infierno borboteando en sus ojos negros, y supe que ya había pagado sus crímenes con trozos de su alma. Aún estaba pagando; nunca dejaría de pagar.

—Es tan rápido —dijo—. Todas las vidas humanas suceden tan rápidamente, unos pocos segundos nada más. ¿Es un crimen acabar piadosamente con sus vidas antes de que el tictac se pare por su cuenta y mueran de muerte natural? ¡Dime!

Pero ni Soli ni yo teníamos nada que añadir sobre la naturaleza del crimen, así que no dijimos nada.

—La Ciudad ha tenido su tiempo —dijo el Guardián del Tiempo—. La Orden también. Sabéis por qué hice lo que hice.

—¿Tuviste que matar a mi madre, entonces?

—Fue mi doble quien la mató, no yo.

—No, tú la mataste.

Cerró el puño.

—A tu madre y a ti —rugió—, el bastardo Ringess con tu cerebro alterado, tus nuevas ideas descabelladas, la condena de la raza humana.

—Nunca me habrías matado —dije, quitándome el hielo de las pestañas.

—Una vez traté de salvarte, ¿recuerdas? Te salvé porque te amaba como a un hijo. —Miró rápidamente a Soli, y se volvió hacia mí—. ¿Aún tienes el libro de poemas? Quería salvarte de la diosa. ¡Te salvé demasiado bien, maldito sea por intentarlo!

Me acerqué a él. Rascaba las orejas de Tusa, sin mirar a la lanza alzada de Soli. Chorros de vaho brotaban de forma lenta y acompasada por su nariz. Olí su piel agria, su sudor, su carnívoro aliento. Tenía miedo de algo. Su rostro era más duro que ningún otro rostro humano que jamás hubiera visto, pero el miedo estaba tallado en él. Me acerqué más, colocándome entre el Guardián del Tiempo y Soli, que empezó a maldecir y se apartó para seguir teniéndolo a tiro, por si decidía atravesarlo después de todo.

Me froté las mejillas y traté de calentarlas para que mis palabras no sonaran difusas.

—Cuando el Lord Imprimatur estudió el ADN de tu clon, no encontró nada.

—¿Y? No hay nada que encontrar.

—Las Antiguas Eddas —dije—. El secreto de los ieldra.

—¡Paparruchas!

—La Entidad me dijo que su secreto estaba inscrito en tus cromosomas.

—¡Paparruchas!

—¿Qué sabes de los ieldra?

—¡Mierda para los ieldra!

—¿Por qué me advertirían los ieldra, nos advertirían a todos, contra la diosa?

Hundió el puño en su mano enguantada.

—¿Por qué esto? ¿Por qué aquello? ¿Por qué, por qué, por qué? —gritó.

—¿Qué edad tienes? —pregunté.

—Soy viejo como la piedra.

—¿Qué te hicieron los ieldra? Necesito saberlo.

—¡Mierda!

Me acerqué más; él retrocedió un paso.

—Dime, Kelkemesh. He venido hasta tan lejos para saberlo.

Cerró los ojos e hizo una mueca. Con la boca abierta, echó la cabeza hacia atrás como si estuviera a punto de gritar. Era la primera vez que le veía cerrar los ojos.

—Así que sabes mi nombre; entonces, lo sabes todo. ¿Qué queda por decirte, eh?

—El secreto.

—¿Qué edad tienes? —preguntó Soli.

El Guardián del Tiempo me apuntó con su barbilla y abrió los ojos. Extendió la palma de la mano, apartando a Soli.

—Nací hace treinta mil años —dijo—. Años de la Vieja Tierra. ¿Necesitas saber exactamente cuántos? Treinta mil ciento cuarenta y dos años. Treinta mil ciento cuarenta y dos años, dieciocho días y cinco horas —dijo, mientras sacaba un reloj de oro plano de sus pieles y lo abría—, y quince minutos, doce segundos, trece, catorce, quince..., ¿cuántos segundos más tengo? Si los ieldra se salieran con la suya, viviría eternamente. ¡Ellos me *hicieron* para que viviera eternamente, malditos sean! Es mi finalidad, dijeron. Su finalidad.

—Eso es imposible —dijo Soli. Se colocó al otro lado, de forma que el Guardián del Tiempo quedó entre la hendidura y él—. Nadie puede vivir tanto.

—¡Ja, Leopold, te equivocas! ¿Te lo cuento? Un día, hace mucho, cuando los bosques de la Vieja Tierra eran verdes y tan sin fisuras como la túnica de un mecánico, bajaron del cielo y me dijeron que me habían escogido para llevar su mensaje. ¡Malditos dioses! Nunca vi sus cuerpos; no creo que los tuvieran, tal vez nunca hayan tenido malditos cuerpos. ¿Tienen los dioses cuerpos como los hombres? Aparecieron como bolas de luz, brillantes bolas azules como las llamas más calientes de un fuego de leña. Me dijeron esto: Dijeron que la Tierra (incluso mi Tierra de hace treinta mil años), dijeron que estaba demasiado llena de hombres. Las luces del cielo eran estrellas, dijeron. Pronto los hombres dejarían la Tierra y deambularían entre las estrellas. Pensé que me estaba volviendo loco. No, me dijeron, no me estaba volviendo loco; yo era uno de los ciento veinticinco inmortales escogidos para llevar el mensaje de los ieldra a través del tiempo. Para llevar su maldito mensaje, y así los

seres humanos, cuando aprendiéramos a quemar el combustible de las estrellas, escucharíamos la voz de la sabiduría y no nos volveríamos locos y no nos quemaríamos a nosotros mismos con la luz de las estrellas o con otras luces celestiales. Los ieldra..., ¡malditas sean sus caras sin cara!..., los ieldra dijeron que sus espíritus estaban preparados para vivir dentro de un cielo tan grande y negro que ni siquiera la luz estelar podría escapar de la negrura. Un agujero negro, dijeron. No comprendí ni una palabra de todo su galimatías, naturalmente. Me dijeron que lamentaban dejar sola a la raza humana, desnudos en nuestra ignorancia. «¡Desnudos!», les dije. «¡Ignorantes!». ¡Yo llevaba la piel de un lobo que había matado con mis propias manos, y sabía el nombre de todas las plantas y animales del bosque! Los ieldra no se rieron de mí porque no tenían boca, pero los oí susurrar y reír dentro de mí, lo mismo daba. Entonces me abrieron, los malditos dioses. Me llenaron de su ovillo, hasta mi último trozo, trabajaron cada célula de mi cuerpo, hasta el último hilo de ADN. ¡Alteraron mi semilla, mi alma maldita! No comprendí lo que hacían. Estaba tan asustado que me partí los dientes con mi propio puño. Ardía de dentro a fuera. Sentía como si hubiera tragado sebo caliente, como si hubiera comido el hongo mágico y muriera de fiebre, todo al mismo tiempo. Después de eso, me dejaron a mi destino. Introdujeron su consciencia en el núcleo de la singularidad, y me dejaron para que vagara por la Vieja Tierra durante más de treinta mil años. Mis dientes pronto volvieron a crecer, naturalmente, una, dos, muchas veces, mis malditos dientes, cada vez que me los sacaba. Me dejaron con estos hermosos dientes blancos, para morder la amarga raíz de la inmortalidad, para saborear la fruta del mundo una y otra y otra vez hasta que me sentí tan hastiado del mundo que podría haber muerto. Pero no podía morir, y ése era el infierno. Ahora ya lo sabes.

Bajé la cabeza un momento, pensando en los dioses y la inmortalidad. La nieve me llegaba a las rodillas; era tan polvorienta y seca que podía ver cada cristal de hielo caer a los agujeros que hice mientras me acercaba al Guardián del Tiempo, me acercaba a Soli.

—El mensaje en tu interior... —le dije al Guardián del Tiempo—. ¿No quieres saberlo?

—No.

—Inscrito en tu ADN.

Volvió a hacer una mueca, revelando sus dientes largos y blancos.

—No, no hay nada más que desinformación y ruido.

—¡Son dioses! ¿Por qué dudas del mensaje de los dioses?

—Porque mienten —dijo—. Los dioses mienten.

Soli recorrió la nieve, trazando primero un círculo a la derecha, luego a la izquierda. Su mano se apretaba con fuerza al mango cubierto de cuero de la lanza mientras con la otra se frotaba su sangrante nariz. Hacía retroceder al Guardián del

Tiempo hacia la hendidura.

Me llevé una mano desnuda a los agrietados labios.

—Los otros inmortales..., ¿qué les sucedió? —pregunté—. ¿Dónde están?

—Están muertos —me dijo el Guardián del Tiempo—. Los ieldra nos hicieron inmortales, pero se nos podía matar. Una piedra en la frente, un cuchillo... —miró directamente a Soli—, una lanza a través del corazón..., hay formas.

—¿Todos ellos? ¿Muertos por accidente?

—La Vieja Tierra era un lugar muy violento.

Vi que estaba mintiendo, o al menos que me ocultaba parte de la verdad. Observó a Soli rodearle, observó la punta de la lanza que brillaba dorada mientras capturaba la luz del sol.

—Los mataste, ¿verdad? —pregunté bruscamente.

Alzó la barbilla y me miró a los ojos.

—Muy rápidamente, Mallory. Siempre demasiado rápidamente. Los cacé como a ovejas, a todos, uno a uno, incluso a los cinco, ¿te digo sus nombres?, incluso a los cinco inmortales que escaparon del Holocausto y huyeron al multipliegue.

—Lástima —dije.

—Habían vivido demasiado y el secreto tenía que ser conservado, ¿no?

—¿Y tú eres el guardián del secreto?

—Soy el Guardián del Tiempo, y lo he sido todo este tiempo.

—Decodificaste las Eddas..., ¿me equivoco? Dime qué es lo que dicen.

—Dilo tú mismo.

—No tienes derecho a mantenerlo en secreto.

—¿Derecho? —gritó, y sus ojos se volvieron ardientes como carbones—. ¿Hablas de derechos? ¡Los malditos ieldra destrozaron mi *alma*! Ni siquiera los dioses tienen ese derecho.

Alcé el puño para mostrarle mi anillo de piloto.

—El día que recibí esto, promulgaste la búsqueda de las Antiguas Eddas. La búsqueda, entonces, ha terminado.

—No, Mallory, no ha terminado.

—Los imprimáturs podrían decodificar las Eddas de tu interior si...

—No hay nada que decodificar.

—... si te llevamos a la Ciudad.

—Entonces me llevaréis muerto. ¿Pueden el noble Ringess y su aún más noble padre matarme como a una oveja? ¡Ja!

Soli *podría* matarle, pensé; él y yo habíamos atravesado el mar sólo para matarle. Sabía que responsabilizaba al Guardián del Tiempo de la muerte de Katharine, así que, cuando movió su lanza, pensé que iba a matarle. Ansiaba hacerlo, pero se esforzaba por contenerse.

Se lamió la sangre del bigote y me dijo:

—Si quieres que este viejo asesino viva, no necesitamos todo su cuerpo. Sí, corta unos cuantos dedos y congélos. Los imprimáturs pueden decodificar las Eddas a partir del ADN de sus dedos.

Miró al Guardián del Tiempo, y el Libro del Silencio se abrió. Leí un capítulo entero del Libro. Él, el orgulloso Soli, estaba muy complacido consigo mismo por ascender a su humanidad y no alancear al Guardián del Tiempo. *Amaba* la idea de ser piadoso y gracioso en el último instante.

Los labios del Guardián del Tiempo se fruncieron en lo que podía haber sido una mueca o una sonrisa.

—Ja, ¿es esto lo que quieres?

Tras decir esto, sacudió el brazo como un látigo, y un largo cuchillo de acero brotó de su manga y cayó en su mano. Se quitó el guante de la otra mano. Con la misma facilidad con que yo podría cortar una rama seca, extendió el meñique y lo cercenó. El dedo cayó a la nieve y desapareció en un agujero lleno de sangre, que se congeló rápidamente en pequeños cristales rubí. Extendió la mano mutilada ante la cara de Soli. El blanco hueso brillaba en la herida roja oscura, pero extrañamente había poca sangre.

—Coge mi dedo —dijo. Y se inclinó y recogió el dedo del empapado agujero. Lo arrojó a la cara de Soli, que apartó la cabeza, y el dedo pasó volando junto a él, junto a mí, y volvió a caer a la nieve.

Fue un pequeño gesto de desprecio, pero el Guardián del Tiempo también había leído el Libro del Silencio. Debía saber de Soli y de desprecio. Soli se volvió loco entonces. Se dejó llevar por la ira; toda la humanidad y la gracia desaparecieron de sus ojos enloquecidos. Rechinó los dientes y bufó, y la sangre manó por su nariz. El brazo con el que empuñaba la lanza se echó hacia atrás, muy hacia atrás, con el índice recto sobre el asta apuntándome por detrás de él.

—Lee el libro, Mallory —exclamó súbitamente el Guardián del Tiempo. No supe a qué libro se refería. Traté de acercarme, de detener el arrebató de violencia que se avecinaba, pero ya empezaba a recordar, y apenas pude moverme—. El libro es para ti.

Creo que ansiaba morir. Pero la vida era un hábito demasiado fuerte y no podía morir tan fácilmente, no el Guardián del Tiempo, así que cargó contra Soli y trató de clavarle su cuchillo. Soli arrojó su lanza. Con aquella lanza había matado una vez a un gran oso blanco, y ahora mataría a un lobo humano muy, muy viejo. Aunque el Guardián del Tiempo trató de apartarse, la lanza de Soli le atravesó el pecho.

—¡Ya! —aulló el Guardián del Tiempo, lleno de dolor. Se tambaleó y se derrumbó sobre la nieve, a tres metros del borde de la hendidura.

Entonces Soli cayó sobre él, pateándole la cara y la garganta, agarró el asta de la

lanza y la removi6o hacia delante y hacia atr6s, tratando de destruir tanta carne como fuera posible y hundir la punta profundamente en el coraz6n del Guardi6n del Tiempo.

Empec6 a avanzar hacia ellos.

—¡Ap6rtate! —grit6 Soli.

Di un paso m6s, el 6ltimo paso, el paso aciago, el paso que me hab6a visto dar mil veces distintas mientras yac6a vislumbrando en nuestra silenciosa choza. No sab6a por qu6 daba aquel paso. S6lo sab6a que ten6a que darlo, que, si me acercaba a Soli, el secreto que hab6a buscado durante tanto tiempo me ser6a revelado. Mi pie pareci6 colgar en la nieve mientras se posaba. Mis m6sculos estaban casi congelados. El aire fr6o me lastimaba los ojos. Mi visi6n del futuro (el futuro que era ahora, que hab6a sido siempre y siempre ser6a) me hab6a llevado hasta aqu6, pero no m6s lejos. M6s all6 de este momento, nada. Estaba tan ciego a los momentos futuros como un ni6o que flota en el vientre de su madre est6 ciego a la luz.

—¡Bastardo! —grit6 Soli—. ¡Ap6rtate!

Arranc6 la lanza del pecho del Guardi6n del Tiempo. Entre las pieles de 6ste hab6a un agujero del tama6o de mi pu6o, y un oc6ano de sangre. Con la fuerza de un alaloi (y el frenes6 de un demente), Soli se inclin6 y lo alz6 por encima de su cabeza. Se tambale6 sobre el borde de la hendidura.

—¡No, Soli! —exclam6. Cruc6 la nieve con toda la rapidez que pude, pero estaba recordando demasiado para entrar en tempolento, y por tanto me mov6 demasiado despacio—. ¡Soli, no!

Lo agarr6 cuando soltaba el cuerpo del Guardi6n del Tiempo en la hendidura. Ca6 contra 6l; casi estuvimos a punto de seguir ambos al Guardi6n del Tiempo. Se produjo un crujido y un salpicoteo cuando el cad6ver rompi6 la d6bil capa de hielo cuatro metros m6s abajo. El Guardi6n del Tiempo se hundi6 como una piedra en las aguas negras y desapareci6. El secreto de la vida.

—¡Maldito seas, Soli!

Las focas y los peces devorar6an el cuerpo del Guardi6n del Tiempo, y el secreto de la vida pasar6a a ellos y se perder6a para siempre en las heladas profundidades del mar. Me aferr6 a las pieles de Soli, esperando que el cad6ver del Guardi6n del Tiempo subiera a flote, pero no lo hizo; nunca volver6a a subir.

—¡Bastardo! —Soli grit6 la m6s fea de las palabras mientras me agarraba el pelo con la mano buena y trataba de echarme la cabeza hacia atr6s.

Entonces tambi6n yo me volvi6 loco. ¡Qu6 delgada es la l6nea entre el amor y el odio, la raz6n y la furia! Soli y yo ca6mos sobre la nieve, golpe6ndonos como si fu6ramos perros rabiosos. Busqu6 a ciegas su garganta. Le golpe6 la nariz. Con su mano mutilada debi6 encontrar la lanza, porque la ensangrentada y helada punta se volvi6o hacia mi cara. Estoy seguro de que me la habr6a clavado en la garganta, pero

no la tenía bien cogida. Agaché la barbilla para cubrir mi garganta y di una súbita sacudida. De algún modo, la punta me arañó la frente, sobre los ojos. Sentí una caliente presión, un sonido de ruptura y sangre. El pedernal estaba en mi sangre, y su sangre, la sangre del Guardián del Tiempo congelada en la afilada punta de piedra, se fundió con mi sangre mientras Soli me hacía el corte con la lanza. Tuve la extraña sensación de que mi sangre reconocía el parentesco con la sangre del Guardián del Tiempo, que dentro de mí su sangre me susurraba, llamando a mis recuerdos más profundos. O tal vez fue el *shock* de la lanza o el brillante resplandor del sol sobre el hielo lo que me hizo recordar..., no lo sé. Agarré la mano mutilada de Soli, y la fría marea de la memoria (y la ira) me barrió.

Recordé un simple hecho genético; recordé que todos los seres humanos comparten un antepasado común: la hermandad de la sangre. Soli rodó contra mí, y su pecho presionó contra el mío a través de capas de nieve. Abrí la boca para gritar, pero la sangre que goteaba de su nariz se me metió dentro y me atragantó. Tragué su sangre, mi sangre, la sangre de su padre y abuelo, que era el Guardián del Tiempo, el abuelo de Bardo y Li Tosh también, quizás incluso el abuelo de Shanidar, el abuelo de toda la raza humana. Durante treinta mil años el Guardián del Tiempo había recorrido los continentes de la Vieja Tierra, llenando mientras tanto a las mujeres que tomaba con el flujo de sus testículos. Llenándolas de la semilla divina. No podía calcular cuántos hijos había engendrado a lo largo de los siglos. Tal vez millares. Y, en cada uno de ellos, el secreto de los ieldra se agitaba y era pasado a sus hijos y a los hijos de sus hijos, una y otra vez, de padre a hijo, de madre a hija, año tras año, de modo que en todos los continentes y océanos de todos los planetas del hombre (y también en los mundos artificiales) no vivía ningún hombre o mujer en quien no viviera el gran secreto, dormido, esperando dentro. Dentro de mí.

Rodamos sobre la nieve mientras Soli trataba de clavarme la lanza en el cuello. Pero hice una presa en su brazo (una presa que el Guardián del Tiempo me había enseñado cuando era niño), y sentí la articulación tensarse mientras rugía de dolor y odio. También Soli había recibido lecciones de lucha, y se zafó de mi presa. Levantó una rodilla y giró. Había nieve en mi boca y dentro de mis pieles. Nadaba en nieve. Las puntas de hielo picoteaban mis hombros desnudos y congelaban mi cuello. Arroyos de nieve fundida y masas empapadas de pasta de hielo helaban mi pecho. Luchamos y nos debatimos por la nieve limpia, tratando de matarnos mutuamente.

—¿Debo matarlo? —gritó Soli súbitamente. Pero no, el grito estaba dentro de él, no en su boca. Yo estaba leyendo su cara; tal vez estaba leyendo su mente. El grito estaba en mi interior.

El cerebro es sólo una herramienta...

Algo más me llamó, y cerré los ojos ante los dedos engarfiados de Soli, volví la cabeza y escuché la voz de la memoria. En cierto modo, era como una canción. Había

armonías, movimientos microscópicos y ritmos. Busqué en mi sangre, busqué el oscuro borboteo de mis cromosomas allá donde estaban escritas las Antiguas Eddas. Busqué en un lugar donde los imprimáturs habían mirado con frecuencia, en esa inútil colección de «genes basura» que componen gran parte del material genético de cada célula. Escuché a mi sangre decirme que los genes basura tenían un propósito. Se codificaban y producían las proteínas de la memoria química. No eran nada más que memoria. Los ieldra no habían pretendido que su mensaje fuera decodificado en algo tan rudo como el lenguaje humano. Su secreto, el secreto de la vida, era para ser recordado.

El cerebro es el instrumento para dirigir y leer los programas del universo.

Cada uno de nosotros lleva dentro la clave a la memoria. Sentí un ritmo en mi sangre, y era la danza precisa de la adenina y guanina, timina y citosina, y los hilos del recuerdo codificados dentro de mis cromosomas empezaron a desenrollarse. En algún lugar dentro de mí, cadenas de ADN se codificaban en busca de alanina y triptófano y otros aminoácidos, construyendo las proteínas de la memoria química para que mi cerebro la leyera. O tal vez la memoria de mi ADN ya había sido codificada en las neuronas de mi nuevo cerebro; quizá yo rememoraba al febril contacto de electrones en vez de a las imágenes en formación convocadas por las secuencias de proteínas. Proteínas/electrones..., en el fondo, ¿importaba cómo fuera almacenada la información? No, lo que importaba era la voz de los ieldra susurrando aquellas partes de las Antiguas Eddas que podía comprender. Las memorias de los dioses. El secreto de la vida, dijeron, es simple; el secreto de la vida es...

—¿Debo matarlo? ¡Decide, pues!

El hombre es un puente, dijeron.

Las cosas más simples son las más difíciles de comprender. Agarré la barba de Soli y tiré de su cabeza hacia delante y hacia atrás. Sentí que mi consciencia se extendía hacia fuera desde nuestros cuerpos forcejeantes, en círculos a través del polvo helado, extendiéndose como una alfombra de nieve sobre el paisaje congelado del mundo. Fui consciente de muchas cosas a la vez: del viento de la mañana mientras siseaba y alborotaba el hielo; del blanco pico de Kweitkel clavándose en el vientre azul del cielo; del cálido aliento de Soli estallando en mi oído. Recordé muchas, muchas cosas. Me recordé a mí mismo como realmente era. Normalmente nuestra consciencia fluye de lo interior a lo exterior y vuelta atrás, como un talo meneando la cabeza de un lado a otro. Pasamos nuestras vidas siendo conscientes de objetos y hechos, y ocasionalmente incluso somos conscientes de nosotros mismos, pero sostener ambos puntos de vista al mismo tiempo es una cosa muy rara. Recordé que era un hombre que odiaba a Soli; recordé este odio como si me viera odiándolo. Era una estupidez odiar. Mis programas de furia y odio me estaban destruyendo, aprisionando, robándome mi libertad de pensar, sentir y ser. Odiaba que mi odio me

destruyera y, sin embargo, no podía dejar de odiar.

Los seres humanos deben liberarse a sí mismos, susurraron las Eddas en mi oído interno, *deben ser libres*.

—¡Decide, pues!

Soli me arañó la mejilla con las uñas; abrió las capas de mi piel una a una. Jadeé lleno de dolor, y recordé que había una salida, el modo que había visto una vez en el hielo en el Anillo Invierno, el modo de la creación. Muchos habían cruzado antes que yo el puente de la creación. Recordé a la primera guerrero poeta femenina, Kalinda, la que amaba tanto las flores y la vida que escapó de los adoradores de la muerte en busca de los océanos curadores de Agathange. Allí, los hombres-dioses rehicieron su cerebro igual que rehicieron el mío. Ella escapó de los mundos del hombre, escapó al multipliegue. Había desnudado su cuerpo de su ataúd de carne y hueso. Había añadido a las neurológicas de su cerebro los elementos de asteroides y planetas que consumía. Ella había creado su cerebro y se había contemplado crecer, siglo tras siglo, creciendo y creando hasta que su cerebro se había vuelto tan grande como una luna, y luego muchas, muchas lunas. La mal llamada Entidad de Estado Sólido, recordé mientras me debatía contra la nieve, había sido una vez un ser humano como yo; había sido una niña pequeña a la que le gustaba ponerse flores en el pelo.

La voz de la memoria, de un anciano moribundo: *Los dioses son traicioneros y, cuando rehacen al hombre, siempre dejan algo sin hacer*.

Soli empezó a extender la mano hacia la lanza, que yacía medio enterrada en la nieve. Fue un error. Sentí los programas de su cuerpo latir bajo sus sucias pieles, correr bajo sus duros músculos hasta su brazo. Tosí al aire amargo mientras giraba y colocaba mi brazo bajo su brazo y por detrás de su nuca. *La seminson es la primera llave que te enseñaré*, me susurró el Guardián del Tiempo al oído, y fui un novicio una vez más, gruñendo sobre las blancas pieles de la Torre del Guardián del Tiempo. Y más joven aún: fui el niño Kelkemesh luchando con su padre, Shamesh, en un calvero en la Vieja Tierra. *Es una buena llave, pero la nelson es una presa mortal*. Forcé mi otro brazo bajo el sobaco de Soli hacia su cuello.

—¡Bastardo! —gritó, y recordé entonces lo que los agathanianos habían dejado sin hacer: la determinación de mi destino. Yo *podía* escoger. Podía corregir y reescribir mis programas; podía crearme a mí mismo, aquí, en este mismo momento de furia y frío, rodando una y otra vez sobre la nieve.

Pero el precio del nacimiento es la muerte, susurraron los ieldra.

Sí, podía crearme a mí mismo, pero para crear tenía que destruir primero. Morir es vivir; para vivir, muero. ¿Podría ser un asesino? Mi vida, yo mismo..., y no habría regreso de ese camino; sólo podría haber el gran viaje, una y otra vez hacia lo infinito, la búsqueda sin límites ni fin. Recordé mi promesa a la Entidad. ¿Cómo, me pregunté, encontraría la fuerza para sacrificar mi miedo?

Hay infinitas posibilidades. Y también infinitos peligros.

—¿Debo matarle? ¡Decide ahora!

Uní ambas manos en el denso pelo mojado de la nuca de Soli. Su sudor se congelaba mientras yo entrelazaba los dedos y empezaba a empujar hacia abajo, forzando su cabeza hacia su pecho. Y en mis dedos, una gran fuerza, la fuerza que Soli y mi madre, e incluso Mehtar el Tallador, habían puesto allí. Debo romperle el cuello, me susurré, debo quebrarlo como haría con un trozo de madera porque había matado a Bardo y me estaba matando a mí, porque el universo era frío e injusto, porque, después de todo, más que ninguna otra cosa yo amaba ser humano. Debía elegir una muerte. No importaba qué locos azares me hubieran llevado a este momento de lucha en la nieve. Al final, ¿no eran destino y azar las dos caras de una misma moneda? Miré a la cara del destino y vi que era la mía propia. ¿Tiene el hombre libre albedrío? *¿Puedes leer los programas del universo, las infinitas posibilidades?* Allí, en el frío viento del invierno profundo, me recordé a mí mismo y vi una cara triste, quemada por el viento, finalmente compasiva, sonriéndome. Sí, puedo, susurré. Lo *haré...*, una elección tomada libremente bajo la libertad del cielo profundo.

Y así, un momento de liberación, de relajación y libertad. Oí el chasquido que había estado esperando toda mi vida. Soli se agazapó a unos pocos metros de mí, sosteniendo los trozos de su lanza a cada lado de su rodilla. Los lanzó a la nieve. Se frotó el cuello y dijo:

—Podríamos habernos matado, ¿no? ¿Qué nos pasa, Piloto?

Apreté mi mano sobre el corte de mi frente para detener la sangre. Jadeaba.

—Escucha, Soli, esta... tautología trivial, no tan trivial: el secreto de la vida... es la vida.

Soli se incorporó y se acercó a la hendidura.

—El Guardián del Tiempo está muerto —murmuró, medio para sí. No parecía haber oído lo que yo había dicho—. Tu secreto está muerto también. ¿Por qué no pudiste apartarte de mí? Sí, ¿por qué este ciclo de..., por qué continúa? Pero no, no continuará. Lo juro, nunca, nunca jamás.

Miré hacia el oeste, hacia Kweitkel, y los recuerdos tronaron en mi interior. Escuché y contemplé la luz refractarse en colores por la nieve chispeante. Todo (el granito rosado del pináculo norte de la montaña, el polvo fresco y blanco, el mismo aire azul) parecía recién creado. Me quedé aturdido, como un hombre estupefacto por el alcohol, borracho con la belleza del mundo. No había más furia o miedo. Me volví hacia el este, donde la interminable placa de hielo ardía con la luz del sol de la mañana. En algún lugar, bajo la roja bola de fuego que crepitaba sobre el horizonte, estaba Neverness. *Infinitas posibilidades*, me susurró.

Soli se arrodilló de pronto, se puso a cuatro patas y empezó a examinar

sistemáticamente la nieve. Recordé que el Guardián del Tiempo había arrojado su dedo por allí cerca.

—No, Soli, no te molestes tratando de hallarlo. Ya no tiene sentido.

—¿Por qué no, Piloto?

Rápidamente, mientras mi calor corporal fundía la nieve que se me había metido entre las pieles, le conté mis recuerdos.

—Pero eso no tiene sentido, ¿no? —dijo Soli—. ¿Por qué fueron codificadas las Eddas como memoria? Si los ieldra querían decirnos su mensaje, ¿por qué no escogieron un medio más simple?

Uno de los flacos perros del Guardián del Tiempo trotó a mi lado, y palmeé su flanco. Olisqueó el aire en la dirección de la hendidura y empezó a gemir.

—¿Qué podría ser más simple, Soli? Los ieldra compartieron su sabiduría con todos. En verdad, es irónico: confiaron en nuestra inteligencia para recordar su inteligencia. Debieron de pensar que lo más simple para el hombre sería aprender el verdadero arte de rememorar. Y deberíamos haberlo hecho, hace miles de años. Nunca soñaron que fuéramos tan estúpidos.

Infinitos peligros. Miré hacia el norte, hacia la cortina negrizul del cielo que gravitaba sobre los icebergs helados. Escuché el susurrar de las Eddas.

Soli se puso en pie y silbó al resto de los perros del Guardián del Tiempo.

—¿Es así como termina la búsqueda? —preguntó, después de examinarlos con las manos y los ojos. También él parpadeaba contra el fresco viento.

Volví la cabeza. Al sur, el hielo era liso y blanco como la piel de un bebé alaloi. No había fin a los hielos meridionales del Starnbergersee.

—Continúa y continúa —dije.

Entramos en la choza del Guardián del Tiempo, y Soli hirvió agua para el café. Lavó la herida de mi frente con algodones calientes y empapados; la descongeló, la limpió y, con un tendón de foca, la cosió. Después de que bebiéramos nuestro café, dio de comer y atendió a los perros enfermos mientras yo exploraba el interior de la choza. Busqué entre las cosas del Guardián del Tiempo hasta que encontré el libro. Junto con unas cuantas plumas de acero y una esfera de cristal llena de tinta, envuelto en una piel, apilado entre las pieles que hacían de almohada en la cabecera de su cama. Era un grueso libro encuadernado en cuero que se parecía mucho al libro de poemas que me había dado una vez. Lo abrí y olí la densidad del cuero viejo. Un soplo helado atravesó las rendijas de la pared, haciendo sacudir sus blancas páginas. No era un libro de poemas. El Guardián del Tiempo había cubierto las páginas del libro laboriosa, dolorosamente, línea tras línea, con letras que había entintado, dibujado (y compuesto) él mismo. Era un exquisito trabajo de caligrafía, el trabajo de un hombre al que no importaba pasar toda una hora trazando una sola palabra. El trabajo de toda una vida. Miré hacia el título del libro. Allí, en letras negras tan

gruesas como la pata de un perro, leí:

RÉQUIEM POR EL HOMO SAPIENS
POR
HORTHY HOSTHOH
GUARDIÁN DEL TIEMPO Y LORD HORÓLOGO
DE LA ORDEN DE LOS MATEMÁTICOS MÍSTICOS
Y OTROS BUSCADORES DE LA LLAMA INEFABLE

Pasé la página, y descubrí que el libro empezaba con las siguientes palabras: «Éstas son mis Eddas». Pasé los ojos por las otras páginas del libro, leyendo de corrido. Vi que la última página estaba sin terminar. La secuencia de palabras del Guardián del Tiempo terminaba a media frase, y al menos las últimas cien páginas del libro estaban en blanco.

Soli, que nunca había aprendido el arte de leer, se me acercó.

—¿Por qué querría el Guardián del Tiempo que tuvieras este libro? —preguntó.

Cerré el libro y acaricié la cubierta con mi anillo de piloto.

—Este libro, estas palabras..., son sus Eddas.

—Háblame de las Eddas —dijo Soli—. No las Eddas del Guardián del Tiempo. Eso sería demasiado triste. Háblame de *tus* Antiguas Eddas, el mensaje de los dioses.

Le dije todo lo que sabía. Esto es lo que dije: Las Eddas eran las instrucciones de los ieldra a los seres humanos sobre cómo convertirse en dioses. El hombre es un puente entre el mono y el dios, y las Eddas eran un diseño para un puente que no se derrumbaría. Los hombres deben ser dioses, porque para eso fueron creados. El programa divino corre profundamente dentro de nuestra raza, tan profundo como el primitivo ADN del que surgimos hace miles de millones de años. Debemos aprender cómo funciona este programa, porque ése es nuestro destino. Le dije estas cosas simples mientras él me colocaba entre las manos un tazón de café. Pero hay peligros infinitos, dije. Cuando el hombre se volviera hacia la deidad con ojos locos, las propias estrellas estallarían y caerían del cielo. Hombres-dioses locos, dioses locos..., el universo está lleno de locura; la locura se encuentra por todas partes, como un talo ido y caníbal esperando para tragar cualquier deidad que consiga gran inteligencia y poder. Cuanto más complejos son los programas de un organismo, mayor es el riesgo de locura. Es muy, muy difícil ser dios. Inhalé los ricos vapores del café, y dije que el don de los ieldra era ayudar a los hombres a cruzar el puente. Porque eran seres compasivos, sí, pero también porque parte de su finalidad era salvar al universo de la locura.

—Naturalmente, el hombre es ya en parte dios —dije—. Y en parte estamos locos, y por eso somos tan arrogantes como para jugar con el ciclo de la vida natural de las estrellas. De ahí el Vild. Porque somos ignorantes, Soli, porque no sabemos. No vemos. Hay reglas; las Eddas son reglas. Reglas para ser, para determinar nuestro

lugar en la ecología.

La estructura profunda del universo es pura consciencia.

Soli asintió y sorbió su café, mientras me escuchaba hablar durante todo el día y la noche. El principio de todo, dije, es reprogramar nuestros cerebros. Incluso nuestros anticuados cerebros humanos pueden ser reprogramados. *Podemos* escribir nuestros programas maestros; hay técnicas para hacerlo; en las Antiguas Eddas se encuentran las reglas para esas técnicas. Al final, podemos rehacer nuestros cerebros, y si aspiramos a una consciencia mayor, entonces debemos hacerlo, pues, ¿qué es el cerebro sino un pequeño trozo de materia que concentra la consciencia? Materia/energía; espacio/tiempo; información/consciencia... La consciencia; hay fundamentos describibles por la hermosa y simple matemática de los ieldra. En cierto modo, la materia no es más que energía congelada flotando en los hielos del espaciotiempo. Y la consciencia es la forma que tiene la materia de organizarse a sí misma; la consciencia es inmanente en cada copo de nieve, átomo, gota de sangre, fotón y grano de arena, en cada proximidad del espaciotiempo, desde la Nube Virgo hasta Perdido Luz. *La consciencia es inherente*, susurré; la consciencia lo ordena todo. Las matemáticas del orden: Hay reglas para cuantificar la implicación/deber/identificación entre todos los organismos vivos y la materia inorgánica del universo. *Tat Tvam Asi*, Lo Que Eres, y, ¿qué le debo a un desconocido o un alienígena? ¿A mi padre? ¿A un gusano de la sangre? ¿A una estrella lejana? ¿Cuál es el lugar del hombre en el esquema universal? El gran peligro, dije, está en percibir falsamente lo ajeno de todas las cosas. Entonces arrancamos las alas a las moscas, o matamos focas, o a otros seres humanos; entonces podemos destruir las estrellas.

—Hay ayuda para el Vild, Soli. Una solución, una salida. Hay una unidad de... consciencia. En cierto modo, la materia es sólo una primera oleada de consciencia, y la energía, cada bit de gamma radiando desde las estrellas del Vild, cada fotón, esta oleada que avanza..., todo fue creado por la acción humana, y por tanto puede no ser creado. O, debería decir, puede ser recreado. Hecho de una manera distinta, ¿ves? Ahora es parte de la ecología.

—Sigues diciendo *la ecología* —dijo él, sorbiendo más café—. ¿Qué ecología?

Hay una ecología de información. Las estrellas morirán; los hombres y los dioses morirán, pero la información se conserva. La información macroscópica se convierte en información microscópica. Pero la información microscópica se concentra finalmente. Nada se pierde. Los dioses existen para devorar información. Las inteligencias más bajas seleccionan, filtran, concentran y organizan la información. Y los dioses se alimentan.

—¿Piloto?

—Lo siento, estaba... recordando. —Me lamí el café de los dientes—. Hay reglas

naturales para determinar nuestro lugar en la ecología. Si pudiéramos decodificar el programa universal, leer la intención del universo, entonces...

—No estás contestando a mi pregunta.

—Lo estoy intentando. El Vild..., no es la intención del universo. ¿Qué saben los seres humanos de ananke? Siempre hay imperfecciones y locuras. Las orcas...

—¿Las qué?

—En Agathange, las orcas pueden o no estar locas, pero desempeñan un papel crucial en la ecología de ese planeta. Considera el Vild: un océano de energía por emplear.

Igual que la Entidad había creado miles de cuerpos negros para almacenar la energía de Gehena Luz, así podríamos nosotros usar la energía del Vild. La información podía ser codificada a señales y enviada a todas partes, con energía suficiente. El interflujo de información podía ser enviado *a todas partes*. Podríamos hablar con los cerebros nebulares de nuestra galaxia. Podríamos extender la ecología de información de nuestra galaxia. Nosotros (cada ser humano, fravashi, ostra, bacteria consciente, virus o foca) podríamos enviar nuestra consciencia colectiva a través de los dos millones de años luz del vacío intergaláctico hasta las ecologías de información de las galaxias más cercanas, Andrómeda y Maffei y la Primera Leo..., todas las galaxias del grupo local estaban vivas de inteligencia y vibraban con los pensamientos de organismos como nosotros mismos. Algún día llegaría el momento de interactuar con las ecologías de otros grupos de galaxias. Dentro de diez millones de años luz en el plano supragaláctico de los supergrupos locales había muchos grupos de galaxias. Canes Venatici, las Pavo-Indus y las galaxias Ursa..., aquellas brillantes y ardientes nubes de inteligencia, y otras, envolvían nuestra pequeña galaxia en una esfera de luz de un diámetro de cuatrocientos millones de años luz. Hablar con esas distantes galaxias requeriría la energía de una supernova, tal vez de muchos miles de supernovas.

—*La ilaha il Allah* —dije—, y todos somos una parte.

—Escucha, Piloto, no te comprendo.

Oí el viento de la noche susurrar fuera de la choza, y el suave murmullo interior. Ciertamente, yo mismo no comprendía la mayoría de las Eddas. La mayor parte eran (no hay otra palabra) un galimatías. No tenía aún el cerebro para comprenderlo. Durante un momento, la enorme arquitectura completa de la próxima ecología de información se desplegó ante mí, capa tras capa de ideas, sistemas biológicos y estructuras de información, extendiéndose, abriéndose como las páginas de un libro. Era abrumador y maravilloso, pero yo era como un gusano arrastrándome por la primera página del libro, tratando de leerlo mejor letra a letra, sintiendo la tinta contra mi vientre. Comprendía tal vez una sola página de todos los millones de páginas de las Eddas. Y las Eddas mismas, la sabiduría colectiva de los dioses, eran sólo una

pequeña parte de los secretos que contenía el universo, tan insignificante como un simple copo de nieve en una tormenta.

Traté de decirle a Soli todo esto, pero no creo que quisiera comprender realmente.

—¿Dices que esas memorias están dentro de cada uno de nosotros? ¿Todas las Eddas? —Miraba al frente mientras permanecía arrodillado, asando una nuez baldo en la hoguera.

—Sí —dije—, pasa de padre a hijo. Por eso mató el Guardián del Tiempo a los demás inmortales. No quería que nadie le dijera a la gente lo que había dentro de ellos. Porque él lo sabía.

—¿Sabía el qué?

—Que el puente sólo puede ser cruzado en un sentido. Y sabía que, si escuchábamos las memorias, queríamos cruzarlo.

—No es tan fácil recordar.

—Podrías recordar las Eddas, si quisieras.

—¿Es eso cierto?

Contemplé el reflejo de las llamas en sus ojos. Pensé que debía hacerle daño mirar tanto tiempo sin parpadear.

—Podría mostrarte cómo recordar —dije.

Masticó su nuez baldo largo rato antes de tragarla.

—No, ya ha habido suficientes momentos. Es demasiado tarde, ¿no?

—Nunca es demasiado tarde.

—Sí, es demasiado tarde.

Bebí los restos de mi café y me sequé los labios.

—¿Qué harás ahora?

Se chupó un momento los dedos para calentarlos.

—Toda mi vida..., y ha sido mucho tiempo, ¿verdad?... he pasado cada momento tratando de descubrir por qué estaba vivo. Mi propia búsqueda privada, Piloto. Ahora tú dices que las Eddas están en mi interior; me dices que sólo tengo que recordar y..., ¿y qué? Dices que aprenderé el secreto de la vida en un nivel superior de inteligencia. Pero la vida es vida, ¿no? Siempre hay tristeza, sí; y, cuanto mayor será el nivel de existencia, mayor será la tristeza. Ya he tenido suficiente..., ¿comprendes? Yo, Leopold Soli... Yo. Igual que el Guardián del Tiempo..., suficiente. ¿Cómo puede haber una respuesta? —Se frotó la nariz y me miró—. Toda la vida pensé que estaba aprendiendo a vivir. Pero no sabía nada. Justine lo sabía todo. Sí, continuaré hasta Kweitkel y viviré con los devaki, si me lo permiten. Allí fuimos felices una vez, Justine y yo. ¿Recuerdas?

Más tarde oímos el rugir de un oso en la lejanía. Soli pensó que era el mismo que había guiado a sus perros a la muerte en la hendidura. Salió a buscar los trozos de la lanza que había arrojado a la nieve. Cuando regresó, sujetaba el extremo roto de la

lanza por la punta.

—Me precipité al romper la lanza —dijo—. Pero al menos el pedernal puede salvarse. Es un buen trozo de piedra.

Me pasé el dedo por el corte en mi frente.

—Un buen trozo de piedra —accedí—. Casi me mató.

—Sí —dijo él, y lanzó un puñetazo y sacó un bloque de hielo del techo. Durante un rato se quedó contemplando el remolino de nieve que entraba por la abertura antes de empezar a temblar. Se levantó para tapar de nuevo el agujero.

—Desde que nos conocimos, me he preguntado: ¿Por qué?

Cortó un nuevo bloque de hielo, lo talló y lo colocó en su sitio. Se sentó frente a mí en el lecho del Guardián del Tiempo. Trató de mirarme a los ojos, pero no pudo. Su cara estaba agarrotada por la emoción, los músculos entrelazados como dos programas contradictorios que empiezan a ejecutarse a la vez. Quería decirme cuánto me odiaba, cómo lamentaba mi existencia. Las palabras estaban casi en sus labios. Sus ojos eran azul brillante, tan resplandecientes como el mar. Abrió la boca. Quiso decir: «Sí, quise matarte; estaba dispuesto a matarte; me habría encantado matarte». Y, entonces, un largo momento pasó lentamente mientras su cara se suavizaba, y se frotó los ojos, y dijo lo otro, lo que pensaba que no quería decir:

—No, no pude matarte. ¿Cómo puede matar un hombre a su propio hijo?

Contemplé el fuego mientras la choza se inundaba de silencio. Se llevó la mano a los ojos, se frotó las sienes.

—¿Por qué tú, Piloto? —preguntó por fin—. ¿Qué te sucederá?

Me quedé allí, sentado con él, comiendo nueces baldas, y le dije un último secreto. Entonces todo pareció latir: mi cabeza, su corazón, las moléculas del aire golpeando contra la nieve congelada. Escuché el latido de las estrellas del Vild llamándome, y le dije, tan compasivamente como pude, que el destino de su hijo era convertirse en dios.

CAPÍTULO 30

Neverness

Un día, ya sea hace seis o siete o más de seis mil años, está tan cerca del presente como ayer. ¿Por qué? Porque todo el tiempo está contenido en el presente momento-ahora.

Hablar de Dios haciendo el mundo mañana, o ayer, sería hablar de tonterías. Dios hace el mundo y todas las cosas en este Ahora presente. El tiempo sucedido hace mil años es ahora tan presente y tan cercano para Dios como este mismo instante.

—Johannes Eckehart, Horólogo del Siglo Mongol.

Al día siguiente, Soli se frotó los enrojecidos ojos y anunció que cogería el trineo y los perros del Guardián del Tiempo y continuaría hasta Kweitkel. Dijo que yo podía dar la vuelta inmediatamente, y cazar focas de regreso a Neverness. Sin embargo, los pobres perros del Guardián del Tiempo no estaban en condiciones de tirar de un trineo. Tres de ellos presentaban síntomas de congelación, y todos estaban muertos de hambre.

—Iré contigo hasta Kweitkel —dije. Ajusté mis gafas para la nieve y contemplé la montaña. En el aire prístino, su brillante cono parecía mucho más cercano de lo que realmente estaba—. Sería mejor dejar aquí el trineo del Guardián del Tiempo. Los perros enfermos pueden viajar en nuestro trineo; los otros pueden seguirnos.

En realidad, ninguno de los dos se sentía muy seguro de que los devaki recibieran bien a Soli, y yo no quería dejarle solo con un grupo de perros enfermos. Así que le acompañé durante la última parte de su viaje. Tardamos dos días en alcanzar la isla. Construimos una choza a treinta metros de la irregular costa. Tres años antes, Yuri me había dicho (parecía tres vidas atrás) que yo nunca sería bienvenido en Kweitkel. Muy bien, no pondría un pie en tierra (a menos, naturalmente, que un oso me destrozara la choza y me persiguiera hasta los pequeños árboles yu de la playa). Soli se internó en el bosque con sus esquíes. Le contaría a los devaki alguna historia inventada de tragedia y dolor, cómo Justine, Bardo y mi madre habían marchado todos al otro lado. Dijo que regresaría al día siguiente con pellejos llenos de nueces baldo para mi regreso a casa, y con carne para los perros, si había sido un buen año para los devaki y se sentían dadivosos.

Esperé tres días y tres noches mientras el viento soplaba y casi enterraba mi choza. Estaba profundamente preocupado cuando, a la tarde del cuarto día, varios trineos aparecieron al borde del bosque. Uno de ellos bajó por la playa hasta el mar. Me protegí los ojos con la mano. Miré con atención el trineo. Lo conducía Soli, y no

venía solo.

—*¡Ni luria la!* —exclamé. No sabía qué más decir. Forcé la vista y observé el trineo. Al principio pensé que Soli traía un cachorrillo de oso sobre los pellejos apilados de nueces baldo. Luego miré con más atención. No era un osezo; era un niño devaki arropado en pieles de shagshay. No pude imaginar por qué traía Soli a un niño consigo.

Los hombres al borde del bosque no me saludaron. Se quedaron junto a sus trineos, medio ocultos por los árboles yu, contemplando el mar. A causa del resplandor, no pude distinguir sus rostros.

—*Ni luria la* —respondió Soli, y se acercó más. Vi que el niño tenía unos tres años, y era varón. Llevaba en su regazo un muñeco de palo. Cuando el trineo se detuvo, el niño bajó la cabeza, estudiando el muñeco con tímida intensidad.

Soli dejó al niño en el trineo. Se me acercó, y en el lenguaje de los devaki me dijo:

—*Siento que hayas tenido que esperar.*

—¿Quién es el niño? —Pero apenas las palabras salieron de mi boca, supe quién era.

—Es el hijo-hallado de Haidar y Chandra.

A la mención de los nombres de sus padres-hallados, el niño alzó la cabeza y sonrió.

—*Haidar mi padda moru ril Tuwa* —dijo súbitamente, y me contó la historia de cómo su padre-hallado había matado a un mamut el invierno anterior—. *Los pela manse, mi Haidar, mi Haidar lo li wos.*

Era un niño hermoso y fuerte, de sonrisa fácil y rápidos ojos negriazules, del color del cielo en el crepúsculo. No se parecía mucho a los otros niños alaloi que yo había visto. Cuando le sonreí, su timidez desapareció inmediatamente. Me miró con osadía, como si me hubiera conocido de toda la vida.

El color de los ojos de Katharine, me susurré a mí mismo.

—¿Cómo se llama? —pregunté, con voz áspera e irregular.

El niño sonrió, mostrándome sus dientes rectos y blancos.

—*Padda, ni luria la; ti los mi lot-Padda* —«Bienvenido, padre; ¿eres realmente mi padre de sangre?».

—Es imposible —dije, aunque sabía que, en este extraño universo que habitamos, hay muy pocas cosas imposibles.

Soli se me acercó a través de la nieve y me agarró el brazo.

—No puede ser mi hijo —le susurré al oído—. Anala sacó el feto de Katharine cuarenta días antes de que cumpliera, ¿recuerdas? No pudo sobrevivir.

—¿No? —murmuró Soli, mientras se volvía para mirar al niño—. Es duro como el diamante. Es mi nieto. Todos los del linaje Soli somos difíciles de matar, ¿no?

¡Mírale! El tallador esculpió tu cara, pero dejó tus cromosomas intactos. ¿Cómo puedes dudarlo?

Se sacudió el hielo de las pieles y me contó lo que había sucedido.

—Cuando me vieron acercarme a la cueva, los devaki se sorprendieron de verme. Y me sorprendieron celebrando un festín en mi honor. Asaron mamut..., han tenido suerte con las manadas de mamuts estos últimos años, aunque un gran macho arrolló a Yuri hace dos años y le aplastó el cráneo. Pero todo el mundo recordaba lo que Yuri dijo aquel día, así que me recibieron bien. Me perdonaron, ¿puedes creerlo, Piloto?

—*Tuwa wi lalunye* —dijo el niño mientras se lamía los labios, observándonos. Evidentemente pensaba que Soli me hablaba del festín de mamut.

Soli se frotó la nuca y continuó:

—Fue Anala quien me habló del niño. Ninguna de las mujeres devaki esperaba que viviera, ni siquiera Chandra, que lo cuidó después de que Katharine..., después de que regresáramos a la Ciudad. Pero vivió. Es un milagro, ¿verdad?

Contemplé al niño mientras jugueteaba y colocaba una pequeña lanza de hueso en el puño del muñeco. Vi que su larga barbilla podría haber sido la mía antes de convertirla en la de un alaloi; su denso pelo era negro, con vetas rojas.

—¡Pero asesinaron a Katharine! —dije—. La llamaron *satinka*. ¿Por qué no mataron al niño y lo enterraron en la nieve?

—Ésa no es su forma de ser.

—Nunca pensé que pudiera haber vivido. Nunca lo vi. Nunca lo supuse.

Soli se rascó la sangre bajo la nariz y tosió.

—Dicen que era un bebé duro. Chandra me dijo que raras veces ha llorado, ni siquiera cuando se quemó la mano en la hoguera.

—Katharine, antes de morir, habría visto que iba a vivir —dije, parpadeando—. ¿Por qué no me lo dijo?

—Así son los scrytas.

—¿Cómo se llama? —pregunté, olvidando por un momento que los devaki no dan nombre a sus hijos hasta que tienen al menos cuatro años.

—No le han dado nombre todavía —dijo—. Pero Haidar habla de llamarlo Danlo el Joven, como su abuelo. El abuelo de Haidar, naturalmente.

Cerré los ojos y sacudí la cabeza.

—No —dije—, será piloto, y la gente lo llamará Danlo Sabiapaz, porque guiará una misión al Vild. Aprenderá números y geometría y, aunque todavía no sabe los nombres de las estrellas...

—No —dijo Soli suavemente. Se volvió hacia el niño, que se acurrucó en una de las pieles y se metió una nuez baldo en la boca. La abrió entre sus duros dientecitos y me sonrió.

—¡Es mi hijo! —grité.

—No, ahora es el hijo de Haidar. Su hijo-hallado, sí, pero lo ama tanto como a sus otros hijos. Haidar es el único padre que conoce. Será un buen...

—¡No! —Avancé un paso hacia el trineo—. Es mi hijo, y cuando vea la Ciudad por primera vez gritará: «¡Padre, estoy en casa!».

Soli sacudió la cabeza y señaló hacia la línea de hielo irregular sobre la playa. Haidar, Wemilo, Seif, Jonath y Choclo se encontraban allí arriba, observándonos. Iban vestidos con sus pieles de caza, y cada uno sostenía una lanza de cazar shagshay. Alcé la mano para saludarlos, pero sólo el pequeño Choclo (que ya no era tan pequeño) sonrió. Siempre me había gustado Choclo.

—Cuando entré en la cueva y Anala me mostró el niño, dijo que Haidar había ido a cazar shagshay con Wemilo y Choclo. Por eso he tardado tanto en venir, porque había que pedirle permiso a Haidar. Cuando regresó de la cacería, dijo que podía traer al niño en el trineo. Para decirte adiós..., eso es lo que dijo Haidar, ¿comprendes? Dijo que el niño debería ver a su padre de sangre una vez antes de despedirse para siempre.

Contemplé la nieve, comprendiendo lo que quería decir Soli, pero sorprendido de todas formas. Me acerqué al trineo y recogí al niño. Era más pesado de lo que parecía.

—*Padda* —dijo. Una expresión curiosa cruzó su frente, y con sus largos dedos agarró mi barba, examinando las vetas rojas que encontró en ella—, *Padda* —repitió. Pero no había emoción en su voz. Decía la palabra que emplean los devaki para padre como si fuera una abstracción, como si hubiera aprendido el nombre de un animal nuevo y extraño.

—Danlo —dije yo, y le besé la frente, que tenía la misma forma que había tenido la mía—. Hijo mío.

Solté al niño en la nieve, y él corrió hacia la choza y atravesó a cuatro patas el túnel para ver qué podía encontrar dentro. Miré al cielo silencioso y azul. Deglutí con fuerza, una o dos veces. Mis ojos ardían de dolor; me sorprendió que estuvieran tan secos como el aire helado que giraba a mi alrededor. Tal vez, pensé, mi alma alterada y maldita ya no era capaz de producir más lágrimas.

—No puedo llevármelo conmigo —le dije a Soli.

—No.

—Mi hijo... crecerá creyendo que es un alaloi deforme.

Soli se frotó la nariz y no dijo nada.

De dentro de la choza vino una risita de placer. Atravesé el túnel y le sonreí a Danlo, que estaba sentado en la cabecera de mi cama. Había encontrado el libro del Guardián del Tiempo. Pasaba las páginas una a una, señalando las letras negras como si creyera que eran gusanos.

Examiné, a través del aire sombrío y congelado de la choza, la *infinita*

posibilidad, y me mordí el labio. Con cuidado, le quité el libro del regazo.

—*Li los libro* —conseguí decir.

Él se enfadó porque le había quitado su juguete nuevo. Me miró durante largo rato. Tuve miedo de la furia que vi en sus ojos, la furia que me cortó como una lanza. Entonces su curiosidad regresó y sonrió.

—*¿Ki los libra?* —*me preguntó.*

—Un libro es sólo un puñado de hojas decoradas y unidas —expliqué—. No es nada importante. Nada en absoluto.

Más tarde, cuando terminé de aprestar el trineo y Soli cogió a Danlo de la mano para llevarlo de regreso a la playa, susurré al oído de mi padre:

—No dejes que mi hijo crezca en la ignorancia. Dile que las luces del cielo no son sólo los ojos de los muertos. Háblale de las estrellas, ¿quieres?

Hice que el trineo trazara un círculo hacia el este y agarré la dura barra helada.

—Sí —dijo Soli—. Se lo diré.

—Adiós, Danlo —dije, mientras me inclinaba y lo alzaba en el aire. Como su largo pelo olía tan bien, volví a besarle la cabeza. Agarré la mano desnuda de Soli y me despedí también de él.

—Sí, adiós —dijo él. Entonces hizo algo sorprendente. Me tiró del brazo y se inclinó hacia adelante tan súbitamente que casi tropecé. Me besó una vez, con fiereza, en la frente. Sentí sus labios agrietados quemar mi fría piel; incluso hoy puedo sentir aún la quemadura.

—Cae lejos y bien, Piloto —dijo.

Llamé a los perros y dirigí el trineo hacia el brillante llano de nieve que se abría ante mí. Nunca volví a mirar atrás con mis ojos, aunque en mis pensamientos y en mis sueños he mirado atrás con frecuencia. No creía que fuera a volver a verlos jamás. *Nunca*, dijo el susurro, *nunca más*. El aire era tan frío y amargo que mis ojos se llenaron de lágrimas antes de que hubiera cubierto medio kilómetro de la distancia que me separaba de Neverness.

* * *

Estoy llegando al final de mi historia. Hay poco que contar de mi viaje de regreso a casa. Los perros y yo comimos nuestras nueces baldo y la carne de mamut, y después de eso pasamos hambre. Aunque abrí muchos akliá para cazar focas, éstas ya no saltaron a mi lanza. Casi siempre hizo mucho frío. Dos veces se me congelaron los dedos de los pies; incluso hoy día mis dedos tienen problemas con el frío. Cuando ya casi veía la Ciudad, una tormenta me cogió desprevenido. Durante quince días yací agazapado con mis perros medio congelados en una choza construida apresuradamente, leyendo el libro del Guardián del Tiempo y escuchando la

tormenta. Arne y Bela murieron a mi lado, de frío y hambre. Los enterré en la nieve.

En alguna parte está registrado que el día nonagésimo primero del profundo invierno del año 2934, Mallory wi Soli Ringess, tras haber fracasado en su búsqueda de las Antiguas Eddas, regresó a la ciudad de su nacimiento. (Me dicen que es así como termina la famosa fantasía de Sarojin, *Los Neurocantores*). Regresé a una de las más amargas ironías de mi vida: los lores y maestros, y la mayoría de los demás, no quisieron creer que yo había «recordado» las Antiguas Eddas. Unos pocos, el Lord Imprimátur en concreto, me ridiculizaron. Al menos lo hicieron hasta que, el último día del año, el mayor de nuestros rememoradores, Thomas Rane, se despojó de sus túnicas, cerró los ojos y flotó en uno de los tanques de los Claustros Vientre Rosa. Recordó el turbio pasado. Convocó los recuerdos dentro de cada uno de nosotros, y escuchó, como yo había escuchado, el susurro de las Antiguas Eddas. Con alegría (y demasiado orgullo), les enseñó a muchos otros de su profesión a recordar también. La noticia de esta gran rememoración se extendió rápidamente por la Academia. Durante días, no pude patinar por las deslizaderas más apartadas sin que algún novicio tirara de la manga de un compañero de clase y me señalara, lleno de asombro. Incluso algunos de los ejemplares, que no se asombran ante ningún hombre, apenas me miraban a los ojos cuando me hablaban. Era muy embarazoso. En realidad, prefería el ridículo al asombro.

Poco después de esto, el Colegio de Lores me hizo Lord de la Orden. Inmediatamente me hice cargo de la reconstrucción de la Caverna de las Navesluz y de los restos de la Ciudad destrozada por la bomba. Envié robots a las montañas tras Urkel para que cortaran grandes cantidades de piedra. El día vigésimo de la primavera del medio invierno se pusieron los cimientos de una gran torre (algunos dicen que grandiosa). A medida que pasaban los días grises y nevados, una aguja de granito rosa se alzó sobre los recién construidos Campos Huecos, sobre los salones y torres de lo que sería llamada la Ciudad Nueva. En un año, cuando la torre estuviera terminada, sería la más alta de toda la Ciudad. La llamé la Torre de Soli, para sorpresa y consternación de todos aquéllos que creían saber cuánto odiaba yo a mi padre.

Durante este tiempo guie pequeñas expediciones a la sellada Torre del Guardián del Tiempo. Subí las escaleras hasta su santuario. La nieve había entrado por las ventanas destrozadas y se había acumulado, cubriendo cientos de los relojes del Guardián del Tiempo. Los rescaté. Ordené que quitaran la nieve y reconstruyeran las ventanas, con cristal. La Torre entera, decidí, sería un museo.

En el sótano de la Torre descubrí muchos, muchísimos libros antiguos, toda una biblioteca de ajados libros encuadernados en cuero. Los leí; incluso hoy sigo leyéndolos. Recorrí los largos corredores de piedra que se hundían serpenteando en los niveles más profundos de la Torre. Llegué a mi vieja celda y me asomé,

recordando. Abrí la pesada puerta de la celda adyacente, la celda donde el guerrero poeta había compuesto su poema de muerte. Olía a polvo, a excrementos animales y a muerte. Encontré sus huesos blancos, pelados por las musarañas, cuyas madrigueras se extendían bajo el suelo. Su anillo rojo de guerrero y el anillo verde de poeta brillaban contra los largos huesos de los dedos. De modo, pensé, que el guerrero poeta había muerto realmente. Entonces recordé que le había prometido enviar su cuerpo a su planeta natal. Con toda la confusión de la Guerra, lo había olvidado. Ordené que recogieran sus huesos y los envolvieran en su capa de guerrero. Los robots tallaron un ataúd de mármol negro y lo pulieron hasta que brilló como un espejo. Yo mismo cincelé las palabras de su poema de muerte en la tapa. Los novicios que me observaban trabajar en el sótano oscuro (y tal vez todos los demás) debieron pensar que estaba medio loco. Cuando suponían que no estaba escuchando, se reían de mí. Pero no comprendían lo vital que era que los muertos, cualquier muerto, fueran honrados y, sobre todo, recordados.

Ahora debo hablar de la promesa que le hice a la diosa, Kalinda, y del milagro que me hizo cumplir esa promesa. El milagro: el día quincuagésimo sexto del falso invierno, la *Putá Bendita* de Bardo salió del multipliegue y fue conducida a las recién construidas Cavernas de las Navesluz. Durante muchos días, los Campos Huecos fueron abiertos al flujo de lanzaderas de las naves profundas y naves largas que son la vida de la Ciudad. Y, una a una, las navesluz de los pilotos que habían viajado muy lejos a lo largo de la galaxia durante la búsqueda empezaron a regresar. (Muchos pilotos, naturalmente, habían permanecido fieles a la búsqueda y no habían visto Neverness desde el día en que el Guardián del Tiempo lanzó la convocatoria. Sus nombres son honrados por encima de todos los demás). Al principio se pensó que la *Putá Bendita* era una de esas naves. Pero entonces un aspirante y un reparador reconocieron sus grandes alas caídas y su nariz chata y enviaron a un novicio para que me informara. Me reuní con Bardo en las Cavernas, pero él se negó a explicar inmediatamente el milagro de su existencia.

—¡Bardo! —exclamé cuando salió de la cabina de su nave—. ¿Cómo es posible?

—¡Pequeño Amigo! —Nos abrazamos, y él me palmeó la espalda, como de costumbre. Parecía tan enormemente sólido (y real) como siempre. Lloraba abiertamente. Gruesos lagrimones corrían por sus mejillas—. ¡Pequeño Amigo! ¡Pequeño Amigo! ¡Por Dios, qué bueno es estar en casa!

—Dime qué te ha pasado. ¿Estás solo? ¿Dónde está Justine..., puedo preguntarlo?

Sonrió tristemente y se agarró la panza y sacudió la cabeza. Excepto por un ligero tono gris en sus sienes y su barba, estaba tal como lo recordaba.

—Oh, desde luego que puedes preguntar —dijo—. Pero no aquí. Tengo tanta sed..., hace mucho tiempo que no pruebo la cerveza. Me muero por un buen trago.

¿Quieres venir al Hofgarten conmigo para que pueda beber un poco?

Fuimos al Hofgarten a beber cerveza y skotch. El día era brillante y el aire de las montañas cálido. Nos sentamos ante una pulida mesa de madera en nuestra sala favorita, contemplando los acantilados del mar. Las ventanas exteriores estaban abiertas para dejar entrar el aire y los calientes rayos del sol. Nos quedamos junto a la ventana, bebiendo y charlando.

—Ah, qué bueno —dijo él mientras se llevaba la jarra a los labios. Se lamió la espuma del bigote y luego dio unos cuantos sorbos más—. Qué bueno. Tenía que hablarte de Justine. Está bien. Ha ido a Lechoix, a visitar a su madre y enseñar en la escuela de elite. No volverá a Neverness, lástima.

Sorbí mi skotch, pero encontré poco placer en hacerlo. El sabor me distraía del importante tema que tenía que preguntarle a Bardo.

—Empieza por el principio —dije—. ¿Cómo sobrevivisteis a la batalla? ¿A la estrella?

—¿Te hablo de la batalla? ¿Cómo estoy vivo todavía? Hay una simple explicación, amigo mío. Fuimos rescatados. La Entidad nos salvó, de algún modo..., no sé cómo. En un momento caímos al corazón de la estrella, y nos asábamos como gusanos en el fuego. Nos moríamos. Y, al momento siguiente..., bueno, estuvimos libres.

Terminó su cerveza y pidió otra. Sus gruesas mejillas estaban muy rojas, aunque era imposible decir si por la cerveza o por la vergüenza.

—¿Y entonces? —pregunté.

—¡Y entonces huimos, por Dios! Ya está, ya te lo he dicho, «Bardo el cobarde», eso es lo que estás pensando, lo sé. Encontramos un trazado de vuelta a las caídas, y luego fuimos a Lechoix, No pudimos seguir juntos, Justine y yo. Algún día tendré que contarte el infierno que es perderte en alguien más. Algún día. El Guardián del Tiempo tenía razón. ¡Oh, debes odiarme, Pequeño Amigo, por ser el cobarde que soy!

En verdad, no lo odiaba; lo amaba por ser un cobarde.

—Me alegro de que estés vivo —dije.

No quiso decir nada más sobre Justine, así que le conté lo que había sucedido desde la batalla. Se alegró de que el Guardián del Tiempo estuviera muerto, y más aún de que yo fuera Lord de la Orden. No se alegró de mi descubrimiento de las Antiguas Eddas. Bardo, mi irreverente y profano amigo, desconfiaba de los dioses.

—¿Por qué no bebes tu skotch? —preguntó, mientras daba un manotazo a la mesa—. Bebe, Pequeño Amigo, y te hablaré de la Entidad y de lo que me ha hecho. ¡Habló conmigo! Bardo, príncipe de Mundo Verano y pronto maestro piloto, es decir, si el Lord Piloto me encuentra digno... ¡He hablado con la diosa, y he regresado para decírtelo!

Alcé mi vaso de skotch. Me lo llevé a los labios y lo olí, pero no lo bebí, a causa

de los recuerdos.

—¿Qué quieres decirme, Bardo?

Eructó, y una expresión agria y enferma se dibujó en su cara. Ya estaba un poco borracho.

—Ah, no he sido completamente leal contigo. Perdóname. La diosa no me dijo que me había rescatado de la estrella. Dijo que me había *creado*. ¡Me había recordado, por Dios! Justine y yo..., *estábamos* muertos, dijo. Y nuestra hermosa nave destruida. ¡Oh, lástima! Esto es lo que me dijo, Pequeño Amigo. Dijo que recordaba la configuración de cada átomo, cada sinapsis de nuestros malditos cuerpos y cerebros. Dijo que me había recreado, a partir de hidrógeno, moléculas de carbono y polvo estelar. Me salvó de la muerte. Una resurrección, dijo, una segunda oportunidad. ¿Es posible?

—No lo sé.

—¿*Es posible*? ¡Por Dios, dímelo, Pequeño Amigo!

Di un sorbo de skotch y dejé que el líquido ámbar rodara por mi lengua. Escuché la charla cruzada entre sentido y memoria, la memoria contenida en cada molécula de skotch. Los alcoholes y éteres ardían a través de las rosadas papilas, abriéndose paso hasta mi sangre. El sabor de los ésteres y los fuertes aldehídos recordaba al planeta Urradeth, donde había sido elaborado el skotch cuarenta años antes. Olí los crujientes granos de cebada tostados al fuego, y la masa fermentando, su esencia al ser destilada en el licor dorado de la memoria. Lo tragué y vi al hombre que había cortado la cebada, su guadaña de acero reflejando la áspera luz azul del sol de Urradeth. En el cuerpo y germen de la cebada había átomos de carbono, fragmentos de incontables exhalaciones de las personas que habían colonizado Urradeth. Fragmentos de la Vieja Tierra y su sol amarillo, el hidrógeno de las estrellas y el oxígeno hecho en el distante fuego estelar que no tenía nombre que yo conociera..., el árbol de la memoria y el ser era infinito, y la contemplación de sus ramas interconectadas me mareaba. *La memoria de todas las cosas está en todas las cosas*. Tosí y escupí una bocanada de fiero skotch sobre la mesa. Las gotas mancharon la madera que había sido traída del bosque de Alisalia por un corredor-gusano muerto hacía mucho tiempo. Sí, pensé, Ella, una diosa, había hecho a un hombre tan fácilmente como el hombre podía tallar un muñeco de palo igual al que recordaba de su infancia.

Los dioses crean a través de la consciencia; la creación lo es todo.

—Es posible —dije por fin.

—Oh, lástima —dijo él—. Eso es lo peor. Lástima, maldita lástima. La información perfecta es imposible, creo, y por tanto Bardo no es el hombre que antes era. ¿Qué soy, entonces? ¿Cómo lo sabré nunca?

Era el viejo problema, el viejo miedo. Pero, finalmente, en el cuerpo y el alma de mi viejo amigo existía la posibilidad de una nueva solución.

—Eres quien eres —dije—. Eres Bardo, mi mejor amigo. Es suficiente.

Perlas de sudor brillaron sobre su abultada frente.

—¿Y quién es Mallory Ringess?

—Soy lo que soy.

Bardo se lamió los labios y depositó de golpe su jarra sobre la mesa. Sacudió la cabeza y arañó la ventana con su anillo de piloto.

—La Entidad me dijo que tenía que traerte un mensaje, que sería el mensajero y el maldito mensaje. Para que te recordase tu promesa. ¿Qué quería decir?

—Le prometí regresar a Ella, Bardo.

—¿Por qué?

Aparté el vaso de skotch. Se deslizó casi sin fricción sobre la mesa mojada.

—Será difícil de explicar, pero debo intentarlo. Kalinda era una guerrero poeta antes de ser una diosa. Los poetas, en su búsqueda del humano perfecto, alteraron hace mucho tiempo sus cromosomas. Y, peor aún, corrigieron lo que pensaban era información superflua por todo el genoma. En su ignorancia, quitaron algo esencial. Y ésa es la tragedia. Ningún guerrero poeta, incluso Kalinda..., especialmente Kalinda..., puede recordar las Eddas. Porque dentro de ellos, donde susurra en nosotros, no hay nada.

—Lástima.

—Kalinda, la Entidad, es lo que los ieldra no querían: una diosa que creció en sí misma sin el beneficio de su sabiduría.

Bardo se inclinó sobre el alféizar de la ventana y tomó una bocanada de aire. Eructó.

—Pero la Entidad tiene que saber cómo decodificar las Eddas. Piensa en los pilotos que han estado en su interior. Ah, piensa en mí. Si pudo..., bueno, si pudo realmente *crearme*, entonces debe haber podido leer cada bit de mi ADN.

—En realidad, creo que ella lo sabe todo sobre las Eddas..., *ahora*. Pero es demasiado tarde, ¿ves? Pese a todo su poder, pese a toda su gloria, está un poco loca.

Bardo volvió a eructar.

—Bueno, sigo sin comprender.

Me levanté y aparté mi silla de la mesa.

—Es un día hermoso —dije—. Caminemos hasta la playa.

Como estaba borracho, me pasó el brazo por encima del hombro y medio me arrastró hacia fuera, tambaleándose. Recorrimos el sendero de hielo que atravesaba los acantilados hasta la playa. Le conté mis planes para enviar una misión al Vild. Los mejores pilotos de nuestra Orden, dije, guiarían la misión. Habría muchas navesluz, y una navesemilla llevando historiadores, programadores, mecánicos, escatólogos y rememoradores, sobre todo rememoradores..., un complemento completo de maestros representando todas las profesiones de nuestra Orden. Civilizaríamos el

Vild. O, más bien, civilizariamos y enseñariamos a los pueblos salvajes del Vild a no destruir las estrellas. Yo enseñaría a los pilotos la demostración de la Hipótesis, y éstos enseñarían a los bárbaros el arte de las matemáticas. Y, en alguna parte de las ruinas del Vild, los maestros de la nave semilla establecerían una nueva Academia, quizá muchas Academias, para enseñar a nuevos pilotos. Aprender, viajar, iluminar, empezar..., ése es el lema de nuestra Orden, y continuaría siéndolo, no importaba lo lejos que cayeran nuestros pilotos.

—Pero la radiación del Vild..., se propaga, ¿no? ¿Y qué hay de la Estrella de Merripen? ¿Y de todas los demás? Al final, la luz quemará toda la galaxia.

—No, no permitiremos que ese futuro se cumpla. —Cerré los ojos—. Crearemos nuevas formas de vida que vivan de luz. Medio bacterias, medio ordenador, medio célula fotoeléctrica..., un enjambre de nueva vida a través de la galaxia, alimentándose de fotones, reforzándose, convirtiéndose en parte de la ecología. Una inteligencia... que no puedes llegar a imaginar.

—¿Y luego? —preguntó Bardo.

Estábamos en la playa, mirando el Firme. Olía a sal y a nieve vieja, el fermento del mar, rico y sin edad. El hielo marino casi se había derretido; las olas se agitaban y crecían, chocando contra la costa rocosa. En el aire, encima de nosotros, gritaban un par de gaviotas de las nieves. Se zambullían y remontaban el vuelo y se deslizaban sobre los espumosos bajíos.

—Algún día —dije—, muy pronto, dejaré la Ciudad. Iré con Ella, como he prometido. Y entonces creceré. Habrá una... una especie de unión. Un matrimonio, si quieres. Si yo quiero. Está sola y está un poco loca, de ahí esta nueva ecología de información. Haremos algo nuevo, algo que nunca ha existido antes, nunca dentro de este universo. Y hay algo más. Ésta..., es difícil de explicar, esta *conversión* que tanto he temido, pero ya no. Gracias a ti, ahora lo veo. Somos lo que somos. Todo: hombre, mujer, niño, foca, roca, pensamiento, teorema y mancha de suciedad..., todo está conservado, todo creado. Eso es lo que hacen los dioses, Bardo.

Nos abrimos paso entre las rocas y la arena, tratando de no pisar los hermosos guijarros y las conchas lisas arrojadas por la marea. Bardo jadeaba y resoplaba; se inclinó, llevándose las manos a las rodillas. Su cara se había vuelto pálida como la de un autista. Pensé que estaba a punto de vomitar.

—Oh, mi pobre barriga —gruñó—. He bebido demasiada cerveza.

Entonces recordó su dignidad, se enderezó y se apoyó sobre mi hombro. Su peso era muy grande, muy reconfortante, muy familiar.

Contempló quejumbrosamente el agua, luego se volvió y me examinó el rostro.

—¡Mírate! ¡Un hombre con el cuerpo de un cavernícola, y dos tercios de dios en tu cabeza!

Da; sé compasivo, me había dicho Katharine.

—No hay más dios que Dios, y todos somos parte de él —dije.

Bardo guardó silencio durante un momento, y luego cogió una piedra y la arrojó al agua. De niños, solíamos jugar a hacer rebotar las piedras Sobre la superficie del agua.

—Tres rebotes —dijo. Me colocó una piedra arenosa y mojada en la mano—. Veamos si puedes hacer cuatro.

—No, Bardo, no he venido aquí a lanzar piedras.

Su cara se volvió roja de furia. Cogió una concha rosa y la hizo chocar contra una piedra, rompiéndola en pedazos.

—¿Por qué siempre haces lo que no debes hacer? —gritó—. ¿Dónde está tu sentido? ¡Oh, maldita lástima!

—Lo lamento.

—No, eres un dios, y los dioses no se lamentan, creo.

—Soy tu amigo.

Contempló la playa, primero a una pareja de novicios que caminaban por la orilla cogidos de la mano, y luego a las focas sobre su roca. Había nueve focas grises calentándose al sol, con los negros hocicos apuntando al cielo. Bajó la voz, como si me estuviera diciendo un Secreto. Había vapores en su aliento, el olor agridulce de la cerveza.

—No, Pequeño Amigo —dijo—, ¿puede un hombre ser amigo de un maldito dios?

Observé las olas lamer las rocas de la orilla. Había luz reflejándose en el agua chispeante, colores que no podía ver.

—Para vivir, muero —susurré.

Pensé que no me había oído, porque pateaba irritadamente la arena mojada. Tenía la barbilla agachada y no quería mirarme.

—No, nunca morirás, ¿no es eso lo que prometió Katharine? —dijo entonces. Se alisó los pliegues de su kamelaika sobre su vientre—. Pero, yo, Bardo..., sólo soy un hombre, y si no alimento pronto a este cuerpo mío, me encogeré y moriré. Olvidemos esas dolorosas escatologías por el momento y cenemos como hombres antes de que nos desvanzcamos por completo. Voy a regresar al Hofgarten a ordenar la comida. Y luego voy a coger no una pequeña borrachera, sino una borrachera gloriosa. ¿Vienes conmigo, Pequeño Amigo?

Pues al final escogemos nuestros futuros, dicen los scrytas.

—Tal vez luego —le dije—. Ahora mismo no tengo hambre.

Se encogió de hombros, inclinó formalmente la cabeza y regresó al Hofgarten. Observé a mi mejor amigo, el mensajero de los dioses, el milagro de la creación, tambalearse por entre las negras rocas esculpidas por el mar.

Es cierto, ahora lo sé, que la creación lo es todo. Kalinda había enviado a Bardo a

recordármelo. Lo había creado de la memoria, y también yo aprendería ese arte algún día. Algún día, rememoraría a Katharine y la devolvería a la vida, porque lo que hacen los dioses es crear. Eso es lo que hacemos todos. Cada uno de nosotros, dioses, hombres, o gusanos en el vientre de un pájaro, en nuestros pensamientos, sentimientos y acciones, no importa cuán triviales o simples..., creamos este extraño universo en el que vivimos. Creamos a Dios. Al final del tiempo, cuando el universo haya despertado a sí mismo, el pasado será rememorado, y todo aquél y cada uno que ha sufrido el dolor de la vida será redimido. Ésta es mi esperanza; éste es mi sueño; éste es mi proyecto.

Me quedé soñando en la playa, con el frío océano ante mí. Apreté la piedra llana y lisa que Bardo me había dado y la lancé a las olas. La piedra golpeó el agua, girando, y luego rebotó cuatro veces. Hubo sólo un momento entre los dos últimos rebotes, antes de que se hundiera bajo el agua, y, en ese momento, la lente giratoria de la galaxia me llevó mil kilómetros a través del espacio. Y la galaxia misma continuó su viaje hacia fuera desde el punto quieto de la creación, y caí a través del universo. Hoy día aún sigo cayendo, no en esa eternidad negativa de la nada y la desesperación, sino a través de ese otro universo donde las estrellas son brillantes e incontables, y la búsqueda por la vida, si no su secreto, continúa.

Creo que a cada momento morimos, pero también a cada momento renacemos a posibilidades infinitas. Y así, en un hermoso día del falso invierno, pagué el precio final y volví el rostro al viento. Como de costumbre, el chorro salado del agua me dio hambre. Recorrí la playa de regreso a mi brillante ciudad, para unirme a Bardo en la cena, para ser gloriosamente humano otra vez durante algún tiempo.

Fin

Notas

[1] En inglés, los versos son: *What immortal hand or eye / Could frame thy fearful symmetry?*, y para que rime «simetría» (*symmetry*) con «ojo» (*eye*), hay que pronunciar *symmetry* de un modo arcaico (*N. del E.D.*). <<